


Biblioteca Nacional
504565

TRADUCCIÓN

— DE LA —

ILÍADA

Precio $ 5.—



LITO. É IMP. "CONCEPCION" B. PASCHEN W.
Calle Colo-Colo, 47, Concepcion.
1902.

1, 20 suprímase Apolo

1, 739 agréguese, antes de *dijo*, Así

ERRATAS.

1 — 609	léase *peán hermoso.*
2 — 554	suprímase *se.*
3 — 190	» *de.*
5 — 772	Y, en lugar de *á.*
5 —1036	suprímase *y.*
6 — 26	Á, en vez de *sobre.*
6 — 202	EL antes de *fruto.*
6 — 223	suprímase *la.*
8 — 344	léase *con el.*
8 — 687	CALADA por *cortada.*
9 — 354	MORA por *miedo.*
	(9.779 *enola* = levantar en olas.)
10 — 410	suprímase el primer *me.*
10 — 514	LE despues de *tal.*
13 — 63	ARMADA por *armas.*
13 — 260	léase: *rica, delicada, el.*
13 — 303	TEUCROS por *pueblos.*
15 — 39	suprímase *la.*
15 — 630	MISMO por *numen.*
16 — 554	Á antes de *Erimante.*
17 — 675	suprímase *la.*
18 — 468	SER por *hombre.*
18 — 606	QUISO por quiere.
19 — 337	RÁPIDO PELIDA por *raudo Aquiles.*
20 — 105	FEBO antes de *tras.*
20 — 349	léase *violento.*
21 — 756	YENDO por *iba.*
22 — 500	*deslazada* va después de *Héctor*, del verso anterior.
22 — 651	TUYO por *tuvo.*
23 — 103	HONROSA por *hermosa.*
23 — 224	DESNUDAS por *desnuda.*
23 — 231	RECLINADAS por *reclinados.*
23 — 278	SU RUEGO por *sus ruegos.*
23 — 285	VOLARON por *volaran.*
23 — 679	AQUILES por *Atrida.*
23 — 721	suprímase el punto después de *manda.*
23 — 777	*ni* después de *amigo.*

CATÁLOGO.

76	Dío por *Jove.*
252	CÁROPO por *Crápato.*
370	*MAGNETES por *magnates.*

LA ILÍADA

DE HOMERO





ESPLENDORÓ LA TIERRA Y LAS ESTRELLAS

Traducción directa fidelísima y crítica
por G. JÜNEMANN

LITOGRAFIA É IMPRENTA "CONCEPCIÓN" B. PASCHEN W.
1902.

Così vidi adunar la bella scuola
di quel signor dell'altissimo canto,
che sovra gli altri com' aquila vola.

Reunida así miré la hermosa escuela
de aquese rey [1] del más sublime canto,
quien sobre todos, águila, revuela.

(1) Homero.

(*Dante, Div. Com., c. 4.*)

ILÍADA

CANTO 1º.

PESTE. IRA.

LAS iras canta del Pelida Aquiles,
ó dea, iras fatales, que arrojaron
al pueblo *aquivo en cuitas mil, y al orco
mil almas de campeones poderosas,
sus cuerpos á los canes por despojos,
y por festín á carniceras aves;
— tal se cumplió de Jove la sentencia—
desde el momento que en contienda fuerte
lidiaron, de los hombres el caudillo,
Agamenón y el esplendente Aquiles.
¿Quién de los dioses atizó su lucha?
El hijo de Latona y del Saturnio.
Airado con el rey, funesta lúe
envió al *argivo campo, y cayó el pueblo;
porque de Agamenón fué denostado
el *apolíneo sacerdote Crises;
que á las *helenas voladoras naos
se avecinó con dones infinitos,
precio de la cautiva prole virgen.
Alzó del flechador Apolo el áureo cetro,
abrazado en laurel. Oró á las gentes;
y á entrambos, de la lid ordenadores,
Atridas suplicó en acento humilde:
"Ó vástagos de Atreo y pueblo todo
*argólico, de grebas especiosas,
los del Olimpo moradores dioses
os den de Príamo derruír los muros

---

* El asterisco indica que la palabra es adjetivo personal ó gentilicio.

y salvos retornar: la hija querida,
empero, devolvedme, temerosos
de Apolo flechador, prole de Jove.
Y en asenso y en plauso el pueblo todo
mandóles por honor del sacerdote
en el sublime precio libertarla.
Mas de hondo desplacer ardió el Atrida:
le befó, amenazó, lanzó del campo:
"Jamás, ó viejo, en estos anchos pinos
ni ahora, ni más tarde, si tornares,
á hallarte vuelva yo: no te salvarán
ni ese *febeo cetro ni sus lauros.
La libertad no volveré á la virgen,
mientras la senectud no la aje en Argos,
dentro mi alcázar, de la patria lejos,
esclava del telar, del lecho socia.
Mas ve ya, y no me enciendas, si á tus lares
en paz tornar é incólume deseas"
Lo dijo; y Crises le acató medroso.
Del mar atronador por la ribera
fué solitario y tácito. Al rey Febo,
progenie de Latona, en trenzas bella,
tal suplicó ferviente, en lontananza:
"¡Escúchame tú, ó numen de arco argénteo,
de Crisa antemural y sacra Cila,
Dominador de Ténedos excelso!
si un hora á tu deidad, ó Febo Esmínteo,
alcé gracioso templo; si abrasara
un día yo en tu honor perniles pingües
ya táureos, ya caprinos: este voto
¡oh, cúmpleme! mis lágrimas los Dánaos
expíen derribados por tus armas."
Así clamó. Escuchóle el claro Febo;
Veloz bajó de las *olimpias cimas,
airado el corazón; al hombro el arco
y la segura aljaba; resonantes,
al caminar del dios enfurecido,
las flechas del carcaj sobre sus hombros.
Sombrío, cual la noche, adelantóse,
y lejos se sentó de los bajeles.

Al campo *heleno disparó una vira:
horrendo son brotó del arco argénteo.
Mulos mató primero y raudos canes; +
luego afilados, matadores dardos
rectos lanzó á los hombres; y cayeron.
Y piras sin cesar doquier ardían.
Ya nueve auroras el real *aquivo
del flechador cruzaban las saetas.
Mas, á la décima, el Pelida Aquiles
del *dánao pueblo convocó la junta.
Saturnia, de albos brazos, le inspiraba;
Quien compasiva y pesarosa viera
las víctimas caer de los Aquivos.
La junta fué; las filas se estrecharon
y alzóse á hablar el corredor Aquiles:
"Ya menester, ó vástago de Atreo,
será tornar por las erradas sendas,
á los hogares, si evadir logramos
la ruína; que las armas y la peste
á los Helenos de consuno siegan.
Mas ¡ea! preguntad á un agorero,
ó inmolador, ó intérprete de sueños
- que de Jove también los sueños vienen;-
porque de Febo rútilo declare
las grandes iras: si burlados votos
ó hecatombes le indignan; ó si espera,
para del pueblo propulsar la muerte,
el humo disfrutar del holocausto"
Así diciendo, se sentó. Y alzóse
el Testorida Calcas, rey de augures;
quien lo que es, lo que fué y será, supiera;
y en ciencia présaga, que el claro Febo
le dió, condujo á Ilión la armada *aquiva.
Éste, benévolo arengando, dijo:
"Aquiles, ó dilecto tú de Jove,
me mandas que las iras yo declare
del rey flechero. ¡Sea! mas promete
y jura que tu voz y mano nunca

+ Parece ser espurio este verso.

me negarán su amparo presurosas;
pues temo que el furor sacuda al hombre,
que grande manda y prepotente en Argos
y á cuyo imperio se doblega Acaya.
El rey, si contra el pobre, se enfurece,
es pavoroso. Frenará su encono
luego talvez. Empero dentro el alma,
hasta romper, se agitará su furia.
Di, pues, si empuje de salvarme abrigas."
Y respondióle el corredor Aquiles:
¡"Ánimo! y los decretos divinales
que sepas, di. Te juro por Apolo,
á quien Jove ama, y quien inspira, ó Calcas,
á tu plegaria atento, los augurios
que nuncias á los Dánaos: mientras vivo
la claridad mirare yo del día,
ningún *aqueo de las anchas naves
te tocará con temeraria mano:
aunque al Atrida nombres, quien excelso
entre los de la Argólide se ufana."
Y el intachable augur dijo confiado:
"Ni votos ni hecatombes le enfurecen:
irrítale la afrenta al sacerdote,
á quien befó el Atrida; ni la virgen
soltar ni darla rescatada quiso.
Así, nos manda cuítas el flechero,
y más nos mandará, sin que el estrago
de afrenta aleje del *aquivo pueblo;
mientras al padre amante no se vuelva
libre la prole, de los ojos bellos,
no redimida: y hecatombe sacra,
expiatoria, se inmole al dios en Crisa.
Tal desarmemos la *febea furia."
Dijo y sentóse. El adalid, empero,
Agamenón Atrida prepotente,
se alzó penoso, el corazón umbrío,
de furor inundado. Centellóle,
cual fuego, la mirada y se detuvo
en el augur conminadora, fiera:
"Jamás á mí, fatídico divino,

has ominado prósperos augurios.
Tu goce eterno es presagiar desastres.
No has dicho nunca, ni hecho nada grato.
Hora también auguras á las gentes
que con la lúe nos flagela Febo;
porque el rescate claro de la virgen
yo deseché. Conmigo retenerla
por siempre quiero: á Clitemnestra misma,
mi juvenil consorte, la antepongo,
que no le cede la Criseida en nada:
ni en bellas formas, ni alma, ni labores.
Mas si ha de ser, la volveré sin mora.
El bien del pueblo, no su ruína ansío.
Pero otro don me prevendréis al punto;
sería deshonor que careciese
yo el sólo de botín entre los Dánaos.
Todos los veis: perdida está mi presa"
Y el denodado, esplendoroso Aquiles:
"Atrida, en gloria y en codicia rico,
cual nadie ¿tú de honor un don pretendes
de los Dánaos magnánimos? ¿Dó quedan
preseas por nosotros conquistadas?
Partido está el botín de las ciudades.
De nuevo dividirlo fuera mengua.
Mas tú ya al dios entrégala; que un día
tres veces más, y cuatro, te daremos
por la doncella, si nos diere Jove
derruír de Ilión los majestosos muros"
Y el Atrida potente respondióle:
"Doloso, no; sé fuerte cuanto lo eres,
ó Aquiles divinal; tú no me iludes.
¿Deseas, mientras tú el botín disfrutas,
yo de la parte mía me despoje,
que la Criseida devolver ordenas?
¡Sea! Mas los magnánimos Aquivos
me donan otra virgen, digna de ella,
digna de mí; ó por mi mano cojo
tú cautiva, la de Áyax ó de Ulises.
Ydo me acerque, rugirán furiosos.-
Pero, por hoy silencio!... y negra nave

lancemos pronto al piélago sagrado,
de remos bien armada; que conduzca
una hecatombe y la Criseida hermosa.
Y sea un rey, quien el bajel gobierne:
Áyax, Idomeneo, el claro Ulises;
ó tú también, Pelida, de los hombres
todos el más aterrador! Ofrezca
el rey las víctimas y al dios aplaque."
Miróle torvo el corredor Aquiles:
"¡Bah! hombre de impudencia sempiterna,
henchido de avidez! ¿quién de los Dánaos,
si no forzado, acatará tú imperio?
será tu mensajero, ó valeroso
combatirá en el campo? Yo no vine
por mí á luchar con los lanceros Teucros.
Á mí no me afrentaron, ni bridones
hurtáronme jamás, ni res alguna.
Ni en Ftía opima, de héroes abundosa,
las mieses me asolaron. Nos separa
distancia inmensa, montes pavorosos
y el ponto bramador. Por ti á Dardania,
contigo, impudentísimo vinimos,
de tu befado hermano vengadores,
ó inverecundo, y vengadores tuyos.
Mas nada tú ni precias ni recuerdas;
y aún de arrancarme por tu propia mano
la presa me conminas; la ganada
por mí á través de temerosas lides;
la que me destinó el *argivo pueblo.
Nunca, allanadas por las armas nuestras
del enemigo espléndidas ciudades,
fué rico mi botín tal cual el tuyo.
La fatigosa guerra yo sustento;
tú, del reparto en las tardías horas,
los tesoros. Tras fuertes pugnas siempre
torné contento de mi humilde escote.
Mas hoy á Ftía con mis corvas naves
vuelvo: es honor volver; de ti afrentado,
ya tu ansia de riqueza hartar no quiero"
Y Agamenón, caudillo de los hombres:

"Huye en buen hora, si lo anhela tu alma.
No yo te rogaré por mí te quedes.
Otros conmigo todavía quedan,
que gloria me darán. Y queda Jove,
del mundo y sus destinos soberano.
De cuantos el Saturnio engendró reyes
yo no detesto, cual á ti, ninguno:
sólo amas rifas, guerras y batallas.
Si eres armipotente, á un dios lo debes.
Torna al hogar con barcos y guerreros
y sobre el pueblo *mirmidonio reina.
Nada me importas tú; nada, tus iras.
Pero oye mi amenaza: pues de Crises
la virgen me arrebata Febo fúlgido,
en mi bajel la llevarán los míos.
Mas yo á tú tienda iré, la hija de Brises,
hermosa de mejillas, presa tuya,
á arrebatar de allí, para mostrarte
cuánto yo soy más grande, y porque tiemblen
otros también de desafiar mi alteza
y contra mí la faz erguir audaces."
Dijo. Inflamóse de furor Aquiles;
en vaivén impetuoso vacilábale
el corazón dentro el velludo pecho:
si la cortante espada de la vaina
tirar, la junta disolver y muerte
dar al Atrida; ó si frenar su furia.
Así en el corazón y alma fluctuando,
la gran cuchilla de la vaina alzaba.
Mas de los cielos descendió Minerva,
enviada por Saturnia, de albos brazos.
Velaban por entrambos ambas deas,
de igual amor é igual afán movidas.
Y tras Aquiles se detuvo Palas,
visible solo á la mirada suya.
Y con la mano asió sus blondas trenzas.
Volvió la faz atónito el Pelida;
reconoció á la diosa, cuyos ojos
lanzaban terroríficos centellas.
Y esta palabra alada habló, voceando:

"¿Qué vienes, hija del tonante Jove?
Los atentados y soberbia acudes
á contemplar de Agamenón Atrida?—
Escucha: lo que digo, cumpliráse:
en día por ventura no lejano
le arrancarán el alma sus desmanes."
Y Palas, de ojos fúlgidos, repuso:
"Tus iras á calmar, si me obedeces,
desde los cielos por la excelsa Juno,
de brazos cándidos, enviada vengo.
Por ti se angustia y por aquél la diosa.
¡Ea! desiste de la lucha, ni asga
tu mano la cuchilla. Mas baldónale,
cuanto le quieras baldonar. Te digo
y ello será: la padecida afrenta
tres veces más espléndidos presentes
te ganará. Repórtate y escúchanos."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"Fuerza es, ó diva, á la palabra vuestra
rendirse, ya que el alma esté transida.
Hacerlo es bien. Los númenes se gozan
en escuchar á quien su voz acata."
Dijo; detuvo la potente mano
en el argénteo pomo, y á la vaina
volvió la espada ingente y de la dea
no desoyó la voz. Tornó al Olimpo
Minerva, de los dioses al senado
en el alcázar del tonante Jove.
Su furia, empero, no acalló el Pelida
y de nuevo altercó en procaces labios:
"¡Ebrioso, vinolento, ojos caninos
y corazón cerval! Nunca á la pugna
ir cual los pueblos! ni tender celadas,
como los campeones de los Dánaos,
osó tu pecho: atérrate la muerte.
Muy más glorioso es por el campo todo
presas robar á quien no te habla grato;
devorador de pueblos! porque ruínes
tus pueblos son. De no, el desmán presente,
ó rey, fuera tu crimen postrimero.

Mas mi sagrado juramento escucha:
este mi cetro séame testigo.
Nunca follaje ostentará ni tallos;
del tronco fué en la selva desprendido,
quitóle el hierro frondas y corteza;
jamás retoñará. Le empuñan hora
los populares jueces, salvaguardias
de las leyes por Jove establecidas.—
Escucha mi sagrado juramento.
Día vendrá que los Helenos todos
por Aquiles suspiren y zozobras
de la inminente ruína te torturen;
cuando la mano asoladora de Héctor
cadáveres hacine y te desgarren
el alma apesarada las congojas
por tu desprecio del mejor *aquivo."
 Dijo, y el cetro tachonado en oro
lanzó á tierra y sentóse. Mas enfrente
alzábase frenético el Atrida.
Y rápido se levantara Néstor,
Néstor de blanda, férvida palabra,
de Pilos orador; de cuya lengua
la voz más dulce que la miel manaba.
Rey secular en la sagrada Pilos
desparecer ya los mortales hombres
dos veces de la tierra contemplara.
Éste benévolo arengó, diciendo:
 "¡Ay de nosotros, que á la tierra *aquiva
amenazando está grande infortunio!
¡Qué regocijo á Príamo y su prole!
y qué alborozo para Ilión entera,
si oyeren cómo contendéis vosotros,
de la asamblea y de las armas gloria!
Escuchad; que sois jóvenes; yo anciano.
En otra edad amigos míos fueran,
sin nunca de ellos recibir desprecio,
hombres más aguerridos que vosotros.
No ví jamás ni habré de ver varones,
que con aquéllos igualarse puedan;
con hombres, cual Pirítoo, y Driante,

de las gentes pastor, y Céneo, Exadio
y el divo Polifemo.[a] Campeones
tan grandes no volvió á brotar la tierra.
Héroes ellos, con héroes batallaban;
con monstruos de la selva moradores,
y exterminábanlos en cruenta pugna.
De la lejana, solitaria Pilos
por ellos á las armas fuí llamado,
y yo sus lides peleaba sólo.
De cuantos hay mortales en la tierra,
contra ellos nadie combatiera hoy día.
Y tales adalides muchas veces
á mí vinieron por consejo dóciles.
¡Ea! también vosotros sed sumisos:
obedecer es la virtud del sabio.
Por más que en valentía sobresalgas,
de aquél tú no arrebates la doncella.
No toques lo que en don le diera el pueblo.
Ni audaz al rey tú riñas, ó Pelida;
que nunca ostentó tanta gloria un hombre
de los que en cetro esplendoró el Saturnio.
Si eres pujante, si tu madre es dea,
aquél disfruta potestad más alta;
mayores pueblos dóblanse á su imperio.
Mas ya sofrena, Agamenón, tus iras,
y quiera su furor calmar Aquiles,
que en medio á la funesta guerra se alza
Del pueblo *aquivo todo gran baluarte."
Y Agamenón potente replicóle:
"¡Verdad, verdad, anciano, cuanto dices!
Mas éste á todos exceder ansía;
á todos dominar; ser soberano
de todos, é imponer leyes á todos,
de nadie, yo lo espero, obedecidas.
Si los eternos númenes la lanza
le han otorgado gobernar, ¿licencia
también, por esto, de afrentar le dieron?"

[a] Sigue el verso espúrio: "y el Egida Teseo, semejante á los dioses inmortales."

Interrumpióle el esplendente Aquíles:
"¡Por vida mía! mísero y menguado
Llámeseme, si en todo á ti me rindo;
otros, no [a] yo, sométansete esclavos!
Pero oye, y lo que digo, graba en tu alma:
no lucharé violento por la virgen,
ni contra ti ni contra *heleno alguno.
Quitad lo que me disteis! Mas de cuanto
mi obscura nao voladora guarda,
intenta algo tocar, y verán todos
negro correr tu cruor por mi asta al punto."
Así, entre fieras, contenciosas voces,
la junta de la armada disolvieron.
Y fué á las tiendas y las corvas naos
Aquiles, con Patroclo y con los suyos.
Y el rey al mar lanzó velera nave
de veinte remos; la hecatombe en ella
fué y la Criseida, de mejilla hermosa;
y confió el leño al ingenioso Ulises.
Ascendieron los nautas á la nave
y las ondas del piélago surcaron.
Mandó el Atrida depurarse [b] á todos.
Y depuróse el pueblo, y las lociones
en las linfas vertieron del profundo;
y hecatombes cumplidas;[c] toros, cabras,
del solitario mar en la ribera
sacrificaron; y subió á los cielos
del ara el humo en olorosas ondas.
Tal fué del campo *heleno la faena.
Mas el Atrida á consumar su crimen,
á Taltibio y Euríbates, heraldos
y socios suyos oficiosos, dijo:
"Id á traer del pabellón de Aquiles
á la Briseida, de mejilla hermosa.
Si no la entrega, marcharé yo mismo,
cercado de guerreros á cogerla,

---

[a] Sigue el verso espúrio: "(á mí) mandes; pues no creo que ya te obedeceré yo."
[b] Accion simbólica antes del sacrificio.
[c] Completas y de reses sanas.

y más impía le herirá la suerte."
Así diciendo, enviólos imperioso.
Del solitario mar por la ribera,
á las tiendas y naos *mirmidonias,
de pesadumbre llenos, arribaron.
Á par del pabellón y negra nave
sentado hallaron al Pelida Aquiles.
Los vió, y no se alegró. Se detuvieron
medrosos, reverentes, mudo el labio.
En su alma todo lo entendió y llamólos:
"Salve, heraldos de Jove y de los hombres;
venid. No os culpo á vos, culpo al Atrida.
Enviados de él, venís por la de Brises.
Pues ve, Patroclo, vástago de Jove,
y de la tienda la doncella trae.
Entrégala, cogedla, conducidla.
Pero vosotros sed también testigos,
á la faz de los dioses venturosos,
de los mortales[a] hombres, del rey fiero:
si alguna vez de ignominiosa ruína
pudiere yo salvar de nuevo á todos,
y sólo yo... ¡Ah! frenesí le agita;
ni el porvenir á un tiempo y el pasado
le es dable contemplar, ni los navíos
en la batalla á defender acierta."
Dijo; y Patroclo obedeció al amigo:
del pabellón trajo á la hermosa virgen
y la entregó; la que fué mal su grado
á los navíos con los reyes de armas.
Al punto, empero, retiróse lejos
Aquiles y, lloroso y solitario,
del espumante mar en la ribera
sentóse y, fijos en el ponto inmenso
los ojos, suplicó á su cara madre,
tendidas hacia el piélago las manos:
"Para un vivir fugaz, ó madre mía,
tú me engendraras. Jove altitonante
debiera al menos acrecer mi gloria.

a Y por tanto, desgraciados.

Mas hoy redujo mi grandeza á nada:
befóme Agamenón, el prepotente.
Mi presa él mismo me arrancó y la goza."
Así dijo, llorando; y escuchóle
la excelsa Tetis, que del ponto mora
en las honduras con su anciano padre.
Voló y subió, cual vaporosa ráfaga,
del espumoso mar sobre las olas
y del flébil Pelida frente á frente
se sentó, acariciándole cuitada:
"¿Qué lloras, hijo mío? qué pesares
congojan tu alma? Sus secretas penas,
cual tú las sientes, yo saberlas quiero."
Y lanzó hondo gemido el raudo Aquiles:
"¿Á qué todo narrarte? Tú lo sabes.
Cercamos, despojamos, demolimos
á Tebas, la ciudad de Eción sagrada.[a]
Justos partieron el botín los pueblos.
Al rey donaron la Criseida hermosa,
y á las veleras naves de los Dánaos,
de armaduras broncíneas, vino Crises,
del flechador Apolo sacerdote,
su prole á rescatar. Al campo vino
con magno don, y asido el áureo cetro,
*febeo, de lauréola abrazado.
Al pueblo oró, y en voces suplicantes
á ambos ordenadores de las huestes.
Y en asenso y en plauso el pueblo todo
mandóles, por honor del sacerdote,
en el sublime precio libertarla.
Y en hondo desplacer ardió el Atrida,
le befó, amenazó, lanzó del campo;
el anciano tornó á los suyos triste:
Febo le amaba y acogió sus votos;
lanzó funesto dardo al real *aquivo;
los pueblos sucumbieron hacinados;
del dios doquier cruzaban las saetas

---

[a] Protegida por los dioses.—Idéntica ó análoga significación suele tener el epíteto en Homero.

el anchuroso campo de los Dánaos.
Nos declaró del flechador Apolo
las grandes iras un sagaz divino;
al punto yo mandé placar al numen;
en furia se encendió el Atrida y pronto
se alzó y amenazóme; su amenaza
cumplida está: llevada ha sido á Crisa
por los Helenos, de fulgentes ojos,
en voladora nao, la doncella,
y una hecatombe á Febo soberano.
Y á la Briseida que me diera el pueblo,
de mi tienda arrancaran los heraldos.
Mas tú, si tanto puedes, libra al hijo.
Ve á suplicar en el Olimpo á Jove,
si en voz, si en obra le agradaste un día.
Yo en tu mansión paterna muchas veces
oyérate alabar, porque tú sola,
entre los inmortales, de ruín caso
al tronador Saturnio preservaras;
cuando los del Olimpo pretendieron
atarle, por la reina acaudillados,
y por Neptuno y la lancera Palas.
Libertadora suya al alto Olimpo
llamaste entonces presurosa, ó dea,
al centímano—llámanle Briareo[a]
los númenes;[b] Egeón,[c] el mundo todo;
que al de su padre su poder excede.—
Él, de pujanza rútilo, sentóse
á par del de Saturno; y pavoridos
los ventureros dioses no le ataron.
Recuérdale ahora todo, y á sus plantas
siéntate, sus rodillas abrazando.
Y ve si ampara á los de Ilión: que maten
á los Helenos en la armada y playa;
porque á su rey el pueblo todo goce
y el prepotente Atrida también sepa

a El pesado, fuerte.

b Los héroes primitivos, es decir, en el lenguaje antiguo.

c El impetuoso.

cuál afrentó al mejor de los Aquivos."
Y Tetis, una lágrima vertiendo,
"¡Ay dolor! hijo mío, respondióle,
que te engendré y nutrí para tu daño!
Ni lloro ni aflicción turbar debieran
la paz de tu bajel. Ahora, empero,
tu sino es breve; efímera tu vida.
De nadie son las horas tan fugaces;
de nadie tan henchidas de gemidos.
Sí; quiso la fortuna que en alcázar
á luz te diera para azares tantos.
Tal á decir al fulminante Jove,
por si me escucha, voy al níveo Olimpo.
Mas tú depón las armas, no la furia,
y quédate en tus barcos voladores.
Ayer de los *etiopios intachables
al festín cisoceánico fué Jove;
con él los inmortales dioses todos.
Tras doce días al Olimpo tornan.
Iré yo entonces al broncíneo alcázar
del Padre; do, abrazada á sus rodillas,
rendirle espero á los anhelos míos."
Dijo, partió, dejóle congojado,
llorando á la que el rey le arrebatara
doncella hermosa, con primor ceñida.
Y vino Ulises en la negra nao
con la hecatombe divinal á Crisa.
En medio al puerto recogidas fueron
las velas; descendido con presura
el mástil por las jarcias y guardado.
Aproximada por el remo á tierra
la nave, echadas á la mar las anclas
y en la playa por popa atado el barco,
del flechador Apolo la hecatombe
sacaron por las ondas á la orilla
los nautas de la nao voladora;
y la Criseida virgen salió de ella;
al ara la llevó el sagaz Ulises;
y al caro padre la entregó diciendo:
"Ó Crises, el caudillo de los hombres,

Agamenón, me envía mensajero
la hija á traerte, y hecatombe sacra
por los Aquivos inmolar á Febo,
en expiación, porque del pueblo aleje
las que nos manda lacrimosas cuítas."
Dijo, á los brazos del gozoso padre
llevando la hija amada. Presurosos
del bello altar en torno los Helenos
la hecatombe sagrada dispusieron.
Con las en linfa depuradas manos
las hordéaceas perlas [a] derramaron.
Y alzó las manos suplicante Crises:
"¡Escúchame, tú, ó numen de arco argénteo,
de Crisa antemural y sacra Cila,
Dominador de Ténedos excelso!
Cual antes, por mi honor y mi plegaria,
heriste á los Aquivos despiadado,
escúchame hoy también, y ya levanta
del pueblo *heleno el afrentoso estrago!"
Así clamó, y el claro Febo oyóle.
Oraron los Argivos y esparcieron
los granos de hordio. Las cervices luego
irguieron y cortaron de las víctimas.
La piel quitada, separados fueron
los muslos y en la flor de la grosura
doblemente velados. Cruda carne
en ellos puesta, la abrasó á la lumbre
y vino fúlgido vertió en la ofrenda
el anciano, cercado de donceles
con quinquedente hurgón. El holocausto
abrasado y las vísceras comidas,
partido y espetado todo el resto,
solícitos asáronlo y su parte
del asador cada uno desprendiera.
Terminó la labor y fué el banquete.
En él nada faltara á su deseo.
Saciados todos de bebida y vianda,
los donceles, de vino rellenaron

a Cebada perlada, que se esparcía sobre el holocausto.

las urnas. Y libaran, escanciaran.
El día entero *argólicos mancebos
con danzas mélicas al dios placaron
en hermoso peán. Oyólos y alegróse.
El sol se hundió; se alzaron las tinieblas;
y á par se adormecieron de las naves.
Rompió la Aurora, la de róseos dedos,[a]
del alba vástago, y á la ancha armada
de los Dánaos sin mora retornaron.
Envióles auras bonancibles Febo.
Enarbolado el mástil, descogidas
las albas velas y del viento infladas,
hendió la quilla las purpúreas[b] ondas,
que en torno resonaban estridentes.
Voló la nave y terminó su ruta.
Del vasto campo *heleno en la marina,
arrastraron á tierra el negro barco,
hasta la excelsa arena de la playa,
y con luengos sostenes lo afianzaron,
y por tiendas y naos dispersáronse.
Rábido estaba en los veleros pinos
el de Peleo y Jove, el raudo Aquiles.
Ni fué á la junta, gloria de los hombres,
ni fué á la lid. Mas, de clamor y pugna
falto, su triste corazón moría.
Así por vez duodécima la aurora
despuntó, y al Olimpo retornaron
á una todos los dioses eternales,
de Jove en pos. Luego subió á las olas
del mar, al relucir el alba, Tetis,
de Aquiles no olvidada; y á las cumbres
del cielo remontóse y del Olimpo.
Allí de las innúmeras alturas
en la más alta halló al tonante Padre
sentado lejos de los dioses todos.
De él frente á frente se sentó; ciñóle

a Por alusión á los cinco haces de rayos que en algunas partes forma la aurora.

b Epíteto poético, del color que á menudo toma el mar, cuando se agita.

con la siniestra mano las rodillas
y suplicante acarició la barba
de Júpiter Saturnio prepotente:
"Si en medio de los númenes eternos,
ó padre Jove, te acorriera un día
mi labio ó mi favor, cumple mi voto:
al hijo mío venga; que es su vida
efímera sin par, y baldonóle
Agamenón, caudillo de los pueblos.
Él mismo le arrancó y tiene la presa.
Véngale, ó rey del mundo y de los cielos:
hasta que al hijo mío los de Acaya
acrecentada su honra devolvieren,
tú de los Teucros la pujanza inflama."
Dijo. Sentado estuvo en gran silencio
Saturnio, rey de tormentosas nubes.
Y Tetis, estrechándole las plantas:
"Veraz la testa inclina al ruego mío;
ó niégate; no temes tú; yo vea
cuán nada soy entre las diosas todas."
Y encendido en furor Jove Saturnio,
de tormentosas nubes soberano:
"¡Hora nefasta! pides tú que luche
con Juno yo; con Juno que me riñe
entre los inmortales noche y día;
pues dice que en la lid yo á Ilión amparo.
Torna veloz, que no te atisbe aquélla.
Yo atenderé á cumplir el voto tuyo.
Mas ¡sea! fía; inclino ya la testa,
que es la prenda más alta que á los dioses
de mis promesas doy: son inmutables,
sinceras son, seguras, si la inclino."
Y movió el negro ceño; deslizóse
de la inmortal cabeza soberana
la ambrósica, flotante cabellera;
y retemblara el anchuroso Olimpo.
La trama urdida, al hondo mar lanzóse
desde el Olimpo esplendoroso Tetis;
Jove, á su alcázar. Las deidades todas
ante él se levantaron de consuno;

nadie esperarle osó; al encuentro fueron
todos del Padre y él subió á su trono.
Mas no se ocultó á Juno cómo ardides
con él fraguara sigilosa Tetis,
de argénteas[a] plantas, hija del anciano
de la mar. Y le habló en mofantes voces:
"¿Con qué deidad, ó artero, has conferido?
De mí por vez centésima te celas
á conspirar. Tal plácete. Conmigo
jamás abrir tu corazón supiste."
Y el padre de los hombres y los dioses:
"Ó Juno, penetrar mi mente toda,
no es dado, no, ni á la consorte mía.
Lo que me plazca revelar, ninguno
sabrálo antes que tú, ni numen ni hombre.
Mas lo que no, lo que al Olimpo encubro,
acátalo; no apures; sella el labio."
La regia dea, del mirar excelso:[b]
"Aterrador Saturnio, ¡qué palabra!
¿Quién nunca te escudriña? Á placer reinas.
Mas hora una ansia el alma me tortura:
temo que te haya alucinado Tetis,
de argénteas plantas, prole del anciano
de la mar. Á la aurora, se sentara
á par de ti, ciñendo tus rodillas.
Recelo que, inclinada la cabeza,
vengar le prometieses al Atrida
y riza hacer en el *aquivo campo."
Y Jove, rey de tormentosas nubes:
"¡Mísera, suspicaz, atisbadora!
¡Perdido afán! y más y más de mi alma
te alejaré, y acrecerán tus duelos.
Si es cual tú sientes, yo lo habré querido.
Tente, enmudece, cumple mi palabra.
Cuantas deidades el Olimpo habitan,
no te valdrán, si, alzándome del solio,
extiendo contra ti la invicta mano."

---

[a] Blancas, hermosas.
[b] Literalmente: "de ojos taurinos", esto es, majestuosos.

Dijo. Tembló la majestuosa dea,
del excelso mirar, y taciturna,
Inmoble, el triste corazón domara.
Doquiera las *olímpicas deidades
de Jove en el alcázar se indignaron.
Y Vulcano, el artífice sublime,
por solazar á la dilecta madre,
la de nevados brazos, esto díjole:
"¡Sean malditas las contiendas vuestras!
Este turbar al cielo, por los hombres!
Al fin, si sube el mal, ni la ambrosía
ni el néctar nos sabrán. Ruego á mi madre,
—con ser ella discreta—al caro Jove
desarme con amor, porque de nuevo
no riña y el banquete nos perturbe.
Que si intentara el dueño del Olimpo,
fulminador del rayo, despeñarnos
de nuestros solios... Él es el excelso.
Mas tú con blandas voces su ira calma,
y al punto serenarse le veremos."
Dijo, se alzó; la taza dúplice
brindó á la mano de Saturnia amada:
"Tu gran pesar reporta, madre mía!
Que no tenga de verte fulminada,
¡lacerado de mí! con estos ojos,
sin poderte valer; que Jove *olímpico
es grave de afrontar. Anhelé un hora
al que él hería socorrer. Me asiera
de un pié; y lanzóme por el sacro limen.[a]
El día entero volteé, y en Lemnos,
al tardecer, caí, rindiendo el alma.
Allí blandos curáronme los *sintios."
Dijo. Sonrió la de nevados brazos
y asió la taza. El hijo escanció luego
del cántaro á los otros dioses todos,
desde la diestra mano, el dulce néctar.
Y en medio á las deidades venturosas
se alzó risa infinita, cuando vieron

a Del cielo.

de aquél por el alcázar las corridas.[a]
Así gozaron del festín divino,
mientras la claridad lució del día.
Y en el común banquete á su deseo
nada faltó, ni la sublime lira
de Apolo, ni las musas, alternantes,
en bella voz, con el *febeo plectro.
Del sol hundióse la fulgente lumbre,
y todos á dormir se encaminaron
á los alcázares, que, en arte excelsa,
Vulcano, el de los brazos poderosos,
les fabricara. Fué el *olimpio Jove,
el tronador, al tálamo, do siempre
dormía, al convidarle dulce sueño.
Allí ascendió á dormir, y juntamente
Saturnia soberana, de áureo trono.

CANTO 2º

SUEÑOS. PRUEBA.

La noche entera diéronse al reposo
los dioses todos, todos los campeones,
de carro armados.[b] Mas el dulce sueño
Jove no concilió: su mente inquieta
cómo vengar á Aquiles revolvía
y riza hacer en el *aquivo campo.
Así pensaba y de las tramas todas
la de mandar al rey un triste Sueño,
placióle. Á la Visión llamó y le dijo
esta palabra alada, sonadora:
"Ve, Sueño infausto, ve de los Aquivos
á las veleras naos, ve á la tienda
de Agamenón, y mis palabras todas

[a] Vulcano era cojo.
[b] Epíteto poético de los guerreros griegos. Los combatientes de carro formaban el grueso del ejército aquivo.

fiel mensajero dile: que en batalla
á los Dánaos, de hermosa cabellera,
arme presurosísimo; pues hora
derruír de Ilión los anchurosos muros
ha de lograr: cesaron las discordias
de los que habitan el *olimpio reino
inmortales; Saturnia doblegara
con blando ruego á todos. La desdicha
inevitable sobre Ilión se cierne."
Así dijo; escuchó su voz el Sueño;
partió raudo y llegó de los Aquivos
á las veleras naos y á la tienda
de Agamenón. Dormía el soberano;
sueño divino [a] en su redor flotaba.
Y á par de la cabeza del caudillo
paróse el nuncio, semejando Néstor,
Nelida, de entre todos los ancianos
el más honrado por el rey. Hablóle,
con faz de Néstor, el divino Sueño:
"¿Duermes, prole de Atreo belicoso,
del fuerte auriga? El hombre que del pueblo
con sabia mente, los destinos rige,
de afanes mil punzado, no se entrega
toda la noche al sueño. ¡Alerta, escucha!
De Jove, quien, por más que esté lejano,
vela pío por tí, yo nuncio vengo.
El Saturnio te manda que en batalla
á los Dánaos, de hermosa cabellera,
armes presurosísimo; pues hora
derruír de Ilión los anchurosos muros
has de lograr: cesaron las discordias
de los que habitan el *olimpio reino
inmortales: Saturnia doblegara
con blando ruego á todos. La desdicha
inevitable sobre Ilión se cierne,
de Jove enviada.—Dentro á tu alma grábalo;
porque el olvido, no lo borre de ella,
cuando te abandonare el dulce sueño."

a Don de los dioses.

Así dijo, partió y dejó al Atrida
vanas quimeras triste revolviendo.
Soñó de Príamo expugnar los muros
en aquel día. ¡Estólido! De Jove
las tramas ignorara. El dios á Dánaos
y Teucros aún guardaba cruentas lides,
henchidas de congojas y gemidos.
El soberano despertó, y del sueño
á su redor los ecos divinales
se difundieron. Y en el lecho al punto
se incorporó; vistió la blanda túnica,
hermosa y nueva; con el amplio manto
envolvióse; á sus plantas fulgurosas
ató sandalias bellas; y la espada,
de clavos argentinos guarnecida,
terció se. Y empuñó el eterno cetro
de sus padres; con él fué por las naos
de los Aquivos, de armaduras éneas.
Alzóse por los cielos anchurosos,
á Jove y á los dioses inmortales
nunciando el día, la divina Aurora.
Por los heraldos, de clamor sonoro,
el rey mandó juntar á los Aquivos,
de hermosa cabellera. Los heraldos
clamaron: concurrió veloz la turba.
Junto al bajel de Néstor, soberano
de Pilos, ordenó sentarse, en junta,
á los nobles ancianos el Atrida.
Luego sagaz su ardid forjó, diciendo:
"Amigos, escuchadme: yo dormía;
y, hendiendo la sagrada noche, vino
un sueño divinal a mí. Su forma,
y talla y faz al denodado Néstor
del todo semejaran. Se detuvo
á la cabeza de mi lecho y dijo:
"¿Duermes, prole de Atreo belicoso,
del fuerte auriga? El hombre que del pueblo,
con sabia mente, los destinos rige,
de afanes mil punzado, no se entrega
toda la noche al sueño. ¡Alerta, escucha!

De Jove, quien, por más que esté lejano,
vela pío por tí, yo nuncio vengo.
El Saturnio te manda que, en batalla,
á los Dánaos, de hermosa cabellera,
armes presurosísimo; pues hora
derruír de Ilión los anchurosos muros
has de lograr. Cesaron las discordias
de los que habitan el *olimpio reino
inmortales. Saturnia doblegara
con blando ruego á todos. La desdicha
inevitable sobre Ilión se cierne,
de Jove enviada. —Dentro á tu alma grábalo."
Dijo, voló, dejóme el dulce sueño.
Mas ¡ea! ya á los hijos de la Argólida
en la batalla armar acometamos.
Mi palabra, cual dicta la costumbre,
los tentará primero. Yo la fuga
en las de remadores ricas naos
ordenaré emprender. Pero vosotros
doquier al pueblo retened ardientes."
Dijo el Atrida y se sentó. Mas Néstor,
de la arenosa Pilos soberano,
se levantó y benévolo arengóles:
"¡Ó reyes de los Dánaos, y caudillos,
ó amigos, si este Sueño contemplara
otro adalid, nosotros altaneros
embuste lo llamáramos. Mas viólo
aquel á quien de ser el primer *dánao
la gloria cupo. Armar, pues, sin tardanza
á las gentes *aquivas intentemos."
Así diciendo, abandonó la junta
y retornó á su tienda. Y obedientes
al pastor de los pueblos, levantáronse
los príncipes, de cetro decorados.
Las gentes se agolparan, cual del fondo
de cóncavo peñón enjambre denso
de abejas sale interminable—vuelan,
en haces, cual racimos, por las flores
de primavera; acá y allá volitan.—
Así las muchedumbres se lanzaron,

desde los pabellones y las naves,
del mar por la ribera dilatada,
unas tras otras, á la junta inmensas.
Osa,[a] de Jove mensajera, el fuego
entre ellas encendió de la batalla,
y compeliólas á marchar veloces.
Las filas se estrecharon; fué la junta;
estrépito se oyó; gimió la tierra,
al sentarse las gentes. Resonara
estruendo fragoroso. Heraldos nueve
por reprimir la grita se afanaban,
clamando al pueblo oyera silencioso
á los reyes, prosapia del Saturnio.
Por fin la multitud sentóse en fila;
sus voces se apagaron; y el caudillo
Agamenón potente levantóse
y el cetro, bella hechura de Vulcano,
cogió. Vulcano al soberano Jove,
de Saturno, lo diera; el padre Jove
al raudo mensajero[b]; el mensajero,
á Pélope, en bridones poderoso;
Pélope, cabalgante audaz, á Atreo,
pastor de pueblos, lo donara; Atreo
en herencia, al morir, dejólo á Tiestes,
en greyes rico; Tiestes, al de Atreo
lo dió, porque en su mano lo llevara
de Argos toda y cien islas soberano.
En él se reclinó el Atrida; y dijo
á los Helenos: "Ó vosotros, héroes
de los Dánaos, ó amigos, compañeros
de Marte: hundióme en lóbrega desdicha
Saturnio aterrador, quien la cabeza
á mi ruego inclinara, prometiendo
que yo, tras demoler la firme Troya,
vencedor volvería. Mas ahora
tramó funesto ardid: mándame torne

---

a La Fama.
b Mercurio.

á Argos con mengua, tras de ruína tanta[a].
Tal placerá al Saturnio omnipotente,
que derrumbara de ciudades ciento,
y aún derrumbará los altos muros;
que no hay poder, como el poder de Jove.
Pero de aquesta afrenta la memoria
trascenderá á las venideras gentes:
que tan soberbio y numeroso pueblo,
cual el *aquivo, combatiera en vano,
desatentado á débil enemigo,
en guerra interminable. Si intentáramos,
Dánaos y Teucros, en jurada tregua,
nuestras fuerzas contar, y se juntaran
todos cuantos su hogar en Troya tienen;
y décadas nosotros los Aquivos
formásemos, un *teucro por cada una
para escanciar cogiendo; se quedaran
decenas muchas sin copero. Tanto
yo veo que aventajan los Aquivos
en número á los Teucros ciudadanos.
Aliados dentro Ilión, empero, moran
de cien ciudades, férvidos lanceros,
que irresistible valla á mis designios
levantan y expugnar me vedan fuertes
la populosa, bien murada Troya.
Nueve años del gran Jove[b] ya corrieron;
pudriéronse los leños de las naos;
las jarcias se pudrieron. Nos aguardan
en desolado hogar y por nosotros
suspiran la mujer y tiernos hijos.
Quimera fué la empresa acometida
en derredor de Ilión por nuestras armas.
Á la patria dilecta en nuestras naves
huyamos: invencible es Troya inmensa."
Así dijo, moviendo anhelo ardiente
en el pecho del pueblo, que ignorara

---

[a] No parecen ser espurios los cinco versos siguientes, que algunos consideran como tales.
[b] Porque es el ordenador del tiempo.

la asamblea secreta. Conmovióse
la multitud; doquier se revolvía,
como las grandes olas que levantan
en el *icario[a] piélago euro y noto,
cuando, desde las nubes tormentosas
de Jove, con furor se precipitan:
cual impetuoso el ábrego sacude
las anchas mieses que violento dobla;
así la muchedumbre se agitaba.
Lanzóse á los navíos voceadora:
de polvo densas nubes so las plantas
brotaron. Provocábanse los pueblos
á conducir las naos sin tardanza
á la sagrada mar, y descubrían
los fosos, por do al ponto las lanzaran.
Quitaron los sostenes á los pinos.
Subió á los cielos su clamor confuso.
Ardieran por sus lares. Y á la patria
tornara el pueblo en ominoso día,
si Juno estas palabras á Minerva
no hablara: "¡Ó prole del tonante Padre,
ó Invencible[b] ! ¡ay dolor! ¿Así del ponto
por las vastas llanuras fugitivos
retornarán á la querida patria
los Aquivos? Y á Príamo y los Teucros
su gloria dejarán: la *argiva Helena,
por quien de Ilión en derredor mil Dánaos
lejos cayeran de la patria amada?
Mas hora ve por el *aquivo pueblo,
de armaduras broncíneas, y doquiera
detén á todos con tu blando acento,
y estorba que las naos encorvadas,
redondas, bellas, al profundo lancen."
Dijo. Su voz no desoyó Minerva,
la de ojos fúlgidos. Precipitóse
de las cimas *olímpicas, y rauda
fué á las veleras naves de los Dánaos.

[a] Una parte del mar egeo, ordinariamente agitada.
[b] Nombre de Minerva.

Ulises, símil en prudencia al Padre,
estaba inmoble, ni la negra nao,
rica en remeros, con la mano asía:
congoja su alma y corazón gravaba.
Minerva, de ojos lúcidos, al héroe
se aproximó y detúvose, diciendo:
"Ó de Laertes y de Jove prole,
sagaz Ulises: á la patria amada
¿así retornaréis desatentados
y fúgidos en naves abundosas
de remeros? Y á Príamo y los Teucros
su gloria dejaréis: la *argiva Helena,
por quien de Ilión en derredor mil Dánaos,
lejos cayeran de la patria amada?
Mas hora ve por el *aquivo pueblo;
y no tardes un punto, y por doquiera
detén á todos con tu blando acento;
y estorba que las naos encorvadas,
redondas, bellas, al profundo lancen."
Así dijo; y Ulises de la diosa
luego escuchó la voz; partió y el manto
quitóse y arrojó al correr.—Euríbates,
su compañero de armas *itacense
y heraldo, lo guardó.—Y al encontrarse
aquél con el Atrida, de sus manos
cogió el eterno cetro de sus padres.
Y lo empuñó; por los navíos fuése,
de los Aquivos, de armaduras éneas.
Á cuantos reyes y hombres eminentes
en su curso encontrara, detenía,
aproximándose, con suaves voces:
"¿Qué te embeleña, amigo, que la gloria
olvidas y retiemblas, cual menguado?
¡Ea! detente y á los tuyos todos
detén! ¿acaso sabes y penetras
del Atrida el dictamen? Hora tienta
á los Aquivos: temeroso luego
de ellos se vengará. No todos fuímos
á la asamblea, ni le oímos todos.
Tente; no sea que su furia estalle

y á los Aquivos de infortunio colme!
Terror infunden las reales iras:
del Saturnio prosapia son los reyes.
La gloria gozan y el amor de Jove,
ordenador del mundo y del Olimpo."
Mas al hallar á un hombre vocinglero
del pueblo, con el cetro le golpeaba
Ulises y, clamando, le decía:
"Hombre desaforado, tente y calla,
Y escucha aquellos que nacieron fuertes,
no como tú, ó menguado y pusilánime,
para la guerra inepto y la asamblea.
No podemos aquí ser todos reyes;
do muchos mandan, no prospera el pueblo.
Uno el caudillo, el soberano sea,
aquel á quien el hijo de Saturno,
de tramas forjador, el mando diera." [a]
Así imperioso recorría el campo.
Y el pueblo, de las tiendas y las naves
tornó precipitado á la asamblea,
fragoroso, cual braman las oleadas
del mar atronador, en las riberas,
que bañan anchurosas; ruge el ponto.
Sentóse el pueblo todo, enmudeciendo,
é inmoble se quedó. Sólo Tersites
parlero murmuraba todavía;
Tersites, hablador desenfrenado
y gárrulo, quien, vano y altanero,
gozábase en reñir á los caudillos,
cuando de los Aquivos esperaba
la risa fomentar. De los guerreros
que á Ilión vinieran, era el más deforme:
zámbigo, cojo, de gibados hombros,
que al pecho se juntaban. Raro vello
la afilada cabeza le cubría.
Nadie le detestara cual Aquiles
y Ulises, de sus rifas ambos blanco.

---

[a] Sigue el verso espurio: "y cetro y ley porque su rey él sea."

Mas vocinglero entonces al Atrida
denostaba. Llenáronse los Dánaos
de fiera indignación. Pero Tersites,
voceando, improperaba al soberano:
"¿De qué otra vez te quejas? qué te falta,
hijo de Atreo? Lleno está de bronce
tu pabellón y de escogidas hembras;
que los Aquivos, al derruír ciudades,
á ti el primero dieran. ¿Ó te falta
el oro todavía, que, de Troya,
acaso un *teucro, poderoso auriga,
ha de traer, por redimir un hijo,
de mí, ó de otro, derribado y preso?
¿Ó aún has menester alguna virgen,
á quien oculta retener contigo
y oculto disfrutar? El regio mando
poder no da de hundir al pueblo *aquivo
en muerte y perdición. ¡Menguados Dánaos,
Baldón, infamia, *aquivas, que no *aquivos!
Volvamos, con las naves, á la patria
y aquí su presa digerir dejemos
á este hombre, porque vea si baluarte
somos, ó no, los adalides *dánaos
de quien hora befó al Pelida mismo,
le arrebató su pieza y la retiene.
Empero, grande furia al de Peleo
el corazón no agita; es temeroso.
De lo contrario, este atentado fuera
por cierto, ó rey, tu crimen postrimero."
Así riñó Tersites al Atrida,
pastor del pueblo. Mas el claro Ulises
sobre él se abalanzó, miróle torvo
y así le dijo aterrador y fiero:
"¡Tersites, orador esclarecido,
mas necio vocinglero, tente y calla!
Á improperar tú el sólo no te atrevas
á los caudillos. No hay de los Aquivos
que á Ilión vinieran, un mortal acaso
más malvado que tú. Jamás los reyes
el blanco sean de tu parla; nunca

los befes, ni deseos alimentes
de volver al hogar. Es de la guerra
la meta incierta; incierto si los Dánaos
triunfantes ó vencidos tornaremos.[a]
Mas yo te digo, ello será: si oyere
yo tu insensato vocear de nuevo,
de Ulises la cabeza no sustenten
sus hombros ya, ni padre de Telémaco
me llame, si mi mano no te asiere
y los tristes vestidos te arrancare:
el manto y túnica, los velos todos
del cuerpo y te arrojare de la junta
á las veleras naves, azotado,
lanzando aullidos, de ignominia lleno."
Así dijo; y los hombros y la espalda
hirióle con el cetro. Aquél, vertiendo
copioso llanto, se dobló, y al golpe
de la áurea vara, cardenal sangriento
brotó en su espalda. Se sentó medroso,
miró al redor confuso, y enjugóse
las lágrimas doliente. Los Aquivos,
las cuítas olvidando, se rieron
estrepitosos; y doquier decían,
mirándose unos á otros: "¡Hola, vítor!
Esclarecidos hechos mil coronan
á Ulises: ya dictámenes sagaces,
ya hazañas en el campo de la lucha.
Mas ante el pueblo todo abrillantara
ahora sus proezas, acallando
al mofador audaz. De fijo nunca
á improperar de nuevo los caudillos
le moverá su condición soberbia."
Hablaba así la multitud. Ulises,
destructor de ciudades, empuñara
el cetro. Alzóse. Heraldo semejando,
Minerva, de ojos nítidos, al pueblo,

[a] Siguen los versos espurios: "Por eso tú te sientas ahora en la junta, á denostar al Atrida Agamenón, pastor de los pueblos, porque muy rico botín le dieron los héroes aquivos Por esto le injurias con tu arenga."

á par de Ulises, acalló potente,
porque su voz los hijos de los Dánaos,
hasta el postrer confín de la asamblea,
oyesen, sus consejos meditando.
Este benévolo arengó y les dijo:
"Atrida soberano, los Aquivos
de los mortales todos en escarnio
trocarte intentan hora y la promesa
violan que en Argos, de bridones rica,
te hicieran al partir á Ilión: juraron
de Troya derrocar los bellos muros
y á sus hogares retornar contigo.
¡Cuál gimen por la patria y se lamentan
entre sí, tiernos niños semejando,
ó viudas!—En verdad que las congojas
que nos agobian, por ventura infunden
anhelos de volver. Quien de la esposa
lejos tan sólo un mes está, se atedia
en el bajel, de remadores rico,
al estrecharle la hiemal procela
y el piélago turgente. Mas nosotros,
del tiempo en la carrera, contemplamos
de Ilión en derredor ya el año nono.
De los Aquivos en las corvas naos
el tedio no me admira, ni me encona.
Tornar, empero, tras de tantos años,
y levantar el real, oprobio fuera.
¡Paciencia un breve tiempo todavía,
ó amigos! hasta ver si son de Calcas
ciertos los vaticinios, ó falaces.
Lo guarda la memoria, y ve: testigos
sois, cuantos no cegaron ya las parcas.
Fuera tan sólo ayer, cuando las naves
de Acaya, para Príamo y los Teucros
de ruína mensajeras, se juntaran
en Áulide; y en torno de la fuente,
por doquier á los dioses inmortales
selectas hecatombes ofreciéramos,
en las sagradas aras, á la sombra
de hermoso plátano, do tersas aguas

manaran. Una gran señal de lo alto
brilló. Una sierpe, de bermeja espalda,
lanzó á la luz del día Jove mismo.
De so el altar saltando aterradora,
al plátano trepó, cuyo follaje,
en la alta copa, de un gorrión velaba
ocho polluelos tiernos con la madre.
La sierpe devoró los nueve: aquellos
murieron, piando tristes. Mas el ave,
á la querida cría deplorando,
en torno revolaba. En los revuelos
irguióse aquella, la cogió del ala
y también devoróla. De Saturno,
el forjador de tramas, luego el hijo
esclareció el misterio de la sierpe:
en piedra la trocó. El portento atónitos
mirábamos inmóviles. Mas Calcas
al punto revelónos, cómo al ara
de sacras hecatombes acercarse
aterradores monstruos se atrevieran;
y pronunció su augurio: "¿Por qué mudos
estáis, Dánaos, de hermosa cabellera?
Esta grande señal de Jove próvido
nos viene, y tarde, en época lejana,
se ha de cumplir. Su gloria, empero, nunca
se eclipsará. Cual del gorrión la sierpe
los pollos y la madre, nueve víctimas,
devoró; tal también el pueblo *argivo
en torno á Ilión batallará nueve años.
Mas en el décimo será derruída
por nuestras armas la ciudad inmensa."
Así dijo. Fiel cúmplese el augurio.
¡Ea! quedaos, los Aquivos todos,
de poderosas grebas: derroquemos
de Príamo los muros anchurosos."
Así dijo; y el pueblo fiera grita
alzó—de los Helenos los aplausos,
que al divinal Ulises tributaran
estruendosos, las naves devolvieron
en eco atronador.—Y el de Gerenia

ínclito auriga, Néstor, arengóles:
"¡Ó desventura! á pequeñuelos niños,
que la labor de la batalla ignoran,
semejantes, habláis. ¿Dó están ahora
vuestras promesas? dó los juramentos?
¿Al fuego arrojaremos nuestras juntas?
al fuego los consejos de los héroes?
y los sagrados pactos, que, de augurios
sellados, la esperanza alimentaran
en nuestro pecho? Hablamos, altercamos.
Tanta vana tardanza y todavía
ningún arbitrio salvador! Atrida,
tú, con tu antiguo, dominante imperio,
á través de sangrientas lides guía
á los Dánaos, y deja que perezcan
aquestos, uno ó dos, que ardides forjan,
lejos de los Aquivos—sus anhelos
cumplidos no serán—que traman á Argos
tornar, antes de ver si del Tonante
falaz fué la promesa ó verdadera.
Saturnio omnipotente á nuestro voto
inclinó la cabeza, cuando el pueblo
partió en veleras naos á Dardania,
desolación y muerte conduciendo.
Confío en los augurios: á la diestra
tronó Saturnio: venturoso agüero.
Por volver al hogar nadie se afane,
antes de disfrutar alguna esposa
de Ilión, vengando á la cuitada Helena
y su gemir. Empero si anhelare
alguno por la patria desvariado,
la mano extienda á su negral navío,
fornido, y luego perdición y muerte
le alcanzará. Mas tú prudente piensa,
caudillo Atrida, y oye los consejos
de los demás: escucha mi palabra,
que no te habrá de parecer estulta.
Los guerreros por tribus y familias
divide, Agamenón, porque se amparen
entre sí las familias y las tribus.

Verás, si tal hicieres y si el pueblo
tu voz oyere, quiénes los caudillos
menguados son y quiénes los menguados
del *dánao pueblo, y cuáles los pujantes.
—Todos desplegarán sus propias fuerzas.—
Verás también si el sino te prohibe
á Ilión derruír, ó si del pueblo de Argos
los imperitos y medrosos pechos."
Y respondióle Agamenón potente:
"¡Ó anciano, á fe, de nuevo los Aquivos
venciste en el consejo! ¡Ó padre Jove,
Minerva, Apolo! si en el pueblo *argivo
diez consejeros como tú me guiasen,
del soberano Príamo los muros
presto, de nuestras armas expugnados,
derruídos hundiríanse! El Tonante
congojas deparóme, y á batallas
me arrastra y vanas lides; altercamos
fieros yo y el Pelida por la virgen.
Yo me enconé primero. Mas, si un día
tornase á nuestras almas la concordia,
de Ilión la ruína no tardara un punto.
Id á comer ahora, porque armemos
el combate. Su lanza bien afilen
todos; todos apronten sus broqueles,
y pábulo abundoso á sus bridones
den todos; y, á la lid atentos todos,
á par del carro el luchador atisbe,
porque la gran batalla el día entero
peleemos. Ni descanso habrá ni tregua.
Sólo la noche á separar la furia
vendrá de los guerreros. Las correas
del escudo, baluarte de los hombres,
sudor destilarán, del pecho en torno
de muchos; muchas manos fatigadas
se extenderán en torno de las picas,
y bañará el sudor muchos bridones
en los bruñidos carros. Mas, si viere
á alguno yo rehuír de la batalla,
en los curvos navíos reposando,

ése no se escapará, por vía alguna,
ni de los perros ni aves de rapiña."
Así dijo. Los Dánaos rebramaron,
como, al romperse en prominentes peñas
y en abruptas riberas las oleadas,
por noto volador embravecidas,
truenan y sin cesar las rocas baten,
do las cumulan encontrados vientos.
Alzóse el pueblo y por la armada al punto
se dispersó. Doquiera se encendieron
fuegos: aderezábase el banquete.
Y cada cual su víctima ofreciera
á alguno de los dioses sempiternos,
porque escapar le diese de la muerte
y la ruda labor de la batalla.
Agamenón, caudillo de los hombres,
un pingüe buey inmolara, de años cinco,
á Jove omnipotente, convocando
la prez y flor de los ancianos todos:
á Néstor y al caudillo Idomeneo;
á los dos Áyax luego y á Diomedes;
después á Ulises, comparable á Jove
en el consejo. Á Menelao, empero,
de la batalla voceador, las cuitas
no se ocultaban del Atrida hermano:
el propio impulso le llevó á la junta.
En redor de la víctima los reyes
se agruparon, los granos de cebada
sacros cogiendo. Y el potente Atrida
alzó al Saturnio su plegaria y dijo:
"Ó Jove, ó dios de gloria y de grandeza,
de nubes tormentosas soberano,
del éter morador, oh! no consientas
que se hunda el sol, que las tinieblas suban,
antes que yo de Príamo derribe
en el polvo la espléndida morada;
y sus puertas á fuego vivo queme;
y de Hector en el pecho, con el hierro,
la túnica desgarre; y so mis dardos
en torno caigan y la tierra muerdan,

de bruces en el polvo, cien campeones."
Dijo. Mas el Saturnio su plegaria
menospreció, la víctima acogiendo;
y de las armas la fatiga recia
acrecentóle. Aquéllos esparcieron,
despues de orar al dios, los sacros granos;
irguieron de las víctimas el cuello:
cortado fué; las hostias desolladas;
recortados los muslos y en grosura
envueltos por doquiera doblemente.
Y colocada en ellos cruda carne,
en leña la quemaron; y espetadas
al fuego las entrañas puestas fueron.
Los muslos á ceniza reducidos,
las vísceras comidas, lo restante
partieron; espetado fué y asado
del todo y de asadores desprendido.
La labor terminóse y el banquete
aparejado fué; comieron todos
en el festín común; al apetito
nada faltó; comieron y bebieron
hasta la hartura. Luego tal hablóles
Néstor *gerenio, poderoso auriga:
"Atrida gloriosísimo, del pueblo
caudillo, el labio séllese: la empresa
que nos confiara un dios, no difiramos.
¡Ea, pues! los heraldos de los Dánaos,
de armadura broncínea, por las naves
clamen, juntando al pueblo; mas nosotros
por el *aquivo, dilatado campo
todos corramos y aticemos pronto
en los pechos el fuego de la guerra."
Así dijo; y Agamenón, caudillo
de los hombres, su voz no desoyera.
Á los heraldos, de clamor sonoro,
mandó que á la batalla convocaran
la *helena gente, de cabello hermoso.
Clamaron: agolpóse presto el pueblo.
En torno se agitaban del Atrida
ardientes, ordenando la batalla,

los soberanos, del Saturnio prole.
Junto con ellos se agitaba Palas,
de ojos radiantes; empuñando la égida
inmortal y sublime, inmarcesible.
Cien borlas ondeantes, áureas todas,
de bella tejedura, que cien bueyes
sendas valieran, del broquel pendían.
La diosa, con la egida fulgurante,
por el *aquivo pueblo discurría,
y compelíale á marchar; y brío
de guerrear, sin tregua combatiendo,
de todos en el pecho derramara.
Á los Argivos batallar al punto
mas dulce pareció que, en vastas naves,
tornar al suelo de la patria amado.
Como flamante fuego en la alta sierra
devora selva ingente, y de las llamas
rutilan á lo lejos los fulgores;
así la claridad del bronce inmensa
los cielos por el éter devolvían.
Cual de aves voladoras: grullas, ánsares
ó cisnes, de alto cuello, las bandadas,
del Asia en las campiñas, del Caístro
por las riberas, sus gallardas alas
despliegan y revuelan infinitas;
descienden á la tierra estrepitosas
y atruenan chilladoras la pradera;
así de los Aquivos las falanges
de los barcos lanzáronse y las tiendas
al *escamandrio llano. Y so las plantas
y del bridón so los herrados cascos
horrísona la tierra retumbaba.
En los prados floridos *escamandrios
se alzaban Dánaos mil y mil, cual brotan
en primavera flores y follaje.
Como, al rociar los cántaros la leche,
vuelan al rededor de la majada,
en las vernales horas, los enjambres
de innumerables moscas vagarosos;
tal en frente se alzaban de los Teucros

los Argivos, de hermosa cabellera,
por la llanura, y en furor ardían
de la batalla y del sangriento estrago.
Y cual segregan, sin labor alguna,
de cabras los rebaños numerosos,
que acaso se mezclaran, los pastores;
tal ordenaron en batalla al pueblo
doquiera los caudillos. Y el Atrida,
Agamenón potente, en medio á todos,
se alzaba, símil al tonante Jove
en la cabeza y ojos, á Neptuno
en el pecho, á Mavorte en la estatura.
Como grande y fornido en el rebaño
el toro se levanta; así el de Atreo,
por Jove en aquel día enaltecido,
entre mil héroes descolló sublime.[a]
Como si el mundo todo en fuego ardiera,
movíanse las gentes: rebombaba
el suelo, cual rebomba, cuando el Padre,
fulminador, azota de ira henchido
la tierra en derredor de Tifoeo[b],
en Árima, do es fama el titán yace.
Así, bajo las plantas de los pueblos,
el campo retumbaba fragoroso.
Y atravesaron rápidos el llano.
Iris, como los vientos voladora,
por el Saturnio tronador enviada,
de dolorosas nuevas mensajera,
fué á los Teucros. Del rey cabe el alcázar
en asamblea, jóvenes y ancianos,
todos se aglomeraran. Acercóse
Iris alada, y se detuvo y dijo
—semejaba su acento el de Polites,
de Príamo hijo, que, en la erguida tumba,
sentado estaba, del anciano Esietes,
confiado en su presteza, de los Teucros

---

[a] Espurio es el Catálogo de las Naves, que principia aquí. Véaselo en el Apéndice al fin del poema.

[b] Gigante, rival de Júpiter y lanzado por él al tártaro en Árima. Símbolo de los terremotos.

atalaya, acechando de los Dánaos
la partida en las naves presurosa.—
Con faz de aquél hablóle Iris la rauda:
“Ó anciano ¿te complaces todavía
en razonar ocioso, cual lo hicieras
en tiempo de la paz? Tremenda se alza
la guerra. Mil batallas yo vi de héroes;
mas nunca viera tal y tanto pueblo.
La ciudad á opugnar, por la llanura,
cual hojas de los árboles ó arenas,
vienen innúmeros. Á tí, ante todos,
Héctor, yo te hablo; escucha mi consejo:
en la ciudad de Príamo espaciosa
aliados muchos hay; diversas lenguas
hablan; son pueblos de lejanas zonas.
Cada ductor ordene sus patricios
y fuera los conduzca á la llanura.”
Así dijo. No desoyó las voces
de Iris Héctor: la junta presuroso
disolviera. Corrieron á las armas;
toda puerta se abrió; lanzóse fuera
la multitud: infantes y jinetes;
y grande estruendo al cielo levantóse.
De Ilión enfrente se alza una colina;
por doquier accesible y escarpada.
Los hombres denomínanla “Batiea”:
de “saltatriz Mirine[a] monumento”,
los dioses inmortales. Los aliados
allí se segregaron de los Teucros.

CANTO 3º

Tregua. Inspección desde los muros. Combate singular de Paris y Menelao.

Los pueblos y caudillos en batalla
doquiera se ordenaron. Mas los Teucros,
con clamor estridente se agitaban;

a Una amazona.

cual revuelan las aves; y de grullas
dilátase el gruír hasta los cielos;
cuando, del alba al despuntar, medrosas
de la tormenta y lluvias infinitas,
del mar océano á las olas vuelan,
desolación y muerte conduciendo,
en lid sangrienta, á las *pigmeas[a] gentes.
Mas iban silenciosos los Aquivos;
y en deseos ardiendo de ampararse,
de la batalla el fuego respiraban.
Cual por la sierra disemina el noto
tupida niebla, del pastor odiada
y grata al robador más que la noche;
—en medio su espesura á ver atina
sólo á tiro de piedra el ojo humano;
tal del andante pueblo so las plantas
de polvo levantóse densa nube;
y por el llano rápidos volaron.
Llegáronse las gentes, y á la *teucra
se adelantó con belicosa furia
Paris, hermoso cual un dios; los hombros
velados por la piel de una pantera;
el arco curvo y la cuchilla en ellos.
Luego dos dardos de broncínea punta
lanzando, desafió de los Argivos
los campeones todos á arrestarse
á combatir con él en cruenta lucha.
Y Menelao, caro á Marte, vióle
cuál de sus pueblos con alada planta
corría lejos á la *aquiva hueste.
Le vió y gozóse, como el león se goza,
cuando, acosado por el hambre, encuentra
gran cadáver: un ciervo, de altos cuernos,
ó una gamuza; lo devora todo,
por más que perros ágiles con furia
lo estrechen y fornidos cazadores.
Así al mirar á Paris con sus ojos,
se alborozó el Atrida Menelao;

---

a Hombres fabulosos, pequeñísimos.

y urdiendo contra el pérfido venganza,
cogió las armas y saltó del carro.
Y le vió Paris, de divinas formas,
le vió asomar por la primera fila;
y el triste corazón desfallecióle.
Lejos, á las *ilíacas falanges,
retrocedió en presencia de la muerte.
Como quien ve una sierpe, desalado
á la apartada sierra retrograda;
gran temblor se apodera de sus miembros
y en sus mejillas palidez se posa;
así Alejandro, cual los dioses bello,
medroso del Atrida Menelao,
retornó á los Dardanios aguerridos
y en medio de ellos se ocultó de nuevo.
Mas Héctor, con palabra mofadora,
riñóle al verlo: "¡Desdichado Paris
rico en belleza; seductor, empero,
de mujeres y esclavo de mujeres!
¡Ah! quién me diese que jamás nacieras
ó que la muerte en flor te arrebatara!
El no ser es mil veces preferible
á ser la mofa y anhelado blanco
de la mirada ajena. Sí; los Dánaos,
de hermosa cabellera, jubilosos
están; quien, á tu bella forma atentos,
el héroe te creían de Dardania;
á ti que ignoras toda fuerza y brío!
Y á la pujanza ajeno ¿convocaste
los tuyos á surcar en medio de ellos
el piélago con naos voladoras?
Y de un hogar de huéspedes y amigos,
en lejana región, arrebataste
una mujer esbelta, de lanceros
afín, y de héroes, tú de padre y patria,
del pueblo todo desventura y ruína,
del enemigo escarnio y alegría,
humillación y afrenta de ti mismo?
Huíste del Atrida, caro á Marte?
Si le afrontaras, ya supieras hora

de quién la rapta es cónyuge florida.
Los dones del amor no te valieran:
ni cítara, ni bucles, ni hermosura;
que ya mordieras de la tierra el polvo.
Menguados son y ruínes los Dardanios;
que á fe, si no lo fuesen, te cubriera
ya túnica de piedra, á ti malvado!"
Y dijo Paris, de divina forma:
"Me riñes, Héctor, con acento justo,
con la verdad; es inflexible siempre
tu corazón; cual la segur, que labra
leños navales;—con experta mano
empúñala el artífice; la fuerza
del hombre que la blande, va doblando;—
tan intrépida es tu alma dentro el pecho.
No me reproches los de la áurea[a] Venus
amables dones; desdeñar no cabe
de los dioses las dádivas fulgentes:
ellos las dan; no las cogiera el hombre.
Pero si ahora que yo pugne intentas,
y lidie, manda que los Teucros todos
se sienten y los Dánaos. Ante el pueblo
á mí y á Menelao, caro á Marte,
por conquistar Helena y sus riquezas,
lánzanos á contienda solitaria.
Quien de los dos en buena lid venciere,
lleve presto al hogar todo el tesoro
y á la mujer. Empero paz y alianza
jurémonos eternas ambos pueblos:
habitad la feraz Ilión, Dardanios;
tornad, Aquivos, á Argos, tierra opima
en fogosos bridones, y á la Acaya,
de garridas mujeres abundosa."
Así dijo. Llenóse de alborozo
Héctor, al escucharle; quien, la lanza
por la mitad cogiendo, de los Teucros
al medio fué y detuvo las falanges.
Sentóse el pueblo todo Pero flechas

[a] Ornada de oro.

y piedras contra el héroe dispararan
los Aquivos, de hermosa cabellera.
Mas, de los hombres el caudillo, Atrida
dió grandes voces y clamó: "¡Teneos,
Dánaos! no disparéis, hombres *aquivos!
En ademán de hablar una palabra,
Héctor, de yelmo centellante, viene."
Así dijo; y el pueblo, de la lucha,
callando, al punto desistió. El Priamida,
en el campo intermedio, tal hablóles:
"Dardanios, escuchad; oíd, Helenos,
de poderosas grebas, la palabra
de Paris, causador de la discordia:
él manda que las bellas armaduras,
ambos ejércitos en la alma tierra
depongan, porque él mismo y Menelao,
caro á Mavorte, en solitaria pugna
combatan entre sí, á la faz del pueblo,
por la mujer y sus riquezas todas.
Quien de los dos, en justa lid, venciere,
lleve presto al hogar todo el tesoro
y á la mujer. Empero paz y alianza
jurémonos eternas ambos pueblos."
Así dijo. Callaron las falanges;
hondo silencio fué. De la batalla
el voceador preclaro, Menelao
dijo: "También ahora á mí escuchadme,
que á nadie, cual á mí, el pesar agobia.
El término ya veo de la lucha
entre uno y otro pueblo: padecisteis
trabajos mil, por la contienda mía,
que Paris atizara. Á quien de entrambos
la perdición y ruína deparadas
estuvieren, perezca. Mas al punto
haced todos la paz; negra cordera
á la Tierra inmolad, los de Dardania,
y al Sol un cándido cordero: á Jove
inmolaremos otro los Aquivos.
Traed al fuerte Príamo, que pacte
la alianza con nosotros, y la jure:

son altaneros, pérfidos sus hijos.
No sea que del Padre el juramento
alguno de ellos viole soberbioso:
siempre es la juventud vana y altiva.
Mas, si un anciano se levanta en ella,
éste el pasado y porvenir abarca,
de sóla una mirada, y por doquiera
consulta el bien de todos y lo acrece."
Así dijo; y Aquivos y Dardanios,
de paz ansiosos, tras nefasta guerra,
llenáronse de gozo. Sus bridones
frenaron en las filas los guerreros;
bajaron de los plaustros, y las armas
en el estrecho campo depusieron.
Á la ciudad enviara dos heraldos
Héctor, quienes las hostias condujesen
presurosos y á Príamo llamaran.
Y envió á Taltibio el poderoso Atrida,
porque trajera de las vastas naves
la víctima. No desoyó el heraldo
la voz de Agamenón esplendoroso.
En tanto á Helena, de nevados brazos,
Iris fué mensajera, semejante
á Laódice, de Helena afín, esposa
de Helicaón Antenorida fuerte;
de las Priamidas la beldad primera.
La diosa hallóla en el hogar tejiendo
una tela purpúrea, vasta, doble;
de la cual en la urdimbre simulaba
de los aurigas Teucros lides ciento,
y de los Aquivos, de broncíneas armas;
batallas con que el brazo de Mavorte,
por ella, los hería. Se detuvo
Iris, de alada planta, á par de Helena,
y díjole: "Conmigo ven aprisa,
cara doncella, á contemplar hazañas
de los de la Dardania aurigas hombres
y los Aqueos, de armaduras éneas.
Quien antes guerra, en lágrimas bañada,
de ruína y sangre ansiosos, en el llano

se movían; están sentados hora.
Silencio reina; terminó la lucha;
se alzan las grandes picas, en la tierra
clavadas, y á su sombra en los broqueles
reclínanse los hombres descansando.
Mas lidiarán por ti con luengas lanzas
Paris y Menelao, caro á Marte.
Quien venciere en la pugna solitaria,
el nombre te dará de amada esposa."
Tal dijo. Y en el alma derramóle
Iris divina anhelos amorosos
por el primer consorte, y por la patria
y los padres. Cubrióse presto Helena
de nítido cendal, y tierno llanto
vertiendo, el tálamo dejó; no sóla;
mas fué con dos doncellas: Etra y Clímene,
aquella, de Píteo prole, y ésta,
de excelsos ojos; y con planta alada
á las *esceas puertas arribaron.
Allí cercados de los suyos Príamo,
Lampo, Clicio, Timetes y Pantoo,
Hicetaón, retoño de Mavorte;
con Antenor y Ucalegonte sabios,
reposaban. Ancianos eran todos,
de Ilión, y todos á la guerra ajenos,
decrépitos, mas claros oradores;
cual áquetas, que envían por la selva,
desde los árboles sonoro canto.
Tal sentados estaban los caudillos
en el alcázar. Y mirando á Helena
venir hacia ellos, entre sí decían,
con blando acento, esta palabra alada:
"No es maravilla, no, que los Aquivos,
de poderosas grebas, y los Teucros
por tal mujer penaran tantos años.
Símil, acaso igual, es su semblante
al rostro de los diosas inmortales.
Empero, por divina que ella sea,
parta en su nave y nuestros infortunios
y los de nuestros hijos no acreciente."

Así decían. Príamo llamóla:
"Ven, á mi lado siéntate, hija mía,
y tu primer esposo, y tus afines
y amigos ve dó están—no á ti yo culpo;
culpo á los dioses, que la *aquiva guerra,
de lágrimas sembrada, me movieron.—
De aquel augusto *aquivo, bello, grande,
el nombre dime. De más alta talla
otros se ven; ninguno tan hermoso,
tan sublime, mis ojos contemplaran.
Su faz semeja faz de soberano."
Y Helena, flor del femenil linaje,
respondió: "Tu palabra, afín amado,
me ruboriza, atérrame! La muerte
¿por qué no me segó? violenta muerte,
cuando dejé mi tálamo, y cognados,
y al tierno niño mío y las amigas
de infancia amadas, por seguir á Paris
á Ilión? Mi suerte no lo quiso. El llanto
por tanta desventura me consume.
Mas te diré lo que saber anhelas.
Agamenón Atrida prepotente
aquél es: soberano esclarecido,
no menos que lancero poderoso;
afín de una mujer inverecunda,
cual yo lo soy—si fué mi afín un día!..."
Así dijo; y atónito el anciano
exclamó: "¡Predilecto tú del sino,
una y mil veces venturoso Atrida!
Mil y mil héroes de tu imperio penden.
Á Frigia, en vides rica, fuí, do viera
de los *frigios aurigas las falanges,
pueblos de Otreo y de Migdón divino.
Campaban del Sangario en las riberas.
Entre ellos batallé, cuando su reino
las amazonas, fuertes, cual campeones,
invadieron. Mas no era aquella gente
tanta, cual los Aquivos, de ojos bellos."
Luego dijo el anciano—y contemplaba
á Ulises—:"¡Ea! di también el nombre,

hija mía, de aquél, que en talla cede
á Agamenón Atrida: le aventaja
en pecho y en espaldas anchuroso.
En la alma tierra yace su armadura.
Le miro recorrer yo las falanges,
como al carnero, de vellón tupido,
é ingente, de las cándidas ovejas
el gran rebaño atravesar se mira."
Y dijo Helena, vástago de Jove:
"Es de Laertes la sagaz progenie,
Ulises, de Ítaca, doquier petrosa;
fecundo en el consejo y en ardides
y rico en sabias y profundas tramas."
Mas Antenor discreto interrumpióla:
"Gran verdad, ó mujer. En otro tiempo
ya por ti vino el esplendente Ulises
aquí, con Menelao, predilecto
de Marte. Yo mansión hospitalaria
brindéles grato: la figura y mente
conozco de ambos, y el solerte ingenio.
De pié en la junta de los pueblos *dárdanos
con imponentes hombros descollara
Menelao; sentados, le vencía
en la nobleza de la faz Ulises.
Urdiendo al pueblo entrambos en la arenga
sus ardides, aquél, aunque mancebo
hablaba en sobrias, nunca ricas voces,
ni vagas, sino graves y ardorosas.
Mas, cuando presto el ingenioso Ulises,
sin los ojos alzar, se levantaba
fija en la tierra la mirada; fijo
el cetro inmóvil; lo creyeras necio,
ó de furor herido, ó de locura.
Mas al lanzar con grande voz su pecho
palabras á la nieve semejantes,
que siembra en copos la hiemal tormenta,
con él no compitiera ningún hombre;
y su faz olvidábamos suspensos."
Luego el anciano en Ayax la mirada
detuvo y preguntó: ¿Quién es el *dánao

que allí por su cabeza y fuertes hombros
y magnitud descuella, y hermosura?"
 Y Helena, flor de las mujeres todas,
de peplo rozagante revestida,
le respondió: "Baluarte de los Dánaos
aquél es: Áyax, héroe portentoso.
Cual dios, en las opuestas filas se alza
de los *cretenses hombres y caudillos
cercado, Idomeneo. Quien de Creta
viniendo, fué acogido muchas veces
por el Atrida, amado de Mavorte,
y la amistad gozó en el hogar nuestro.
Y de los Dánaos, con fulgentes ojos,
hora los nombres todos te dijera,
cual los contemplo y los conozco todos.
Mas descubrir no puede la mirada
á dos ductores del *aquivo pueblo;
mis carnales hermanos, de una madre:
Cástor auriga y Polideuces púgil.
Ó de Lacedemonia, la risueña,
no vinieron á Ilión, ó retornaron
en las veleras naves, fugitivos,
de mi deshonra y befa temerosos."
Dijo. Cubríalos ya la alma tierra,
en la lejana y adorada patria.
 Mas los sacros, divinos juramentos
á sellar condujeran los heraldos
por la ciudad de Ilión los dos corderos;
y en odre de caprina piel vertido,
el vino alegrador, del campo fruto.
Ideo heraldo el cántaro luciente
llevaba y áureas tazas. Al anciano
aproximóse y le exhortó, diciendo:
"Ve, de Laomedonte prole: llama
los próceres de los aurigas Teucros,
y de los Dánaos, de armaduras éneas,
á que, bajando al llano, pactos firmes
hagáis, porque Alejandro y el Atrida,
de Marte amado, con las luengas lanzas
combatan por Helena solitarios.

Y sea la mujer y su tesoro
del vencedor. Y luego paz y alianza
ambos pueblos jurémonos eternas:
los Dánaos tornen á Argos, tierra opima
de fogosos bridones, y á la Acaya,
de mujeres garridas abundosa."
Dijo. Mas el anciano estremecióse
y á sus guerreros ordenó que uncieran
al plaustro los corceles. Acataron
aquellos su mandato presurosos.
Y Príamo ascendió al hermoso carro,
con Antenor, y recogió el rendaje,
al llano dirigiendo los bridones,
que allá volaran por la *escea puerta.
Al campo de Dardanios y de Aquivos
arribaron; del plaustro descendieron
á la alma tierra, y fueron de ambas huestes
al intermedio campo. Con presura
se levantó el caudillo de los hombres,
Agamenón: el ingenioso Ulises
se levantó. Los fúlgidos heraldos,
de los sagrados pactos divinales
las víctimas juntando, miel y vino
mezclaron en el cántaro y vertieron
linfa sobre las manos de los reyes.
Desenvainó el Atrida la cuchilla,
que junto siempre con la ingente espada
le ceñía. Cortó de la cabeza
de los corderos un vellón; y luego
á los *ilienses próceres y *aquivos
el vino los heraldos escanciaron.
Y las manos alzó y clamó el Atrida:
"Ó padre Jove, ó dios de gloria, excelso,
del Ida rey! Ó Sol que miras todo
y todo lo oyes! y vosotros, Ríos,
y Tierra; y ó vosotros, que en el orco
vengáis de los mortales la falacia,
cuando el perjuro muere, sed testigos
y amparadores sed del juramento.
Si á Menelao muerte da Alejandro,

Helena y sus tesoros todos sean
suyos. Pero si al blondo Menelao
Alejandro sucumbe, los Ilienses
Helena volverán y los tesoros
todos de Helena; y pagarán tributo,
cual á los Dánaos plazca, y pagarále
por venideros siglos la Dardania.
Empero, si, caído Paris, Príamo
y los hijos de Príamo rehusen
mi fama resarcir, yo la venganza,
hasta ver la contienda dirimida,
aquí perseguiré sin paz ni tregua."
Dijo; y con la cuchilla despiadada
broncínea, degollando los corderos,
en tierra, moribundos, palpitantes,
—los nervios de la vida hirió el cuchillo—
dejólos descansar. Vino vertieron
del cántaro en las tazas, y libando,
rogaron á los númenes eternos.
Y tal por los reales se decía:
"¡Ó Jove, ó dios de gloria, preexcelso!
Ó dioses inmortales todos! caiga
en tierra y desparrámese el cerebro
de quien primero el juramento rompa:
el suyo caiga y caiga el de sus hijos,
cual este vino se derrama, y sean
por extraños forzadas sus mujeres."
Así decían; el Saturnio, empero,
sus ruegos desoyó. Luego arengóles
el Dardanida Príamo, diciendo:
"Teucros y Aquivos, de fornidas grebas,
oídme: vuelvo á la escarpada Troya:
del hijo caro contemplar no sufren
mis ojos el combate, en que le afronta
Menelao, de Marte predilecto.
Jove sabrá y los dioses inmortales
á quién aguarda de los dos la muerte."
Dijo, y depuso el adalid divino
las hostias en el carro primoroso.
Á él ascendió, el rendaje recogiendo.

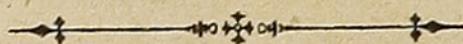
Subió Antenor con él. Vuelta la biga,
á los *dardanios muros retornaron.
Héctor Priamida y el fulgente Ulises
el campo limitaran de la pugna.
El cual medido, en el broncíneo yelmo
las suertes arrojaron que mostrasen
quién la énea pica disparar debía
el primero. Á los dioses deprecaban
los pueblos y las manos les tendían.
Así rogaba algún *aquivo y *teucro:
"Ó padre Jove, dios de gloria excelso,
del Ida rey, da que del orco se hunda
en la morada aquél, que la contienda
entre nosotros atizó; y concede
que al pueblo tornen paz y eterna alianza."
Así decían. Hacia atrás mirando
el grande Héctor, de yelmo centellante,
las suertes agitó: la de Alejandro
saltó del yelmo. Todos se sentaron
en fila, do los rápidos bridones
tuvieran y las pulcras armaduras.
Paris, esposo fúlgido de Helena,
hermosa en trenzas, las venustas armas
al hombro suspendidas, se ciñera
los muslos con coraza primorosa,
de broches argentinos afianzada.
Armóse al pecho y se ciñó la cota
de Licaón, su hermano. De los hombros
la broncínea cuchilla, guarnecida
de clavos argentinos, se colgara,
y la rodela poderosa, ingente.
El hermoso morrión, de cola equina,
se puso en la cabeza formidable.
Alto el airón aterrador ondeaba.
Con fuerte mano asió la lanza fuerte.
Así también el valeroso Atrida
cogió sus bellas, prepotentes armas.
Armados, alejáronse de Ilienses
y Aquivos, á la arena, y pavorosos
miraron: estupor, al contemplarlos

se apoderó de los aurigas Teucros
y los Aquivos, de fornidas grebas.
Ambos se aproximaron en la liza
y las picas blandieron horrorosos.
Su largo dardo Paris el primero
lanzó al broquel rotundo del Atrida;
mas no lo traspasó, sino doblóse
el bronce en la rodela poderosa.
Al Saturnio el Atrida Menelao
clamó, su lanza á Paris dirigida:
"Da, ó Jove rey, que el temerario crimen
logre vengar del fúlgido Alejandro.
Y da que, de mi mano herido, muera;
porque también las venideras gentes
De afrentar tiemblen el hogar amigo"
Dijo; vibró, lanzó la larga pica
y el rotundo broquel hirió de Paris.
Del claro escudo y primorosa cota
voló al través la formidable lanza,
y, de la túnica al través volando,
cabe el vacío recta deslizóse.
Mas Paris se inclinó y la negra muerte
pudo evitar. Desenvainó la espada,
de clavos argentinos guarnecida,
Menelao; blandióla y la cimera
hirió de aquél. Pero del yelmo en torno,
en partes tres y en cuatro destrozada,
cayóle de las manos la cuchilla.
Gimió el de Atreo y elevó los ojos
al anchuroso cielo: "Padre Jove,
más cruel que tú no es otro dios alguno.
Cernerse yo veía la venganza
del crimen sobre Paris; y en las manos
tronzóseme hora la cuchilla; el asta
mi brazo en vano disparó: él no cae."
Dijo; precipitóse sobre Paris;
del crinado morrión fuéle arrastrando
hacia los *dánaos, de fornidas grebas.
Y la blanda garganta le estrechaba
del yelmo en la correa afianzadora,

bordada, bella. Le arrastrara entonces
el *heleno consigo, cosechando
gloria inefable, si con ojo atento
Venus, de Jove prole, no atisbara
y la correa sólida, taurina,
le rompiera. Siguió á la mano fuerte
sólo el morrión. Vibrólo y á los Dánaos,
de poderosas grebas, el Atrida
lo tiró. Sus leales compañeros
guardáronlo. Anheloso Menelao
de dar la muerte con broncínea pica
al contendor; sobre él se abalanzara.
Mas Venus levemente, á fuer de diosa,
le arrebató á la arena; recostóle
en el de aromas perfumado lecho;
y en busca fué de Helena; á quien hallara
por *ilienses circuída numerosas,
del alcázar *dardanio en las alturas.
Y le tocó la nectarina veste
con suave mano, semejando anciana:
la longeva hilandera que en Laconia
la lana hermosa en otro tiempo hilara
á Helena en la mansión de Menelao
y amor le profesara sin segundo.
Y así le habló la rutilante Venus:
"Al punto ve: convídate Alejandro
al tálamo y al lecho primoroso.
Rutila de hermosura y atavíos.
Dirías, no que torna de la lidia,
mas de la danza ó que á danzar se apresta."
Dijo, y movióle el alma dentro el pecho.
Mas, cuando el cuello hermoso vió del numen,
el seno seductor, los claros ojos,
atónita dió voces y le dijo:
"Dea fatal ¿anhelas por burlarme?
Á tierras todavía más lejanas:
á una ciudad de *frigios populosa
ó de Meonia, la risueña, intentas
llevarme, do también algun amante
acaso tienes de la estirpe humana?

Porque, vencido ya el fulgente *dárdano,
quiere el Atrida esta mujer odiada
devolver á su hogar, ¿tú aquí felona
me tientas? Ve, reposa junto á Paris
y olvida de los dioses los placeres;
al Olimpo tu planta ya no torne;
por éste sin cesar suspira, vela;
hasta ser de él esposa ó bien esclava.
No iré: fuera ignominia que su lecho
aderezara yo: las *teucras todas
de mí se mofarían; y ya mi alma
congojan indecibles amarguras."
Y enfurecida Venus refulgente
repuso: "Temeraria, ¿tú reñirme?
No sea que, furiosa, te abandone,
y mi amor todo y mi terneza en odio
á ti cambiados, siembre entre ambos pueblos
encono fiero y tú mueras infame."
Así dijo; y estremecióse Helena,
vástago del Saturnio, y silenciosa,
en el cendal nevado, esplendoroso,
envuelta y por el numen conducida,
se fué, invisible á las *ilienses todas.
Llegó de Paris al sublime alcázar;
apresuraron su labor las siervas;
al tálamo alto la mujer divina
subió; do Venus, la risueña diosa,
un escabel, en frente de Alejandro,
dispúsole. Sentóse en él Helena,
del tonante Saturnio procreada.
Apartando del cónyuge los ojos,
así riñóle: "¿Del combates vuelves?
¿Porqué en la lid no sucumbiste al héroe,
al campeón, primer esposo mío?
¡Y al Atrida, de Marte predilecto,
en la pica vencer, y en brío y fuerza,
antes de ahora, ufano tú decías!
Ve y otra vez á combatir contigo
provoca al hombre de Mavorte amado!
Empero... tente! escucha mi palabra:

al blondo Menelao tú no afrontes,
en contienda y batalla temerario;
no sea que su lanza te arrebate."
Y Paris respondió: "Mujer, no riñas
con vituperios ásperos mi pecho.
De Palas á la sombra Menelao
me superó; yo venceré más tarde:
dioses también á los de Ilión amparan.
Mas ¡ea! los placeres disfrutemos
del tálamo y amor! Á mi alma nunca
así nublaran ansias amorosas;
ni cuando de Laconia, la risueña,
te traje rapta en las veleras naves,
y en la isla Cránae me uní contigo.
Hora más dulce amor á ti me abrasa."
Dijo, y al tálamo se fué el primero,
en pos Helena; y en el lecho hermoso,
de tallados encajes, se adurmieron.
Mas por la muchedumbre discurría
Y fiera Menelao semejaba,
doquier á Paris divinal buscando.
Pero al Atrida, amado de Mavorte,
ni *teucro alguno ni fulgente aliado
mostrar podía dónde aquél estaba.
Descubrir su mansión nadie temiera:
todos le odiaban, cual la negra muerte.
Y Agamenón, caudillo de los hombres,
hablóles: "Teucros, Dárdanos y aliados,
oídme: á Menelao, de Mavorte
predilecto, corona la victoria.
Á Helena *argiva y sus tesoros todos
volved; pagad tributo por el crimen
los Teucros de hoy, los Teucros venideros."
Así dijo el Atrida y sus palabras
gozosos acogieron los Aquivos.



CANTO 4º

Fin de la Tregua. Agamenón revista el Ejército.

En áureo suelo al rededor de Jove
sentáronse los númenes en junta;
y el néctar escanciólés Hebe excelsa.
Entre sí propinábanse las tazas,
y la ciudad miraban de los Teucros.
Mas luego con palabra mofadora
á Juno el Padre provocó: "Dos deas:
Saturnia *argiva y Palas protectora,
amparan al Atrida Menelao.
Empero, lejos de él, hélas cuál gozan
contemplando la lid, allí sentadas.
Á Paris siempre la risueña Venus
de nuevo amante á defender acude
y de él las diosas de la muerte aleja.
Hora también salvóle de la ruína,
que próxima sus ojos ya miraban.
De Menelao, por Mavorte amado,
es la victoria. Encaminar la suerte
pensemos de la guerra: si atizarla
otra vez, sus desdichas y la grita
del campo de combate aterradora;
ó fomentar la paz. Si á todos place,
si todos esto alientan, del rey Príamo
á la ciudad y hogares la paz vuelva,
y á Menelao vuelva Helena *argiva."
Dijo: y Minerva y Juno, que sentadas,
una á par de otra, la de Ilión desdicha
tramaran, murmuraron. Contra Jove
arrebatada de furor, el labio
selló muda Minerva. Mas Saturnia
su furia dentro el pecho no contuvo
y dijo: "¿Qué palabra proferiste,
Saturnio aterrador? ¿Cómo pretendes

vana tornar nuestra labor y eterna?
Y vano mi sudor en los afanes
vertido de la guerra? Mis bridones,
en recoger al pueblo contra Príamo
y los hijos de Príamo ¿yo en vano
fatigaría?—¡Sea! Pero sabe
que tal no aplaudirán los dioses todos."
Y grandemente airado dijo el Padre,
de nubes tormentosas soberano:
"Pues ¿qué graves ofensas te hizo Príamo,
y los hijos de Príamo, insensata,
que con afán ardiente por la ruína
de la ciudad de Ilión hermosa anhelas?
Ve, lánzate á sus puertas y altos muros;
y á Príamo, y sus hijos y los Teucros
devora todos vivos, porque calmes
tu hiel y tu furor. Haz cual te plazca;
no sea que en discordias temerosas
más tarde nuestras riñas se conviertan.
Empero, escucha mi sentencia y grábala
en tu memoria: si también un día
derrocar yo con ansia deseare
una de tus ciudades predilectas,
mi saña no encadenes tú ni estorbes;
así cual hora darte me ha placido
este poder, el corazón doliente;
que, bajo el sol y el estrellado cielo,
en ninguna ciudad de térreos hombres
con tanto amor mi pecho se complace
como en la sacra Ilión, su rey y el pueblo
de su lancero rey. Jamás mis aras
de comunes festines carecieran
allí, de libaciones ni del humo
del holocausto: honores de los dioses."
Y respondió la majestuosa Juno,
del excelso mirar: "De las ciudades
que me son caras, tres mi amor prefiere:
Argos, Esparta, con la gran Micenas.
Si alguna vez tu corazón las odia,
arrásalas: no vuelvo yo por ellas,

ni estorbo tu poder.[a] Tornar, empero,
eternas mis fatigas no te es dado.
También soy diosa yo; do tu desciendes,
también desciendo yo; soy del Saturnio,
de tramas fraguador, la primogénita.
Soy la primera yo por el linaje,
y excelsa soy, porque me llamo esposa
de quien impera en el Olimpo todo.
Mas ¡ea! ya cedámonos entrambos,
yo á ti, tú á mí: los dioses inmortales
todos nos seguirán. Ordena presto
á Palas que de Teucros y de Dánaos
al campo vaya y temerosa grita;
y los Ilienses tiente á que los pactos
y juramentos rompan y provoquen
armados á los fúlgidos Aquivos."
Así dijo. Su voz no desoyera
el padre de los hombres y los dioses;
quien á Minerva esta palabra alada
al punto habló: "Ve presurosa al campo,
en medio de Troyanos y de Griegos;
y tienta los de Ilión á que los pactos
y juramentos rompan y provoquen
armados á los fúlgidos Aquivos."
Así diciendo, apresuró á Minerva,
ansiosa de partir; quien de las cimas
lanzóse del Olimpo, en raudo vuelo.
Al modo que la prole de Saturno,
de tramas fraguador, al nauta envía
ó al campo de los pueblos dilatado
un astro presagioso, rutilante,
que mil centellas lúcidas derrama;
así á la tierra se arrojó la diosa
y adelantóse en medio de las huestes.
Y los aurigas Teucros la miraron,
y los Aquivos, de fornidas grebas:
atónitos miráronla los pueblos;

[a] Siguen los versos espurios: "Pues, por más que me resistiera y no te dejara asolarlas, á nada conduciría mi resistencia; que es mucho mayor tu poder que el mío."

atónitos mirábanse y decían:
"¿Será que torne la funesta pugna,
y de la lid la grita aterradora?
Ó nos anuncia paz y alianza Jove,
moderador de las humanas guerras?"
Tal decían. Minerva, semejando
Laódoco, lancero valeroso,
Antenorida, en medio los Ilienses
desapareció, buscando por doquiera
al intachable Pándaro divino,
de Licaón. Hallóle circundado
por falanges de asteros poderosas,
que, desde las riberas del Esepo,
con él vinieran. Se detuvo aquella
á par del flechador y dirigióle
esta palabra alada: "¿Me obedeces
hora, de Licaón discreta prole?
Osaras disparar á Menelao
alígera saeta que alcanzara
favor y gloria de los Teucros todos,
y del caudillo Paris prez insigne?
Él á porfía de brillantes dones
colmárate, si al hijo belicoso
de Atreo, por tus flechas traspasado,
arder mirara en dolorosa pira.
Mas ¡ea! al adalid glorioso asesta,
y al hijo de la luz, flechero Apolo,
clara hecatombe de corderos tiernos
promete, si tornares á tu patria,
á la ciudad sagrada de Zelea."
Así Minerva dijo, y dementóle.
Al punto obedeció, quitó la vaina
del arco hermoso, terso, fabricado
con cuernos de gamuza voladora;
que, de las peñas al saltar, herida,
bajo su dardo acechador, clavado
en el pecho, cayó en tierra de espaldas.
Ornara su cabeza cornadura
de palmos dieciséis; labró y juntóla
el bruñidor artífice de cuernos,

y la tersó, y la remató con oro.
Y su arco Pándaro apoyó en la tierra
y grandemente lo dobló. Cubríanle
con sus escudos los amigos fieles;
porque no se lanzaran contra el héroe
los aguerridos hijos de los Dánaos,
antes que hiriera al denodado Atrida.
Abrió la aljaba y una virgen flecha
alígera tomó, de crueles penas
engendradora. La saeta aguda
presto del arco aseguró en la cuerda,
y al hijo de la luz, flechero Apolo,
clara hecatombe de corderos tiernos
prometió, si á la patria retornaba:
á la ciudad sagrada de Zelea.
Cogió, tiró de cuerda y flecha á un tiempo,
hasta acercar al arco la saeta,
la cuerda al pecho. En círculo tendido
el grande arco vibró: sonó estridente
la cuerda, y rauda la saeta aguda
voló por los Aquivos impetuosa.
Pero no te olvidaron, Menelao,
los inmortales dioses venturosos;
mil veces menos te olvidó Minerva,
de Jove prole, del botín dadora;
quien tu cuerpo cubriera con el suyo
y apartara de ti el agudo dardo,
cual del niño que sueño dulce duerme,
la mosca aparta la materna mano.
Y la saeta dirigió la diosa
á do en el ceñidor con áureos broches
se unían las lorigas; do la jara
hiriera aguda el ceñidor hermoso,
el fuerte ceñidor; atravesóle;
atravesó la malla de primores
y traspasó la cota que, ferrada,
fortísima su cuerpo defendiera,
contra saetas mil amparadora.
La traspasó; la piel se desgarrara:
umbría de ella dimanó la sangre.

Cual la mujer *meonia ó *caria tiñe
con púrpura el marfil, para atavío
de los corceles—en su hogar lo guarda;
lo piden á porfía los ductores;
al rey lo guarda, del bridón adorno,
orgullo del auriga; así de sangre
se purpuraron tus hermosos muslos,
ó Atrida, purpuráronse tus piernas,
hasta el gentil talón. Estremecióse
el hermano, caudillo de los hombres,
cuando la negra sangre de la llaga
correr miró. También estremecióse
Menelao, de Marte predilecto.
Mas, cuando de la flecha vió los dientes
y de la férrea punta la atadura
no hincados en la piel, tornó á su pecho
el ánima abatida. Hondo suspiro
el prepotente Agamenón lanzara;
lanzáranle los suyos; de la mano
cogiera á Menelao, dando voces:
"Hermano caro, yo pacté tu muerte,
cuando sellé la tregua. Por los Dánaos
yo te lanzara á solitaria lucha
contra los Teucros. Tal, la fe jurada
violando, te han herido los Ilienses.
Mas vanos no serán los juramentos,
ni el cruor del holocausto, ni las ondas
del vino inmaculadas, ni los pactos:
nuestra confianza. Ya que Jove *olímpico
no los castigue aterrador al punto,
venganza habrá contra ellos pavorosa
de Jove un día; y pagarán su crimen
con su cabeza, sus mujeres é hijos.
Mi alma lo ve; mi corazón lo siente:
hora vendrá do caiga Ilión sagrada
y Príamo, lancero esclarecido,
y su pueblo. Saturnio, de alto trono,
habitador del éter, en venganza
de esta perfidia, con su propia mano
agitará sobre los Teucros todos

la tenebrosa, aterradora egida.
Será; que habrá de ser.—Mas, Menelao,
por ti me afligirán crueles tormentos,
si cayeres, cumpliendo de tu vida
el sino. Á la árida Argos yo volviera
cubierto de ignominia. Los Aquivos
al punto por la patria suspiraran.
Á Helena *argiva, orgullo de los Teucros,
y de su rey, en su poder dejáramos;
yacieran y pudriéranse tus huesos
en los campos de Ilión, sobre las ruínas
de tu frustrado afán. Y los Ilienses
la tumba hollaran del preclaro Atrida
soberbios y doquier así dijeran:
"¡Plegue á los dioses que sus iras sacie
por siempre Agamenón así, cual hora
en vano decampó, al hogar tornando,
á la querida patria, en sus bajeles,
vacíos de guerreros, y en el campo
dejando á Menelao, fuerte Atrida."
Así dirán. Mas ábrase la tierra
para cubrirme entonces anchurosa."
El blondo Menelao consolóle
y díjole: "¡Valor! y al pueblo *aquivo
no atemorices: del agudo dardo
no fué mortal la herida; defendióme
el ceñidor fulgente, la loriga,
la férrea cota, de fabriles manos."
Y respondióle Agamenón potente:
"Plegue á los dioses, caro Menelao,
sea cual dices. Mas la herida mire
el médico, que ingenie medicinas
del sombrío dolor mitigadoras."
Dijo; mandó á Taltibio, sacro heraldo:
"Taltibio, á Macaón sin mora llama:
al hijo de Esculapio y rey de médicos;
que cure á Menelao, fuerte Atrida,
á quien un *teucro ó *licio, grande arquero,
hirió para su gloria y nuestro daño."
Dijo. No desoyó su voz Taltibio.

De los Aquivos, de éneas armaduras,
el campo recorrió veloz; en torno
buscando su mirada atisbadora
al campeón. Le vió: falange fuerte
circuíale de astados, que vinieran
desde Trice, en bridones abundosa,
por él acaudillados. Acercóse,
esta palabra alada profiriendo:
"Ven, hijo de Esculapio, que te llama
Agamenón potente, porque cures
al fuerte Menelao, rey de Aquivos;
á quien un *teucro ó *licio, gran arquero,
hirió para su gloria y nuestro daño."
Así dijo, y el pecho enardecióle.
La muchedumbre *aquiva recorriendo
en ancho campo, al blondo Menelao
vinieron;—circundábanle doquiera
los adalides todos, y se alzaba
en medio de ellos divinal el héroe.—
Sacó la flecha Macaón al punto,
del ajustado cinto: se quebraron,
atrás movidos, los agudos dientes.
El rutilante ceñidor soltóle,
y luego la loriga y férrea cota,
de fabril mano. Descubrió la herida
del afilado dardo: con los labios
la desangró, y cubrió por mano experta,
con hierbas, del dolor mitigadoras,
que á su padre, Esculapio, diera un día
benévolo Quirón. De Menelao,
preclaro voceador de la batalla,
en torno se juntaban afanosos
los próceres. Empero la falange
de la *dardania broquelada gente
se abalanzó: corrieron á las armas
de nuevo belicosos los Aquivos.
Al claro Agamenón entonces vieras
no tímido, lejano de la lucha,
no congojoso; mas de ardor guerrero
trasportado, lanzarse á la contienda,

del hombre gloria. El carro, guarnecido
de bronce primoroso, y los bridones
abandonara. Lejos del combate
los reprimía Eurimedonte amigo,
del Peraída Tolomeo prole;—
anhelaban fogosos los corceles.
Agamenón mandóle suplicante
el plaustro le llevara con la biga,
cuando sus miembros fatigarse viese
por la labor del mando y la carrera.
Y á pié de los guerreros las falanges
atravesó. Do viera valerosos
á los Dánaos, de rápidos bridones,
hablábales en voz halagadora:
"Jamás, de modo alguno, *argivos hombres,
abandonéis la bélica pujanza.
De la perfidia no será baluarte
el padre Jove. Los que el sacro pacto
altaneros, impíos, quebrantaran,
cadáveres serán, y devorados
por buitres con delicia; y en las naves
sus mujeres hermosas llevaremos,
y tiernos hijos y el botín de Troya."
Empero á quienes viera temerosos
rehuír la terrorífica batalla,
furibundo reñíalos: "Ó Argivos,
valentones, menguados ¿que perdisteis
del todo el pundonor? Porqué temblosos
la planta detenéis como cervatas,
que, de correr por anchuroso valle,
fatíganse y medrosas se detienen
y ningún brío dentro el pecho alientan?
Tal vosotros, las armas olvidando,
la planta detenéis, de miedo heridos.
¿Por ventura aguardáis á que se extienda
la mano del Saturnio protectora
hacia vosotros, cuando avancen fuertes
los Teucros hasta do la flota nuestra,
de bellas popas, abrigada yace,
del espumante mar en la ribera?"

Así de los guerreros imperioso
las filas el de Atreo recorría.
Llegó, por las falanges estruendosas,
á los *cretenses, que, á la lucha prontos,
cercaran al sagaz Idomeneo.
Idomeneo, comparable en fuerza
al jabalí, mandaba á los primeros;
Meríones los últimos lanzaba
ardiente á la batalla. Contemplólos
gozoso, de los hombres el caudillo,
Agamenón; y blando esta palabra
habló presto al ductor: "Ó Idomeneo,
en la batalla, en las empresas todas,
en el festín, do los *argivos próceres
en plena copa el esplendente vino,
honroso don de los ancianos, mezclan:
doquiera yo te admiro entre los héroes
de los Dánaos, con rápidos bridones.
Mientras la taza deparada beben
los Aquivos, de hermosa cabellera,
siempre llena la tuya, cual la mía,
hasta la hartura, está. Mas ¡ea! parte
—cual siempre fué tu gloria— á la batalla."
Y respondió el ductor de los *cretenses:
"Atrida, de tus lides compañero
seré yo leal: así lo asegurara
y prometiera un día. Mas enciende
en ansia de lidiar á los Aquivos,
de hermosa cabellera; porque presto
trabemos la batalla: los Ilienses
la fe jurada hollaron; los aguardan,
por su perfidia, perdición y muerte."
Dijo, y partió el Atrida placentero.
Llegó, por las falanges estruendosas,
á los Ayax, que, armados, condujeran
filas de infantes, densas, como nubes.
Cual, llevada del céfiro estridente,
asoma por el piélago la nube;
—la contempla el pastor en su atalaya;
ve que del ponto tenebrosa viene

allá á lo lejos y se torna negra,
como la pez, y avanza voladora,
henchida de terrífica tormenta;
aquél la mira, tiembla y su rebaño
guarda de la caverna en el seguro;
así las apiñadas muchedumbres
de mortales, nacidos del Tonante,
por los Ayaces guiadas, se movían
píceas á la batalla aterradora,
de lanzas y broqueles erizadas.
Los vió gozoso el prepotente Atrida
y esta palabra alada dirigióles:
"Áyax, caudillos de la *aquiva gente,
de armaduras broncíneas, yo no os mando
—no es menester—el pueblo poderosos
enardecéis á la sangrienta lucha.
Da, ó padre Jove; dad, Minerva, Febo,
que de los Dánaos todos tal pujanza
el pecho inflame, porque se hundan luego,
por nuestro brazo despojados, rotos,
del soberano Príamo los muros."
Diciendo así, dejólos. Su carrera
siguiendo, al orador suave de Pilos
Néstor, halló; quien á la lid armaba
ardiente sus falanges, conducidas
por el gran Pelagonte, Alástor, Cromio,
y por el poderoso Hemón y Biante,
de los pueblos pastor. En primer fila
los guerreros con carro armados puso
y en la postrera, numeroso pueblo
de infantes valerosos, por baluarte
de la batalla. Y colocó en el centro
los malos pugnadores, porque algunos
á su pesar forzados, combatieran.
Y á los aurigas ordenó primero
sofrenar los bridones, evitando
la confusión: "Ningún auriga fíe
en su destreza y brazo y se adelante
á los demás, de combatir ansioso
con los Teucros; y nadie retroceda:

mermara vuestra fuerza. Quien llegare
con su carro al ajeno, enristre lanza.
Tal se acrecentará vuestra potencia.
Así también, expertos y prudentes,
ciudades enemigas despojaran
y á ruínas redujeran nuestros padres."
Tal el anciano, de la antigua guerra
profundo sabedor, enardecía
las huestes. El Atrida prepotente
le vió; alegróse, y exclamó y le dijo
esta palabra alada: "¡Quién me diera,
ó anciano, que tus miembros todavía
juveniles, de fuerza henchidos fueran,
cual lo es el alma en el excelso pecho!
Empero la vejez, común herencia
de los mortales todos, te consume.
¡Quién transferir tu senectud pudiera
y devolverte los floridos años!"
Mas el *gerenio auriga prepotente
Néstor, le respondió: "También suspiro,
ó Atrida, yo por ser cual fuera un día,
cuando al insigne Ereutalión matara.
Pero no todo á un tiempo, de los dioses
fué dado á los mortales: joven era
entonces yo; mas la vejez ahora
me agobia. Á los aurigas mi consejo,
empero, y voz de mando por doquiera
han de seguir: es del anciano gloria
el consejo. Los jóvenes y castas
después de mí nacidas, alta vibren,
de fuerza ufanos y vigor, la lanza."
Dijo. El Atrida prosiguió su ruta,
gozoso el corazón. Á Menesteo
Petida, auriga poderoso, inmóvil
hallara; en torno de él los *ateneos,
de la batalla claros voceadores,
se aglomeraban. El sagaz Ulises
cerca se alzaba quieto, circundado
de las estrechas *cefalenias filas,
poderosas. El pueblo, de la lucha

no oyera los clamores;—las falanges
de Troyanos aurigas y de Dánaos
movíanse recientes—aguardara,
para trabar la lidia, á que los Teucros
alguna escuadra *aquiva combatiese.
Agamenón, caudillo de los hombres,
los vió; riñólos indignado y dijo
esta palabra alada: "Tú, ó Petida,
prole de un rey que á Jove llama padre,
y tú por tus traidoras artimañas
esclarecido, al lucro sólo atento,
¿porqué, medrosos, lejos de la lucha,
os escondéis? ¿Á que la lid inicien
los otros aguardáis? Apresurados
afrontar el ardor de la batalla
entre los Dánaos próceres debíais;
cual siempre los primeros yo os convido
á mi festín, al decretar banquetes
el pueblo á los ancianos. Carne asada
comer hasta la hartura y dulce vino
beber en plena taza es grata empresa.
Mas hora, si á vosotros se adelantan
falanges diez *aqueas y combaten
con el cruel bronce, las miráis gozosos."
Sañudo le miró el sagaz Ulises
y respondióle: "Atrida ¿qué palabra
se te escapó del labio? Que rehuímos
la lid presumes tú? Cuando la lucha
y el fuego de la guerra los Aquivos
por los aurigas Teucros esparzamos;
entonces, si te place, si te importa,
verás al caro padre de Telémaco,
por aurigas campeones de Dardania
cercado, batallar!—Hablas en necio:
desatentadas son las voces tuyas."
El prepotente Agamenón sonrióse,
su furia al ver, y reparó la befa:
"De Jove sangre, de Laertes prole,
sagaz Ulises, no te riño necio
ni necio en alentarte yo me afano;

que en el excelso pecho sólo forja
tu corazón benévolos consejos,
lo sé. Cual siento yo, también tú sientes.
Empero ve—más tarde resarcido
será el agravio—si palabras dije
de afrenta, vanas tórnenlas los dioses."
Dijo el de Atreo; prosiguió su ruta
y á otra falange vino; do al Tidida
Diomedes, de pujanza soberana,
halló, que inmoble junto á sus corceles
y el fuerte carro estaba; estaba junto
al Capanida Esténelo. Riñóle
al verle Agamenón potente y dijo
esta palabra alada voceando:
"¡Ay dolor! prole del pujante auriga,
el discreto Tideo, ¡qué! ¿medroso,
te ocultas de la pugna, y los baluartes
de la batalla atisbas? Á Tideo
no así rehuír las lides agradara:
adelantarse á los amigos caros,
la lucha acometer, su orgullo fuera [a].
Así narraran, quien su ardor guerrero
vieron, en la batalla; no me cupo
á su lado pugnar ni contemplarle
en la pugna. La fama le pregona
entre los adalides el primero.
Pacífico y extraño fué á Micenas,
con Polinices divinal, guerreros
á reunir, cuando de Tebas ambos
las sagradas murallas opugnaban.
Rogaron suplicantes á Micenas
sus filas engrosaran con campeones.
Oyó sus ruegos favorable aquella.
Mas tornaron, de Jove amedrentados
con adversos auspicios, y al Asopo,
orlado de juncales y de grama,
arribaron con planta presurosa.
De donde los Aquivos á Tideo

a Los cinco versos siguientes nos parecen espurios.

enviaron mensajero á los *tebanos.
Partió y halló, del esforzado Eteocles
dentro el alcázar, la *cadmea gente,
en el festín. Extraño y solitario,
de mil contrarias armas circuído,
no se aterró el auriga poderoso.
Retólos á combate, y fácilmente
los superó y deshizo su pujanza:
tan poderosa le amparó Minerva.
Mas cincuenta guerreros juveniles,
por Mayón, Hemonida, comparable
á un inmortal, y el fuerte Polifontes,
ardoroso, de Autófono, mandados,
armaron emboscada temerosa
al héroe, que tornaba: enfurecidos
la urdieran los *cadmeos cabalgantes.
Hiriólos con estrago ignominioso:
á todos muerte dió; volver sólo uno
dejó al hogar: al de Mayón. Dejólo,
cediendo á los augurios de los dioses.
Tal era el *étolo campeón Tideo.
Su prole en la asamblea le supera:
por él es superada en la batalla."
Así dijo; y Diomedes animoso
del soberano excelso el vituperio
temió y calló. Mas respondióle el hijo
de Capaneo fúlgido: "No quieras
con la verdad, ó Atrida, que conoces,
reñir. De fuertes, más que nuestros padres,
nosotros nos gloriamos; que de Tebas,
ciudad de siete puertas, demolimos
nosotros las fortísimas murallas,
con diminuta hueste, en las señales
confiados de los dioses y el amparo
de Jove. Por sus crímenes aquellos
al sino sucumbieran. No cotejes
con la de nuestros padres nuestra gloria."
Sañudo le miró Diomedes fuerte
y respondióle: "Buen anciano, calla
y siéntate y escucha mi consejo.

Al rey, pastor del pueblo, yo no culpo,
porque á los Dánaos, de fornidas grebas,
alienta á la batalla. Si á los Teucros
vencieren los Aquivos, y de Troya
las sagradas murallas derrocaren,
del rey será la gloria. Si vencidos
son los Aqueos, el baldón es suyo.
Mas ¡ea! en nuestras almas encendamos
también yo y tú la furia de la guerra."
Dijo, y saltó del carro, con las armas,
en tierra: aterrador del pecho en torno
sonóle el bronce. Intrépidos guerreros,
si el ruído oyeran, pávidos temblaran.
Cual hierven, por el ábrego batidas,
en retumbante playa cien oleadas,
que en alta mar turgentes se encresparon;
que estallan en la orilla atronadoras;
—del arrecife en redor giran; se alzan
y espuma arrojan; tal la *aquiva gente,
en estrechas falanges infinitas,
movíase á la guerra; los caudillos
mandábanlas; el pueblo silencioso
marchaba. Despojada se creyera
de voz y mente muchedumbre tanta.
Iba, de los caudillos temerosa,
cubierta de armas bellas, rutilantes.
Tal como las ovejas que el aprisco
del opulento labrador encierra,
cuando las voces de la cría escuchan,
henchida la ubre de esplendente leche;
balan sin fin millares y millares;
así en el vasto campo levantóse
de los Dardanios el clamor confuso [a]:
la voz y grita no era igual, de todos;
su lengua fuera varia; que vinieran
de comarcas lejanas, numerosas.
Marte los encendiera; á los Aquivos
Minerva, la ojirrútila, y el Miedo

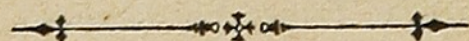
a Creemos espurios los tres versos siguientes.

con el Terror y la Discordia fiera,
insaciable, de Marte sanguinario
hermana y socia, que se armó primero
pequeña; mas el cielo con la frente
luego tocó, moviendo por la tierra
su planta. Atravesó la muchedumbre
ella también entonces y la furia
atizó de la guerra en ambos pueblos
y acreció de los hombres los gemidos.
Las huestes encontradas se acercaron,
hasta entre sí chocar; y las adargas
chocaron, y las lanzas y el empuje
de los armados en broncíneos petos.
Chocaron estruendosas las rodelas,
de clavos guarnecidas. Levantóse
á un mismo tiempo grita de congoja
y grita de victoria: de vencidos
y matadores el clamor; la tierra
en torrentes de sangre se inundaba.
Como dos rios, del turbión de hibierno
henchidos, de las cumbres se derrumban,
la tierra hendiendo, al valle, do sus ondas
é inmensas moles chocan y se mezclan;—
oye el pastor de su estrellar el trueno
en la lejana sierra; tal tronaba
el encontrar fragoso de los pueblos
y el agudo clamor y los gemidos.
Arrebatara Antíloco el primero
á Equepolo esforzado, Talisiada,
campeón entre los próceres *troyanos.
La crinita cimera hirióle el héroe
primero con broncínea lanza; luego
le hirió la frente, y traspasó su cráneo:
velaron su mirada las tinieblas;
cayó, cual torre, en la sangrienta lucha.
Cayó el *iliense y de los piés asiólo
el fuerte Elefenor Calcodontiada,
ductor de los magnánimos *abantes;
y lejos de los dardos arrastróle,
ambicionando despojarlo al punto

de la armadura. ¡Efímeros anhelos!
Al arrastrar Elefenor al muerto,
su escudo, del costado, al inclinarse,
desvió. Agenor pujante le miraba,
y en el punto desnudo vulneróle
con la énea lanza y disolvió sus miembros;
el alma abandonóle. La batalla
de Teucros y de Dánaos arreciaba
en torno de él violenta. Como lobos
los unos á los otros se embestían
y púgiles luchaban cuerpo á cuerpo.
Áyax, el Telamonio, luego hiriera
al hijo de Antemión, Simoesio hermoso;
doncel, á quien, del Ida descendiendo,
del Símois engendrara en las riberas
su madre; que venía á los rebaños
con sus padres—el río dióle nombre.—
Los desvelos de amor pagar no pudo
á los amados padres el mancebo:
vivió contados días, que la lanza
cortó de Áyax magnánimo. Clavóle,
al avanzar Simoesio, la énea pica
el adalid por la mamila diestra.
Le atravesara el hombro. Cayó el *teucro
en medio el polvo; cual el álamo alto,
coronado de ramas solitarias;
que del ancho pantano en la pradera
creció;—tronchólo, para el bello carro,
su curva pina, con segur luciente
la mano del artífice. En la margen
del río yace el árbol y aridece;
tal Áyax, de la estirpe del Tonante,
matara al Antemida Simoesio.
Mas Ántifo, de fúlgida coraza,
prole de Príamo, su aguda pica
contra Áyax, por las filas, disparara.
Del blanco el dardo se desvió y clavóse
en la ingle del amigo generoso
de Ulises, Leuco; quien á la otra banda
arrastraba el cadáver. Desplomóse

Leuco sobre él y lo soltó su mano.
Contra Ántifo de furia Ulises lleno,
las filas del ejército primeras
con sus broncíneas, rutilantes armas,
en derredor mirando receloso,
atravesó y al matador llegóse;
le disparó su refulgente dardo.
Cedieron los Ilienses ante el asta
no en vano despedida del guerrero.
Por ella herido fué Democoonte,
nota prole de Príamo, venida
con voladoras yeguas desde Abidos.
La sién rompióle, del furente Ulises,
de parte á parte, la broncínea pica.
Velaron las tinieblas su mirada;
con bronco estruendo desplomóse en tierra
y en torno de él sus armas rebombaron.
Cedió la *teucra delantera fila,
cedió el espléndido Héctor; los Argivos
vocearon estridentes; á los muertos
cogieron y avanzaron desalados.
Enfurecióse Apolo, que mirara
desde la erguida Pérgamo la lucha;
y á los de Ilión clamó con voz potente:
"¡Aurigas de Dardania, reforzaos;
no abandonéis el campo á los Argivos!
que no es de piedra ó fierro la piel suya,
tal que del bronce cortador pudiera
los golpes soportar. Á fe, no lidia
de Tetis, bella en trenzas, la progenie,
Aquiles; mas revuelve en sus navíos
iras, del corazón destrozadoras."
Tal desde las *pergámicas murallas
clamó, á los pueblos aterrando, Febo.
Mas Palas gloriosísima, nacida
de la cabeza del Saturnio Jove,
las filas recorrió de los Aquivos,
enardeciendo á quien medroso viera.
Luego prendió y ligó la parca á Diores,
hijo de Amarinceo: piedra aguda

por el talón le hirió la diestra planta.
Piroo, de Ímbraso prosapia, de Eno
habitador, caudillo de los *traces,
la piedra disparó, que los tendones
y huesos le rompiera despiadada.
Se desplomó; tendió á los caros socios
las palmas; en el polvo de la tierra
cayó supino; y expiró su aliento.
Hacia él corrió Piroo, quien le abriera
en el ombligo el vientre; por la tierra
se derramaron sus entrañas todas;
veláronle tinieblas la mirada.
Piroo retornó precipitado.
Mas sobre la mamila hirióle el pecho
el *étolo Toante. En los pulmones
clavóse el asta; el *étolo, corriendo,
del pecho extrajo la fornida lanza;
alzó la aguda espada de la vaina;
hendióle el vientre; el alma arrebatóle.
Mas no le despojó; que le cercaran,
empuñadas las lanzas poderosas,
los cabelludos *traces. Era fuerte,
grande, esplendente; retiróse, empero,
por ellos oprimido, batallando.
Así juntos, tendidos en el polvo,
estaban de los *traces el caudillo
y el de la *epea gente, de éneas armas;
y el estrago cundía por el campo.
Si alguno, de la mano conducido
por la lancera Palas y á su sombra,
seguro de los dardos impetuosos;
no herido y salvo del agudo bronce,
el campo recorriera del combate;
no censurara la marcial faena;
que de Teucros y Dánaos mil cadáveres,
de bruces, en el polvo confundidos,
de la jornada víctimas yacían.



CANTO 5º

Proezas de Diomedes.

Entonces á Diomedes, de Tideo,
Minerva, la lancera, dió pujanza:
denuedo dió, porque en la gente toda
de los Argivos grande se elevase,
y fama eterna y gloria conquistara.
Dióle que el yelmo y el broquel lucieran
con llama inextinguible centellantes;
cual, tras bañarse en las marinas ondas,
hermosa esplende la otoñal estrella [a].
Tal la cabeza y hombros de Diomedes
reverberaran rutilante fuego,
lanzado por la diosa; quien condujo
al adalid violenta do las armas
chocaban á millares impetuosas.
Alzábase en los Teucros, de Vulcano
un sacerdote, Dares, intachable,
anciano, rico en bienes; y Tegeo
é Ideo, sus retoños, en los Dárdanos
alzábanse doquier armipotentes.
Contra Diomedes ambos á porfía
ardientes, solitarios, se lanzaron.
Desde su carro combatían ellos;
desde la tierra, á pié, lidiaba el otro.
Corrieron, se acercaron, y Tegeo
blandió primero la fornida pica.
Sobre el hombro siniestro de Diomedes,
sin ofender, voló el agudo bronce.
El asta luego disparó el Tidida;
y no escapó, no, vana de su mano
la lanza, sino hirióle en medio el pecho.

---

a Sirio.

Y le arrojó del plaustro primoroso.
Al muerto hermano defender Ideo
no osó, y saltó del carro. Ni él tampoco
de la sombría muerte se librara,
si no acudiera en su favor Vulcano
y en torno de él tinieblas difundiendo,
piadoso le salvara, porque á Dares
no consumiese en la vejez el llanto.
Y el invicto Tidida, los bridones
cogiendo del caído, á sus guerreros
mandó á las vastas naos los llevaran.
Mas los fuertes Ilienses, cuando vieron
de los hijos de Dares la fortnna:
al uno fugitivo, al otro muerto
á par del carro, se inflamaron todos
en bélicos ardores. De la mano,
empero, asió á Mavorte furibundo
Minerva, de ojos fúlgidos, diciendo:
"Marte, sangriento Marte, en cruor humano
bañado, destructor de las ciudades,
¿no dejaremos que combatan sólos
Teucros y Dánaos, hasta ver á quiénes
el padre Jove da pujanza y gloria?
mientras tú y yo, de la batalla lejos,
del Saturnio las iras evadimos?"
Diciendo así, alejó al furente Marte
del campo. Apenas le sentó lejano
del Escamandro undoso en las riberas,
rechazaron los Dánaos á los Teucros.
Y sus príncipes todos derribaron
á sendos combatientes de Dardania.
Agamenón, caudillo de los hombres,
al grande Odio, ductor de la Halizonia,
lanzó del plaustro. Aquél, volviéndose Odio,
clavó el primero por su espalda el dardo,
que, entre hombro y hombro, traspasó su pecho.
Con sordo estruendo desplomóse en tierra
y en torno de él sus armas resonaron.
Idomeneo derribara á Festo,
del *meonio Boro prole, que viniera

de Tarne, la feraz. El asta larga
del lancero potente el hombro diestro
desmenuzó del *teucro, que ascendía
al carro. De él se despeñó; y cercóle
la sombra aterradora de la muerte.
Del adalid los socios despojaron
al muerto, de sus armas. El Atrida
Menelao mató con lanza aguda
al cazador experto, esclarecido,
Escamandrio Estrofida. Diana misma
enseñóle á cazar las fieras todas
que de la sierra la espesura cría.
Empero entonces Ártemis flechera
no le valió, ni el dardo, tantas veces
lejos por él, con gloria despedido;
que al emprender la fuga ante el Atrida,
lancero renombrado, traspasóle
aqueste, por la espalda, con la pica,
entre hombro y hombro, en la región del cuello,
el pecho: en tierra desplomóse á bruces
y en torno de él sus armas rebombaron.
    Al hijo de Tectón, el Harmonida,
Fereclo, cuyas manos ingeniosas
toda arte cultivaran, dió la muerte
Meríones. Con grande amor Minerva
á aquél amaba; quien las bellas naves
de Paris fabricó también; do el daño
nació y la ruína de Dardania toda
y suya propia;—el juicio de los dioses
ignorara. Meríones, corriendo,
alcance dióle y en la diestra nalga
le hirió. Del dardo atravesó la punta,
so el hueso sacro, la vejiga entera.
Sobre sí mismo en tierra desplomóse,
gimiendo, y negra le envolvió la muerte.
    Meges al hijo de Antenor, Pedeo,
mató;—bastardo aqueste fuera: crióle,
empero, á par de los queridos hijos,
amante esposa, la divina Teano.
El Filida, lancero esclarecido,

hasta él llegando, en la cerviz clavóle
la aguda pica. Recta entre los dientes,
el arma fué; por la raíz la lengua
cortóle: remordió el helado bronce.
Fugitivo Hipsenor esplendoroso,
hijo de Dolopión, de fuerza ufano,
del *escamandrio río sacerdote,
honrado á par de numen por el pueblo—
fugitivo Hipsenor ante las armas
de Eurípilo fulgente, Evemonida,
éste siguióle en rápida carrera,
y descargando en su hombro la cuchilla,
la fuerte mano le tajó; sangriento
cayó su brazo: la potente parca,
al *teucro arrebató; veló sus ojos
la sombra purpurina de la muerte.
Tal por el campo de batalla cruento
pugnaban afanosos los guerreros.
Mas, al Tidida viendo, no supieras
de qué parte luchaba: si entre Ilienses
ó si entre Dánaos. Á través del campo
discurría furioso, semejante
al río henchido de invernales lluvias,
que, violento corriendo, rompe diques,
—ni fuertes vallas su carrera estorban;
ni de las ricas mieses los cercados
un punto lo detienen; impetuoso
por las lluvias de Jove torrenciales
embravecido, lánzase, y del hombre
hermosas obras ciento y ciento asuela;
tal las densas *ilíacas falanges
cedían por Diomedes oprimidas,
y al héroe no arredraban sus mil armas.
De Licaón el hijo refulgente,
así que vió al Tidida por el campo
correr furioso y arrollar escuadras,
aprestó con ardor el arco curvo
é hirióle, en su carrera, el hombro diestro,
de la coraza en la juntura hendida.
Voló por ella la saeta aguda,

y recta el hombro traspasó: de sangre
cubrióse la coraza. Y grandes voces
de Licaón dió el hijo rutilante:
"¡Alzaos, ó magnánimos Ilienses,
cabalgadores, que el mayor *aquivo
llagado está. No creo que de nuevo
soportará de fuerte dardo el golpe;
si no me envió falaz desde la Licia
el hijo soberano del Saturnio [a]."
Así clamó rogante. El dardo alado,
empero, á aquél no derribó. Cediendo
hasta la biga, se detuvo ante ella,
y á Esténelo, de Capaneo, dijo:
"Ven, Capanida amigo, deja el carro,
y el dardo agudo extráeme del hombro."
Así dijo; y Esténelo del plaustro
saltó, llegóse y la saeta aguda
hacia adelante extrájole del hombro;
y al través de la túnica de malla
brotó la sangre. Entonces el Tidida,
de la batalla voceador, orando,
"¡Escúchame, clamó, tú, del Tonante
hija, tú, Invicta! Si en la cruenta guerra
alguna vez amante en mi socorro
y el de mi padre has acudido, ó Palas;
hora de nuevo ampárame amorosa,
y da que yo arrebate y con la pica
traspase al hombre que me hirió primero
y anuncia ufano que desde hoy mis ojos
del sol ya no verán la luz fulgente!"
Así clamó, rogando, y escuchóle
Minerva, la lancera; quien flexibles
los miembros le tornó; los piés, las manos,
por doquiera flexibles. Y la diosa
á par de él se detuvo y dirigióle
esta palabra alada: "Con los Teucros
hora, Diomedes, animoso lucha;
que yo en tu pecho la paterna fuerza

[a] Apolo.

é intrepidez he derramado, tanta
cuanta el lancero, poderosa auriga,
Tideo tuvo. Á más la densa sombra
que tus ojos velara, he disipado;
porque bien sepas quién es dios, quién hombre.
Si una deidad al campo de batalla
viene y te tienta á combatir—no quieras
afrontar á los dioses inmortales,
cual se afronta á los hombres. Mas, si Venus,
de Jove prole, á la batalla acude,
á esa vulnera con el bronce agudo."
Así diciendo, presurosa fuése
Minerva, de ojos fúlgidos. Diomedes
tornó á lidiar en las primeras filas.
Antes ardor de batallar su pecho
llenara; mas entonces triplicóse
y arrebatóle ardiente su pujanza.
Como al león arrastra su coraje,
cuando, sin derribarlo, leve herida
el pastor infirióle, en la campaña;
—saltara de lanígeras ovejas
el redil; enardécese su furia;
ya nada le detiene; á los establos
se lanza y amedrenta las ovejas,
abandonadas del pastor, y mata
y hacina presas con sangriento estrago;
y en alas del furor salta de nuevo
las altas vallas del redil y vase;
tal furibundo en medio de los Teucros
Diomedes batallaba incontrastable.
Por él fué muerto entonces Astinoo
y muerto fué Hiperón, pastor del pueblo:
de la mamila en lo alto vulneróle
con la broncínea lanza; en la clavícula
á aquél hirió con la cuchilla ingente,
y el brazo le tajó y á un tiempo el hombro.
Dejólos y lanzóse tras Abante
y tras Poliedo, del augur anciano,
Euridamante, prole. No acertara
á interpretarles, al partir, los sueños

el padre augur. Diomedes invencible
les dió la muerte. Y á Toón y Xanto,
ambos de la vejez hijos, nacidos
á Fénope, voló: quien no engendrara
más herederos de sus bienes;—triste
se consumió su senectud.—Diomedes
postrólos y la vida arrebatóles,
dejando lloro y cruel dolor al padre;
á quien no cupo, al fin de la contienda,
vivos entre sus brazos acogerlos.
Las riquezas los suyos se partieran.
Del Dardanida Príamo dos hijos:
Equemón, Cromio, que en un mismo plaustro
iban, arrebató luego el Tidida.
Cual salta el león en medio la vacada,
que de la selva en la espesura pace,
y de un becerro, un buey, la cerviz rompe;
así violento, aterrador Diomedes
los derribó del carro y despojólos;
y los bridones entregó á los suyos,
porque los condujesen á la armada.
Las filas destrozar de los guerreros
Eneas vióle y se arrojó á la lucha,
en medio de la selva impenetrable
de las lanzas, buscando por doquiera
á la prole sin tacha y poderosa
de Licaón: á Pándaro divino.
Hallóle; á par de él se detuvo y díjole:
"¿Dó tu arco, dó tus voladoras flechas,
dó está tu gloria, ó Pándaro? tu gloria
por ningún héroe *teucro oscurecida
ni *licio campeón? Mas ¡ea! tiende
á Jove ya las manos suplicante
y una flecha dispara al hombre fiero,
que asuela á los Dardanios, derribando
en el polvo mil nobles adalides;
si no es ya que algún numen, irritado
por hecatombes, á los Teucros odia...
¡Terrible carga es la ira de los dioses!"
Y respondió la prole esplendorosa

de Licaón: "Ó Eneas, ó caudillo
de los Ilienses, de broncíneas armas:
al hijo denodado de Tideo
paréceme que en todo se asemeja:
en el broquel; en el airón erguido,
de caña sustentado; en los bridones.
Le creo casi un dios. Mas si es, cual digo,
el vástago animoso de Tideo,
no sin divino amparo así pelea,
de bélicos furores acosado.
Alguno de los dioses inmortales,
con los hombros cubiertos de una nube
está á su lado, y las volantes flechas
certeras de él desvía. Disparéle
ya un dardo, que rompió de parte á parte
su hombro derecho en la juntura hendida
de la coraza. Al orco despeñarle
imaginé: no le tronchó mi dardo.
Airado contra el pueblo por ventura
un dios está. Me faltan los bridones;
Fáltame el carro, do subir en armas.
Bellos, recientes y del todo nuevos,
de mi padre el alcázar carros once
ostenta, de tapices por doquiera
engalanados. Destinadas tienen
todos sendas cuadrigas, que se nutren
con nívea cebada y con escanda.
Al partir del alcázar esplendente
de Licaón, lancero poderoso,
con fuerte instancia me mandó el anciano
que no sin plaustro y sin bridones guiase
por batallas sangrientas á los Teucros.
Mas ¡ay! no obedecí yo su consejo,
asaz de los bridones apiadado,
porque del pábulo la rica copia
no les faltase en la labor guerrera.
Así dejélos, y del arco fiado,
infante á Ilión para mi daño vine.
Á dos *aquivos próceres: Diomedes
y Menelao, ya tiré mis flechas.

Herílos; sangre á fe brotó la herida.
Tan sólo, empero, acrecenté su furia.
Cuando, capitaneando los Ilienses,
á la risueña Ilión, amigo vine
del fúlgido Héctor; por mi mal entonces
de la espetera, en desgraciado día,
el arco curvo descolgué. Si torno
y con mis ojos nuevamente veo
mi patria, mi mujer, mi gran palacio,
de sublime techumbre; corte al punto
la cuchilla enemiga mi cabeza,
si este arco no destrozo con mi mano
y del fuego á la llama esplendorosa
lo arrojo: inútil dije, me acompaña."
Y respondióle Eneas, de los Teucros
ductor: "No tal. Antes que, en carro armados,
los dos al héroe contrastemos duros,
no cambiará la suerte de la guerra.
Mas á mi plaustro asciende presuroso,
porque de los *ilíacos bridones
contemples la virtud: cuál la llanura
ya recorren con planta alada y firme,
ya el rumbo enmiendan en carrera insana.
Ellos también nos traerán de nuevo
á la ciudad incólumes; si Jove
al hijo de Tideo diere gloria.
Mas ¡ea! ya el rendaje relumbrante
tú coge y el flagelo: yo en el carro
combatiré; ó á mí de los corceles
la guarda fía y tú al Tidida espera."
De Licaón el hijo esplendoroso
le respondió: "Tú mismo empuña, Eneas,
el rendaje y gobierna los bridones.
Guiados por la mano acostumbrada,
el corvo carro llevarán más diestros,
si de nuevo cedemos al Tidida.
No sea que vacilen pavoridos
y de tus voces imperiosas faltos,
tornar no quieran de la lid aína;
y el hijo del magnánimo Tideo

sobre nosotros se abalance, y muerte
nos dé y la biga voladora prenda.
Tú mismo, pues, el carro y los bridones
conduce: yo, á Diomedes aguardando,
contra él prepararé mi dardo agudo."
Así diciendo, al primoroso carro
subieron ardorosos, y al *aquivo
los ágiles corceles dirigieron.
El Capanida Esténelo fulgente
los vió y al punto esta palabra alada
dijo á Diomedes: "Ó Tidida mío,
ó amigo caro, dos campeones veo,
de empuje inmenso ufanos, que se lanzan
enfurecidos á luchar contigo.
Es Pándaro, el arquero incomparable,
á quien la gloria exorna de ser hijo
de Licaón: el otro se gloría
de ser su padre Anquises denodado;
y es Eneas; por madre á Venus tiene.
Pero ya los bridones refrenemos;
y las primeras enemigas filas
no oses atravesar con loca furia:
allí perder la amable vida teme."
Miróle torvo el adalid pujante:
"¡No me hables, no, de fuga! ¡Vano empeño!
No sé ocultarme; ni rehuír medroso
las lides sé; que entero está mi brío.
El carro no me place: aquí aguardarlos,
tal cual estoy, yo quiero. No me deja
temblar Minerva. La volante biga
á Ilión no tornará con los dos *teucros,
si uno de entrambos escapar lograre.
Empero escucha y graba mi palabra
en tu alma: si Minerva consejera
me da la gloria de matarlos ambos,
del carro en el brocal las bridas ata
y aquí detén tus rápidos bridones.
Á la biga de Eneas vuela presto
y desde el campo de los Teucros llévala
á los Dánaos, de grebas refulgentes.

Es del linaje que el tonante Jove
á Tros, en vez del hijo Ganimedes
arrebatado, diera; equina casta,
la más bella de cuantas han nacido
bajo la aurora[a] y el fulgor del día.
Burlado fué Laomedonte[b]: Anquises,
de los hombres caudillo, en su palacio
con esta sangre fecundó sus yeguas.
De ellas nacieron seis retoños: cuatro
él mismo en sus establos crió; á Eneas,
terror de la batalla, dió los otros.
Cojámolos; ganemos fama eterna."
Mientras los adalides tal decían,
aquellos, por sus rápidos corceles
conducidos, llegaron. Al Tidida
de Licaón el hijo esplendoroso
habló luego: "Pujante, sabia prole
del fúlgido Tideo, no te pudo
en el polvo postrar mi alado dardo:
la aguda flecha. Tentaré la suerte
ahora de las armas con la pica.
Dijo, vibró, arrojó la larga lanza;
hirió y atravesó de parte á parte
del Tidida el broquel, y voladora
llegó el asta broncínea á la coraza.
De Licaón el hijo refulgente
dió luego grandes voces: "Traspasado
está el ijar! Ya caerás, te digo;
cubrísteme de gloria esplendorosa."
É intrépido el Tidida denodado:
"Erraste el golpe; no me hirió tu pica.
Pero no dejaréis ambos, yo creo
de combatir, antes que al cruel Mavorte
de sangre sacie, cuando menos uno."
Diciendo así, le disparó: Minerva
el dardo á la nariz, á par del ojo,
enderezó; rompióle el duro bronce

[a] Oriente.
[b] Heredero de los caballos de Tros.

los albos dientes; á raíz la lengua
cortóle y asomó de la quijada
por el extremo: en tierra desplomóse
y en torno de él sus armas luminosas,
flamantes, resonaron; pavoridos
saltaron sus corceles voladores;
se disipó la fuerza de su vida.
Con el broquel y larga pica Eneas
al muerto defendió contra los Dánaos,
porque no le arrastraran del combate.
Le circuía, cual el león, confiado
en sus fuerzas. Delante de él la lanza
tendiera y la rotunda tarja, pronto
á traspasar airado á quien llegase
junto al amigo muerto; sacudía
las armas, que sonaban pavorosas.
Pero cogió Diomedes—¡grande empresa!—
una piedra, que fueran impotentes
á levantar dos hombres escogidos
de todos los mortales de hoy en día.
La alzó su mano sin afán y sóla,
é hirió con ella á Eneas do del muslo
el hueso gira en la cadera—el nombre
de cavidad lumbar el sitio lleva [a].—
La piedra le cortó los dos tendones,
con el canto áspero la piel rasgando.
Dobláronse del héroe las rodillas
y en la tierra apoyó la fuerte mano;
y negra noche le veló los ojos.
Y allí muriera Eneas, de los hombres
ductor, si con solícita mirada
no le siguiera Venus;—quien de Anquises
á luz le dió, cuando el campeón velara
pastor por su ganado.—Echóle al cuello
los níveos brazos la amorosa madre;
ante él los pliegues del fulgente peplo
tendió, que sombra al adalid hiciera
y valla fuese á los mortales dardos

[a] El paréntesis parece ser interpolación.

de los Aquivos, de ágiles corceles.
Y al hijo amado arrebató del campo.
Empero el Capanida no olvidara
las órdenes amigas que Diomedes,
de la batalla voceador, le diera.
La brida atando en el brocal del carro,
detuvo sus veloces palafrenes,
lejos de las oleadas de la lucha.
Y desde las falanges de Dardania
á los Aquivos, de fornidas grebas,
condujo la de crin hermosa biga
de Eneas; la condujo desalado
y dióla á Déipilo, su caro socio,
amigo de la infancia predilecto,
cuya alma y voluntad las suyas eran,
porque á las vastas naos la llevase.
Luego, cogiendo las lucientes bridas,
subió en el carro el adalid, y presto
y ardiente con los rápidos bridones
siguió á Diomedes. El Tidida á Venus
con despiadado bronce contrastara.
La *cipria es dea imbele—él lo sabia;—
no es ella, cual las diosas que en las lides
imperan de los hombres: no es Belona,
de muros destructora, ni es Minerva.
Á través de la densa muchedumbre
el hijo del magnánimo Tideo
á Venus alcanzó, y abalanzóse,
y disparó sobre ella el asta aguda.
Rasgóle el peplo divinal, tejido
para la diosa por las gracias mismas;
y en la alta palma de la tierna mano
la piel rasgóle. Y la divina sangre,
sangre inmortal, corrió: el icor que manan
de los felices dioses las heridas [a].
Ni con pan ni con vino esplendoroso
se nutren ellos: cruor así no tienen;
y el nombre merecieron de inmortales.

[a] Consideramos espurios los tres siguientes versos.

Un grito inmenso dió el herido numen,
lejos de sí lanzando al hijo Eneas.
Mas envolvióle el rutilante Apolo
en tenebrosa nube y con sus manos
lo cubrió, porque el pecho no le hiriera
algún dardo mortal de los Aquivos,
de rápidos bridones. Y Diomedes,
de la batalla voceador, á Venus
gritó estridente: "¡Lejos de la guerra,
lejos de la batalla, hija de Jove!
Burlar á las mujeres indefensas
¿acaso no te basta? Si en el campo
vas en medio las armas, yo te digo,
que de terror te llenará la guerra,
con sólo oír su nombre, desde ahora."
Así dijo el Tidida. Y Afrodite
se alejó, de dolor atroz punzada.
Sacóla de las turbas por la mano
Iris, de alada planta. Cruel congoja
á Venus oprimía; ennegrecióse
la hermosa piel, en torno de la llaga.
En el siniestro flanco de la lucha
luego encontró sentado al fiero Marte,
la lanza y los corceles voladores
en niebla circundados. De rodillas
ante el querido hermano desplomóse,
pidiéndole con súplica amorosa
sus bridones, de templas circundadas
con áureos ceños: "Ó querido hermano,
del campo sálvame; tu biga dame,
porque al Olimpo vaya; do los dioses,
los inmortales, moran. Me tortura
con acerbísimo dolor la herida,
que me hizo un adalid mortal: Diomedes;
que acaso osara combatir á Jove."
Así dijo, rogando; y dióle Marte
sus palafrenes, de la sien ceñida
por áureo cerco. La deidad subiera
al carro, desgarrada el alma triste.
Á par de ella Iris ascendió, cogiendo

las bridas y hostigando los trotones.
No faltos de aguijón, ellos volaron;
llegaron prestos al divino alcázar
del encumbrado Olimpo. Allí detuvo
Iris, de planta, cual los vientos, rauda,
los bridones; del carro desunciólos
y de ambrosía el pábulo delante
les arrojó. Mas Afrodite fúlgida
ante su madre, Dione, de rodillas
cayó; en sus brazos la acogió la dea,
y con la mano acaricióla y dijo
estas palabras, de zozobra llenas:
"¿Quién, di, mi dulce prenda, temerario
así te hirió? quién de los dioses, dime;
cual si á la faz del mundo delinquieras?"
Y respondióle la risueña Venus:
"Me hirió Diomedes, de Tideo prole;
Diomedes fiero; porque al hijo mío,
Eneas, predilecto, mi delicia,
de la batalla arrebaté. La lucha
no sólo entre los Teucros y los Dánaos
se traba aterradora; los Aquivos
ya con los dioses inmortales lidian."
Y Dione, bella entre las diosas todas,
le respondió: "Repórtate, hija mía,
y tus congojas, bien que grandes, sufre.
Habitadores del Olimpo somos;
y muchos los ultrajes padecimos
con que nos afligieran los mortales;
por nuestras riñas tristes incitados.
Sufrió Mavorte, en fuertes hierros preso
por el potente Efialtes y Oto, prole
de Aloeo, trece meses aherrojado
en broncínea mazmorra. Y pereciera
el insaciable, belicoso Marte
allí, si la venusta Eeribea,
su madrastra gentil, no lo anunciara
á Mercurio: furtivo el dios libróle
de las graves cadenas, que su vida
iban ya consumiendo abrumadoras.

Juno sufrió, cuando Hércules pujante,
Anfitrionida, en la mamila diestra,
con flecha de tres filos vulneróla,
y desgarrada fué de atroz tortura.
Sufrió también Plutón formidoloso
saeta voladora, por este hombre,
vástago del Tonante, allá, en la puerta
del reino de las sombras disparada.
Allí entregado á su dolor dejóle.
Mas fué Plutón del Padre á la morada,
al ancho Olimpo, el alma pesarosa,
de cruel tormento el corazón transido
la vira en el carnudo, válido hombro,
clavada; el pecho de amargura lleno.
Con hierbas del dolor mitigadoras
Payón vendóle y le sanó la herida;
ya que mortal Mavorte no naciera.
Hombre espantable aquél y temerario,
á quien la faz del crimen no aterrara;
que con sus flechas persiguió á los dioses
é hirió á los moradores del Olimpo.
Minerva, de ojos fúlgidos, al héroe
lanzara contra ti. ¡Necio! no sabe
que efímera es la vida de quien armas
contra los dioses inmortales hace.
No sabe que, al tornar entre los suyos
de la guerra y batallas temerosas,
no buscarán los niños su regazo,
ni padre en él le llamarán felices.
Así, con ser fogoso su coraje,
Diomedes hora tema que le afronte
un enemigo más que tú belígero;
y á menudo Egialea, la discreta,
de Adrasto prole, despertando turbe
de los de su querido hogar el sueño,
con lloro y con anhelos doloridos
por el esposo juvenil, el héroe
entre mil Teucros; ella de Diomedes,
el fuerte auriga, la mujer excelsa."
Dijo; y con ambas manos enjugóle

la sangre de la herida, y fué sanando
la llaga y mitigóse el cruel tormento.
Minerva las miró, mirólas Juno,
y en mofadoras voces excitaron
al hijo de Saturno. La primera
habló la de ojos fúlgidos y dijo:
"Ó padre Jove, ¿acaso la palabra
que te diré, mover podrá tus iras
contra mí? Venus intentó afanosa
persuadir á una *aquiva de que fuera,
amante de un campeón *iliense, á Troya;
que amor frenético á los Teucros tiene;
y al colmar de caricias á la *helena,
de hermoso peplo, le punzó la mano,
la tierna mano, alguna horquilla de oro."
Así dijo; y el Padre de los hombres
y de los dioses sonrió, llamando
á la áuea Venus hacia sí y le dijo:
"No son faenas tuyas, hija mía,
las de la guerra. Sean tus afanes
los goces de himeneo; la milicia
al pronto Marte y Palas deja toda."
Tal hablaban los númenes. Á Eneas
Diomedes, voceador de la batalla,
acometió, por ver que Apolo mismo,
con protectora mano le cubría.
Matarle ansiaba y conquistar sus armas.
Ni ante el gran dios tembló; mas anheloso
de derribar al héroe, abalanzóse
sobre él tres veces, y tres veces Febo
le hirió el broquel radiante. Empero alzábase
aquél por cuarta vez. Apolo entonces,
el flechador, gritóle formidable:
"Teme, Tidida, cede: no imagines
igualarte á los númenes: la estirpe
de los que moran en la humilde tierra,
no es, no, la de los dioses inmortales."
Dijo; y Diomedes un espacio breve
retrocedió, por evitar las iras
del sagitario Febo. El dios á Eneas

arrebató de la batalla lejos
y á la sagrada Pérgamo condujo,
al *apolíneo templo. Allí Latona
y la flechera Diana le curaron
en el vasto sagrado; su belleza
le devolvieron íntegra, y su gloria.
Mas Febo, de arco argénteo, el simulacro
dejó de Eneas en el campo y dióle
aéreas armas. Del fantasma en torno
los Teucros y los Dánaos rutilantes
entre sí destrozábanse en el pecho
las rotundas adargas y rodelas.
Y al fiero Marte el esplendente Apolo:
"Marte, sangriento Marte, en cruor humano
bañado, destructor de las ciudades,
á aquel campeón arrebatar no osaras
pronto de la batalla: al de Tideo,
quien hora al padre Jove contrastara?
Primero acometió á la *cipria dea
y le rasgó la palma de la mano.
Luego, cual numen, sobre mí lanzóse."
Así dijo; y de Pérgamo en la cima
se sentó. Las *ilíacas falanges
corrió á mover con belicosa furia
Marte funesto, al rápido Acamante,
de los *traces caudillo, semejando.
Y á los Priamidas, del Saturnio sangre,
así inflamó: "Porqué dejáis, ó vástagos
de Príamo, engendrados del Tonante,
hasta cuándo dejáis que caiga el pueblo
á manos de los Dánaos? por ventura
hasta que en torno de las bellas puertas
arda la lucha? Vulnerada yace
de Anquises, el magnánimo, la prole:
Eneas, el varón á quien honramos
al par del fúlgido Héctor. Mas aína
¡ea! salvemos de las grandes olas
de la batalla al generoso amigo."
Así diciendo, despertó en el pecho
de todos el ardor y la pujanza.

Y luego Sarpedón al lúcido Héctor
riñó altanero: ¿Dó tu antigua fuerza,
Héctor, está? Sin el guerrero pueblo,
sin los aliados, con los tuyos sólos
y sólos tus hermanos, imaginas
á Troya defender? Ninguno veo
ni acierto á descubrir de tu linaje.
Del enemigo tímidos se esconden,
cual del león en derredor la muta.
Nosotros los extraños peleamos
las batallas. También yo en tu socorro
de apartadas regiones he venido:
de la lejana Licia y las riberas
del impetuoso Xanto; do dejara
la amada esposa con el tierno niño
y cuantos bienes ambiciona el pobre.
Con todo, inflamo en bélicos anhelos
á los de Licia y por la lid suspiro
yo mismo; bien que nada los Aquivos
hurtaron y prendieron en mi tienda.
Y tú estás quedo, inerte, y á los pueblos
no mandas que defiendan denodados
á sus esposas? Tiembla; y cual en redes
que todo cogen, no seáis despojo
y presa de campeones enemigos,
que presto hundieran vuestra Ilión hermosa.
Á ti te incumbe: piénsalo de día,
de noche piensa cómo en torno tuyo
retener los perínclitos aliados,
y con reproches ásperos no herirlos."
Tal Sarpedón habló, dilacerando
el alma de Héctor; quien á tierra pronto
saltó de los bridones con sus armas.
Corrió, blandiendo los agudos dardos,
por el campo doquiera, y á la lucha
incitó á los guerreros, despertando
la grita del combate aterradora.
Temblaron los Ilienses, y á los Dánaos
volviéronse. Mas densas las falanges
é intrépidas se alzaban de la Acaya.

Cual lleva el viento por las sacras eras
de los aventadores las aristas,
cuando la blonda Ceres grano y cálamo
á impulsos de la ráfaga segrega,
y albean de la caña los acervos;
tal, desde el éneo, esplendoroso Olimpo
á los Dánaos el polvo descendiendo,
tornólos albos; polvo, que brotara
so los bridones, á la lid de nuevo
y al choque de las armas conducidos.
La fuerza de las manos estrellóse
de los guerreros entre sí violenta.
Acá y allá corría el fiero Marte,
con noche la batalla oscureciendo,
por amparar á Ilión. El dios cumpliera
del rutilante Apolo, de áurea espada,
la voluntad; que le mandara el numen
inflamar á la lucha los Dardanios;
cuando de los Aquivos protectora
miró acudir á la lancera Palas.
Desde el sagrado espléndido del templo
Apolo envió á Eneas, y pujanza
del pastor de los pueblos en el pecho
derramó. El adalid tornó á los suyos;
que alegres en su medio contempláranle
vivo, sano, de brío el alma llena.
Silenciosos miráronle: sus labios
sellaba la labor de la batalla;
que el de arco argénteo flechador y Marte,
sediento de matanza, enardecieran
á la insaciable indómita discordia.
Lanzaban ardorosos á la lucha
ambos Áyax, Ulises y Diomedes
á los Aquivos, de la *teucra fuerza
ni del estruendo de la lid medrosos.
Inmóviles se alzaban, como nubes,
que en medio de la calma, en la alta sierra,
fija el Saturnio Jove, cuando duerme
del bóreas y los vientos impetuosos
la furia;—pronto, empero, fuerte ráfaga

disipará los negros nubarrones.—
Así á los Teucros afrontaban firmes
é intrépidas las huestes de los Dánaos.
Doquier las multitudes imperioso
amonestaba Agamenón: "Ó amigos,
hombres sed, esforzad el bravo pecho;
en las sangrientas pugnas amparaos
entre vosotros: más son los que salvan
que los que mueren, cuando amparo presta
el guerrero al guerrero en la batalla.
Ni prez ni amparo el fugitivo espera."
Dijo; y veloz lanzó su dardo, hiriendo
de Eneas, el magnánimo, al amigo,
Deicoonte Pergasida, honrado
de los Dardanios, cual la prole misma
de Príamo; pues ágil se lanzaba
siempre entre los primeros al combate.
Agamenón potente en el escudo
hirióle con su dardo. Detenido
no fué por el broquel, atravesólo,
atravesó su ceñidor el bronce
y se clavó del vientre en lo profundo.
Con sordo estruendo desplomóse en tierra
y en torno de él sus armas rebombaron.
Luego Eneas dos próceres *aquivos
mató: á Cretón y Orsíloco, de Diocles,
quien la vistosa Feras habitara,
prole opulenta del Alfeo río;
él con sus ondas anchurosas baña
la *pilia tierra, y padre fué de Orsíloco,
ductor de mil guerreros; quien á Diocles,
el pujante, engendrara. Á los gemelos,
Cretón y Orsíloco, en las lides todas
armipotentes, engendrara Diocles.
Á Ilión, por sus corceles poderosa,
con negras naos en la hueste *aquea
de los hijos de Atreo vengadores;
ambos vinieron en la edad florida.
Á Ilión vinieron; do fatal la muerte
Inevitable los cubrió sombría.

Como dos leones de la enhiesta sierra;
del bosque en las profundas espesuras,
nutridos por la leona soberbiosos,
vacas y ovejas pingües arrebatan,
despueblan las majadas de los hombres;
hasta que, tras matar, son derribados
por brazo varonil, con bronce agudo;
tal á Cretón y Orsíloco la mano
tocó y tronchó de Eneas; y cayeron,
como se atierran encumbrados pinos.
Dolióse de su muerte Menelao,
amado de Mavorte, y por las huestes
discurrió de los próceres, vibrando
la lanza, armado de fulgente bronce.
El pecho le inflamó Marte, anheloso
de que á manos de Eneas sucumbiera.
Al Atrida vió Antíloco, de Néstor,
del héroe; y por las filas de los próceres
arrojóse, temiendo por la suerte
del pastor de los pueblos, porque vana
no se tornase la labor guerrera.
Ambos, frente por frente, el brazo alzaban
y las agudas picas, deseosos
de combatir. Antíloco llegóse
al pastor de las gentes. Mas Eneas,
bien que anheloso de la lucha, el campo
cedió al mirar dos adalides juntos,
armados combatir. Á los dos muertos
condujeron aquellos á sus filas,
y á los tristes pusieron en las manos
de los amigos; y á la lid volviendo,
en medio de los héroes batallaron.
Luego por ellos muerto fué Pilémenes,
de los de Paflagonia abroquelados,
magnánimos, ductor, símil á Marte.
Inmóvil el caudillo, vulneróle
el ínclito lancero Menelao
por la raíz el cuello con el asta.
Y Antíloco á su auriga compañero,
Midón, de Atimnio generosa prole,

hirió, al volver la corredora biga
el Atimniada; hirióle en medio el codo,
lanzándole una piedra. De las palmas
de aquél, en tierra, los tirantes albos,
ebúrneos, deslizáronse y Antíloco
hacia él corriendo, le clavó la espada
en la sien. Anhelante, despeñado
del bello carro; con cabeza y hombros
en la honda arena hundiérase de bruces.
Y recto allí quedóse largo trecho:
hasta que los bridones, que llevara
al campo *aquivo Antíloco, azotados,
al muerto derribaron en el polvo.
Por entre las escuadras los dos hombres
Héctor miró pugnar, y circuído
de las fuertes *ilíacas falanges,
arremetió con ellos, voceando.
Á los de la Dardania conducían
Mavorte con Belona soberana.
Ésta el fragor de la batalla fiero
alzaba; aquél, blandiendo levemente
la gran lanza, ora en pos, ora delante
corría de Héctor. Al campeón *iliense
Diomedes, voceador de la batalla,
miró; y tembló. Cual va por campo extraño
el caminante, y duda y se detiene
del río en la ribera, que impetuoso
se precipita al mar;—oye el estruendo;
de espuma ve los anchos remolinos;
vuélvese y torna en rápida carrera;
así cedió el Tidida y dijo al pueblo:
"¡Ó amigos, cuánto asombro! Fuerte vibra
la lanza el fúlgido Héctor y batalla
intrépido; y atónitos miramos.
Una deidad siempre á su lado se alza
y aparta de él la ruína. También hora
allí, simil á un hombre, está Mavorte,
y le cobija. Empero, hacia los Teucros
vuelta la faz, retroceded tardíos
y no arrostréis osados á los dioses."

Así dijo. Chocaron los Dardanios
con ellos, y Héctor derribó dos hombres,
á la lid avezados, que pugnaban
en sólo un carro: Anquíalo y Menestes.
Caer los vió y á compasión movido,
Áyax, el grande, prole *telamonia,
hacia él corrió, llegóse y disparando
su dardo refulgente, á Anfión, de Sélago,
hirió; de Sélago, rico en campiñas,
en bienes rico, morador de Peso.
Á socorrer á Príamo y sus hijos
fué por la parca guiado el Selagida.
Áyax le hirió, le traspasó el vacío,
á par del ceñidor con luenga lanza:
en bronco estruendo desplomóse en tierra.
Corrió de su armadura á despojarle
el claro Telamonio; mas los Teucros
sobre él de agudos, luminosos dardos
lanzaron una nube. Su rodela
de ellos quedó erizada. Con la planta
al muerto hollando, la broncínea pica
extrajo. Empero las hermosas armas
del hombro no le cupo arrebatarle:
los dardos le estrechaban. Al caído
mil denodados Teucros defendían,
con belicoso brío, enarboladas
las lanzas. Aunque grande, fuerte, noble,
Áyax temiólos y cedió á su empuje.
Tal se afanaban en sangrienta lucha
los pueblos. Á Tlepólemo Heraclida,
hermoso y magno, la potente parca
á pelear con Sarpedón divino
movió. Corriendo, se acercaron ambos:
el hijo y nieto del tonante Jove.
Y tal habló Tlépolemo el primero:
"Ó Sarpedón, caudillo de los *licios,
¿quién te forzó á temblar aquí de miedo,
si combatir no sabes? Es mentido
el nombre que te dan; tú no eres prole
de Júpiter tonante. ¡Cuánto distas

de aquellos hombres de la antigua estirpe,
de Jove vástagos! ¡Cuán otros eran
de mi padre Hércules las ígneas fuerzas,
el pecho de león! Á Troya vino
en otros tiempos él por los corceles
del rey Laomedonte! Él convirtiera,
con sólos seis navíos y un puñado
de hombres, á Ilión en páramo y escombros.
Menguado tú eres, y tus pueblos caen.
Aunque invencible fueras, no viniste
de Licia, en mi sentir, á ser baluarte
de los Ilienses. Por mi mano herido,
traspasarás del orco los umbrales."
Y Sarpedón, caudillo de los licios,
le respondió: "La sacra Ilión, Tlepólemo,
él arrasó, por la demencia osada
del rey Laomedonte esplendoroso;
quien, la merced[a] del héroe desdeñando,
altanero riñóle y los corceles,
que á recibir, de tierras apartadas
aquél viniera, no entregó doloso.
Mas sábete que muerte y negra ruína
mi brazo te dará: bajo mi lanza
sucumbirás, gloria á mi nombre dando
y al auriga sin par, Plutón, el alma."
Tal Sarpedón hablárale. Y Tlepólemo
alzó el asta fresnal. La luenga pica
de ambos la mano disparara á un tiempo.
Aquél en la garganta hirió á Tlepólemo;
y el crudo bronce traspasóle el cuello:
profunda noche le veló los ojos.
Mas él rasgara con el largo dardo,
en impetuoso bote, el muslo izquierdo
de Sarpedón; y le clavara el arma
en el hueso: salvóle el Padre apenas.
Del tumulto alejaron de la lidia
al héroe divinal los claros socios.

[a] De haber libertado de un monstruo marino á su hija Hesíone.

La luenga lanza. que, en la llaga fija,
arrastraba consigo, torturábale.
Nadie pensó en el bronce, nadie vióle:
tal era de los suyos la presura;
tan recia la labor de la contienda.
En la otra banda, del combate lejos
llevaron á Tlepólemo los Dánaos,
de poderosas grebas. Pesaroso
Ulises rutilante contemplóle.
Ardió su corazón acongojado
y dentro el alma y dentro de la mente
perplejo revolvió si tras la prole
de Jove altitonante abalanzarse
ó si matanza hacer entre los *licios.
Mas al hijo potente del Saturnio
la muerte dar con el agudo bronce
vedara al brioso Ulises el destino.
Así, Minerva le arrojó violento
á través de la *licia muchedumbre;
donde él matara á Noemón, y á Cromio,
y Alcandro, y Cérano, y Alástor, y Halio,
y Prítanis. Y el héroe fulguroso
hiciera entre los *licios más estrago,
si el grande Héctor, de yelmo centellante,
que le acechaba, la primera fila,
de bronce rutilando, no pasara
y esparciera el terror entre los Dánaos.
Y el *jovio Sarpedón, al contemplarle
venir á sí, gozóse, y lamentoso
le habló: "De los Aquivos no me dejes
botín yacer; ampárame, Priamida.
Á tu sombra abandóneme el aliento,
en vuestra Ilión. No quiso la fortuna
que yo al hogar y al caro patrio suelo
tornara; védame llevar el gozo
á la querida esposa, al tierno niño."
Dijo. No respondió, y corriendo, fuese
el campeón de yelmo centellante,
hacia los Dánaos, de lidiar ansioso
y riza hacer allí con planta alada.

Á Sarpedón divino colocaron
so encantadora encina del Tonante
los fúlgidos amigos de sus armas.
Y la lanza fraxínea el socio caro,
Pelagonte animoso, de su muslo
extrajo: el ánima cayó del héroe
y tinieblas cercáronle los ojos.
Mas luego respiró de lo profundo;
y del bóreas las auras nueva vida
en su anhelante pecho derramaron.
Por Mavorte y por Héctor, de éneas armas,
acosados los Dánaos, ni volvieron
la faz un punto hacia las negras naves,
ni contra los Dardanios avanzaron;
que entre éstos combatir vieran á Marte;
y el campo abandonaran lentamente.
Héctor entonces y el broncíneo numen
¿á quién primero y á quién postrero hirieron?
Al divinal Teutrante; á Treco *etolio,
acre lancero; y al auriga Orestes;
á Heleno, el Enopida, y Enomao;
al de radioso cinturón, Oresbio,
dueño de ingentes bienes afanoso,
de Hilas habitador, en las riberas
del lago de Cefiso, entre *beocios,
de fértiles campiñas moradores.
Mas la divina Juno, de albos brazos,
al ver cómo caían los Helenos,
por el combate crudo arrebatados,
dijo á Minerva esta palabra alada:
"¡Ay dolor, prole del Tonante, ó Invicta!
¿falaces al Atrida Menelao,
el despeño de Troya bien murada
y la vuelta á la patria prometimos,
que así dejamos al nefando Marte
frenético pugnar? También nosotras,
¡ea! pensemos en lidiar audaces."
Así dijo; su voz no desoyera
Minerva, de ojos fúlgidos, divina.
Los corceles, de sién ceñida en oro,

á uncir fué Juno, la deidad excelsa,
del gran Saturnio prole. Presta al carro
Hebe ajustó las ruedas corvas, bellas,
éneas, de rayos ocho, en eje férreo:
de las ruedas las pinas áureas eran,
indestructibles; de broncíneos calces,
á la mirada hechizo, guarnecidas;
rotundos fueran los argénteos cubos,
y doble en torno la plaustral urdimbre:
lazadas de oro y plata, el brocal todo.
Del argentino pértigo al remate
Juno, de lucha y de clamor sedienta,
atara el áureo, primoroso yugo,
y al yugo los tirantes pulcros, de oro,
y unciera los corceles voladores.
Y del Fulminador hija, Minerva
del blando peplo, con su propia mano
tejido matizado, despojóse,
en el alcázar de su padre al suelo
dejándolo caer. Y con la cota
vestida, del Saturnio tormentoso,
se armó á la lid, de lloro vertedora.
Tercióse la égida, de borlas bellas,
formidolosa, por doquier cercada
del temor: la discordia allí campea,
allí el empuje, allí el chocar tremendo
de la batalla; se alza la cabeza
temible allí, terrífica se yergue
del monstruo de Gorgona temeroso,
señal y nuncio del tonante Jove.
En la cabeza púsose Minerva
el áureo morrión, claveteado,
valiente á proteger los adalides
de cien ciudades. Al fulmíneo carro
subió y cogió la ponderosa lanza,
luenga, fornida, en que las huestes postra
de los campeones á quien mira airada.
Juno hostigó ardorosa los bridones.
Por sí se abrieron las celestes puertas,
las puertas, de las Horas custodiadas;

á quien por el Olimpo y ancho polo
cumple apiñar y hender las negras nubes.
Y por las puertas la hostigada biga
lanzaron Juno y Palas. De los dioses
lejos sentado á Júpiter hallaran
en la alta cima del fragoso Olimpo.
Allí la dea de los níveos brazos
detuvo los bridones y al Saturnio,
al dios excelso, preguntando, dijo:
"Ó padre Jove, ¿por el grande estrago
de Marte no te aíras? ¡Tanto puede
en el *aquivo campo, tantos héroes
en desapoderada furia mata!
Yo gimo, y plácidos se gozan Venus
y Apolo arquiargentino; quien lanzaron
á aquel insano, á toda ley ajeno!
Ó padre Jove, ¿excitaré tus iras,
si, castigando á Marte rigorosa,
despavorido de la lid le aparto?"
Y respondióle el nubiloso Padre:
"¡Enhorabuena! haz que con él combata
Minerva, del botín cumuladora;
quien ha sabido, cual ninguno, siempre
entregarle á merced de cruel tormento."
Así dijo. Su voz no desoyera
Juno, de níveos brazos. Los corceles
flageló, y ellos, de correr ansiosos,
lanzáronse á volar por entre el orbe
y el estrellado cielo. Cuanto abarca
del atalaya el ojo, que escudriña
por la azulada bruma el mar purpúreo:
tanto de entrambas divas los bridones,
de estrepitoso relinchar, volaron.
Arribaran á Ilión y los dos ríos,
do se confunden las violentas ondas
del Símois y Escamandro. Allí la biga
detuvo Juno, la de brazos níveos:
la desunció del plaustro; densas nieblas
en torno de ella difundió; nutrióla
el Símois, germinándole ambrosía.

Con paso, cual de tímidas palomas,
iban las deas, anhelando ardientes
por amparar á los *argivos pueblos.
Mas al venir do el núcleo de los héroes,
á la pujanza [a] del Tidida auriga
en torno, se agolpara, simulando
jabalíes ó leones carniceros,
de nunca rota fuerza; allí paróse
á clamorear la dea de albos brazos,
semejante á Estentor, el indomable,
de voz broncínea, cual cincuenta voces:
"¡Oh, cuánto deshonor, menguados Dánaos,
tan míseros y ruínes como bellos!
Mientras pugnaba el esplendente Aquiles,
jamás los Teucros traspasar las puertas
veíanse de Ilión: la fuerte pica
de aquél temieran. De los muros lejos,
entre las vastas naos, hora luchan."
Así diciendo, el alma y la bravura
de todos inflamó. Fué presurosa
Minerva, de ojos fúlgidos, divina,
á Diomedes. Halló al caudillo, laso
por la flecha de Pándaro, la herida,
á par de los bridones y del plaustro,
refrigerando. Fatigado estaba
por el sudor, que bajo el ancho cinto
del escudo redondo, le brotara.
Cansado estaba el adalid; su brazo,
cansado de lidiar; la negra sangre,
el cinturón alzando, se enjugaba.
Asió la diosa de la biga el yugo,
y voceó: "¡Cuán poco se asemeja,
cuán poco, al padre el hijo de Tideo!
Pequeño era Tideo, mas un héroe.
Un día no dejé que se lanzara
al campo con furor, ni contendiera—
cuando, lejano de las huestes *dánaas,
fué mensajero á Tebas; do *cadmeos

a Del pujante Tidida.

le circundaron mil. En el alcázar
yantar tranquilo le mandé. Llevóle,
cual siempre, desfrenado su coraje.
Los lidiadores jóvenes *cadmeos
á luchar desafió y venció glorioso [a].
Mas contra Ilión á batallar te aliento
yo con afán, tu valedor y amigo.—
Empero por ventura del combate
las fatigas tus miembros embargaran;
ó el desvariante miedo te entorpece.
Ya no eres tú la prole de Tideo,
progenie del Enida belicoso."
Y el potente Diomedes respondiera:
"Yo te conozco, ó prole del Tonante,
y así, te digo la verdad sin ira:
no el desvariante miedo me entorpece;
mas todavía tu mandato cumplo.
Luchar contra los dioses venturosos
tú me vedaste. Sólo si Afrodite,
la del Saturnio, al campo descendiese,
mandásteme con bronce agudo herirla.
Esta tu voluntad obedeciendo,
yo mismo ahora combatir evito
y á los Helenos todos he intimado
que aquí se estrechen: veo que Mavorte
recorre el campo y soberano manda."
La diosa de ojos fúlgidos repuso:
"Ó Tidida, Diomedes predilecto,
de mi tutela poderosa fía,
ni temas á Mavorte ni á ninguna
de las deidades inmortales todas.
Los rápidos corceles contra Marte
al punto guía; acércate, vulnera
al fiero dios; ni tiembles de la furia
del que nació *nefario, del veleta;
quien prometiera ayer, á mí, á Saturnia,
pugnar contra los Teucros, de los Dánaos

---

[a] Sigue el verso espurio: "fácilmente: con tanto poder yo le amparaba."

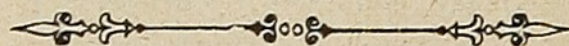
amparador; quien hoy, de su promesa
olvidado, de Ilión va á las falanges."
Dijo; y á Esténelo arrojó del carro;
mas, al caer vertiginoso en tierra,
le acogió y le sostuvo con su mano.
Al plaustro, á par del fúlgido Tidida
subió la dea, de lidiar ansiosa;
horrísono crujiera el eje cuérceo [a]
so el peso de la diva aterradora
y del gran campeón. Cogió Minerva,
la lancera, el flagelo y los tirantes.
Y dirigió la voladora biga
contra Marte primero. Á Perifante,
el héroe más excelso de la Etolia,
de Oquesio prole formidable, lúcida,
mató Mavorte, tinto en cruor humano.
Y porque el dios potente no la viera,
Palas calóse de Plutón el yelmo.
Apenas viera el sanguinoso numen
al fulgente Tidida, cuando en tierra
yacer dejó al terrible Perifante;
do, hiriéndole, en cadáver lo tornara;
y recto fué contra el robusto auriga.
En su carrera se llegaron ambos.
Y el dios se irguió por sobre yugo y bridas,
lanzando fiero, y de matar ansioso,
contra Diomedes énea jabalina.
Pero Minerva ojiluciente asióla
y del carro desvió su raudo vuelo.
Y el héroe, voceador de la batalla,
luego giró y tiró el broncíneo dardo.
Por la lancera Palas impelido
su brazo, acrecentada su pujanza,
se encaminó la pica hacia el vacío:
al ceñidor del dios: allí Diomedes
hirió, rasgó su hermosa piel. Y al punto
el bronce retirara de la herida.
Y horrendo rebramó el broncíneo Marte,

[a] De encina.

como rebraman nueve ó diez mil hombres,
que armados chocan entre sí violentos.
Aterrados temblaron los Aquivos,
temblaron los Dardanios: tal rugía
el insaciable luchador Mavorte.
Cual negro surge en el umbroso cielo
el nublo, alzado por feroz fortuna,
que engendran del estío los ardores;
tal vió Diomedes á Mavorte, el éneo,
envuelto en sombras ir al ancho polo.
Llegó con rauda planta al alto Olimpo
el dios; á los alcázares celestes.
Dilacerada el alma, junto al Padre
sentóse y le mostró cuál de la herida
corría la divina sangre y díjole
esta palabra alada, entre gemidos:
"Ó padre Jove, no te aíras, viendo
desmán tamaño? Penas crueles siempre
los númenes sufrimos por los hombres:
nuestras discordias, de ampararlos nacen.
Todos atropellamos tu mandato;
que tú engendraste á la feral doncella,
desatentada, que del crimen vive.
Todos los otros dioses, cuantos moran
en el Olimpo, te obedecen todos;
todos rendidos á tu imperio estamos.
Y tú ¿ni con el brazo á aquella domas,
ni con palabra alguna; mas la dejas
estragos cruda hacer, cual la engendraste?
Hora al Tidida, de altivez henchido,
á lidiar con los dioses inmortales
frenético lanzó. Luchó él con Venus
y de la mano le rasgó la palma.
Luego, cual numen, sobre mí arrojóse:
la alada planta me salvó: yaciera,
sin su favor, allí muchas auroras,
de muertos espantables circuído,
con mi dolor á solas; ó viviera,
del bronce anonadado, mustia vida."
Y Júpiter nuboso respondióle,

torvo mirando: "Cabe mí, ó veleta,
excusa gimotear. Yo te abomino,
cual á ninguno de los dioses todos,
habitadores del Olimpo. Rifas,
guerras, batallas, son tu sólo goce.
La incontrastable, indómita fiereza,
herencia es de tu madre, la Saturnia;
á quien apenas mi palabra rinde.
Ella, á mi ver, dispuso tu quebranto.
Pero mirar cuál el dolor te agobia,
no sufro ya: tu sangre es sangre mía,
tu madre es mi mujer. Si descendieras,
agrio cual eres, de otro cualquier numen,
¡porvida! há tiempo, en más profunda sima
que la do los titanes, yacerías."
Dijo, y mandó á Payón que le sanara
con hierbas del dolor mitigadoras.
Éste vendó la herida de Mavorte [a].
Cual presto, de la higuera con el zumo
la blanca leche se condensa y cuaja,
cuando es en rápido vaivén movida:
tan presto aquél sanó al atroz Mavorte.
Hebe bañóle y las preciadas vestes
le vistió, y se sentó él á par de Jove;
y ufano rutilaba de belleza.
Juno Saturnia y Palas Protectora,
tras de arrancar al sanguinario Marte
del campo, en que la muerte derramara,
al alcázar tornaron del gran Jove.

[a] Sigue el verso espurio: "Sanó; pues de ningún modo había nacido mortal."



CANTO 6º

Coloquio de Héctor y Andrómaca

La temerosa lidia de los Teucros
y Aquivos proseguía solitaria.
Acá y allá vivaz en la llanura
el ardor estalló de los guerreros;
que se lanzaban los broncíneos dardos
del Símois y del Xanto entre las ondas.
Áyax, el Telamonio, muro *acayo,
una falange *ilíaca primero
desbarató; y lumbrera de los suyos,
hirió de Eisoro al hijo grande y bello
y de los *traces prócer: Acamante.
Hirióle del almete en la cimera,
de cauda equina ornado, y en las sienes;
el hueso traspasóle la énea lanza:
velaron su mirada las tinieblas.
Diomedes, voceador de la batalla,
luego dió muerte al Teutranida Axilo;
quien, rico en bienes, la gallarda Arisba,
amado de los hombres, habitara,
orillas de la vía, hospitalario.
Mas nadie entonces ampararle pudo
ni alejar de él la deplorable muerte.
Diomedes le mató y al socio auriga,
Calesio; y so la tierra descendieron.
Á Ofeltio y Dreso derribara Euríalo;
y sobre Pédaso y Esepo abalanzóse;
del intachable Bucolión un día
natos y de la náyade Abarbárea.
Del claro Laomedonte primogénito,
mas en ciegos amores generado,
fué Bucolión. Quien engendró gemelos

á Pédaso y Esepo de la ninfa.
Mas su vida y los miembros refulgentes
el Mecistiada disolvió, y del hombro
las armas y coraza arrebatóles.
El impetuoso, fuerte Polipetes
á Astíalo mató, y con énea lanza
Ulises á Pidites, de Percote,
á Aretaón esplendoroso, Teucro;
y á Ablero, Antíloco, de Néstor prole,
con fulgurosa lanza. Y el Atrida,
caudillo de los hombres, mató á Élato,
habitador de Pédaso escarpada,
del Sátniois hermoso en las riberas.
Al fugitivo Fílaco dió muerte
el héroe Leito; Eurípilo á Melantio.
Por Menelao Atrida, de las lides
voceador, Adrasto fué cogido.
Del *teucro los bridones por el llano
corrían pavoridos, y en las ramas
de un tamariz el redondeado plaustro
retenido, del pértigo rompióse
la contera: volaron los corceles
á Ilión, con bigas pávidas revueltos.
Del carro por la rueda despeñado
cayó el ductor á bruces en el polvo.
Á par de él Menelao se detuvo,
la luenga pica alzando. Las rodillas
ciñóle Adrasto, y le rogó, diciendo:
"Hijo de Atreo, déjame con vida
y cógeme: será el rescate opimo.
Dentro de mi suntuoso hogar paterno,
ricos tesoros, áureos y broncíneos
y de duro, indomable fierro yacen.
Si mi padre supiere que en las naos
de los *aqueos vivo estoy, riquezas
por mí, de aquellas, te dará infinitas."
Así dijo; y el alma dentro el pecho
le conmovió. El Atrida se aprestaba
á darle ya al amigo, que á las naos
de la Acaya veleras le llevase:

cuando, á su encuentro Agamenón volando,
clamó, riñóle y dijo esta palabra:
“Ó amigo, ó Menelao, ¿qué te dueles
de aquestos hombres? En tu hogar hazañas
te hicieron bellas.—Á la cruenta muerte
nadie se escape, nadie á nuestras manos.
Ni dentro del materno seno el niño,
ni ése, siendo varón, se libre de ella.
Todos perezcan, los de Ilión, y yagan
sin sepultar, y anonadados sean.”
Así al hermano disuadió valiente;
el cual, cogiendo al campeón Adrasto,
de sí lanzóle. Agamenón excelso
le hirió en el vientre. Vulnerado en tierra
cayó supino; púsole en el pecho
el rey la planta y presuroso extrajo
la fráxina[a] asta. Y á los Dánaos Néstor
dió grandes voces: “¡Héroes de la Acaya,
ó amigos, de Mavorte compañeros!
Nadie, por despojar á los cadáveres
y á los leños volver con rica presa
atrás se quede! Muerte demos hora
al enemigo todos; que más tarde
con paz arrancaréis por la llanura
las vestes á los muertos, y las armas.”
Diciendo así, los pechos valerosos
de todos inflamó. Mas los Ilienses,
por los Aquivos, de Mavorte amados,
deshechos, retornaran pavoridos
á Ilión entónces, si el Priamida Heleno,
el rey de los augures, no corriera,
diciendo esta palabra á Eneas y Héctor:
“Sobre vosotros las fatigas pesan
de la guerra de Dárdanos y Licios,
ó Eneas y Héctor. En la lid y junta,
doquiera, sois los próceres vosotros:
doquiera firmes alejad ahora
de las *dardanias puertas los guerreros;

a De fresno.

antes que fugitivos en los brazos
de sus mujeres caigan y se truequen
del enemigo pueblo en alborozo.
Mientras vos inflaméis las huestes todas
en bélicos ardores, afrontamos,
aquí, de los Helenos la batalla
nosotros; fatigados por la lucha
y exhaustos, cual estamos: nos lo ordena
de nuestras armas la funesta suerte.
Mas, Héctor, ve tú á Ilión y di á tu madre
y madre mía, que en el *teucro alcázar
congregue á las matronas dentro el templo
de la ojilúcida Minerva, alzando
de la mansión sagrada los cerrojos;
que en el regazo ponga de la diva,
hermosa en trenzas, el más bello peplo,
más ancho y más preciado que tuviere;
y vote doce indómitas becerras,
que en holocausto inmolará en su templo;
si de Dardania compasión tuviere,
de sus esposas y su tierna prole
y si alejare de sus sacros muros
al hombre que yo miro levantarse
hórrido, excelso, en el *aquivo campo:
al Tidida, lancero truculento,
terror de la batalla soberano.
Ni al Pelida, caudillo de los hombres,
de diosa prole, cual la fama nuncia,
temiéramos así: furor agita
á aqueste: insuperable es su pujanza."
Dijo. No desoyó la voz fraterna
Héctor; saltó del carro con las armas
en tierra y recorrió doquier el campo,
blandiendo agudos dardos, y en los pechos
el fuego suscitó de la batalla,
y grita de combate aterradora.
Estremecióse el pueblo, y á los Dánaos
altivo se volvió; cedieron ellos:
cesaron de matar: imaginaban
que alguno de los dioses inmortales,

á proteger las armas de Dardania,
del estrellado cielo descendiera:
tal se exaltaron los *ilienses pueblos.
Clamábales á grandes voces Héctor:
"Dardanios, de coraje incontrastable,
perínclitos aliados, sed varones,
ó amigos, y acordaos de la furia
y belicoso ardor, en tanto nuncio
á Ilión yo voy, porque á los dioses rueguen
y voten hecatombes los ancianos
de la asamblea y las esposas nuestras."
Tal clamó Héctor, de yelmo centellante,
y se alejó: azotábanle los bordes
del escudo, por cuñas guarnecido
y negra piel orlado; en los calcaños
y el cuello le azotaban incesantes.
Y el hijo de Tideo y Glauco, prole
de Hipóloco, á la arena medianera
entre los dos ejércitos saltaran,
arrebatados de furor guerrero.
Cuando se aproximaron en su curso,
Diomedes, voceador de la batalla,
primero habló: "De los mortales hombres
¿quién eres tú, campeón? Jamás te viera
en la batalla, de los hombres gloria.
¡Y á todos hora te adelantas presto
y fiado de tu brío, aguardas fuerte
mi larga pica! Mi denuedo afrontan
los hijos sólo de infelices padres.
Si un dios has descendido tú del cielo,
no lucharé contigo: las deidades
de arriba moradoras no combato.
De Driante el hijo válido, Licurgo,
que lidió con los númenes celestes,
no vivió larga vida. Mientras Baco
frenético se holgara en sus orgías,
aquél, á las matanzas avezado,
la diestra armada de taurino nervio,
por el sagrado Niso persiguiera
las nutrices del dios; quien, azotadas

por Licurgo, los tirsos arrojaron.
Y Baco, de pavor opreso, hundióse
del piélago en las olas; do en su seno
asilo le dió Tetis. Pavoroso
por la grita del héroe, retemblaba.
Pero los divos plácidos eternos
del dios se condolieron; y el Saturnio
al adalid cegó. Se concitara
de las deidades inmortales todas
el odio: prematura fué su muerte.
Luchar contra los númenes felices
no intentaré. Mas si eres del linaje
que mortal come de la tierra fruto,
ven, porque toques del vivir la meta."
De Hipóloco la prole esplendorosa
le respondió: "Magnánimo Tidida,
¿á qué indagar mi estirpe? Cual las hojas,
tal son también sin número los hombres.
Hoy el follaje por la tierra esparcen
los vientos: la verdina selva luego
lo cría, y lucen las vernales horas.
Así también, ya crece, ya sucumbe
la casta humana. Mas, si tú la mía
por conocer anhelas; mi progenie
es pregonada de la fama. Existe
en Árgos, tierra opima de bridones,
la ciudad de Éfiro lejana. En ella
habitó Sísifo, sin par solerte;
el Eolida Sísifo; quien fuera
progenitor de Glauco. Fué de Glauco
hijo Belerofontes intachable;
á quien venustidad los dioses dieran
y gentileza.—Un hora darle muerte
urdió Preto, que en la fuerza le excedía
incomparable: de la *helena tierra,
á su cetro por Jove sujetada,
aquél de Preto huyó. De amor maníaca,
de aqueste la mujer, divina Antea,
por disfrutar al héroe suspirara,
en secretos amores. El Glaucida

repugnó sus instancias generoso.
Falsaria la mujer, á Preto dijo:
"Ó Preto, muere ó mata al que tentara
mi voluntad forzar; Belerofontes."
Así dijo. Furor al soberano,
cuando oyó tal, arrebató. Matarle
no osó su corazón: temor heríalo.
Á Licia envióle, dándole tablillas,
en que funestos signos numerosos
grabara. Las plegó, para que al suegro
el héroe, por su ruína, las llevara.
Guiado por los númenes potentes
aquél partió. Viniendo al suelo *licio
y del Xanto á las ondas, acogióle
amigo el rey de la anchurosa Licia.
Le hospedó nueve días, inmolando
en los nueve festines sendos bueyes.
Lució la aurora, de rosados dedos,
la décima, y entonces preguntóle;
y las tablillas que del yerno Preto
éste trajera, quiso ver. Los signos
vió de la muerte, por aquél tramada.
Que á la ingente Quimera diese muerte
al adalid mandó: no un ser humano,
era divina aquélla: león delante,
cabra por la mitad, atrás serpiente;
de las fauces lanzaba espantadora
de fuego abrasador inmensas llamas.
Confiado en los prodigios de los dioses,
matóla. Con los *sólimos gloriosos
luego peleó. De cuantas graves luchas
se vieran, ésta la mayor llamaba.
Exterminó—fué su tercer proeza—
las fornidas, guerreras amazonas.
Al retornar el héroe, lazo nuevo
le armó doloso. Puso en asechanza
los próceres de la gran Licia toda;
quien no volvieron al hogar; á todos
mató Belerofontes intachable.
Vió el soberano que retoño hermoso

de dioses era aquél; y le retuvo
cerca de sí; y á la hija por esposa
le dió y donóle la mitad del reino
y de su gloria toda. Sus vasallos
para vivienda propia, le cedieron
las más anchas campiñas apacibles
y los más bellos, ricos arbolados.
Al campeón Belerofontes diera
tres hijos su mujer: Isandro, Hipóloco
y Laodamia. Jove soberano
de ésta gozó, y á Sarpedón divino,
de armas broncíneas, engendró Laodamia.
Mas, cuando también él fué perseguido
de todas las deidades, solitario
por la llanura *aleya, el alma triste,
tristísimo vagara y apartado
de toda humana huella. Y Marte cruento,
adamantino, le mató á Pisandro,
que con los *sólimos guerreaba ilustres.
Y Diana, de corceles tirantiáureos,
airada, á Laodamia dió la muerte.
Noble es mi sangre. Hipóloco mi padre,
á Ilión envióme y exhortó, rogando,
á que en los héroes yo brillase siempre
y el lustre no empañara de mis padres;
quien de Éfiro y la Licia dilatada
fueran los más proceros campeones.
Tal es mi sangre y mi gloriosa cuna."
Dijo, y el voceador de la batalla,
Diomedes, se alegró, clavó la pica
en la alma tierra y con blando acento
dijo al pastor del pueblo: "Huésped eres,
á fe, y antiguo de mi hogar paterno.
En él Belerofontes intachable,
por veinte días con anhelo amigo,
del claro Oileo retenido fuera.
Y diéronse presentes primorosos
de huéspedes: un cinto purpurino
y brillador Oileo; copa doble [a],

a Cuyo pié también formaba copa.

áurea, Belerofontes;—cuando á Troya
vine, en mi hogar dejéla. De Tideo
recuerdo mi memoria no retiene:
era yo infante tierno todavía,
al partir él en armas contra Tebas;
do triste pereció la *aquiva gente.
Así, yo soy tu amigo hospitalicio
amante, en Argos. Si yo á Licia fuere,
mi amigo, tú. Vitemos combatirnos
aún á través del batallar revuelto.
Mil Teucros y mil ínclitos aliados,
do derramar la muerte, están en armas,
si un dios los arrastrare ó si les diere
mi planta alcance. Tú también mil Dánaos
á quienes dar la muerte, si pudieres,
hallarás. Permutemos nuestras armas,
porque los pueblos vean que nos liga
paterno lazo de amistad gloriosa."
　　Diciendo así, saltaron presurosos
del carro, y estrecháronse las manos,
en prenda de amistad. Á Glauco Jove
el corazón movió, porque cambiara
sus armas con las armas de Diomedes:
áureas, con éneas, de cien bueyes armas
con armas que valieran bueyes nueve.
　　Cuando á la encina y las *esceas puertas
Héctor vino, en su torno se agruparon,
corriendo, las *ilíacas esposas
y las doncellas, por hermanos, hijos,
á preguntar, y esposos y cognados.
Rogar mandóles á los dioses todos:
á uno en pos de otro. Empero sobre muchos
cerníase inminente el infortunio.
　　Llegó de Príamo al soberbio alcázar,
de propileo terso. Allí continuos
cincuenta lechos, de pulida piedra,
se alzaban; do dormían los Priamidas,
y á par de los Priamidas sus esposas.
En lo alto del palacio, frente á frente,
del atrio en lo interior el gineceo

de doce tálamos, de lisa piedra,
afínes, se ostentaba; do las hijas
del soberano excelso reposaban
y sus esposos. De Héctor fué al encuentro
allí la blanda y dadivosa madre,
con la más bella de sus hijas todas,
Laódice. Cogió, estrechó la mano
del adalid y díjole asombrada:
"¿Porqué las duras lides, hijo mío,
dejaste, que hora á la ciudad acudes?
¡Cómo los Dánaos, de espantable fama,
á Ilión en torno, las *dardanias huestes
destrozan! ¿Cómo tú tender las manos
á Jove en la ciudad ansiar pudiste?
Mas ¡ea! quédate: melifluo vino
yo te daré, porque al *saturnio Padre
y á las deidades inmortales libes,
y tras libar, bebiendo, te confortes:
al fatigado pecho ignita fuerza
el vino da: lo ha menester el tuyo,
por los amigos de lidiar deshecho."
Y el grande Héctor, de yelmo centellante,
le respondió: "No quieras dulce vino
alegrador, brindarme, noble madre:
mis miembros enervara, y la pujanza
hiciérame perder y la braveza.
Ni con impuras manos al Saturnio
libar yo osara el refulgente vino:
al que manchado está con sangre y muerte,
no es permitido al tormentoso Jove
plegarias elevar. Mas tú reúne
las matronas y al templo ve con ellas
de Palas, del botín cumuladora,
timiamas á ofrendar en sus altares.
Y pon en el regazo de la diosa,
de hermosas trenzas, el más bello peplo,
más ancho y más preciado que tuvieres;
y vota doce indómitas becerras
en su templo inmolar en holocausto,
si de Dardania y las esposas *teucras

y de su tierna prole se doliere,
y si alejare de la Ilión sagrada
al adalid que veo levantarse,
excelso y fuerte en el *aquivo campo;
al Tidida, lancero truculento,
terror de la batalla soberano.
Á Palas, del botín cumuladora,
ve tú; yo voy á Paris; llamaréle,
por si me escuche y á las armas corra.
¡Plegue á los dioses que la tierra se abra
por abismarle aquí! Le crió el Saturnio
para desgracia inmensa de Dardania,
de Príamo magnánimo y sus hijos.
Si descender le viese á los infiernos,
mi flébil corazón se solazara."
Dijo. Al alcázar dirigióse aquella,
las siervas á llamar, quien las matronas
por la ciudad juntaran. Fué la reina
al tálamo fragante, do guardara
peplos incomparables, primorosos,
de *sidonias mujeres laboreados.
Paris mismo divino los trajera
de Sidón, cuando, el piélago anchuroso
hendiendo, arrebató la noble Helena.
Uno de aquestos, Hécuba, cogido,
á Minerva llevólo por ofrenda:
el de labor más nítida y más ancho,
radioso cual estrella;—de los otros
yaciera separado. Con presura
al templo fué, y con ella cien matronas.
Cuando al alcázar do el santuario surge,
llegaron, les abrió las sacras puertas,
la esposa de Antenor auriga, Teano,
de hermosa faz, Ciseida; á quien los Teucros
sacerdotisa hicieran de Minerva.
Todas clamaron tristes, y á la diosa
las manos levantaron. Y cogiendo
el peplo, le depuso en las rodillas
del numen la de bellas trenzas, Teano,
de hermosa faz, y suplicó ferviente

á la doncella del gran Jove, y dijo:
"Minerva, de ciudades protectora,
ó dea gloriosísima, potente,
destroza tú la lanza del Tidida.
Haz que de bruces en la *escea puerta
caiga el campeón. Y al punto inmolaremos
en tu ara doce indómitas becerras,
si de Dardania y las esposas *ilias
y de su tierna prole te apiadares."
Así rogó. Minerva desoyóla.
Al orar las *troyanas, del gran Jove
á la doncella, encaminábase Héctor
al bello hogar; que se fundara Paris,
de artífices que en la feraz Dardania
descollaran famosos, ministrado.
Á par de los de Príamo y los de Héctor,
su tálamo, su pórtico y manida,
de Ilión en el alcázar, fabricaron.
Héctor, caro al Saturnio, caminaba,
la lanza de once codos empuñando.
Brillara de la pica en el remate
broncínea punta, en el astil ceñida
de anillo de oro. En el hogar á Paris
halló, en el tálamo: las bellas armas
cuidaba; examinaba la loriga,
el arco curvo y el broquel. Sentada
Helena *argiva en medio de las siervas,
labores disponía delicadas.
Héctor al ver á aquél, con rudo acento
hirióle: "Mísero, no es bien que abrigues
tamaña obstinación: los pueblos pugnan
de la ciudad en torno y altos muros.
Y caen. Arde en belicosa grita
y en guerra Ilión por tí.—También riñeras
tú al que mirases la medrosa lucha
rehuír.—Pero ¡á las armas! porque en breve
no abrasen la ciudad vorantes llamas."
Y Alejandro divino respondióle:
"Héctor, pues justiciero vitupérasme
y en merecidas iras, estas voces

la causa te dirán: tú escucha atento.
No es furia por los Teucros, obstinada,
la que en el tálamo me tiene inerte:
rendido estoy á la congoja mía.
ahora mi mujer con blando labio
á combatir incítame ardorosa.
Hacerlo cumple; yo también lo veo.
Va y viene en las batallas la victoria.
Mas ¡ea! á que las armas del combate
me vista aguarda. Ó ve; que presuroso
hasta alcanzarte, seguiré tu huella."

Dijo; y Héctor, de yelmo centellante,
no respondió. Mas tal hablóle Helena
en apacible voz: "¡Ó hermano mío,
cognado de mujer inverecunda,
de horrores causadora! ¡que del viento
la ráfaga violenta á la montaña,
ó al ponto atronador y sus honduras
no me lanzara, al darme á luz mi madre,
antes que males tantos sucedieran!
Ó si debí vivir ¿porqué la esposa
no fuí de hombre mejor, á quien su infamia
y el popular reproche quebrantasen?
Éste voltario el pecho tiene, y siempre
voltario lo tendrá: para su daño
habrálo él mismo de saber un día.
Mas ¡ea! ven, cognado; aquí reposa
en ese taburete: á ti te abruma
del duro batallar la mole toda,
por esta infame y la maldad de Paris.
Pero triste despeño nos depara
á entrambos Jove, porque ejemplo seamos
al mundo y á las gentes venideras."

Y el grande Héctor, de yelmo centellante,
le respondió: "Reposo, Helena cara,
en vano me presentas: no te es dado
mi mente doblegar; ya el pecho anhela
por defender los Teucros; quien, si ausente
estoy, por mí suspiran. Mas inflama
éste al combate tú; también le enciendan

á él los furores bélicos, y alcance
me dé, cuando yo salga á la llanura.
Hora voy al hogar, por ver los míos:
á la cara mujer y al tierno infante.
No sé si entre ellos del combate torne;
ó si los dioses hagan por do á manos
de los Aquivos lidiadores caiga."
Dijo el de yelmo centellante, y fuése.
Llegó veloz á su soberbio alcázar;
endonde á Andrómaca, de brazos lácteos,
no halló. La cual parada con su niño
y la doncella, de anchuroso peplo,
estaba en las *pergámicas alturas,
llorando entre gemidos y sollozos.
No viendo el héroe á la inocente esposa
en el hogar, á las esclavas dijo,
desde el dintel: "No me burléis, ó siervas,
¿dó ha ido Andrómaca, de brazos níveos?
acaso de un cognado á la morada?
ó de una afín, de peplo rozagante?
ó al templo fué de Palas; do las iras
placando están de la terrible dea
las *teucras todas, con primor trenzadas?"
Y del hogar la atenta veladora
le contestó: "Cual mandas, te respondo:
no ha ido de un cognado á la morada
ni de una afín, de peplo rozagante;
ni al templo fué de Palas; do las iras
placando están de la terrible dea
las *teucras todas, de trenzado hermoso;
mas fué de la ciudad al grande alcázar,
cuando oyó de los Teucros el estrago,
y de los Dánaos el creciente empuje.
Al niño y la nutriz llevó consigo;
como frenética, voló á los muros."
Dijo la sierva. Del alcázar Héctor
por do viniera, se lanzó y de Troya
atravesó las largas, bellas rúas:
hasta llegar á las que al plano se abren
*esceas puertas. Á su encuentro vino

allí la esposa, la opulenta Andrómaca,
prole del fuerte Eción, Eción de Tebas,
por el selvoso Placo dominada;
Eción, de la Cilicia soberano.
Quien al Priamida, de broncíneas armas,
por esposa la dió. Corrió al encuentro
allí de Héctor, Andrómaca, seguida
de la nutriz; en brazos de ésta el niño,
llamado el Escamandrio por su padre,
pero Astianacte [a] en la Dardania toda;
—que antemural de Ilión era Héctor sólo.—
La nutriz recostado contra el seno
llevaba al Hectorida, caro niño,
esplendoroso, cual serena estrella,
velado de la infancia y su ventura,
ajeno á los pesares de la vida.
Y silencioso contempló á su niño,
sonriendo, el padre: Andrómaca, llorando,
aproximóse, asió la mano de Héctor
y así clamó: "¡Cruel tú, que osado buscas
la muerte y que piedad del tierno niño
no tienes, ni piedad de mí, infelice,
que pronto viuda me veré! Ya viene,
ya te oprime la *aquiva muchedumbre;
te mata! y muerto tú, yo solitaria,
mejor me está dormirme so la tierra.
Que para mí, si al hado tú sucumbes,
no habrá solaz, habrá tan sólo llanto.
No tengo padre yo, mi regia madre
murió también. El rutilante Aquiles
mató á mi padre; Tebas, la *cilicia,
de erguidas puertas, plácidos hogares,
mudó en escombros; dió á su rey la muerte.
Pero, aterrado, las pintadas armas
no le quitó; con ellas en la pira
quemóle, y en redor de su sepulcro
levantó funerario monumento.
Y las oreas, del Tonante prole,

---

a "Caudillo de la ciudad".

olmos brotar en torno de él hicieron.
Siete eran mis hermanos; en un día
todos bajaron al averno: á todos
el fulgurante, corredor Aquiles
mató en mi patria; do sus tardos bueyes
y cándidas ovejas pastoreaban.
Llevó consigo los tesoros todos;
llevó á mi madre, del selvoso Placo
dominadora. Por inmensos dones
fué rescatada. En el hogar paterno
la hirió de muerte la flechera Diana [a].
Ahora tú eres, Héctor, tú mi padre,
mi augusta madre tú, y hermano mío
y esposo mío tú, flor de mi vida.
¡Oh! compadécete y aquí detente
en el antemural! no tornes huérfano
al niño tuyo ni á tu esposa, viuda! [b] ”
Y el grande Héctor, de yelmo fulguroso,
le respondió: “Son míos tus afanes.
Pero, ó mujer, los Teucros me amedrentan
y azoran, y me azoran las *ilienses
vestirrastreras, si la lid menguado
rehuyo; ni rehuirla me consiente
mi corazón: erguirme grande en Troya,
y acrecer el renombre de mi padre
y abrillantar mi levantada gloria,
fué siempre mi ambición. Porque mi mente
presiéntelo con claridad, lo mira:
día vendrá que se hunda anonadada
la sacra Ilión, y Príamo y las gentes
de Príamo, lancero poderoso.
Mas de Dardania el próximo fracaso,
de Hécuba misma la llorosa suerte,

---

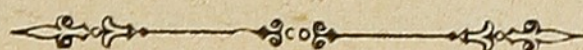
a Las muertes repentinas se atribuían á Diana y Apolo.

b Siguen los versos espurios: “Junta al pueblo, en torno del sicomoro, donde la ciudad está más accesible y la muralla más fácil de salvar. Tres veces ya vinieron á salvarla los dos Ayaces, el perínclito Idomeneo, los Atridas y el hijo fuerte de Tideo; rodeados todos de sus campeones. Ó un sagaz adivino ó el propio empuje los inspira y arroja.”

la del *iliense rey, de mis hermanos;
que, tantos y tan nobles, en el polvo
han de caer, so el enemigo brazo:
nada, cual tu fortuna, me congoja—
cuando tu libertad fuere al ocaso,
y algún *aquivo de broncíneas armas,
en lágrimas deshecha, te llevare;
cuando, rendida de dolor, tejieres
dentro el telar de tu señora, en Argos;
y de tu triste sino constreñida,
acudas con el cántaro á las ondas
de la *hiperea ó la *meseida fuente;
y alguno entonces, viéndote llorando,
dijere: "De Héctor fué mujer aquella,
del campeón de los aurigas Teucros,
cuando de Troya en torno batallaran."
Así dirán, y con doblada fuerza
te agobiará la pena de ser viuda
del hombre cuyo brazo refornido
de ti alejara servidumbre impía.
Mas cúbrame la tierra, en honda fosa,
y véleme la muerte, antes que lleguen
á mí tus alaridos, y mis ojos
contemplen cuál consigo te arrebatan."
Dijo, y tendió los brazos á su niño
el fúlgido Héctor. Mas aquél, gritando,
de la nutriz, de bella ceñidura,
al seno se volvió: del caro padre
le atemoró la faz, del bronce el lampo
y del morrión las crines, que medrosas
en la cimera altísima volaban.
Y el padre amante rió; rió la alta madre.
Quitóse presuroso el fúlgido Héctor
su claro yelmo; lo depuso en tierra;
cogió, besando, á su querido niño;
alzóle en brazos y rogó al Saturnio
y á las deidades inmortales todas:
"Ó Jove y demás dioses, dad que sea,
cual yo, el primero en la *dardania gente
aqueste niño mío; dad que grande,

cual yo, en Ilión, y poderoso impere.
Porque, al tornar, orgullo de su madre,
con sangriento botín desde la lucha,
decir alguno pueda de él un día:
"Eclipsa el hijo la paterna gloria."
Así diciendo, de la esposa amada
puso en las manos al infante, y ella,
riendo al través del llanto, recostólo
en el fragante seno. Conmovióse
el esposo, al mirarla; de la mano
la asió y clamó: "Mujer infortunada,
el pecho no te llenes de pesares;
que nadie en el averno, contra el hado,
me habrá de hundir: á fe que su destino
ningún mortal, ni probo ni nefario,
desde el momento de nacer, evade.
Mas ve al hogar y de lo tuyo cuída:
de la rueca, la tela; y sus labores
á las siervas reparte; pues la guerra
es de los hombres todos, que la patria
para sí engendra, y mía sobre todo."
Lo dijo, y el morrión de equina cauda
empenachado, el rútilo Priamida
alzó. Al hogar la cónyuge dilecta
tornó, volviendo el rostro muchas veces,
en lágrimas quemantes inundada.
De Héctor, en la batalla sanguinario,
pronto llegó al hogar esplendoroso.
Allí encontró de siervas muchedumbre
y lloro á todas arrancó y gemidos;
á Héctor, cual si ya muerto, lamentaban,
que no creyeran retornase vivo
de las pujantes enemigas manos.
Así que se vistió las armas éneas,
magníficas, pintadas, Alejandro,
no se detuvo en el sublime alcázar;
corrió por la ciudad y atravesóla,
de su planta ágil, impetuosa, fiado.
Como el bridón, nutrido con escanda
en cuadra opima, rotos los ronzales,

con resonante callo, á la carrera
se tiende por el campo, hacia las ondas
del bello río, do bañarse usara,
al prado donde pacen los corceles.
Corre soberbio; la cerviz erguida,
el crin volante en derredor del pecho;
con su hermosura ufano, el viento hiende.
Tal, bajando de Pérgamo, la excelsa,
Paris corrió; que alígera su planta
rauda llevábale risueño, altivo;
cual sol, radioso, fúlgidas las armas.
Veloz llegó donde el brillante hermano
á abandonar se disponía el sitio
en el que esposo, con la esposa hablara.
Y Alejandro deiforme presto dijo:
  "No en el justo momento, cual mandaste,
vengo, mi caro hermano; te detuvo
no poco en tu presura mi tardanza."
  Y Héctor, el del almete fulminoso:
"Ó gran campeón, quien la verdad dijere,
reñirte no podrá por punto de armas.
Intrépido eres. Si huyes del combate,
huyes no de pavura.. Mas, cuando oigo
cómo los Teucros, que por tí padecen
tamaño afán, te increpan, se me oprime
el alma dentro el pecho.—Pero ¡vamos!
cuanto pasó, lo borrará el olvido,
si á los Aqueos, de fornidas grebas,
lanzar de Ilión nos concediere Jove
y de la libertad la taza un día,
libando, derramar, en los hogares,
á los celestes sempiternos dioses."



CANTO 7º

Combate singular de Héctor y Áyax. Sepultura de los muertos.

Dijo, precipitóse por la puerta
el fúlgido Héctor con su hermano Paris.
El pecho ansioso de batalla y sangre,
ardientes se arrojaron á la pugna.
Y como al nauta, de remar cansado;
que el brazo lánguido en el terso remo
posa, auras bonancibles, suspiradas,
un dios envía: tal á los Ilienses,
de socorro anhelosos, se mostraron.
Paris mató á Menestio. De Menestio
fué padre el adalid, en clava armado,
Aréitoo, caudillo de Arne; y madre
Filomedusa, del mirar sublime.
Por Héctor, Eyoneo, en la garganta
con dardo agudo, so el broncíneo yelmo
hermoso, en la visera, traspasado,
la fuerza disolvióse de sus miembros.
Y Glauco, prole del caudillo *licio
Hipóloco, en el hombro, con el asta
á Ifínoo Dexiada, en rudo encuentro,
al saltar éste en la volante biga,
hirió. Del plaustro despeñóse en tierra,
y la energía se rompió del cuerpo.
Minerva ojicerúlea cuando viera
caer en cruenta lucha á los Aquivos,
hacia la sacra Ilión abalanzóse,
de las cimas *olímpicas. Apolo,
que desde el alto Pérgamo á los Teucros,
de su victoria ansioso, contemplara,

contra Minerva fué. Junto á la encina [a]
el flechador y Palas se encontraron.
Y el hijo soberano de Saturnio
á hablar rompió: "¿Porqué de nuevo vienes
del Olimpo ardorosa y agitada
por el furor, ó prole del gran Jove?
Acaso para dar á los Aquivos
el triunfo, que ya es suyo? ¡De los Teucros,
que caen, no te apiadas! Pero escucha
mi voz: ganancia opima es mi consejo:
la guerra y la batalla suspendamos
por hoy; mañana vuelvan á la pugna
hasta tocar la meta de Dardania;
que á vosotras, ó deas inmortales,
os ha placido decretar su ruína."
Y Palas ojirrútila le dijo:
"Tal sea, Flechador; que el mismo voto
á descender movióme del Olimpo,
en medio los ejércitos. Mas dime
¿cómo pretendes suspender la lucha?"
Y el hijo soberano del Saturnio:
"De Héctor auriga el ardimiento y fuego
alcemos, porque á lucha solitaria,
á batalla medrosa, desafíe
á los Aquivos todos; y los Dánaos,
de grebas éneas, asombrados insten
alguno de los suyos á que afronte
en pugna singular al nítido Héctor."
Dijo; su voz no desoyó la dea
Minerva, de ojos fúlgidos. Heleno,
prole cara de Príamo, en el alma
el ardid por los númenes forjado
miró, y partió. Detúvose á par de Héctor
y así dijo: "Priamida, comparable
á Jove en el consejo, ¿obedecerme,
á fuer de hermano, tú querrías hora?
Haz que los Teucros y los Dánaos todos
se sienten, y provoca los campeones

[a] De las puertas esceas.

de la enemiga banda á que contrasten
tus armas temerosas solitarios.
De las deidades sempiternas oigo
la voz: caer y terminar tu vida
en tal contienda no es el sino tuyo."
Lo dijo, y Héctor se alegró, escuchando
la gran palabra. Por mitad la pica
asió y al *teucro campo fué y detuvo
las falanges de Ilión. Sentóse el pueblo.
Y á los Aquivos, de especiosas grebas,
mandó sentarse Agamenón. Miraban,
á gavilanes símiles, Minerva
y Febo arquiargentino desde lo alto
de erguida encina del tonante Padre.
Gozosos á las gentes contemplaban:
sus apiñadas filas, de morriones,
de lanzas y broqueles erizadas.
Como al soplo del céfiro naciente,
la linfa ecuórea quiébrase y negrea;
tal las *aquivas filas y *troyanas
por la llanura se extendían. Y Héctor,
en medio de ambas huestes arengando,
"Oídme, dijo, Teucros y vosotros
los grebipoderosos; que deciros
quiero lo que en mi pecho el alma siente.
Los pactos no cumplió Saturnio sumo,
y reserva desastres á ambos pueblos,
hasta que, ó derribéis la fuerte Troya
vosotros, ó muráis á nuestras manos,
cayendo á par de las veleras naves.
Los próceres de todos los Aqueos
en vuestro campo se alzan. Quien conmigo
lidiar ansiare, de las filas salga
el campeón contra Héctor esplendente.
Y yo os diré—testigo sea Jove—
si aquél me mata, con el bronce agudo,
lleve mis armas á los vastos pinos.
Mas al hogar devuelva mi cadáver;
porque el honor del fuego le tributen
los de Dardania y las esposas *teucras.

Mas, si me concediere Febo gloria
y yo matare al contendor, sus armas
le arrancaré y á la sagrada Troya
las llevaré, del Flechador al templo,
do suspenderlas: á las recias naos,
también devolveré yo su cadáver;
y fúnebres honores le decreten
los Aquivos hermosos cabelludos.
Y en torno de su fosa un monumento
irgan del Helesponto dilatado
en las riberas; porque un día el nauta,
que en remotas edades, con su leño,
de remos rico, los purpúreos mares
surque; al mirar el funerario signo,
exclame: "Aquélla es tumba de otros tiempos,
de un adalid prestante, sin segundo,
á quien el fúlgido Héctor muerte diera."
Dirán, y eterna vivirá mi gloria."
Dijo; y reinó por el callado campo
confusión, y temor y gran silencio.
Por fin, se alzó el Atrida Menelao
y habló, riñendo audaz; del hondo pecho
lanzó gemidos: "¡Ay dolor! valientes,
bravoneles, *aquivas, que no *aquivos,
¡qué mengua! qué ignominia para Acaya,
si nadie batallar con Héctor osa!
¡En podredumbre y polvo convertidos
os viera á todos, que sin honra alguna,
ni corazón; estáis ahí sentados!
Así, yo mismo cogeré mis armas:
las manos de los dioses inmortales
gobiernan la victoria en las alturas."
Clamando así, apañó las armas bellas.
Y el término miraras de tu vida
entonces, Menelao: muerte diérate
de Héctor el terco brazo, con que el tuyo
no pudieras medir; si, á grande prisa
alzándose los reyes de los Dánaos,
no te arrancaran de la lid. Tu diestra
Agamenón Atrida prepotente

asió, voceó: "¡Qué devaneo el tuyo,
ó Menelao, vástago de Jove!
No te honra, no, tan insensato arrojo:
ante Héctor cede, ya que gima tu alma.
Contra él, que es brioso más que tú, no quieras
armas hacer. Le temen también otros.
Aquiles, que te eclipsa en fortaleza,
temblaba, al afrontarle en la batalla,
del hombre gloria. Ve, pues, á los tuyos
y en medio de ellos siéntate; los Dánaos
otro campeón opongan al Priamida.
Y si robusto, infatigable él fuere
y de la dura guerra y cruel pelea
huír lograre; á fe que sus rodillas
de suyo doblaránse fatigadas."
Lo dijo; y sus razones de prudencia
el ánimo trocaran del hermano;
éste le obedeció. Ledos del hombro
quitáronle los suyos la armadura.
Y alzóse Néstor, quien habló á las gentes:
"¡Ay de nosotros! que á la *helena tierra
sobreviniendo está duelo profundo!
¡Cuál gemiría, de aflicción tocado,
el anciano Peleo, insigne auriga,
arengador y consejero claro
de Mirmidonia; el cual en otro tiempo
preguntóme, en su hogar, por el linaje
de los Argivos todos y su prole,
oyéndome con pecho jubiloso;
si ahora los mirara ante el Priamida
todos tremer! ¡Cómo las tristes manos
tendiera hacia los dioses inmortales,
porque les dieran muerte y despeñaran
sus almas en el orco! ¡Ó padre Jove,
Minerva, Flechador, oh! si yo fuese
florido joven, cual lo fuera un día,
cuando los *pilios y *árcades lanceros
aunados, en las márgenes lidiaran
del impetuoso Celadonte, en ruedo
de los muros de Fías, por las ondas

del Yárdano bañada! Levantóse
Ereutalión entre ellos descollante,
guerrero divinal, en cuyos hombros
de Aréitoo caudillo la armadura
se ostentaba; de Aréitoo luciente,
Clavero apellidado por los hombres
y mujeres de hermosa ceñidura;
no peleara con la luenga pica
ni con el arco; mas en clava férrea
rompía en parte toda las falanges;
No en campo abierto le mató Licurgo
sino en vereda le asaltó insidioso,
endonde la ferrada, de la muerte
librar al sorprendido no podía:
cayó supino en tierra, traspasado
por la lanza de aquél; quien la armadura
que Mavorte broncíneo le donara,
le arrebató. Con ella desde entonces
hiciera rostro á la marcial fatiga;
y en plácida vejez al caro amigo,
Ereutalión, la dió para sus lides.
Quien llamó á batallar, de ella vestido,
todos los paladines lidiadores.
Ninguno se atrevió; temieron todos
con gran tremor. Pero el osado pecho
llevóme á contrastar audacia tanta.
De todos ellos era yo el más joven.
Con él luché: Minerva dióme gloria:
al hombre más erguido, más pujante
maté; y en tierra derrumbóse inmenso.
¡Oh, si doncel yo fuese todavía!
si mis fuerzas durasen aun enteras!
hallara contendor el fúlgido Héctor!
Mas, los que sois de todos los Aquivos
los próceres, vosotros ni siquiera
contra él luchar ansiais con alma grande."
Así riñó el anciano, y hasta nueve
se alzaron: de los hombres el caudillo
Agamenón, se alzó el primero: alzóse
Diomedes, el Tidida poderoso;

de belicosa furia poseídos,
los Áyax en pos de él; é Idomeneo
se alzó, con el amigo de sus armas,
Meríones, á Marte sanguinoso
símil; y de Evemón la lucia prole
Eurípilo se alzó; se alzó Toante
Andremonida y el fulgente Ulises:
deseosos todos de medir las armas
con el Priamida espléndido. Y de nuevo
Néstor hablóles, el *gerenio auriga:
"Suertes echad ahora todos nueve,
y se verá quién ha de ser amparo
á los Aquivos, de fornidas grebas,
y amparo de sí mismo, si escapare
de lid atroz y el fuego de la guerra."
Así dijo; y las suertes señalaron,
y en el morrión de Agamenón Atrida
tiráronlas. Los pueblos á los dioses
elevaran plegarias y las manos
á ellos tendieran. Tal doquier oraban,
mirando al ancho cielo: "Padre Jove,
haz que de la celada salte, de Áyax
el signo ó del Tidida ó del rey mismo
de la Micenas criadora de oro."
Así dijeran. El *gerenio auriga
movió el morrión, y de él saltó la suerte
por los Aquivos anhelada: de Áyax.
El heraldo, partiendo á mano diestra,
la llevó por las filas y mostróla
á los *acaicos paladinos todos.
Nadie la recibió; nadie la echara.
Mas, cuando, al recorrer la muchedumbre,
vino á quien en el yelmo señalada
la tiró: al rútilo Áyax; acercóse
á este jayán; mostrósela: apañóla
el jayán; la miró, miró la seña;
la conoció; se hinchó su cor de gozo;
en tierra la lanzó á sus piés, clamando:
"¡Ó amigos, es mi suerte! con vosotros
jubilaré: triunfar yo me prometo

del fúlgido Priamida. Mas vosotros
á Júpiter, Saturnio soberano,
¡ea! rogad, mientras mis armas cojo.
En silencio rogad, porque los Teucros
no lo sepan; ó á voces; que á ninguno
jamás tememos. Nadie, si no quiero,
me obligará violento ni insidioso
del campo á retirarme. No imagino
que al arte de la guerra tan ajeno
me diera á luz y criara Salamina."
Así clamó; y al dios del poder sumo
oraron. Tal, mirando al ancho cielo,
dijeran por doquier: "Ó Padre Jove,
que desde el Ida imperas, ó glorioso
y grande, cual ninguno: da que venza
Áyax y cúbrele de clara lumbre.
Mas, si también amares al Priamida
y velares por él, haz que de entrambos
sea la fuerza igual, igual la gloria."
Esto clamaban; y de terso bronce
Áyax se armó; y así que con sus armas,
de punta en blanco, se vistió, lanzóse
por las falanges; cual, terror sembrando,
Mavorte vuela en medio de los hombres;
que mueve á contender, y á quien impele
igníferos Saturnio á la batalla,
peste del corazón devoradora.
Tal Áyax poderoso, de los suyos
baluarte, levantóse. Á grandes pasos,
férreas las plantas y la faz risueña
con risa aterradora, y agitando
la luenga pica, atravesaba el pueblo.
Mirábanle gozosos los de Acaya;
mirábanle los Teucros pavoridos;
hubo tremer; tremió cada troyano.
Violento el corazón dentro del pecho
á Héctor mismo golpeaba. Mas en balde
fuera temblar y en medio de las filas
asilarse de nuevo; que la pugna
él mismo provocara. Y ya venía

el Telamonio con broquel, cual torre,
éneo, de septúplo corio taurino;
el cual le conformara Tiquio, de Hilas
habitador, artífice de escudos,
precipuo, rey.—Forjólo con las pieles
de siete gruesos, refornidos toros,
una sobre otra, y al remate puso,
cimero á todas, centellante bronce.
Áyax, el Telamonio, lo empinaba;
llegóse y á par de Héctor se detuvo
y amenazante díjole: "Priamida,
hora verás, en lid de solo á solo,
cuántos campeones el *argivo pueblo,
después de Aquiles, corazón leonino,
destrozador, ostenta. Él ciertamente
en sus veleros, encorvados pinos,
yace; iracundo está contra el Atrida,
de las gentes pastor. Pero nosotros
á afrontarte también nos arrestamos,
y muchos somos.—Mas, contiende, hiere."
Y el grande Héctor celadifulgurante
le respondió: "Prosapia de Saturnio
y Telamón, Áyax, ductor de pueblos,
al combatir conmigo, no imagines
que contra niño grácil haces armas,
ni contra una mujer, de inerme mano;
piensa que sé muy bien cuál se combate,
y cuál se mata. Sé el coriáceo escudo
taurino, ora embrazar con la derecha,
ora con la siniestra, en plena lucha.
Sé acalorar de las aéreas bigas
el ímpetu guerrero, y sé en la tierra
danzar las danzas del furioso Marte.
Mas tú eres prócer: no con bote aleve
te quiero herir; te embestiré sin dolo."
Dijo, vibró, soltó la luenga pica,
é hirió la tarja de Áyax temerosa,
la de las siete pieles, en la lámina
exterior énea. El dardo inquebrantable,
rompedor, traspasó seis de los corios,

y se fincó en el séptimo. Y al punto
el Telamonio, vástago de Jove,
larga falárica girando, de Héctor
la pelta percutió fulguradora.
Al través de ella y del pintado peto
voló el macizo bronce; á par del bazo
la túnica rasgó de parte á parte:
desvióse el *teucro de la umbría muerte.
Á la hora y á la vez las largas astas
retirando ambos, ambos se estrellaron,
á modo de leones carniceros,
ó de bravos, roblizos jabalíes.
Héctor dió con el dardo, de la adarga
al centro; se dobló la azcona; el bronce
no se rompió. Precipitóse, hiriendo
del otro la rodela, el Telamonio;
su pica atravesóla—resurtiera
el férvido Priamida;—la garganta
rasgóle de soslayo, y sangre de ella
atra manó. Mas no dejó el combate
el paladín de yelmo fulminoso;
retrogradó, y alzando de la tierra
con la robusta mano piedra ingente,
negra, áspera, tiróla contra el nudo
del hórrido broquel de siete pieles:
en torno restalló el pavés broncíneo.
Y el Telamonio levantó otra peña
muy más adusta y con el brazo en giro
la volteó y arrojó en inmenso esfuerzo.
Y con la roca, á muela semejante,
hundió, frangió el escudo del *dardanio,
y quebrantó sus míseras rodillas.
Quien rebotado de la pelta á tierra
se derribó supino. Pero Febo
lo levantó veloz. Y con espada
luego se acometieran cuerpo á cuerpo,
si el pueblo de las éneas armaduras
á Taltibio no enviara, y los Ilienses
á Ideo; heraldos en prudencia ricos,
de Jove y de los hombres mensajeros.

El cetro alzando en medio de ambas huestes
tal les habló el sagaz heraldo Ideo:
"Cese ya, caros hijos, la contienda;
calme el ardor: sois ambos predilectos
de Jove rey de píceos nubarrones;
lanceros ambos sois: ¿quién lo ignorara?
Es ya la noche; importa le cedamos."
Áyax, el Telamonio, respondióle:
"Á Héctor mandad que tal palabra diga,
ó Ideo; que él á contrastar retara
los campeones todos; él desista,
y yo las armas depondré de grado."
Y el grande Héctor, de capacete rútilo:
"Ó Telamonio, pues te ha dado un numen
grandeza, arrojo y ánimo discreto;
que en los Aquivos el primer astado
tú te alzas; suspendamos el combate
y su furor por hoy. La lid mañana,
hasta que un dios lo quiera y la victoria
dé, seguiremos. Viene ya la noche;
obedecerle es bien: Como alegría
aportarás tú al *dánao campo entero,
y de ella inundaránse tus amigos
y cuantos á tus armas se sujetan;
así también, de Príamo caudillo
á la magna ciudad conmigo el gozo
á Frigios y *troyanas, de ancho peplo,
irá; las cuales, súplicas enviando
por mí á los dioses, correrán al templo.
Mas ¡ea! démonos preciados dones,
porque los Teucros digan, y los Dánaos:
"Tras batallar en iracundo empeño,
amigos retornaban de la arena."
Diciendo así, donárale su espada,
de clavos argentinos guarnecida,
con vaina y tahalí bien recortado.
Un cinturón de rosicler y de ostro
le devolvió la *telamonia prole.
Y separáronse y tornaron ambos.
Con regocijo súbito miraran

los Teucros al Priamida vivo y salvo
de las manos invictas y pujanza
de aquél volver; y á Ilión le condujeran.
Los Aquivos, de grebas poderosas,
llevaron á Áyax hacia el claro Atrida;
quien ufano al ovante recibiera.
Y al pabellón real se dirigieron;
do un toro cincoañal sacrificara
el rey del pueblo por el pueblo *aquivo
á Jove omnipotente. El holocausto
desollaron solícitos y todo
lo destrozaron. Diligentes luego,
desmenuzado, asáronlo oficiosos
en asador, y de él lo desprendieran.
La labor fenecida y preparado
el comunal festín, yantóse, y nada
faltó al placer. Con el ingente lomo
taurino al Telamonio agasajara
el campeón Atrida prepotente.
De beber y yantar el apetito
saciado de los pueblos, arengóles
benévolo y sagaz Néstor anciano,
el siempre esclarecido consejero:
"Atrida, y próceres del pueblo todo:
Aquivos mil, de espléndida melena,
han sucumbido: el iracundo Marte,
del Escamandro mego por las ribas
negra, á torrentes, efundió su sangre:
sus manes al averno descendieron.
Es menester ordenes á los Dánaos
pongan, desde el albor, mañana el arma.
Los bueyes unciremos y los mulos
á coacervar y arder aquí los muertos;[a]
y con tierra labrar de la campaña
tumba común en derredor del rogo;
y ante ella fabricar apresurados

[a] Siguen los versos espurios: "Un poco lejos de las naves; para que cada cual lleve á los hijos los huesos de los padres, cuando volvamos á la patria."

yertas torres, defensa de la armada
y de los muertos. Sólidas de aquellas
las puertas, anchas para plaustros, se hagan.
Afuera, á par cavemos de los fuertes,
profundo foso, empecedor del pueblo
y los carros, no sea que la furia
de los Frigios lanceros ruíne el muro."
Dijo; y los reyes asintieron todos.
Cabe del soberano la manida,
de Ilión en el alcázar, fué la junta,
la junta tumultuaria, pavorosa.
Y el discreto Antenor así arengóles:
"Oídme, Teucros, Dárdanos y aliados;
me mueve á hablar el alma dentro al pecho.
¡Ea! la *argiva Helena sin tardanza
volvamos y con ella los tesoros
á los Atridas. Los jurados pactos
rompiendo, la contienda proseguimos.
Medrar así no pueden nuestras armas." [a]
Tal dijo, se sentó; y el noble esposo
de Helena, en trenzas bella, levantóse,
esta palabra alada respondiendo:
"Despláceme, Antenor, la arenga tuya;
consejo más sagaz forjar sabrías.
Si hablaste reflexivo, el intelecto
te aniquilaron las deidades mismas.
Pero á la faz de los aurigas Teucros,
sin cespitar, te digo que yo nunca
volveré la mujer. Mas cuantos bienes
de Argos traje á mi hogar, todos gozoso
restituiré, agregando de los míos."
Tal habló, y se sentó. Mas levantóse
el Dardanida Príamo, prudente
cual numen, y benévolo arengóles:
"Oídme, Teucros, Dárdanos y aliados:
muéveme á hablar el alma dentro al pecho.
Idos por la ciudad, y como siempre,

[a] Sigue el verso espurio: "No lo espero, mientras no hagamos esto."

el comer prevenid; pero acordaos
del vigilar; sed todos centinelas.
Cuando la aurora apunte, vaya Ideo
de los Aquivos á las anchas naves
y lleve á los Atridas la palabra
de Paris, causador de la discordia;
y acuto los persuada á que suspendan
el fragor de la lid, hasta los muertos
quemar. La lucha tornará mañana,
hasta que un dios dirima la contienda."
Así dijo; y atentos le escucharon
y obedecieron. [a] Á las cavas quillas,
con el romper del alba, encaminóse
Ideo heraldo; y encontró á los Dánaos,
de Marte compañeros, en la junta,
de la nao real cabe la popa.
En medio el pueblo se detuvo y dijo
el *teucro voceador: "Hijos de Atreo
y príncipes del pueblo *dánao todo,
me manda Príamo y los claros Teucros
—por si os aplazca y refocilo brinde—
las voces anunciaros de Alejandro,
de la discordia autor. Todo el tesoro
que en los vastos navíos á Dardania
trajera—él perecer antes debía—
quiere tornar con creces. Mas repugna
restituír del fulguroso Atrida
la floreciente esposa, cual pretenden
los Teucros. Y decir otra palabra
mandáranme: si os place dar de mano
al ármico fragor, hasta los muertos
arder. La lucha tornará mañana,
hasta que un dios el contender dirima."
Dijo; y reinó doquier grande silencio.
Diomedes, clamador de la batalla,
por fin habló: "Ninguno de Alejandro
los tesoros acoja y la consorte.

---

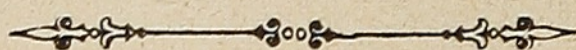
[a] Sigue el verso espurio: "Luego tomaron el alimento en el real, por escuadras."

Ni al más estólido ignorar es dado
que la mortal lazada á Ilión ya prende."
Tal dijo; y los acentos aplaudieran
del auriga Diomedes con estruendo
y admiración los *griegos pueblos todos.
Y á Ideo, Agamenón, el potentado:
"Tú mismo ya escuchaste á los Aquivos,
ó Ideo: la palabra, que responden.
Á mí me place. Mas quemar los muertos
no empeceré, que es menester se rindan
del fuego, con presura, los honores
á los que sucumbieron en el campo.
De las inducias séanos testigo
el esposo tonante de Saturnia."
Así diciendo, alzó á los dioses todos
el cetro. Y á la sacra Ilión Ideo
tornó. La *teucra y la *dardania gente,
en asamblea congregada toda,
el retorno esperaba del heraldo.
El cual volvió, y en medio de la junta
refrenó el pié la nueva á declararles.
Dispúsose con gran premura el pueblo,
parte á juntar los cuerpos, y otra parte
la leña á recoger para la pira.
También los Dánaos las trabadas naves
prestos dejaron, por juntar sus muertos
y prevenir la leña para el rogo.
De las profundas regaladas ondas
oceánicas subía el sol al cielo,
é iluminaba el anchuroso mundo,
cuando Teucros y Dánaos ya se hallaran
en la labor. Allí dudosa empresa
reconocer á los caídos todos,
fué. Tras ella, del cruor coagulado
laváronlos entre ferviente lloro.
Luego los levantaron á los plaustros.
No dió el sublime Príamo los muertos
lamentar. Silenciosos en la hoguera,
con alma dolorida, cumuláronlos,
ardiéronlos, y á Troya, la sagrada,

tornaron. Y cual ellos, los Argivos,
de fuertes grebas, con dolor subieron
sus muertos á la pira, los quemaron
y retornaron á las hondas naves.
La aurora no asomaba todavía,
del alba apenas la dudosa lumbre;
cuando selectos hombres de los Dánaos
el rogo circundaron y con tierra
de la llanura en cerco de la pira
tumba común hicieron. Por delante
un muro fabricaron y altas torres,
de las naos baluarte y de los pueblos.
Y la muralla de robustas puertas,
por do los carros fueran, guarnecieron
y defendiéronla con vasto foso
hondo, ancho, en palizada coronado.
Labor tal ocupaba á los Helenos
de hermosa cabellera. Mas los divos,
del fulminante Jove á par sentados,
el pueblo de broncíneas armaduras,
la grande obra admirados, contemplaban.
Pero Neptuno, movedor del orbe,[a]
rompió el silencio: "¿Quién, ó Jove padre,
de los humanos en la tierra inmensa,
revelará á los dioses inmortales
ya su ánimo y propósitos? En frente
de los barcos ¿no ves cuál exaltaron
los Dánaos, de venusta cabellera,
muralla por un foso defendida,
y ricas hecatombes no inmolaron
á las deidades? Vivirá del muro
la fama do la aurora roseare.
Mas el que fabricamos á porfía
yo y Febo esplendoroso para el héroe
Laomedonte, se hundirá en olvido."
Y, ardiendo en ira, repusiera Jove,
soberano nubífero nimboso:
"¡Por vida mía! movedor potente

[a] Autor de los terremotos.

de la tierra, ¿qué dices? Tal intento
temblar un dios pudiera cuyo brío,
cuyo poder te fuese muy en zaga.
Mas crece y crecerá la gloria tuya
á dondequier la aurora fulgurare.
¡Ea, pues! cuando tornen los Aquivos,
de fúlgido cabello, en sus bajeles,
al patrio suelo amado, tú destroza
y en el ponto derrumba el muro todo,
y cubre nuevamente el ancha playa
de arena, porque nada ya señale
del pueblo *aquivo la soberbia empresa."
Tal hablaron los dos; el sol hundióse;
la obra se terminó. Reses matara
el pueblo en todas partes y comiera.
Y naves *lemnias, por Eüneo, prole
de Hipsípila y Jasón, pastor de pueblos,
enviadas y de vino portadoras,
numerosas vinieran. Mil medidas
de otro más generoso á los de Atreo
el de Jasón mandó y donó. Compraron
los Dánaos, de especiosa cabellera,
el vino enviado: por luciente fierro
unos, otros por bronce; quién por pieles,
parte por reses; parte por esclavos.
Y espléndido festín aparejaran.
Toda la noche á banquetear se dieron
los Helenos, hermosos melenudos;
y en la ciudad, aliados y Dardanios.
Toda la noche lúgubres designios
tramó para las huestes el Saturnio,
del mundo y su fortuna soberano,
tronando aterrador. Palidecían
sobresaltados, derramando en tierra
el vino de las tazas; nadie osaba
beber sin dar la libacion á Jove,
el excelso señor. Luego durmiéronse
entre el fruír de regalado sueño.



CANTO 8º

Combate indeciso

La faz del mundo esclareció la aurora,
de peplo de oro. El tronador Saturnio
la junta convocó de los celícolas
á la más alta cima del en cumbres
diseminado Olimpo. Y arengóles
y le escucharon todos: "Dioses, deas,
no desoiga mi voz deidad alguna,[a]
sea mujer, sea varón; ni pruebe
mi ley á quebrantar: todos mi intento
favoreced, porque se cumpla al punto.
Á quien yo oteare abandonar los divos
acogedor de Teucros ó de Helenos,
antes que él vaya, le heriré, y medrado
no tornará al Olimpo. Cogeréle
y allá en el ciego tártaro lejano,
—so la tierra el abismo más profundo,—
le arrojaré; en la sima cuyas puertas
de fierro son, de bronce los umbrales;
que á más hondura está debajo el orco
de lo que el cielo de la tierra lejos.
Sabréis entonces cuánto os aventajo
á todos en poder. Mas ¡ea, dioses!
probadlo, porque nadie ya lo dude.
Del suelo suspended áurea cadena
y de ella á un tiempo todos, divos, divas,
tirad. No haréis bajar hacia las tierras
desde el polo, por más que os afanareis,
á Júpiter, el árbitro supremo.

---

[a] Sigue el verso espurio: "para decir lo que el alma dentro el pecho me manda."

Pero, si levantaros yo intentase,
con la tierra y el piélago os alzara;
y de un peñón *olímpico escarpado
atando la cadena, flotaría
en el éter la mole toda. Tanto
yo excedo á los terrícolas y dioses."[a]
Diciendo así, la voladora biga,
de crines áureas y broncíneo callo,
al plaustro unció; vistióse veste de oro;
asió el áureo flagelo bien forjado
y en su carro subió. De ardor henchidas,
azotadas volaron entre el orbe
y la estrellar esfera las alfanas.
Al Gárgaro, do sacra silva tiene
y altar fumante, vino en medio al Ida,
de alimañas y fuentes abundoso.
Allí el genitor de hombres é inmortales
deslazó los corceles, circunfusos
de espesa nébula, y en las alturas
*ideas se sentó, de gloria claro,
vueltos hacia Dardania los luceros
y á los bajeles del *aquivo campo.
Yantaron presurosos por las tiendas
los Helenos, de hermosa cabellera;
y tras comer, armáronse. Las armas
también cogieron en Ilión los Teucros.
Menor era su número; anhelaban,
empero, de fortuna compelidos,

---

a Siguen los versos espurios: "Así dijo, y todos mudos quedaron en silencio, admirando la palabra; pues había hablado muy fuertemente; mas por fin le habló la diosa Minerva, de ojos brillantes: "Ó Saturnio, nuestro padre, el más alto de los soberanos, también nosotros sabemos bien que tu fuerza es invencible. Pero gemimos por los lanceros Dánaos, quienes, cumpliendo su desventurada suerte, mueren. Sin embargo nos apartaremos de la guerra, como tú mandas; pero sugeriremos algún consejo provechoso á los Argivos, para que no todos perezcan á causa de tus iras."

Sonriendo, contestóle Júpiter: "Ten confianza, nacida de la cabeza, hija querida, que no con ánimo reflexivo lo he dicho; quiero ser benévolo contigo."

por su prole lidiar y sus mujeres.
Abrióse toda puerta, y se lanzaron
por ellas los peones, los aurigas;
y estruendo sonoroso retumbara.
Las huestes encontradas se abocaron,
hasta entre sí estallar; y las adargas
chocaron, y las picas y el empuje
de combatientes, con broncíneos petos.
Chocaron las rodelas; levantóse
estruendo fragoroso por el campo;
simultáneas la grita de congoja
y grita de victoria: de vencidos
y matadores el clamor; la tierra
en torrentes de sangre redundaba.
Mientras la aurora fué y el sacro día
creció, en los dos ejércitos los dardos
estrago hicieron, y cayó la gente.
Mas, al tocar la altura de los cielos
el sol, Saturnio alzó balanza de oro:
de los aurigas Teucros puso en ella
y de los Dánaos, de broncíneas armas,
sendas suertes de ruína postradora.
Suspendióla cogida por el medio,
y se inclinó del infortunio el día
para la *helena hueste. [a] Fragoroso
desde el Ida tronó, y al campo *grayo
lanzó centella abrasadora Jove.
Atónito caer la contemplara
y de tremor palideciera el pueblo.
Y ya ni Idomeneo ni el Atrida
Agamenón al enemigo osaron
afrontar, ni lo osaron los Ayaces,
de Marte compañeros. Sólo Néstor,
el de Gerenia, muro de los Dánaos,
le arrostró, mas de fuerza, porque herido
un bridón suyo estaba; al que Alejandro,

---

[a] Siguen los versos espurios: "Las suertes de los Aqueos asentáronse en el suelo almo, y las de los Troyanos se elevaron hasta el ancho cielo."

de Helena, bella en trenzas, el consorte,
soltara una saeta medio al vértice
donde la crin arranca en la cabeza
y donde las heridas son letales;
—híncase en el cerebro la sagita;
de dolor yérguese y so la énea punta
gira y aterra los demás bridones.—
Levantó el viejo Néstor y en la espada
cortaba de la biga los tirantes,
cuando sobre él volaran, conduciendo
á su ductor osado, los corceles
de Héctor alígeros. Y allí muriera
el anciano, si atento no mirase
Diomedes, voceador de la batalla.
Horrífero gritó, encendiendo el pecho
de Ulises: "Ó retoño del Saturnio,
ó vástago ingenioso de Laertes,
¿á dó tímido, en medio de los pueblos,
menguado y vueltas las espaldas, huyes?
Recela que en la fuga se te clave
por la espalda una pica.—Mas ¡detente!
Salvemos del cruel Héctor al anciano."
Así clamó; no desoyó su acento
el claro, audaz Ulises. Por la vera
de las *acaicas, espaciosas naves
rápido se alejó. Diomedes sólo,
por la primera fila penetrando
de Ilión, á par del carro se detuvo
de Néstor, el Nelida; á quien dijera
esta palabra alada: "¡Cuál te acosan,
ó anciano, los guerreros juveniles!
Murió tu fuerza; la vejez impía
te agobia: tardo es el auriga tuyo,
tardo el bridón. Asciende presuroso
á mi plaustro y verás cómo son diestros
los corceles de Ilión, por mí quitados
á Eneas, el terror de los combates.
Ya en planta aérea la llanura miden,
ya el rumbo truecan en corrida fiera.
Los compañeros guárdente los tuyos,

á los aurigas Teucros con los míos
vamos nosotros. Héctor también sepa
que en horrores mi azcona no le cede."
Dijo; y no desoyó el *gerenio auriga
su voz. Los compañeros denodados,
Esténelo y el fiero Eurimedonte,
velaron del anciano las alfanas.
Al carro del Tidida subió Néstor.
Y empuñando las bridas relucientes,
hostigó los bridones. Se llegaron
luego al Priamida; quien voló á su encuentro,
de batallar ansioso. Disparóle,
y no le hirió, Diomedes; mas el asta
en el pecho envasóse del auriga,
vástago del magnánimo Tebeo:
Eniopeo. Fué herido en la mamila,
la brida al empuñar; cayó del plaustro;
ciaran, retrovolaran los corceles;
la fuerza disolvióse de su vida.
El alma de Héctor dolorosa furia
obscureció por el auriga muerto.
Mas, á pesar de su dolor, dejóle
en el campo yacer; que un firme auriga
sus ojos inquirieran. Los bridones
apenas de gobierno carecieron,
pues á Arqueptólemo Ifitida fuerte
luego halló. Requirióle que subiera
al veloz carro y le confió las bridas.
Y riza hicieron las *aquivas armas
y funestas proezas. Cual corderos,
los Teucros dentro Ilión cercados fueran,
si el padre de los hombres y los dioses
atento no mirara. Pavoroso
tronó; vibró deslumbradora llama
y delante la biga de Diomedes
en tierra hundióla. Temerosa lumbre
se levantó de la sulfúrea flama.
Pavoridos so el plaustro los bridones
retrosaltaron. El rendaje lucio
de las palmas de Néstor escapóse.

Tembló y dijo á Diomedes: "Ó Tidida,
tuerce la rota á los volantes potros.
¿Ó no conoces que el acorro falta
de Jove? Prez añade en este día
al Priamida el Saturnio. Si le place,
á nosotros mañana exaltarános.
Ningún mortal, por válido que fuere,
del Padre conculcar los mandamientos
quiera; es mil veces más potente Jove."
Y dijo el voceador de la batalla:
"Verdad, anciano, hablado ha el labio tuyo.
Pero me muerde el corazón y el alma
un grave torcedor: dirá más tarde
aquél á los de Ilión: "Tornó Diomedes,
de Héctor amedrentado, á los navíos."
Tal reiráme un día. Mas la tierra
entonces me sepulte en sus abismos."
Y respondió el auriga de Gerenia:
"¡Ay dolor! hijo de Tideo fuerte,
¿qué dices? Si ruín te apellidase
y pusilánime Héctor, no creyeran
su palabra ni Dárdanos ni Ilienses,
broquelados campeones; ni creyeran
tal las esposas *teucras; que en el polvo
arrojaste sus cónyuges floridos."
Así gritó, y la biga voladora
al medio de la pugna guió de nuevo.
Soltáronle, con grita retronante,
mil dardos, del gemir engendradores,
el grande Héctor, de yelmo chispeante,
y los Ilienses. Altas dióle voces
el del claro morrión: "Tidida, honrárante
los cabalgantes rápidos Aqueos
siempre en la junta y el festín: te dieran
carne opulenta y más henchidas tazas.
Pero hora en deshonor envolveránte.
Ya sólo eres mujer. ¡Ve, vil muñeca!
No recalcitro; á las *troyanas torres
no hay ascender; ni llevarás contigo
por sobre el golfo *dárdanas mujeres;

antes he de tumbarte yo al averno."
Dijo; y Diomedes vaciló, dudoso
si tornar los bridones y cerrarle.
Tres veces dentro el alma, dentro el pecho
fluctuó. Tres veces Jove soberano
desde el Ida tronó, en feliz auspicio
á Ilión de cierto y paladino triunfo.
Y Héctor clamó estridente á los Ideos:
"¡Troyanos, Licios, Dárdanos fogosos,
varones sed, ó amigos, y acordaos
del contender feroz! Veo que Jove
me acuerda complaciente la victoria
y esplendoroso timbre; y mal á Acaya.
¡Estultos! que trazaron escudarse
con esta trefe, mísera muralla,
que no soportará el embate mío.
Y salvarán veloces los corceles
la cava; y llegaré á los hondos barcos.
Pero del fuego destructor entonces
no os olvidéis; que encenderé las naves;
y á los guerreros yo daré la muerte."[a]
Dijo; y á sus bridones voceando:[b]
"Hora pagadme los cuidados todos
que os prodigó del fuerte Eción la prole,
Andrómaca. Vosotros de ella fuisteis
nutridos con el trigo de delicia;[c]
antes que á mí, su cónyuge florido,
ella, mi gloria, el pan me presentara.
Pero corred ya fuertes, impetuosos,
porque botín á nuestras armas sea
de Néstor el escudo, cuya fama
ya al cielo toca, de ser todo de oro
y de oro la armazón. Y juntamente
al auriga Diomedes arranquemos

---

[a] Sigue el verso espurio: "Á los Argivos junto á las naves, aturdidos de humo."

[b] V. e.: "Xanto y tú, Podargo, y Etón y brillante Lampo."

[c] V. e.: "Mezclando vino con él, para beber hasta la hartura."

de los hombros el peto primoroso,
fábrica de Vulcano. Si ambas armas
quitáremos, confiemos que los Dánaos
aquesta misma noche fugitivos
se acogerán á sus veleros leños."
Así gritara ufano. Mas airóse
la excelsa Juno; retembló en el trono,
y tremefizo la anchurosa esfera.
Y dijo al grande numen de Vulcano:
"¡Ay! prepotente movedor del orbe,
ya no se te lastima dentro el pecho
el alma por los Dánaos sucumbientes;
los que preciados opulentos dones
te llevan á Egas y Hélice. Medita
cómo dar la victoria á los Aquivos.
Si cuantos amparamos á la Acaya,
repeler decidiéramos los Teucros
y refrenar al tronador Saturnio,
quedara en soledad allá sentado,
furiente el pecho mustio, sobre el Ida."
Y en cólera encendido contestárale
el poderoso movedor del orbe:
"Juno procaz, ¿qué dices? qué palabra?
Yo no querría que ni todos juntos
á las armas llegáramos con Jove;
que es grande, sin segunda, su potencia."
Tal departieron. Cuanto campo había
entre cava, y almenas y navíos,
en plaustros y guerreros broquelados,
rebosó, se erizó: los estrechara,
símil al rápido feroz Mavorte,
Héctor Priamida; en tanto Jove lustre
le destinó. Y en llama abrasadora
ardiera luego las gentiles naos,
si Juno excelsa, el alma del Atrida,
que ya animaba al pueblo, no moviera
á encender los Aquivos al combate.
El rey las tiendas y la armada *helena
atravesara, en la nervosa mano
la dilatada clámide murícea.

Junto al bajel ennegrecido, ingente,
de Ulises, en el centro de la escuadra
paróse, clamoreando al pueblo entero.[a]
Y resonó su voz por los navíos:
"¡Qué oprobio, Acayos míseros, menguados,
y de esbelteza fúlgidos! ¿Dó fueron
las altivas palabras, con que vanos
ofrecimos luchar, como adalides,
cada cual con cien Teucros y ducientos?
Así os jactabais, al comer las carnes
de bueyes enastados abundosa,
en Lemnos, y al beber tazas henchidas.
Y hoy tememos cerrar á un hombre sólo.[b]
¡Ó padre Jove, desventura tanta
jamás enviaste á un alto soberano!
Jamás le desmedraste tanta gloria.
Tú sabes, desque errátil á Dardania
en mi nave, de remos rica, vine,
no me olvidé de tus placientes aras;
y que grosura y fémures bovinos
en todas te quemé, porque me dieras
allanar Troya bien fundada, hermosa.
Pero, ó Saturnio, lléname este voto:
deja que, fugitivos, á las armas
podamos escapar, y no permitas
que así los Teucros á los Dánaos postren."
Así dijo lloroso; y condoliérase
el Padre de sus lágrimas. Al pueblo
del estrago exentar y de la muerte
le prometió: que el más feliz augurio
envióle: un águila, que asida trajo
á la cría de cierva voladora
en las garras; y á par del ara bella,
donde al augur Saturnio el pueblo *aqueo

a Siguen los versos espurios: "Por las tiendas del Telamonio Áyax, por las de Ulises, quienes en el confín habían colocado sus bellas naves, confiados en su valor y en la fuerza de sus manos."

b V. e.: "Á Héctor que pronto quemará las naves con fuego abrasador."

sacrificara, la soltó. Los Dánaos
así que el ave, por el padre enviada,
vieron, precipitáronse en los Frigios
con nuevo empuje y bélico ardimiento.

Nadie en la *helena muchedumbre entonces
de sobrar á Diomedes se ufanara
en convertir los voladores brutos
contra los Teucros, y salvar la cava
y á los contrarios arrostrar intrépido.
Al punto arrebatara al Fradmonida
Agelao, de válida armadura;
el que en su carro huyendo, con el dardo
de aquél, entre hombro y hombro, por la espalda
herido fué: fué traspasado el pecho:
en tierra despeñárase del plaustro:
al redor de él sus armas estallaran.

Siguieron á Diomedes los Atridas;
á los Atridas, los Ayaces héroes,
henchidos de furor; Idomeneo
en pos de los Ayaces, y Meríones
de Idomeneo socio, comparable
á Marte sanguinario. En pos de aquellos,
Eurípilo, progenie esclarecida
de Evemón. Teucro, el arco rígido,
iba en pos de los siete luchadores;
y se acogió á la sombra del escudo
de Áyax, el Telamonio; quien amparo
le diera en su broquel. Oteaba en torno,
su flecha por soltar, el héroe Teucro,
y entre la multitud, en algún *dárdano
cierta clavar. Miraba; disparaba,
y como el niño al maternal regazo,
tal cada vez corría al Telamonio;
quien le ocultaba tras su lucia pelta.

¿Á quién allí el incomparable Teucro
mató? Á Orsíloco, Órmeno, Ofelestes;
á Détor, Melanipo, al Poliemida
Amopaón, á Cromio, á Licofontes,

de númenes rival.[a] Miró el de Atreo
capitán de los hombres, cuál del héroe
bajo el arco certero clareaban
las *ílicas falanges, y gozóse;
y fué veloz hasta á par de él y dijo:
"Teucro, querido Teucro Telamonio,[b]
de los pueblos caudillo, tal sagita;
porque lumbrera de los Dánaos ardas
y de tu padre, gloria; quien nutriérate
dentro el hogar, á ti, su nota prole.
Á él, que lejano está, de luz irradia.
Yo te seguro; ello será: si Jove,
el tronador, y Palas me prestaren
derruír la pulcra bien murada Troya,
un don te asignaré á ti el primero:
un trípode, una biga con su plaustro
ó una doncella á compartir tu lecho."
Y respondióle el intachable Teucro:
"Atrida gloriosísimo, ¿qué afanes
por encenderme á mí, que ya de mío
ardo por pelear? Jamás ociosa
cuanta pujanza el pecho encierra, estuvo.
Desde que á los Ilienses oprimimos
contra sus muros, yo derribo arreo
con mis saetas *dárdanos. Hincadas
ocho dentudas viras en la carne
de otros tantos campantes hombres tengo;
mas á ese crudo can apunto en vano."
Dijo; y enardecióse con el ansia
de herir á Héctor; flechó otra vez seguro;
recto flechó; faltó la jara: el pecho
enclavó á Gorgitión incontrastable,
de Príamo hijo bello y Castianira,
mujer de Esima oriunda y á las deas
en donosura y garbo comparanda.
Declinó del herido la cabeza,

[a] Sigue el verso espurio: "Á todos aglomerados arrojó en en la alma tierra."
[b] Era hermano de Áyax, el Telamonio.

como á su pesadumbre, y vernal lluvia
la adormidera de pensil se dobla.
No de otra suerte á la celada grave,
de Gorgitión rindiérase la testa.
Y de ardoroso anhelo trasportado
de llagar á Héctor, le asestara nuevo
derecha punta, que le erró, desviada
por Febo, mas pasó, do la mamila,
el pecho de Arqueptólemo robusto,
auriga de Héctor, mientras guiaba el carro
á la flagrante lid. Del plaustro en tierra
se derrumbó: la voladora biga
retrotembló y saltó; le abandonaran,
rotos, disueltos, alma y poderío.
Héctor sufrió por el auriga socio
el ánima en furor punzada y pena.
Mas por fuerza dejóle, y al hermano
Cebríones, que cerca de él viniera,
pidió asir los tirantes. El hermano
su voz no desoyó. Saltó el Priamida
en tierra, desde el carro fulguroso,
con horrífico estrépito. Una piedra
apañó y vehemente por lanzársela,
sobre Teucro se fué recto. El arquero,
de su carcaj alzando aguda vira,
en el nervio fijóla. Hirióle el hombro
en el hueso que tórax y garganta
divide y do mortal es todo bote,
aquél con la peña áspera; rompiendo
la cuerda de que férvido tiraba.
Y rígida la mano en la muñeca
se tornó; á bruces desplomóse Teucro,
y soltó el arco. Del hermano herido
Áyax no se olvidó: corrió en su ayuda;
con el broquel amparador cubrióle.
Dos de armas caros socios: Mecisteo,
de Equio prole, y Alástor luminoso,
hacia las naos transportaron hondas
al anhelante bronco saetero.
Y en los Dardanios despertó Saturnio

de nuevo ardor guerrero; y rechazaron
hacia el profundo foso á los Aqueos.
Héctor corría en la primer hilera,
de fuerza ufano. Cual en presta planta
al león ó jabalí persigue el perro
y atento á si se vuelve, en su costado
y lomo el diente clava; tal seguía
los de galana cabellera Argivos,
y á los postreros sin cesar mataba.
Hasta las vallas traspasar y foso
los Helenos volaron fugitivos
y en su correr, la mano hostil segábalos.
La huella en los bajeles reprimieron.
Con mutuo clamorear se roboraban
á combatir; y á las deidades todas,
las palmas cada cual erguido al cielo,
favor en voz sonable demandaban.
Girara la de crin hermosa biga
Héctor acá y allá, los ojos hórridos,
cual de Gorgona ó el sanguinoso Marte.
Juno, de ebúrneos brazos, condolida
los contempló, y al punto á Palas dijo
esta palabra alada; "Ay de nosotras,
ó prole del Tonante! Al pueblo *acayo,
que pereciendo está, ¿no salvaremos
en la hora postrimera? Gran catástrofe,
del sino decidida, lo anonada,
por los furores de un guerrero sólo:
Héctor; que ya sembrara mil estragos,
que rábido, que incontrastable mata."
Y Palas ojiglauca respondióle:
"Há largo tiempo que pujanza y alma
éste perdiera á manos de los Grecos,
dentro su patria; mas mi padre airado
está, y enfurecido y siempre injusto,
contrario á todo mi querer. Olvida
que yo de entre las pugnas de Eristeo
más de una vez al hijo [a] le salvara.

---

a Hércules,

Gemía él á los cielos, y de lo alto
en su favor enviábame Saturnio.
Si yo sagaz entonces tal previera,
cuando, desde el averno impenetrable,
de la tiniebla aquél mandó trajese
el perro de Plutón formidoloso;
de las *estigias abismales ondas
no se librara. ¡Y hora me odia Jove;
ahora á Tetis complacer maquina,
que le besó la planta, acaricióle
la barba; quien humilde le pidiera,
al hijo Aquiles, rompedor de muros,
quisiese dar venganza! ¡Empero, un día
hija lucerifúlgida dilecta
me tornará á nombrar!... Mas por ahora
úncenos tú los rápidos bridones;
¡en ellos, del Tonante á la morada!
¡armarme allí á la guerra! porque veamos
si, cuando nos contemple en la batalla
Héctor, el yelmirrútilo, se goza:
veamos si algún *teucro, entre los leños
caído de los Dánaos, en su carne,
con su grosura ha de saciar los perros
y el hambre de las aves carniceras."
Calló la dea bracialabastrina:
su voz no maloyó la diva excelsa,
del gran Saturnio prole. Con presura
ligó en los áureos lazos las alfanas.
Y Palas, del tonante numen hija,
el delicado peplo, de su mano
matizado en labores ricas varias,
dejó caer en la mansión del Padre;
y se vistió la túnica de Jove,
en nublos de tormenta soberano.
Á la batalla lacrimosa impía,
armóse, y ascendió al fulmíneo carro;
cogió la grave, dura, ingente lanza
con que las filas de los héroes postra,
cuando en furor la horrífera se enciende.
Hostigó los corceles ardorosa,

rechinaron, abriéronse de suyo
las celestiales puertas, de las Horas
guardadas; quien al cielo dilatado
imperan y al Olimpo; y ora tienden,
ora disipan las sombrías nubes.
Precípite salvó el dintel la alfana.
Desde el Ida mirábalas Saturnio:
turbóse de furor; y mensajera
envió presta la diosa de áureas alas;
"Ve, corre lánzate, Iris voladora;
hazlas tornar, impídeles que vayan
hasta estrellarse en mí. Bello no fuera
nuestro encontrar hostil; que yo te digo;
ello será: sus rápidos bridones
yo desjarretaré; despeñarélas
á ellas mismas, el carro roto, á tierra;
fulminaré; las vibrará mi rayo,
y en años diez no curará la herida;
porque la de ojos fúlgidos conozca
lo que es en armas contra el padre alzarse.
Menos ardor me inflama contra Juno:
adversar usa mis designios siempre."
Dijo. Y la diosa, cual los vientos rauda,
desde la cumbre *idea al alto Olimpo,
coronado de cimas, arrojóse.
En las *olimpias más lejanas puertas
fué al encuentro de aquellas; las detuvo,
y les nunció de Jove la palabra:
"¿Á dó voláis? ¿qué frenesí os transporta?
Á los Troyanos amparar os veda
el hijo de Saturno. Os amenaza,
y ello será: los rápidos bridones
él desjarretará; despeñaraos
á vosotras, el carro roto, á tierra;
fulminará, vibraros ha su rayo;
y en años diez no curará la herida."[a]

---

[a] Versos espurios: "Para que veas, tú, la de ojos fulgentes, que combates contra tu padre. No tanto se enfada y aíra con Juno, pues siempre ella ha acostumbrado deshacer lo que él

Así dijo Iris, de veloces plantas,
y fuése. Y Juno tal habló á Minerva:
"¡Ay de nosotras, hija del Tonante!
Yo consentir no puedo que al Saturnio,
por los mortales hombres, arrostremos.
Mueran los unos y los otros vivan:
fortuna impere. Cual á Jove plazca;
cual le incumbe, á Troyanos juzgue y Dánaos."
Tal clamó, y los bridones corredores
volvió. La biga, de melena hermosa,
las Horas desuncieran, lacearan
en las cuadras ambrósicas; el carro
en los fulgentes muros reclinaran.
Juno y Palas tornaron á los dioses;
donde los áureos tronos oprimieron,
el alma negra, el corazón amargo.
Desde el Ida al Olimpo el padre Jove
giró su plaustro, de prestantes ruedas,
y de los númenes vino á los solios.
Allí paró su biga: deslazóla
el movedor preclaro de la tierra;
llevó el plaustro á la peana y envolviólo
con línea cobertura. El Fulminante
sentóse en su áureo trono. El grande Olimpo
bajo su huella retemblara. Sólas
cabe el Padre sentáronse Minerva
y Juno, enmudecido yerto el labio.
Su corazón él penetró y les dijo:
"¿Porqué, Atena y Saturnia, tales ansias?
En derribar á los de Ilión, que ignitas
abomináis, no ha sido fatigante
hoy la labor, del hombre luz y gloria.
Pues jamás por jamás cuantos habitan
númenes el Olimpo, mis quereres
contravendrán: excelsa es mi potencia:
invictas son mis manos. En buen hora
se apoderó de vuestros nobles miembros

dice. Empero tú, terribilísima, perra desvergonzada, ¿te atreverás en verdad á levantar contra Jove la formidable lanza?"

miedo y temblor, antes de ver la guerra
y de la guerra las terribles obras.
Que yo os anuncio, y tal aconteciera:
nunca, del rayo mío, retornarais
en vuestro carro al cielo de los dioses."
Dijo; y Minerva y Juno murmuraron;
quienes, sentadas, ésta á par de aquella,
la destrucción fraguaban de los Teucros.
Calló y enmudeció Minerva, ardida
contra Jove, frenética de furia.
Juno sus iras no contuvo y dijo:
Aterrador Saturnio, ¿qué palabra
has proferido? Á fe también nosotras
sabemos cierto cuánta es tu potencia.
Mas presura ocasiónanos profunda
que el pueblo de la Argólide lancero
á lamentable perdición sucumbe."[a]
Y Jove, rey nubífero nimboso:
"Desde el albor, mañana, si te place,
Saturnia augusta, del mirar excelso,
con más poder al Padre omnipotente
postrar verás de los asteros Dánaos
vastas falanges. Héctor poderoso
paz no dará á la mano, entanto Aquiles
en sus navíos dure.[b] Tal fortuna
lo decretó. Yo en nada tus furores
precio; siquier volaras de la tierra
y del ponto á los términos postreros;
do, sin gozar la lumbre coruscante
de Febo, prole de Hiperión, ni el aura,
yacen Saturno y Yápeto; do en torno
el tártaro profundo se dilata.
Si errante allí vagaras fugitiva,
no entonces me importaran tus despechos;

[a] Versos espurios: "Empero de la guerra á la verdad nos retiramos, si tú lo mandas. Mas daremos algún consejo provechoso á los Dánaos; á fin de que no todos perezcan por tus iras."

[b] Vs. esp.: "En el día en que combatirán cerca de las popas de las naves, en terribilísima estrechura, alrededor del muerto Patroclo."

que nadie en impudencia á ti te excede."
Dijo; y Saturnia, de nevados brazos,
nada repuso. El esplendor del día
dentro el océano se hundió: tendiéronse
á la alma tierra las nocturnas sombras.
La luz, á su pesar, los Teucros vieron
morir. Pero la noche y sus tinieblas
á los Dánaos gratísimas vinieron.
La junta convocó de los Ilienses
Héctor esplendoroso. De las naves
lejos llevara el pueblo, á las riberas
del tumultuante río; do de muertos
nuda la tierra estaba. De los carros
descendidos, oyeron del por Jove
amado Héctor la voz. Quien empuñara
un asta, de once codos; rutilante,
en la virola de oro, la énea punta.
En la lanza apoyado, habló á los Teucros:
"Oídme Ilienses, Dárdanos y aliados:
mentíme, que soñé destruír las naves,
los Dánaos todos, y á la Ilión ventosa
tornar. La umbra nocturna asaz temprana
descendió: ella salvólos y salvóles
en las ecuóreas márgenes los barcos.
Valga la noche y del comer cuidemos.
Vuestros de crin gallardos palafrenes
soltad, y pábulo poned ante ellos.
Apresurados id á Ilión por bueyes
y ovejas pingües. No medido vino
letífico traed de los hogares,
y pan; y recoged adunia leña;
porque toda la noche, hasta la aurora
sonrosear, hogueras ciento ardamos,
y se levante su esplendor al polo.
No sea que, á merced de las tinieblas
los Aquivos gentiles cabelludos
del mar por las llanuras dilatadas
tienten huír. No subirán al menos
plácidos y tranquilos á sus naos.
¡Por vida mía! si corrieren á ellas,

transfijos muchos llevarán consigo
en el cuerpo armas nuestras; ó saetas
ó agudas azagayas; porque tiemblen
otros también y guerra no promuevan
flébil feroz á los aurigas Teucros.
Conclamen por Ilión los del Saturnio
amados pregoneros y en las torres
de dioses obra, á los floridos niños
y á los ancianos, de la sién ornada
en argentinas hebras, aglomeren.
Doquiera la mujer imbele encienda
gran pira en los hogares: ataláyese
al enemigo sin cesar y vítese
que la ciudad, vacía de guerreros,
sorprenda. En todo véase cumplida,
magnánimos Dardanios, mi palabra.[a]
Á Jove ruego y á los otros dioses;
y fío en que estos malhadados canes[b]
ellos expulsarán de nuestros términos.
Velemos por nosotros esta noche.
¡Á las armas, mañana, cuando rompa
la luz, y arremeter con rudo empuje
para las naos cóncavas furiosos!
Y veré si Diomedes denodado
me arroja de las naves á los muros,
ó si le mato yo con énea pica,
y con cruento botín vuelvo triunfante.
Mañana si, cortada mi asta, espera,
será reconocida su pujanza.
Mas creo que, rodeado de campeones,
caerá de campeones rodeado."[c]
    Tal arengó el Priamida. Le aclamaran

---

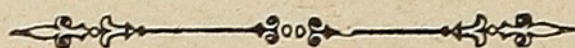
[a] Versos espurios: "Y dicha se esté la palabra que creo saludable. Mañana diré lo demás á los aurigas Troyanos."

[b] Vs. esp.: "á quienes las diosas del infortunio han traído en las negras naves."

[c] Vs. esp.: "Cuando el sol se levantare mañana. Ojalá que yo fuese tan inmortal é inmarcesible toda la vida; y fuese honrado á modo de Minerva y de Apolo, como este día traerá el infortunio á los Argivos."

los pueblos; desuncieron los bridones
bañados en sudor; y los ataron
en lazada á sus carros los aurigas.
De Ilión trajeron vacas presurosos
y ovejas pingües, y abundante vino
alegrador, y pan; y de doquiera
anchos haces de leña recogieron.
Perfectas hecatombes ofrendaron:
las auras desde el llano la fragancia
del ara trasmitieron á los cielos:
aromas que los dioses venturados
negáronse á gozar; que detestaran
á la sagrada Ilión, á su rey Príamo
y al pueblo del astero soberano.
Ledos y soberbiosos los Ilienses
la noche toda, á la batalla prestos,
innúmeras hogueras inflamaron.
Como en el cielo, cuando duerme el éter,
coruscan de la luna esplendorosa
en ruedo las estrellas;—[a] todas brillan
del pastor venturoso á la mirada;
tal entre los bajeles y las ondas
del Xanto, en la ciudad se reflejaban,
las que en el llano *dárdano hogueras
ardían a millares. Cincuenta hombres
cercaban el fulgor de cada fuego.
Atados á sus plaustros los bridones,
escanda y hordio cano devoraban,
aguardando la aurora de áureo trono.

[a] Vs. esp.: "Clarean las atalayas de los montes, y las cumbres escarpadas, y los valles y se abre por los cielos inmenso el éter."



CANTO 9º

Embajada á Ulises. Reparación.

Así el *iliense pueblo vigilaba.
Y miedo asombradizo, el compañero
de la fuga horrorífica oprimía
á los Aquivos. Sus campeones todos
pesar abrumador atormentaba.
Como la mar, de peces abundosa,
el céfiro y el bóreas de consuno,
rugiendo desde Tracia repentinos,
alteran;—á la par las negras olas
suben hinchadas y á lo lejos llevan
desde el fondo del piélago mil algas;
tal en vaivén contrario dentro el pecho
el alma se turbaba de los Dánaos.
De cruel dolor el corazón herido,
atravesó las naos el Atrida;
por los heraldos, del vocear sonoro,
llamando á junta todos los caudillos,
sin clamorear y con acento mudo;
y compartía la labor más ruda.
Sentáronse en la junta doloridos.
Y Agamenón, en lágrimas bañado,
se levantó, á fontana comparable,
la cual obscura, de escarpada peña,
en tierra vierte sus sombrías ondas.
Así lanzó el Atrida hondos suspiros
y díjoles: "Ó amigos, ó ductores
y soberanos del *argivo pueblo!
El gran Saturnio Jove en el abismo
del infortunio me arrojó y ligóme;
numen aterrador, quien algún día
me prometió, inclinada la cabeza,

que yo, demoledor de Ilión segura,
al hogar tornaría. Mas ahora
tramó funesto ardid: volver con mengua
á Argos me ordena, tras despeño tanto.
Tal placerá al Saturnio omnipotente,
que derrumbara de ciudades ciento,
y aún derrumbará los altos muros;
que no hay poder, como el poder de Jove.
Mas todos aceptad lo que yo os mando:
á la querida patria en nuestras naves
huyamos: invencible es Troya inmensa."
Así dijo; y reinó callar profundo.
Mudos los tristes hijos de los Dánaos
gran pieza allí sentados estuvieron.
Por fin, el voceador de la batalla,
Diomedes, arengóles: "Yo contrario,
ó Agamenón, á ti seré el primero,
por tu demencia. Tal es de la junta,
ó caudillo, la ley. Tú no te encones.
Desnudo de pujanza, y ruín, menguado
llamásteme tú el sólo entre los pueblos.
Todos lo saben, jóvenes y ancianos.
No más que la mitad de lo que presta
el del de tramas fraguador Saturno,
se te acordó: la sujeción que rinde
al cetro: mas el otro don, la fuerza,
que es el mayor poder, no te fué dado.
¿Sueñas, ó sin ventura, que los hijos
de los Aquivos son cual tú proclamas
tanto á la guerra y al valor extraños?
Si el ansia de volver á ti te asalta,
ve, está el camino abierto, y tus bajeles
á par de ti, del mar en la ribera.[a]
Empero quedarán todos los otros,
Helenos de gallarda cabellera;
hasta que Ilión derruequen nuestras armas.
Y si también huyeren con sus naves

---

a Sigue el verso espurio: "Están, que te siguieron muchísimos desde Micenas."

ellos al caro suelo de la patria,
nosotros: yo y Esténelo, la guerra
hasta de Troya el fin proseguiremos:
nuestro venir, de un numen fué á la sombra."
Tal arengó; y los hijos de los Dánaos,
del auriga Diomedes la palabra
admirando, aplaudieron estridentes;
y levantóse Néstor, de bridones
dominador, diciéndoles: "Tidida,
grande eres sin rival en la batalla.
Entre cuantos la luz contigo vieron,
descuellas en la junta. Los que Dánaos
nacieran, tu palabra displicentes
no habrán oído. Nadie de mentida
inculpará tu voz. Empero falta
á tus razones: joven también eres.
Si fueses hijo mío, el más pequeño
serías de mi prole. Mas tus labios
discretos son.[a] Pero ¡ea! tus palabras
completaré hasta el fin: yo me glorío
de superarte en años. Lo que hablare
nadie desdeñará, ni el fuerte Atrida.
Sin ley, sin patria, sin hogar el hombre
que la intestina guerra pavorosa
mirare con placer.—Ahora pronto
cedamos de la noche á las tinieblas,
previniendo el yantar. Fuera del muro,
junto al cavado foso, centinelas
congregadas sitúe cada hueste.
Sea de los mancebos tal faena.
Y tú, ó Atrida, manda; que de reyes
eres tú el rey. Á los ancianos parte
las viandas tú: es honor, no es mengua alguna.
Llenos de vino están tus pabellones;
el cual la *graya flota, desde Tracia,
por la alta mar aporta cada día;
en anona rebósate la tienda;

[a] Verso espurio: "para con los reyes de los Argivos, pues que has hablado según razón."

tu imperio se dilata. Si vinieren
muchos á tu festín, oye el consejo
mejor que se te dé: prudente arbitrio,
sagaz sentencia el pueblo *aqueo todo
ha menester, que hogueras numerosas,
á par de los navíos encendidas,
el enemigo nutre. Fuése el gozo:
en esta noche se hunde ó salva el campo."
Lo dijo. Atenta le escuchó la gente;
y dóciles corrieron con las armas
los atalayas hacia el foso y muro,
en torno al Nestorida Trasimenes,
pastor del pueblo; al rededor de Ascálafo
y Yálmeno, retoños de Mavorte;
y en torno de Afareo y de Meríones
y Déipiro y el claro Licomedes,
vástago de Creonte. Aquestos eran
de la atalaya los ductores siete.
Partieron cien guerreros juveniles
con cada cual, de luenga lanza armados.
Quienes se detuvieron y sentáronse
entre muralla y cava. Allí encendieron
lumbre, y la cena aparejaron todos.
Á los ancianos del *argivo pueblo
condujo reunidos el Atrida
al pabellón, y espléndido banquete
dispúsoles. Las manos extendieron
ansiosos á las viandas prevenidas.
Y hartos de vino y de manjares, Néstor,
el anciano, quien siempre descollara
por el consejo, adelantóse á todos
en el tramar sagaz; rompió el silencio
y tal habló benévolo á la junta:
"Atrida gloriosísimo, del pueblo
ductor, por ti comienza mi palabra,
por ti termina: de cien pueblos eres
caudillo; cetro y soberano imperio
te dió el Saturnio. Así, mandar tú debes,
y debes, si consejo provechoso
álguien á dar movido se sintiere,

oírlo y aceptar. Lo que él hablare,
hacerlo ó bien no hacerlo, es fuero tuyo.
Hora diré lo que yo sano estimo.
Nadie podrá forjar mejor dictamen;
ni ha podido ingeniarlo desde el día
en que, á despecho nuestro, de la tienda
del airado Pelida arrebataste,
ó vástago de Jove, la Briseida.
Por disuadirte me afané yo en vano;
cediste á tu altivez, befaste al héroe,
á quien los inmortales ilustraran.
Arrancaste su presa y la retienes.—
Con todo, reflejemos por ahora
cómo con rico don y blando acento
desarmar suplicantes su iracundia."
Y Agamenón, caudillo de las huestes;
"Ó anciano, sin falacia recordaste
nuestras ruinosas iras: ofendíle;
no intentaré negarlo. Por cien pueblos
vale el varón sobre quien vela Jove
con grande amor. El dios venga al Pelida;
derriba á tierra las *helenas gentes.
Mas ya que al ímpetu fatal rendido
le baldoné, desagraviarle quiero
y dadivoso reparar el daño.
Conoced todos mis soberbios dones:
siete no destinadas á la lumbre
trípodes le daré, talentos de oro
diez, y veinte peroles fulgurosos,
doce corceles válidos triunfantes,
ricos en premios de carrera insana.
Pobre no fuera, quien tamaños bienes
atesorase, ni sería falto
del oro preciosísimo, el que hubiese
cuanto me dió la voladora biga.
Yo le daré siete doncellas *lesbias,
labranderas insignes, que en mis manos
cayeran, cuando Lesbos, la galana,
despojé, y son corona de mujeres.
Daréselas, é irá, cercada de ellas,

la que le arrebaté virgen de Brises.
Y júrolo con sacro juramento:
jamás yo el lecho compartí con ella,
ni la gocé, cual los varones suelen.
Todo esto al punto le será donado.
Y si los dioses allanar permiten
la gran ciudad de Príamo, su nave,
cuando el botín partamos los Aquivos,
cargue con oro y bronce, y coja él propio
veinte de las que Ilión, después de Helena,
tuviere garridísimas mujeres.
Y si á la Argos *aquiva, de la tierra
medula, retornáremos, daréle
una hija mía por mujer, y caro
á mi pecho él será, á par del postrero
de mis hijos, Orestes, flor hermosa.
Tres hijas en mi hogar suntuoso crecen:
Crisótemis, Laódice, Ifianasa.
Quien de ellas le agradare, suya sea,
y llévela al palacio de Peleo,
sin donas: yo daréle dote tanta
cuanta jamás á la hija el padre diera.
Le donaré siete ciudades vastas:
Cardámila, Énope, la sacra Feras,
Hire herbosa, y Antea, en vegas rica,
y Pédaso, de pagos abundante,
y Epea, la vistosa; sitas todas
del mar en la ribera, por los fines
de la arenosa Pilos. Las habita
pueblo en ovejas opulento y boes;
presentes él harále, cual á un numen;
y pagarán espléndido tributo,
rendidos á su cetro soberano.
Todo esto le daré, si se aplacare.
Repórtese.—Plutón tan solo ignora
el ablandarse y refrenar las iras;
y así es el dios que más los hombres odian.—
Á mi poder sujétese: le excedo,
y de vencerle en años, me glorío."
    Y Néstor, el auriga de Gerenia,

le respondió: "Caudillo de los hombres,
Atrida gloriosísimo, mercedes
no desdeñables al ductor Aquiles
tú mandas. ¡Ea! nuncios escogidos
á la hora partan con ligera planta
al pabellón del hijo de Peleo.
Yo los señalaré; vayan sumisos.
Fénix, de Jove amado, la embajada
conduzca, y el grande Áyax le acompañe
y el rutilante Ulises. Y con ellos
Odio y Euríbates heraldos vayan.
Traed la linfa que las manos lave,
y sagrado silencio haced que sea,
porque imploremos la piedad de Jove."
    Tal dijo, y grata fué su voz á todos.
Al punto derramaron los heraldos
sobre las manos agua; los garzones
con el vino las ánforas llenaron
y, por la diestra comenzando, á todos
las tazas repartieron escanciadas.
Á las deidades se libó y bebióse
hasta la hartura; y de la tienda regia
salieron presurosos. Con instancia,
á cada cual volviéndose, mandóles,
y más á Ulises, el auriga Néstor,
tentarlo todo por placar la furia
del intachable Aquiles, de Peleo.
    Del ponto bramador por la ribera
se encaminaron; férvidas plegarias
al prepotente movedor del orbe
alzaban; porque ayuda les brindase
para aplacar del Eacida Aquiles
el alto corazón. Cuando á las naves
y tiendas *mirmidonias arribaran,
halláronle solaz dando á la mente
con bella cítara, en primores rica,
y sonorosa, de argentino puente.
Cogióla del botín, cuando en escombros
trocó de Eción [a] los muros. Alegraba

[a] Rey de Tebas.

con ella su ánimo el Pelida Aquiles,
cantando de los héroes las proezas,
sólo, sentado frente de él Patroclo,
en taciturno oír, hasta que diera
término su cantar. Apropincuóse
el claro Ulises, y tras él los otros,
todos fronteros al Pelida Aquiles.
Atónito, la cítara en la mano,
éste se alzó y abandonó su asiento:
atónito se levantó Patroclo,
los hombres al mirar. En estas voces
los saludara el corredor Aquiles:
"Salve, caros varones, bienvenidos
seáis.—Os ha forzado el infortunio
del pueblo aquí á venir:—no con vosotros,
amigos predilectos, son mis iras."
Así diciendo, el esplendente Aquiles
llevólos á su tienda y escabeles
y tapices purpúreos, do sentarse,
ante ellos colocó. Y al punto dijo
al cercano Patroclo: "Mayor urna
pon, Meneciada; mezcla ardiente vino;
previene para todos sendas tazas:
hombres muy caros mi techumbre alberga."
Dijo. Al querido amigo obedeciera
Patroclo. Aquiles de la lumbre puso
al esplendor la mesa, en ella un lomo:
de oveja y crasa cabra y pingüe cerdo,
en grosura florido. Automedonte
la carne le tuviera; Aquiles rútilo
cortaba, dividíala prolijo.
Y en asadores la espetó. Gran pira
ardió el retoño divo de Menecio.
Del fuego decaídos los ardores,
las flamas muertas, esparció las ascuas;
sobre ellas reclinó los asadores,
en trípodes; roció con sal divina[a]
la carne. Ésta se asó, se puso en tajos.

---

a Don de los dioses.

Repartió por la mesa en cestas pulcras
Patroclo el pan, la carne el de Peleo;
quien junto al muro opuesto frente á frente
de Ulises, el magnífico, sentóse.
Ofrecer sacrificio á las deidades
mandara al compañero Menecida.
Éste en las llamas arrojó la ofrenda.
Con avidez las manos extendieron
á las dispuestas viandas. De manjares
hartos, y vino, una señal á Fénix
hizo Áyax. Violo el esplendente Ulises;
llenó la taza y la entregó al Pelida:
"Salve, Aquiles; manjares abundosos
del Atrida en la tienda ni en la tuya
jamás hubiste menester; que viandas
sin número, y opíparas te fueron
aparejadas siempre. Mas no es hora
de pensar en espléndidos festines.
Nuestro inmenso infortunio temerosos,
ó vástago de Jove, contemplamos.
De las robustas naves el destino
péndulo está: se salvan ó perecen,
si tú no acudes á tus fuertes armas.
Á par de los navíos y del muro
acampan los indómitos Ilienses
y renombrados socios esta noche;
y cien hogueras por el campo encienden,
resueltos, no á ceder, sino á lanzarse
sobre las negras naos. El Saturnio
tronando está y nunciándoles ventura;
y Héctor, todo ufanías, todo bríos,
de Jove fiado, en frenesí guerrero
arde y ni al hombre ni á los dioses teme.
Loco furor tortura sus entraños
y ansía que despunte con presteza
la divinal aurora. Los remates
de las erguidas popas jactancioso
promete arrebatar á los bajeles;
con fuego abrasador quemar la armada
y á los del humo confundidos pueblos

á par de los navíos dar la muerte.
Mi corazón se aterra, porque temo
cumplan de aquél los dioses la amenaza,
y á nosotros el hado nos destine
á sucumbir en Troya, lejos de Argos,
la en bridones opima. Si á los hijos
de los Aqueos socorrer anhelas,
por fin, contra la furia atronadora
de los Ilienses, ¡alza!; que, no alzando,
pesar tendrás más tarde; pues remedio
no se halla á consumada desventura.
¡Ea! sin miedo piensa cómo alejes
del *dánao pueblo el funerario día,
ó caro amigo. ¡Cuánto el padre tuyo,
Peleo, te rogaba en aquel día
que del hogar á Agamenón te enviara:
"Poder, hijo querido, si les place,
Palas y Juno te darán; tú, empero,
el corazón altivo y soberbioso
reporta dentro el pecho: la blandura
más vale que la fuerza. De las rifas,
del infortunio inspiradoras, huye.
Así, la juventud y los ancianos
del pueblo *aquivo acrecerán tu gloria."
Tal aquél te mandó: tú no lo acuerdas.
Mas tiempo es todavía de placarte.
Deja la furia, el torcedor del alma.
Para domar tu cólera, el de Atreo
dádivas dignas de tu honor te ofrece.
Si oír quisieres, te diré los dones,
cuantos del rey el pabellón te guarda:
siete no destinadas á la lumbre
trípodes guarda, y diez talentos de oro.
Á más, veinte peroles relumbrantes,
doce recios caballos victoriosos,
ricos en premios de fugaz corrida.
Pobre no fuera, quien tamaños bienes
atesorase, ni sería falto
del oro preciosísimo, el que hubiese
cuanto dió al rey la voladora biga.

Suyas hará siete mujeres *lesbias,
labranderas eximias; que cogisteis,
cuando de Lesbos la ciudad gallarda
destruíste, y son corona de mujeres.
Tuyas serán, é irá cercada de ellas
la que te arrebató, virgen de Brises.
Y júralo con juramento sacro:
jamás partícipe fué de su lecho,
ó rey, ni la gozó, cual los varones.
Todo esto al punto te será donado.
Y si derruír los dioses concedieren
la gran ciudad de Príamo, tu nave,
cuando el botín partamos los Aquivos,
tú en oro carga y bronce; y te designa
veinte de las que Ilión, después de Helena,
tuviere garridísimas mujeres.
Y si á la Argos *aquiva, de la tierra
medula, retornáremos, daráte
una hija suya por mujer, y caro
á su pecho serás, cual el postrero
de sus hijos, Orestes, flor hermosa.
Tres hijas tiene en su morada bella:
Crisótemis, Laódice, Ifianasa.
Quien de ellas te agradare, tuya sea.
Y llévala al palacio de Peleo
sin donas: él daràle dote tanta
cuanta jamás á la hija el padre diera.
Le donará siete ciudades grandes:
Cardámila, Énope, la sacra Feras,
Hire herbosa, y Antea, en vegas rica,
y Pégaso, de pagos abundante,
y Epea, la vistosa; sitas todas
del mar en la ribera, por los lindes
de la arenosa Pilos. Las habita
gente en ovejas opulenta, y boes;
quien te dará, cual á deidad, presentes,
y pagarán espléndido tributo,
rendidos á tu cetro soberano.
Todo esto te dará, si te aplacares.
Y caso que al Atrida aborrecieres,

más que á la muerte, al que los da y sus dones;
de todo el pueblo *heleno, que en el campo
sucumbe, compadécete. Cual numen
él te honrará; te cubrirás de gloria,
inmensa gloria.—Derribaras á Héctor
ahora por ventura; quien, llevado
del frenesí espantable de la guerra,
contigo embestiría; pues se ufana
de no encontrar rival entre los Dánaos,
cuantos á Ilión vinieran por el ponto."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"¡Ó de Laertes y de Jove prole,
sagaz Ulises! fuerza es que yo diga
entera la palabra, cual la pienso,
y cual será; porque unos en pos de otros
no me asediéis, apesarados, mustios:
al modo que las puertas del averno,
detesto al hombre de engañosa lengua.
Yo os diré lo que el alma me dictare:
no me persuadirá ni á mí ni al pueblo
el rey; pues nunca grato fué conmigo,
con el campeón infatigable, indómito.
Tras recio batallar, no le distingue
de quien lidiar no quiso, la fortuna.
Igual el fuerte en honra es al menguado.[a]
Ha padecido mi alma pesadumbres;
mi vida siempre peligró en la lucha,
y nada tengo. Cual el ave lleva,
olvidada de sí, á la cría implume
el alimento que encontró por dicha;
tal noches mil insomnes he pasado
y sangrientas jornadas, combatiendo
por las mujeres vuestras, con los héroes.
Ciudades populosas demoliera,
por mar, yo doce; y once me glorío
de haber yo derrocado, como infante,
á través de Dardania, la glebosa.

---

a Sigue el verso espurio: "Igualmente mueren el hombre perezoso y el muy diligente."

Innúmeras preseas refulgentes
en todas ellas conquisté; llevélas
en homenaje todas al Atrida.
Y atrás quedando en las veleras naos
él acogíalas: porción pequeña
de ellas partía, reteniendo mucha,
y lo demás á próceres y reyes
daba en honroso don: ellos conservan
cuanto les diera: sólo yo el *aquivo
soy, á quien despojó, y á quien retiene
la consorte querida.—¡Goce de ella,
en tálamo y amor!—¿Á qué combaten
los Dánaos con los Teucros? El Atrida
¿á qué juntó y condujo acá los pueblos?
¿No lo hizo por Helena, en trenzas bella?
De los mortales hombres por ventura
¿son sólos los Atridas quienes aman
á sus mujeres? No hay varón alguno
de noble y sano pecho quo no vele
con ternura amorosa por la suya.
Á esta, con ser esclava de la guerra,
así yo amé con ardoroso anhelo.
Mas, hora que mi presa de las manos
me arrebató, burlándome, no pruebe
á mofarse de mí: que sus ardides
conozco todos; es su afán en vano.
Contigo, Ulises, con los otros reyes
piense cómo alejar de los navíos
el fuego abrasador. Grandes empresas,
á fe, sin mí realizara: un muro
fabricó, de profundo y vasto foso
circuído y de estacada coronado.
Pero ni así la asoladora fuerza
contiene de Héctor. Mientras yo lidiaba,
en medio los Aquivos, fué impotente
aquél á batallar fuera del muro.
Llegó tan sólo á las *esceas puertas
y la encina; do un día le afrontara
yo solitario, y do á mi rudo empuje
apenas escapara. Mas ahora

no quiero yo contra Héctor esplendente
vestir las armas; antes al Saturnio
y á las deidades todas holocausto
ofreceré mañana; y tú mis naves
cargadas bien y al piélago lanzadas
verás—si te pluguiere, te importare—
de ardorosos remeros impelidas,
surcar el Helesponto, en peces rico,
la aurora al irradiar. Y si bonanza
del orbe el movedor esclarecido
me diere, á Ftía, la fecunda, torno
en tres jornadas. Amplios bienes tengo
allí; los que dejé, cuando á Dardania
por mi desdicha vine. Retornando
de aquí, el botín que yo ganara: el oro,
el rojo bronce, llevaré, y mujeres
de bella ceñidura, el fierro cano.
Mi presa, empero, osado arrebatóme
quien me la diera: Agamenón Atrida.
Á él, cual lo digo, referidle todo,
á la faz de los pueblos, porque en ira
éstos ardan y á nadie ya pretenda
reír ese hombre, ese impudente infame.
No bastará su audace desenfreno
á darle bríos de mirarme al rostro.
Con él jamás dictamen ni obra alguna
conferiré: nefando fué su dolo.
No tornará á burlarme; que ya basta.
Húndase en paz: le dementó el Saturnio,
del mundo y sus destinos soberano.
Odio sus dádivas; le execro á él mismo,
á par de muerte. Aunque mayores dones,
diez veces más, y veinte, me ofreciera
de lo que ahora tiene y que más tarde
podrá esperar, aunque los bienes todos
que Orcómeno atesora y en Egipto
Tebas guarda; do yacen las riquezas
sin fin en los hogares;[a] si me diera

a Siguen los versos espurios: "la cual (ciudad) es de cien

tesoros tantos cual la arena y polvo,
aún no ablandara mi ánimo el Atrida,
antes de resarcirme por entero
de la afrenta que el alma me tortura.
No me desposo con doncella alguna
de Agamenón. Aunque en belleza fuera
una rival de la Afrodite de oro;
aunque en labores competir pudiese
con Palas, de ojos fúlgidos; no quiero
yo tal mujer. Aquél algún *argivo
escoja, que le plazca, y más potente
sea que yo. Si salvo me conservan
los dioses y á la patria yo retorno,
me buscará mujer Peleo mismo.
En la Hélada y en Ftía fembras miles
viven, doncellas, hijas de magnates;
que el patrio suelo intrépidos escudan.
Quien de ellas por esposa me agradare,
lo habrá de ser. Allí gozar, unido
á la consorte propia predilecta
augusta, las riquezas, por Peleo,
el anciano, acopiadas; ha deseado
cien veces de mi pecho la pujanza.
Para mí menos valen que la vida
cuantos tesoros divulgó la fama
haber guardado Ilión la populosa,
de la paz al imperio, en otros tiempos;
y menos valen cuantos dentro encierran,
en la petrosa Pitos, los umbrales
del sagitario Febo lapidosos.
Reses y ovejas crasas de la guerra
despojos son; y trípodes se ganan
y corceles, con blonda crin. Del hombre
empero, no retorna el alma. Nadie
ni la prende, ni toca, si ha logrado
traspasar de los dientes la barrera.
Dice mi madre, la divina Tetis,

---

puertas; y doscientos hombres, con caballos y carros, pueden salir juntamente por cada una de ellas."

de argénteas plantas, que dos parcas tristes
al término me arrastran de la vida.
Si aquí me quedo, en derredor de Troya
batallando, perece mi retorno,
pero mi gloria eternamente vive.
Si al hogar yo volviere, allá en el suelo
de la patria querido, mi gran gloria
morirá, mas mi vida será larga.[a]
Á los demás también yo persuadiera
de dirigir las proras á la patria;
que no veréis de la escarpada Troya
la perdición; que el tronador Saturnio
sobre ella con amor la mano tiende;
y las gentes levántanse animosas.
Mas id vosotros á decir valientes
—misión de los ancianos veneranda—
á los *aquivos próceres mi anuncio;
porque, para salvar las hondas naos
y en cerco de las naos á las gentes,
mejor arbitrio ingenien: no es discreto
el que hora excogitaron: todavía
mi indignación ardiendo está implacable.
Conmigo quede Fénix y aquí duerma;
porque á la cara patria, si pluguiere,
—que no le llevaré mal de su grado—
mañana en mis navíos retornemos."
Dijo; y callaron mudos asombrados
ante sus voces altaneras todos.
Por fin hablóles el anciano auriga
Fénix, bañado en llanto: "Si pretendes,
esplendoroso Aquiles, á tus lares
volver, y de furor el alma llena,
de las veleras naves has jurado
las llamas no alejar abrasadoras,
¿cómo quedar aquí yo solitario,
cuando tú me dejares, hijo mío?
Al lado tuyo, de su hogar envióme

---

a Sigue el verso espurio: "será, y no pronto me alcanzará el término de la muerte."

á Agamenón, Peleo, el viejo auriga;
porque velase sobre ti, que, niño,
ignorabas del campo las fatigas
y juntas, do se cubre en gloria el hombre.
Quiso que á par de ti guiase tu infancia,
maestro tuyo en todo; porque fuese
yo de tu voz inspirador, tu fuerza,
en medio el batallar, amparadora.
Así yo separarme no quisiera,
hijo mío, de ti; no lo querría,
aunque todo un dios me prometiese,
quitada mi vejez, la edad florida
volverme; cual yo fuera, cuando la Hélada,
de mujeres garridas abundosa,
abandoné, de Amíntor Ormenida,
mi padre, y su venganza temeroso.
Quien contra mí en despecho se abrasaba,
por su, de bellas trenzas, concubina.
De amor con ella pródigo, colmara
á su esposa, mi madre, de improperios.
Aquesta suplicábame incesante,
ceñidas mis rodillas, que gozara
yo á la mujer, porque ella desamase
así al anciano. Complacíla; lo hice.
Al punto que mi padre lo supiera,
maldíjome y llamó en conjuro horrendo
las furias espantosas, que estorbasen
tuviera en su regazo al hijo triste,
de mí engendrado. Oyeron las deidades
su imprecación: el subterráneo Jove,[a]
Perséfone, la diva pavorosa.
Á aquél yo pretendía dar la muerte
con el tajante bronce. Mas un numen
mi encono mitigó; quien á mi mente
el popular rumor fué presentando
y de los hombres el reproche impío:
temí que parricida me llamaran.
Mas á vivir con mi furioso padre

---

a Plutón.

no pudo, no, inclinarme el pecho mío.
Amigos me cercaban y cognados
allí; quienes rogantes se afanaban
por detenerme en el hogar paterno.
Muchas ovejas crasas degollaron
y vacas muchas, de tardía planta
y bellos cuernos. Sollamados fueran,
y asados á las flamas de Vulcano,
cerdos muchos, floridos en grosura.
Y de las urnas del anciano Amíntor
el vino en plenas tazas se bebiera.
Aquellos, alternantes la custodia,
en mi redor durmieron nueve noches;
sin que la lumbre se apagara en ellas.
Una del aula fuerte en medio el atrio;
otra opuesta del tálamo á las puertas,
dentro del pórtico interior ardía.
Mas, cuando por vez décima la noche
me llegó tenebrosa, yo, rompiendo
del tálamo las puertas bien trabadas,
salí, y, burlados sin esfuerzo alguno
los varones y esclavas veladores,
salvé del atrio el cerco; y fugitivo
recorrí lejos la Hélada anchurosa.
Á Ftía, la feraz, de greyes madre,
vine, y al rey Peleo; quien me diera
benévolo acogida. Cual el padre
al único hijo, vástago tardío,
de riquezas ingentes heredero,
ama; tal él me amaba y rico en bienes
me hizo y señor de hueste numerosa.
Habitador de los postreros fines
de Ftía, yo los *dólopes mandaba.
Y yo, cual eres, te eduqué, ó Pelida,
comparable á los dioses; y te amaba
de corazón; que tú jamás con otro
ir al banquete ni dormir querías
en el hogar, antes que yo te diera,
en mi regazo, la partida vianda
y te brindara el néctar. Y frecuente

humedecísteme en redor del pecho
la túnica con vino, que tu labio
de niño desvalido devolviera.
Tal molestéme yo por ti mil veces,
y mucho padecí. "Pues un retoño
los dioses no me dieron, me decía,
te haré hijo mío, ó divinal Aquiles;"
porque más tarde perdición y afrenta
de mí, si me aguardaran, alejases.
Pero, Pelida, doma tu grande alma.
Ser de impiedoso corazón no te honra.
Son aplacables las deidades mismas,
aún las mayores en virtud y gloria,
fuerza y poder; á quien humildes claman
los extraviados, criminales hombres,
y placan en olíbano y plegarias
y libación de vino y holocaustos.
También hay Súplicas, del alto Jove
vástagos, cojas y rugosas, bizcas;
que marchan tras la Culpa vigilantes.
La cual, fornida, rápida de planta,
á todas vence grande en la carrera;
y por el mundo entero, dañadora
de los hombres, á aquellas se adelanta;
quien van en pos á reparar sus males.
Cuando de Jove las doncellas vienen
al que las honra, cólmanle de gracia
y sus ruegos escuchan. Mas, si alguno
las menosprecia y pertinaz desoye,
van al Saturnio Padre y le deprecan
que pena vengadora á aquél persiga.
Haz, pues, ó Aquiles, que loores sean
á la prole de Jove tributados;
loores que se siente el pecho noble
movido á tributar. Si no mandara
presentes el Atrida, prometiendo
aun más, sino que en rábidos ardores
durase, no diría que yo lejos
de ti el furor lanzaras, amparando,
por más que lo anhelasen, los Argivos.

Pero hora ricas dádivas te dona,
otras segura y en el pueblo todo
de los Aquivos escogió campeones,
los más caros á ti, que te rogaran.
Tú de ellos la palabra no desprecies,
ni su venir: antes tus iras no eran
de reprochar. Nos nuncia así la fama
también sobre los héroes de otros tiempos.
Cuando de ellos alguno se enconaba,
á dádivas cedía y á razones.
No de recientes, de remotos tiempos
un evento contempla mi memoria.
Os lo diré: sois todos mis amigos.
De Calidón en torno los *curetes
contra los *étolos de invicta fuerza,
en batallas sangrientas combatían:
por la ciudad gallarda, los de Etolia;
aquellos, anhelosos de arrasarla.
El infortunio Diana, de áureo trono,
envió furiosa, pues no le hizo Eneo
de los primeros frutos sacrificio,
en sus colinas fértiles. Gozaron
todos los otros divos hecatombes.
Del gran Saturnio á la doncella sóla
no presentó su don. Ya fuese olvido,
ora desidia; se turbó su mente.
Indignada la dea flechadora,
de Jove vástago, contra él moviera
un jabalí de cándidos colmillos,
de vivir solitario; que de Eneo
los campos—su guarida—devastara.
Cien corpulentos árboles floridos,
descuajados por él, se derribaran.
De Eneo el hijo lo mató: Meleagro;
monteros de alimañas con jaurías
de ciudades juntando numerosas.
No le postrara con escasa gente:
tan grande era;—á las llamas funerarias
de la pira arrojó muchos varones.—
Recia algarada y grita contenciosa

movió la diva de la fiera en torno;
por su cabeza y por su piel setosa,
que todos disputábanse: *curetes
y varones magnánimos de Etolia.
Mientras peleó Meleagro, caro á Marte,
á aquellos fué contraria la fortuna.
No pudo su copiosa muchedumbre
de la ciudad llegarse á las murallas.
Mas, cuando de Meleagro dentro el pecho
se hundió el furor; que al corazón enola
aun del hombre más sabio [a] —él contra Altea,
su cara madre, transportado de ira,
disfrutaba la bella Cleopatra,
su mujer, de Marpesa la Evenida,[b]
en piés hermosa, y de Idas engendrada;
el que era entre los hombres coetáneos
cual ninguno, robusto, y contra Febo,
el rey centellador, armara el arco,
por la doncella, de graciosa planta:
Cleopatra; á quien llamaban Alciona [c]
el padre en el hogar y la alta madre;
pues ésta, por Apolo esplendoroso
arrebatada, compartiera un día
del gemidor alción [d] la triste suerte;—
gozaba á su mujer Meleagro, herido
de ira, del corazón desgarradora:
su madre maldijérale, transida
de pesar, y á los dioses conjurara;
porque él mató al hermano de su madre.
Mil veces con las palmas el suelo almo
batiera ella, invocando de rodillas
á Plutón y á Perséfone, la horrenda,
y con su lloro el seno humedecía;
pedíales que muerte al hijo dieran.

---

[a] Anacoluto, esto es, abandonamiento de construcción (figura gram.)

[b] Hija de Eveno.

[c] Hija del alción.

[d] Por alusión á los gritos de la hembra, cuando se ve separada del macho.

Desde el averno la escuchó la furia,
de impío corazón, envuelta en noche.
Alzóse pronto en torno de las puertas
estrépito, y las torres retumbaron
de los dardos golpeadas. Suplicáronle
los ancianos de Etolia; suplicóle
la flor del sacerdocio de los divos,
á él despachada, porque, yendo al campo,
los amparase. Dádiva preciosa
le prometieron: que do eximia fuera
de Calidón galana la campiña,
una heredad magnífica escogiese
de cincuenta yugadas: veinticinco
de vides; lo demás tierra de mieses.
Rogóle con instancias el anciano
auriga Eneo. Al tálamo sublime
aproximóse. Á sus seguras puertas
importuno golpeara y de rodillas
rogara al hijo suyo. Suplicantes
los hermanos, la madre veneranda,
rogáronle; y él más y más tenace
los desoyó. Rogáronle los socios,
aquellos que más íntimos y caros
de todos le eran; ni ellos dentro el pecho
el corazón le doblegaron, antes
que el tálamo con dardos y más dardos
batido fuera, ni antes que á las torres
subieran los *curetes é incendiaran
la gran ciudad. Entonces á Meleagro
la esposa de profunda ceñidura,[a]
rogó, llorando, y á su mente todo
representó: cuánto infortunio agobia
los moradores de allanados muros:
traspasa la cuchilla los varones;
en polvo truecan la ciudad las llamas;
al cautiverio llévase la prole,
con las esposas de honda ceñidura.
Al oír tamaños males, inflamóse

a De ancho rico peplo.

de aquél el pecho, y acudió á las armas,
y se cubrió con ellas rutilante.
Así, cediendo á su valor, el día
del infortunió repelió de Etolia.
Las dádivas sin número, preciadas
ofrecidas no dieron. Él en vano
los escudó. —Mas tú tal no receles;
ni tiente ahora una deidad, ó amigo,
descaminarte el corazón; que fuese
negra desdicha defender las naos
sólo cuando ya ardieran. Tú retorna
por dones á ellas: te honrarán los Dánaos
á par de un numen. No la misma gloria,
aunque su escudo en el combate fueras,
te habrán de tributar, si te arrojares
más tarde á la batalla asoladora."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"Ó buen anciano y respetoso, Fénix,
retoño del Saturnio, esos honores
no he menester yo, no; que por decreto
de Júpiter yo espero ser honrado
con honra que en las naos encorvadas
ha de vivir, mientras mi pecho aliente
y mis caras rodillas fuertes sean.
Más te diré: tú grábalo en el alma:
por complacer al campeón Atrida
no quieras gemidor y congojoso
mi mente perturbar. Amor no abrigues
para con él: no sea que mi afecto
á ti se trueque en odio. Bello fuera
que tú á mi dañador también dañaras.
La mitad coge de mi gloria y reina
tú á par de mí. Con el mensaje vayan
estos: tú permanece aquí; al sueño
en muelle lecho date. Y sin tardanza,
si á la patria tornar, ó si quedarnos,
al romper de la aurora, acordaremos."
Lo dijo; y silencioso con un guiño
significó á Patroclo que tendiera
lecho cálido á Fénix; porque al punto

del pabellón tornasen los enviados.
Mas Áyax Telamonio, de los dioses
rival, estos acentos les dijera:
"Ó de Laertes y de Jove prole,
sagaz Ulises, vamos; yo no creo
el término mirar de la embajada
por esta senda. Fuerza es á los Dánaos
llevar veloces la palabra dicha,
por más que ingrata sea; que ellos hora
aguardarán sentados nuestra vuelta.
Vamos, que Aquiles dentro el pecho tiene
un corazón indómito, feroce.
¡Hombre espantoso, á quien mover no pueden
el afecto y honor en que los suyos
sobre los héroes todos le subliman!
¡Hombre desapiadado!—Por la muerte
de un hermano, de un hijo, desagravio
otros aceptan. En su patria queda
el matador y ricos dones paga;
el otro los recibe; el pecho fiero
y el indignado corazón se truecan;
mientras á ti por una virgen sóla
los dioses excitáronte en la mente
funestas iras, que jamás se calman.
Siete doncellas te ofrecemos hora,
de la belleza flor, con nobles dádivas.
Depón, pues, la impiedad y reflexiona
lo que te dictan del hogar las leyes:
de en medio de la *aquiva muchedumbre
huéspedes tuyos somos; y anhelamos
por presentarnos ante el pueblo todo
como de tus amigos los mejores."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"Áyax, de Telamón y del Saturnio,
ó de pueblos ductor, tu pensamiento
del mío no discrepa. Mas de furia
se me hinche el corazón, cuando memoro
cómo entre los Aquivos el Atrida
de afrenta me enlodó, cual si yo fuese
algún hombre villano y vagabundo.

Id ya vosotros y nunciadle todo:
pues que no iré yo á la sangrienta guerra,
antes que al campo *mirmidón y naves
del fuerte Príamo la prole venga:
Héctor esplendoroso, tras matanza
hacer en los Aquivos, y la flota
quemar á fuego lento. Mas en torno
de la tienda y la negra nave míos
creo que morirá su recio embate."
Dijo, y cogieron sendas dobles copas;
libaron á los dioses, y volvieron
á las naves· guiábalos Ulises.
Tender mandó Patroclo por los suyos
y las esclavas presto un lecho blando
á Fénix. Presurosas, cual mandara,
tendiéronlo: vellones, cobertura,
y de lino finísimas guedejas.
Allí el anciano Fénix recostóse,
aguardando á la Aurora fulgurante.
En lo recóndito durmióse Aquiles
del pabellón bien fabricado: la hija
de Forbante con él: Diomede, hermosa
en mejillas;—la trajo dende Lesbos.—
Frente por frente se durmió Patroclo,
y á par de él Ifis, bella en ceñidura,
la que le dió el Pelida refulgente,
cuando arrasó de Enieo la alta Esciro.
Arribados aquellos á la tienda
del caudillo, los hijos de los Dánaos
alzáronse doquiera; y deseosos
de la nueva, brindaran áureas tazas.
Agamenón, el príncipe del campo,
les preguntó el primero: "Pronte dime,
glorioso Ulises, del *aquivo pueblo
grande esplendor, si aquél de los navíos
alejar quiere las voraces llamas;
ó si se niega, y todavía agita
á su indomable corazón la furia."
Y respondió el audaz, fulgente Ulises:
"Agamenón, caudillo de los hombres,

Atrida gloriosísimo, rehusa
aquél poner sus iras; antes crece
su encono: te desprecia á ti y tus dones.
Anúnciate que pienses por ti mismo
cómo salvar las naos y las gentes,
mientras él amenaza que, en rayando
la aurora, de lanzar habrá al profundo
los redondos y válidos bajeles.
Dijo que persudiéramos á todos
de tornar, en las naos, á la patria;
que no veríais de la Ilión erguida
el fin; que Jove tronador extiende
sobre ella potentísimo la mano;
y que á su sombra lidia Troya ufana.
Lo dijo. De sus voces son testigos
aquestos: Áyax y los dos heraldos,
ambos sagaces, que conmigo fueron.
Allá el anciano Fénix recostóse;
Aquiles lo mandó; porque mañana,
si le place—violento no le lleva—
zarpe con él á la querida patria."
    Lo dijo; y todos tácitos y mudos [a]
quedaron largo espacio entristecidos
los hijos de los Dánaos. Y Diomedes,
de la batalla voceador preclaro,
por fin, hablóles: "Ó tú, de los pueblos
caudillo, Atrida, incomparable en gloria,
no habías menester con mil presentes
rogar al intachable de Peleo:
es de por sí altanero. Mas ahora
has dado á su altivez inmensas alas.
Empero, á fe dejémosle: que torne
ó bien se quede. Correrá al combate,
cuando le mueva el alma dentro al pecho
y la levante un dios.—¡Sus! mi palabra
todos obedeced: refocilado
con pan y vino el corazón doliente,

---

a Sigue el verso espurio: "admirando la palabra; pues había hablado muy fuertemente."

Hora dormid;—es esto fuerza y brío.—
Cuando despunte la venusta Aurora,
de róseos dedos, rápido los haces
y los bridones ardoroso junta
ante la armada, y pugna tú, cual prócer."
Dijo; y los reyes aplaudieron todos,
atónitos oyendo la palabra
del auriga Diomedes. Y á su tienda
cada uno, tras libar, encaminóse;
donde cogieron el placer del sueño.

CANTO X.

Dolonea.

RENDIDOS del reposo á las blanduras
la noche entera, á par de los bajeles,
durmieron los campeones *dánaos todos;
mientras Agamenón, pastor de pueblos,
el alma en mil cuidados azarosa,
la dulcedumbre no gustó del sueño.
Como, cuando el esposo de Saturnia,
hermosa en trenzas, al tonar, arroja
torrentes túrgidos de infanda lluvia,
ó granizo ó nevasca;—nieve cubre
doquier los campos;— ó las fauces magnas
abriendo va de matadora guerra;
tal desde las honduras de su pecho
suspiros menudeaba el soberano,
temblosa en lo recóndito su mente.
Cuando hacia la llanura dirigía
de Ilión los ojos, las hogueras ciento,
en ella rutilantes, le azoraban,
y el resonar de pífanos y tibias
y de los hombres el clamor confuso.
Y cuando de la Argólide las naves

y las gentes veía, los cabellos
de cuajo se arrancaba y ofrecíalos
á Jove, morador de las alturas;
y su gran corazón gemía mustio.
Pensaba, y parecióle la sentencia
mejor aquesta: ir al Nelida Néstor,
el primer campeón de entre los hombres,
por si un sagaz ardid él ingeniaba,
con que salvar á los Aquivos todos.
Alzando, se vistió al redor del pecho
la túnica; á sus plantas esplendentes
ató sandalias bellas, y envolvióse
con la rojiza piel de un león fogoso,
giganteo;—la piel llegaba grande
hasta sus plantas—;y empuñó la pica.
Así también temblor se apoderara
de Menelao—no gravó tampoco
sus párpados el sueño—;la desgracia
temía de las huestes, que surcaron
por él los anchos mares, á Dardania
la insana guerra ardientes conduciendo.
Con la pintada piel de una pantera
cubrió primero su anchurosa espalda.
Alzólo y en la testa colocóse
el broncíneo morrión; cogió la lanza
con la fornida mano y presuroso
corrió del sueño á despertar su hermano;
que enmedio los Aquivos potentísimo,
sin par se levantaba, y de las gentes
homenajes divinos recibía.
Hallóle del bajel cabe la popa.
En torno al hombro las hermosas armas
el rey se revestía; y complacido
á Menelao vió venir. Hablara
el claro voceador de los combates
de luego á luego: "¿Qué, mi caro hermano,
te armas así? ¿Que piensas á los Teucros
alguno de los tuyos desalado
explorador enviar? Muy mucho temo
que nadie obra tan ardua te prometa,

cual es ir á atisbar los enemigos
por la sagrada noche solitario.
Fuera hombre aquél de corazón intrépido."
Agamenón potente respondióle:
"Ó Menelao divinal, nos falta
á mí y á ti consejo que aproveche,
que escude, salve á los *argivos pueblos
y naos: nos volvió la espalda Jove.
Volvióse su alma al sacrificio de Héctor.
No vi jamás ni oí decir que un hombre
tantas y tan horríficas proezas
en sólo un día hiciese, cual hizo Héctor,
amado del Saturnio, sin ser hijo
de un dios ni de una dea predilecto;
empresa tales que por largos años
pesadumbre darán á los Helenos:
tan grave estrago derramó en sus gentes.
Mas hora ve volando por las quillas
y ambos Ayaces llama é Idomeneo.
Yo iré al brillante Néstor y diréle
que se levante al punto, si desea
de las custodias á la sacra hueste
ir y mandar; muy dóciles aquellos
le habrán de obedecer: el hijo suyo,
manda los centinelas y Meriones,
de Idomeneo socio. En ellos fiamos."
El gran voceador de los combates,
Menelao, le dijo: "¿Qué deseas?
qué palabra me intimas? ¿Yo te aguardo
aquí con los demás? ó cuando torne
de mi mandado, corro en tu seguida?"
Y Agamenón, caudillo de los hombres:
"Aquí te volverás, no sea yerres
la senda mía: muchas tiene el campo.
Clama por donde fueres, y del sueño
despierta á los varones, y alabanzas
tributa á todos; por el nombre patrio
llamándolos; evita la arrogancia.
Con los demás partamos las fatigas.
Cuando nacimos, Jove por ventura

á tan fuerte desdicha condenónos."
Así diciendo, mensajero envióle.
Y fué el hermano, rápida la planta,
hacia el pastor de pueblos, hacia Néstor,
y cabe el pabellón, en lecho blando,
hallóle y junto á su negral navío;
y cerca de él las primorosas armas:
pelta, dos dardos y morrión fulgente;
y á par del lecho el ceñidor pintado;
con que el anciano se ceñía, el pueblo
juntando en guerra, y al coger las armas
para las lides de hombres matadoras,
antes de herirle la vejez impía.
Apoyóse en el codo, la cabeza
irguió y palabra dirigió de duda
á Agamenón Atrida: "Di ¿quién eres
que así vas solitario por las naves
y rodeas el campo entre las sombras
de la noche, do duermen los mortales?[a]
Habla; no te me llegues silencioso.
¿Qué grave caso, di, á venir te obliga?"
Y Agamenón, caudillo de los hombres,
le respondió: "Gran gloria de los Dánaos,
ó Néstor, ó Nelida, ves al hijo
de Atreo, Agamenón; á quien presuras
sin fin mandará Jove, mientras quede
dentro mi pecho aliento, y mientras vida
las flébiles rodillas me sostenga.
Errante voy vagando; que no asoma
á mis ojos el sueño placentero.
La guerra me desvela, y las congojas
del pueblo *aquivo; por su suerte tiemblo.
Mi corazón se vuelca doloroso
y, en su latir, del pecho se me escapa.;
tremiendo están mis miembros refulgentes.—
Mas, si labor deseas, pues que el sueño
también huyó de ti, á las centinelas

[a] Sigue el verso espurio: "ó buscando algun mulo ó á alguno de los compañeros."

vamos, por ver si, del trabajo al peso
rendidos, y olvidada la custodia,
duermen: acampan de nosotros cerca
los Teucros é ignoramos si en las sombras
embestirnos mediten de la noche."
Y Néstor, el auriga de Gerenia:
"Ó Agamenón, caudillo de los hombres,
Atrida gloriosísimo: el Saturnio,
dominador del mundo y su fortuna,
no cumplirá cuantos anhelos Héctor
esperará le cumpla. Mas yo digo
que, si algun día el corazón doliente
de Aquiles el encono lamentable
olvida, al *teucro cercarán angustias,
que las nuestras superen numerosas.
Venir me place en pos de ti. Pero otros
también hay dispertar: al gran lancero
Tidida, á Ulises, al alígero Áyax
y á la prole esforzada de Fileo.
Á más ¿quién á llamar dos hombres fuera:
á Áyax, de Telamón retoño divo,
y al soberano Idomeneo? Lejos,
en el postrer confín, están sus barcos.
Mas, siquiera te airases tú conmigo,
callar no puedo, y reñiré á tu hermano,
yo, que ni amor le mido ni homenajes.
Le he de increpar, que duerme y á ti sólo
te deja de la guerra las fatigas.
Afanarse él debiera y por el campo
á los grandes rogar del pueblo todo;
que agobiador quebranto nos abruma."
Y Agamenón, caudillo de los hombres:
"Ó anciano, á veces ríñesle, y te aplaudo;
que á menudo cespita, se retrae
de la marcial labor; no por ignavia,
ni corta discreción: á mí los ojos
vuelve, aguardando la sentencia mía.
Mas hora, antes que yo, del sueño alzóse,
y vino á mí; yo le pedí llamara
á quienes buscas. ¡Vamos! Hallaremos

á aquellos do juntarse yo ordenéles:
fuera las puertas; de la guardia en torno·"
Y Néstor, el auriga de Gerenia:
"Así contra él ninguno de los Dánaos
se indignará, ni desoirá sus voces,
cuando apresure y mande á los guerreros."
Diciendo tal, la túnica vistióse
del pecho en derredor; bellas sandalias
ató á sus plantas fúlgidas; en torno
prendió con broches el purpúreo manto,
doble, anchuroso, de vellón tupido;
vellón, del haz ornato, cual si flores.
El asta terca, de énea, aguda punta,
asió y veloz atravesó las naos
de los Aquivos en broncíneas armas.
Primero despertó el auriga Néstor,
el de Gerenia, con su voz á Ulises,
en los consejos comparable á Jove.
Le hirió su claro acento presto el alma:
salió del pabellón aquél y dijo:
"¿Qué vais tan solitarios por las naves
y el campo, enmedio la sagrada noche?
¿Qué formidable caso os acongoja?"
Y Néstor, el auriga de Gerenia:
"Ó de Laertes y de Jove prole,
sagaz Ulises, mi venir perdona,
que tanto es grande el infortunio nuestro.
Ven, porque despertemos también otro
cuyo dictamen es razón oigamos,
para estatuír la fuga ó la batalla."
Así dijo, y Ulises, el artero,
á la tienda fué, y púsose en los hombros
el pintado broquel; y fué con ellos.
Y fueron á Diomedes, el Tidida.
Ante el dintel ya en armas le encontraron;
cercándole, los suyos reposaban,
reclinada la testa en el escudo;
vueltas las lanzas y en la tierra fijas;
hasta lejos de bronce rutilantes,
cual el rayo de Jove. Allí dormía

sobre la piel de un buey agreste el héroe,
la cabeza en tapiz esplendoroso.
Á par de él se detuvo el de Gerenia,
auriga Néstor; le tocó la planta
con la suya, y severo y ardoroso
tal le riñó: "Despierta ya, ó Tidida.
¿Porqué te das la noche entera al sueño?
¿No sabes que del llano en la colina
cerca de nuestra armada los Dardanios
ya próximos acampan á nosotros?"
Así dijo; y aquél veloz irguióse,
con violento saltar, y en son potente
lanzó contra él esta palabra alada:
"Varón aterrador, ó anciano, nunca
tú pones fin á la labor. ¿No hay otros
más jóvenes que tú en el pueblo *aquivo,
que vayan por doquiera y á los reyes
susciten? ¡Fáltate cordura, anciano!
Y Néstor, el auriga de Gerenia,
le respondió: "Verdad es, hijo mío,
cuanto tú dices: intachable prole
yo tengo, y pueblos numerosos tengo,
donde encontrar quién por el campo vaya.
Pero la desventura que á los Dánaos
oprime es sin igual: está en el filo [a]
de la cuchilla puesta la fortuna
del pueblo todo: negra muerta, ó vida.
Mas, hora, si de mí te compadeces,
ve, ya que joven tú eres, y levanta
á Áyax, el corredor, y al de Fileo."
Dijo; y aquél los hombros se velara
en la rojiza piel de un león fogoso,
giganteo;—la cual llegaba grande
hasta sus plantas—;y empuñó la pica.
Y fué el campeón en presurosa marcha;
á aquellos dispertó y consigo trajo.
Llegaron de las guardias á la hueste,
y no hallaron durmiendo á los caudillos.

---

a ="está pendiente de un hilo."

Posaban en el suelo armados todos,
y en vela; como perros que el rebaño
en el aprisco guardan y la noche
entera velan, con faena grave,
la oreja recta á la montuosa cima:
do estruendo suena de hombres y de canes,
que van en pos de la soberbia fiera;[a]
—lejos el sueño fuése de sus ojos;—
tal de los párpados huyó del pueblo,
que la noche tristísima velara,
el plácido reposo: á la llanura
sin cesar se volvían, el oído
atento, por si andaban los Ilienses.
Gozoso contemplólos el anciano
y así los animó[b]: "Tal, caros hijos,
hora velad. Á nadie el sueño coja,
porque placer no deis al enemigo."
Dijo, pasando el foso, y le siguieron
los reyes, á asamblea convocados.
Meríones y el claro Nestorida,
también llamados á la junta, fueron
unidos á ellos; y de la honda cava
salientes, se sentaron do de muertos
de la batalla mondo estaba el sitio;
de donde Héctor pujante retornara,
tras del estrago en los Aquivos hecho,
y cuando umbría le envolvió la noche.
Sentados, confirieron, arengaron.
Á hablar rompió el auriga de Gerenia:
"¿No habrá, ó amigos, quién osado y alto
quiera ir á los magnánimos Ilienses?;
ya á sorprender un hombre solitario,
ó los rumores á apurar de Troya;
lo que los Teucros traman: si pretenden
quedar aquí, de los navíos lejos;
ó si, venciendo á las *helenas gentes,

---

a El león.

b Sigue el verso espurio: "y voceando les dijo esta palabra alada."

retroceder á la ciudad intentan:
Todo esto indague, y á nosotros torne
incólume: llenara el mundo entero
y grande hasta los cielos se ensalzara
su gloria. Ricas dádivas tuviese.
Cuantos reyes imperan en la armada
sendas ovejas negras con su cría
diéranle todos. Fuera su opulencia
sin par, y siempre convidado grato
en banquetes, festines, pareciera."
Dijo; y callaron silenciosos todos.
Luego les arengó, de la batalla
el poderoso voceador Diomedes:
"Arrebatándome va el pecho, ó Néstor,
y el alma audaz, y llévame á los reales
de Ilión vecinos á las naos nuestras.
Mas, si marcha conmigo otro lidiante,
crecerá mi confianza y valentía.
Donde dos, lo que al uno se le oculta,
al otro no. De quien á solas anda,
ya que prudente sea, se minoran
las luces; debilítase el consejo."
Dijo Diomedes, y seguirle muchos
quisieron: lo quisieron los Ayaces,
de Mavorte uno y otro compañeros:
Meríones lo quiso, y ardorosa
quísolo la progenie *nestorida;
y el vástago de Atreo, Menelao,
claro en la pica. Y el constante Ulises
atravesar también la *teucra hueste
deseó: fué siempre levantada su alma.
Y Agamenón, caudillo de los hombres,
tal les habló: "Diomedes, ó Tidida,
caro á mi pecho, escoge á quien quisieres
por compañero, pues que muchos se alzan.
De los que anhelan serlo, elige al prócer.
El corazón enfrena: no rechaces
al más potente, ni contigo lleves
por contentarle, á un hombre menos válido.
Ni á estirpe mires, ni á la regia alteza."

Dijo, y temblaba por el blondo hermano.
Les arengó segunda vez Diomedes,
de la batalla voceador preclaro:
"Si me mandáis señale compañero
yo mismo ¿cómo al divinal Ulises
pudiera yo olvidar? Ulises rico
de discreción, de fortaleza rico,
doquiera en los azares de las armas,
y por Minerva, la lancera, amado?
Si voy con él, que lo penetra todo,
entrambos salvos de tornar habremos,
siquiera fuéramos por vivas llamas."
Y Ulises, el audaz, esplendoroso
le respondió: "Tidida, ¡ni alabanzas,
ni vituperios que sobrados sean!
Conocen la verdad los que te escuchan.—
Empero ¡vamos! Rápida declina
la noche; se adelanta, ha despedido
sus astros precursores ya la aurora:
muy más de la mitad fué de las umbras.
De sus tres tercios uno sólo resta."
Hablando así, las temerosas armas
vistiéronse. Su espada de dos filos
donó al Tidida el firme Trasimedes;
—la propia en el bajel dejara—; dióle
su escudo. En la cabeza le pusiera
morrión de piel taurina, sin penacho
y sin cimera—casco lo apellidan:
amparo de las templas á los fuertes.—
Arco, carcaza á Ulises dió y cuchilla
Meríones; le colocó en las sienes
yelmo coriáceo;—armábanlo por dentro
numerosas y sólidas correas;
bellos y bien dispuestos lo cubrían
doquier por fuera cándidos colmillos
de jabalíes, con nevados dientes;
el interior de fieltro se vestía;—
en la mansión robusta penetrando
del Ormenida Armíntor en Eleona,
cogiólo Autólico; éste á Anfidamante,

el *citerio, lo enviara, en Escandía;
Anfidamante en don del hospedaje
lo diera á Molo; Molo al hijo suyo,
Meríones, lo dió por arma propia.
En este yelmo amparador, entonces
de Ulises la cabeza apercibiérase.
De sus medrosas armas revestidos,
apresurados fueron, y dejaron
allí á los héroes de la Acaya todos.
Orilla del camino, á diestra mano,
una garza Minerva, la lancera,
les envió. Los ojos no la vieron
por entre las tinieblas nocturnales;
oyóse, empero, su sonar. Ulises
del ave se alegró y clamó á la diva:
"Escúchame, tú, ó prole del Tonante,
tú, que á mi lado estás en toda cuíta;
tú, que de mí te acuerdas doquier vaya:
hora de nuevo cúbreme, Minerva,
con grande amor! Da que sublime hazaña
hagamos, á los Teucros afanosa;
y á las naves gloriosos retornemos."
Diomedes, voceador de las batallas,
luego clamó: "Mis ruegos también hora
escucha, tú, ó progenie del Saturnio,
ó Invicta, ve conmigo defensora;
cual fuíste en otros tiempos con mi padre,
el fúlgido Tideo, mensajero
enviado á Tebas por el pueblo *aquivo.
Dejó á los Dánaos, de éneas armaduras,
del Asopo en las márgenes. Llegara
á los *cadmeos en melosas voces.
Mas, al tornar de entre ellos, obras hizo
de horrible perdición y funerarias,
contigo, ó dea espléndida; quien ibas
benévola á par de él y protectora.
Así también benigna al lado mío
ahora asísteme y guárdame. Á tus aras
una becerra, de anchurosa frente,
y no domada ni sujeta al yugo,

conduciré; y en oro irán sus cuernos."
Tal rogantes clamaron; escuchólos
de Jove excelso la doncella astera,
Palas; precipitáronse, cual leones
á través de la noche tenebrosa,
por entre el campo cruendo y los caídos,
entre las armas y la negra sangre.
Mas no dejó, no, los Ilienses acres
Héctor dormir; y convocó la junta
de los campeones todos de Dardania:
jefes y soberanos. Convocólos,
y este sagaz consejo les propuso:
"¿Quién una empresa rematar presume
de opimos ciertos dones coronada?
Yo un plaustro le daré con dos corceles,
de enhiesto cerro, la más noble biga
en los veloces barcos de la Acaya;
si en osadía gloria conquistare,
llegándose á las naves voladoras,
por explorar si la velera armada,
cual antes se custodia; ó si, postrados
de nuestras manos, en la fuga piensan,
y ya velar la noche no pretenden,
del espantable trabajar rendidos."
Dijo y callaron en silencio todos.
Un hombre había del *troyano pueblo:
Dolón, en oro y bronce rico, el hijo
de Eumedes, sacro heraldo. En faz deforme
era Dolón, mas de volantes plantas;
el sólo hermano de doncellas cinco.
Éste dijo á los Teucros y al Priamida:
"Héctor, el corazón y el alma ardiente
arrástranme á los pinos voladores,
por, cerca de ellos, otear el campo.
Mas ¡ea! júrame —y levanta el cetro—
que el carro ornado en primoroso bronce
y los bridones me darás, que llevan
al vástago intachable de Peleo.
Que yo no habré de ser espía ocioso,
ni defraudarte en tu esperanza: recto

iré á través del campo, hasta que llegue
á la nave real; donde los héroes
decidirán la fuga ó la batalla?—"
Dijo, y aquél jurárale, alto el cetro:
"El mismo Jove séame testigo,
el tonador esposo de Saturnia;
que no otro *ideo montará en la biga;
y eterna, digo, lucirá tu gloria."
Así, falaz[a] juró, infundiendo brío
á Dolón. Éste, el arco curvo luego
suspenso al hombro, se vistió la cota
de gris cuero lupino; la cabeza
se armó en morrión de musteláceas pieles.
Empuñó el asta aguda, y á gran prisa
del campo hacia las naves alejóse.
Mas á Héctor retornar desde la armada
y de ella nuevas darle no le cupo.
Dejando de las bigas y los hombres
la multitud, corrió con planta ardiente.
Vióle venir el divinal Ulises,
y al de Tideo dijo: "¿Ves, Diomedes,
cómo del campo *teucro un hombre viene?
Ni sé si espía á ver nuestros navíos,
ó á despojar alguno de los muertos,
que por el campo yacen de batalla.
Dejemos que en el llano se adelante
un poco todavía, y pronto rápidos
cojámosle, volemos. Si nos vence
en la carrera, del *dardanio campo
con la lanza apartémosle, á las naves
forzándolo á correr. Á Ilión no vuelva."
Dijeron, y por entre los caídos
desviáronse; veloz, la mente ciega,
aquél corrió adelante. Cuando de ellos
se alejó lo que arar un par de mulos
usa;—mulos fornidos más que bueyes
para ir surcando en bien compacto arado
la campiña feraz;—en pos corrieron,

---

[a] Involuntariamente.

y él, al sonar del ruído, se detuvo:
pensaba dentro el alma que venían
de Ilión, quien le dijesen regresara,
enviados de Héctor. Ya distaban sólo
un tiro de asta, ó menos, cuando viera
en ellos, enemigos. Las rodillas
movió á la fuga desalado. Prestos
los *dánaos le siguieron ardorosos.
Como dos perros, con agudos dientes,
y á cazar avezados, cuando siguen
por la selva, en correr infatigables,
á un cervato, una liebre;—entre vagidos
ante ellos va volando:—tal Díomedes
y Ulises, destructor de las ciudades,
á Dolón de los muros apartaron,
tras él, con incansable afán corriendo.
En su fuga á las naves, cerca estaba
ya de los centinelas, cuando bríos
dió Palas á Diomedes, porque nadie
de los con éneas armaduras Dánaos
se adelantase en traspasar al *teucro,
y al Tidida esta gloria arrebatara.
Sobre él abalanzóse con la pica
Diomedes poderoso y tal dijo:
"Tente, ó te alcanzo con el asta, y mira
que, si alzo yo la palma, no te escapas
ni alejas del abismo de la muerte."
Dijo, y tiró la lanza, no intentando
herir á aquél. Por sobre su hombro diestro
voló la punta de la tersa pica
y clavóse en la tierra. Se detuvo
el *teucro temeroso, balbuciente;
—violento dentellara—el rostro tinto
en verdino palor. Alcance diéronle
aquellos anhelantes y le asieron.
Él, entre lágrimas, así les dijo:
"Vivo prendedme: tengo yo rescate;
bronce en mi hogar yo tengo; y oro tengo
y el fierro, en labor ímproba forjado.
De todo ingentes dones, redimiéndome,

mi padre os pagará, cuando supiere
que vivo estoy en las *aquivas naos."
Y respondióle Ulises, el artero:
"No temas, y no pienses en la muerte.
Mas dime la verdad, y nada ocultes.
¿Dó vas hacia las naves solitario
desde el campo á través la ciega noche,
en la que duermen los demás mortales?[a]
¿Á explorar todo en los bajeles anchos
Héctor te envía? ó tu alma te aguijona?"
Y Dolón;—trepidábanle los miembros—:
"Para mil cuítas Héctor dementóme,
del esplendente Aquiles prometiendo
la alada biga, el éneo hermoso carro.
Por la sombría y desfrenada[b] noche
ir cerca de los hombres enemigos
mandóme y explorar, si cual lo hacían,
custodian aun los barcos voladores;
ó si, por nuestras manos domeñados,
meditan y discuten ya la fuga;
y si han cesado de velar la noche,
del formidable trabajar opresos."
Y entre sonrisos el sagaz Ulises:
"¡Por vida mía, que encumbrados dones
tu pecho anhela: del Pelida bravo
los corceles! corceles que no doman
ni rigen sin afán mortales hombres;
los rige Aquiles, cuya madre es dea.
Mas dime la verdad; nada me celes:
¿Dó, acá al venir, te separaste de Héctor,
pastor de pueblos? ¿Dónde su armadura
está? dó sus bridones? ¿Quiénes velan
en el *dardanio pueblo? quiénes duermen?"[c]
Contestóle Dolón, de Eumedes hijo:

---

[a] Sigue el verso espurio: "¿acaso á despojar á alguno de los muertos que han sucumbido?"

[b] Rápida y temible.

[c] Siguen los vs. esp.: "¿y qué acuerdan entre sí? quieren quedar aquí, junto á las naves, lejos (de la ciudad)? ó, retrocediendo, volver á la ciudad, después de postrar á los Aqueos?"

"Pues te diré yo la verdad sin velo:
Héctor, cercado del consejo todo,
medita, delibera secretísimo,
cabe la tumba de Ilo, el héroe sacro.
Preguntas, ó campeón, por las custodias:
no hay ninguna escogida que proteja
el campo y lo vigile. Cuantos *teucros
han encendido piras, á la fuerza
rendidos, velan y los pueblos guardan.
Los auxiliares, de sublime fama,
duermen; á los de Ilión la vela dejan:
no tienen cerca ni mujer ni prole."
Y Ulises, el sagaz: "¿Pues cómo duermen?
con los aurigas Teucros confundidos?
ó lejos de ellos? Todo di: me importa."
Y de Eumedes el hijo respondióle:
"Te lo diré también y sin falacia.
Los *carios, los *peonios, de arco curvo,
los *léleges, acampan hacia el ponto;
y los *caucones y *pelasgos claros.
Hacia Timbra sentaron sus reales
los *licios, los de Misia, asteros fuertes,
y los *frigios aurigas y los *meonios,
de carro armados. Mas ¿á qué todo esto?
Pues si deseáis llegar de los Ilienses
al campo, están allí recién venidos,
lejos, en el postrer confín los *traces.
Su rey es Reso, el hijo de Eyoneo.
Las más bellas alfanas, más erguidas
que nunca vi, las suyas son: más albas
que ampo de nieve, raudas cual los vientos.
Bien fabricado está de oro y de plata
su plaustro. Vino en armas gigantescas,
áureas y que suspenden la mirada;
armas no propias de mortales hombres,
sino de las deidades sempiternas.
Mas á los barcos voladores hora
conducidme, ó, ligado en graves hierros,
aquí dejadme, hasta tornar vosotros
y ver si cierta es mi palabra ó falsa."

Miróle torvo el válido Diomedes:
"Esperanzas no forjes de la fuga,
ó Dolón, bien que nuevas de valía,
desde que te prendimos, has nunciado.
Pues, si hora te soltáramos por precio,
ó sin rescate, á las veleras naos
de Acaya tornarías nuevamente,
ó explorador, ó armado á la batalla.
Pero, si de mi mano derribado,
mueres, no dañarás ya á los Aquivos."
Dijo. Aquél intentó en su firme mano,
tocándole la barba, suplicarle.
Mas él al punto traspasóle el cuello,
cortando por la espada ambos tendones.
Gimió Dolón; cayó su testa, hundióse
en el polvo. Del yelmo, conformado
con musteláceas pieles, despojóle,
y del lupino cuero, el arco curvo,
la luenga pica. Las quitadas armas
hacia Minerva, del botín dadora,
alzó á la altura el rutilante Ulises,
en las palmas, y dijo suplicante:
"Gózate, ó dea, en el botín; que tú eres
de las deidades del Olimpo todas
aquella á quien primero damos dones.
Con favor nuevo á los corceles *tracios
dirígenos y á do los *traces duermen."
Así clamó, y alzada la armadura,
allá en las ramas de un taray colgóla.
Cortó cañas y vástagos lozanos
del tamariz, porque señal visible
allí quedara, que olvidar el sitio
no permitiese, al regresar su planta
por la sombría desfrenada noche.
Yacientes armaduras, negra sangre
primero atravesaron. Á las lindes
de los guerreros *tracios en su ruta
luego arribaron. Fatigados éstos
de la labor, durmieran. Reclinadas
en la tierra yacían á par de ellos,

en filas tres y en orden rigoroso,
las primorosas armas; y las bigas
con sus ductores. Reso en medio el campo
dormía: al lado suyo por lazada
en el borde último del plaustro atados
estaban sus corceles voladores.
Le vió primero Ulises, y á Diomedes
mostróle: "Éste es el hombre, ésta la biga,
Diomedes, que Dolón, trofeo nuestro,
nos señalara. ¡Sus! vivo coraje!
con ellos cierra! no des paz al arma!
Ni un punto tardes: suelta tú la biga
ó yo la suelto; y tú los hombres mata."
Dijo, y Minerva, la ojirrutilante,
ánimos le infundió: mató el Tidida
acá y allá. Sonaban lastimeros
entre su acuchillar los estertores:
se enrojecía con la sangre el suelo.
Como á la grey de cabras ó de ovejas,
que sin pastor están, se acerca, ansioso
de estrago, el león y en medio de ellas salta;
así, hasta doce degollar, el hijo
de Tideo lanzóse por los *traces.
Mas de la planta el ingenioso Ulises
asía á los que aquél iba matando.
Y retirábalos con mente atenta,
porque esa biga de gallardas clines
en el correr, camino libre hallase
y al mirar vez primera acaso muertos,
no se aterrara. Al rey llegó Diomedes;
y arrebató la cara dulce vida,
tras de los doce, á Reso estertoroso:
quien le vió de su lecho á la cabeza
bajo la faz de un espantable Sueño.[a]
Ulises, el magnánimo, paciente,
en tanto los corceles voladores
desató y entre sí ligó en correas.

---

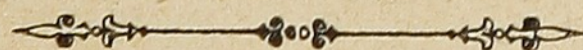
[a] Sigue el verso espurio: "en la noche, hijo de Eneo, por consejo de Minerva."

Y con el arco los golpeó y de en medio
los ahuyentó del campo; que olvidara
coger del plaustro, ornado con primores,
el látigo luciente. Señalólos
con un silbido al fúlgido Diomedes.
Quien se detuvo y vaciló pensando
si hazañas rematar aun más terribles;
ó si del pértigo arrastrar el carro,
en do yacían las pintadas armas;
ó alzándolas, sacarlas de la tienda;
ora también si á más hombres de Tracia
la vida arrebatar. Tal revolvía
perplejo. Mas al héroe rutilante
se avecinó Minerva y tal le dijo:
"Piensa en tornar á los navíos anchos,
ó prole del magnánimo Tideo,
porque no vuelvas fugitivo al campo.
Puede que un dios despierte á los de Troya."
Dijo. El acento conoció Diomedes
de la deidad. Subió en la biga pronto;
hostigó Ulises con el arco; entrambos
hacia las naos rápidas de Acaya
volaron con los héroes los bridones.
Pero no en vano atalayara Febo,
del arco argénteo, cuando vió á Minerva
en pos venir del hijo de Tideo.
Con ella airado, la *dardania hueste
atravesó doquier. Á Hipocoonte,
del príncipe sobrino generoso,
entre las gentes *tracias consejero,
despertó. Quien saltó del lecho á prisa,
al ver desierto de la biga rauda
el sitio; al ver convulsos todavía,
tras muerte horrenda, á los occisos hombres.
Invocó entre lamentos al amigo,
al compañero de armas. De los Teucros
que en multitud confusa se agitaban,
la grita y alaridos infinitos
oyéronse sonar. Vieron atónitos
la de varones ya á las vastas naves

retornados atroz carnicería.
Aquellos al venir donde mataran
al espiador *hectóreo, los corceles
detuviera el de Jove amado Ulises:
saltó el Tidida en tierra; dió al amigo
los sangrientos despojos; á la biga
subió; aguijóla: ella voló violenta.[a]
Su correr oyó Néstor el primero
y así gritó: "Ó amigos, ó ductores,
del pueblo *aquivo príncipes: ¿me engaño?
¿Ó es la verdad lo que verdad yo creo?
De mis orejas en redor retumba
bronco el correr de alígeros bridones.
¡Oh si tan presto Ulises y Diomedes,
el fuerte, las alfanas voladoras
de en medio de los Dárdanos trajeran!
Mas temo y me estremezco por la suerte
de nuestros héroes que Dardania cerca!"
Su voz aun no expiraba, cuando aquellos
llegaron; descendieron á la tierra:
tendiéronles gozosos los Aquivos
la mano entre palabras lisonjeras.
Y el auriga *gerenio preguntóles
el primero: "Habla, di, ó glorioso Ulises,
honra de los Argivos refulgente,
cómo tales corceles apresasteis.
¿En medio de la *iliense muchedumbre?
ó un numen encontrasteis que os los diera?
Por maravilla su fulgor semeja
del sol los rayos. Siempre he combatido
entre las *teucras filas: decir puedo
que no he quedado en los bajeles nunca,
anciano como soy. Jamás, empero,
tales trotones vi, ni de ellos supe.
Á fe que á un dios hallasteis en la ruta
y él os los dió; que os ama entrambos Jove,
de nublos en tormenta soberano,

[a] Sigue el verso espurio: "á las huecas naves, adonde le agrada en extremo (llegar)."

y el vástago del tronador Saturnio:
Palas, lucerifúlgida doncella."
Y el ingenioso Ulises respondióle:
"Ó Néstor de Neleo, ó grande gloria
de los Aquivos: á los dioses fácil
fuera darnos corceles aun mejores:
no se detiene aquí, no, su potencia.
Anhelas conocer aquestos potros:
poco há vinieron á Dardania, anciano;
de Tracia son. Mató el bravo Tidida
á su ductor, y en torno de él campeones
y socios suyos doce; y al espía
á par de los navíos—son los trece—
matamos—:Héctor y los Teucros claros
le enviaron á explorar el campo nuestro."
Diciendo así, la voladora biga,
gritando jubiloso, condujera
allende el foso. Ledos le siguieron
los Dánaos. Al venir cabe la tienda
del Tidida gallarda, los bridones
en bien cortado amiento lacearon
al pesebre, do estaban las alfanas
del campeón atadas y comían
sabroso trigo. Ulises de la nave
puso en la popa la armadura cruenta
de Dolón á Minerva por trofeo.
Ambos fueron al mar y en él bañáronse
del copioso sudor las piernas, cuello,
los muslos. Tras limpiar la piel sudante,
tras el de las fatigas laso pecho
refrigerar en las ecuóreas ondas;
al terso baño fueron y laváronse.
Y con óleo de oliva luego ungidos,
sentáronse al festín, y de urna plena,
nectáreo vino á Palas desfloraron.



CANTO XI.

Hazañas de Agamenón.

La Aurora de su lecho levantóse,
do á par dormía del gentil Titono;
se alzó veloz, para llevar la lumbre
al Olimpo inmortal y á los mortales.
Y Jove la discordia tremebunda,
que la enseña tremola de la lidia,
envió á los *dánaos voladores barcos.
La cual el pié paró en la negra nave
de Ulises dilatada; al centro sita,
para de allí clamar á toda parte:
ora á la tienda de Áyax Telamonio,
ora á la del Pelida; quien llevaran
al postrero confín sus bellas naves,
redondeadas, en su brío fiados,
y en el valor del brazo y la pujanza.
Á par del leño se detuvo el numen,
y en resonante poderoso acento,
horrífica gritó, y soberbia fuerza
de combatir sin fin en la batalla,
dió al corazón del pueblo *aquivo entero.[a]
El Atrida clamó y mandó ceñirse
á los dánaos. El bronce refulgente
vistió y las grebas, de argentinos broches,
hermosas. Luego armó sobre su pecho
el peto, que presente hospitalicio
Cíniras otro tiempo le donara;
que á Cipro le llegó la fama insigne

---

[a] Sigue el verso espurio: "Al punto á éstos se hizo más dulce la guerra que el volver en cóncavos navíos al caro suelo patrio."

de los Dánaos que contra Ilión armaban
sus leños: le movió del rey la gloria,
y la loriga dióle: regia dádiva:
en cercos diez de azul acero, doce
de oro, de estaño veinte, entretejida;
en ella se empinaban hacia el cuello
á entrambos lados tres cerúleas sierpes,
al iris símiles, por Jove alzado
en las nubes, prodigio á los mortales:
y de sus hombros suspendió la espada;
en ella clavos áureos le lucían.
Argéntea vaina la guardaba; de oro
era su tahalí. Embrazó la adarga,
que el cuerpo entero le velaba terca,
y pulcra y primorosa; aros broncíneos
diez el broquel cubrían: veinte cuñas
de estaño en medio de ellos esplendieran,
de un clavo en torno de azulino acero:
Gorgona allí, la de tremendos ojos
erguíase, mirando horripilante;
y en torno de ella el Pánico y la Fuga.
Del escudo el fiador era argentino;
por él se deslizaba azul serpiente,
tricípete, de un solo cuello. Púsose
en la testa el morrión, de cauda equina
en cuádrupla cimera; pavoroso
ondeante, coronábalo el penacho.
Dos de énea punta bravas azagayas
agudas apañó. De ellas subieran
hacia los altos cielos resplandores.
Luego tronaron Palas y Saturnia,
á honor del rey de la Micenas de oro.
Todos á sus aurigas intimaron
refrenar los bridones cabe el foso,
en fila igual. Armados los infantes,
cual torrente lanzáronse. Infinito
se alzara el clamoreo de combate,
del alba entre el rayar. Mucho más prontos
que los aurigas se ordenaron. Éstos,
mediando breve pieza, los siguieran.

En medio de ellos levantó el Saturnio
estrépito fatal de la batalla.
Y derramó desde la altura etérea
rocío en sangre tinto; que al averno
el hado decretara que bajasen
mil almas de adalides poderosas.
  Allá de la planicie en el collado
los haces de Dardania rodeaban
á sus ductores: Héctor, el sublime;
Polidamante, sin mancilla; Eneas,
honrado á par de un numen por su pueblo;
y Pólibo; Agenor esplendoroso;
Acamante, el doncel, asimilable
á los dioses; los tres Antenoridas.
Embrazado el rotundo bello escudo,
Héctor entre los próceres andaba.
Cual entre nubes de velado cielo
el astro [a] aciago asoma rutilante
y se hunde al punto en tenebrosa nube;
así, mandando, parecía el *teucro
ora en primera, ora en postrera fila.
De bronce todo armado, coruscaba,
cual del tonante Padre la centella.
  Al modo que, encontrados, de un rico hombre
en el campo de trigo ó de cebada,
en su cortar los segadores vienen;
y una en pos de otra las gavillas caen:
tal, entre sí chocando, se mataban,
sin acordarse de la triste fuga,
Teucros y Dánaos: [b] era igual su fuerza.
Y como lobos se embestían crudos.
Alegre la Discordia los miraba,
de mil gemidos causadora. Sóla,
de entre los dioses á la lidia vino;
los otros no acudieron: retirado
permanecía en su jarifo alcázar

---

a Sirio.

b Lo que sigue, hasta el verso *Mientras fué*, etc., se considera por algunos como espurio.

cada cual del Olimpo en las alturas.[a]
Mientras fué la mañana y se elevaba
el sacro día, de una hueste y otra
certeros dardos por doquier volaron.
Y cayó el pueblo. Al tiempo que en la sierra
el leñador, las manos fatigadas
de aterrar altos árboles, previene
su alimento;—el cansancio agobia su alma;
el corazón por dulce pan suspira—;
á tal tiempo los Dánaos, á los suyos
por el campo gritando, destrozaban
falanges poderosas. Y el Atrida
se alzó el primero; arrebatara á un hombre:
Bienor, pastor de pueblos, y á su auriga
y amigo Oileo. Quien, del carro en tierra
saltando, abalanzárase al caudillo.
Mas él la aguda pica le clavara
en las sienes. Ni el yelmo, grave en bronce,
la pudo detener; atravesólas,
y atravesó su cráneo; todo el seso
de dentro se esparció: cayó su brío.
Y Agamenón, caudillo de los hombres,
allí dejólos, albos y lucientes
los pechos, de sus armas despojados.
Y fué y mató de Príamo dos hijos:
Iso, el espurio, y Ántifo. Lidiaran
en sólo un carro; el noto lo regía;
á par de él Ántifo, el insigne, estaba.—
De mimbrera en retoños el Pelida
un tiempo los ató en la sierra *idea;
pastores los halló; se rescataron.—
Agamenón Atrida prepotente
por sobre la mamila el pecho de Iso
hirió con su asta; por la oreja al otro

[a] Siguen los versos espurios: "Y todos acusaban al Saturnio, de negras nubes, de haber querido dar gloria á los Troyanos. Pero no se curaba de ellos el Padre. Quien, apartándose lejos de los otros, sentóse, á gran distancia, ufano de su gloria, mirando á la ciudad de los Troyanos y las naves aqueas, el relampaguear del bronce, á los matadores y los muertos."

con la espada, y del carro despeñóle.
Al punto les quitó las bellas armas
y conociólos: viéralos un día
en las veleras naos, cuando Aquiles,
el corredor, los trajo desde el Ida.
Como el león, de voladora cierva
la tierna cría sin labor destroza,
con formidables dientes, al hallarla
dentro al cubil;—el delicado aliento
arráncales; no puede, si se acerca
por fortuna la madre, defenderlos;
temblor y espanto la sacude toda;
de la potente fiera perseguida,
á la espesura vuela sudorosa—;
así la perdición de los Ilienses
ninguno á detener fué poderoso;
antes huían del empuje *aquivo.
Á Pisandro y á Hipóloco esforzado,
del valeroso Antímaco progenie;
—el cual, comprado por el oro y dones
de Paris esplendentes, no quisiera
que al blondo Menelao se volviese
Helena—; aquestos en un sólo plaustro,
ductores ambos de volante biga,
matara Agamenón armipotente.
Las luminosas bridas de la mano
soltaron; los corceles pavoridos
estremeciéronse. Cual león, saltara
sobre los adalides el Atrida.
Quien desde el carro suplicaron: "Vivos,
hijo de Atreo, cógenos: daremos
rico rescate. Guarda la morada
de Antímaco preciosidades muchas:
bronce, oro, el en labor domado hierro.
Sin cuento dones te dará de todo
mi padre con placer, cuando supiere
que aun alentamos en la armada *aquiva."
Así al de Atreo flébiles clamaron,
en voces blandas: hórridas oyeron:
"Si prole sois de Antímaco nervoso,

quien en la *teucra gente mandó un día
que Menelao y el divino Ulises,
en Troya mensajeros, retenidos
allí fueran, y muerto allí el Atrida;
del padre hora pagad la atroz infamia."
Dijo, y hundió á Pisandro dentro el pecho
la lanza y le tiró del carro en tierra;
do supino el cadáver se apoyara.
Saltó del plaustro Hipóloco. En el suelo
le mató aquél; tajárale las manos
y el cuello de un fendiente; y arrojóle
y le rodó, cual bola, por la hueste.
Y los dejó. Se fué donde los haces
más densos se estrechaban, y lanzóse
entre ellos y con él otros *aquivos,
grebigallardos. Daban los infantes
á los infantes que cedían, muerte;
jinetes á jinetes. So las plantas
se levantó por la llanura polvo,
que del bridón el resonante callo
en medio del fragor remolineara.
Mataba el bronce. Agamenón excelso,
derribaba, mandaba, adelantábase.
Como, al caer la abrasadora flama
en virgen selva, el viento por doquiera
volando en giro, llévala; se tronchan
de cuajo los arbustos, por la fuerza
del huracán y el fuego derrumbados;
tal bajo la pujanza del Atrida
cayeran de los Dárdanos huidizos
las cabezas. Y bigas cervigudas
muchas, de sus ductores intachables
faltas, vacíos, sonorosos carros
por el campo arrastraban de batalla.
En la tierra yacieran los aurigas,
al buitre más amables que á la esposa.
Héctor arrebatado fué por Jove
á dardos, polvo, á la matanza y sangre
y á los clamores de contienda fieros.
Siguióle Agamenón: á los de Acaya

regía con ardor. Cabe la tumba
de Ilo, el antiguo Dardanida, fueron
por en medio del llano y por la higuera,
huyendo, los Ilienses desalados
á la ciudad. Clamoso perseguíalos
arreo Agamenón, en sangre tintas,
que derramaba, las invictas manos.
Mas, al llegar á las *esceas puertas
y encina, el pié fijaron, y los unos
aguardaron los otros. Fugitivos
se disparaban aun por la llanura
más y más *teucros; cual las vacas huyen,
cuando el león las sigue en las tinieblas
de la alta noche;—todas se estremecen,
mas una sóla ve la muerte horrenda
asomar; en sus dientes poderosos
la coge, y rompe su cerviz, y luego
el cruor englute y las entrañas todas—.
Así el reinante Agamenón los Teucros
seguía y sin cesar daba la muerte
al postrero. Corrían pavoridos;[a]
y á manos del Atrida, despeñados
acá y allá, de bruces y supinos
caían de los plaustros los guerreros:
clavaba en torno con furor su pica.
Y á punto estaba de tocar al muro
de la ciudad erguida, cuando el padre
de mortales y númenes bajara
desde los cielos, en la mano el rayo.
Del Ida fontanoso en las alturas
sentóse y hacia sí llamó ardoroso
á Iris, la de alas áureas: "Corre, vuela,
Iris veloz, á hablar una palabra
á Héctor: dile que ceda; mas los suyos
lidiar ordene en carnicera lucha,
mientras á Agamenón, pastor de pueblos,
pugnar contemple en la primera fila

[a] Algunos críticos tienen por espurios los tres versos siguientes.

y destrozar furioso las falanges.
Pero luego que, en lanza vulnerado
ó flecha, al carro suba, entonces fuerza
de riza hacer yo le daré, y que llegue
á la fornida armada, antes que se hunda
el sol y se alce la sagrada sombra."
Así dijo. Su voz no desoyera
Iris, la rauda, de la planta alada,
cual huracán. De las *ideas cimas
á la Ilión sacra descendió; y al hijo
de Príamo pugnaz, el lúcido Héctor,
en el roblizo carro, de la biga
á par halló. Se aproximó y le dijo
Iris, de piés alígeros: "Ó prole
de Príamo, Héctor, en consejo símil
al Saturnio: de Jove enviada vengo
á nunciarte que cedas, mas los tuyos
lidiar ordenes en sangrienta lucha,
mientras á Agamenón, pastor de pueblos,
pugnar contemples en primera fila
y destrozar furioso las falanges.
Pero luego que, en lanza vulnerado
ó flecha, al carro suba, entonces fuerza
de riza hacer él te dará, y que llegues
á la fornida armada, antes que se hunda
el sol y se alce la sagrada sombra."
Dijo, y se fué la de los piés penígeros.
Saltó del plaustro en tierra con las armas
Héctor. Y discurrió por toda parte,
vibrando agudos dardos; y á los hombres
inflamó á combatir, y de la lucha
fué despertando la medrosa grita.
Volviéronse los Teucros y cerraron
con los Argivos. Sus falanges éstos
reforzaron. De nuevo se trabara
la lid: chocaron. El Atrida al punto
saltó á luchar: adelantarse á todos,
grande, sublime en el luchar ansiaba.
Hora decidme, musas, moradoras
de *olímpicos alcázares, quién fuera

del Atrida el primer encontradizo:
ó *teucro, ó de los socios renombrados.
Ifidamante, Antenorida bello,
forzudo, quien creció en la Tracia fértil,
de greyes patria. En su manida crióle
Ciseo, que engendró á la de mejillas
hermosa Teano, del guerrero madre.
Á éste, al tocar de juventud gloriosa
la meta, retuviera allí Ciseo,
y le dió por consorte una hija suya.
El tálamo reciente abandonara
por ir en pos del esplendor *aqueo,
de doce naos encorvadas jefe.
Dejó en Percote sus hermosos barcos
rotundos: á Dardania fuera infante.
Quien recibiera entonces al de Atreo.
Cuando en la rota se acercaron ambos,
su bote erró el *heleno: desviada
voló su azcona. Ifidamante hirióle
el ceñidor, del peto por la orilla.
Esforzó el golpe, de su fuerte mano
fiando. No traspasó el pintado cinto,
sino mucho antes se detuvo el asta
en el argento y se melló, cual plomo.
Asióla Agamenón, el prepotente,
y con leonina furia arrebatóla
consigo y de la mano del *iliense.
Con el montante la cerviz sególe,
y disolvió sus miembros. Tal cayera
el hombre allí, durmiendo el éneo sueño.
¡Infortunado! lejos de la esposa,
por amparar ciudades! no pagara
aquella, todavía en flor, las donas
ricas: cien bueyes, cabras mil y ovejas,
que infinitas guardaran sus pastores.
Le mató aquél y retornó á la hueste
con el botín de las hermosas armas.
Le vió Coón, clarísimo guerrero,
de Antenor primogénito; y nublóle
por el hermano muerto la mirada

pesar inmenso. Con la lanza al lado
se fué del noble rey; quien no le viera;
le hirió del brazo en la mitad, so el codo;
lo traspasó de la luciente pica
la punta. De los hombres el caudillo
se estremeció; de la batalla, empero,
ni de blandir las armas se retrajo.
Arremetió contra Coón, asida
el asta arbórea, que creció entre vientos.
Á su carnal hermano Ifidamante
aquél del pié arrastraba ya ligero,
clamando en derredor á los campeones.
Mas, al llevarlo á las escuadras *teucras,
el rey llagóle y resolvió sus miembros
so el convexo broquel, con énea pica.
Al *teucro, en el hermano reclinado,
se acercó, y degollólo. Así la prole
de Antenor, consumado su destino,
hacia el *plutonio alcázar descendiera.
Mientras manaba cálida la sangre,
Agamenón atravesó las filas
de combatientes todas; con el asta,
la espada, grandes peñas de los campos.
Pero la herida marchitó; cegóse
el cruor; y penetraron del Atrida
la fuerza acerbas ansias. Cual aguda
cruel en la parturiente las *ilitias,
de Juno prole, clavan su saeta
dolorosa, solícitas amigas;
tal rompió al soberano el dolor fiero:
en su plaustro saltó, y mandó girarlo
por el auriga á los bajeles hondos:
su corazón torturas enduraba.
Y resonó por el *aquivo campo
su gran clamor: "Ó aurigas, ó ductores
y reyes de los Dánaos: la batalla
y su grave rumor, de los navíos,
surcadores del piélago, vosotros
hora apartad; que estar el día entero
sobre las armas luchador, negóme

Jove del mundo el árbitro supremo.”
Así clamó. Los de melena hermosa
bridones el auriga flagelara,
fijando el rumbo hacia las cavas naos:
¡Inútil aguijón! por sí volaran;
húmedo el pecho de sudor, cubriólos
el polvo que brotara so los cascos;
de la batalla lejos condujeran
al mustio dolorido soberano.
Cuando Héctor conoció que se alejaba
del campo Agamenón, á Teucros, Licios,
en voz sonable: “¡Ó los de Ilión y Licia,
y embestidores Dárdanos!: sed hombres,
ó amigos, y del fuego de la pugna
acordaos! Se fué el primer *heleno,
y prez eximia me decreta el Padre.
Mas rectos dirigid á los campeones
de los Aqueos las volantes bigas;
y congloriaos en excelsos timbres.”
Así diciendo, enardeciólos todos.
Como los perros, de nevados dientes,
contra algún jabalí ó león incita
el cazador; así el Priamida, símil
al cruento Marte, los sublimes Teucros
lanzaba á lid y se lanzaba él mismo;
como se arroja el vendaval bramante,
desde la altura, al piélago cerúleo
y en él se precipita y lo entumece.
Entonces ¿á quién Héctor, el de Príamo,
mató primero? á quién mató postrero,
el día que el Saturnio le exaltara?
Á Aseo, y luego á Autónoo y Opites;
á Dólope, de Clito prole, á Ofeltio,
y Agelao, y Esimno, y Oro, Hipónoo,
de soberbia pujanza; estos ductores
mató. Mató después la *dánaa plebe;
como, cuando los nimbos de albo noto[a]

[a] El noto (viento sudoeste) suele despejar el cielo; pero no es nuncio de bonanza su claridad, sino de lluvia.

el ábrigo con ráfaga iracunda
arrebata;—mil mares levantados
rodando van, al ímpetu del viento,
que todo turba, lo revuelve; vuela
la espuma, en que las olas se coronan—.
Tal tronchaba, hacinaba testas Héctor.
Entonces consumárase el desastre;
obras formidolosas consumáranse,
si no gritara Ulises al Tidida:
"¿Qué nos aviene, ó prole de Tideo,
que el batallar intrépido olvidamos?
Mas ven, ó amigo, á par de mí. Deshonra
fuera, si anonadase los bajeles
el adalid de yelmo centellante."
Y contestó Diomedes poderoso:
"Aquí en verdad yo pugnaré tenace.
Pero breve será nuestra alegría;
que no á nosotros dar denuedo quiere,
sino á los pueblos de Dardania, Jove,
de nubes en borrasca soberano."
Dijo, y del carro despeñó á Timbreo;
por la izquierda mamila hundióle el asta:
Ulises á Molión, socio divino
del ductor, oprimiera. Allí dejaron
á entrambos descansar de la batalla.
Y atravesaron, el terror llevando,
la multitud; como, al cerrar robustos
con toda la jauría, y soberbiosos,
dos jabalíes. Tal, la espalda vuelta,
caían los Ilienses. Mas los Dánaos,
en fuga ante Héctor divinal, cobraran,
gozosos al mirarlos, nuevo aliento.
Luego á dos hombres de la turba insignes
y el carro arrebataron: ambos hijos
de Mérope, el Percosio; quien de todos
era el mejor augur. No permitióles
ir á la guerra, de hombres matadora.
Su voz á oír la prole se negara;
de tenebrosa muerte las deidades
los arrastraban. El Tidida astado

del alentar y el ánima privólos
y de las bellas armas. Diera Ulises
á Hipódamo y á Hiperoco la muerte.
Mirando desde el Ida la matanza,
dudoso Jove el contender tuviera.
Vulneró con la pica el de Tideo
al paladín Agástrofo Peonida
en el muslo. No estaban sus bridones
para la fuga, cerca de él; tan grande
fué su demencia! Lejos el auriga
frenábalos; él mismo penetrara
en medio de los próceres infante,
hasta perder el alma infortunada.
Mas atisbaba por las filas Héctor:
clamó y arremetió; *teucras falanges
en pos. Le vió y tembló el de las batallas
voceador Diomedes. Presto dijo
á Ulises, que cercano estaba: "Viene
rodando hacia nosotros esa ruína:
Héctor, el prepotente. Mas enteros
aquí aguardémosle con planta firme."
Dijo; vibró, tiró la luenga frámea.
No errara el bote á la cabeza. Hiriólo
en la cimera; el bronce por el bronce
desviado fué; la hermosa piel ilesa.
En el morrión enviserado, triplo,
del Flechador esplendoroso dádiva,
detúvose la pica. Hacia los suyos
Héctor retrocedió en corrida loca.
Se recató en la multitud; de hinojos
cayó, y con dura mano asió la tierra:
cercó sus ojos tenebrosa noche.
Mientras siguió á su lanza disparada
Diomedes por la fila delantera
lejos, do penetró en el suelo la asta,
Héctor se recobró; saltó á su carro:
sobre él se hundió en la *teucra muchedumbre;
y de la negra perdición libróse.
Empuñada la azcona, se arrojara
ontra él Diomedes formidable; y dijo:

"¡Otra vez, perro, escapas de la muerte!
¡Y cuán cercano del abismo estabas!
De nuevo te ha valido el claro Apolo;
á quien sin duda, pues vas al estruendo
de los dardos, invocas. Pero pronto,
si á mí también un numen me amparare,
volviéndote á cerrar, te daré muerte.
Ahora á quien mi planta encuentre, embisto."
Dijo; y al Peonida, gran lancero,
oprimió. Reclinado en la coluna
de la por fuertes hombres fabricada
tumba de Ilo, el anciano Dardanida,
del pueblo príncipe, tendiera Paris,
de Helena, bella en trenzas el esposo,
su arco á Diomedes, el pastor de gentes.
En tanto el de Tideo arrebatara
á Agástrofo potente el firme peto,
el broquel primoroso de los hombros,
y el sólido morrión; tiró la cuerda
de su arco el *dárdano; lanzó la flecha,
que de sus dedos no volara en vano.
Pasóle el talón diestro; hundióse en tierra.
Lanzó risada sonorosa Paris;
salió de su recepto en largo salto;
y ufano "Herido estás, clamó, no ociosa
de la mano escapóseme la vira.
Así rompiérate yo el bazo todo,
el alma arrebatárate: los Teucros
hora del infortunio respiraran;
quien ante ti han temblado, como tiemblan
ante el león las baladoras cabras."
É intrépido el Tidida reformido:
"Insigne arquero, ultrajador de vírgenes
mirón: si denodado me afrontaras,
no te valieran arco ni mil flechas
Alborozado estás porque tocaste
de mi planta la piel. ¡Necia ufanía!
Estoy cual si mujer me hiriera, ó niño.
De un hombre imbele y desdeñable el dardo
no daña. Á la verdad, si de mi palma

agudo parte, el corazón en breve
arranca, aunque mortal no hiera al hombre:
su esposa las mejillas se desgarra;
están sus hijos huérfanos; en sangre
la tierra purpuróse. Allí se pudre;
y cércanle más buitres que mujeres."
Dijo; y Ulises, ínclito lancero,
se le allegó y detúvose delante.
De él amparado, se sentó el Tidida;
el dardo acuto de su planta extrajo;
y traspasó sus miembros la congoja:
veloz montó en el carro y al auriga
tornar mandó á las naos anchurosas:
tedio y dolor su corazón gravaban.
Quedó el astero Ulises sin amparo;
ningún *aqueo cerca de él; opresos,
de miedo todos. Se indignó cuitado
su cor magnánimo, y habló consigo:
"¡Ay de mí! qué tortura! mal inmenso
es, de la muchedumbre temeroso
huír; y mal mayor ser presa de ella
solitario; que Jove á los Aquivos
todos amedrentó. — Mas mi alma triste
¿porqué me dice tal? Sé que del campo
los tímidos se van: el valeroso
es menester y fuerza que descuelle,
vencido ó vencedor, en el combate."
Dentro del corazón y dentro el alma
dudara así, cuando llegó la hueste
de broquelados Teucros; que en sus filas,
ganosa de perderlo, le envolviera.
Como cuando impetuosos van rodeando
canes y juveniles cazadores
al jabalí, y él sale de la selva
y espesura, los cándidos colmillos
en las corvas quijadas afilando—;
en torno de él se estrechan; de la fiera
resuena bronco el dentellar; difunde
terror; mas animosa la jauría
le embiste—; así cercaron los de Troya

al del Saturnio predilecto Ulises.
Quien sobre Deyopites intachable,
con afilada lanza abalanzóse,
y de arriba clavósela en el hombro.
Á Toón primero y Énomo postrara;
luego á Quersidamante, que del plaustro
bajara, hundió bajo la adarga cóncava
en el vientre la pica. Desplomóse
aquél; y en medio el polvo asió la tierra.
Dejólos; con el asta al Hipasida
Cárope, hermano del prestante Soco,
llagara: del herido éste acercóse
en defensa, adalid rival de númenes.
Á par del *greco se detuvo y dijo:
"Ó Ulises, hombre de sublime fama,
de ardides y de afanes insaciable:
darás hoy muerte y quitarás las armas
ufano á dos campeones Hipasidas,
ó so mi dardo perderás el alma."
Diciendo, arremetió el broquel rotundo:
la fúlgida rodela traspasada
del bronce fué violenta; traspasado,
el primoroso peto, y traspasada
toda de las costillas fué la carne.
Empero le vedó tocar del hombre
las vísceras Minerva, la lancera.
Vió Ulises que no fué mortal la herida.
Y esto, retrogradando, á Soco dijo:
"¡Ah, sin ventura! perdición horrenda
hora te alcanzará: luchar me estorbas
contra los Dárdanos; mas yo te digo
que á ti sangrienta muerte y tenebrosa
te ha de llegar en este punto y día.
So el dardo mío tu darás en tierra,
mi gloria tú; y hacia Plutón auriga
equipotente marchará tu sombra."
Dijo. Y aquél huyó. Su pica Ulises
clavóle entre los hombros, hasta el pecho
traspasar, por la espalda vuelta: Soco
en ronco estruendo derribóse á tierra;

y ufano así gritó el corusco Ulises:
"¡Ó Soco, prole de Hípaso nervoso,
del grande auriga! te alcanzó muy luego
la fuerza inevitable de la muerte.
¡Ah, infortunado! expiras, y tus ojos
ni padre cerrará ni tierna madre;
sino que, en torno tuyo revolando,
desgarraránte carniceras aves.
Mas, si yo muero, honores funerarios
me rendirán los lúcidos Aquivos."
Diciendo así, de Soco valeroso
el recio dardo de la piel edujo
y del cavo pavés: entre la herida
al retirarlo, borbotó la sangre:
se apesaró su corazón doliente.
Al ver su cruor los Dárdanos intrépidos,
clamor alzaron y agolpados todos,
atacaron á Ulises. Quien, cediendo,
clamó á los suyos; les clamó tres veces
cuanto sus fauces resonar pudieron:
oyó tres veces su vocear silboso
el de Mavorte predilecto Atrida,
y á Áyax, que cerca ya viniera, dijo:
"De Telamón y del Saturnio prole,
ó Áyax, de los guerreros soberano:
la grita escucho del osado Ulises,
cual si los Teucros en atroz presura
circuído le acosaran solitario.
Mas, vamos por la hueste: decoroso
es auxilio prestar. Bien que esforzado,
batalla sólo entre el *iliense pueblo;
yo temo que sucumba y á los Dánaos
traiga su perecer dolor profundo."
Dijo; fué, fué con él Áyax divino.
Hallaron al de Jove amado Ulises:
en redor de él y en pos la *teucra turba;
cual en la sierra tras flechado ciervo
cornígero, chacales rubicundos;—
mientras cálido el cruor, firmes las plantas—
huyendo va veloz del saetero;

por fin la vira alífera lo rinde,
y en la espesura de la silva umbrosa
las fieras sanguinarias lo destrizan:
mas por un dios enviado cruel león viene;
las fieras vuelan; él devora el ciervo—.
Así de Ulises, el sagaz, el bravo,
en torno y á la espalda *frigios héroes
ciento corrían: el jayán lanceábalos,
de asolación horrífica ceñido.
Á él se acercó y á par de él se detuvo
Áyax con su broquel como una torre;
y fúgidos volaron los Ilienses
acá y allá. Cogido de la palma
á Ulises el *mavorcio Menelao
de entre la lid sacó, mientras el socio
á ellos con los bridones acorría.
Áyax, saltando en medio de los Teucros,
al Priamida Doriclo, nota prole,
atravesara. Á Pándoco hirió luego;
hirió á Lisandro, y Píraso y Pilartes.
Como cuando turgentes se despeñan,
por la lluvia de Jove entumecidas
las aguas de la sierra á la hondonada;—
cien áridas encinas y cien pinos
vuélcanse al mar, y légamo profundo—;
así, rajando bigas y guerreros,
por el llano corría el rútilo Áyax.
Estas refriegas se ocultaban á Héctor;
que en la siniestra linde combatía
del campo, en las riberas *escamandrias;
do tronchadas caían más cabezas
é inextinguible el clamorear tronaba
en derredor de Néstor, el sublime,
é Idomeneo, vástago de Marte.
En medio de ellos Héctor guerreara,
ocasionando horrores con la pica
y el plaustro: destrozaba las falanges
de la florida juventud *aquea.
Mas no volvieran hacia atrás la planta
los lucidores Dánaos, si Alejandro,

de Helena, bella en trenzas, el consorte
al hazañoso Macaón, de pueblos
pastor, á la batalla no arrancara,
en el hombro derecho vulnerándole
en trifila saeta. Por la suerte
de Macaón tremieron los Acayos,
de belicosa furia espiradores;
no fuera que la muerte el enemigo,
mudada de las armas la fortuna,
le diese. Dijo al punto Idomeneo
al rutilante Néstor: "¡Ó Nelida,
del pueblo *dánao la encumbrada gloria!
alza; á tu plaustro asciende, al lado tuyo
pon al herido y en veloz carrera
vuelve á las naos la volante biga;
que el médico por hombres ciento vale. [a]"
    Dijo. El auriga de Gerenia, Néstor,
su voz no desoyó. Presto en su carro
subió y á par de él Macaón, progenie
del intachable médico Esculapio.
Hostigó los bridones; que, no exentos
de estímulo, atraídos por su cuadra,
volaron á los cóncavos bajeles.
    Confusos agitarse vió los Teucros
Cebríones, el socio del Priamida,
y díjole: "Nosotros con los Dánaos,
ó Héctor, aquí revueltos, en los lindes
del pelear horrísono, pugnamos;
aterrados los otros se conmueven,
caballos y guerreros: los estrecha
Áyax, de Telamón—bien le distingo:
cúbrele la ancha pelta las espaldas.—
Allá también nosotros los corceles
y el carro enderecemos, donde aurigas
é infantes, en batalla encarnizada,
hacen riza mayor: do de la lidia
los clamores levántanse infinitos."

---

[a] Sigue el verso espurio: "para que corte de en medio (de la carne) las flechas y ponga encima suavizantes remedios."

Diciendo así, con el sonante látigo
golpeó la biga de la crin hermosa:
del flagelo sintieron el chasquido,
y el leve carro en medio de los Teucros
y Aquivos arrastraron voladores
por sobre los cadáveres y escudos.
El eje entero salpicó de abajo
la sangre, que saltaba en gruesas gotas,
ora de los bridones so los cascos,
ya de los calces. Por saltar en medio
de la falange y destrozarla ardía:
estruendo y confusión alzó fatales,
y apenas á su lanza dió descanso.[a]
Amedrentó el Excelso al Telamonio;
que, estupefacto rígido, cubrióse
en la rodela séptupla bovina
los hombros; miró en torno, como fiera;
y ció paso ante paso lentamente.
Como al rojizo león, desde el cercado
de la vacada, alejan impetuosos
perros y cazadores; que, velando
el giro todo de la noche, estórbanle
las pingües reses devorar;—deseoso
de carne, en vano esfuerzo los embiste:
de recias palmas arrojados vuelan
hacia él cien dardos é inflamados haces;
tiémblalos la alimaña arrebatada—;
tal, pesaroso el pecho, retiróse
entonces Áyax de la *teucra gente:
por las naos tremía de la Acaya,
como, al andar por medio la campiña,
el asno tardo á los rapaces vence,
que en él rompiendo van palo tras palo;
—do quiere, en la feraz pradera pace;
con furia le golpean impotente;

[a] Siguen los versos generalmente considerados espurios: "y él atravesaba las filas de los demás hombres con la pica, y la espada y grandes piedras del campo; mas evitó la lucha con Áyax, el Telamonida; pues Júpiter se airaba contra él, cuando combatía con hombre mejor."

él cede apenas, si harto está de grama—;
no de otro modo los soberbios Teucros
y aliados incontables percutían
con sus dardos en medio del escudo
de Áyax, el grande, prole *telamonia;
y sin cesar seguíanle. Él, ya vuelto
al enemigo el rostro, rabia bélica
sentía renacer y refrenaba
de los aurigas Teucros las falanges;
ya de nuevo tornábase á la fuga.
Mas á todos las naos voladoras
alcanzar impidió. Paróse en medio
de Ilienses y Aquivos; y destrozos
furioso hacía. De los dardos parte,
por manos valerosas disparados,
en el broquel enorme se clavaban
volantes; otros muchos con violencia,
á saciarse en su sangre, dirigidos,
antes de herir su nívea piel, morían
y en tierra se fijaban, á sus plantas.
    Á quien al ver de dardos mil cubierto,
de Evemón la prosapia esplendorosa,
Eurípilo, corrió y aproximósele:
desembrazó su relumbrante dardo.
Apisaón, pastor de pueblos, hijo
de Fausias, en el hígado, so el pecho
por él herido fué; fueron disueltas
al punto sus rodillas. Presuroso
voló y las armas le quitó del hombro.
El muerto desarmar Paris divino
á Eurípilo miró: veloz el arco
armó y tiró; la vira el fémur diestro
hirióle; se quebró la caña: el muslo
inerte se tornó. Volvió el herido
entre la amiga multitud huyendo,
y la muerte vitó. Doquier oyóse
por los Aqueos su clamor inmenso:
    ¡"Ó amigos, ó caudillos de los Dánaos:
y príncipes! temblad y deteneos!
Áyax está de dardos oprimido:

de él alejad el impiedoso día.[a]
No escapará de la batalla horrísona.
Tal yo lo creo. Defended en cerco
al grande Áyax, progenie *telamonia."
Así el herido Eurípilo. Rodearon
á aquél. Con las rodelas se velaran
los hombros y las picas enristraron.
Áyax fuera á su encuentro; se detuvo,
y llegado á la *aquiva muchedumbre,
volvió la faz al enemigo pueblo.
Así luchaban, cual vivaces flamas.
Llevaron de la lid en tanto á Néstor,
junto con Macaón, pastor de gentes,
las yeguas de Neleo sudorosas.
Le vió el radiante corredor Pelida,
que en la popa de la ancha nave erguíase,
del cruel luchar mirando los horrores.
Al amigo Patroclo habló sin mora;
desde el bajel llamóle; su llamada
aquél oyó en la tienda, y cual Mavorte,
de ella salió, para ir á su despeño.
Y de Menecio la animosa prole:
"¿Qué me llamas, Aquiles? qué me quieres?"
Y respondióle el corredor Pelida:
"Ó Meneciada rútilo, querido,
ahora suplicantes me parece
que en torno á mis rodillas los Aquivos
presto vendrán. Ya tolerar no pueden
las que los cercan afanosas cuítas.
Mas pronto ve, Patroclo, caro á Jove;
pregunta á Néstor quién es el herido
al cual conduce de la lid. Su espalda
del todo á la de Macaón, el hijo
de Esculapio, semeja. Yo del hombre
no vi la faz: pasaron los corceles
delante mí en carrera desfrenada."
Dijo; y Patroclo al compañero amado
obedeció; con presurosa planta

[a] El de la muerte.

fué á las tiendas y naves de los Dánaos.
Aquellos, arribando del Nelida
al pabellón, del carro descendieron
á la alma tierra. Eurimedonte auriga
desunció del anciano los bridones.
Las sudorientas túnicas, al viento
dando la faz, del piélago en la playa
refrigeraron. Á las tiendas luego
vinieron y en sus sillas se posaron.
El conforte mezclóles Hecamede,
bella en crencha, de Arsínoo magnánimo
progenie, desde Ténedos traída
de Néstor; cuando Aquiles la arrasara,
—como á rey de las juntas fué al anciano
la virgen por los pueblos designada.—
Una tabla graciosa, bien pulida
y de acerados piés ante ellos puso
la dona, y en la mesa, las cebollas,
estímulo al beber, y la miel rubia
y pan florido de cebada sacra,
y el que trajo el anciano desde Pilos
hermoso póculo con áureas cuñas—;
eran cuatro sus asas, y de sendas
á un lado y otro lado picoteaban
palomas de oro dos la taza dupla [a]:
henchida de la tabla un hombre apenas
la alzaba: alzábala el longevo Néstor
sin el menor afán.—En esta copa
el *premnio vino la doncella diva
melado les mezcló; y caprino queso
molió sobre él en rallador broncíneo;
sobre él vertió cebada refulgente.
La mixtión prevenida, propinósela.
Aplacaron la sed abrasadora
y en platicar amigo se esparcieron.
Mientras, el hombre divinal, Patroclo,
á la puerta asomó: le vió el Nelida;
alzóse de la sede fulgurosa;

a En las copas dobles, el pié formaba copa.

cogióle de la palma y á sentarse
le instó. Negóse: "No hay sentar, anciano,
ó vástago de Jove; en balde me hablas.
Imperioso es quien manda te pregunte
cuál adalid herido condujiste.
Empero, ya lo sé; pues contemplando
estoy á Macaón, pastor de pueblos.
Hora á nunciarlo mensajero torno
al de Peleo. Tú muy bien lo sabes
cuánto es terrible ese varón, que puede
hasta culpar al inocente mismo."
Y respondió el auriga de Gerenia:
"¿Qué se conturba Aquiles de esta suerte
por los de Acaya vulnerados hijos?
No sabe, no, cuán triste por la pugna
el infortunio va. Postrados yacen
en los bajeles, de unas armas y otras
opresos, los campeones: yace herido
en dardo el gran Diomedes de Tideo:
de pica heridos, el lancero Ulises
y Agamenón están: ferido yace
Eurípilo también; una saeta
el muslo le llagó: partió del arco
una flecha que hiriera al que yo traje
de la batalla. Mas, con ser Aquiles
un héroe, no se afana por los Dánaos,
ni de ellos se lastima. ¿Acaso espera
á que, roto el poder de los Aquivos,
sus voladoras quillas en la playa
de las voraces flamas presa sean,
y los hombres, uno tras otro, caigan?—
Que no es mi empuje, cual un día fuera
dentro los miembros ágiles. Si joven
yo fuese y los espíritus guardara
del tiempo en que, de vacas por el hurto
en armas nos alzamos contra la Élida;
cuando maté de Hipéroco *eleense
la dura prole, Itomeneo, y vine
con el botín. Sus reses defendía
aquél; que en la primera fila herido

al dardo sucumbiera de mi mano:
aterrado tembló el agreste pueblo.
Conquista noble en la campiña hicimos:
vacadas recogiéramos cincuenta;
cincuenta hatos de ovejas, y cincuenta
de cerdos, y otros tantos, y anchurosos,
de cabras; y una grey de yeguas jaldes
ciento y cincuenta, con su cría muchas.
Á la ciudad *nelea condujimos:
á Pilos, por la noche, los despojos.
El corazón gozóse de Neleo
en la riqueza opima, que en la lucha
cogiera yo, mancebo todavía.
Rompió la luz; á los que despojara
la Élida fulgurosa convocaron
los heraldos; partieron los de Pilos
ductores el botín: contra cien gentes
los *epeos[a] violencia consumaran;
cual á los pocos *pilios habitantes
nos acosaron. Anteriores años
de Hércules agobiónos la potencia
y dió la muerte á los campeones todos.
Doce éramos los hijos de Neleo,
el intachable. Yo quedé tan solo;
oprimió los demás. Nuestra desdicha
á los *epeos, de corazas éneas,
insolentó: soberbios delinquieron
contra nosotros.—Escogió el anciano
una vacada y grey de ovejas rica:
trescientas reses eligió y pastores.
Enorme deuda la Élida radiosa
debíale también: cuatro corceles
en la arena triunfantes, y sus carros,
enviados á la liza:—el premio fuera
un trípode—. Retúvolos Augías,
de los hombres caudillo, y devolvióle
al triste auriga. Rábido el anciano
por su decir y obrar, se reservara

[a] De la Élida.

inmensa presa: lo demás dió al pueblo [a]—.
Todo lo previnimos, y ofrendamos,
de la ciudad en torno, á los celícolas.
La tercia luz, violentos acudieron
mil lidiantes y rápidos bridones.
Infantes todavía y poco usados
al furibundo batallar, las armas
entre ellos los Molíones blandían.
Una ciudad, Trioesa, se levanta
de escarpada colina en las alturas,
lejos, en la ribera del Alfeo,
de la arenosa Pilos en las lindes.
Cercábanla, de derrocarla ansiosos.
Mas, ya al venir por la llanura toda
el enemigo, mensajera Palas
bajara del Olimpo presurosa
á armarnos por la noche, despertando
al *pilio pueblo; que se alzó sin mora
del fuego enardecido de las lides.
Pero no me dejó ceñir las armas
Neleo: los bridones ocultóme:
muy niño me creía, de la guerra
para el afán. En los aurigas nuestros
infante descollé: tal la batalla
Minerva gobernó. Se vierte un río,
Minieyo, al piélago, de Arene cerca.
Allí aguardamos, los aurigas *pilios,
la aurora nítida y los peones nuestros,
que en haces á nosotros afluyeron.
Armámonos, volamos, arribamos
al mediodía á las sagradas ondas
*alfeas; donde hermosos holocaustos
inmolamos á Jove omnipotente;
un toro al río y á Neptuno un toro;
á la lucerifúlgida Minerva
una indómita vaca. Por escuadras
luego cenamos; y dormimos todos

[a] Sigue el verso espurio: "repartiendo, para que nadie se le fuese, perjudicado en la parte igual,"

en las fluviales márgenes armados.
Empero los magnánimos *epeos
la ciudad estrechaban anhelantes
por destrozarla. Mas se alzó para ellos
antes la gran faena de Mavorte;
pues al surgir el sol sobre la tierra
esplendoroso, oramos al Saturnio,
á Atena, y requirimos nuestras armas.
La pugna al estallar entre los *pilios
y *epeos, derribara yo el primero
á un adalid—quitéle rauda biga—:
al vibrador de lanzas y cognado
de Augías; quien le diera por consorte
á su hija primogénita, Agamede,
la blonda, sabia en cuantas hierbas cría
la dilatada tierra sanadoras.
Al venir contra mí, yo le llagara
con la énea azcona, y él cayó en el polvo.
Salté en su carro, y en primera fila
luché. Muchos magnánimos *epeos,
cuando caer al adalid miraron,
de los aurigas al ductor, al héroe;
atónitos acá y allá corrieron.
Y yo me levanté huracán sombrío:
cincuenta plaustros yo gané: dos hombres
de cada cual en derredor yacían,
mordiendo el polvo, de mi pica heridos.
Y luego desgarrara yo los vástagos
de Actor y de Molíone gemelos;
si el prepotente movedor del orbe,
su padre, de la lid no los salvara,
en densa niebla envueltos. Jove entonces
infundió á los de Pilos brío y fuego.
Matando, arrebatando bellas armas,
nosotros, los aurigas, perseguimos
á los contrarios, por la gran llanura
hasta Buprasio, la de trigo rica,
hasta la peña Olenia y hasta Alisio,
do aqueste nombre la colina asume.
Desde aquella región volvió Minerva

los pueblos. Al que yo maté postrero,
allí dejé. Desde Buprasio á Pilos
las bigas voladoras los Aqueos
de nuevo enderezaron. Dieran todos,
entre los dioses, al Saturnio gloria;
entre los hombres, gloria á Néstor todos.
Tal era yo—¡si fuí campeón un día!...
En cambio, Aquiles su pujanza él sólo
disfruta. Llorará—yo lo seguro—
después que caiga anonadado el pueblo;
inconsolable llorará. Tu padre,
cuando te envió al caudillo desde Ftía,
aquesto te ordenara, caro amigo.
Estaba yo dentro el hogar; Ulises
el rutilante á par de mí. Escuchamos
cuanto te dijo.—Al regalado alcázar
de Peleo viniéramos, juntando
guerreros á través del alma Acaya—.
En tu mansión entonces á Menecio,
el adalid, y á ti con el Pelida
hallamos. Dentro el aula y su cercado
de un buey los crasos muslos abrasara
Peleo, el viejo auriga, en sacrificio
á Jove tronador. El tazón áureo
cogió y del ara derramó en el fuego
vino resplandeciente. Disponíais
los dos en tanto la bovina carne;
en el vestíbulo, de pié, nosotros.
Aquiles, asombrado, levantóse;
de la mano cogiónos, é introdujo,
y nos mandó sentar. Galanos dones,
cual cumple dar al huésped, él nos diera.
Tras disfrutar las viandas y bebida,
yo hablé el primero: os convidé á seguirnos;
gozosos consentisteis. Vuestros padres,
en viva instancia, diéronos consejos.
El anciano Peleo al hijo Aquiles
un héroe siempre ser mandó, y en todos
descollar. Y Menecio, el Actorida,
á ti á su vez te habló: "Noble es Aquiles

por el linaje, más que tú, hijo mío.
Supérasle en edad; pero él en fuerza
excelso se adelanta á ti: tú dile
enhorabuena una sagaz palabra;
consejo dale y su conducta rige.
Él te será, para lo bueno, dócil."
Tal te mandó el anciano: tú lo olvidas.
Mas todavía es tiempo. Dile aquesto;
talvez se ablande; que es prudente Aquiles.
Quien sabe si, de un numen á la sombra,
mover y desarmar su pecho alcanzas:
la exhortación se escucha del amigo.
Dado que voz de Jove, revelada
á él por su augusta madre, le amedrente;
vuélvate á ti siquiera, entre nosotros;
y el pueblo *mirmidón venga contigo;
por si te tornas á los Dánaos lumbre.
Permítate vestir en la contienda
sus pulcras armas: los de Ilión acaso
por él te tengan, de la lid se alejen
y los guerreros trabajados hijos
de la Hélada respiren; bien que breve
el respirar de la batalla sea."[a]
Así dijo y el pecho de Patroclo
en vigor inflamó. Quien por las naves
fué desalado al Eacida Aquiles.
Mas; cuando, en su correr, tocó á los leños
de Ulises, el divino; do las juntas,
do fuera el tribunal, do los altares
de los dioses; Eurípilo, retoño
de Jove y Evemón, vino á su encuentro:
flechado el fémur, caminaba apenas;
cabeza y hombros en sudor undantes;
de entre la llaga atroz hervía negro
el cruor; y alzábase tranquila su alma.
Le vió piadoso el Menecida férreo

a Siguen los versos espurios: "fácilmente, también podéis, la gente de refresco, rechazar en el combate á los hombres rendidos, hacia la ciudad desde las naves y las tiendas."

y en voz alada gemebundo hablóle:
"¡Ah, desdichados de la *aquiva gente
ductores soberanos! Con que ¡lejos
de los amigos y del suelo patrio,
á los veloces perros en Dardania
debisteis con la cándida grosura
de vuestra carne hartar! Mas ¡ea! dime,
ó campeón Eurípilo, de Jove
progenie, si los Dánaos todavía
resisten al Priamida pavoroso,
ó si á su lanza por doquier sucumben."
Le respondió el herido: "No, no tienen,
ó vástago de Jove, los Helenos
baluarte: todos en los negros pinos
han de caer. Con unas y otras armas
vulnerados, á mano de los Frigios,
en los bajeles yacen, cuantos eran
los próceres. De aquellos el empuje
creciendo va sin fin. Tú sálvame,
á mi atro barco llévame; la flecha
del muslo excídeme; la umbría sangre
con linfa tibia lava, y en la herida
pon hierbas del dolor mitigadoras,
selectas, que de Aquiles—tal es fama—
has aprendido:—Aquiles aprendiólas
de Quirón, el justísimo centauro—.
Pues Macaón yo creo que en su tienda
herido yace y necesita él mismo
de quien le cure diestro, y Podalirio,
el otro de los médicos, endura
por la *teucra planicie al fiero Marte."
Y respondió el robusto Meneciada:
"¿Posible? Pues ¿qué hacer ahora es dado,
Eurípilo campeón? Al gran Pelida
voy á nunciar de Néstor, el *gerenio,
broquel de los Acayos, la palabra.
Mas yo no te abandono á tu congoja."
Dijo, y al pabellón llevó abrazado
al pastor de los pueblos;—vióle un socio,
y en el suelo tendió taurinas pieles—.

Allí acostólo. Le cortó del fémur
con el cuchillo la saeta aguda,
acerba; le bañara en onda tépida
y tersara del negro cruor la herida;
y en amarga raíz suavizadora,
triturada en la mano, fué cubriéndola:
voló el dolor; se oreó, calmó la llaga.

CANTO XII.

Combate del Muro.

Así la recia prole de Menecio
al vulnerado Eurípilo curaba
dentro del pabellón. La hueste entera
de Argivos y de Teucros combatía.
Ni el ancho y alto muro que los Dánaos
en amparo fundaran á las quillas,
ni en su redor la cava; por más tiempo
debíanlos ya propugnar: no dieran
á los divos honrosas hecatombes,
cuando en medio sus ámbitos seguros,
las naos voladoras resguardaran
y el ingente botín. Los inmortales dioses
mostráranse á la fábrica enemigos.
Y así ni se enhestara duradera.
Mientras Héctor vivió; mientras Aquiles
airado estuvo y la ciudad se alzaba,
de Príamo, el caudillo; de los Dánaos
también se levantara erguido el muro.
Mas, cuando sucumbieron los campeones
todos de Ilión, y de la *aquiva gente
mil y mil héroes; y derruída Troya
cayó en el año décimo y tornaron
á la querida patria en sus bajeles

los de la Acaya; derrocar Neptuno
y Febo la muralla decretaron.
La fuerza de los ríos en su contra
soltaran. Cuantos corren de las cumbres
del Ida al mar: el Reso y el Esepo,
el Gránico, y Heptáporo y el Rodio,
el Careso, y el fúlgido Escamandro
y el Símois; do broqueles y morriones
en el polvo, hacinados, derribáranse
y de los semideos el linaje:
todos al mismo punto en su carrera
torció Febo esplendente, y nueve días
precipitó sus ondas contra el muro.
Y porque en medio el piélago nadase,
llovió sin fin Saturnio. Fué el primero
el movedor del orbe y por su mano
con el tridente los cimientos todos
descuajó: las estacas, los pedrones,
la de los Grayos ímproba faena;
y los lanzó á las olas. Allanara
el suelo con las aguas impetuosas
del Helesponto; la ribera vasta,
do el muro demolió, cubrió en arena;
y al lecho prístino tornó los ríos,
por el que enviaban sus cristales bellos.
Tal, andando las horas, obrarían
Neptuno y Febo.—Mas la pugna entonces
y de la lid la grita rodearan
el muro; y á los dardos que lo herían,
sus leños resonaban tronadores.
De Jove so el flagelo padecieran,
cercados en las naves anchurosas,
los Dánaos estrechez, medrosos de Héctor,
terror de la batalla soberano.
Como turbión, cual antes, peleaba.
Al modo que, soberbio por su fuerza,
á perros y á varones cazadores
se vuelve el jabalí, ó león;—cual muro
aquéllos, agolpados, le hacen frente
y asta tras asta con empuje sueltan;

no teme, no, su corazón altivo,
ni huye—su intrepidez le dará muerte—;
se vuelve muchas veces y las filas
embiste de los hombres, y do ataca,
de los hombres las filas retroceden—;
así los suyos Héctor, discurriendo
por las falanges, á salvar la cava
enardeciera: las volantes bigas
pasar no osaron; en el borde extremo,
entre vivos relinchos, repropiábanse:
del foso ante la anchura pavoridas
retrotemblaban: de saltar no fuera;
arduo de atravesar: se hundían altos
de la una y la otra orilla, por doquiera
los declivios; su altura coronaban
densas estacas afiladas, grandes;
que, contra el adversario poderosas,
allí clavaron los *aquivos pueblos.
Rotante plaustro no llevara fácil
por él la alfana; peones en salvarlo
afanaban. Corrió Polidamante
entonces al intrépido Priamida
y dijo: "Héctor y todos los ductores
de la Dardania y las aliadas gentes:
necios en guiar por medio de la hondura
el alado bridón nos empeñamos:
es pavorosa de pasar: estacas
en torno se levantan puntiagudas,
y ante ellas la muralla de los Dánaos:
bajar al foso, en él lidiar, no es dable
á los aurigas: caerían todos
en su estrechura. Si el *argivo pueblo
todo quisiese Jove altisonante
sañudo anonadar y á los Dardanios
benévolo acorrer; yo deseara
también lo que vosotros, y que al punto
sin gloria aquí, lejanos de la patria,
murieran los Aquivos. Mas, si vuelven
las armas en la fuga, y de las naves
á huír nos necesitan y en la cava

nos despeñamos perseguidos; creo
que á la ciudad ninguno, á dar la nueva,
retornará.—Mas ¡ea! lo que digo,
todos haced. Retengan en el foso
los socios de los plaustros sus bridones.
Y los aurigas ármense; y sigamos
compacta hilera infantes á Héctor todos.
Los Dánaos cederán, si ante sus plantas
el lazo de la muerte está tendido."
Dijo Polidamante y al Priamida
agradó la palabra salvadora;
el que saltó del carro con las armas
al punto en tierra. Los demás Ilienses
tampoco se quedaran en los plaustros,
cuando miraron á Héctor fulgurante;
y descendieron presurosos todos.
Frenar contra la cava en orden bello
los corceles, pidiera cada *argivo
al compañero. En torno á sus ductores,
en cinco filas, á luchar se armaron.
La mayor y más válida falange,
la más ardiente por romper el muro
y cerca de las naos anchurosas
lidiar, se reunía en torno de Héctor
y de Polidamante, el intachable.
Cebríones mandábala el tercero;
menor campeón fué señalado al carro
de éste por Héctor. La segunda escuadra
acaudillaban Paris, y Alcatoo
y Agenor. La tercera encabezaran
el divinal Deífobo y Heleno,
de Príamo hijos: su tercero guía
era Asio paladín, Asio, progenie
de Hírtaco;—por bridones magnos, rúbeos,
desde Arisba y el río de Seléis
tirado fué—. Mandaba Eneas, prole
de Anquises bella, á la falange cuarta;
junto con él mandábanla Acamante
y Arquéloco, hijos de Agenor, potentes
en toda lid. Los ínclitos aliados,

con Glauco y el valiente Asteropeo,
—que él se asociara—Sarpedón regía:
á aquéllos descollar grandes miraba,
después de sí, en la gente entera; excelso
él por doquier se alzaba. Se estrecharon
adarga con adarga, en piel bovina
cubiertas, y ardorosos embistieron.
Soñaran ya á los Dánaos fugitivos
cabe los negros leños y postrados.
    Cuanto Polidamante, sin mancilla,
ordenó, lo acataron los Ilienses
y sus aliados ínclitos, gloriosos.
Mas Asio, el Hirtacida, de los hombres
caudillo, rehusó dejar la biga
y el socio del rendaje. Fué con ellos
hasta junto á las naves voladoras.
¡Necio! que no le cupo, de la muerte
las diosas evitando infortunadas,
volver, ufano de la biga y carro,
á la alta Ilión, lamida de aura eterna.
Antes la odiada parca, por el dardo
de Idomeneo, el claro Deucalida,
en noche le envolvió. De los navíos
á la siniestra fué, por do los Dánaos
del llano replegáranse en bridones
y carros. Por allí con biga y plaustro
enderezó. La trabe, removida;
la puerta, franca halló: tal la guardaban
guerreros, por salvar dentro la flota
á alguno de los suyos, fugitivo
de la batalla. El *teucro viólo, y recta
hacia la puerta dirigió la biga.
Confiados que los Dánaos, sin contienda,
en las negrales naos caerían,
otros siguieran con clamor agudo.
¡Insensatos! Hallaron en las puertas
á dos jayanes grandemente osados,
de los asteros Lápitas retoños:
el uno, Polipetes formidable,
de Piritoo vástago, y el otro,

Leonteo, igual á Marte sanguinario.
Ambos delante las sublimes puertas
alzábanse, cual dos encinas se alzan
Inhiestas en la sierra; las que el viento
día por día afrontan y la lluvia;
que recias son, profundas sus raíces;
tal, orgullosos de sus brazos férreos,
sin vacilar, entrambos al grande Asio,
que sobre ellos venía, desafiaran.
Los Teucros, embrazadas las rodelas,
de árida piel bovina, al bello muro
en derechura y estruendosa grita
corrieron, al redor de Asio, caudillo,
de Yámeno, de Orestes y Adamante,
el hijo de Asio; de Toón en torno
y de Enomao. Defender valientes
los pinos intimaran dentro el campo
ya antes ambos á dos los adalides
á los Aquivos, de gentiles grebas.
Mas, cuando abalanzarse sobre el muro
vieron á los Dardanios ardorosos;
y cuando resonó de los Helenos
el clamor de la fuga y la congoja;
las puertas á guardar corrieron ambos,
á jabalíes símiles, que sufren
de hombres y perros el ruidoso embate
en la montaña;—lánzanse de sesgo,
y en giro despedazan y desraigan
la selva; sus colmillos bronco estruendo
difunden sin cesar, hasta que el dardo
del cazador exánimes los postra—.
Tal en su pecho el centellante bronce
sonaba de los Teucros á los dardos.
Potentes combatían, en los pueblos
que desde el alto muro dispararan
y en el propio denuedo esperanzados.
De las firmes almenas á los Teucros,
aquéllos apedreaban por la vida,
por las tiendas y naos voladoras.
Como caen al suelo copos níveos,

cuando arrastra nublados tenebrosos
acá y allá la tempestad y arroja
abundosa nevisca á la alma tierra;
tal partían los dardos de las manos
*helenas y *dardanias. Los morriones
y rotundos paveses, percutidos
por las piedras, crujían en contorno
atronadores. Asio, el Hirtacida,
indignado gimió, y golpeóse entonces
los muslos y exclamó: "Saturnio Padre,
á fe que tú también eres doloso,
de la falacia amigo. Los campeones
de los Aqueos yo jamás pensara
que resistiesen la potencia nuestra,
nuestras invictas manos. Pero aquestos,
cual las avispas, de aguijón fulmíneo,
ó abejas, que fabrican sus panales
en la petrosa senda, y no abandonan
su cóncava morada, sino quedan
del cazador su cría defendiendo—
tal éstos, dos no más, dejar las puertas
rehusan, á no ser muertos ó presos."
Dijo. No conmovieran sus palabras
el ánimo de Jove, quien dar gloria
á Héctor deseaba con ignito anhelo.[a]
Entonces Polipetes, el robusto,
de Piritoo prole, con el asta
el morrión atacó, de énea visera,
de Dámaso. Y el bronce de la lanza
no se detuvo en el broncíneo almete.
La érea arma traspasáralo y rompiera
el cráneo. De él saltó, desparramóse

---

[a] Siguen los versos espurios: "Otros peleaban peleas alrededor de otras puertas. Pero pesado es para mí decir, como un dios, todo esto. Pues en torno del muro se levantaba por todas partes terrible fuego de pedradas. Y los Argivos, aunque abatidos, defendían por fuerza las naves. Y los dioses tenían el ánimo apenado, todos cuantos eran favorecedores de los Dánaos en el combate. Iniciaron el ataque y la batalla los lápitas."

todo el cerebro: tal mató al fogoso.
Á Pilón luego y Órmeno dió muerte
Leonteo, vástago de Marte; dióla
á Hipómaco, de Antímaco retoño.
Por el cinto llagóle con la pica;
desnudó al punto la cuchilla aguda;
saltó de en medio el pueblo; de un fendiente
á Antífates mató; quien dió supino
en el suelo. Hacinara en la alma tierra,
tras de él, á Menón, Yámeno y Orestes.
Mientras las fulgurosas armaduras
éstos arrebataban á los muertos,
Polidamante y Héctor circundados
marchaban de la flor del pueblo densa,
la más ansiosa de romper el muro
y de incendiar doquiera los navíos.
Vacilaran los otros todavía
del foso á par; y prontos ya á pasarlo,
vieron un ave, que estrechó los pueblos
á la siniestra: un águila sublime;
entre sus garras, vivo, aun palpitante,
sin la braveza deponer, un áspid,
rojizo, gigantesco; el que doblóse
hacia atrás y mordió, del pecho cerca,
al águila en el cuello. Desgarrada
el ave de dolor, tirólo lejos
de sí á la tierra, en medio de las gentes;
gritó y voló, cual ráfaga de viento.
Visto el prodigio del tonante Jove
los Teucros: cuál por tierra, en medio de ellos,
la sierpe trepidaba, estremeciéronse.
Corrió Polidamante al válido Héctor,
"Priamida, dijo, tú me riñes siempre
en la junta, aunque recto dictamine;
notas que, súbdito, yo no te adverse
ni en la asamblea ni en la lid; mas haga
por do tu imperio enaltecer arreo.
Pero hora te diré yo mi sentencia:
á combatir en torno de las naves
de Acaya no salgamos: el suceso

prevéolo, si el ave que ha venido
á los Ilienses, prestos á lanzarse
por medio el foso, la verdad anuncia:[a]
el ave que llevara sierpe roja,
enorme, viva, entre las uñas presa,
no llegó al caro nido, ni la pudo
dar á la cría: la arrojó ligera.
Así nosotros si con duro esfuerzo
rompiéremos las puertas enemigas
y el muro, y si cedieren los Aquivos;
no en orden de combate nuestra vuelta
de las naos será por esta vía;
pues yacer en el campo dejaremos
á muchos, con el bronce traspasados
de quien lidiando están por sus bajeles.
Tal un sagaz augur nos presagiara,
que dentro el alma los prodigios viese
y cuya voz los pueblos acataran."
Torvo miróle el de fulmíneo yelmo:
"Que placer tu sentir no, no me puede,
Polidamante; imaginar supieras
otro mejor arbitrio. Si tu acento
sincero es, la razón te arrebataron
los dioses mismos. Á olvidar exhortas
de Jove altitonante los decretos.
Las que, la testa al inclinar, me hiciera
promesas, á olvidar tú nos instigas
y obedecer alianchurosos pájaros,
que á mí nada me importan, que yo popo,
ya vuelen, por la diestra, hacia la aurora
y el sol, ó por la izquierda hacia la noche
y las tinieblas. Del gran Jove hagamos
la voluntad nosotros; que él impera
sobre mortales é inmortales todos.
Hay sóla un ave de feliz augurio:
la patria defender. ¿Porqué tú temes
la guerra y el lidiar? Aun cuando todos,

---

a Sigue el verso espurio: "un águila, de alto vuelo, estrechando al pueblo hacia la izquierda."

en giro, entre las naves de la Acaya,
muramos, tú no temas por tu vida;
que ni esforzado ni guerrero tienes
el corazón. Mas, si la lid rehuyes,
ó si con tu palabra alguno alejas
de la batalla, caerás al punto
aquí del asta mía traspasado."
Así clamando, acaudilló la hueste;
ella siguióle entre alaridos fieros.
Desde las cimas del *ideo monte
el tronador Saturnio levantara
de tempestad violento torbellino;
que recto hacia las naos arrastraba
el polvo. Conturbó de los Aquivos
la mente: á los Ilienses congloriara
y á Héctor. En las señales del Saturnio
y el propio esfuerzo fiados, intentaron
trozar la gran muralla de los Dánaos.
Rompieron de las torres las almenas;
los estribos rompieron; arrancaron
las que primero hincaran los Aqueos
en la tierra pilastras; que, salientes,
el muro protegieran. Los Dardanios
las deshincaron, y derruír el fuerte
creyeron. Mas los Dánaos no cedían
un punto. Los estribos resguardaron
con los escudos de taurinas pieles;
tiraban dardos y tiraban piedras
á los de la muralla asaltadores.
En lo alto de las torres ardorosos,
con incansable afán, ambos Ayaces
inflamaban el pueblo á la batalla.
Al uno en blandas voces reprendieran;
en ásperas al otro, que olvidado
veían del combate y de las armas:
"Ó amigos, de los Dánaos campeones,
y los sólo valientes, los menguados
—que no son todos en la lucha iguales—:
hora apellida la labor á todos:
vosotros mismos bien lo veis. La grita

de quien os amoneste á los navíos
retornar, desoíd. No deis la espalda;
avanzad, y animaos á la lidia,
en mutuas voces. Nos dará el Saturnio,
fulminador *olímpico por suerte
rebatir hasta Troya al enemigo."
Tal clamando, atizaban la pelea.
Cual los copos de nieve espesos caen,
en invernales días, cuando Jove,
árbitro de la tierra y de los hombres,
sus dardos vibra, derramando nieve;—
adormece los vientos: infinita
envía la nevasca, hasta la cumbre
celar de las montañas levantadas,
sus escarpados picos; la campiña
de loto llena, las opimas mieses
del hombre: por el piélago espumoso
en los senos del mar, las altas playas,
volando va la nieve, do las olas
murmuradoras vienen y la absorben;
mas todo, en derredor, desde la altura
envuelto está en un velo, cuando baja
del Saturnio la lluvia abrumadora—;
así volaban piedras á millares
de acá y allá: de Aquivos á Dardanios;
de Dardanios á Aquivos. Por el muro
doquiera rimbombaba rauco estruendo.
Pero de la muralla no rompieran
las puertas ni la trabe inmensa entonces
los de Dardania ni Héctor esplendente;
si, cual va el león á la vacada pingüe,
entre los Dánaos no lanzara Jove,
del mundo y sus destinos soberano,
al hijo Sarpedón. Embrazó á la hora
éste el broquel rotundo, primoroso,
broncíneo, martillado, cuyo centro
de numerosas pieles fabricara
batidas el artífice; que en giro
por la orla entera del pavés ciñólas
con áureas vírgulas. Llevó delante

de sí la pelta el adalid, rodeando
dos dardos, y con planta presurosa
fué como el león serrano, que de carne
por mucho tiempo careció; —le aguija
su fuerza soberbiosa las ovejas,
por más que rígido redil las guarde,
á acometer; bien que en su torno encuentre
pastores que con perros y con chuzos
velando están, no piensa, no, el aprisco
sin tentativa abandonar de asalto;
ó bien lo salva y de él su presa lleva,
ó luego por el arma disparada
de mano terca y ágil, es herido—.
Tal embestir el muro, y sus columnas
romper, dictara á Sarpedón divino
su ardor. De Hipóloco á la prole hablara
sin mora: "Glauco, en Licia ¿porqué somos
honrados en lugar, en carne, en tazas
más plenas? ¿Porqué todos como dioses
nos miran? Y en las márgenes del Xanto
¡qué ancha campiña, en arboledos bella,
en trigo opima, nuestra se dilata!
Así, fuerza es en medio los campeones
hora de Licia contender y el fuego
conllevar de la lid, porque pregonen
nuestros guerreros de trabada cota:
"Á la patria no imperan, no, sin lustre
los *licios reyes, ni con pingüe carne
de oveja en vano nútrense y con vino,
dulce como la miel, y poderoso.
También con lena pugnan y denuedo,
entre los más ardidos de la Licia."
Ó amigo, si debiéramos, huyendo
aquesta lid, fruír de eterna vida
y eterna juventud, no combatiera
en medio los potentes yo tampoco;
ni á la batalla, prez de los varones,
yo te excitara. Empero, vamos: írguense
por doquier de la muerte parcas ciento,
y de ellas no se fuga ni declina

mortal alguno: ¡vamos, y de gloria
á otros colmemos ó las armas nuestras!"
Dijo, y no le volvió la espalda Glauco
ni desoyó su voz. Entrambos fueran
vía recta; y la enorme muchedumbre
de *licios á la pugna condujeron.
Los vió y helóse de terror el hijo
de Peteo: vinieran á su torre,
desolación trayendo. La defensa
de los Aquivos acechara inquieto
en busca de un caudillo que la ruína
le apartase del pueblo. Erguidos viera
los dos Ayaces, brazos diamantinos:
viera acercarse de la tienda á Teucro.
Pero no le fué dado sus clamores
prevalecieran: tal rumor reinaba;
tantas voces subían á los cielos:
estruendo de broqueles percutidos,
de empenachados yelmos y de puertas;
violentos atacábanlas; violentos
luchaban por romperlas. Presuroso
el heraldo Tootes fué mandado
á Áyax por Menesteo: "Claro Tootes,
ve, corre, llama alguno, o más bien ambos
Ayaces—si los dos, mis votos cólmanse—
que se abre ante nosotros el abismo:
así con prepotencia nos oprimen
los ductores de Licia: quien ardientes
han siempre desafiado graves lides.
Mas, si también allí labor guerrera
se alzó, venga Áyax, ígneo Telamonio,
sólo y con él el grande arquero Teucro."
Dijo. Su voz no desoyó el heraldo,
y rápido corrió de los Aqueos
en túnicas broncíneas hacia el muro.
En su correr llegó de los Ayaces
á par; detúvose en fugaz acento:
"Ayaces, ó caudillos de los Dánaos,
con bronce revestidos, que á nosotros
vengáis la prole cara de Peteo

y Jove os manda y que un espacio breve
soportéis del combate las fatigas.
Si os es dado venir, venid entrambos.
Así colmarais los deseos nuestros:
se abre ante nosotros el abismo.
Tanto con su potencia nos oprimen
los ductores de Licia; quien ardientes
han siempre desafiado graves lides.
Mas, si también aquí labor guerrera
se alzó, venga Áyax, ígneo Telamonio,
sólo y con él el grande arquero Teucro."
Dijo y no desoyó su voz la prole
de Telamón excelsa. Luego al hijo
de Oileo habló palabra tal alada:
"Áyax, tú y Licomedes poderoso
aquí, en los Dánaos á encender el fuego
quedaos de la lucha. Yo en auxilio
iré de aquéllos: cederán los Teucros;
y entre vosotros volveré sin mora."
Diciendo así, partiera el Telamonio.
Con él fué Teucro, su carnal hermano;
y con Teucro, Pandión, que el arco curvo
le llevara. Por dentro el muro fueran;
y á la tienda del grande Menesteo
vinieran, á los Dánaos, que oprimía
el ímpetu enemigo. Á las columnas
del muro los caudillos de la Licia
valientes y sus príncipes subieran,
como negro huracán. Y la batalla
trabóse y grita rebramó de guerra.
Áyax, de Telamón, mató el primero
á un adalid, de Sarpedonte socio:
Epicles, el magnánimo. Matóle
con una peña aguda, que del muro
en lo interior yacía la más gruesa,
cabe el baluarte, inmensa.—Ningún hombre
de todos los que viven hoy mortales
ni en la más rica flor de la existencia,
la alzara fácilmente en ambas manos:
aquél la levantó, levantóla alta,

se la arrojó; desmenuzó su yelmo
de cuádrupla cimera, y quebrantóle
íntegra por doquiera la cabeza:
á buzo símil, de la yerta torre
se derribó: sus huesos huyó el alma.
Glauco, prole de Hipóloco fornida,
lanzábase á la lid: hirióle Teucro
desde la ardua muralla con el dardo;
hirióle donde nudo [a] el brazo viera,
y del combate le alejó. De lo alto
del muro saltó Glauco silencioso,
porque ningún *aqueo le atisbara
y de placer gritase al verle herido.
Dolor se apoderó de Sarpedonte,
cuando á Glauco miró dejar la liza.
Mas de luchar no se olvidó: llagara
con la lanza á Alcmeón, el Testorida;
y el bronce de él sacó: se fué de bruces
el muerto tras la pica, y en su torno
la armadura broncínea, primorosa
bronca sonó. Con los potentes brazos
movió el baluarte Sarpedón; y entero
se derrumbó el baluarte. Derrumbada
la almena, abrióse dilatada brecha.
Áyax y Teucro con aquél chocaron.
Del escudo, que todo le cubría,
el tahalí fulgente en torno al pecho
Teucro con la saeta atravesóle.
Mas, porque en el confín de los bajeles
el hijo no cayera, de él Saturnio
alejó las mortíferas deidades.
Áyax abalanzóse, y la rodela
le hirió, y no traspasó; pero detuvo
de Sarpedón el ímpetu. Cediera
éste un pequeño trecho del baluarte;
tan solo breve pieza: la esperanza
de granjearse gloria le movía.
Volviéndose á los *licios divinales,

a No cubierto de la rodela.

gritóles: "Ó guerreros, ¿tal el brío
de batallar perdisteis? Con ser héroe,
como lo soy, si á solas la muralla
tentase yo romper, tarea ruda
para mí fuera abrir hasta las naves
camino. Mas seguidme. Donde muchos
trabajan, la labor va prosperando."
Dijo. Temieron del ductor las voces;
al príncipe ciñeron obedientes;
acometieran con mayor bravura.
También dentro del muro los Aquivos
sus filas reforzaron. Grave empresa
surgiera ante sus ojos: de los Dánaos
el muro destrozar los firmes *licios
y senda abrir á los navíos no eran
valientes, ni valientes los Aqueos,
lanceros firmes, de apartar los *licios
del muro, que con éxito asaltaran.
Como dos hombres en comunes campos
y corto espacio, la mensura asida,
contienden palmo á palmo por las lindes;
tal á los combatientes separaran
los baluartes. Del muro en las alturas,
rompíanse entre sí sobre los pechos
los bovinos paveses, las rodelas
hermosas, los alígeros broqueles.
Rasgó la carne á muchos despiadado
el bronce: quiénes al volver la espalda,
de amparo nuda, traspasados fueron:
y quiénes, quebrantadas las adargas.
Doquiera de los Frigios, los Helenos,
de acá y allá, la sangre salpicaba
las torres, las columnas. Todo en vano;
que no lograron á la *graya gente
en fuga repeler aterradora.
Manteníanse inmóviles, cual justa
de la balanza la hilandera tiene
los platos, donde iguala con las pesas
la lana, hilada de ella en vil ganancia,
para nutrir su desvalida prole.

Así la lid y guerra de ambos pueblos
en punto igual estaban suspendidas,
antes que gloria más sublime diera
Jove al primer opugnador del muro:
Héctor Priamida. Quien gritó esforzado
á los de Ilión en sonoroso acento:
"¡Pujantes sed, ó aurigas de Dardania!
El muro *aquivo destrozad; el fuego
lanzad devorador á los navíos!"
Dijo por inflamar á la pelea
los Ilienses. Su voz oyeron todos.
Al muro, en apiñada muchedumbre,
recto fué el pueblo. Las cortantes picas
empuñadas, subiera á las almenas.
Por el un cabo roma, el otro, aguda,
frontera de las puertas una roca
yacía. Héctor cogióla. No la alzaran
al plaustro, de la tierra, sin trabajo,
dos próceres de cuantos hoy alientan.
El por sí sólo, él sin afán vibróla.
Y como en una mano levemente,
sin la carga sentir, el pastor lleva
carneril vellocino; así, apañada
la piedra, Héctor lanzárase á las puertas,
de única cerradura, trabe dúplice,
á las puertas fortísimas, sublimes:
llegó: retromovió, afirmó la planta;
tiró violento, rompió entrambos gonces;
cayó grave la peña allende el muro;
en derredor las puertas retronaran;
al ímpetu cedieran del disparo
los cerrojos, y acá y allá las tablas
rotas saltaron. El espléndido Héctor
pasó la puerta, cual la noche alada,
aterradora, el rostro; el cuerpo todo
con las broncíneas armas chispeante,
en dardo armada la una y la otra mano.

---

a Sigue el verso espurio: "Aligerósela el hijo del obscuro tramador Saturno."

Nadie, tan solo un dios, le detuviera,
la puerta al traspasar. Relampagueaban
sus ojos, como fuego. Entre la hueste
volvióse, y á los suyos, que salvasen
la muralla gritó. La muchedumbre
obedeció sus imperiosas voces.
Éstos por sobre el muro; por las puertas
de fábrica fornida aquéllos fueron:
todos, cual un torrente. Mas los Dánaos
medrosos á las naos dilatadas
huyeron: rebramó fragor horrendo.

CANTO XIII.

Combate por las naves.

Jove, que hasta las naos condujera
á los Dardanios y Héctor, entrególos
allí á la bélica labor funesta,
labor sin fin. Y los fulgentes ojos
volvió de Ilión; á la lejana tierra
los inclinó de los aurigas *tracios,
los impetuosos *misios é *hipemolgos
lactófagos, brillantes, y los *abios,
del mundo todo los más justos hombres.
Pero á Dardania los lucientes ojos
ya no volvió: supiera dentro el alma
que ningún inmortal á los Ilienses
amparo brindaría, ni á los Dánaos.
Mas el potente movedor del orbe[a]
no ocioso atalayaba: reveía
atónito el guerrear y la batalla,
en la suprema cumbre allá sentado

---

[a] Neptuno

de la selvosa Samos, la de Tracia;
de donde el Ida entero parecía
y la ciudad de Príamo y las naos
de Argólida; y á do, del mar, subiera,
sentárase, mirara compasivo
acosados los Dánaos por los Teucros;
y contra Jove se inflamó de furia.
    Descendió de la inhiesta cima al punto
con rapidez, con ímpetu. Temblaron
los elevados montes y las selvas
so el andar de sus plantas inmortales.
En su corrida se esforzó tres veces.
La cuarta vez al término tocara:
á Egas, donde el alcázar renombrado,
*neptúneo, fulguroso, eterno, de oro,
levántase del mar en las honduras.
Á él arribó y unció veloz al pértigo
la, de éneo callo, voladora biga
con sueltas áureas crines. De áurea veste
él mismo se cubrió; el látigo bello,
ornado en oro, asiera; al plaustro alzóse,
y por sobre las ondas presuroso
en él se deslizó. Bajo la huella,
bajo la majestad del rey surgieron
de sus hondos cubiles por doquiera
los monstruos del abismo y retozaron
á su redor; ante él ledos abriéronse
los piélagos; voló rauda la biga;
y no lograron salpicar las olas
solevantadas el timón broncíneo.
Á las naves de Acaya le llevaron
los saltantes alígeros bridones.
    De la mar en los senos más profundos
una vasta caverna se interpone
entre Ténedos é Imbro, la escarpada.
Allí del orbe el movedor, Neptuno,
del carro deslazó y dejó su biga;
pábulo ambrósico lanzara ante ella.
Y en vínculos inquebrantables de oro,
indisolubles, los ligó de planta,

hasta su retornar; y fué á los Dánaos.
La *dárdana agrupada muchedumbre,
cual fuego, ó torbellino de fortuna,
venía clamorosa, embravecida,
de Héctor en pos, á conquistar las armas
y allí matar la flor de los Aquivos.
Pero Neptuno, cercador del orbe,
del suelo movedor, salió del golfo
y enardeció á la pugna los Helenos,
en forma y en la voz inextinguible
á Calcas símil, y primero dijo
tal á los dos intrépidos Ayaces:
"Salvad vosotros al *argivo pueblo,
ó Ayaces; vuestra antigua valentía
rememorad y no el gélido miedo.
No temo yo la mano inaccesible
de la que traspasó la gran muralla,
muchedumbre de Ilión. Allá en el muro
afrontaránla toda los de Acaya
grebifornidos. Mas aquí yo tiemblo
ante el desastre: ante Héctor, que prosapia
de Jove omnipotente se blasona.
Manda, y frenético y calor flamante,
rodea el campo. ¡Si os moviera un numen
á vosotros el alma, porque entrambos
á la pugna las gentes inflamaseis!
Así, apesar de su ardimiento insano,
le apartaríais de las raudas naves;
no importa que le aliente Jove mismo."
Lo dijo, y con el cetro los tocara
á entrambos, de pujanza poderosa
llenándolos, aquél que agita al mundo,
lo cerca. Él les tornó leves los miembros,
plantas y brazos; los hinchió de brío.
Y cual en vuelo rápido se eleva
el gavilán alígero, que al llano
desde peñón erguido se dispara
de presumida sierra, tras un ave;
así desde ellos se lanzó Neptuno,
sacudidor del orbe. Áyax Oilida,

el pronto, al dios adivinó, y clamara:
"Áyax, pues nos ordena combatamos
por los bajeles nuestros algún numen,
morador del Olimpo; quien de vate
la faz mintió;—no es Calcas augur éste:
al irse yo de atrás le vi las plantas
y las suras mover; lo vi; no lo era:
de adivinar son fáciles los dioses;—
á mí también dentro al doliente pecho
el alma con doblado ardor me manda
lidiar y batallar: están ardientes
por combatir las plantas desde abajo;
los brazos desde arriba están ardientes."
Y Áyax, de Telamón: "También mis manos
al rededor del asta arder se sienten
inaccesibles. Mi potencia alzóse;
búllenme enteras una y otra planta;
rápidas se me van. Suspiro, abrásome
por guerrear, aun sólo, contra el hombre
del no vencido empuje: Héctor Priamida."
Así dijeran, ledos con el brío,
en su alma derramado por el numen.
En tanto á sus espaldas los Helenos,
que en torno de las naves surcadoras
al triste corazón respiro daban,
el cercador movía de la tierra:
la onerosa labor de la batalla
les disolviera los llorosos miembros:
su pecho estaba de pesar gravado,
por ver á las *ilíacas falanges
allende el alto muro. Las miraban
y lágrimas corrían de sus ojos:
desesperaban de vitar la ruína.
Con leve andar atravesó, inflamando
á la contienda, las potentes huestes
el movedor del orbe. Fué imperioso
primero á Teucro, á Leito y á Penéleo,
el adalid; á Toante y á Deípiro,
Meríones, Antíloco: héroes todos
del campo de batalla voceadores.

Los alentó á la lucha, profiriendo
esta palabra alada: "¡Cuánta afrenta,
Argivos, niños tiernos! Yo confiara
en que vosotros, lidiadores firmes
habíais de salvar nuestros navíos.
Si de la guerra mísera vosotros
rehuís, entonces ya ha nacido el día
en que de Ilión seremos debelados.
¡Ay dolor! qué terrífico portento
—portento que jamás mirar soñara—
yo veo con mis ojos: que los Teucros
hayan venido hasta las naves nuestras;
los Teucros, que antes de hora semejaban
fúgidas ciervas, débiles, imbeles,
acá y allá corriendo pavoridas
ante panteras, lobos y chacales;
que las apresarán dentro la selva.
Tal antes ni intentaban los Ilienses
la fuerza *aquiva, las *aquivas manos
retar. Ahora de sus muros lejos
en medio de las hondas naos lidian,
porque es ruín el ductor, ruínes los pueblos;
que, enardecidos contra el rey, no quieren
propugnar los bajeles voladores;
y en medio de ellos caen. Del estrago
á la verdad sólo uno es el culpable:
Agamenón, el prepotente, el héroe,
que al corredor Aquiles baldonara.
Pero no es dado, no, que de la guerra
nosotros rehuyamos. ¡Ea! pronto
espíritu cobrad! De los valientes
presto los corazones se recobran.
No es bello que olvidéis la marcial furia,
vosotros, lumbre de las armas nuestras.
Que el malo la lid huya, no me indigna:
indígname, contrístame miraros
cobardes á vosotros. Desventuras
todavía mayores, ó menguados,
engendrará tamaño desaliento.
Pensad en el honor, en la deshonra.

Cruel lidia surge: denodado pugna
á par de los navíos el Priamida,
de los combates voceador: las puertas
ha roto, roto sus fornidas trabes."
Así animaba sin cesar los Dánaos
el cercador del mundo. Á los Ayaces
falanges circundaron valerosas;
las cuales, si Mavorte allí viniese,
no riñera, ni Palas, de los pueblos
agitadora. Alzábanse esperando
á los de Ilión y al divinal Priamida
selectos campeones, que estrechaban
lanza con lanza, bien trabado escudo
con escudo, rodela con rodela,
almete con almete, y hombre y hombre.
Las crinadas cimeras coruscantes
tocábanse al moverse los morriones:
tanto se comprimían las escuadras;
estremecíanse en las férreas manos
las picas, se doblaran: vehementes
ansiaban el lidiar y abalanzarse.
Con ardimiento y en compactas filas
los Dárdanos vinieran; arrastrábalos
á los Aqueos Héctor impetuoso.
Como la peña, que rodante baja
por la ladera del sublime monte;—
el torrente acrecido por las lluvias
de invierno magnas destrozó sus lazos,
y del peñón medroso desprendióla:
de lo alto precipítase, saltando;
las sierras truenan; rueda irresistible,
hasta venir al llano; donde inmóvil
se queda, donde su ímpetu se muere—;
tal Héctor, hasta el ponto, entre cadáveres
con leve planta atravesar los pinos
amenazó, y las tiendas de los Dánaos
cúpole conminar. Mas, cuando vino
á los estrechos haces cerca de ellas,
detuvo su correr. Con las cuchillas
los del frente, y con picas de dos filos

le recibieron. Él cedió á la fuerza
y á los suyos gritó en sonables voces:
"¡Troyanos, Licios, Dárdanos batientes:
firme la huella! Á mí no larga pieza,
si bien se cuadran como recias torres,
detiénenme los Dánaos; que á mi frámea
fío ciarán, si de hecho mi coraje
el más excelso numen ha esforzado:
el tronador esposo de Saturnia."
Así diciendo, de los hombres todos
movió la fuerza y el coraje. Entre ellos
Deífobo Priamida adelantóse
magnánimo fogoso; en la rodela
ante sí levantada, se cubría
entre el veloz andar. Lucia falárica
asestóle Meriones no en vago;
que hirió de lleno la taurina adarga;
mas no la traspasó; quebróse presto
el luengo bronce: la bovina pelta
tiró de sí Deífobo, temblando
del asta de Meriones pujante.
Mas el campeón tornó á la amiga hueste,
por el perdido triunfo y rota pica
de furia desfrenada arrebatado.
Al punto en busca de una larga azcona,
que dejara en su tienda, por los barcos
y pabellones fué de los Aquivos.
Lidiaban todos: grita inextinguible
sonó. Y á la hora Teucro Telamonio
á Imbrio lancero, Mentorida rico
de bridones, la muerte dió.—En Pedeo,
antes que los Aquivos arribaran,
éste vivía con la esposa, prole
de Príamo: Medesicaste nota.
El cual, viniendo los navíos corvos
de los Dánaos, tornó de los Ilienses
en medio á fulgurar, dentro el alcázar
del rey, que al par le honraba de sus hijos—.
Bajo la oreja con la larga pica
hirióle Teucro y de la herida el arma

retiró. Aquél cayó, cual por el bronce
cae tronchado y á la tierra abate
la fronda rica el delicado fresno;—
alzábase del monte en la cumbrera,
regiones dilatadas dominando—.
Así cayó, y en torno de él sus armas,
bellas en bronce ornadas, rebombaron.
De desarmarle ansioso, Teucro fuése
sobre él. Mas Héctor un rielante dardo
soltóle; el otro avizorara: violo,
declinó el bronce apenas; que en el pecho
hirió al hijo de Ctéato Actorida:
Anfímaco, que al dárdano embistiera.
Con sordo estruendo en tierra derrumbóse
y á torno de él sus armas rimbombaran.
Anhelaba Héctor arrancar el casco
á las sienes de Anfímaco animoso.
Fué: le asestó su lanza rutilante
Áyax: no le rasgó la piel, ceñida
de hórrido bronce; percutió de lleno
la adarga y rechazólo en grande empuje;
quien más allá del uno y otro muerto
retrocedió: sacáronlos del campo
los Aquivos: Estiquio y Menesteo,
el fúlgido, de los de Atenas jefes,
á Anfímaco y en medio de los suyos
guardáronle; mas Imbrio fué sacado
por los Ayaces, de insaciable furia.
Como á los perros, de afilados dientes,
arrebatan dos leones una cabra
y en la boca la llevan, sobre el suelo
levantada, del monte á la espesura;
así los dos Ayaces acerados
á Imbrio de su armadura despojaran.
El vástago de Oileo, por la muerte
de Anfímaco indignado y pesaroso,
del cuello delicado la cabeza
á Imbrio cortó y vibró, cual si pelota,
y al pueblo la lanzó: cayó en el polvo
la testa ante las plantas del Priamida.

Dentro del corazón Neptuno entonces,
por el nieto[a] caído en cruda lucha,
ira y dolor sintió; fué presuroso
á las *aquivas tiendas y bajeles,
del pueblo á levantar la valentía;
y entre los pueblos suscitó congoja.
El ínclito lancero Idomeneo
del lado de un amigo retornaba;
que, poco había, de la lid viniera,
en medio la rodilla vulnerado
con el agudo bronce. Lo llevaran
los compañeros de armas. El herido
fué á la tienda por médicos: ardía
aun por volver al campo. Idomeneo
á él regresaba; le encontró Neptuno,
el poderoso agitador del orbe.
Fingió la voz de Toante Andremonida,
que en Pleurón toda y Calidón enhiesta
sobre los *étolos reinaba, honrado
del pueblo al par de un dios. Y tal hablóle:
"Ductor de los de Creta, Idomeneo,
¿dó están las arrogantes amenazas
á los Troyanos por los Dánaos hechas?"
De los *cretenses el ductor repuso:
"Ó Andremonida, cuanto ver yo puedo,
ninguno es hoy culpable; pugnar todos
sabemos; el temor helado á nadie
oprime; nadie por ignavia cede
ante el terrible batallar. Empero,
tal placerá al omnipotente Jove:
que lejos de la patria los Argivos
caigan aquí ingloriosos.—Mas, Toante,
tú en otros tiempos esforzado fueras;
y á quien temblar veías, alentabas.
Así también ahora no desmayes,
y manda á todos que combatan fuertes."
Y el movedor del mundo respondióle:
"Idomeneo, nadie de Dardania

[a] Anfímaco.

vuelva, quien este día se retire
medroso de la lucha, sino yazga
de los canes ludibrio aquí en la tierra.
Mas ¡ea! ven, las armas alza, vamos:
urge volar; que ministrar es dable,
si bien sólos, algún solaz al pueblo.
Hasta las fuerzas de los más humildes
unidas crecen. Y los dos nosotros
con adalides batallar sabemos."
    Diciendo tal, el numen retornara
en medio de la bélica faena.
Al especioso pabellón viniendo,
Idomeneo las garridas armas
vistió; apañó dos dardos; fué ligero,
comparable al relámpago que Jove
desde el radiante Olimpo á los mortales
presagioso vibró;—el claror deslumbra—.
Así, al andar aquél, en torno al pecho
le fulgurara el bronce. De la tienda
ann no iba lejos, cuando un noble socio,
Meríones, venía por la azcona,
la énea, que allí dejara. En este modo
de Idomeneo la pujanza[a] hablóle:
    Meríones, ó vástago de Molo,
ó corredor y socio predilecto,
¿qué vienes de la guerra y el combate?
¿herido estás? te agobia dardo agudo?
ó acudes á llamarme? Enardecido,
el pabellón dejé por la batalla."
    El discreto Meríones repuso:[b]
"Por lanza, si en la tienda queda alguna,
vengo; la mía se quebró en la tarja,
do la clavé, de Déifobo soberbio."
    Respondióle el ductor de los de Creta:
"No un dardo, sino veinte, si quisieres,
dentro mi tienda, en el frontero muro,

---

a El pujante Idomeneo.

b Sigue el verso espurio: "Ó Idomeneo, consejero de los cretenses, de broncíneas vestes."

luciente encontrarás, armas *troyanas,
de quien maté, despojos. Que no sufro
de lejos combatir: de aquí mis dardos,
los rotundos broqueles, los morriones
y los bruñidos petos fulgurosos."
Y contestó Meríones prudente:
"También mi pabellón y negra nao
cien armas atesoran, que á los Teucros
gané. Pero no están de aquí cercanas.
Yo sé decir que el ánimo esforzado
no me faltó jamás. Donde rompía
armada la discordia, yo corriera
entre los campeones á la pugna,
del hombre gloria. Mi lidiar constante
á alguno de los Dánaos, de éneas armas,
ocúltase; no á ti; yo tal lo creo."
De los *cretenses el ductor: "Conozco
tu intrepidez: ¿á qué tantas palabras?
Si deputados los mejores somos
en medio de las naves todos hora,
para tender celadas; do del hombre
la virtud al instante se descubre;
do el ruín se muestra, el denodado brilla;—
la faz del temeroso se demuda
y vuelve á demudar; entre sus miembros
no le permite el alma que tranquilo
sentado esté: se inclina, las rodillas
moviendo acá y allá, y en los calcaños
se apoya; ve la muerte y le sacude
violento el corazón dentro del pecho;
suena su dentellar: el animoso
no palidece, ni el temor le vence;
siquier por vez primera en la celada
yazca de los guerreros; á los dioses
ruega que sin tardar envuelto se halle
en lid atroz—... Allí tu fuerza y brazo
nadie censurará. Si te vulneran
dardos ó picas, ni en cerviz ni espalda
se clavarán, mas en el pecho y vientre
del lidiador de la primer falange.

Empero, no parlemos ya, cual simples,
aquí de pié; no sea que indignado,
alguien nos contumelie. Ve á la tienda;
de ella requiere ponderosa lanza."
 Dijo, y Meríones voló á la lona,
cual va fiero, veloz Mavorte, y trajo
asta broncínea, y con afán ignito
fué en pos de Idomeneo. Como Marte,
el sanguinario á la contienda corre,
seguido del Temor, su prole cara,
intrépida, fortísima, que aterra
hasta á los próceres;—de Tracia vienen
entrambos, á los *éfiros la guerra,
y á los *flegios magnánimos moviendo;
no escuchan de ambos bandos las plegarias;
á uno sólo dan lustre—; tal armados
con relumbrante bronce, Idomeneo,
caudillo de los hombres, y Meríones
ductor á la contienda caminaron.
Éste el primero habló: "Deucalionida,
¿por dó quieres lanzarte á la pelea?
por la derecha de la hueste *aquiva?
por la mitad? por la siniestra mano?
Pues allí más que en otra alguna parte
veo que no combaten decididos
los Helenos, de hermosa cabellera."
 De los *cretenses el caudillo dijo:
"Hay en el centro quien librarlos puede:
los dos Ayaces; Teucro, el grande arquero
de Hélada, eximio en el campal empeño.
Quienes de aquél todo el empuje y brío
asaz rebatirán.[a] Caso apretado
será para él, bien que arda en furia viva,
vencer la dura inaccesible mano
de éstos y arrojar fuego en los navíos;
á no ser que encendida tea lance
Saturnio mismo á los veleros leños.

---

[a] Sigue el verso espurio: "De Héctor el Priamida, por más fuerte que sea."

Á un hombre, que, mortal, comiese el fruto
de Ceres y á quien bronce y graves piedras
pudieran derribar, Áyax ingente,
prole de Telamón, no cedería.
Ni ante el destrozador de las falanges,
Aquiles, en la pugna solitaria,
retrocediera:—en rapidez de plantas
rival ignora el hijo de Peleo—.
Así ve á la siniestra del combate,
porque sepamos luego si la gloria
seremos de otros, ó ellos gloria nuestra."
Dijo, y símil á Marte, el impetuoso,
se abalanzó Meríones primero
por el campo, do el otro le mandara.
Mirando á Idomeneo y á su socio,
en fuerza con la llama enardecida
del fuego comparables y cubiertos
de ornadas armas, la *dardania hueste
se juntó clamorosa y atacólos.
En derredor de las navales popas
la lidia se trabó. Como en las horas
de estío, cuando yace por las vías
denso, profundo, el polvo, se levanta
el vendaval en ráfaga estridente;
la que alza inmensas polvorosas nubes;
tal el vaivén de la batalla fuera.
Ardían por matarse en bronce agudo.
De astas luengas, mortíferas estaba
el sanguinario ejército erizado.
La claridad de los morriones éneos
resplandecientes, las bruñidas cotas,
los rútilos broqueles del gentío
en su ir y su venir: todo los ojos
deslumbraba. Robusto pecho fuera
entonces menester, para gozarse
y no gemir, ante el conflicto fiero.
Con anhelo encontrado los dos hijos
de Saturnio pudientes á los héroes
enviaban cuitas flébiles. Ansiara
para los Teucros y Héctor la victoria,

por ensalzar al corredor Aquiles,
el padre Jove. Mas que el pueblo *argivo
en torno á Ilión entero sucumbiera
no maquinaba, sino sólo á Tetis
glorificar y su animosa prole.
Del espumante piélago, en secreto,
salió Neptuno y de los pueblos *dánaos
al medio fué, excitólos á la guerra,
de ira y tristeza herido, por los hombres
que víctimas caían de los Frigios;
flamante de furor contra el Saturnio.
Una es la estirpe y el hogar es uno
de entrambos dioses; mas nació primero
y vence en el saber Jove. Neptuno
así vitó visible ir á los Teucros:
animador, la hueste por doquiera
oculto, en forma humana, recorría.
Del indeciso batallar tremendo
la infrangible lazada, la insoluble,
que mil rodillas desató, tendieron
ambos ora de un bando, ora del otro.
El ya entrecano Idomeneo luego,
mandando á los de Acaya, arremetiera
contra los Teucros, y aterró y fugólos.
Pues sucumbió á sus manos Otrioneo,
desde Cabeso, por la clara fama
de la guerra traído, poco había:
ambicionaba la más bella prole
de Príamo: Casandra, y no dotada.
Por ella prometió magna proeza:
arrojar de Dardania á los Aqueos.
Consintió el viejo rey; lidiaba el otro,
en la promesa fiado. Idomeneo
á él, que con arrogancia se acercaba,
apuntó y disparó el fulgente dardo.
Al *teucro no valió la que vestía,
énea cota: fué herido en medio el vientre.
Con rauco estruendo derrumbóse en tierra;
y fiero aquél gritóle alborozado:
"Otrioneo, diré que eres sublime

entre los hombres todos, si cumplieres,
sin quitar, cuanto á Príamo, progenie
de Dárdano, ofreciste; quien la prole
te desposó. También igual promesa
deseáramos hacerte sin falacia:
de Argos traer y darte por esposa
del rey Atrida la hija más venusta,
si en medio de nosotros derrocaras
de Ilión la ciudad bella, populosa.
Mas ven, y departamos de esponsales
en las del ponto surcadoras naos:
no somos malos, viles pretendientes."
    Diciendo así el campeón Idomeneo,
del pié arrastrara al derribado *teucro,
en medio del conflicto de las armas.
Asio corrió del muerto á la defensa,
delante de su biga, que anhelara
por cima de sus hombros ardorosa,
Ansiaba aquél herir al rey de Creta;
quien á él se aproximó y atravesóle
so la barba en el bronce la garganta.
Asio se desplomó; como la encina,
ó el pobo, ó pino altísimo, cortado
para leños navales, en la sierra,
por segur afilada, se derrumba.
Tal ante biga y plaustro aquél doblóse,
derribóse en el suelo, dentellando,
y con su mano asió el sangriento polvo.
Se trastornó la mente del auriga,
y el carro salvador volver no supo.
Del animoso Antíloco en el asta
entero fué llagado, traspasado;
y no le aprovechó bróncea loriga;
íntegro el vientre le rasgó la punta:
cayó anhelante de su carro hermoso;
corrió desde los Teucros á los Dánaos,
de primorosas grebas, los bridones
Antíloco, hijo del valiente Néstor.
    Deífobo con dardo fulguroso,
de Asio caído vengador, llegóse,

y á Idomeneo disparó. Pero éste
recto miraba y la broncínea pica
vitó; cubríale el rotundo escudo,
con doble atravesaño guarnecido,
y piel bovina y centellante bronce;
se estrechó y ocultó tras de la tarja:
voló la énea falárica por alto;
en bronco resonar rozó la pelta.
Mas no partió de la pesada mano
en balde; sino hirió dentro del vientre
el hígado de Hipsénor Hipasida,
de los pueblos pastor, y disolvióle
las rodillas. Deífobo gozoso
prorrumpió en sonorosas voces: "¡Asio
no yace á la verdad inulto; creo
que en su bajar á las *plutonias puertas
cerradas, formidables, alborozo
tendrá, que yo le he dado compañero!"
Dijo, y su alegre y arrogante grita
á ira y pesar moviera los Aqueos,
y al esforzado Antíloco entre todos
el alma enardeció. Mas no olvidara,
en medio su dolor, al compañero.
Corriendo á protegerle fué y cubrióle
con la adarga. Al caído levantaron
dos caros socios: Mecisteo, de Equio,
y el claro Alástor; y á las anchas naves
lleváronle; él gemía doloroso.
De Idomeneo los ardientes bríos
no desmedraron: su única delicia
era envolver en tenebrosa noche
á algún *teucro; ó, luchando por la vida
de los Aqueos, sucumbir él mismo.
Del *jovio Esietes á la amada prole:
Alcátoo jayán;—era cognado
de Anquises; á Hipodamia, primogénita
de éste, tomó por cónyuge Alcatoo:
de amor y de ternura la colmaban
el padre, en el hogar, la amante madre.
Á todas sus iguales excediera

en garbo, en las labores, las virtudes.
Así, se desposó con ella el prócer
de la anchurosa Ilión—; al que Neptuno
doblegó so el poder de Idomeneo.
Sus ojos fascinando esplendorosos,
atóle el cuerpo cándido: no pudo
vitar aquél ni huír al enemigo.
Mas, cual columna ó árbol encumbrado,
de erguida copa, se quedara inmóvil.
Y el adalid Idomeneo hirióle
en la mitad del pecho con el asta.
Se rompió en torno la broncínea veste;
la que antes alejaba de sus miembros
la perdición. Quebrada por el dardo
resonó en derredor bronca la cota:
con rauco estrépito por tierra vino:
del corazón en el saltar convulso,
el asta fija en él se estremecía.
Y sin tardar Mavorte, el poderoso,
la fuerza disolvióle de la vida.
En ledas, altas, estridentes voces
gritara Idomeneo: "¿Por ventura,
Deífobo, nos bastará á nosotros
matar por uno tres? Tú te jactabas
con arrogancia tanta. Pero afróntame
ya, ó mísero, y verás cómo yo pugno
aquí, cual vástago que soy de Jove;
Jove que á Minos, guardador de Creta,
engendrara primero; fué de Minos
retoño Deucalión, el intachable;
y yo, de mil guerreros el caudillo,
lo soy de Deucalión en la ancha Creta.
Ahora mis bajeles me trajeron
á la Dardania por desdicha tuya,
la de tu patria y los de Troya todos."
    Así dijo, y Deífobo fluctuara
si retirarse, por volver unido
de los Teucros magnánimos á un hombre;
ó si cerrarle en singular pelea.
Tal vacilaba, y el mejor consejo

pareciole ir á Eneas. De los haces
en el confín le halló; do quedo estaba,
por su rencor contra el luciente Príamo;
quien congloriar al adalid no usara.
Á par de él deteniéndose, le dijo
esta palabra alada: "De los Teucros
ductor, ó Eneas, hora á tu cognado,
si algún pesar te inspira su infortunio,
es fuerza y ley que vengues. De Alcatoo
el cuerpo á defender marcha conmigo.
Cuando eras pequeñuelo y él vivía,
te nutrió en el hogar. Idomeneo,
el astero ínclito, le ha dado muerte."
Dijo; inflamóle el alma dentro al pecho:
en pos de Idomeneo fué, y de guerra
ansioso. Mas el célebre lancero
no tembló, cual un niño delicado,
sino se levantó, como en la sierra
álzase el jabalí, soberbio, ufano,
cuando al estruendo de hombres, que se acerca,
en el páramo, aguarda;—se le erizan
las setas de la espalda; fuego brotan
sus ojos fulminantes; los colmillos
aguza, y arde por lanzar los perros
y los hombres de sí—. Tal se cuadrara
el grande astado, aproximarse viendo
al belicoso Eneas. Á los socios:
Ascálafo, Afareo y á Deípiro,
Meríones y Anfíloco, del campo
los altos voceadores, vió; clamóles:
hacia sí los llamó en palabra alada:
"Venid, amigos, defendedme; sólo
yo estoy, retiemblo: se avecina Eneas,
el corredor; ya á par de mí el terrible
se alza, el que riza en los guerreros siembra;
de la vida en la flor tocó: su empuje
supremo es. ¡Oh, si iguales nuestros años
corriesen, como igual corre el denuedo!
Presto suya la gloria fuera ó mía."
Dijo, y todos unánimes en cuadro

se estrecharon, al hombro los escudos.
Miró y apellidó sus compañeros
Eneas: á Deífobo y á Paris,
á Agenor reluciente; quien partieran
con él la reyecía de Dardania.
Y en pos los pueblos fueron, como siguen
á beber en la fuente las ovejas
desde el prado al carnero;—se complace
el alma del pastor—. Así alegróse
el corazón de Eneas dentro el pecho
al ver venir tras sí á la muchedumbre.
Con largas picas de Alcatoo en torno
se agolparon, y en medio de la hueste,
al apuntarse de uno y otro bando,
en derredor del pecho resonara
hórrido el bronce. Dos ardidos hombres,
de las escuadras próceres: Eneas
é Idomeneo, idénticos á Marte,
anhelaban hundirse dentro al cuerpo
el crudo bronce. Disparara Eneas
el primero. Mas vió venir el otro
la énea asta y la vitó. Trémulamente
aquesta, en balde por la terca mano
tirada, penetró en la tierra. El vientre
á Enomao llagara Idomeneo
en la mitad: la cóncava loriga
del arma destrozada, atravesóle
las vísceras: aquél cayó en el polvo
y asió la tierra; el dardo en sombra luengo,
Idomeneo retiró. No pudo,
empero, arrebatarle de los hombros
la armadura gentil. Acribillado
de tiros, fué cediendo; que su planta
ya no tuviera su vigor primero,
ora para lanzarse, en el combate,
tras de sus propias armas disparadas,
ora para evitar al enemigo.
Así, en contienda inmóvil alejaba
el despiadado día: de la guerra
no le llevaban ágiles las plantas:

lento se retiró. Su terso dardo
arrojóle Deífobo, de furia
contra él henchida el alma. Errara el bote
de nuevo; mas Ascálafo, progenie
del numen de la guerra, recibiólo;
y del hombro al través fué el dardo rudo:
se derribó en el polvo, asió la tierra.
El clamoroso, válido Mavorte,
que el hijo en la batalla encarnizada
cayera, no sabía. Del Olimpo
sentado estaba en la suprema cima,
bajo doradas nubes. Le alejara
del batallar la voluntad de Jove.
Allí también los otros inmortales,
la lid vedada á todos, demoraran.
De Ascálafo en redor se aglomeraron
al punto los de Ilión. El yelmo terso
Deífobo quitóle. Mas Meríones,
rival de Marte, el rápido, medroso,
corriendo el arma hundiérale en el brazo.
Y la celada, de cimera excelsa,
á la palma escapó del *teucro al suelo,
y bronca rimbombó. Corrió Meríones
veloz, cual gavilán, y de la mano
arrebató del muerto el asta firme,
y volvió entre los suyos fugitivo.
Ciñendo á aquél los brazos en contorno
del cuerpo, á la batalla sonorosa,
terrible, arrebatárale el hermano
Polites; que á la biga voladora
le llevó, de la lid y de la hueste
al postrimer confín: allí el auriga
y los bridones y el pintado carro
aguardaran; que á Ilión le condujeran,
de dolor desgarrado y de congojas,
lanzando profundísimos gemidos:
brotaba sangre del herido brazo.
Pugnaban los ejércitos; se alzaba
grita sin fin. Eneas hacia el hijo
corrió de Caletor, hacia Afareo,

que á él se volvía, y con el bronce agudo
le rasgó la garganta: su cabeza
á un lado se inclinó, siguió la tarja,
siguió el morrión: se difundió en su torno
la muerte, de las almas rompedora.
Atisbara á Toón, que se volvía,
Antíloco y volando le pasara
la arteria toda que hasta el cuello sube,
de la espalda á lo largo: toda entera
se abrió: en el polvo aquél cayó supino,
hacia los caros socios extendidas
las manos. Corrió Antíloco; las armas
de los hombros quitóle, receloso
mirando en derredor; de dondequiera
el ancha pelta, de primores rica,
golpeábanle los Teucros, impotentes
para llegarle con el crudo bronce
al tierno cuerpo. En medio de los dardos
á la *nestórea prole defendía
el movedor del orbe. De enemigos
circuído sin cesar y acribillado,
no daba paz al asta, mas girábala,
clavábala fornido, sin reposo;
ya lejos dispararla prefería,
ya acometer con ella cuerpo á cuerpo.
Vióle tirar por entre las falanges,
el Asida Adamante; quien, corriendo,
se aproximó y hundióle el bronce agudo
en el pavés. Amortiguó la lanza
el dios de la cerúlea cabellera:
de Antíloco la vida le negara;
de la pica el astil en dos partióse.
Al modo que la estaca, endurecida
á la lumbre, se clava; tal el bronce
del arma en el broquel quedó fincado;
cayó la otra mitad del asta en tierra:
retrogradó á la hueste de los suyos,
ante la perdición. Mientras huía,
siguiérale Meríones. Rasgóle
la carne entre las ingles y el ombligo;

do á los mortales míseros las llagas
más dolorosas son. Allí le hundiera
la lanza; á torno de ella tremulante
el *dárdano volteó, como voltea
el toro, que en la sierra los pastores,
en cuerdas á la fuerza atado llevan:
recalcitra. Tal sólo un breve punto,
y ya no más, aquél se retorciera,
mientras, viniendo á par de él, retiraba
el adalid Meríones la pica:
su mirada velaron las tinieblas.
De cerca hirió en las sienes á Deípiro
con la enorme cuchilla *tracia Heleno.
El yelmo quebrantóle sonoroso
en la cabeza; el cual voló á lo lejos;
en el suelo cayó y rodó á las plantas
del pueblo *aquivo;—allí lo recogieran— :
sus ojos envolvió profunda noche.
Del noble voceador de la batalla,
Menelao, pesar apoderóse
y aflicción. Quien, vibrando el asta aguda,
se fué amenazador al héroe Heleno.
Éste armó el arco; la afilada lanza
aquél, á disparar entrambos prontos.
La cóncava coraza sobre el pecho
con la cortante jara hirió el Priamida:
la vira, rechazada, voló lejos.
Como del ancho bieldo á la grande era
las negras habas y garbanzos saltan,
al soplo de las ráfagas sonantes
y del aventador al lanzamiento:
así la aguda flecha, rebotada
con fuerza por el peto del Atrida,
glorioso rey, saltó, voló, perdióse.
El grande voceador de las batallas
su dardo al punto disparó á la mano
con que el *iliense armaba el arco terso;
de parte á parte traspasóla el bronce.
Cedió y tornó el flechero entre las turbas,
ante la perdición. Llevara hincada

la arma fresnal en la caída mano;
que inerte la arrastraba. Retiróla
de ella Agenor magnánimo. La herida
éste en vellones blandos le vendara
de una honda, en que tiraba el compañero
del pastor de los pueblos soberano.
Sobre el glorioso Menelao fuése
Pisandro: le traía desde lejos
la parca desastrosa de la muerte,
para caer, en sanguinaria lucha,
á tus piés, Menelao. Se acercaron:
el bote de la lanza erró el Atrida:
del Atrida glorioso la rodela
Pisandro golpeó, pasar no pudo.
El astil de la pica se quebrara
en el ancho broquel; clavado el bronce
allí quedó. Llenóse de alegría
el *dárdano, soñando en la victoria.
Desenvainó el de Atreo la cuchilla,
de clavos argentinos exornada;
y hacia Pisandro abalanzóse. Aqueste
bajo el escudo alzó segur hermosa
de fino bronce, con astil pulido,
luengo, de oliva. Se embistieron ambos.
El *teucro de un fendiente la cimera
de la celada, do el airón sublime
alzábase, cortó. Mas, en su salto,
rota por el *aquivo fué su frente
de la nariz en el extremo: rotos
los huesos resonaron y á sus plantas
cayeron en el polvo de la tierra
cruentos los ojos, en su sangre tintos.
Cayó y doblóse. Púsole en el pecho
la planta el *dánao; le quitó las armas;
y en estas voces prorrumpió de triunfo:
"Así, por fin, las naves de la Acaya,
rica en corceles, dejaréis, ó Teucros,
hombres soberbios, de la lid tremenda
insaciables. No os falta ni ignominia
ni confusión, que á mí, perros infames,

me afrentasteis, de Jove hospitalario,
altitonante, las medrosas iras
menospreciando. Él vuestros altos muros
derribará algún día; pues que, en premio
de la hospitalidad, me arrebatasteis
osados del hogar la esposa misma
y gran tesoro. En las veleras naos
arrojar hora las voraces llamas
anheláis y matar los héroes *dánaos.
Mas arda cuanto quiera vuestra furia,
al fin, desmayaréis en el combate:—
ó padre Jove, dicen que tu ciencia
la de los hombres y los dioses vence;
todo esto es obra tuya; tú á los Teucros
y su altivez alientas, la salvaje,
su insaciable furor de la batalla,
por las anchas falanges fragorosas.
Todo en el mundo término conoce:
el sueño y el amor, el dulce canto,
el plácido danzar: esparcimientos
más que la guerra gratos. Pero nunca
de contender se sacian los Ideos."
Diciéndolo, las armas sanguinosas
el intachable Atrida al muerto *iliense
desvistiera: entrególas á los suyos,
y á la primera fila fué de nuevo.
Allí le acometió con osadía
Harpalión, vástago del rey Pilémenes.
—Á la lid *frigia en pos del padre amante
acudió: no tornó al nativo suelo—.
Éste al Atrida avecinóse, el asta
del escudo clavándole en el centro.
Mas no logró calarlo. Retirábase
ante la parca al medio de los suyos,
ojo avizor al enemigo dardo;
cuando Meríones le envió su jara:
de la nalga derecha y la vejiga
al través, bajo el hueso, la énea punta
por fuera se asomó. Doblóse al suelo
el *dárdano; su espíritu exhalara

entre los brazos de los caros socios.
Yacía allí tendido, cual gusano,
sobre la tierra; se empapaba el polvo
en el negral torrente de su sangre.
En torno sus despojos defendieron
los *paflagones válidos; que alzado
al carro, lo llevaron pesarosos
á la sagrada Ilión. Tras el cadáver
del hijo no vengado caminaba,
lágrimas derramando, el rey Pilémenes.
De Paris honda indignación y pena
por el caído apoderóse: huésped
suyo en el suelo *paflagonio fuera.
Airado despidió broncínea vira.—
De la funesta muerte muy seguro,
desde el hogar *corintio en su navío
viniera de Poliido, el agorero,
la inerme, rica, poderosa prole:
Euquenor. El ilustre anciano padre
cien veces le anunciara que á la muerte
en el hogar se rendiría, víctima
de pesada dolencia; ó que los Teucros
entre las naves de Argos mataríanle.
Así, tanto vitaba de los Dánaos
los graves vituperios, cuanto huía,
tímido de sus íntimas presuras,
el temeroso mal—. So la mejilla
y oreja le llagó: partió el espíritu
al punto de sus miembros: envolvióle
obscuridad profunda aterradora.
Tal combatían, como vivo fuego.
Mas Héctor, el Priamida, caro á Jove,
ni oyera ni pensara que sus pueblos
cayeran de la armada á la siniestra,
y ya la *aquiva gloria renacía:
tanto era el poderío con que el numen
sacudidor y cercador del mundo
á la pugna inflamaba los Argivos,
y con que valedor los acogía.
Alzábase Héctor, do saltara el muro

y puertas, y rompiera las falanges
de los de Acaya, broqueladas, densas;
alzábase, do de Áyax los navíos
y de Protesilao se extendían,
desde la mar espúmea á la ribera
arrastrados; do el muro fabricaran
más bajo y do con ímpetus mayores
lidiaban los infantes, los aurigas.
Allí los *beocios, *jonios vesti-latos,
y *locrenses y *epeos fulgurosos
apenas apartaban de las naves—
mas no de sí—la rábida carrera
de Héctor, el nítido: vívidas flamas.
Selectos *atenienses contendían
en la primera escuadra. Menesteo
Petida los mandaba, con Fidante,
Estiquio y Biante noble. Condujeran
á los *epeos el Filida Meges,
Anfión y Dracio; á las de Ftía escuadras
Medonte y el intrépido Podarces.—
Aquél de Áyax hermano, y prole espuria
fuera de Oileo, el divinal; y en Fílaca
moraba, de la patria desterrado:
al hermano de Eriópida, la esposa
de Oileo, la segunda, diera muerte.
Del Filacida Ificlo fué Podarces
el vástago—. Corrieron á las armas,
antes que los magnánimos *ftienses;
y tras de los *beocios por las naves
combatían. De Oileo el veloz hijo,
Áyax, no se alejaba un palmo sólo,
de Áyax, el Telamonio, en la batalla.
Cual dos novillos purpurinos negros,
con igual brío, del macizo arado
tiran por el noval;—sudor copioso
brota en torno á sus cuernos de la frente;
á un mismo liso yugo terso uncidos,
abriendo van el surco presurosos
hasta de la yugada los linderos—;
tal, uno á par del otro, los Ayaces

pugnaban. En redor del Telamonio
cien socios de sus filas esforzados
iban; quien el broquel le sostuvieran,
cuando en sudor bañadas sus rodillas
la fatiga rindiera del combate.
Empero no seguían los *locrenses
á la prole magnífica de Oileo;
que, yerto el corazón, no les cabía
medir las armas en campal contienda;
pues de broncíneos yelmos, en airones
de equina cauda ornados, carecían
y carecían de rodelas bellas
y de fresnales lanzas. Pero, fiados
en su arco y en sus cuerdas bien trenzadas
de vellones, á Ilión con él vinieran.
Á los Teucros soltaran mil saetas;
rompieran sus falanges; impugnábanlas
en sus pintados bronces los fronteros;
contra Héctor, el jayán éneo, venían:
de atrás flechaban en oculto aquéllos.
Los Dárdanos, turbados por las viras,
temblaron; marchitóse su coraje.
Entonces tristemente retornaran,
desde los pabellones y las naves
á la ventosa Ilión los de Dardania;
si, al férvido Priamida aproximándose,
no le dijera tal Polidamante:
"Héctor, de aconsejar eres durísimo:
pues un dios te exaltó en faena armada,
de los mejores la prudencia emulas.
Mas no podrás á un tiempo tener todo.
Á uno dió el numen bélica grandeza;[a]
á otro sagacidad vertió en el alma
Saturnio, tronador del ancho cielo:
alta sabiduría, que á mil hombres
el bien procura, que ciudades salva,
benéfica ante todo al que la goza.

---

[a] Sigue el verso espurio: "á otro, la danza; á otro, la cítara y el canto."

Mas hora escucha lo que bueno veo.
Doquier en torno tuyo de la guerra
las llamas arden y doquier te ciñen.
Los Ilienses magnánimos, que el muro
salvaron, dejan, parte con las armas
la lid y parte luchan en las naos
dispersos, contra innúmeros Aquivos.
Tú cede y llama los campeones todos
aquí, en la junta, á disceptar agudos
sobre si acometer la flota ardientes,
dado que un divo nos inspire arrojo;
ó si la armada abandonar incólumes.
Recelo que de ayer el daño venguen
los Dánaos: vive entre ellos todavía
el hombre de combates jamás harto:
yo creo que no olvida, no, la lucha.”
Así Polidamante. Su sentencia
al pueblo no dañosa, fuera grata
á Héctor; quien con las armas presuroso
saltó del carro en tierra y dirigióle
esta palabra alada, sonadora:
“Polidamante, tú los adalides
todos aquí detén: yo allá la pugna
voy á buscar. Mas, luego que alentare
yo los guerreros, tornaré sin mora.”
Dijo, y gritando, se arrojó á la pugna,
cual nevosa montaña, y de su hueste
y los aliados á través volara.
Al grito *hectóreo, los campeones fueron
en torno de la prole de Pantoo:
Polidamante audaz. En medio de ellos
Héctor en busca fuera de Deífobo
y el poderío del caudillo Heleno;
y de Adamante Asida corrió en busca
y de Asio, prole de Hírtaco. No todos,
empero, hallara salvos y vivientes:
fríos cadáveres yacían unos,
del enemigo víctimas, en cerco
de las navales popas; y yacían
los otros en el muro, vulnerados

de flechas y astas. Al rielante Paris,
de Helena, bella en trenzas, el consorte,
luego encontrara á la siniestra mano
de la llorosa lid; quien ardoroso
los suyos encendía á la batalla.
Á par de él deteniéndose, befóle:
“¡Funesto Paris, flor de la hermosura,
burlador de mujeres desfrenado!
¿dó está Deífobo? dó la pujanza
del rey Heleno? y Adamante Asida,
y Asio, progenie de Hirtaco? Otrioneo
dó está? Cayó la excelsa Ilión entera
hora de sus alturas; hora se abre
abrupto ante nosotros el abismo.”
Y dijo Paris, cual los dioses bello:
“Héctor, culpar al inocente quieres:
otras veces la lidia yo vitara;
hoy no. No me engendrara todo imbele
mi madre. Desque tú cabe las naos
campeas, impertérritos reñimos
aquí con los Helenos y tenaces.
Los que tú buscas socios perecieron;
el sólo Deífobo libró y la fuerza
del rey Heleno: heridos en la mano
ambos están por las ingentes picas;
Jove la perdición apartó de ellos.
Mas do te lleve el corazón y el alma
ahora, di: te seguiremos todos.
no ha de faltar, yo creo, gallardía
mientras vigor no falte; si desmaya
el brazo, ni pelea el más ardido.”
Diciendo tal, el pecho del hermano
calmó. Volaron ambos al conflicto
de la refriega y del sangriento estrago;
que en torno de Cebríones ardía
y de Polidamante, el intachable;
en derredor de Falces y de Orteo
y del rival de dioses, Polifetes;
de Palmis en redor, y Ascanio y Moris,
dos hijos de Hipoción; ambos de Ascania,

glebosa tierra, la anterior aurora,
en relevo, venidos; y á la lidia
entonces por Saturnio levantados.
Iban, cual va de indómita procela
el torbellino, entre el tronar de Jove,
y al llano se derrumba, y el profundo
con espantable estrépito remueve;—
unas de otras en pos mil olas se alzan
hirvientes en el piélago bramante,
entumecidas, crespas de alba espuma—.
Tal unas en pos de otras, relucientes
de bronce, las *ilíacas falanges
iban tras sus ductores. Semejando
al sanguinario Marte, acaudillábalas
Héctor Priamida. El primoroso escudo
rotundo, de bovina piel, guarnido
rico en bronce, llevara por delante.
En redor de sus sienes se agitaba
el ardiente morrión. Tras la rodela
oculto, discurría de los Dánaos
ante la muchedumbre dondequiera,
por ver si las escuadras le cedían.
Mas no les quebrantó en el pecho el alma.
Ayax, á grandes pasos acorriendo,
le provocó el primero: "Desdichado,
¿así azorar sospechas los Aqueos?
Ruínes no somos, no: sí que postrados
por el flagelo matador de Jove.
Esperas tú y ansías nuestras naos
destruír. Empero, manos protectoras
luego también vendrán en nuestro auxilio.
Ya está cercano, ya inminente el día
en que vuestra ciudad, la populosa,
despojen y derruequen nuestros brazos.
Y juzgo que muy pronto al padre Jove
y á las demás deidades sempiternas
tú mismo rogarás, que fugitivo
los corceles, de hermosa crin, te lleven
á Dardania, volantes más que azores,
por el llano entre nimbos polvorosos."

Decía tal, cuando voló á su diestra
un águila, del éter hendedora:
la vió y segura en el augurio, leda
gritó la *acaica gente. El fúlgido Héctor
al Telamonio hablara: "Áyax mentido,
valentón, ¿qué dijiste?; así yo fuera,
todos los siglos, prole del Tonante,
prole de Juno suma, y fuera mía
la gloria de Minerva y la de Febo,
como esta aurora para el pueblo todo
de la Hélada será de malandanza.
Y tú sucumbirás en medio de ellos,
si á arrostrar mi gran pica te arrestares.
Ella te rasgará las carnes blandas,
y junto á los navíos de los Dánaos
en tu pingüe cadáver saciaránse
de Ilión los perros y aves carniceras."
Así gritó, y acaudilló su hueste,
que se lanzó en su pos precipitosa,
con hórrida algarada. Retumbaran
á su vez los Argivos, no olvidados
de su valor: pugnaces recibieron
á los *dardanios próceres. Subiera
fragor al éter y esplendor de Jove.

CANTO XIV.

Júpiter engañado.

NÉSTOR, bien que bebía placentero,
no desoyó el rumor, y de Esculapio
habló á la prole esta palabra alada:
"¿Qué ocurrirá, di, Macaón fulgente?
Crece la grita de los fuertes hombres,
cabe la armada. Mas tú aquí sentado,
ahora liba el fulguroso vino,

hasta que el tibio baño te disponga
la de las bellas trenzas Hecamede,
y el cruor te lave que brotó la herida.
Yo presto á la atalaya voy del campo."
Así diciendo, la robusta adarga
del hijo Trasimedes, noble auriga,
del pabellón cogió, donde yaciera
rielando en bronce—la *nestórea el hijo
llevó á la lid.—Asió la énea azagaya
aguda, vigorosa. De la tienda
salió y miró el estrago: cuál venían
tumultuantes los suyos, acosados
detrás por los de Troya soberbiosos.
Derruída estaba la muralla *aquea.
Cual en el vasto piélago se tienden
delante el huracán, que pronto estalla
mudas, obscuras, las violáceas ondas,
ni acá ruedan, ni allá, mientras los vientos,
rompiendo, desde Jove no descienden;
tal del anciano el alma cespitara
sin decidir si encaminarse al medio
de los cabalgadores raudos Dánaos,
ó si al Atrida Agamenón, del pueblo
pastor. Así dudoso, parecióle
ir al de Atreo. En tanto sanguinarios
matáranse los hombres; y en sus cuerpos
el bronce inquebrantable rebombara
de las cuchillas y astas de dos filos.
Con Néstor encontráronse los reyes,
de Jove, cuantos en el bronce heridos,
por entre los bajeles retornaban:
el Tidida, y Ulises y el de Atreo,
Agamenón: guardaran sus navíos
del campo de la lidia muy lejanos,
del espumoso piélago en la orilla.
Las que en tierra tocaron las primeras
al llano por la riba se arrastraran;
y tras sus popas fabricóse un muro;
pues no podía, no, por anchurosa
que la playa del mar se dilataba,

las naos todas contener: estorbo
fueran al pueblo. Así, á par de almenado
alzábanse y llenaban la ancha costa
hasta de la marina las escarpas.—
Los reyes, en sus picas apoyados;
—el alma dentro el pecho les doliera—
juntos se encaminaran hacia el campo
á oír de la contienda los clamores,
y á contemplar la lid. Con el anciano [a]
encontradizos, voces dió el Atrida
Agamenón potente y tal hablóle:
"Ó Néstor de Neleo, ó clara gloria
de las *aquivas gentes, ¿porqué dejas
de la batalla la sangrienta riza?
¿Á qué venir aquí? Temo me cumpla
Héctor, el poderoso, la palabra
que, un hora á los Ilienses arengando,
dijo amenazador: que él de las naves
á Ilión no volvería, antes que á fuego
las pusiera y á sangre. Así lo dijo.
Ahora cúmplese todo.—¡Trance estrecho:
que contra mí se indigne rencoroso
también el pueblo de las bellas grebas,
como el Pelida, y que luchar en torno
á las popas excuse de las naos!"
Y Néstór, el auriga de Gerenia:
"Aquesto es hecho, á la verdad, ni puede
mudarlo Jove altitonante mismo:
el muro que baluarte indestructible
juzgábamos de barcos y guerreros,
cayó. Sostienen ardorosa lucha
tenaz, cabe las naos voladoras,
los nuestros. No supieras dónde pugnan,
aunque atento miraras: tal los Teucros
envuélvenlos, estréchanlos doquiera,
y á la fuga los lanzan, los oprimen.
La grita del combate al cielo sube.

---

[a] Sigue el verso espurio: "Néstor y aterró el ánimo en el pecho de los Aquivos."

Pensemos qué emprender y si el consejo
aún valernos puede; que á vosotros
yo la batalla desafiar os vedó:
á los heridos guerrear no incumbe."
Y Agamenón, caudillo de los hombres:
"Néstor, ya que la pugna enardecida
en torno está á las popas de las naves;
ya que no nos salvó el robusto muro,
ni el foso, que baluartes invencibles
juzgábamos de pinos y guerreros;
baluartes en que fiábamos; do daños
mil las *aquivas gentes padecieran,—
tal placerá al Saturnio omnipotente.[a]
Sabía yo, cuando él á los Aquivos
benévolo amparaba; sélo ahora:
la gloria de los dioses venturosos
da á los de Ilión, y nuestro empuje y manos
encadenados tiene. Mas al punto
seguid todos rendidos mi consejo:
al sacro mar tiremos cuantas naos
cabe él están y en medio de las olas
anclémolas. Vendrá la diva noche
y dejarán de combatir los Teucros.
Á flote entonces los navíos todos
pondremos.—Evitar el infortunio
no es mengua, no, ya que la noche sea.
¡Huír el mal, no ser en el cogido!"
Los ojos torvos, el mañoso Ulises:
"Atrida, ¿qué palabra la barrera
de tus dientes salvó? ¡Desventurado!
Sí; ruín ejército mandar tú debes,
no aqueste, no á nosotros, á quien Jove
dió tolerar la carga de la guerra,
desde la edad florida hasta el ocaso,
hasta el sepulcro, á todos. Con que ¿anhelas
abandonar á Troya, de anchas vías,
por la que males tantos padecemos?

---

a Sigue el verso espurio: "Que sin nombre mueran fuera de Argos aquí los Argivos."

¡Calla! no sea que del pueblo *dánao
alguien escuche tales voces, nunca
por hombre sabio en el decir, habladas,
hombre de cetro, rey de tantas gentes[a]
como entre los Helenos tú gobiernas;
que en el fragor de la batalla mandas,
al ponto las de remos ricas naos
lanzar; porque los Dárdanos, ya indómitos,
aun irgan más su próspera fortuna,
y á nosotros descienda ineludible
la perdición. No sostendrán la lucha
los Aquivos, si al mar son conducidas
las naos; tímidos en torno suyo
remirarán; su ardor apagaráse.
Nos pierde tu sentir, ductor de pueblos."
Y Agamenón, caudillo de los hombres:
"El corazón, ó Ulises, me traspasas
con tu acre vituperio. No he mandado
que, á su pesar, los hijos de la Acaya
la flota, en remos rica, al golfo lleven.
Quienquiera, sea mozo, sea anciano,
hora mejor arbitrio que este mío
proponga: escucharéle placentero."
Y el de las pugnas voceador Diomedes:
"Cerca está el hombre; nadie ya le busque;
si obedecer queréis; si en contra mía
no os indignáis, por ser yo entre vosotros
el más joven. Gloríome de estirpe
no inferior á la vuestra; noble padre
el mío fué: Tideo, á quien la tierra
cubre de Tebas.—Engendró Porteo
prole intachable, que en Pleurón morara
y la alta Calidón: á Agrio, el primero,
luego á Melas y Eneo, el postrer hijo,
auriga y padre de mi padre, y lúcido,
más que los otros dos, en la batalla.
Él quedó allí; pero emigró Tideo

[a] Sigue el verso espurio: "y ahora te censuro del todo los pensamientos, cuanto has hablado."

á Argos: tal Jove quísolo y los dioses.
De Adrasto la hija fué la esposa suya.
Vivió de bienes opulento y prados,
de mieses, y de opimos arboledos
y greyes. Descollaba como astado
en toda Acaya. Cierto habréis oído
su fama; y me diréis si verdad hablo.
Así, mi salutífera palabra
no desdeñéis, cual la de un ruín cobarde.
Heridos como estamos, á la guerra
breguemos por volver; mas á cubierto
de los dardos; que heridas sobre heridas
no es dable recibir. Alentaremos
á quien la pugna trépidos eviten."
Dijo. Le oyeron dóciles los suyos,
y en pos lanzáronse del rey de gentes.
No en vano atalayara de la tierra
el gran sacudidor. Fué en medio el pueblo,
á un hombre anciano símil, y la diestra
cogió de Agamenón y dirigióle
esta palabra alada: "Dentro el pecho,
Atrida, el corazón cruel gozaráse
del de Peleo, al contemplar la riza
y fuga de los Dánaos. Toda el alma
se le anubló. Mas deja que perezca,
y un dios con ignominia le señale.
No están airados con rencor profundo
los venturosos númenes contigo.
Los reyes y caudillos de Dardania,
por la vasta llanura fugitivos,
desde los pabellones y las naos,
correr tú mismo los verás en breve
á Ilión y levantar nimbos de polvo."
Diciéndolo, corrió por la llanura;
y horrendo clamoreó. Como la grita
de nueve ó diez mil hombres, que en el campo
entre sí chocan; tal su voz del pecho
lanzó del orbe el movedor reinante
y en cada corazón *dánao firmeza
y anhelo derramó de cruenta lidia.

Con sus ojos Saturnia, de áureo trono,
inhiesta en las *olímpicas alturas,
miraba el campo, del varón orgullo;
miró y vió en él á su cognado hermano:
cómo en tarea ruda se afanaba;
y el corazón se le inundó de gozo.
Al Ida, de fontanas abundante,
luego miró; y allí sentado viera
en la más alta cumbre al de Saturno;
y en ira ardióle el pecho. Vacilara
la augusta dea, del mirar sublime;
y contra el Tronador forjó falacias.
Ésta ser conceptuó la más segura:
al Ida ir en ornato, y al Saturnio
de amor arder, estimular al goce,
y alto plácido sueño derramarle
sobre los párpados y mente excelsa.
Al tálamo, que el caro hijo Vulcano
fundárale, de goznes refornidos,
de trabe ignota á los *olimpios todos,
fué, entró, la poderosa tersa puerta
cerró tras sí. Bañóse en ambrosía;
el cuerpo seductor ungió con óleo
divo aromoso;—removido apenas,
desde el broncíneo alcázar del Saturnio
con su fragancia inunda el mundo y cielo.—
Ordenó y exornó la cabellera
de la inmortal cabeza, por sus manos,
en bellas trenzas nítidas, divinas.
Vistióse el peplo célico que Palas
tejiérale en labores mil sembrado.
Con áureas fíbulas al pecho unióla
y con el ceñidor de borlas ciento
se ciñó; ornó las mórbidas orejas
en rútilos pendientes, ataviados
de tres piedras preciosas centellantes.
Y flor de divas deslumbraba en gracia.
Velóse entera en cendal nuevo pulcro,
radioso como el sol. Sandalias finas
ligó á su planta fresca. Engalanada,

del tálamo salió y á Venus lejos
llamó de las deidades: "¡Una gracia,
hija mía querida! ¿Ó me la niegas,
airada dentro el alma, porque amparo
yo los Dánaos, y no, cual tú, los Teucros?"
Respondió Venus, vástago de Jove:
"Ó primogénita del gran Saturno,
Juno divina, di lo que desees.
Si hacerlo puedo, si es posible se haga,
te cumpliré de corazón tu anhelo."
Dolosa contestó la augusta Juno:
"Las ansias dame del amor ahora,
con que á los dioses todos tú sometes
y los mortales hombres. Á las lindes
de la alma tierra voy, donde los padres
de los númenes moran: el Océano
y Tetis, que en su alcázar me nutrieron
y educaron solícitos. De Rea
ellos me recibieran, cuando Jove,
el tronador, hundió bajo la tierra
y el solitario piélago á Saturno.
Á aquéllos voy á ver, por si dirimo
su encarnizada rifa y los rencores,
que desde luengo tiempo los separan
del tálamo y amor. Si en blando acento
su triste corazón yo rindo y logro
que en el lecho nupcial de nuevo se unan,
me llamarán por siempre cara amiga."
Y respondióle la risueña Venus:
"No es justo ni razón que yo rehuse
lo que me pides: tú eres quien se aduerme
de Jove, el preexcelso, entre los brazos."
Dijo y del pecho desatóse el cinto,
de variada labor;—en él residen
todos sus embelesos hechiceros:
allí el amor está; las dulces ansias
del corazón están, y están acentos
de ternura falaces, con que ofusca
la mente hasta del sabio Citerea.
Ella entrególe el cinturón; y vívida:

"Coge, guarda en tu seno el cinto mío,
de primores, do anida todo encanto.
Á fe, no volverás sin ver cumplidos
cuantos deseos abrigare tu alma."
Dijo. Sonriera la sublime Juno,
del augusto mirar, y entre sonriso
guardara el ceñidor dentro del seno.
Venus, de Jove prole, fué al alcázar.
Precipitóse de la *olimpia cima
la de Saturno. Atravesara á Pieria
y Ematia, la apacible, y corrió rauda
á los nevosos montes de los *traces,
recios cabalgadores; por las cumbres
fué más erguidas, sin tocar la tierra,
y del Atos bajó á la mar undosa.
Á Lemnos, la ciudad del divo Toante,
vino; donde encontrara al Sueño, hermano
de la muerte: cogió su diestra y dijo
en altas voces: "Sueño, rey de todos:
de todas las deidades y los hombres:
si alguna vez mis ruegos atendiste,
hora también atiéndelos. Yo grata
mientras viviere, te seré. De Jove
adormece los párpados y grava
sus refulgentes ojos. Yo su lecho
compartiré amorosa. En recompensa
un áureo, bello, sempiterno trono,
fábrica delicada de Vulcano,
mi prole la de brazos poderosa,
te donaré. Y una peaña de oro
también te hará, donde la tierna planta
en el festín descanses placentera."
Vivaz el dulce Sueño respondióle:
"Ó primogénita del gran Saturno,
Juno divina, á mí se rinde fácil
cualquiera de los númenes eternos;
las del Océano profundas olas,
de do naciera el universo todo,
yo amanso. Pero á Jove, el de Saturno,
acercarme no quiero, ni adormirle,

sin él mandármelo. Tú en otros tiempos
ya á tentarlo movísteme, en el día
que el hijo aquel fortísimo, soberbio,
de Jove, tras derruír la ciudad *ilia
retornaba de Ilión. Yo del Tonante
el alma entonces con halago lene
dormí.—Del hijo en daño, tú la fuerza
de los rabiosos vientos por el ponto
alzando, le arrojaste á Cos, la bella,
de sus amigos todos alejado—.
Mas, cuando despertó, lanzó furente
á través del alcázar las deidades,
y entre ellas con afán á mí buscóme.
Y desde el éter en la mar me hundiera
y anonadara allí, si fugitivo
no acudiese á la Noche, de los deos
y hombres dominadora; ella salvóme.
Aunque inflamada, se calmó su furia;
que á la veloz, aterradora diva
temiera desplacer.—Hora tú anhelas
que yo de nuevo intente fatal obra."
La augusta Juno, del mirar excelso:
"Sueño, ¿porqué tal piensas dentro el alma?
¿Piensas que el Tronador á los Ilienses
tanto defiende, cuanto por el hijo:
por Hércules, se airó? Mas ve: tu esposa
se ha de llamar—yo la uniré contigo—
de las gracias más jóvenes alguna." [a]
Lo dijo. Respondióle alegre el Sueño:
"¡Sea! Mas por las aguas insaciables
de la *estigia laguna ahora júrame,
tocando con la diestra el alma tierra,
con la otra mano el ponto fulgurante,
porque los dioses infernales todos
cuantos en torno están al rey Saturno,
testigos nuestros sean: de que alguna
de las gracias más jóvenes me ofreces—

a Sigue el verso espurio: "Pasitea, á la cual siempre deseas todos los días."

la que mi amor fué siempre: Pasitea."
Dijo. Su voz no desoyó Saturnia,
la diosa de los brazos de azucena.
Cual aquél demandara, ella juróle
por todos los del tártaro profundo
númenes, que llamados son titanes.
Juró; tras de jurar, partieron ambos
por la ciudad de Lemnos y la de Imbro.
En niebla envueltos, con alada planta,
al Ida, en fieras y en fontanas rico,
llegaron por el Lecto; do salieran
del mar. Por tierra firme caminaron.
Las copas de los árboles temblaban
bajo sus plantas en la sierra. El Sueño,
antes de verle Jove con sus ojos,
detúvose en la altura allí. Subiera
á un encumbrado abeto; que, del Ida
el árbol más erguido, por las nubes
tocaba el éter. Se ocultó en sus ramas
el dios, símil al ave sonorosa,
que noctívaga vuela por las selvas,
y que los dioses [a] la broncínea [b] llaman:
los hombres, buho. Rápida, vehemente,
al empinado Gárgaro, del Ida
la más excelsa cumbre, subió Juno.
Saturnio, rey de tormentosas nubes,
la vió, y, al verla, su alma en lo profundo
de amor nublóse; tanto, cuanto el día
que al tálamo nupcial por vez primera,
su amor celando á los amados padres,
se encaminaron. Á su encuentro alzóse
y exclamó: "Juno, ¿dónde vas, que al Ida
desde el Olimpo vienes y contigo
ni tus bridones traes ni tu plaustro?"
Y falaz Juno excelsa: "Á los confines
de la alma tierra vengo; do los padres
de los númenes moran: el Océano

---

[a] = en el lenguaje antiguo.
[b] Por el color del plumaje, ó bien por la fuerza de su voz.

y Tetis, que en su alcázar me nutrieran
y educaran solícitos. Yo vengo
por verlos otra vez y por si aplaco
su encarnizada rifa: los rencores
que desde luengo tiempo los separan
del lecho conyugal. Al pié del Ida
me aguardan los bridones, que por tierra
y mar me llevarán. Ahora vengo
desde el Olimpo á ti, por no tus iras
concitarme, si parto sigilosa
del hondo, undante Océano al alcázar."
Y el rey de los nublados tenebrosos:
"Juno, puedes tender allá más tarde.
Hora del tálamo y amor gocemos.
Jamás mi corazón se desbordara,
dentro del pecho así por una dea
ó una mujer, rendido de ternura,[a]
cual hoy por ti se abrasa en ansias dulces."
Dolosa respondió la augusta Juno:
"Saturnio excelso, aterrador ¿qué dices?
Si hora deseas del amor el goce,
del Ida en las alturas, y á los ojos
de todos en redor expuesto quedas.
Dime ¿si dados al amor nos viese
alguno de los númenes eternos
y lo anunciase á las deidades todas,
sin un punto tardar?—Yo no tornara
de este lecho á tu alcázar del Olimpo.
Fuera impudencia.—Mas si intenso anhelo
te mueve el alma, tu querida prole

---

a Siguen los versos espurios: "Ni cuando amaba á la esposa de Ición, que dió á luz á Pirítoo, igual en consejo á los dioses: ni cuando (amaba) á Dánae, de bellos piés, hija de Acrisio, que dió á luz á Perseo, distinguido entre todos los guerreros: ni cuando (amaba) á la hija de Fénix, célebre hasta lejos, la cual me dió á luz á Minos y á Radamante, igual á los dioses: ni cuando (amaba) á Sémele, ni cuando á Alcmena, en Tebas, la cual engendró al hijo Hércules, de ánimo esforzado; y á Baco, alegría de los mortales, dió á luz Sémele: ni cuando (amaba) á Ceres, la soberana de hermosas trenzas: ni cuando á Latona gloriosísima: ni cuando á ti misma."

Vulcano, un tálamo nupcial te alzara
con firmes puertas en seguros gonces.
Á él vamos hora, ya que fruír ansías."
Y Jove, rey de tormentosos nublos:
"No temas, Juno, que nos vean otros,
ni divos ni hombres. De dorada nube
nos cercaré. Ni el mismo sol en rayos
por ella mirará deslumbradores."
Dijo. En sus brazos estrechó el Saturnio
á Juno, y grama muelle fué en contorno
de la sagrada tierra germinando,
y alta creciera, densa, delicada:
loto, azafrán, jacinto aljofarados.
En ella recostáronse, por velo
en derredor graciosa nube de oro,
la que rociaba en nacarinas perlas.
Así, rendido al amoroso sueño,
la esposa entre los brazos, en la altura
del Gárgaro durmiera el padre Jove
en honda placidez. El dulce Sueño
corrió veloz á las *helenas naos
para anunciar la nueva al de la tierra
sacudidor y cercador. Paróse
cabe él y esta palabra alada dijo:
"Benévolo protege á los Aquivos
hora, Neptuno, y gloria les añade,
si bien efímera, mientras Saturnio
durmiendo está. Yo mismo le he ceñido
con la blandura de sopor profundo:
Juno en amor le fascinó de esposa."
Así diciendo, encaminóse el Sueño
por el noble linaje de los hombres;
y aún más encendido dejó al numen
por escudar los Dánaos. Fué violento,
ligero á la falange delantera
y gritóle imperioso: "Hombres de Acaya,
¿de nuevo el triunfo cederemos á Héctor,
porque nos arrebate los navíos
sublime en gloria? Tal lo prometiera
altivo; pues, flagrando de ira, Aquiles

inerte está en las anchurosas naves.
Su no lidiar menos aciago fuera,
si ardientes todos en amparo mutuo
peleásemos. Mas hora mi dictamen
todos seguid. Cuanto pavés robusto
doquier halléis, coged y la cabeza
con yelmos fulgidísimos cubríos;
y las más luengas picas empuñadas,
vamos; yo iré delante; y el Priamida
no nos ha de esperar, bien que arda en furia."[a]
Dijo. Su voz oyeron obedientes.
Y aun los reyes heridos ordenaron
en batalla el ejército: Diomedes,
y Ulises y el Atrida rey.[b] Vestidos
del bronce fulgurante, presurosos
partieron. Conducíalos del orbe
el movedor, en mano adamantina
la espada de ancho filo, temerosa,
rútila, cual relámpago· aguardarla
en el atroz combate ningún hombre
osado es: el espanto le detiene.
También el nítido Héctor en batalla
dispuso á los de Ilión. Lid horrorosa,
terrífica, el de negra cabellera,
Neptuno, y Héctor fúlgido encendieron:
éste de Ilión amparo, aquél de Acaya.
Junto á los pabellones y bajeles
de los Dánaos el piélago bramaba.
Rugieron, estrelláronse los pueblos.
No tanto truenan las ecuóreas ondas,
que desde la alta mar trae soberbias
del espantable bóreas la iracundia
y que á la playa arroja, do se rompen:
no tanto de la sierra en la hondonada

a Siguen los versos espurios: "Y si hay algún varón valeroso que tenga en el hombro un escudo pequeño, déselo al varón menos fuerte y vista el escudo mayor."

b Siguen los vs. esp.: "Fueron á todos, cambiando las armas guerreras: el bueno vestía las buenas y al malo daba las malas."

óyese restallar fragoso el fuego,
cuando trasmuta bosques en hogueras:
ni por el robledal erguido rabia
tan silbosa y feroce la tormenta,
como de Teucros retumbaba y Dánaos,
en el chocar, la temerosa grita.
Áyax luego embistiera al fúlgido Héctor;
mas fué de él alanzado: penetrara
la azcona por el cinto del escudo
y el del montante en plata claveteado;
los que la frágil carne defendieron.
Héctor airóse, porque ocioso el dardo
de su mano voló; y en medio el pueblo
á la faz de la parca retirárase.
Mas, en la fuga, el grande Telamonio
alzó una de las piedras de los barcos
sustentadoras, que doquier yacían,
rodadas á los piés de los guerreros:
alzóla y del broquel por sobre el borde
con ella á par de la garganta el pecho
le hirió; volvióle el golpe, cual peonza,
acá y allá rodando por la tierra.
Como la encina descuajada cae,
del padre Jove al rayo;—se derrama
olor grave sulfúreo; mira el hombre
que cerca está y constérnase: medrosa
es del Saturnio excelso la centella—;
tal derribóse al polvo subitánea
de Héctor la fuerza; huyóle de las manos
el asta; en él cayó rodela, yelmo;
y las broncíneas y pintadas armas
en torno suyo resonaron broncas.
Los hijos de los Dánaos rebramando,
de arrebatarle ansiosos, acorrieron
y lanza disparáronle tras lanza.
Mas nadie herir lograra de los pueblos
al pastor ni tocarle con el dardo:
los próceres de Ilión: Polidamante,
Eneas, y Agenor esplendoroso,
y Sarpedón, caudillo de los *licios,

y el intachable Glauco, le cercaban.
No se olvidó ninguno de entre el pueblo
tampoco de él: cubríanle delante
con las de redondez hermosa adargas.
En las manos los suyos le llevaron
del campo, hasta do lejos del combate
los rápidos bridones con auriga
y primoroso carro le aguardaban.
Y á Ilión le condujeron suspiroso.
Llegando al paso del en ondas bello
Xanto, de cien vorágines, creado
por Jove, el inmortal, le descendieron
á tierra desde el plaustro y le rociaron
en fluvial onda: respiró profundo,
y abrió los ojos y miró á los cielos.
Sentado de rodillas, negra sangre
sus labios espiraron, y supino
en tierra recayó: veló sus ojos
tiniebla nocturnal; que todavía
el bote aletargábale la mente.
Cuando los Dánaos á Héctor alejarse
vieron, se abalanzaron valerosos
á los Ideos con doblado empuje.
Al punto entonces el veloz Oilida
Áyax saltó con la afilada lanza
hiriendo á Satnio, de Énope progenie;—
quien le engendró de náyade intachable,
al pastorear del Sátniois en la orilla
su vacada—. Acercóse el gran lancero
y el bazo le rompió: se desplomara
Satnio; en su torno Dárdanos y Helenos
trabaron cruda lid. Polidamante
el Pantoída, astero poderoso,
corrió á vengarle, y vulneró de Aréiloco
al hijo, Protoenor; de parte á parte
el hombro diestro la fornida frámea
le atravesó. La tierra el *greco asiera,
en el polvo al caer. Polidamante
el grito de victoria en alto acento
lanzó: "Por vida mía, no esperaba

que en vago de la palma vigorosa
del Pantoída intrépido saltara
el dardo: lo cogió algún cuerpo *argivo,
y creo que, en tal báculo apoyado,
bajar podrá ya á la región inferna."
Lo dijo y á los Dánaos su ufanía
sublevó, contristó. Inflamóse todo
Áyax, el Telamonio denodado:
que á su planta tumbárase el cadáver.
Polidamante ciaba; Áyax soltóle
el chuzo rútilo; saltó sesgado
y vitó muerte lóbrega el *iliense:
á Arquéloco, hijo de Antenor, el asta
oprimió disparada; destináranle
á perecer los divos; se hincó el arma
entre cerviz y testa; ambos tendones,
en la primera vértebra cortárale:
cabeza, labios y nariz golpearon
mucho antes que los piés, piernas, el suelo.
Áyax clamó al gentil Polidamante:
Dime, Polidamante, di ¿no es cierto?
no era éste el hombre de la muerte digno,
en expiación de Protoenor? Paréceme
ni ruín él, ni de ruínes, sino hermano,
ó talvez hijo de Antenor auriga:
sus faces en un todo se asemejan."
Dijo.—Le conocía bien—. Los Frigios
presura conturbó. Guardó Acamante
al hermano; arrastróle; asestó el tiro
á Prómaco *beocio; y de victoria
lanzó agudo clamor: "¡Ó baladrones,
ó Dánaos, insaciables de improperios,
en verdad, no será que padezcamos
sólos nosotros flébiles. De muerte
heridos sucumbís también vosotros.
Mirad cuál duerme de mi lanza al golpe
Prómaco allí: no debió ser tardía
la venganza fraterna. Así, algún otro
dejar en su morada á tal cognado
por vengador quizás ambicionara."

Dijo. Su vanagloria á los Helenos
congojó, enfureció. De ira inundóse
el pugnaz Peneleo: arremetiera
á Acamante: del rey la acometida
éste no soportó; llagó el caudillo
á Ilioneo, prosapia, la unigénita,
de Forbante, opulento de rebaños,
amado, enriquecido por Mercurio,
más que los Teucros todos. Á Ilioneo
aquél la cuenca traspasó del ojo,
so el ceño, y la pupila arrebatóle;
y penetró la azcona hasta del cráneo
al través: ambas manos extendiendo,
se derrúmbara; de la espada aguda
Peneleo tiró y segó su testa;
ella en tierra cayó con el almete.
Hundida estaba la robusta pica
aun en el ojo. Levantóla el *dánao,
y la mostró, cual flor de adormidera,
ufano á los Ilienses: "En mi nombre,
ó Dárdanos, decid al padre caro
y á la madre del fúlgido Ilioneo,
que enluten el hogar. Cuando volvamos
nosotros, prez del pueblo, por los mares,
la cónyuge de Prómaco, progenie
de Alegenor, no gozará tampoco
en el tornar del hombre predilecto."
Dijo; y temblor se apoderó de todos,
y agitóles los miembros: oteara
cada cual dó rehuír la pronta muerte.
Hora decidme, musas moradoras
de *olímpicos alcázares, qué *argivo
quitó el primero *dárdanos despojos,
en sangre tintos, desque la batalla
cambió el preclaro movedor del orbe.
Áyax, de Telamón, luego oprimiera
á Hircio Girtida, de los tercos *misios
ductor. Á Falces, Mérmero, matara
Antíloco; y Meríones, á Moris
y á Hipoción; Teucro á Protoón dió muerte

y á Perifetes; vulneró el Atrida
Agamenón á Hiperenor, de pueblos
pastor, la ijada: traspasóle el bronce
las vísceras: el alma por la herida
voló, la noche le veló los ojos.
Pero fué el más sangriento aquellas horas
Áyax Oilida, el rápido: ninguno
como él en acosar al enemigo
lanzado á fuga pávida por Jove.

CANTO XV.

Retorno desde las Naves.

Corriendo fugitivos, la estacada
y el foso atravesaron, y cayeron
muchos á manos de la *aquiva gente.
Pálidos de terror, cabe los carros
entonces detuviéronse, á faz vuelta.
Y Jove despertó en la *idea cumbre,
á par de la Saturnia, de áureo trono.
Alzóse súbito á mirar los Teucros
y los Dánaos, y vió cuál estrechados
venían los de Ilión por los Aquivos,
y en medió de éstos, al ductor Neptuno.
Á Héctor miró yacer en la llanura
y en torno de él sentados á los suyos:
en deliquió mortal yacer miróle
y anhelante en gravísima fatiga:
sangre espiraba:—no por el más débil
de Acaya herido fué—. Mirólo pío
el padre de los númenes y humanos,
y torvo, con terrífica mirada,
habló á Saturnia: "Por mi vida, en dolo

y en maldad, tú, Juno inflexible, hiciste
cesar en la batalla al lúcido Héctor
y espantaste los pueblos. Y no sabes
si otra vez has de ser tú la primera
que el fruto goces de tus malas artes,
por mi flagelo[a] herida. ¿Ó no te acuerdas
cuando te suspendí yo en las alturas,
dos yunques de tus piés colgando, atadas
con áureas ligaduras infrangibles
las manos, y colgada tú en el éter
en medio de las nubes? Las deidades
por el Olimpo vasto se indignaron;
pero ninguno osó, por deslazarte,
á ti venir. Si osase, le cogiera,
lanzárale desde el *olimpio limen
al suelo yo, donde cayese exangüe.
Ni así calmara mi dolor atroce,
por el divino Alcides; á quien falsa,
con el auxilio de la boreal fortuna,
rodeaste por el ponto solitario,
hasta la riente Cos. Pero yo de ella
le salvé y retorné á la tierra *argiva
equiabundosa, tras de cuítas ciento.
Hora lo rememoro, porque al fraude
renuncies, hasta ver si te aprovecha
el tálamo espousal, de que mentida,
á hurto de las deidades, has gozado."
Dijo; y tembló la soberana Juno,
del excelso mirar, y en voz alada:
"¡Testigo séame la tierra, el cielo,
con su anchurosa bóveda, la Estigia,
cuyo torrente en el abismo se hunde:
el juramento grande, formidable
para los dioses venturosos—; juro
por tu sagrada testa y lo que nunca
llamara yo falaz por mi testigo:
el mismo tálamo nupcial, el nuestro:
te juro que Neptuno, de la tierra

a El rayo.

sacudidor, no por mi culpa aflige
los Dárdanos ni á Héctor, ni socorre
á éstos, sino de suyo, y porque el alma
le acibarara el ver á los Acayos
junto á las naves, de congoja opresos.
Empero, cuanto á mí, yo aconsejara
también al dios que fuera do le ordenes
tú, de negros nublados soberano."
    Lo dijo, y respondióle sonriente
el padre de los dioses y los hombres
esta palabra alada: "Si tu quieres,
augusta Juno, del mirar excelso,
conmigo unida por la misma mente,
reinar entre los númenes eternos;
Neptuno, por discordes y ardorosos
que sus anhelos sean, doblaráse
á mi querer y el tuyo sin tardanza.
Mas si tu acento es verdadero, cándido,
ve por entre el linaje de los divos,
y á Iris llama y al glorioso arquero
Febo, porque la diosa enmedio vaya
de los Aquivos, de broncíneas vestes,
y mande al rey Neptuno que deponga
las armas y regrese á su morada;
y porque fuerza infunda y enardezca
á Héctor Apolo fúlgido, quien calme
los que hora el corazón le dilaceran
crueles dolores y á la fuga arroje
á los Aquivos, otra vez medrosos,
perdida la pujanza, porque caigan
en las de remadores ricas naos."[a]

[a] Siguen los versos espurios: "del Pelida Aquiles; el que levantará á su compañero Patroclo; á éste matará con lanza el brillante Héctor, delante de Ilión, después de matar á muchos juveniles hombres y tras de ellos á mi hijo Sarpedón, el reluciente. Y airado por causa de él, matará á Héctor el reluciente Aquiles. Desde entonces ya el retorno desde las naves dispondré yo siempre sin cesar, hasta que los Aquivos tomen á la escarpada Ilión, por los consejos de Minerva. Ni calmaré yo la furia ni dejaré que allí favorezca á los Dánaos algún otro de los inmortales, antes que se cumpla el deseo del Pelida, como

Dijo; y su voz no desoyó Saturnia,
la diosa de los brazos de azucena.
Desde las cumbres ascendió del Ida
al anchuroso Olimpo. Cual del alma
de un hombre que corriera tierras muchas,
el pensamiento vuela, reflexiona
y por lugares ciento está anhelando:
"iría allí, allá"; tal anhelosa
voló violenta la sublime Juno.
Llegó al excelso Olimpo, y al senado
entró de las deidades sempiternas,
de Jove en el alcázar. De consuno,
al verla, levantáronse veloces
y saludaron con las tazas. Juno
dejólos todos y cogió la copa
de Temis, primorosa de mejilla;
pues ella fué á su encuentro la primera
con voladora planta y dirigióle
estas voces penígeras: "Saturnia,
¿á qué vienes? Atónita te veo.
¿Que te aterró el Saturnio, esposo tuyo?"
Y el numen de los brazos de azucena:
"No me preguntes tal, divina Temis.
Tú misma sabes cuán soberbia y dura
es el alma de aquél. Pero adereza
el comunal festín en la morada
de los celícolas: sabrás tú y todos
los inmortales cuán inicuas obras
Jove ha de consumar. Yo no imagino
que las que anuncia, alegrarán doquiera
ni á mortales ni á dioses; si es que alguno
hoy todavía huelga en el banquete."
Dijo y sentóse Juno soberana.
Por la mansión del Padre iban, venían
pesarosos los númenes. La diosa
reía con los labios; mas su frente

---

primero le prometí y concedí, moviendo mi cabeza, en aquel día en que la diosa Tetis se abrazó á mis rodillas, suplicando honrara á Aquiles, destructor de ciudades."

sobre las negras cejas no clareara.
Airada contra todos, "¡Necios, dijo,
de nosotros, que, faltos de prudencia,
indignados ansiamos con razones
llegarnos ó violentos al Saturnio
y doblegarle!; que él allá lejano
nos mira con desdén: piensa que grande
entre los dioses inmortales se alza
en brío y potestad. Así, calmaos
porque de él no nos vengan contratiempos
á todos. Ya pesar está forjado,
lo creo, para Marte: le ha caído
en la batalla Ascálafo, hijo suyo,
á quien amara más entre los hombres;
hijo le llama el poderoso numen."
    Habló, y Mavorte los valientes muslos
con la palma golpeóse, y habló flébil:
"Perdonad, moradores del Olimpo,
si por vengar del hijo la matanza,
á los bajeles voy de los Aquivos;
bien que mi suerte fuera traspasado
por el rayo de Jove entre los muertos,
hundirme en cruenta polvorosa tierra."
    Dijo y mandó al Terror, mandó á la Fuga,
los bridones uncir. Vistióse él mismo
las armas centellantes. Y estallara,
como nunca abrumante y encendida
del Padre la iracundia vengadora
contra los dioses; si, temiendo Palas
por las deidades todas, no corriera
á través del portal, si no se alzara
del trono, y la celada de la testa
á aquél no arrebatase y de los hombros
el pavés, de la mano fuerte el asta,
la énea. Detúvose y al fiero Marte
afrentadora dijo: ¡Furibundo,
frenético, se trastornó tu mente!
¿Que tus orejas no oyen? que perdiste
la razón y el pudor? ¿No has entendido
lo que la diosa de nevados brazos

ha dicho, quien ahora desde Jove,
el del Olimpo, viene? ¿Ó congojoso,
colmado de pesares y despeños,
quieres tornar por fuerza entre nosotros
y á todos atraernos malandanza?
De los Teucros altivos y los Dánaos
presto al Olimpo volvería el Padre
á cogernos aquí cuantos hallara,
culpables é inocentes, y arrojarnos
acá y allá por él. Así, domina
la furia por tu vástago. Matáronle;—
escucha; te lo mando. Muertos fueron;
muertos serán varones más fornidos,
más animosos que él. Salvar no es dable
todo el linaje humano y sus retoños."
Tal diciendo, sentó al feroz Mavorte
en su trono. Saturnia del alcázar
á Febo y á la nuncia de los dioses,
Iris, llamó y les dijo voceadora
esta palabra alada: "Jove ordena
vengáis presurosísimos al Ida.
Tras de venir, tras de mirar su rostro,
haced su voluntad, su beneplácito."
Dijo, y tornó la soberana Juno
y en el solio sentóse. Aquéllos fueron
en vuelo raudo, hasta llegar al Ida,
de fontanas y fieras abundoso.
Á Jove altitonante allí encontraran
del Gárgaro sentado en las alturas,
en su contorno perfumada nube.
La planta detuvieron ante el Padre,
cumulador de lóbregos nublados.
Y al verlos no se airara furibundo;
ya que veloces de la cara esposa
vinieron á la voz. Y dijo luego
á la deidad esta palabra alada:
"Ve, Iris penígera, ve y dile todo
al rey Neptuno; mensajera falsa
no quieras ser. Ordénale que cese
de batallar y de ir á la batalla;

que entre los dioses ó al sagrado ponto
retorne. Dile que, si altivo no oye
mi voz, lo piense bien dentro del alma
y el corazón; no sea que, embestido
por mí, no tenga aliento de afrontarme.
Es alto su poder, inmenso el mío;
primero que él nací: tiemble el soberbio;
no se yerga hasta mí, el terror de todos."
Dijo. No desoyera su mandado
Iris, de planta alada, como vientos
de tempestad. Bajó de las alturas
del Ida á la sagrada Ilión. Volara,
como al soplo del bóreas, el etéreo,
gélidas de las nubes se desprenden
la nieve y granizada, y raudas bajan;
tal descendió volando vehemente
la veloz Iris, y paró la planta
y dijo al claro movedor del orbe:
"Crinicerúleo cercador del suelo,
mensajera yo vengo á ti de Jove:
el tronador intima que te abstengas
del batallar y el ir á la batalla;
que entre los dioses, ó al sagrado ponto
retornes. Y si altivo desoyeres
su voz, él te amenaza que á las manos
aquí vendrá contigo, y te aconseja
que el descargar de ellas, corriendo, vites:
que es alto tu poder; inmenso el suyo;
él nació antes que tú; tiembla, soberbio;
á él, que es terror de todos, tú no te irgas."
De ira abrasado, contestóle el numen,
del orbe movedor esclarecido:
"¡Ah! qué orgulloso hablar, y qué arrogancia,
sea cual fuere su poder, si piensa
violento derribarme y en batalla,
á mí que grande soy cual él. Hermanos
somos los tres; nos engendró Saturno
de Rea: Jove, y yo, y Plutón, que reina
en los infiernos. Fué partido el mundo
en tres y reyes tres nosotros fuímos.

Cayóme en suerte por morada eterna
el espumante piélago: tocara
á Plutón el imperio de la noche:
el ancho cielo, el éter y los nimbos
fueron de Jove. Son común herencia
la tierra y del Olimpo las alturas.
Así á la voluntad no me doblego
yo del Saturnio. Quédese en lo suyo,
y con su prepotencia allí demore
en paz. Á mí su brazo no me azora,
cual á un menguado, no; yo no le tiemblo.
Más prestará que en voz aterradora
riña á los suyos: á sus hijas, hijos:
ellos se doblarán á lo que él mande."
É Iris, de plantas raudas, como golpe
de tempestad: "Así cual las dijiste,
ó de la tierra cercador, ó numen
de la cerúlea cabellera, á Jove
yo tus razones altaneras llevo?
tu avilantez? Ó de sentencia mudas?
Los yerros enmendar es de almas nobles.
Sabes cómo las furias siempre vengan,
del en edad menor, al más provecto."
Y así Neptuno, agitador del orbe:
"Verdad es, Iris diva, y es prudente
lo que dices. Discreto mensajero
por muchos vale. Desgarrada mi ánima
de cruel pesar está, porque se atreve
quien es igual á mí en honor y en hado,
á reñirme con rábida palabra.
Con todo, cuánta mi iracundia sea,
cederle quiero. Mas tú escucha: mi alma
tal le conmina: si, á despecho mío
y de Palas despojadora[a] intenta,
de la escarpada Ilión compadecido,
no derrumbar sus muros, ni victoria
conceder á los Dánaos; sepa entonces

[a] Sigue el verso espurio: "y de Juno y de Mercurio y del caudillo Vulcano."

que habrán de ser eternas nuestras iras."
Así diciendo, abandonó del orbe
el movedor al pueblo de la Acaya;
partió, se hundió en el ponto. Á los campeones
faltó de los Helenos. Pronto el Padre,
cumulador de lóbregos nublados,
á Apolo dijo: "Ve, caro Esplendente;
que el movedor y cercador del orbe
ya fué al sagrado mar; y nuestra furia,
la profunda, vitó.—También oyeran
otros nuestro lidiar, hasta los dioses
del orco, en derredor del rey Saturno—.
Mas para mí, para él fortuna ha sido
que, frenando su cólera, cediese
á mis manos: la lid no terminara
sin rudo afán. Mas tú la de cien borlas
egida embraza; agítala violento:
con ella aterra á los campeones *dánaos.
Tú mismo, Flechador, del fúlgido Héctor
cuída y derrama en él fuerza pujante;
hasta que los Aquivos á las naos
y al Helesponto lleguen fugitivos.
Entonces yo veré con qué palabras
reanimarlos y con qué consejos."
Dijo. No desoyó la voz paterna
Febo y bajó de las *ideas cimas,
cual un azor, el ave más ligera.
De Príamo valiente halló á la prole,
á Héctor esplendoroso, ya sentado;
quien, vuelto en sí, reconocía en torno
sus compañeros de armas; que cesaron
anhélito y sudor: le despertara
del Tonante el querer. Llegóse y dijo
Apolo flechador: "Héctor Priamida,
¿qué estás sentado lejos de los otros
y desmayas? ¿Algún pesar te aflige?"
En voz desfallecida respondióle
Héctor, de yelmo rútilo: "¿Qué numen
eres, ó amigo, tú que tal preguntas?
¿No sabes que en las popas de los barcos

Áyax, gran voceador de la batalla,
cuando á los suyos daba yo la muerte,
me vulneró de una pedrada el pecho
y derribó mi bélica pujanza?
Pensé ver hoy los muertos en el reino
de Plutón: mi triste alma yo sentía."[a]
Y el flechador Apolo soberano:
"¡Ánimo! Protector tan grande Jove
desde el Ida te envía, que te guarde,
te ampare: al claro Febo, de áurea espada;
quien antes siempre tu baluarte fuera
y el de la pina Ilión. Mas ¡ea! manda
ya á las aurigas huestes que se lancen
á las *aquivas anchurosas naos
con los bridones rápidos: las sendas
yo les allanaré, delante de ellos;
y los jayanes dánaos fugaréles."
Así diciendo, valentía rábida
al pastor de los pueblos infundiera,
Como cuando un bridón, por largo tiempo
nutrido en el pesebre con cebada,
se lanza, roto el lazo, á la carrera
con callo resonante, por el campo,
hacia las plácidas, fluviales ondas,
su acostumbrado baño, á la pradera,
do pacen los bridones compañeros;—
corre soberbio; la cerviz erguida,
la crin volante en derredor del pecho;
de su hermosura ufano, el viento hiende—;
tal, oyendo la voz del numen, Héctor
movió las plantas y rodillas raudo,
y mandó á la batalla los aurigas.
Cual perros y hombres campesinos siguen
á un enastado ciervo, una gamuza;—
el animal se acoge á la alta peña
en el espeso monte, do alcanzarla
negó á los seguidores la fortuna;

a Como palpándola. El alma en el dolor, en la agonía, sobre todo, se siente á sí propia.

y al estruendo parece en el camino
un melenudo león; todos al punto,
ante él perdida la pujanza, corren—;
tal á los Teucros sin cesar siguieran
las escuadras *aquivas, embistiendo
con cuchillas y picas de dos filos.
Mas, al ver á Héctor repasar las filas,
enteleridos retemblaron todos.
Luego arengóles Toante Andremonida,
*étolo campeón esclarecido,
gran tirador y grande en la batalla;—
pocos rivalizaran en la junta
con él de los guerreros de la Acaya—;
éste, benévolo arengando, dijo:
"¡Ay de nosotros! ¡qué portento miran
mis ojos! Héctor escapó á la parca:
tornó á la vida! Y todos con certeza,
con júbilo creíamos, que muerto
yacía á manos de Áyax Telamonio.
Un dios amparador salvó de nuevo
á quien ya las rodillas desatara
de cien *dánaos y acaso todavía
habrá de desatar las de otros ciento.
No se levanta campeón cual éste,
sin Jove altitonante, en la batalla.
Mas ¡ea! dóciles oídme todos.
Hagamos retornar á los bajeles
la muchedumbre. Mas aquí aguardemos
todos cuantos de ser los adalides
del pueblo nos gloriamos; y enristradas
las lanzas, intentemos recibirle
y su corrida detener. Por grande
que su ardimiento sea, yo confío
que temblará de atropellar los haces."
Dijo, y le oyeron obedientes todos.
Los próceres llamaron á los fuertes,
ordenando la lid en frente de Héctor
y de los Dárdanos, en torno de Áyax,
de Idomeneo soberano y Teucro,
y en torno de Meríones y Meges,

á Marte igual. Tras ellos retornara
la muchedumbre *aquiva á los bajeles.
En agolpada hueste los Troyanos
adelantáronse. Venía ante ellos
á giganteos pasos el Priamida,
y ante él, Apolo fúlgido, los hombros
velados de una nube y embrazada
la egida temerosa, aterradora,
llena doquier de borlas, la sublime,
por Vulcano, en pavor de los guerreros,
para Saturnio fabricada. El numen,
teniéndola en la mano, acaudillaba
las gentes. Arrostrábanlas unidos
en estrecha falange los Aqueos.
Del uno y otro bando levantóse
penetrante clamor; y de los arcos
volaron las saetas. En las carnes
de los marciales hombres se clavaron
cien reciamente disparadas frámeas:
cien otras, ávidas de lucia carne,
vanas en medio al campo se fincaban.
Mientras tenía el fulgurante Apolo
queda en sus manos la égida, certeros
doquier los dardos iban y venían.
Y cayeran los pueblos. Mas, si recto
á los Aquivos, de corceles rápidos,
mirando, la agitaba y grandes voces,
resonantes, terríficas, enviábales,
el alma dentro el pecho les turbara,
y olvidaban los bélicos furores.
Como de la alta noche en las tinieblas
una vacada ó magna grey—lejano
de ella el pastor—estrechan, acometen
dos fieras que vinieron silenciosas;
así tremieran débiles los Dánaos.
En ellos derramó pavor Apolo
y gloria dispensó á los Teucros y Héctor.
El hombre al hombre en la dispersa pugna
arrebataba. Muerte dió el Priamida
á Arcesilao, rey de los *beocios,

en bronce protegidos; dió la muerte
á Estiquio, socio fiel de Mecisteo
magnánimo adalid. Matara Eneas
á Yaso, del divino Oileo prole
nota; mató á Medonte, hermano de Áyax
y habitador de Fílaca; á do lejos
se desterró, tras de quitar la vida
al hermano de Eriópida, consorte,
la segunda, de Oileo, padre suyo.
Ductor de la *atenea gente Yaso
electo fué;—llamábanle los pueblos
el vástago de Esfelo Bucolida.
Mató Polidamante á Mecisteo,
y en medio de la hueste delantera
á Equio, Polites; y Agenor brillante
á Clonio; lo alto traspasó del hombro
en el bronce Alejandro, por la espalda,
al fugitivo Déyoco procero.
Mientras á los caídos despojaban
los Teucros de las armas, los Aqueos
aquí y allí volaban pavoridos;
cayeran en el foso y la estacada;
y en su estrechez al muro se acogían.
Y Héctor gritó á los Teucros estridente:
"¡Acometed las naves! los despojos,
los sangrientos, dejad! Al que yo viere
lejos estar doquiera de las naos
á ése yo mataré, do le encontrare;
y ni hermanos ni hermanas á la pira
le llevarán, mas yacerá de perros
arrebatado, ante de Ilión los muros!"
Así diciendo, apresuró á la biga,
el látigo vibrando, y las falanges
animó de Dardania clamoroso.
Con hórrido fragor, todos, gritando,
los tirantes bridones á las naves
lanzaron. Derribaba el claro Febo
con leve planta, del profundo foso
ante ellos los vallados. Á la hondura
los fué arrojando hasta allanar la senda,

larga, anchurosa, tanto cuanto espacio
el dardo suele recorrer, del hombre
que sus fuerzas ensaya, disparado.
Por ella se lanzaron en falanges;
delante Febo con la augusta egida,
la sublime. Y á tierra por sí sola
al punto vino la muralla *aquea;
como la arena cae, que del ponto
por la ribera, en infantil capricho,
jugueteando un niño amontonara,
cuando con piés y manos locamente
su fábrica derriba y la deshace.
Tal, Febo flechador, tú destruíste
la labor, las fatigas dolorosas,
é inspiraste la fuga, de los Dánaos.
Llegados á las naves, detuvieron
la planta firmes los fugaces pueblos.
Y levantadas á los dioses todos
las manos, cada cual les suplicaba,
con férvidos acentos clamoreando.
Y ante todos rogábales humilde
Néstor *gerenio, antemural de Acaya,
extendidas las manos hacia arriba,
al estrellado cielo: "Padre Jove,
si en medio de la miés opima de Argos,
en tu honor ha quemado pingües muslos
de vacas ó de ovejas algún día
un hombre, suplicándote le dieras
á la patria volver: si tú asentiste
á su ruego, inclinada la cabeza;
recuérdalo y aparta, rey *olimpio,
el día de la ruína despiadado;
ni dejes que nos postren tal los Teucros."
Así clamó rogante, y el Saturnio,
árbitro de la tierra y sus destinos,
del anciano Nelida la plegaria
al escuchar, tronó con grave trueno.
Los Teucros, cuando oyeron el tronido
del fulminante Jove, á los Helenos
con más furioso embate acometieran.

Como por sobre el bordo de la nao,
en la inmensa llanura de los mares
una ola agigantada se despeña,
cuando de la procela el torbellino
la azota, la levanta, la sublima;
así con grande estruendo los Ilienses
por el muro pasaron con las bigas;
y en ruedo de las popas por las naos,
con los Dánaos, en picas de dos filos
trabaron cuerpo á cuerpo la batalla,
éstos desde los carros, mas aquéllos
desde los bordos de los negros barcos,
donde subieran á lidiar con astas,
en ellas esparcidas, largas, tersas,
con aros reforzantes, de énea punta,
para naval pelea fabricadas.
Mientras los dos ejércitos pugnaban,
fuera de los navíos voladores,
de la muralla al rededor; en tanto
dentro del pabellón sentado estuvo
de Eurípilo, Patroclo, consolante
al campeón, y poniendo medicinas,
del lóbrego dolor mitigadoras,
sobre la herida cruel. Mas cuando el muro
acometido vió por los Ilienses,
y cuando resonó de los Aquivos
el pávido gritar y fué la fuga;
gimió, golpeóse con entrambas palmas
los muslos y en llorosa voz tal dijo:
"Eurípilo, por más que necesites
de mí, no puedo ya quedar contigo:
ya grande batallar se está empeñando.
Solaz te dé tu compañero de armas.
Á Aquiles vuelo yo, á rogarle pugne.
Quién sabe si, de un numen ayudado,
logran moverle el pecho mis palabras:
es saludable el exhortar de amigo."
Así diciendo, le llevó su planta.
Sin desmayar, los Dánaos resistían
á los acometientes; rechazarlos,

empero, no pudieron de la armada,
con ser menor el número de aquéllos.
Ni á los de Ilión fué dado las falanges
romper de los Helenos, y sus tiendas
y barcos invadir. Mas, cual derecho
mide el cordel maderos que elabora
artífice solerte de navíos,
á quien adoctrinó con toda ciencia
Minerva; así tendida la fortuna[a]
del crudo combatir igual estaba.
Por las naves lidiaban porfiadísimos.
Héctor se abalanzó al espléndido Áyax.
Por un bajel, en afanosa lucha,
entrambos contendieron. No podía
aquél al Telamonio de la nao
arrojar é incendiarla: ni al Priamida
éste pudo alejar, ya que le trajo
un dios. La lanza disparó, y hundióla
en el pecho de Caletor Clicida
el rútilo Áyax: incendiaria tea
llegaba aquél á un barco. Desplomóse
con rauco estruendo en tierra, y de la mano
el hacha le cayó. Miró en el polvo
ante el negral navío á su cognado
sucumbir el Priamida, y altas voces
dió á los de Ilión y Licia: "Teucros, Licios
y Dárdanos armígeros, batientes,
no ciéis en la batalla y la presura!
Al Clicida llevad, porque los Dánaos,
á quien cayó en sus naves, no desarmen!"
Así diciendo, con brillante dardo
á Áyax tiró. Le erró; el agudo bronce,
empero, se clavó sobre la oreja
en la testa al *citerio Mastorida
Licofrón, de Áyax compañero de armas;
quien á par de él estaba; quien vivía
á par de él; tras quitar la vida á un hombre

a Sin inclinarse á un lado ni á otro, como el cordel, cuando raya.

de la isla de Citera sacrosanta.—
Éste cayó supino en medio al polvo,
desde la popa del bajel: sus miembros
se disolvieron. Áyax aterróse
y habló al hermano: "Teucro, caro amigo,
á Caletor, el socio fiel, matáronnos;
al hombre, que, viniendo de Citera,
en nuestro hogar honramos, como se honra
á los amados padres. Dióle muerte
Héctor magnánimo.— ¿Dó están ahora
tus mortales, alígeras saetas
y el arco que te dió el fulgente Febo?"
Lo dijo. Voló aquél al lado suyo,
armado de arco y el carcaj repleto.
Y rápido flechó, derribó á Clito,
de Pisenor progenie fulgurosa,
y de Polidamante esplendoroso
Pantoída, compañero, que el rendaje
le gobernara; aqueste los corceles
á graves penas dirigir podía,
y de Héctor y los Dárdanos en gracia,
guiar á do las falanges casi todas
eran batidas; el despeño vino
luego sobre él. Ninguno le salvara,
bien que anhelasen acudir: clavóse
en su cerviz la flecha arrancadora
de mil gemidos; y cayó del carro.
Saltaron hacia atrás y removieron
los bridones el plaustro, que, vacío,
resonó. El rey Polidamante al punto
sintiólo y fué al encuentro de la biga
el primero. La fiara de Astinoo,
hijo de Protiaón. Y grandemente
le exhortó á que cabe él la sujetara,
mirándola en la lid. De nuevo el numen
fué á combatir en la primera fila.
Contra Héctor, de broncíneas armas, Teucro
hora el arco flechó; y á la batalla
de las naves pusiera fin, si, hiriendo
á aquel prócer campeón, le derribara.

Mas ocultarse á la suprema ciencia
no pudo de Saturnio, que, al Priamida
amparando, quitó la gloria á Teucro,
el Telamonio. En tanto este tiraba
de la sólida cuerda retorcida
de su arco sin mancilla; el dios rompióla;
y la de bronce ponderosa flecha
á otra parte voló, y cayóle el arco
de la palma. Pasmóse Teucro y dijo:
"¡Ay de nosotros, que nos frustra un numen
toda guerrera empresa por entero!
El arco de la mano me ha quitado,
y roto ha la recién torcida cuerda,
que esta mañana até, porque pudiese
soportar cien saetas voladoras!"
Respondióle el grande Áyax Telamonio:
"Ó caro hermano, ya que un dios lo quiebra,
de los Helenos envidioso, deja
yacer el arco; deja las mil viras,
y empuña luenga pica, y el escudo
ponte en los hombros, lucha con los Teucros
y refuerza otras haces á la lidia.
Que, si vencidos somos, no arrebaten,
por vida mía, sin afán y pena
nuestras de remadores ricas naos.—
Vamos y armipotentes batallemos!"
Dijo. En la tienda aquél dejara el arco,
y la de cuatro sobrepuestas pieles
adarga suspendiérase del hombro.
En la cabeza válida se puso
el bien forjado yelmo [a]. Cogió el asta,
la broncínea, afilada, vigorosa.
Y fué, y voló y juntóse con su hermano.
Cuando Héctor nugatorias vió las armas
del flechador, á los de Ilión y Licia
clamara: "¡Teucros, Licios y Dardanios,
hombres acometientes, sed varones,

[a] Sigue el verso espurio: "con cola de caballo, y terrible la cimera se inclina desde arriba."

recordad vuestra bélica firmeza,
de los bajeles en la lid, ó amigos!
He visto, con mis ojos, por Saturnio
rotas las armas de un campeón. Al hombre
fácil de conocer es el amparo
de Jove, ya á la gloria le sublime,
ya le abata y le niegue su tutela;
cual hora de los Dánaos el empuje
postra, mas á nosotros nos acorre.
Por las naos pugnad en densas filas.
Quien de vosotros perdición y muerte,
con dardo ó lanza herido, sufrir deba,
muera; que no es deshonra, por la patria
luchando, sucumbir. Salvos le quedan
mujer, y prole, y lares y fortuna;
cuando algún hora los Acayos tornen
á la querida patria en los navíos."
Decía, daba soberano empuje
á todos. Ayax, de otra parte, voces
dió á los suyos: "Argivos, qué ignominia!
Hora es inevitable ó que muramos
ó salvos apartemos de las naves
la asolación. Pensáis que, destruídos
por Héctor, el de yelmo centellante,
los barcos, volveréis al patrio suelo
todos á pié? ¿No oís cómo el Priamida,
que rabia por quemar nuestros bajeles,
alienta al pueblo entero? No á la danza
los manda de verdad, sino á la lidia.
Ningún arbitrio ni sentencia alguna
mejor para nosotros que el embate
al enemigo con chocar furioso.
Más vale á un tiempo perecer, y luego,
que morir y agotarse lentamente
pugnando en derredor de los navíos
en vergonzosa, en hórrida contienda
con hombres á nosotros inferiores."
Decía, levantaba los espíritus
á todos. Muerte presto dió el Priamida
de los focenses al caudillo, Esquedio,

hijo de Perimedes; Áyax dióla
á Laomedonte, guía de los peones,
prosapia de Antenor esplendorosa;
Polidamante del Filida al socio,
ductor de los magnánimos *epeos:
Oto *cilenio. Meges viólo y pronto
sobre él se abalanzó; declinó el *teucro
y le vitó; que Febo al de Pantoo
en la primer falange no dejara
caer. Mas Cresmo traspasado fuera
por la azcona de Meges en el pecho.
Con fragor bronco derrumbóse á tierra,
y aquél del hombro le quitó las armas.
En tanto al de Fileo acometiera
el Lampetida Dólope, lancero
y eximio y animoso en la batalla,
hijo de Lampo, el férvido guerreante,
de Laomedonte prole. Con el dardo
rompió de parte á parte el Lampetida
de Meges el broquel. Salvó al *aquivo
el fuerte peto, cóncavo, potente.—
Desde Éfiro, en la margen del Seléis,
en otro tiempo trájolo Fileo,
á quien lo diera en dádiva de huésped
y perpetua defensa en el combate
Eufetes, el caudillo de los pueblos.
Del cuerpo de la prole alejó entonces
la loriga á la muerte. Meges luego
con la afilada lanza al Lampetida
lo más alto rompió de la cimera
del broncíneo morrión empenachado.
Cayó el airón de cauda equina entero,
de púrpura reciente esplendoroso;
en el polvo cayó. Tal peleaba
y aun vencerle creía, cuando vino
el pugnaz Menelao en su socorro.
De aquél al lado se detuvo oculto,
aprestada la lanza, y por el hombro
desde atrás y á través del pecho hundióle
con ímpetu la pica disparada.

á bruces derribóse; ambos saltaron
sobre él, por arrancarle de los hombros
la armadura broncínea. Pero ardiente
Héctor mandara á sus hermanos todos.
De luego á luego reprendió á la prole
de Hicetaón: al recio Melanipo.—
Éste en Percota pastoreara un día
en horas de la paz los tardos bueyes.
Pero al venir la armada de los Dánaos
rica en remos, á Ilión tornó, y sublime
descolló entre los Teucros. Habitaba
en el alcázar regio, y era honrado
por Príamo con honra que á los padres
dispensa el hijo—. En reprensoras voces
Héctor á éste gritó: "¿Tal, Melanipo,
en la lid aflojamos? ¿No se apiada
triste tu corazón del muerto hermano?
¿No ves cuál á porfía de sus armas
á Dólope despojan? Ven conmigo.
De lejos á los Dánaos no podemos
ya combatir. Ó muertos ellos quedan,
ó la alta Troya y los Troyanos tumban."
    Partió, diciendo tal, y juntamente
Melanipo deiforme. Á los Argivos
esforzara Áyax Telamonio, el grande:
"Ó amigos, sed varones y en el alma
grabad el pundonor, de él temerosos,
con mutuo recelar entre las lides
y su furor. De los que su honra celan
más que los sucumbientes, son los salvos.
Ni prez ni protección para quien huye."
    Dijo. Y de sí ya prestos á la pugna,
guardaron dentro el alma la palabra;
y con broncíneo cerco los bajeles
ciñeron. Á los Teucros en su contra
Saturnio levantó. De las batallas
el voceador, Atrida Menelao,
á Antíloco diera ánimos: "Más joven
que tú ningún guerreante entre los Dánaos,
ó Antíloco; ninguno tan ligero

de plantas como tú, ni tan brioso.
¡Si hora volaras á matar alguno!..."
Dijo, tornó veloz; movió su acento
al otro, que saltó de entre los próceres,
y cauteloso en derredor mirando,
el dardo lúcido tiró: á su bote,
cedieron los de Ilión. Aquél la pica
no en balde disparó; que á Melanipo,
de Hicetaón progenie denodada,
rasgó con ella en la mamila el pecho;
con rauco estruendo derrumbóse en tierra
y en torno de él sus armas rebombaron.
Sobre él lanzóse Antíloco, cual vuela
el perro hacia el cervato, que, saliendo
veloz de su guarida, fué alcanzado
por el dardo del cazador;—sus miembros
se disolvieron—. Tal á desarmarte
el luchador Antíloco acudiera,
ó Melanipo, á ti. No inadvertido
estaba, empero, el fúlgido Priamida;
corrió á pugnar con él. Era robusto,
el *dánao, volador era. Mas á Héctor
no osó esperar. Temblando huyó, cual huye
la fiera, tras estrago hacer: un perro
matar al derredor de la vacada;
ó al pastor ahuyentar, antes que llegue
de hombres la multitud, que confluyera—.
Así voló azorado el Nestorida.
Y con tronante estrépito los Teucros
y Héctor tras él armas llorosas, tristes,
lanzaron. Se volviera, al detenerse
en medio de la amiga muchedumbre.
Leones carniceros semejando,
los Ilienses la armada acometieron
y realizaron el querer de Jove;
quien los hinchió en coraje, quien el alma
de los Aquivos trastornó; la gloria
quitóles é inflamó á los de Dardania.
Su corazón ansiaba á Héctor Priamida
ensalzar, para llamas incansables,

voraces arrojar en los bajeles,
de bella curvadura, y por entero
de Tetis la plegaria criminosa
acoger y cumplir. Aguardó Jove,
del mundo y sus destinos soberano,
de un bajel encendido los fulgores
ver con sus ojos. Rechazadas luego
desde los barcos las *ideas gentes,
prez él daría á los Dánaos. Tal pensaba,
cuando al Priamida, quien ya en rabia ardiera,
llevó contra los cóncavos navíos.
Héctor con frenesí fué á la batalla,
cual va Mavorte, blandidor de pica;
ó de profunda selva en la espesura
el fuego destructor va por la sierra.
Dentellaba; sus ojos fulguraban
bajo las cejas hórridas, y en torno
ondeaba de las sienes el penacho
aterrador en medio á la carrera.[a]
Destrozar intentaba las falanges
do más compacta multitud veía
y las más nobles armas. Anhelaba
las filas por romper. Mas todo en vano.
Su furia se estrellaba en las escuadras,
que semejaban grande, inhiesta roca
que del espúmeo piélago en la playa,
al rápido volar de la procela
resiste y á las túrgidas oleadas,
que en ella se quebrantan tronadoras.
Así á los de Dardania rostro hacían
firmes, impávidos los *dánaos hombres.
Aquél, de fuego en torno centellando,
sobre la muchedumbre se arrojaba
y sobre ella caía, como la ola,
por los vientos bajados de las nubes

---

[a] Siguen los versos espurios: "de Héctor; pues era su amparador, desde el éter, Jove mismo; quien á él sólo, entre muchos hombres, honrara y glorificara. Porque de breve vida había de ser; pues ya le había suscitado el fatal día la lancera Minerva, bajo la fuerza del Pelida."

henchida, precipítase violenta
en la ligera nao, que de espuma
se cubre toda;—el espantable golpe
de la borrasca en el velamen ruge:
el alma se estremece de los nautas:
á un paso se encontraron de la muerte.
Así de los Aquivos en el pecho
el corazón estaba desgarrado.
Mas él, como un león enfurecido
á la vacada que en la hondura pace
de ancha pradera, va;—un pastor tan sólo,
no avezado á luchar, de una res tarda
en derredor, con fieras; pastorea
el inmenso ganado; y á las vacas
acude sin cesar, ya á las primeras,
ora á las últimas; el león, saltando
en medio la manada, un buey devora:
todas las vacas temblorosas huyen—...
Tal entonces ante Héctor y Saturnio
huyeron espantados los Aquivos
todos. Matara el *teucro á sólo un hombre:
Perifetes, oriundo de Micenas,
caro hijo de Copreo, el mensajero
á la pujanza de Hércules enviado
por Euristeo rey. De padre débil
nació adalid aquél, rico en virtudes;
eximio en la carrera y la batalla,
sagaz, cual los primeros de Micenas.
Éste acreció la gloria del Priamida.
Al volverse, su planta tropezara
del broquel en el borde, que, en amparo
contra los dardos, le tocaba en tierra.
Cayó supino, y la celada en torno
de las sienes del hombre que caía,
horrífica sonó. Sintiólo al punto
Héctor; corrió; detúvose á su lado;
le hundió en el pecho la asta, y de los suyos
á par matóle. No pudieron ellos,
á su grande pesar, ir en su auxilio:
ante el Priamida rútilo tremían.

Vinieron luego de la armada enfrente,
junto á la primer fila de las naves,
la más lejana de la mar. Vertíase
en pos la hueste *dárdana veloce.
Y más allá de las primeras naves
rechazados cedieron los Helenos.
Allí cabe las tiendas detuviéronse,
no por doquier dispersos, mas en haces.
Los detenían el rubor y espanto.
Y en incesantes voces se alentaban
los unos á los otros. Por los padres
á cada cual rogaba, más que todos,
Néstor, de los Aqueos el baluarte:
"¡Ó amigos, sed varones y en el pecho
guardad el pundonor; temed la infamia,
y todos acordaos de la prole,
de la mujer, y hacienda y de los padres,
ora vivos estén, ahora muertos!
Por ellos, los ausentes, os suplico
que batalléis intrépidos, potísimos,
y las espaldas no volváis medrosos."
Dijo, en todos audacia despertando.[a]
Y donde lejos de la lid estaban
los demás Dánaos, ya quedar no plugo
de Áyax al ancho corazón: subiera
en desalado andar, á las crujías
de los bajeles. Empuñó un madero,
arma naval, de bien trabadas piezas,
ingente;—codos veintidós medía—.
Como un cabalgador ligero, diestro,
cuatro corceles de entre muchos coge;—
los junta y desde el llano los conduce
por la vía común;—vuela tras ellos
hacia la gran ciudad; muchos le admiran,

[a] Siguen los versos espurios: "y á ellos les arrancó de los ojos Minerva la nube de las tinieblas, enviada por los dioses; y por ambos lados: por el de las naves y el de la igual batalla, les nació gran luz. Y vieron á Héctor, bueno para la grita y á sus socios, así cuantos hacia atrás se retiraran y no combatían, como cuantos juntos á las naves peleaban la pelea."

hombres, mujeres: él salta seguro
de bridón á bridón en firme salto,
y en insana carrera corren ellos—;
tal Áyax por las naves voladoras
saltaba de una en otra, raudo y ágil;
remontábanse al éter sus clamores;
y arreo voceando pavoroso,
mandaba á los Aquivos escudaran
las naves y las tiendas. El Priamida,
empero, no quedó tampoco inerte
entre la muchedumbre de los Teucros,
de firmes grebas. Cual espléndida águila
á una bandada de aves voladoras:
ocas, grullas ó cisnes cuellierguidos,
que en la margen del río se solazan,
arrójase; tal Héctor hacia un barco,
de negra prora, se lanzó. El Saturnio
con mano omnipotente le impeliera,
y tras de él, inflamadas las falanges.
    De nuevo la batalla de las naos
se encarnizó. Dirías que lidiaban
por una parte y otra sin fatiga,
y sin afán: tan recio fué su embate.
Un sólo pensamiento los moviera:
á los Aquivos, no vitar quebrantos,
sino morir; al alma de los Teucros,
quemar los barcos y matar los héroes.
    Así resueltos frente á frente estaban.
Luego Héctor á la popa de un navío
aferróse, navío presto, hermoso;
en que Protesilao vino á Troya,
mas en que no tornó á la natal tierra.
Unos y otros de aquesta quilla en torno
reñían cuerpo á cuerpo en mortal lucha.
Y malcontentos de afrontar los golpes
de saetas y dardos, y movidos
por un mismo deseo, se embistieran
con afiladas hachas y segures,
con espadas enormes y con lanzas
de doble filo. Cien montantes bellos,

de fuerte pomo y de negral[a] recazo,
cayeron de las manos, y cien otros,
de los hombros al suelo, en la contienda.
Y nadaba la negra tierra en sangre.
La popa y el aplustre de la nao
Héctor ya no soltó, y gritó á los Teucros:
"¡Fuego traed, y juntamente todos
lanzad el grito de combate. Jove
hoy nos depara el día de la gloria:
de arrebatar las naves, que vinieran,
á pesar de los dioses, á Dardania;
y que de malandanza nos colmaron,
porque me detuvieron pusilánimes
los ancianos, y al pueblo detuvieron
de acometer las popas de las naos.
Mas, si aquel día nos cegó el Tonante,
hoy nos inflama y nos conduce él mismo!"
Dijo; y su hueste con creciente empuje
se abalanzó. De dardos agobiado,
Áyax no la afrontó; un tanto cedióle
de la muerte á la faz. Á un banco heptápode[b]
saltó de remadores en la altura
del gallardo bajel. Allí parado
miraba en derredor y de las naves
sin cesar apartaba con la pica
los que fuego voraz les allegaran;
y sin cesar, en voz horripilante
é imperiosa, gritábales: "Ó amigos,
héroes de Acaya, de Mavorte socios,
varones sed, ó amigos, y acordaos
del bélico furor. Á las espaldas
¿tener imaginamos quién nos salve?
ó que la perdición aleje de nosotros
algún muro más terco? No tenemos
cercana una ciudad, fuerte de torres,
do guarecernos, do alternar la gente.
En la llanura estamos de los hombres

a De fierro,
b Con siete piés.

robustos de lorigas, cabe el ponto,
lejos del patrio suelo. Nuestra lumbre
no está en remisa pugna, está en los brazos."
Dijo, y furente con la aguda pica
batallaba. Si un *teucro, á las instancias
cediendo de Héctor, inflamada tea
acercaba á los pinos anchurosos,
Áyax le recibía en luengo dardo.
Ante las naves alanzó doce hombres.

CANTO XVI.

La Patroclea.

Tal por la en remadores rica nao,
aquestos batallaran. Mas á Aquiles,
pastor de pueblos, se acercó Patroclo,
en ígneas lágrimas la faz bañado,
como fontana umbría, que de peña
alta y abrupta sus obscuras ondas
manando va. Le vió el luciente Aquiles
corredor, y le habló compadecido
esta palabra alada, clamorosa:
"¿Qué lloras, ó Patroclo, cual infanta,
que tras la madre corre, porque en brazos
la coja?;—ruega, aférrase á su peplo;
en su andar afanoso la detiene,
y lagrimace y mírala que la alce—.
Así, Patroclo, blandamente lloras.
¿Para los *mirmidones nuevas tristes,
ó bien para mí mismo malhadadas,
acaso traes? ¿Sólo tú algún nuncio
recibiste de Ftía? Á fe que aun vive—
tal la fama lo nuncia—el Actorida
Menecio; y vivo está en la Mirmidonia

Peleo, prole de Éaco. Lloráramos
la muerte de uno y otro doloridos.
¿Ó gimes por los Dánaos, que sucumben,
de los anchos navíos en contorno,
por su crimen audaz? Nada me celes;
habla, que yo saberlo quiero todo."
Cabalgador Patroclo, tal hablaste,
entre profundo suspirar: "Ó Aquiles,
ó Pelida, campeón de los campeones
de Acaya, no te enfades: á los Dánaos
catástrofe nefanda está oprimiendo.
Todos los adalides, cuantos siempre
descollaran, ahora en los navíos
de pica ó dardo vulnerados yacen.
Herido está el Tidida poderoso;
herido Ulises, ínclito lancero,
y Agamenón; y Eurípilo en el muslo
flechado está. Los curan afanosos
médicos sabios en sanar heridas.
Y á ti nada aplacarte puede, Aquiles!
Jamás á mí me vuelquen tantas iras
cuantas tú guardas, ó campeón terrible.
¿Ó alguien de los que vengan tras nosotros,
tu amparo gozará, si no alejares
de los Argivos la afrentosa ruína?
¡Cruel!—No es por vida mía, padre tuyo
el auriga Peleo, ni es tu madre
Tetis.—Á luz te dió el brillante ponto;
las escarpadas rocas te engendraron,
porque tu corazón es impiedoso.
Si dentro el alma un divinal decreto
debes cumplir, si tu sublime madre
desde Jove lo trajo, deja al menos
que con el pueblo *mirmidón yo al punto
vaya, por si me torno de los Dánaos
en lumbre. Deja que mis hombros vista
con tus armas: los Teucros por ventura,
teniéndome por ti, retiraránse
de la batalla, y los marciales hijos
de Argos alentarán en su congoja:

bien que el respiro momentáneo sea.
Es fácil que nosotros, vigorosos,
á hombres cansados de luchar lancemos
á Ilión desde las naos y las tiendas."
Tal dijo, suplicando. ¡Grande necio!
Su ruego fué llamar para sí propio
la muerte, perdición y los infiernos.
En ira ardiendo, el corredor Aquiles:
"¡Ay me, Patroclo, vástago de Jove,
¿qué dices? Ni decretos divinales,
si alguno sé, me importan. Ni el Saturnio
me habló por labios de mi augusta madre.
Es el atroz furor, que me lacera
el corazón y el alma, porque un hombre
á un igual despojó y quitó la presa
con violento desmán. Cruda es mi furia.
Amarga pena me desgarra el pecho.
Á la doncella para mí elegida
en don por los Aquivos; conquistada
por mi asta en la ciudad firme de muros,
la que yo derroqué;—el potente Atrida
la virgen arrancóme de las manos;
cual si yo fuese un mísero viandante.—
Pero lo que pasó, pasado sea.
Sin fin airarme nunca fué mi mente.
Prometí no aplacarme hasta que grita
llegase de batalla á mis navíos—.
Tus hombros viste en mis gloriosas armas
y á los batalladores *mirmidones
al campo lleva, si cercó las naves
caliginosa, irresistible nube
de Dárdanos, y aquéllos, acosados
del mar contra las ondas, pieza breve
del campo conservar sólo han podido.[a]

---

[a] Siguen los versos espurios: "los Argivos; y fué contra ellos animosa toda la ciudad de los Troyanos. Porque no ven de mi yelmo el frente brillar de cerca. Si el poderoso Agamanón me fuera benévolo, pronto llenarían de muertos los fugitivos los torrentes. Pero ahora combaten al rededor del campamento. Pues no anda furiosa en las manos del Tidida Diomedes

Sea cual sea, arrójate, Patroclo,
á ellos asolador, porque no abrasen
la armada en llamas y el tornar querido
arrebaten. Escucha y en tu mente,
cual te las digo, graba mis palabras:[a]
vuelve, tras alejarlos de las naves.
Aunque de nuevo gloria te conceda
de Saturnia el esposo altitonante,
lidiar sin mí no piense tu ardimiento
con los de Ilión armipotentes hombres:
acrecieras mi afrenta. Ni te ufanes
en el sangriento estrago, ni hacia Troya
los tuyos acaudilles, ni en los Teucros
riza tientes hacer; no sea venga
alguno de los númenes eternos
contra ti del Olimpo: predilecta
del flechador Apolo es la Dardania.
Torna, pues, cuando luz á los bajeles
hayas traído y deja que contiendan
enmedio á la llanura entrambas huestes."[b]
Tal aquéllos hablaron.—Sostenerse
Áyax no pudo ya; cedió rendido
á los dardos. De Jove la sentencia
y de los Teucros ínclitos las armas
domáronle. Crujiera temeroso
el lucídor morrión bajo los golpes,
de sus sienes en derredor. Batían
arreo la visera bien forjada

---

la lanza, por apartar de los Dánaos la desgracia; ni oyen la voz del Atrida que habla desde la odiada cabeza. En cambio, al rededor se conoce (oye) á Héctor, matador de hombres, que manda á los Troyanos, quien, con vocería ocupan todo el llano, venciendo en el combate á los Griegos."

[a] Siguen los vs. esp.: "para que, delante de todos los Dánaos, ganes para mí grande honor y gloria y devuelvan á éste la muy hermosa virgen y traigan juntamente brillantes dones."

[b] Siguen los vs. esp.: ¡Y ojalá que, ó padre Jove, y Minerva y Apolo, ninguno de los Dárdanos cuantos hay, escapara de la muerte, ni ninguno de los Argivos tampoco, y que nosotros evitáramos la muerte, para que sólos deshiciésemos las sagradas almenas de Troya!"

los botes de los dardos. Fatigábase
su hombro siniestro, por escudo móvil
sin descansar gravado. No pudieron,
empero, disparándole mil dardos,
estremecerle; anhélito incesante
le agitaba; sudor doquier copioso
por su cuerpo corría; ni respiro
levísimo gozó; llovieron densos
en su contorno males sobre males.
Hora decidme, musas moradoras
de alcázares *olimpios, cuál el fuego
á caer principió en la armada *aquea.
Acercóse Héctor y en su grande espada
sobre la fresnal pica de Áyax dando,
le dividió el astil cabe la punta.
Así la trunca lanza el Telamonio
blandió en la mano; lejos de él en tierra
cayó, bronca sonando, la énea punta.
Áyax vió dentro su alma soberana
la mano de los divos, y aterróse.
Vió toda empresa *helénica frustrada
y el triunfo á los Ilienses concedido
por Jove, tronador de las alturas:
y á los dardos cedió. En el veloz barco
fuego flamante aquéllos arrojaran.
Y al punto derramóse inextinguible
por él la llama. Ardía ya la popa,
y se abrasaba, cuando Aquiles dijo
á Patroclo, golpeándose los muslos:
"Alza, Patroclo, vástago de Jove,
ó grande auriga, veo fuego ardiente
en la armada llamear. ¡Que no arrebaten
la flota y se consume nuestra ruína!
¡Sus! á las armas tú! yo junto al pueblo."
Dijo; y Patroclo en bronce fulgurante
se armó. Puso primero de las suras
en derredor las excelentes grebas,
de broches argentinos guarnecidas.
Luego cubrió su pecho en la coraza
del corredor Aquiles, primorosa,

lucífera, cual astro. La cuchilla,
énea, de argénteos clavos exornada,
se suspendió del hombro, y suspendióse
de él la rodela ingente, poderosa.
Y se pusiera en la cabeza fuerte
el hermoso morrión, de cauda equina;—
aterrador ondeaba en la cimera
el penacho. Cogió un dardo valiente
en cada mano, de sus armas propias.[a]
Los bridones uncir veloz mandara
á Automedonte, predilecto suyo,
después del matador de hombres: Aquiles,
y quien más dócil en la lid oía
su clamor de combate. Aqueste atara
al yugo los corceles voladores,
Xanto y Balio, dos ráfagas de viento.
Del Céfiro los engendró la harpía
Podarga, en medio el campo, do paciera,
cabe del mar océano la playa.
Á ellos juntara Pédaso intachable,
el que, de Eción al arrasar los muros,
Aquiles conquistó;—el bridón seguía,
con ser mortal, corceles inmortales.
El de Peleo fué y armó en el campo
todos los *mirmidones. Quien, cual lobos
corniceros, de bríos indecibles;
que en la sierra mataron y devoran
cornudo, corpulento ciervo;—tinta
de sangre en derredor está la boca
de todos, y apiñados á la fuente
de olas umbrías van, y en ellas lamen
rozándolas con lenguas aguzadas;
arrojan de las víctimas la sangre;
intrepidez el pecho les respira
y anchuroso dilátase su vientre—;...

---

a Siguen los versos espurios: "Solamente no tomó la lanza del intachable Eacida, la pesada, grande, fuerte. Ésta no podía tirar otro aquivo, mas sólo sabía tirarla Aquiles, la lanza del Pelión, la cual al amado padre dió Quirón, desde las cumbres del Pelión, (traída) para ser matanza de los héroes."

así, corriendo, al socio esclarecido
del corredor Aquiles circundaron
los *mirmidones príncipes y reyes,
y en medio de ellos el marcial Aquiles
aurigas inflamaba y broqueleros.
Eran cincuenta voladoras naves
las que á Dardania trajo el Eacida,
de Jove amado. En cada cual se hallaban
cincuenta remadores. Cinco jefes,
á quien obedeciese el pueblo todo
instituyó; el imperio soberano
él mismo en el ejército retuvo.
De una falange era ductor Menestio,
vástago de Esperqueo, del Saturnio
torrente. Fué su madre Polidora,
bella hija de Peleo; la que unida
al fluvial numen, de incansable fuerza,
á luz le dió. Mas Poro Perierida,
quien de ella ante los hombres fué el esposo,
quien dones conyugales dió infinitos,
su padre era llamado. Acaudillaba
la segunda falange el fuerte Eudoro,
prole de una doncella: Polimela,
de Filante hija, danzarina insigne.
El raudo, poderoso Mensajero[a]
por ella enardecióse, al contemplarla
danzar entre cantares, en la fiesta
de la fusi-áurea[b] Diana, la ruidosa.
Vióla Mercurio bienhechor y luego
furtivo disfrutóla en la terraza.
De ésta el hijo luciente fué llamado
Eudoro, hombre veloz, armipotente.
Mas, después que la dea dolorosa
de los partos: Ilitia, le trajera
á la lumbre del sol esplendedora;
entonces el poder del grande Equecles
Actorida por cónyuge tomara

a Mercurio.
b Por ser la diosa de la caza.

á Polimela, dándole mil donas.
Eudoro al par de un hijo fué educado
del anciano Filante con ternura.
Encabezaba la tercera hueste
Pisandro valeroso Memalida;
quien, después de Patroclo, descollaba
entre los *mirmidones, como astero.
Obedecía la falange cuarta
á Fénix, el anciano cabalgante;
la quinta, al intachable Laercida
Alcimedonte. Las escuadras todas
en bella ordenación dispuso Aquiles
con los ductores. Luego habló á las gentes
en imperiosa voz: "Ó *mirmidones,
oídlo bien: ninguno de vosotros
olvide que á los Teucros muchas veces
en las ligeras naves, enconados
contra mí por mis iras, conminasteis.
"Cruel Pelida, decíais, nutriríate
en hiel tu madre. ¡Impío! que retienes
en las naos, á su pesar, los tuyos.
En los barcos, del ponto surcadores,
tornemos al hogar, ya que tu pecho
de tan fatal furor está transido."
Tal á menudo hablabais en las juntas.
Ahora reñidísimo combate,
por el que suspirarais, os aguarda.
Hora el de fuerte corazón batalle."
Así diciendo, enardeciólos todos.
Al escuchar del rey la voz, las filas
aun se estrecharon más. Tal como el hombre
en bien trabadas piedras la muralla
de erguido hogar contra furioso viento
fabrica; así los yelmos se juntaron
y las rodelas: un broquel con otro,
y morrión con morrión, y hombre con hombre.
Y las celadas, de cimeras tersas,
con los airones, en equina cola
ornados, se tocaran, al moverse:
tanto los combatientes se agolparon.

Armáronse á su frente dos varones,
de un sólo pensamiento: adelantarse
á todo el pueblo *mirmidón: Patroclo
y Automedonte. Al pabellón fué Aquiles
y alzó la tapa de arca primorosa;
la cual Tetis, de plantas argentinas,
en el navío que zarpaba, puso
tras de llenarla en túnicas enteras
y en mantos contra el viento amparadores
y en coberturas, de tejido densas.
Yacía en ella bien forjada taza,
en que hombre alguno el fulguroso vino
bebiera, y en que sólo al padre Jove
entre los númenes libara Aquiles.
Del arca entonces la cogió y primero
la purgó con azufre y luego en ondas
bañóla de agua bellas, cristalinas.
Y se lavó las palmas, y en la copa
extrajo claro vino, y derramólo
en la mitad del atrio y la mirada,
orando, alzó á los cielos;—el Tonante
le viera suplicar—: "Ó rey Saturnio,
*dodoneo, *pelásgico, lejano,
que imperas en Dodona tempestuosa,
donde tus sacros sacerdotes *selos,
sin la planta lavar, dispersos moran,
por lecho el suelo nudo: cual mis preces,
antes oíste, honrándome y terrible
al pueblo *aquivo hiriendo; tal ahora
este nuevo deseo satisfáceme:
mientras yo quedo en medio de mis naos,
y al campo de batalla al socio envío
con mis pueblos; exalta al que yo mando,
ó Jove altitonante, y dentro el pecho
el corazón robórale, que vea
también Héctor si sabe el hombre nuestro
lidiar de sólo á sólo, y si las manos
*hectóreas siempre inaccesibles matan
y exterminan, no yendo yo al combate
y la marcial labor. Haz que, alejados

por él de los navíos la contienda
y el bélico rumor, retorne salvo
á mis veloces pinos con las armas
todas y los guerreros impetuosos!"
Así clamó rogante, y escuchóle
el árbitro del mundo y su fortuna.
Lo uno le concedió; nególe lo otro:
le concedió apartar de los bajeles
la cruenta lid, tornar de ella nególe.
Libaron; él oró al Saturnio Padre;
al pabellón volvió; puso en el arca
la taza nuevamente y de la tienda
fuera paróse; que anhelaba su alma
ver todavía de una y otra hueste
el hórrido lidiar. La suya, armada,
con Patroclo magnánimo partiera
á acometer en furibundo asalto
las *dárdanas falanges presurosa;
como se precipitan las avispas,
anidadas orilla del camino,
por los rapaces, de su instinto avieso
y costumbre llevados, enconadas;—[a]
¡necios! que mal á muchos ocasionan;
porque, si las perturba inadvertido
algún pasante, salen irritadas
en volador enjambre de la cueva,
su cría á defender—. Tal animosos,
ardientes, de la armada se lanzaron
los *mirmidones. Resonó infinito
el clamor del combate. Y á los suyos
gritó Patroclo en voz atronadora:
"Mirmidones, de Aquiles compañeros,
varones sed, ó amigos, y acordaos
del ármico furor, que sublimemos
al Pelida: el varón pugnaz, el grande
entre los Dánaos de las naves todos;
quien socios tiene de ímpetu indomable;

---

[a] Sigue el verso adúltero: "siempre irritando las que junto al camino tienen su nido."

porque también Agamenón conozca
el prepotente Atrida, su atentado,
que honrar no supo al más pujante *aquivo."
Así diciendo, enardeció los haces.
En apiñada multitud cerraran
con los de Ilión. En derredor las naves
la grita repitieran de los Dánaos
en eco aterrador. Cuando los Teucros
vieron al denodado Menecida,
á él y á su socio en armas lucidores,
el corazón á todos les temblara;
temblaran las falanges; que al Pelida,
el corredor, la furia dominada,
la paz y unión devueltas, ver creyeron
en los navíos. Cada cual miraba
cómo evitar la perdición segura,
y remiraba en su redor medroso.
Soltó luego Patroclo tersa pica,
á frente en la más densa muchedumbre;
é hirió, junto á la prora de la nave
del grande lidiador Protesilao,
á Pirecmes; que trajo los *peonios
aurigas, de Amidón, desde las ondas
del Axio caudaloso. El hombre diestro
le abrió. Cayó de espaldas en el polvo
entre ayes el herido. Por la muerte
del caudillo campeón todos temblosos
los de Peonia en derredor huyeron.
Patroclo de las naves arrojólos;
y extinguió el fuego llameante. El barco
mitad ardido allí quedó. Los Teucros
huyeron con estrépito clamoso;
y en pos los Dánaos por las anchas naves
se derramaron. Fué infinito estruendo.
Como, cuando Saturnio fulminante
levanta de una cumbre soberana,
empinada, el nublado tormentoso; —
las atalayas se descubren todas
de las alturas; las erguidas cimas
despéjanse y los valles, y en el cielo

abriendo va sin límites el éter—;
tal los Aquivos, el voraz incendio
de la armada alejado, respiraron.
Mas sólo un punto; no cesó la lidia;
que rebatidos de las negras naos
apenas por los válidos Aqueos,
no abandonaran los de Ilión el campo,
ni al enemigo de afrontar dejaran.
Hombre con hombre los caudillos luego
en dispersa batalla se mataron.
Aréilico, al volverse, fué en el muslo
sin mora herido por la aguda lanza
del vástago esforzado de Menecio.
El hueso roto, traspasóle el bronce:
cayó de bruces derribado en tierra.
Vulneró el aguerrido Menelao
á par de la rodela el pecho nudo
á Toante, disolviéndole los miembros.
Venir acometiente vió el Filida
á Anficlo; abalanzóse y en el plexo
de los altos tendones femorales
la pica le arrojó; cortólo todo:
los ojos veló al *teucro la tiniebla.
Entrambos Nestoridas dieron muerte:
á Atimnio dióla Antíloco, la ijada
rasgándole con pica aguda y énea;
de bruces el herido desplomóse.
Maris corrió á vengar al muerto hermano.
Ya alzaba sobre Antíloco la pica
delante del caído. Aproximóse,
empero, en este punto Trasimedes,
rival de dioses, y, sobre él enhiesto,
por el hombro la frámea descargóle;
y no le erró; la punta de la pica,
los tendones del brazo atravesando,
le destrozó de parte á parte el hueso.
Con rauco ruído derrumbóse á tierra;
cayó sobre sus luces la calígine.
Tal ellos, muertos por los dos hermanos,
bajaron á las sombras del averno;

ellos, de Sarpedón prestantes socios,
de Amisodaro vástagos lanceros,
de Amisodaro, que de mil mortales
nutrió por mal á la Quimera ingente.—
Se abalanzara á Cleóbulo el Oilida
y vivo le cogió de entre la turba,
do el *dárdano estrechado no podía
lidiar. Luego la fuerza disolvióle,
cortando su cerviz con magna espada;
ésta en la sangre calentóse toda.
Veló sus ojos la purpúrea muerte
y la fortuna cruel. Chocó Penéleo
con Licón; quien en vano se arrojaran
las lanzas uno al otro. Con cuchilla
hora se acometieron. La cimera
de equina cauda hirió Licón. Empero,
á par del pomo se tronchó el montante.
Aquél en la garganta, so la oreja,
hundióle el arma entera. La piel sóla
quedó: y de ella pendiente la cabeza,
se inclinó: disolviéronse sus miembros.
Meríones con fuerte, alada planta
á Acamante alcanzó, mientras subía
éste al carro, y llagóle el hombro diestro.
Cayó del plaustro en tierra, y la tiniebla
bajó sobre sus luces. Á Erimante
Idomeneo vulneró en la boca,
y el bronce impío, la cerviz pasando,
de ella los blancos huesos quebrantóle.
Removidos los dientes le saltaron;
en sangre rebosáronle los ojos;
y á borbollones le brotó la sangre
por labios y narices, y cercóle
el nimbo tenebroso de la muerte.
Á sendos luchadores derribaron
estos caudillos de la *aquiva gente.
Cual á la grey voraces van los lobos
por arrancar corderos y cabritos
á las madres dispersas por el monte;—
descuidóse el pastor; las fieras venlo;

vienen, destrozan las inermes crías—;
así á los de Dardania los Aqueos
embistieran. Aquestos ya tan sólo
pensaron en la fuga clamorosa,
de la pujanza bélica olvidados.
El grande Áyax seguía con la pica
sin cesar á Héctor, de broncíneas armas,
y ansiaba herirle. Mas los anchos hombros,
por el escudo de taurinas pieles
amparados, el *dárdano aguerrido
de las flechas miraba en torno suyo
al silbar y al estruendo de los dardos.
Mudada conocía la fortuna.
Empero, á la batalla haciendo rostro,
quedó y salvó sus compañeros caros.
Como el nublado por el polo viene
desde el Olimpo y éter fulgurante,
cuando Jove derrama la tormenta;
así desde las naves levantóse
desordenada estrepitosa fuga.
Llevaron con sus armas al Priamida
los rápidos bridones; y su pueblo,
por el foso en la fuga detenido,
abandonó: dejaron en la hondura
muchas veloces tiradoras bigas,
carros reales rotos junto al pértigo.
Feroz acalorando los Helenos,
Patroclo á los Ilienses perseguía
furente. Éstos llenaban voceadores,
fugitivos, dispersos, toda senda.
Se disipaba en alto, por las nubes,
de polvo el torbellino. Retornaban
á Ilión, desde las naves y las tiendas,
volando, los alígeros corceles.
Con grita de combate animadora
lanzábase Patroclo do veía
más apiñado al pueblo. So las ruedas
de su carro caían de los plaustros
á bruces los guerreros. Al volcarse
los carros, como címbalos, sonaran.

Recta corrió la voladora biga,[a]
el foso atravesó y siguió corriendo
violenta; que Patroclo ambicionaba
á Héctor, que huía en rápidos bridones,
con el asta alcanzar. Como se inunda
la negra tierra en lluvia procelosa,
cuando derrama, en otoñales días,
aguas grandes, inmensas el Saturnio,
encendido en furor contra los hombres,
que con violencia juzgan en el pueblo,
tuercen la ley, conculcan la justicia
y olvidan de los dioses la venganza;—
los ríos de los hombres criminales
hínchense todos; bajan mil torrentes,
las escarpas rompiendo de la sierra;
y desde las altísimas montañas
al purpurino mar se precipitan;
rebraman iracundos, retronantes,
y las obras asuelan de los hombres—;
así, con fiero estrépito, terrible
corrían los *ilíacos bridones.
Cortó Patroclo las primeras filas,
y separó de Ilión, á do anhelantes
huían, á los Teucros y forzólos
hacia las naves á volver, estrago
haciendo en medio de ellos[b] impetuoso:
á muchas víctimas allí vengara.
Primero atravesó en brillante dardo
el pecho, á par de la rodela nudo,
á Prónoo y los miembros disolvióle.
Retumbante cayó. Luego halló á Téstor
Enopida:—sentado allí el *iliense
en el hermoso carro, la cabeza
inclinada, turbados los sentidos,
suelta la brida. Aquél aproximóse
y la diestra mandíbula en la azcona

a Sigue el verso espurio: "la inmortal, que dieron los dioses á Peleo, en dádiva resplandeciente."

b Sigue el vs. esp.: "y de los barcos y del río y del alto muro."

le hirió, los dientes traspasó y del carro
por sobre el borde le tiró, arrastróle;
cual suele el hombre, en empinada roca
posado, al sacro pez alzar del ponto,
en la cuerda y el bronce refulgente.
Así al *ideo por la abierta boca
tiró del carro en lucidora pica,
y le dejó á bruces caer: el alma
en la caída abandonara á Téstor.
Luego Patroclo en medio la cabeza
á Erilao, que rápido venía,
una piedra lanzó. Partióle entera
la testa, so la válida celada.
De rostro vino á tierra y derramóse
en torno de él la muerte, de las almas
desgarradora. Y tras de él Erimante,
á Anfótero, y Epaltes y Tlepólemo,
vástago de Damástor, á Equio y Piris,
á Ifeo, Evipo, á Polimelo Argida:
todos en hacinada muchedumbre
tendió en la nutridora y alma tierra.
Cuando vió Sarpedón caer los suyos,
hombres sin fuerte ceñidor ni peto,
y sucumbir á manos de Patroclo;
gritó, vituperando á los de Licia,
gente rival de númenes: "¡Qué afrenta!
*licios!, ¿á dónde huís? Volveos hora
fuertes, veloces; que yo iré á hacer frente
á este campeón: saber quién es deseo
el que está destrozando á los Ilienses;
que las rodillas desató á cien héroes."
Dijo, y saltó del plaustro en tierra armado.
Aquél le vió, saltó, corrió á su encuentro.
Como en peñón altísimo dos buitres,
de corva garra y encorvado pico,
estridentes chillando se acometen;
tal ellos se embistieron clamorosos.
Los vió y de entrambos apiadóse el hijo
del fraguador de tramas: el Saturnio,
y de esta suerte habló á la esposa hermana;

"¡Ay me, si á Sarpedón, mi predilecto,
postra la parca á manos de Patroclo!
Mi corazón, en sus afanes, duda:
si luego le arrebato á la lid flébil
y llévole á la lauta *licia tierra,
ó si á Patroclo dejo que le mate."
Y Juno augusta, del mirar excelso:
"Jove espantable, ¿qué palabra has dicho?
Á un mortal hombre, tiempo há destinado
á perecer, ¿tú arrebatar pretendes
á muerte retumbante,[a] dolorosa?
Haz. Empero, no todas las deidades
aplaudimos tu obrar. Y yo te digo;
tú imprímelo en la mente: si retornas
á Sarpedón vivo del campo, advierte
que salvar de la lid encarnizada
querrá también á un vástago querido
alguno de los otros dioses. Pugnan
en redor de la gran ciudad *priamea
hijos muchos de dioses inmortales;
que contra ti en furor se inflamarían.
Mas, si tú le amas, si por él se angustia
tu corazón, deja que caiga á manos
del de Menecio en batallar tenace.
Y cuando el alma y vida le abandonen,
manda que á la anchurosa *licia tierra
la Muerte y blando Sueño le conduzcan.
Allí levantaránle los hermanos
y cognados, en fúnebre homenaje,
un monumento y sepulcral columna.
Tales son de los muertos los honores."
Dijo. No desoyó su voz el padre
de mortales y númenes. En honra
del hijo amado, derramó en la tierra
de lo alto gotas de rocío cruento;
del hijo en honra, quien caer debía
lejano de la patria, derribado
en Ilión, la glebosa, por Patroclo.

a Alusión á la caída de los muertos en el campo.

Cuando en su curso entrambos se juntaron,
hiriera el Menecida á Trasimedes,
del ductor Sarpedón socio preclaro,
hermoso. Hirióle en el extremo vientre;
y resolvió sus miembros. Luego el bote
errara Sarpedón del claro dardo,
contra Patroclo dirigido. El bronce
en el lomo derecho se clavara
del lateral bridón. En grave estruendo,
al expirar, bramó y cayó en el polvo;
y de él voló la vida. Los trotones
entre sí separáronse y saltaron;
crujiera el yugo; los tirantes todos,
caído el bridón Pédaso, enredáronse.
El ínclito lancero Automedonte
ambos corceles aquietar lograra.
Tiró del ancho hierro, que del cinto,
á par del muslo válido, llevaba;
saltó y cortó no en vano la atadura
de Pédaso. Cediendo á los tirantes,
enderezáronse los dos bridones.
Á lid mortal tornaron los aurigas
de nuevo. Sarpedón erró á Patroclo.
Por sobre el hombro izquierdo, sin tocarle,
voló la punta del fulgente dardo.
Luego asestó el *argivo con el bronce;
que de su mano en balde no partiera.
El arma penetró donde el diafragma
por el fornido corazón se extiende.
Y en tierra dió, como la encina, el pobo,
ó el alto pino derribado cae,
para naval madero en medio el monte,
á la segur de artífice afilada.
Tal ante los bridones, ante el carro
cayó tendido Sarpedón en tierra,
asiendo dentellante el cruento polvo.
Como salta el león en la vacada,
y en medio de las reses, las tardías;
mata un toro brillante, soberbioso,
que brama y muere en los leoninos dientes;

así á Patroclo sucumbió con furia
el ductor de los *licios broquelados;
y gritó moribundo al caro socio:
“Amigo Glauco, luchador insigne
entre los luchadores, sé lancero
y lidiador intrépido, que es hora
fuerza lo seas; grande fuerza; aguarda
hora, si eres veloz, si armipotente,
de la lid los horrores. Ve doquiera
y alienta á los caudillos de la Licia,
porque de Sarpedón en torno pugnen.
Luego tú mismo en derredor batalla
de mí también con bronce. Yo tu afrenta
y tu baldón seré toda la vida,
si tras de haber caído entre las naves,
de las armas despójanme los Dánaos.
Sé fuerte, y á lidiar esfuerza á todos.”
Decía, y ojos y nariz velóle
la postrera tiniebla de la muerte.
Corrió y el calcañar puesto en su pecho,
Patroclo fué la pica retirando
del cuerpo, y el diafragma juntamente.
Á un tiempo extrajo el alma y de la lanza
la punta. Ansiosa de escapar, ya suelta
la *sarpedonia biga y anhelando
fogosa, sujetáronla los suyos.
Al escuchar de Sarpedón las voces,
congoja atroz se apoderó de Glauco;
el corazón se le agitó, impotente
de combatir. El brazo con la mano
se estrechó: torturábale la herida
que Teucro, de su pueblo rebatiendo
la perdición, hiciera desde lo alto
del muro con su flecha á él que venía
con ímpetu. Rogó al flechero Apolo:
“Óyeme, ó rey, ahora en Licia opima
estés, ora en Ilión: de dondequiera
oir tú al hombre atribulado puedes;
que me tiene cercado la presura:
sufro esta cruel herida; el brazo todo

agudos me traspasan los tormentos;
la sangre no restaña, grave el hombro
por el dolor está; blandir no acierto
la lanza ni marchar á la contienda.
Ha sucumbido el adalid excelso:
Sarpedón, vástago de Jove. Al hijo
éste no defendió. Tú, empero, sana
esta llaga terrible; tú mitiga
el padecer; da fuerza, porque llame
y aliente á la batalla á los de Licia,
y yo mismo en redor defienda al muerto."
Así clamó rogando, y escuchóle
el rutilante Febo: calmó al punto
sus dolores; secó en la grave herida
el negro cruor, y le infundió pujanza.
Dentro del alma conocióle Glauco,
y se alegró de haber oído presto
su orar el grande dios. Partió sin mora,
doquier los *licios jefes excitando
á la lid y defensa del caído.
Y encaminóse en medio de los Teucros.
Á grandes pasos fué; fué al Pantoída
Polidamante, y Agenor lustroso,
á Eneas y Héctor, el en bronce armado:
y á par de él dijo esta palabra alada:
"Del todo olvidas hoy á tus aliados,
ó Héctor; los que, de hogar y patria lejos,
dieron por ti la vida. Y tú no quieres
en su arrimo acudir. Sarpedón yace,
el ductor de los *licios broquelados;
el hombre que baluarte fué á su patria
por la justicia y fuerza. Doblególe
al astado Patroclo el éneo Marte.
Amigos, acorredle y en el alma
sentid el deshonor de que al cadáver,
de su armadura despojando, insulten
los *mirmidones, por vengar los *dánaos
cuantos á nuestras lanzas sucumbieron
á par de los navíos voladores."
Lo dijo. De los Dárdanos sonrojo

se enseñoreó profundo, vivo, inmenso;
porque él, el extranjero, de Dardania,
se alzaba antemural, encabezando,
noble adalid, copiosa muchedumbre.
Con furia los de Ilión á los Helenos
en pos de Héctor, airado congojoso
por Sarpedón, lanzáronse. Los Dánaos
encendió el pecho rudo de Patroclo;
y á los Ayaces, ya fogosos, dijo:
"Hora buscad, Ayaces, la batalla,
fuertes, cual siempre, ó más, en el combate.
Yace quien asaltó primero el muro
de los Aquivos: Sarpedón. Si de armas
sus hombros despojáramos y al cuerpo,
arrebatando, hiciéramos ultraje
y á alguno de los socios que le amparan
postráramos con bronce despiadado!..."
Dijo á los que anhelaban ya la pugna.
En uno y otro bando, sus falanges
reforzaron los Teucros y los *licios;
y los de Mirmidonia, los de Acaya.
Y el cadáver ciñeron del caído,
entre hórrido gritar de la batalla.
Alto fragor sonó de armadas gentes.
Sobre la lid reñida tendió Jove
infausta sombra, porque aciaga ardiese
en torno al hijo amado la refriega.
Los Dárdanos batieron luego á luego
á los Aquivos, de vivaces ojos.
Y un hombre, no el más ruín de Mirmidonia,
herido fuera: Epeges fulguroso,
de Agacles, el magnánimo, progenie.
Aquél en otros tiempos imperara
en Budeo risueña. Empero, muerto
á manos de él un válido cognado,
asilo halló á la sombra de Peleo
y Tetis, la de plantas argentinas.
Ellos le enviaron junto con Aquiles,
de las falanges rompedor, á Troya,
la de bellos bridones, á la guerra.

En el instante de tocar al muerto
Epeges, por el fúlgido Priamida
á piedra en la cabeza fuera herido:
partióse en dos la testa, y con la testa
el fornido morrión. Sobre el cadáver
se desplomó de bruces, y en su torno
la muerte se vertió desgarradora.
De ira y pesar por el caído socio
Patroclo se turbó, y lanzóse recto
por entre las falanges delanteras.
Cual el milano rápido, de grajos
en pos y de estorninos, que espantara;
así derecho fuíste entre los *licios,
cabalgador Patroclo, y los Ilienses,
tu corazón airado por el muerto:
de una pedradada la cerviz rompiste
y uno y otro tendón á Estenelao,
prole cara de Itémenes. Cedieran
á ti los próceres y el fúlgido Héctor.
Cuanto vuela arrojada á toda fuerza
pica luenga, en la liza ó la batalla,
por hombre á quien rodean matadores;
tanto retrocedieron, reprimidas
por los Helenos, las falanges *teucras.
El ductor de los *licios broquelados,
Glauco, el primero se volvió: oprimiera
á Baticles magnánimo, prosapia
amada de Calcón y esclarecida,
entre los *mirmidones, por su suerte
y sus riquezas; morador de la Hélada.
Al seguirle Baticles muy de cerca
el alcance, volvióse de repente
Glauco, para en mitad del pecho el asta
clavarle. Aquél cayó con bronco estruendo.
De honda aflicción y furia poseídos
se sintieron los Dánaos por el héroe.
En torno á su cadáver se estrecharon,
corriendo alborozados, los de Troya.
La *aquiva gente, sin perder su brío,
los embistió. De entre los de armas fuertes

arrebató Meríones al hijo
de Onétor: á Laógono animoso,
que, del *ideo Jove sacerdote,
era honrado en el pueblo como un numen.
Le hirió so la quijada, so la oreja.
El alma de sus miembros escapóse,
y tinieblas medrosas le cogieron.
Tiró á Meríones el éneo dardo
Eneas; esperaba herir: venía
bajo su escudo el *dánao. Mas aqueste
delante sí mirando, vitó el bronce;
pues inclinó la faz; á espaldas suyas
en la tierra se hincó la luenga lanza,
se estremeció el astil; pero quitóle
luego la fuerza el poderoso Marte.[a]
Enfurecióse Eneas y tal dijo:
"Meríones, buen saltarín, mi pica
al punto y para siempre te dejara
inmóvil, si tocarte consiguiese."
El astero Meríones repuso:
"Eneas, bien que bravo tú, es empresa
la altivez dominar de cuantos hombres
te contrastan: mortal también naciste.
Y si certero yo con dardo agudo
te alcanzase, tú, intrépido, y ufano
de fuerza, me darías pronto gloria,
y al auriga ínclito Plutón el alma."
Lo dijo. Le increpó la viril prole
de Menecio: "Meríones, ¿tal hablas
tú, con ser adalid? Ó caro amigo,
no con injurias dejarán al muerto;
antes á alguno cubrirá la tierra.
de la lid la fortuna está en el brazo;
en la palabra está la de la junta.
Así ¡no más hablar, sino á las armas!"
Diciéndolo fué, y fué el hombre divino.

---

a Siguen los versos espurios: "y la pica de Eneas vibrada fué bajo de tierra, después que inútilmeute saltó de la fuerte mano."

Al modo que en la hondura de la sierra
el hachear de leñadores hombres
resuena, y repercute en lontananza,
así, de la ancha tierra, abierta al hombre,
estrépito se alzó de bronce y pieles
y bovinos escudos bien forjados;
alzóse, al descargar de las cuchillas
y lanzas de dos filos. Ya ninguno,
ni el más amigo, á Sarpedón fulgente
reconociera: tanto estaba lleno,
desde la coronilla hasta las plantas,
todo entero, de dardos, sangre y polvo.
Rondaran el cadáver; cual las moscas,
de los ordeñaderos en contorno,
por la majada, en primavera zumban.
Tal aquéllos cercaban al caído.
Empero Jove no apartara un punto
de la gran pugna los lucientes ojos.
Fijamente mirábala, pensando
y revolviendo atento cómo muerte
dar á Patroclo: si en la fiera lucha
mandar que le matara el fúlgido Héctor
y del hombro las armas le robara,
luego y á par de Sarpedón divino;
ó si acrecer á muchos las fatigas.
Lo revolviera; y el mejor arbitrio
le pareció que el socio esclarecido
de Aquiles rechazara á Ilión de nuevo
los Teucros y al Priamida, en bronce armado,
arrebatando el alma á muchos hombres.
Comenzó por menguar los bríos de Héctor;
quien fugitivo retornó á su carro,
y las espaldas dar mandó los suyos:
la sagrada balanza conocía
del Saturnio. Los *licios denodados
la faz tornaran á la fuga todos,
cuando á su rey, el corazón herido,
vieron yacer entre hacinados muertos,
víctimas de la cruda lid, por Jove
en tirantez armada. De los hombros

á Sarpedón aquéllos arrancaron
luego las éneas, fulgurantes armas.
Diólas el hijo fuerte de Menecio
á los amigos, que á las anchas naos
las llevaran.—El Padre fulminante,
empero, entonces tal á Apolo dijo:
"Parte veloz, y limpia, caro Febo,
el negro cruor á Sarpedón. Del campo
muy lejos sácale. En fluviales ondas
lávalo, y unge en ambrosía y viste
con inmortales vestiduras. Dicta
después á entrambos rápidos ductores,
gemelos, impetuosos: Sueño y Muerte,
que raudos le conduzcan y depongan
en la tierra feraz del ancha Licia.
Allí levantaránle los hermanos
y cognados, en fúnebre homenaje,
un monumento y sepulcral columna.
Tales son de los muertos los honores."
Dijo. No desoyó Febo del Padre
la voz. Bajó de las *ideas cumbres
al rudo batallar. De entre los dardos
al claro Sarpedón alzó sin mora.
Muy lejos le llevó, y lavó del río
en las ondas; ungióle en ambrosía,
y le vistió con inmortales vestes,
y le entregó á los rápidos ductores,
medios, arrebatados: Sueño y Muerte,
que prestos le llevaran, depusieran
en la tierra feraz de la ancha Licia.
En pos corrió de Teucros y de *licios
Patroclo, á sus aurigas animando
y á Automedonte: y trastornóse su alma.
¡Necio! Si del Pelida obedeciera,
la voz, vitara de la negra muerte
á la funesta parca. Mas de Jove
siempre el consejo al de los hombres vence.[a]

a Siguen los versos espurios: "y quien también al hombre fuerte ahuyenta y le quita la victoria fácilmente, y quien, él mismo, le anima á combatir."

Jove entonces también le inflamó el alma.
¿Á quién luego primero, á quién postrero,
mataste allí, Patroclo, de los dioses
llamado á sucumbir?—Arrebatara
á Adrasto y Autonoo, Equeclo, Périmo,
de Megas prole; Epístor, Melanipo;
á Élaso, y á Mulio y á Pilartes.
Los mató, y todos los demás huyeron.
Y aquel día los hijos de los Dánaos
á Ilión, de erguidas puertas, conquistaran,
de Patroclo al empuje:—tanto estrago
doquier en torno hacía con el asta—;
si el claro Febo su morir no urdiera,
desde el hermoso alcázar, do amparaba
los Dárdanos. Aquél subió tres veces
por el pilar de la muralla excelsa:
de ella tres veces le arrojara Apolo,
rebatiendo con manos inmortales
el centellante escudo de Patroclo.
Cual numen la embistiera por vez cuarta,
cuando el Flechero en voz aterradora
gritóle esta palabra alada: "¡Cede!
Patroclo, vástago de Jove: el sino
arrasar no permite bajo tu arma
la ciudad de los Teucros belicosos;
ni bajo la de Aquiles, quien te eclipsa!"
Dijo; y Patroclo, por vitar la furia
del Flechador, retrocedió á lo lejos.
Héctor detuvo en las *esceas puertas
los volantes bridones: reflejara
si retornar con ellos á la lucha
entre la multitud; ó si los pueblos
mandar á la muralla se acogiesen.
Tal ponderaba, cuando Febo rútilo
se le acercó, símil á un hombre joven,
belígero: Asio, de Héctor gran auriga,
cognado, de Hécuba carnal hermano,
y prole de Dimante; quien en Frigia
moraba, del Sangario en las riberas.—
Á él semejante, habló de Jove el hijo:

Héctor, ¿porqué rehuyes la batalla?
No te honra tal. ¡Oh si, cuanto te cedo
te aventajase en fuerza! Tú en mal hora
al punto de la guerra te apartaras.
Pero contra Patroclo ya dirige
los bridones, de casco poderoso,
por si le matas y te ensalza Febo."
Así al decir, tornó al crudo combate
el dios. Héctor espléndido mandara
al válido Cebríones la biga
aguijar y lanzar á la contienda.
Apolo fué, y se hundió en la muchedumbre;
estrechó grandemente á los de Acaya
y gloria concedió á los Teucros y Héctor.
Éste no hería á los demás Aquivos;
dejábalos, y guiaba al Menecida
los corceles, de callos poderosos.
Aquél lo vió y saltó del carro en tierra.
Con la siniestra mano cogió el asta;
con la diestra una peña blanca, aguda;
que apenas abarcó. Afirmó las plantas,
y la arrojó. No voló lejos ella
de Héctor, ni se perdió; que hirió á Cebríones,
de Príamo glorioso nota prole,
su auriga, que el rendaje gobernara.
Le hirió en la frente, con la piedra aguda;
la que, tras de romperle entrambas cejas,
ni pudo ser del hueso detenida:
en tierra, en medio el polvo, le cayeron
rectos delante de los piés los ojos.
Y de la bella fábrica del carro
se despeñó, como se tumba el buzo.
Huyó la alma los huesos. Baldonástele,
cabalgador Patroclo, en estas voces:
"¡Hola! qüé hombre más ágil! cuál se tira
rápido de cabeza! Si se diera
al piscífero ponto el hombre aqueste
y se precipitara de la nave,
aun entre la procela, en busca de ostras;
hartara á muchos: tan veloz del carro

hora á la tierra se arrojó de bruces.
Á fe que buzos hay también en Troya."
  Diciéndolo, se fué al héroe Cebríones
con arrebato de león que asuela
los establos; do el pecho se le hiere,
do víctima de su osadía cae.
Tal sobre el muerto te arrojaste en furia,
Patroclo. Héctor saltó á su vez del plaustro
en tierra. Del cadáver en contorno
y por él combatieron; cual dos leones,
de hambre acosados, en las cumbres altas
furiosos lidian por matada cierva.
Tal, de Cebríones en torno, ansiosos
de traspasarse con el bronce crudo
los dos de la batalla voceadores:
Patroclo y Héctor fúlgido, pugnaban.
Éste cogió del muerto la cabeza,
y no soltó: cogió los piés el otro.
Y los pueblos con ímpetu estrelláronse.
Al modo que reluchan euro y noto,
del monte en la hondonada, do sacuden
la espesa silva de hayas, y de fresnos
y cornejos altivos, que se cruzan,
con luengas ramas, en fragor tronante;—
se tronchan y rebomban fragorosos—;
así ambas gentes, al terror y fuga
ajenas, embistiéronse veloces.
se clavaron en torno de Cebríones
en la tierra mil dardos afilados,
mil flechas despedidas voladoras;
y mil enormes piedras los paveses
de los allí lidiantes percutieron.
Y él tendido yacía, grande, ingente,
de polvo entre los densos torbellinos,
ya de regir bridones olvidado.
  Mientras el sol se alzaba por los cielos,
volaron de ambas huestes heridores
los dardos; y los pueblos sucumbían.
Mas cuando declinara hacia el ocaso,
prevalecieron, á pesar de Jove,

los Dánaos y de en medio de los tiros
y grita belicosa de los Teucros,
al muerto campeón arrebataron;
de los hombros quitáronle las armas;
y arremetió á los Dárdanos furioso
Patroclo. Símil al violento Marte,
en temeroso son, arremetiólos
tres veces, y tres veces nueve *teucros
mató. É igual á un dios, se abalanzaba
por cuarta vez.—Entonces, ó Patroclo,
el término llegóse de tu vida.
Por entre los estragos de las armas,
en contra tuya aterrador fué Apolo.—
Al dios no vió venir por el tumulto:
se adelantaba envuelto en densa niebla;
detrás de él se detuvo y de la mano
con la palma golpeóle las espaldas
en medio de los hombros anchurosos.
Del campeón turbóse la mirada;[a]
su mente se ofuscó; se desataron
de todo en todo sus brillantes miembros.
Atónito quedóse. Y por la espalda,
cercano de él, le hiriera entre hombro y hombro
con bronce agudo un *dárdano guerrero:
Euforbo Pantoída; que en la azcona
en medio á sus iguales rutilara,
y en el regir bridones, y en el carro
y en las robustas y veloces plantas.
Entonces, alardeando de aguerrido,

---

a Siguen los versos espurios: "Y á él de la cabeza le arrojó la celada el luminoso Apolo; la cual, rodando, hizo ruído bajo los piés de los caballos, la celada, de cimera; y lás crines se mancillaron con la sangre y las nubes de polvo. Antes no era por cierto dable que el yelmo, de crin de caballo, se manchase con la polvareda, sino que defendía la cabeza y graciosa frente del hombre divino, Aquiles. Pero entonces Júpiter dió á Héctor llevarlo en su cabeza; mas estaba cerca de él la muerte. Empero á él se le quebró en la manos toda la pesada, grande, fuerte, armada (de bronce) lanza, de larga sombra. Y desde los hombros con la correa, fué cayendo el escudo hasta llegar al suelo. Y le desató el peto el caudillo, hijo de Jove, Apolo."

postró veinte hombres con su carro en tierra.—
Éste te disparó el primero un dardo,
cabalgador Patroclo; empero, muerte
no te dió, y retornó y corrió á mezclarse
con la turba. [a]—Del numen y del dardo
golpeado el Menecida, hasta su hueste
retrocedió en presencia de la parca.
Cuando Héctor vió al magnánimo Patroclo
ceder herido con agudo bronce,
á él se acercó por entre las falanges
y abajo hundióle en el ijar la lanza.
Lo traspasó: cayó con rauco estrépito;
é inundó de congoja al pueblo *grayo.
Como el león derriba en la contienda
al incansable jabalí;—entrambos
de la montaña en las alturas fieros,
al rededor de manantial escaso,
do ambos beber anhelan, se conflagran;
á la potencia del león sucumbe
aquél entre profundos estertores—;
tal Héctor vino y arrancó en la lanza
el alma al valeroso Menecida,
de cien guerreros postrador. Dió voces
y ufano dijo esta palabra alada:
"Patroclo, por ventura pensarías
derruír nuestra ciudad, y en los navíos
llevar al suelo de la patria amado
á las del libre día despojadas
*ilíacas mujeres. ¡Necio! De Héctor
los rápidos bridones á batalla
por ellas van fogosos. En la pica
á los Teucros armíferos excedo,
por de ellas apartar la vida esclava.
Y á ti te comerán aquí los buitres.
¡Pobre de ti! No te acorrió el Pelida,
con ser tan fuerte. Él se quedó, y premioso,

---

[a] Siguen los versos espurios: "arrebatando de la piel el dardo fresnal, y no afrontó á Patroclo en la batalla, con estar éste desnudo" (desarmado).

cuando vinieras tú, te alentaría:
"Á los bajeles cóncavos no tornes,
cabalgador Patroclo, antes que de Héctor,
el matador Priamida, al pecho en torno
la ensangrentada túnica desgarres!"
Tal te diría y dementara tu ánima."
Y en voz desfallecida respondiste,
Patroclo cabalgante: "En ufanía
hora alborózate, Héctor, que te dieron
Jove Saturnio y Febo la victoria;
quien á mí me postraron.[a] Si veinte hombres,
cual tú, me hicieran rostro, todos luego
cayeran por mi frámea derribados.
La impia fortuna, el hijo de Latona
hanme postrado; Euforbo, entre los hombres,
y tú, el tercero. Aquesto yo te digo;
tú grábalo en la mente: mucho tiempo
tampoco tú ya vivirás. La muerte
y la violenta parca están vecinas,
y á par de ti; que caerás á manos
del Eacida Aquiles intachable."
Diciéndolo, las últimas tinieblas
mortales le velaron. De los miembros
volóle el alma y descendió al profundo,
llorando su desgracia y de la fuerza
y de la juventud la flor perdida.
Ya muerto estaba, cuando el fúlgido Héctor
aun le dijo: "Patroclo, ¿qué me auguras
muerte inminente y cruel? ¿Quién saber puede
si el vástago de Tetis, bella en trenzas,
no cae y deja el alma so mi pica?"
Así al decir, fué y afirmó en el muerto
el calcañar, y la broncínea lanza
retiró de la herida y el cadáver
volvió de espaldas, por sacar el dardo.
Á Automedonte, igual á las deidades,

---

a Sigue el verso espurio: "fácilmente; pues ellos de los hombros me quitaron las armas."

del corredor Aquiles compañero,
voló, de herirle ansioso, con la azcona.
Mas llevó de la lid aquél la biga,
la volante, inmortal, la por los dioses
dada, en presente nítido á Peleo.

CANTO XVII.

Timbres de Menelao.

La muerte de Patroclo á manos *teucras
no se ocultó al Atrida Menelao,
caro á Mavorte. Y traspasó la fila
de los campeones, en chispeante bronce
armado. Fué al cadáver y rondólo,
como ronda al becerro, entre mugidos,
al maternal afán no acostumbrada,
la vaca primeriza congojosa.
Tal de Patroclo en derredor andaba
el blondo Menelao. Prevenidas
la lanza y la rodela de primores,
ansiaba por matar á quien del muerto
cerca viniese. No olvidó su dardo
el Pantoída astero, ante el cadáver
del intachable Menecida. Vino;
á par de él se detuvo y voces tales
dió al de Mavorte predilecto Atrida:
"Ó Menelao, vástago de Jove,
caudillo de los pueblos, retrocede;
al muerto deja y sus despojos cruentos.
De los Ilienses é ínclitos aliados
ninguno antes que yo alcanzó en el fuego
de la lid á Patroclo con la lanza.
Así, deja me cubra yo de gloria
entre los Dárdanos. De no, dispárote,

y la vida melífera te arranco."
Y ardiendo en ira Menelao blondo:
"Ó padre Jove, la soberbia ufana
no es bella, no. Ni el pardo tanto empuje
muestra, ni el león, ni el jabalí sangriento,
feroz, de pecho indómito, gallardo;
cuanto en sus pensamientos se levantan
los sublimes lanceros Pantoídas.
Del cabalgante Hiperenor el brío
me befó, me retó, llamóme un hora
de los Aquivos el peor guerrero.
Y á fe que se tronchó su edad florida;
á fe que por sus plantas no volviera
de la dilecta esposa regocijo,
de los amantes padres alegría.
Así también disolveré tu fuerza,
si me arrostrares. Oye: retrograda
hasta la muchedumbre, y no me esperes;
porque la desventura no te coja.
Escarmienta hasta el necio en testa propia."
Dijo. Le desoyó y repuso el *teucro:
"Ahora, Atrida, sangre del Saturnio,
de ti al hermano mío que mataste,
yo despiadado vengaré, y las voces,
con que alardoso parlas que á la esposa
has en viudez sumido, y á los padres
en lloro eterno. Á la aflicción yo fuera
de los tristes solaz, cabeza y armas
tuyas poniendo en manos de Pantoo
y de la clara Frontis. Mas de cierto
no tardará ya en ser de nuestro brazo
tentada, decidida la fortuna,
ya sea próspera, ya adversa sea."
Diciéndolo, el broquel rotundo, bello,
atacó; el bronce resistió; la pica
se le dobló en la válida rodela.
Orando á Jove, su alabesa luego
calara Menelao contra Euforbo.
Éste retrocediera, cuando el bronce
en la garganta le clavó el Atrida;

y lo empujó en pesada y firme mano,
de parte á parte, por el tierno cuello,
hasta asomar por la cerviz el filo:
con bronco estruendo derrumbóse en tierra
y en torno de él sus armas rebombaron.
Sus cabellos, hermosos, cual de gracias,
y los rizos en oro recogidos
y argento, se empaparon en su sangre.
El vástago de oliva, que, plantado
del labrador en soledad campestre,
do brota el agua en abundosa vena,
frondoso crece con vigor opimo;—
blandas le orean de doquier las auras;
cuajado está y gravado en albas flores;
mas subitánea tempestad rabiosa
destróncalo, derríbalo por tierra—;
así al lancero Pantoída Euforbo
matara, desarmara Menelao.
Como cuando el león de las montañas,
soberbio ufano, la res más hermosa
rebata en la pradera á la vacada;—
le frange la cerviz, por do la coge,
desgárrala con dientes rigurosos;
devora el cruor y las entrañas todas;
ladran perros; pastores gritan, claman
de lejos en contorno estrepitosos;
nadie le cierra: tiemblan, palidecen—;
así en el pecho de ningún *troyano
el alma osó contra el glorioso Atrida
pelear. Quien llevara fácilmente
la armadura de Euforbo renombrada,
si, enfurecido el rutilante Febo
con él y semejando un hombre: Mentes,
caudillo de los *cícones, en armas
á Héctor, igual á Marte veloz, fiero,
no alzara en contra suya. El dios le dijo
esta palabra plúmea, sonorosa:
"Héctor, ¿qué corres hora desalado
tras lo imposible: los del fuerte Aquiles
bridones? Sólo con afán otro hombre

sino el Pelida, vástago de diosa,
domar y uncirlos puede. Y entretanto
el belicoso Agamenón que escuda
el cuerpo de Patroclo, ha derribado
á Euforbo Pantoída, gloria *teucra."
Decía, y al afán de la batalla
tornara el dios. Inenarrables cuitas
á Héctor el triste corazón nublaron.
Acechó por los haces y vió luego
á aquél cómo las armas perilustres
robábale; miró yacer al otro,
y cuál sangrara por la abierta herida.
Y atravesó la delantera hueste
en clamor alto y en radioso bronce,
como *vulcania flama inextinguible.
No desoyó su vocear agudo
el de Atreo. Doliérase y hablara
dentro su ánima excelsa de esta suerte:
"¡Ay me! si dejo la armadura bella
y á Patroclo, que yace aquí de mi honra
víctima, los Aquivos, que me miran
se habrán de airar conmigo. Y si afrontare,
por temor yo de afrenta, solitario
á Héctor y los de Ilión, verme recelo
de multitud cercado: sus falanges
contra mí lanzará el de yelmo fúlgido.—
Mas ¿qué me agita así mi alma cuitada?
Cuando, á despecho de fortuna, intenta
el hombre contrastar á quien de un numen
es ensalzado, viene cruel congoja
sobre él, rodando. Así, ningún *aquivo
quiera vituperarme, si al Priamida
me ve ceder: un dios por él pelea.
¡Si al voceador de los combates: Áyax,
yo descubrir pudiese en parte alguna!
Ambos á dos lidiáramos ardientes,
de nuevo, aun contra un dios, por si el cadáver
salváramos del campo para Aquiles.
Solaz aqueste á los pesares fuera."
Mientras tal revolvía dentro el alma

y el corazón, llegóse, conducida
de Héctor, la hueste *dárdana. El *aquivo
retrogradó y el cuerpo de Patroclo
dejó, la faz volviendo muchas veces;
cual guedejoso león, á quien ahuyentan
del establo con picas y algazara
los canes y los hombres;—se le hiela
dentro del pecho el corazón fogoso;
deja mal de su grado la majada—.
Así cedió del muerto el blondo Atrida.
Viniendo de los suyos á la turba,
detúvose, volvióse y al grande Áyax,
de Telamón, buscó por dondequiera
con los ojos; y al punto descubrióle
cómo animaba y encendía al pueblo,
de la batalla toda á la siniestra:
terror les infundía el claro Apolo.
Corriera hasta Áyax el de Atreo y díjole:
"Ó caro Telamonio, ven: ligeros
al caído Patroclo defendamos,
por llevar al Pelida el cuerpo nudó;
le desarmó el de yelmo centellante."
Dijo, y el alma del intrépido Áyax
levantó; quien pasó por los campeones.
Con él fué el blondo Atrida. Despojado
Patroclo de sus armas primorosas,
Héctor, á dividirle de los hombros,
con el cortante bronce, la cabeza,
le arrastró; ansiaba, tras tirar del cuerpo,
á los *ilienses canes arrojarlo.
Áyax, cubierto de pavés cual torre,
á par de él vino. De los suyos Héctor
retrocedió á la turba; saltó al carro
y dió las bellas armas, porque á Troya,
para su gloria excelsa, las llevasen.
Áyax cubría en ancho escudo al muerto;
y en torno de él andaba; cual se pone
el león ante sus débiles cachorros;—
llévalos por la selva, y de repente
encuentra en su camino cazadores;

soberbio, arrogantísimo, se yergue
y el ceño frunce, hasta velar los ojos—.
Así al campeón Patroclo Áyax rondara.
Cabe él paróse, de amargura henchido
el pecho, Menelao, caro á Marte.
Glauco, de Hipóloco, ductor de Licia,
torvo miró al Priamida y acre dijo:
“Héctor, grande en belleza, grande no eres
en bizarría. Á fe que te levanta
á ti, hombre fúgido, la gloria en vano.
Mira cómo salvar tú con los pueblos
sólos de Ilión, sus muros y su gente;
que no ha de combatir con los Helenos,
por la ciudad, ningún guerrero *licio.
En incesante batallar eterno,
sin galardón alguno contendimos.
¿Qué hombre pequeño habrás tú, fiero, crudo,
de salvar en la lid? tú que dejaste
que Sarpedón, á un tiempo aliado y socio,
en botín se tornase y en ludibrio
de los Aqueos; él, que en vida fuera
tu antemural y antemural de Troya?
Hora de él no osas alejar los perros.
Por donde, si hoy los *licios me obedecen,
de retornar habremos á la patria,
y muerte y ruína surgirá ante Troya.
Si á los Ilienses animase el fuego
de la guerra, cual cumple á quien pelea
por la patria esforzado, arrastraríamos
pronto hasta Ilión el cuerpo de Patroclo.
Y si á través del campo se le lleva,
de Príamo ductor al ancho alcázar,
rescataráse la armadura pulcra
de Sarpedón, y á la ciudad su cuerpo
conduciremos; que el caído es socio
del que, rey de falange embestidora,
campa en la armada *helena preexcelso.
Mas tú á medir las armas no te arrestas
con Áyax, el magnánimo, los ojos
en las escuadras enemigas fijos,

firme la planta; véncete él en fuerza."
Miróle torvo el de morrión chispeante:
"Glauco, ¿tal hablas, con audacia tanta,
siendo quien eres? ¡Ay de mí! creía
que tú en prudencia á los de Licia fértil
todos te adelantabas. Las tus voces:
que yo al terrífico Áyax no hago rostro,
por tu alma inspírame desdén profundo.
No me aterró jamás, no, la batalla,
ni del bridón el sonoroso casco.
Mas el consejo del tonante Jove
al mortal siempre excede; él amedrenta
hasta al valiente; le retira el triunfo:
azora, quita, sin afán; y luego
infunde al pusilánime firmeza.
Mas á mi lado ven, ó caro amigo,
empresas á mirar: si, cual tú dices,
yo estoy el día entero sin coraje;
ó si algún *dánao, cuán pugnaz él sea,
por mí se aparta de Patroclo muerto.
Lo dijo, y clamoreó en voz resonante:
"Troyanos, Licios, Dárdanos fogosos,
ó amigos, sed varones y acordaos
del bélico furor, mientras las armas
del intachable Aquiles primorosas
me visto: la armadura, que, matando
la fuerza de Patroclo, yo ganara."
Así gritaba y de la ardiente lucha
el yelmirrútilo Héctor alejárase;
y tras los suyos, que hacia Ilión llevaran
el claro arnés del hijo de Peleo,
corrió con impetuosa, veloz planta.
Y á breve trecho y en momentos breves
los alcanzó. Y allí mudó las armas,
lejano del combate lacrimoso.
Para llevar á la sagrada Troya,
las suyas dió á belígeros *ilienses;
y él se vistió las del Pelida Aquiles:
las inmortales, que á su caro padre
los celestiales númenes donaran.—

Él las galardonó, ya anciano, al hijo.
No envejeciera, empero, aqueste en ellas.
Jove, cumulador de negras nubes,
le vió del divinal Pelida en armas
de lejos, y moviendo la cabeza,
dijera tal consigo dentro el alma:
"¡Ay mísero! no piensas en la muerte,
que cerca está de ti. Del hombre excelso,
ante el cual también otros se estremecen,
las armas inmortales has cogido,
al compañero rudo y blando de ánima
le has muerto y desarmádole la testa
y hombros, no según ley. Mas gloria grande
hora te añadiré, ya que, á tu vuelta,
las del Pelida esclarecidas armas
no te desvestirá en Ilión Andrómaca."
Dijo. Inclinó las tenebrosas cejas
y armó el arnés al cuerpo del Priamida;
en quien hundióse Marte belicoso,
el amedrentador. En poderío
vigorosos sus miembros rebosaran.
Con gran clamor fué á los aliados ínclitos.
Y á los ojos de todos rutilante
con la armadura del sublime Aquiles,
cual él, apareció. Corrió, y á Mestles,
á Glauco, y á Medonte, y á Tersíloco,
á Asteropeo encorajó, á Disénor,
á Hipótoo, y á Forcis, Cromio y Énnomo,
el augur: todos ellos animara,
en alígeras voces, á la lucha:
"Oídme, muchedumbres incontables
de aliados íncolas en torno á Troya:
no por buscar ó por faltarme gentes
os llamé aquí desde los muros vuestros
y á todos congregué; mas porque fueseis
prontos amparadores en Dardania
de las esposas y la prole tierna,
en contra de los Dánaos aguerridos.
Así, en tributos y en anona agoto
la vida de mis súbditos y acrezco

la de vosotros todos. Id, por tanto,
al enemigo rectos: á la muerte
ó salvación: tal es la ley del campo.
Quien hacia los de Ilión cabalgadores
el ya nudo cadáver de Patroclo
arrastre y á la prole *telamonia
repela—los trofeos de la guerra
promediaré con él, con él la gloria."
Dijo. Y á los Aquivos embistieron,
calada la azagaya, los Ilienses,
ansiosos de quitar al Telamonio
los despojos mortales y arrastrarlos.
¡Necios!: á muchos mataría en torno.
Y Áyax al voceador de las batallas:
"Ó amigo, ó Menelao, *jovia sangre:
no tanto temo por aquél, que pronto
los perros y aves hartará de Troya,
cuanto por mi cabeza y por la tuya.
Lo cubre todo bélica tormenta:
Héctor; la ruína ante nosotros surge.
Mas ya los héroes, por si vienen, llama."
Dijo. Su voz no despreció el Atrida,
del campo voceador; y á los Helenos
clamó con recio sonoroso grito:
"Ó amigos *dánaos, ó ductores, reyes
que á par de Agamenón y Menelao,
los de Atreo, bebéis del pueblo el vino,
acaudilláis las gentes y por Jove
colmados todos sois de honor, de gloria:
tarea es ardua para mí los jefes
en torno descubrir uno por uno:
tan vehemente se inflamó la lucha.
Venid hora, si os place, y dentro el alma
confundaos de ver cómo Patroclo
será juguete de los perros *teucros."
Dijo. Y al punto le escuchó el Oilida:
Áyax veloz. Enfrente de él, corriendo
por entre el choque de las armas, vino;
y en pos, Idomeneo con su socio:
Meríones, igual á Marte cruento,

armífero. De cuantos la contienda
tras ellos encendieron ¿quién los nombres
decir dentro el espíritu pudiera?
En muchedumbre estrecha los Ilienses
de Héctor acaudillados, se arrojaran.
Cual en la ría del raudal de Jove
la túrgida ola de la mar se estrella,
brama, y las playas ásperas retumban;
así estruendosos los Dardanios iban.
Concordes los Aqueos circundaban,
de rodelas broncíneas erizados,
al de Menecio. Derramó el Saturnio
por sobre los lucíferos morriones
densa calígine. Jamás odiara
al Menecida, mientras fué de Aquiles
el socio: condolíase de verle
ahora botín de los *dardanios canes.
Así, excitó los suyos á ampararlo.
Primero los Troyanos del cadáver
á los Aquivos ojifulgurosos
alejaron; quien pávidos cedieran.
Mas los de Ilión, con su altiveza toda,
deseosos de alanzar, no arrebataran
ninguno de los Dánaos; sólo al muerto.
Éstos de él apartados estarían
un espacio brevísimo; volviólos
sin mora, el Telamonio, grande en cuerpo
y en hechos grande entre los Dánaos todos,
después del adalid sin tacha, Aquiles.
Rompió á través de la primera fila,
símil en brío al jabalí que perros
dispersa y fuertes hombres fácilmente,
cuando vuelve del monte en la hondonada
y en medio de ellos rápido se arroja.
Así de Telamón brillante el hijo:
Ayax radioso, se volvió y al punto
disipó las *ilíacas falanges;
que á Patroclo cercaban, anhelosas
de arrastrarle á Dardania prefulgentes.
Luego Hipotoo, lúcida progenie

del *pelásgico Leto, de la planta,
á través de la lucha enardecida,
tiróle, los tendones en correa
por el tobillo atados, de la gracia
de Héctor y de los Dárdanos ganoso.
Pero ya le viniera la desdicha;
que ninguno, por más que lo deseara,
podría detener: el Telamonio
saltó por entre el ármico conflicto;
se aproximó y en la visera hirióle
broncínea; se rasgó el morrión crinado,
en derredor del asta y de su punta,
por el gran dardo y recia palma roto:
sanguinosos saltaron de la herida,
por el astil corriéndose, los sesos.
Su fuerza disolvióse y de las manos
dejó caer la planta de Patroclo,
el magnánimo, en tierra y cabe el muerto
cayó de bruces, lejos de Larisa,
la glebosa; y á los amados padres
no pagó los desvelos: so la lanza
del alto Áyax tronchóse en flor su vida.
Tiró al de Telamón su tersa azcona
Héctor. Mas él, que le miraba recto,
declinó un punto la broncínea lanza;
que hiriera á Esquedio, de Ífito animoso,
y campeón de los *focenses magno;
que rey de pueblo innúmero en Panopo,
la célebre, morara: abrióle el pecho
en mitad, á raíz de la garganta;
el bronce lo enclavó hasta á flor del hombro:
con bronco estrépito por tierra vino
y en torno de él sus armas resonaron.
Áyax á Forcis, brioso Fenopida,
que el cadáver guardara de Hipotoo,
la cóncava coraza en medio al vientre
y las entrañas le rajó en el bronce.
Cayó de cara el *dárdano entre el polvo
y asió, al caer, la tierra con las palmas.
Ciaron los próceres; ció el fúlgido Héctor.

Estridentes vocearon los de Acaya,
arrastraron á Forcis é Hipotoo,
muertos, y desvistiéranles las armas.
Y á punto contempláronse los Teucros
de tornar, estrechados, pusilánimes
á Ilión, y los Argivos de ceñirse
gloria en su propio empuje y ardimiento,
á despecho de Jove. Mas á Eneas
Apolo mismo aliento dió, en figura
del Epitida Perifante, heraldo;
que á fuer de tal, envejeciera, adicto
y amante, en casa del anciano Anquises.
Á él símil dijo, el de Saturnio, Febo:
"Eneas, ¿cómo propugnar osarais,
á pesar de los dioses, la alta Troya?
Cual yo lo viera hacer á otros varones,
ufanos de poder, y valentía,
y brío, y multitud de pueblo intrépido?
¡Y mucho más que á los Helenos Jove
á nosotros deséanos el triunfo!
Y así muertos treméis, lejos del campo!"
Dijo, y Eneas á la faz miróle;
reconoció al flechero Apolo y dijo
en resonantes voces al Priamida:
"Ó Héctor, ó jefes todos de los Frigios
y aliados, ¡qué ignominia, si tornamos
á Dardania cobardes, oprimidos
por los Helenos, de Mavorte amados!
Á más, un numen, que á mi lado vino,
díjome que el Saturnio soberano,
preexcelso, nos vale en la batalla.
Así ¡sus á los Dánaos! que á los leños
con el muerto Patroclo en paz no lleguen!"
Dijo; y delante la primera fila,
lejos, saltó y paróse. Á los Acayos,
volviéndose, los suyos recibieron;
y al hijo de Arisbante y socio noble
de Licomedes: Leócrito, alanzara
Eneas. Del caído el compañero,
caro á Mavorte, se apiadó: llegóse,

desembrazó la fulgurosa pica,
y á través del diafragma rompió el hígado
al Hipasida Apisaón, de pueblos
pastor: y fué parando las rodillas
á quien desde la Peonia, de anchas glebas,
vino, el primer campeón entre los suyos,
después de Asteropeo belicoso.
Quien se compadeció de su fortuna.
De él vengador, lanzóse á los Aquivos.
En vano se lanzó; que, presentados
broqueles y astas, rodeaban ellos
en erizado círculo el cadáver.
Áyax á torno de Patroclo andaba
é imperioso animábalos doquiera
á que ninguno se moviese un palmo,
ni por sobresalir se adelantara;
que todos en redor, allí peleando,
en apiñada lid, se contuvieran.
Tal Áyax, el terrífico, mandaba.
En cruor purpúreo se empapó la tierra
y Teucros, y auxiliares prepotentes
y Aquivos derrumbábanse hacinados:
no poca sangre les costaba á todos.
Mas á éstos mucha menos, pues que, siempre
en el tumulto á la defensa mutua
atentos, evitaban cruenta muerte.
Así el conflicto, como fuego, ardía.
Y si alumbraba el sol, ó si la luna,
no era dable decir, do, batallando,
al muerto Menecida circundaban
los héroes: envolvíanlos tinieblas.
Pero los otros Dárdanos y Helenos
grebigallardos combatían libres,
bajo del éter límpido: ardorosa
del sol la claridad se derramaba;
ninguna nube en la llanura toda
veíase surgir, ni por los montes.
Tal vez de la contienda reposaban,
muy lejos de los dardos plañideros.
Pero entre sombras é impiedoso bronce,

rudamente pugnaban agobiados
todos los próceres.—Dos hombres sólos:
Trasimedes y Antíloco fulgentes,
la muerte de Patroclo, el intachable,
no supieran; teníanle por vivo
y combatiente, envuelto en las escuadras
de los Teucros confusas, delanteras.
Solícitos vitando de los suyos
la perdición y fuga, combatían
en lontananza. Tal mandóles Néstor,
cuando los encendiera y arrojara,
de los negros navíos, á la lucha.
El día entero alzóse la batalla
reñida grave. Y sin cesar un punto,
por la fatiga y el sudor, mancháronse
rodillas, suras, plantas, manos, ojos,
de cuantos por el socio esclarecido
del corredor Pelida contendieran.
Como un hombre la piel de un grueso toro
impregnada en aceite, da á los suyos,
para estirar;—la cogen; de ella tiran
muchos en círculo; la piel dilátase;
humores evapora; de óleo embébese—:
tal, en espacio parvo, unos y otros,
de aquí, de allí, tiraban del cadáver,
ansiosos, ciertos, de arrastrarle todos:
á Ilión, los Teucros; á las anchas naos,
los Dánaos. Levantóse en torno suyo
feroz batalla. Si la viera Marte,
agitador del pueblo, si Minerva,
ya que el alma furor les perturbase,
á fe no la miraran malcontentos.
Así aquel día en rededor del muerto
con tarea mortífera, el Saturnio
abrumara varones y corceles.
Aun ignoraba el esplendente Aquiles
que cayera Patroclo: muy lejanos
de las veleras naves combatían,
bajo el muro de Ilión. Por esto su alma
no le juzgaba muerto, sino salvo;

juzgaba que, venido en su embestida
hasta las puertas, tornaría pronto.
Que no deseaba, no, se derribase,
ni sin él, ni con él la ciudad *ilia;
pues le intimó en secreto muchas veces
su madre tal. Mas nunca, al revelarle
de Jove soberano el pensamiento,
nunciárale la desventura hadada:
el sucumbir de su más caro amigo.
En contorno del muerto, rectas siempre
las afiladas picas, se mataban
en furibundo embate, los guerreros.
Decíanse los Dánaos, de éneas vestes:
"Ó amigos, timbre nuestro no sería
retornar á los cóncavos bajeles.
¡Á todos tráguenos la negra tierra
antes aquí!: mejor fuera mil veces
que dejar á los Teucros cabalgantes
hacia Dardania el cuerpo de Patroclo
arrastrar y de gloria coronarse."
Y á su vez los magnánimos Ilienses:
"Ó amigos, bien que en torno al muerto todos
tengamos que caer, caigamos todos."
Así, alentándose, dijera el pueblo:
así luchaban, y fragor tronante,
al éter solitario remontábase,
y más allá: al eterno firmamento.
Lejos de la batalla los corceles
del Pelida, al sentir que en medio el polvo
Héctor mortífero postró al auriga,
gimieron. Y en verdad que Automedonte,
Diorida valeroso, fatigábase,
ora aguijándolos en golpes raudos
del látigo; ora, en voces lisonjeras;
ya, en súplicas. Volver á los navíos,
hacia el vasto Helesponto, no querían,
ni ir á la lucha de la *aquiva hueste;
mas como sobre el túmulo de un hombre
ó mujer se alza inmóvil la columna;
así ante el carro primoroso inmotos

se estaban, abatidas las cervices
al suelo rígidas; en él vertían,
por añoranza del caudillo, lágrimas,
entre gemidos, cálidas, corrientes.
Y la florida crin, por los collares
en tierra deslizando, se manchaba.
Sus frémitos á Jove lastimaron;
la cabeza movió y habló consigo:
"¡Guay, malaventurados! á Peleo,
soberano mortal, ¿porqué os daríamos,
siendo de eterna juventud vosotros?
¿Para sufrir con seres sin ventura?
¡Que nada hay, no, de cuanto alienta, arrastra,
por la tierra, más mísero que el hombre!
Empero á fe que vuestro hermoso carro
Héctor no ascenderá: yo se lo estorbo.
¿O no es bastante que esas armas tenga
y que tanto se ufane? Yo pujanza
en las rodillas vuestras y en el pecho
infundiré, porque á los anchos barcos
salvos llevéis también á Automedonte,
desde la lid; que todavía gloria
daré yo de matanza á los Dardanios;
hasta que á las de remos ricas naos
lleguen armíferos, el sol se oculte
y se levanten las tinieblas sacras."
Diciéndolo, vertió viva bravura
en las alfanas. De la crin el polvo
á tierra sacudieron, y veloces
en medio de ambas huestes arrastraron
el plaustro rápido. Rompió por ellas
en la impetuosa biga Automedonte,
flébil, cual por el muerto socio estaba;
voló como á los ánsares el buitre.
Ya alígero cedía ante el tumulto
de las *troyanas armas; ora, alado,
á través de densísimas falanges,
el alcance siguiendo, se arrojaba;
mas sin matar: no le era dable, yendo
sólo como iba en el sagrado plaustro,

blandir la lanza y sofrenar á un tiempo
los volantes corceles. Por fin viólo
un compañero: Alcimedonte, prole
de Laerces Hemonida. Fué y detúvose
detrás del carro y tal habló al auriga:
" Automedonte, ¿quién de las deidades
mal te inspiró y turbó la clara mente?
que hora á través de los *ilienses próceres
en el tumulto pugnes solitario,
muerto tu compañero, y en los hombros
de Héctor ufano las *eacidas armas?"
Y el vástago de Diores contestárale:
" Alcimedonte, ¿cuál de los Aquivos
en domar y regir inmortal biga
te iguala, sino el hombre que en prudencia
era como los númenes: Patroclo,
mientras vivió? Mas hora muerte y parca
le han alcanzado.—Tú, pues, coge el látigo
y tersas bridas; yo desciendo y lidio."
Dijo: y Alcimedonte subió raudo
al carro bélico y asió el azote
y los tirantes. Y bajó del plaustro
Automedonte. Viólo el fúlgido Héctor.
Fué presto al Anquisiada y tal gritóle:
" Ó Eneas, ó caudillo de los Teucros,
en bronce armados: veo cuál parece
entre la lid, allí, con ruínes guías,
la biga del de alada planta: Aquiles.
Quizá, si tú lo ansías, cogerémosla.
¡Ánimo, sus!, y emprenderán la fuga."
Dijo. Su voz el Anquisiada noble
no desoyó. Se abalanzaron rectos,
con broqueles de piel bovina, firme,
árida y por doquier guarnida en bronce,
encubiertos los hombros. Fué con ellos
Cromio, fué Areto, símil á los dioses.
Á entrambos suspirábales el alma
por, tras matar las guías, apropiarse
los de cerviz indómita bridones.
¡Estólidos! quería su fortuna

que desde Automedonte no volvieran
sin cruor. Al Padre aqueste oró, y coraje
su nubiloso corazón llenara:
al compañero leal habló sin mora:
"Alcimedonte, no refrenes lejos
de mí la biga; por mi espalda aliente.
Creo no detendrá sus bríos Héctor,
antes que, tras matarnos á nosotros,
los caballos de crin hermosa monte
y las falanges de la Hélada disperse;
ó él mismo caiga en la primera fila."
Dijo, y á los Ayaces y al de Atreo:
"Ayaces, reyes de la *aquea gente,
y Menelao, circuíd al muerto,
los que prohombres sois, y defendedle;
de él apartad las enemigas líneas
y de los que vivimos, la cruel hora;
que allá, á través de la luctuosa pugna,
vienen precipitándose el Priamida
y Eneas: los campeones de Dardania.
Mas todo en las rodillas de los divos[a]
consiste. Tiraré. Jove disponga."
Dijo, rodeó, lanzó la luenga pica
é hirió de Areto la gentil rodela.
No se detuvo el bronce; traspasóla
y por el cinto se envasó en su vientre.
Como, cuando un varón robusto vibra
la hacha filosa y al novillo rompe
tras de los cuernos, la cerviz entera;—
da un grande recto salto el toro y cae—;
así saltó adelante aquél y luego
cayó de espaldas. La girada azcona
cortó veloz, aguda sus entrañas
y disolvió sus miembros. El Priamida
á Automedonte la radiosa lanza
soltó. Pero venir la vió el *heleno:
se inclinó y la vitó; el enorme dardo
por sobre su cabeza fué y clavóse

a Depende de ellos.

en tierra. El astil todo retemblara;
mas luego de él voló la fuerza bélica.
Y hora se acometieran á cuchilla
furentes, si, volando por la turba,
del socio á la llamada, los Ayaces
no parecieran. Pávidos cediéronles
Héctor, Eneas y el divino Cromio.
Y allí tendido, el corazón deshecho [a],
á Areto abandonaron. Desarmóle
Automedonte, igual á Marte raudo,
aterrador, y tal clamó soberbio:
"¡Hola! mi pecho está aliviado un tanto
del pesar por la muerte de Patroclo;
bien que éste que maté no es sino un mísero."
Diciéndolo, el despojo cruento trajo
y púsolo en el carro. Al que se alzara,
tintos de arriba [b] en sangre piés y manos;
como león, tras devorar á un toro.
En torno al Menecida reinflamóse
encarnizada, fiera, lacrimosa,
la batalla: atizábala Minerva.[c]
Cual por el cielo á los mortales tiende
Jove iris róseo, présago de guerra,
ó de borrasca gélida, que para
faenas rústicas, que daña greyes;
así, velándose en purpúrea nube,
entre el tumulto de las armas *dánaas,
la dea, á guerrear todos los hombres
animando, ocultábase. El de Atreo
vástago: Menelao valeroso,
por ella enardecido fué el primero.
Á él Palas se acercó, símil á Fénix,
en figura y en voz sonante, y dijo:
"Mengua será, será deshonra tuya,
ó Menelao, si del claro Aquiles

---

a Muerto.

b El cuerpo entero.

c Siguen los versos espurios: "habiendo bajado desde el cielo; pues la envió Júpiter, de voz anchurosa, á levantar los Dánaos; porque la mente de él había cambiado."

al compañero fiel bajo los muros
de Ilión arrastran los veloces perros.
Sé fuerte; envalentona al pueblo todo."
Y el grande voceador de la batalla:
"Fénix, ó anciano caro, venerable,
¡oh si me diera valentía Palas!
si el golpe de los dardos apartase
de mí! cómo acorriera yo á Patroclo!
Su muerte el corazón me ha desgarrado.
Mas á Héctor la violencia aterradora
del fuego agita. Él sin descanso mata;
que lustre le concede el de Saturno."
Dijo, y la diosa de fulgentes ojos:
Minerva, se alegró, porque primero
á ella rogó que á las demás deidades:
empuje dió á sus hombros y rodillas,
y dentro el pecho le vertió la audacia
del cénzalo, que torna, aunque le espante
una y cien veces de su piel el hombre;—
en ella fijo, pica: el cruor le embriaga—;
de tanto esfuerzo la deidad hinchióle
el corazón umbrío. Fué el Atrida
al muerto y disparó su terso dardo.
Entre los Ilios rico y animoso,
de entre la plebe el hombre más honrado
por Héctor, fuera Podes Eecionida,
amigo *hectóreo y comensal dilecto.
Éste se alzaba á huír cuando la pica
del blondo Menelao por enmedio
le hirió del ceñidor: cayó en son bronco.
Arrastró su cadáver el Atrida
de so los Frigios á la hueste suya.
Mas al de Príamo acercóse Febo
á enardecerle, semejando Fénope
Asiada, morador de Abidos, á Héctor
de los huéspedes todos el más caro:[a]
"Héctor, ¿quién ante ti de los Aqueos

---

a Sigue el verso espurio: "Á él semejante, díjole Apolo, el tirador lejano."

ya temblará, temblando fugitivo
tú ante el Atrida, que cobarde astero
fué siempre, y quien ahora solitario
de en medio de los Teucros alza y lleva
el muerto, tras matarte al fiel amigo:
al Eecionida Podes, héroe de héroes?"
Dijo: sombría nube de tristeza
á Héctor cubrió; el que en luciente bronce
por la falange delantera anduvo.
Y Jove alzó el broquel borloso, fúlgido:
lobregueció desde la cumbre el Ida:
relampagueó, tronó tronidos hórridos;
y vibró la égida: dió la victoria
á la Dardania, consternó los Dánaos."
La fuga abriera el *beocio Peneleo:
se adelantaba audaz, cuando del hombro
el hueso le rasó quien sobre él vino:
Polidamante. Hirió á raíz la mano
Héctor á Leito, de Alectrión sublime:
paró sus bríos: se alejó tembloso
aquél entre mirada vagarosa;
sin ya pensar en picas ni en *troyanos.
Á Héctor, mientras con Leito arremetía,
llagara Idomeneo, por la cota,
do la mamila; el regatón quebróse
del luengo astil: los Dárdanos gritaran.
Enhiesto sobre el carro Idomeneo,
de Deucalión, le disparó su lanza
Héctor; ella desvióse sólo un punto
y al compañero auriga de Meríones:
Cérano, hirió; quien de la bella Licto
con él á Ilión viniera.—Idomeneo
las voladoras naos dejó infante;
infante batallaba. Y aquel día
diera victoria espléndida á los Teucros,
si antes no le trajera presuroso
Cérano los penígeros corceles,
viniendo lumbre de él en hora aciaga
y salvador, para exhalar su espíritu
á manos de Héctor, rayo de la guerra—.

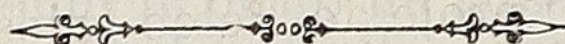
So la mandíbula y oreja el asta
le hundió; la punta le voló los dientes
y traspasada le cortó la lengua:
del carro despeñóse y el rendaje
dejó caer á tierra. Recogiólo,
alzándolo del polvo en tristes manos,
Meríones, y tal á Idomeneo:
"Los corceles aguija, hasta las naos
tocar veleras: tú también alcanzas
que abandonó á los Dánaos la victoria."
Dijo; y á los navíos anchurosos
hostigó Idomeneo los bridones,
de hermosa crin: le dominara el miedo.
Que á los Ilienses concedía Jove
de la jornada el prez no lo ignoraba
el brioso Telamonio ni el Atrida
y tal á hablar rompiera Áyax, el grande:
"¡Ay de nosotros! nadie, ni el más necio
no ve que á los de Ilión Saturnio mismo
propugna: hiere cuanto dardo lanzan,
sea menguado el tirador, ó fuerte:
él endereza los disparos todos.
Todos los nuestros vanos son y caen.
Mas ¡ea! ya ingeniémonos solertes
cómo nosotros defender al muerto,
y para los amigos de armas caros
regocijo tornar; quienes ahora
acá talvez tristes los ojos vuelven,
pensando que nosotros, ya el embate
de Héctor é invicta, matadora mano
á sufrir impotentes, perecemos
en los negros bajeles.—¡Oh, si hubiera
quien amigo, al Pelida sin tardanza
—creo no sabe de la flébil nueva—
nunciase que cayó su caro socio.
Mas en ninguna parte á tal *acayo
ver puedo: envueltos hombres y corceles
en tinieblas están. Ó padre-Jove,
de so la nube salva tú los Dánaos!
Mátanos á la luz, ya que nos matas!"

Dijo. Dolióse de su lloro el Padre:
rasgó la noche; disipó la niebla;
rutiló el sol; claró doquier el campo.
Y Áyax al voceador de las batallas:
"Mira, hora, Atrida, vástago de Jove,
si de Néstor magnánimo el retoño:
Antíloco, ves vivo todavía.
Mándale vuele y diga al bravo Aquiles
que sucumbió su predilecto amigo."
Dijo. No desoyera su mandado
del campo el voceador: y retiróse,
cual león, que perros y hombres atacando
la noche entera fatigó;—vedáronle
arrebatar de vacas la grosura;
recto arrojábase, ávido de carne,
en infructuoso afán; que dardos ciento
contra él volaban de robustas manos
y haces de leña ardientes, que le espantan
por rábido que esté; la aurora apunta
y con penoso pecho se retira—.
Así muy mal su grado de Patroclo
se fué alejando el voceador Atrida.
Temblaba de que presa le dejaran
del enemigo, pávidos los Dánaos,
tremiendo cual estaban. Y á Meríones
y á los Ayaces suplicante dijo:
"Ó Ayaces, jefes del *argivo pueblo
y tú Meríones, vosotros hora
rememorad el ánimo benigno
del triste Menecida, que benévolo
á todos fué, mientras vivió.—La parca
por él hoy ha venido desastrosa."
Así al clamar, el blondo Atrida fuése,
clavando en toda parte la mirada,
cual águila que, es fama, mira aguda
más que las aves de los cielos todas;
aunque sublime el éter la suspenda,
no se le oculta la ligera liebre
so las espesas frondas escondida;
sobre ella cae, cógela, desgárrala—.

Tal Menelao, vástago de Jove,
volvíanse tus ojos esplendentes
entonces á doquier entre las turbas
de Acaya innúmeras, buscando al hijo
de Néstor, por si aún vivía salvo.—
Sin mora vióle en el siniestro lado
de la batalla toda: cómo aliento
y bríos de pugnar daba á los suyos.
Á él se acercó el Atrida blondo y dijo:
"Antíloco, ven, vástago de Jove,
oye la que ojalá jamás tuviéramos
infausta nueva.—Ya también tú mismo
habrás, mirando al campo, me parece,
notado que una mole de congoja
un inmortal contra los Dánaos rueda,
y triunfo á los de Ilión.—Ha sucumbido
de los Helenos el campeón: Patroclo.
Pérdida inmensa llora el pueblo *aqueo.
Mas corre tú veloz á los navíos
y núncialo al Pelida, porque lleve
de enmedio del combate hasta la armada
presurosísimo el cadáver nudo:
tiene el de yelmo rútilo sus armas."
Dijo; y Antíloco le oyó tembloso;
le hirió larga mudez; la voz potente
en su garganta se anudó; llenáronse
de lágrimas sus ojos. El mandato,
empero, no olvidó del rey. Lanzóse,
entregando las armas á Laódoco:
su compañero bélico intachable,
que á par de él guiaba la volante biga.
Lloroso desde el campo le llevaron
sus piés á Aquiles con la triste nueva.
Cuando partió, deseábanle dolientes
los agobiados pueblos *pilios todos.
Pero ampararlos no sufrió tu pecho,
ó Menelao, vástago de Jove.—
Dejárales al claro Trasimedes,
y él al campeón Patroclo retornara.
Voló y veloz á los Ayaces dijo:

“Aquél mandé por las volantes naos
al corredor Aquiles. Quien ahora
no ha de venir, por ciego que de furia
esté contra Héctor lúcido: sin armas
batallar con los Dárdanos no puede.
Pensemos, pues, el más seguro arbitrio
para escudar al muerto y del tumulto
ilesos escapar nosotros mismos.”
Y el grande Telamonio respondióle:
“Todo bien dicho está, glorioso Atrida.
Mas, tú y Meríones, id presurosos
y de entre la batalla alzad del suelo
al muerto. Las espaldas os guardamos
nosotros dos, del mismo nombre y alma,
juntos siempre lidiando recias lides.”
Díjolo; y grande alzaran refornidos
desde la tierra en palmas el cadáver.
Á sus espaldas el *troyano pueblo,
al ver que levantaban á Patroclo,
gritó feroz y se arrojó sobre ellos;
al modo que, á monteros juveniles
adelantándose, los perros saltan
sobre el herido jabalí;—anhelosos
de destrozarlo, corren y le siguen;
mas, cuando entre ellos válido se vuelve
y arremete arrogante, retrogradan,
y trépidos acá y allá se fugan—.
No de otra suerte las falanges *teucras
sin cesar el alcance les seguían,
vibrando espadas y astas de dos filos.
Pero, al volverse y detener la planta,
en ellos fijo el rostro los Ayaces,
la color de los Dárdanos perdida,
nadie cerrar osaba en torno al muerto.
Así del campo á los bajeles hondos
llevaran el cadáver esforzados.
Y atroz se enardecía la batalla;
bien como subitáneo prende el fuego;
populosa ciudad recorre, abrasa;—
las casas en la hoguera esplendorosa

desapareciendo van: el torbellino
sobre ella brama del furioso viento—;
tal, mientras iban, resonó incesante
tras ellos el fragor de bigas y astas.
Y cual dos mulos de lozana fuerza,
una trabe ó naval ingente leño,
por áspera vereda, desde el monte
arrastran;—su pujanza desfallece,
por el trabajo y el sudor marchita—;
así llevaran con afán al muerto.
Guardábanles la espalda los Ayaces;
cual detiene el montículo selvoso
que profundo se interna en la llanura,
las ondas de los ríos más violentos
asoladoras;—todas las desvía
veloz al llano; ríe sus furores—.
Tal los Ayaces hacia atrás lanzaban
á los de Ilión, que, acometientes siempre,
seguíanlos; Eneas el de Anquises,
ante todos, y el rútilo Priamida.
Cual de estorninos y de grajos pasa
la nube;—chillan hórridos: asoma
el halcón, matador de parvas aves—;
tal fúgidos, con grita estrepitosa,
el coraje olvidado, los Aquivos
del Anquisiada y Héctor alejábanse.
En torno al foso muchas bellas armas
caían de los Dánaos fugitivos;
y á la batalla no se dió reposo.



CANTO XVIII.

Fábrica de Armas.

A la manera de encendidas flamas
pugnaban ambos pueblos, cuando vino
nuncio veloz Antíloco al Pelida.
Delante los navíos enastados [a]
le halló. Lo que hecho estaba, aquél decía
triste entre sí á su corazón magnánimo:
"¡Ay me! ¿qué van de nuevo los Helenos,
de hermosa cabellera, enteleridos,
deshechos por el llano á los bajeles?
¿No será que la mente de los dioses
me envíe los que un día me nunciara
mi madre, lamentosos infortunios,
cuando me dijo que vería al héroe
de Mirmidonia, á manos de los Teucros,
salir por siempre de la luz del mundo?
Seguro es que el valiente Menecida
pereció. ¡El temerario! De la armada
apartar le mandé el fuego vorace
y á ella volver y no chocar con Héctor."
Mientras su corazón tal revolvía
y su alma, el hijo del eximio Néstor
avecinóse, en lágrimas quemantes
bañado, y le nunció la flébil nueva:
"¡Ay dolor! prole de Peleo brioso,
te traigo—ojalá nunca la trajera—
nueva de llanto: sucumbió Patroclo;
por su cadáver nudo todos lidian;
llevó sus armas el de yelmo fúlgido!"
Dijo; y sombrío nublo de congoja

---

[a] De alta punta proal y popel.

á Aquiles envolvió. Con ambas manos
por su cabeza y por su faz hermosa
fuliginoso polvo fué esparciendo,
hasta afearla, hasta cubrir en torno
su bella veste de negral ceniza.
En tierra se arrojó; tendióse grande;
desgreñó en tristes manos su cabello.
Las de Aquiles ganadas y Patroclo
siervas, partido el corazón, gritaron,
y por la puerta en torno al fuerte Aquiles
acorrieron, hiriéndose á puñadas
los pechos todas, lánguidos los miembros.
Y Antíloco le asiera sollozante
las manos, pues temía que, oprimido
su noble corazón, se traspasase
con férreo cuchillo la garganta.
Gimió con grito aterrador Aquiles.
Oyólo la que mora en los abismos
del piélago cabe el anciano padre,
progenitora excelsa. Lo escuchara
y sollozó. Agrupáronse en su torno
cuantas Nereidas el profundo habitan.[a]
De quienes íntegro llenóse el antro,
de albor argénteo. Todas juntamente
el pecho se golpearan. Gimió Tetis:
"Oíd, hermanas; escuchad, Nereidas;
entended todas cuánto pena mi alma.
¡Ay me! triste de mí! guay que yo madre
soy desdichada del más ínclito hijo!
madre de un hijo grande, incomparado,
sublime entre los héroes. Creció grácil,
creció lozano, cual retoño arbóreo.

---

[a] Siguen los versos espurios: "Allí estaban Glauca, y Talía, y Cimódoce, y Nasaya, y Espeo, y Toa, y Halia, de taurinos ojos, y Cimótoe, y Actea, y Limnorea, y Mélita, y Yera, y Anfítoe, y Agava, y Doto, y Proto, y Ferusa, y Dinámene, y Dexámene, y Anfínome, y Calianira, y Doris, y Pánope, y la celebérrima Galatea, y Nemertes, y Apseudes, y Calianasa; y allí estaban Clímene, y Yanira, y Yanasa, y Mera, y Oritia, de bellas trenzas, y Amatea, y las demás Nereidas que están en las profundidades del mar."

Le crié con el esmero que se cría
un vástago plantado en suelo opimo.
Y en combas naos le mandé á Dardanía,
porque contra los Teucros batallase.
De donde retornar nunca he de verle
ni acoger de Peleo en la morada.
Mientras el sol le brille de la vida,
no cesará el sufrir. Ni yo valerle
puedo. Mas voy por ver mi amada prole,
voy por oír qué cuíta le tortura;
ya que lejos está de las batallas."
Clamó, y salió de la espelunca. Fueran
con ella, lagrimantes las Nereidas:
del piélago el cristal en torno suyo
quebrábase; llegaron á las playas
de la glebosa Ilión; y unas tras otras
á ellas salieron, do se alzaban densas
las naves *mirmidonias incontables,
en derredor del rápido Pélida.
Entre el profundo suspirar del hijo,
aproximósele la augusta madre,
y con sollozo agudo la cabeza
le abrazó en voces flébiles, aladas:
"¿Qué lloras, hijo mío? qué congoja
te parte el corazón? Di, dilo todo.
¿Pues qué? no te ha cumplido por ventura
Jove cuanto, las manos á él alzadas,
le suplicaste: que doquier los Dánaos,
faltos de ti, oprimidos por los Teucros,
enmedio á la región popel sufrieran
bélicos deshonrosos contratiempos?"
Y en suspiro alto el corredor Aquiles:
"Cumpliómelo, ó mi madre, el del Olimpo.
Pero ¿de qué me sirve, si Patroclo,
mi amigo predilecto, á quien yo amaba,
cual á mi propia vida, ha sucumbido?
Héctor matóle y le quitó las armas,
armas pulcras, encanto de los ojos,
al corazón pavor; las que los dioses,
en don espléndido, á Peleo dieran,

él día que al amor de un mortal hombre
te condujeron. ¡Oh! si nunca el ponto,
de deas inmortales la morada,
dejaras! si Peleo entre los hombres
eligiera muger!—Tú también hora
dentro del corazón pena infinita
padecerás del hijo por la muerte:
quien no ha de retornar, tras de la guerra,
á tu regazo! Ni vivir ya mi alma
sufrirá ni habitar con los mortales
si no atravieso y mato con mi lanza
á Héctor, y de él me vengo y le despojo."
Y en lágrimas bañada dijo Tetis:
"Efímero será, si haces cual dices,
tu vivir, hijo mío: que tu muerte
luego tras de la de Héctor, está hadada."
Y en ira ardiendo, el corredor Aquiles:
"Al punto muera yo; pues que no pude
al amigo acorrer, que de la patria
cayó muy lejos, ni apartar su ruína!
Hora ni torno al caro natal suelo;
ni lumbre de la vida fuí á Patroclo,
ni á tantos otros, que del fúlgido Héctor
so la pica el espíritu rindieran;
sino que estoy sentado en mis navíos
inerte y de la tierra vano peso,
yo, en medio á los Aquivos, de armas éneas,
noble cual ningún otro en la batalla
—en la junta varones hay más grandes—.
¡Oh! si entre númenes y si entre humanos
la discordia muriera! si la furia,
usada á trastornar hasta los sabios,
é infiltrarse en el pecho de los hombres,
do muy más dulce que la miel gotea,
y luego sube cual fumante llama!
Así me enfureció de los guerreros
el rey Agamenón. Mas lo pasado,
bien que penoso fué, pasado sea!
El triste corazón dentro del pecho,
á la fuerza rendidos, reprimamos.

Hora de la cabeza predilecta
al matador Priamida yo me arrojo,
pronto á morir, cuando el Saturnio quiera,
cuando los otros númenes eternos.
Ni la pujanza de Hércules, amado
con grande amor del soberano Jove,
á la muerte se hurtó: le derribaron
la parca y el furor de la Saturnia.
Así también, si igual suerte me espera,
sucumbiré en el polvo. Pero gloria
he de ganar aún y hacer que *teucras,
y que *dardanias, de florido seno,
entre suspiros mil, con ambas manos,
se enjuguen las en lágrimas bañadas
tiernas mejillas. Y sabrán que mucho
mis armas reposaron. Tú amorosa
no me detengas: es afán perdido!"
    Y Tetis, diva de argentinas plantas:
"Verdad es, hijo mío, lo que dices.
No deshonra alejar funesto caso
de sobre acongojados compañeros.
Pero entre los de Ilión están tus armas,
armas bellas, broncíneas, centellantes;
Héctor mismo, el de yelmo fulguroso,
las viste ufano. Mas por largo tiempo
no las ostentará—yo lo predigo—;
que cerca de él la perdición ya viene.
Pero en marcial faena no te engolfes
antes de que me veas por tus ojos
aquí volver. Naciendo el sol, acudo
mañana yo con armas que Vulcano,
el rey, te habrá de fabricar hermosas."
    Asi diciendo, se volvió del hijo
hacia sus oceánicas hermanas:
"Vosotras en el seno dilatado
ahora del profundo sumergíos;
al anciano del mar id, al alcázar
de vuestro padre y nunciadle todo.
Yo al ancho Olimpo voy, voy á Vulcano,
artífice glorioso, por si quiere

para la prole mía fabricarme
armas centelladoras, admirandas."
Lo dijo. Aquéllas sin tardar se hundieron
del ponto so las ondas. Fué al Olimpo
la de argentinos piés, divina Tetis,
por claras armas para el hijo amado.
Llevábala su planta á las alturas.
En tanto con horrendo vocerío
ante el Priamida matador, los Dánaos
fugitivos llegaran á las naves
y al Helesponto. Ni librar pudieron
los de gentiles grebas al cadáver
del amigo de Aquiles: alcanzáronlos
el pueblo nuevamente, y los aurigas
y Héctor, violento, cual creciente llama.
Tres veces desde atrás cogió del muerto
las plantas el lúcifero Priamida,
con fuerte mano y grita animadora,
resonante, á los Teucros: otras tantas
del muerto le arrojaron los Ayaces,
de coraje impetuoso revestidos.
Y él, impertérrito, de fuerza ufano,
ora en medio al tumulto arremetía:
ora parábase, gritando horrísono;
jamás volvía, empero, las espaldas.
Al modo que los rústicos pastores
de su presa fugar en vano intentan
al león prepotente, deshambrido;
tal los armígeros Ayaces á Héctor
ahuyentar del cadáver no podían.
Y hora lo arrebatara en loor inmenso,
si Iris, de huella rauda huracanada,
á Jove y demás númenes oculta,
por Juno enviada, no bajara alígera
del Olimpo, al Pelida mensajera,
porque en guerra se armara. Avecinóse
y á par de él dijo esta palabra alada:
"¡Sus, Aquiles, hombre hórrido, cual nadie!
Á Patroclo defiende, pues que se alza
ante las naos pavorosa lucha.

Se matan entre sí: quién el cadáver
protegen; quién se empeñan vigorosos
por arrastrarlo á la ventosa Troya:
vence Héctor fúlgido, en ardor, á todos.
Clavar su testa en afilada estaca
ambiciona, cortando el cuello tierno.
Mas ¡ea! el ocio rompe ya, caudillo;
tiemble tu corazón de que Patroclo
á perros *teucros en festín se torne.
Del muerto la deshonra es mengua tuya."
Y el fulguroso alípede Pelida:
"Diva Iris, ¿de qué numen vienes nuncia?"
É Iris, de leve huracanada planta:
"Envíame la cónyuge gloriosa
de Jove: ignóralo Saturnio excelso;
lo ignoran las deidades inmortales,
cuantas habitan el nevoso Olimpo."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"¿Cómo ir á la batalla? Mi armadura
aquéllos tienen. Y mi cara madre
vedóme combatir, antes de verla
yo con mis ojos retornar: prométese
traer desde Vulcano hermosas armas.
Ni sé de quién vestir el arnés claro,
sino el escudo de Áyax Telamonio.
Mas él—lo espero—blandirá la lanza
entre los próceres, del muerto en torno."
Y la de planta, cual los raudos vientos:
"También nosotros, que tus armas nobles
han sido arrebatadas, bien sabemos.
Mas, aunque inerme, al foso ve y asómate
por si los Teucros en la lucha cejan
al contemplarte, trépidos, y pueden
respirar los Aquivos belicosos;
bien que el respiro momentáneo sea."
Dijo, y partió la de volante planta.
Y levantóse Aquiles, caro al Padre.
Le cubrió Palas los potentes hombros
con la égida, de borlas mil cercada;

de las divas el más florido numen [a]
en nimbo de oro le veló la frente,
y allí encendió deslumbradora llama.
Como de la ciudad al éter sube
el humo desde la ínsula lejana,
que asedia el enemigo;—aquéllos lidian
por sus hogares, en medrosa lucha,
el día entero; mas, el sol ya oculto,
arden teas y teas; se levanta
altísimo el fulgor; que, mensajero,
pida socorro á las vecinas islas—;
tal centellaba la *aquilea testa
al cielo etéreo. Traspasó el Pelida
la muralla; en los márgenes del foso,
lejos del pueblo, se detuvo, dócil
á la materna voz deprecatoria.
Allí clamó: clamó lejana Palas,
y tumulto indecible alzó en los Teucros.
Como cuando resuenan fragorosos
de los que asedian la ciudad feroces,
el vocear, y el clangor de las trompetas;
así estalló de aquél la hórrida grita.
Y el ánima alteróse de los Teucros,
al escuchar la voz de Aquiles énea;
y los bridones, de la crin hermosa,
desdichas presintiendo, se volvieron.
Del Pelida magnánimo en la testa
vieron lucir de Troya los aurigas
la inextinguible llama temerosa,
que el numen de ojos fúlgidos nutría;
y tremieron. Tres veces sobre el foso
gritó terrífico el rielante Aquiles:
tres veces los Dardanios retemblaron
y los aliados ínclitos. Cayeran
entre el espanto, por los propios carros
y lanzas muertos, doce campeones.
De entre los dardos retiraran plácidos
los de Hélada á Patroclo. Le pusieron

a La misma Palas.

en un lecho; do flébiles en torno
los caros compañeros se agruparon.
En medio de ellos fué el veloz Aquiles,
y contempló en el féretro cadáver
al fiel amigo, por aguda pica
destrozado, yacer; al que él mandara
con bridones y plaustro á la contienda,
para no verle ya tornar del campo.
Y entonces lágrimas lloró de fuego.
La augusta Juno, del mirar sublime,
enviara á las oceánicos corrientes
al incansable Sol; que mal su grado
se hundió. Y la gente *argólica radiosa
cesó en el combatir común, sangriento.
También los de Dardania suspendieran
el batallar atroz; y desuncieron
los rápidos bridones, y juntáronse;
y aun antes de cenar deliberaron:
fué la junta de pié; nadie en sentarse
pensó: todos tremían, porque Aquiles,
de la cruel lucha tanto tiempo lejos,
en ella nuevamente pareciera.
Les arengó primero el Pantoída,
sagaz Polidamante, el hombre sólo
que el porvenir miraba y el pasado.—
Amigo de Héctor era; ambos nacieron
en una misma noche, de las juntas
aquél, de las batallas éste gloria—.
Benévolo arengóles el divino:
"Todo, amigos, pensadlo, meditadlo:
es mi sentir que dentro de los muros,
no en la llanura, de las naos cerca,
á la aurora flamígera esperemos.
De la ciudad muy lejos acampamos.
Mientras este adalid airado estaba
con el fulgente Atrida, menos firmes
eran los Dánaos. Yo también gozoso,
con la esperanza de apresar las naos
rotundas, voladoras, á par de ellas
dormíame. Mas hoy al raudo Aquiles

tiemblo; que es demasiada su pujanza
para que la reprima, y se contenga
dentro de la llanura; do los Teucros
y Dánaos lides indecisas lidian.
Por la ciudad combatirá y las hembras.
Pero á los muros vamos; escuchadme.
Que tal sucederá, cual os lo digo.
La sacra noche al corredor detiene.
Si, cuando venga en carro aquí mañana
embestidor, nos encontrare, muchos
muy bien le habrán de conocer. Á Troya
la sagrada, contentos los que huyeren,
han de arribar; y pábulo de canes
y de buitres serán Dardanios ciento.
Si obedecéis, ya que dolor os cueste,
mis palabras, pasemos con la fuerza
de las tropas en la ágora esta noche.
Almenada ciudad, de erguidas puertas,
grandes, tersas, fortísimas, es Troya.
Antes que nazca el día, nuestras armas
cogidas, á las torres ascendamos.
¡Ay de él, si á la muralla se llegare
á recibirnos! Tornará en su biga
de indómita cerviz, cuando la canse
el girar vagaroso en torno á Troya.
Mas no le impelerá á salvar los muros
ni á Ilión derribará su valentía.
Antes devoraránle raudos perros."
Torvo el de rútilo morrión miróle:
"Despláceme tu voz, Polidamante,
que nos manda volver dentro los muros:
de estar por las almenas circuídos
¿aún no os hartáis? Nombraban algún día
doquiera por su afluencia de oro y bronce
á la ciudad *priamea los mortales.
Hora desparecieron los tesoros;
no hay ya en el *ilio hogar alhaja bella:
á Frigia van y á la riente Meonia
venales mil preseas, desque airado
está contra nosotros el gran Jove.

Y hoy que el retoño de Saturno artero
cerca de los bajeles me da gloria,
gloria de rebatir á los Helenos
hasta la mar; hoy ¡necio! no demuestres
á los pueblos dictamen tal; que nadie
lo ha de abrazar: no dejaré lo sigan.
Mas ¡ea! dóciles oídme todos:
aquí cenad en huestes divididos;
centinelas poned; cada cual vele.
Quien gravado se sienta y pesaroso
por las riquezas, en común banquete
derrámelas; prefiérase las gocen
éstos que no los Dánaos. Cuando raye
el alba, armémonos y cruda lucha
contra las naos cóncavas trabemos.
Y si es verdad que enmedio de ellas pugna
de nuevo Aquiles rútilo, más flébil
será del retornante la fortuna;
que yo en el campo fúnebre la espalda
no le he de dar; contrastaréle firme.
Si él no, yo granjearé sublime gloria;
una es la lid: matar suele al que mata."
Tal Héctor arengó. Todos ruidosos,—
¡estólidos!—sus voces aplaudieron;
que el ánima les alteró Minerva.
De Héctor placióles el fatal consejo;
el de Polidamante sabio á nadie.
Por el campo cenaron. Mas aquéllos
toda la noche tristes á Patroclo
lloraron. Comenzó el Pelida Aquiles
la funeraria queja. Al muerto amigo
las matadoras manos sobre el pecho
puso y lanzó desgarradores ayes;
cual guedejoso león, á quien robara
un cazador cervario los cachorros,
del monte en la espesura;—á su guarida
la fiera vuelve; apénase, las huellas
del hombre busca, en las quebradas vaga;
arrebatada está de acerba furia—.
Así gemidos exhalara graves

aqueste, y tal decía ante su pueblo:
"¡Ay dolor! cuál se me escapó en la casa
del adalid Menecio en aquel día
vana palabra! Díjele en consuelo
que, tras derruír á Ilión y de despojos
su renombrado vástago cargarse,
con él vendría yo otra vez á Opunte.—
Pero no todo cuanto el hombre piensa,
lo cumple Jove. La fortuna quiso
que ambos á dos aquí la misma tierra
de Troya en nuestra sangre purpurásemos.
Que yo tampoco volveré á los brazos
del anciano Peleo cabalgante
y Tetis, la mi madre. El *ilio suelo
me cubrirá. Mas ya que tú, Patroclo,
primero sucumbiste, fúnebre honra
no te he yo de rendir, antes que de Héctor,
tu matador magnánimo, te traiga
las armas y cabeza. Ante la pira
degollaré, en venganza de tu muerte,
doce mancebos fúlgidos *troyanos.
Descansa en tanto así en las naos corvas:
en torno á tu cadáver día y noche
llorosas gemirán las que ganamos
*teucras y *dárdanas, de seno túrgido,
prendidas al destruír con luenga lanza
ricas ciudades de mortales hombres."
Diciéndolo, mandó á los compañeros
el corusco Pelida aproximaran
trípode magna al fuego, porque al punto
de Patroclo lavasen el cadáver
del cruor coagulado. Luego aquéllos
el baño colocaron á la lumbre,
en él vertieron agua, y en las llamas
leña arrojaron. De flamante fuego
el trípode cercóse; hirvió la linfa.
Viéronla hirviente en el bruñido bronce;
y lavaron al muerto, y con aceite
ungiéronlo, y llenaron sus heridas
de ungüento nueveañal. Y ya en el féretro,

de planta á testa en delicado lino;
sobre él, en tapiz albo le velaran.
Cercando al raudo Aquiles, lloró al muerto
la noche entera el pueblo *mirmidonio,
entre suspiros tristes sollozante.[a]
Y llegó Tetis, la de piés argénteos,
á la eternal morada de Vulcano,
broncínea, esplendorosa, cual estrella,
y excelsa ante los dioses inmortales:
obra suya, de un hombre en plantas débil.
Hallóle en la labor y los afanes,
á torno de los fuelles sudoroso.
Hasta trípodes veinte fabricara
de arrimar á los muros giganteos.
Y todas proveyólas de áureas ruedas,
porque en medio al senado de los dioses
lleváranse y tornaran á su sitio
rodantes, maravilla á la mirada.
Estaba al terminar ya su faena;
faltaban sólo las gentiles asas;
las cuales por fijar batía cuñas.
Mientras así ingenioso trabajaba,
llegóse Tetis, la de planta argéntea.
La vió venir una especiosa gracia,
de facial velo nítido, consorte
del perilustre artífice potente.
Fué; cogióle la mano y leda dijo:
"¿Qué vienes, Tetis, de anchurosa veste,
á nuestro hogar, ó veneranda amiga?

---

[a] Siguen los versos espurios: "Y Júpiter habló á Juno, su hermana y esposa: "Pues ahora has conseguido, Juno venerable, de ojos taurinos, levantar á Aquiles, ligero de piés. Á fe que de ti misma han nacido los cabelludos Aqueos." Á él luego le respondió la venerable Juno, de ojos taurinos: "Terribilísimo Saturnio, ¿qué palabra has dicho? Á la verdad, puede de alguna manera un hombre, aunque sea mortal y no sepa tan grandes consejos, vengarse de otro hombre. Pues ¿cómo yo, que digo ser la mejor de las diosas, por ambas cosas: por el linaje y porque me llamo esposa tuya, y tú reinas sobre todos los inmortales, no debo, airada contra los Troyanos, maquinarles ningún mal?"—Así éstos tales cosas se decían."

Nunca lo frecuentaras. Mas ven presto,
para obsequiarte en él, cual cumple á huéspeda."
Diciéndolo, la flor de las deidades
la adelantó y sentóla en bella trono,
de clavos argentinos guarnecido,
forjado con primor. Y so la planta
le puso un escabel y llamó luego
al claro fabricante en estas voces:
"Acá, Vulcano, ven; Tetis te llama."
Y el forjador preclaro, en brazos fuerte:
"Conque ¿en mi casa está la augusta dea;
que en mi caer inmenso, doloroso,
me salvó el día que mi madre quiso,
por ser cojo, celarme, la impudente?
¡Lacerado de mí, sin el regazo
de Eurínome, hija del girante Océano!
sin el albergador seno de Tetis!
Allí nueve años habité con ellas.
Y fabriquéles mil preciosas joyas:
fíbulas, y rotundos brazaletes,
y anillos floriformes y collares;
en vasta gruta;—al derredor rebraman
las olas del Océano espumosas
en eternal afán. Ignota á todos,
así deidades cual mortales hombres,
sólas mis salvadoras la sabían:
Tetis y Eurínome.—Tal es la huéspeda.
De donde á Tetis, de trenzado bello,
fuerza es que yo con dones hora pague
el que me prodigó, cuando era niño,
desvelo maternal. Tú los honores,
—mientras fuelles y todo yo remuevo—
tribútale de nuestro hogar más altos."
Dijo; y del yunque,—monstruo portentoso
con vacilante planta levantóse.
Los fuelles lejos retiró del fuego;
y recogió y guardó en arcón de plata
los instrumentos de sus artes todos.
Se enjugó con esponja faz y manos,
y el ancho cuello y el velloso pecho.

La túnica vistióse; el cetro ingente
asió y salió cojeando por la puerta
el rey: doncellas de oro le afirmaban,
floridas hembras, cual si vivas fuesen,
de ingenio dentro el alma, y voz y fuerza,
de *olímpica labor aprendedoras.
Al soberano guiaban diligentes;
él, en andar incierto, avecinóse
á donde la Nereida en claro solio
sentada estaba, y le cogió la mano
y así le dijo en halagüeñas voces:
"¿Qué vienes, Tetis, de anchuroso peplo,
ó veneranda amiga; que no sueles
á nuestro hogar venir? Di ¿qué deseas?
Por complacerte mi ánima suspira,
si en mi poder está, si un dios lo puede."
Y la Nereida, prorrumpiendo en lloro:
"Vulcano, ¿quién de cuantas el Olimpo
diosas habitan desgarrado tiene
el corazón, cual yo? de agudas penas
con que entre todas me atormenta Jove.
De las deidades de la mar yo sóla
por él á un mortal hombre fuí rendida:
á Peleo; y en pecho dolorido
me resigné á un tálamo terreno.
De senectud rahez hora agobiado,
dentro su alcázar el Eacida yace.
Más todavía. Dióme que engendrara
y que nutriera á un hijo descollante
entre héroes; que creció, como lozano
el vástago se yergue. Cual retoño
de suelo opimo él por mí fué criado.
Luego en corvos bajeles hacia Troya
contra los Ilios le mandé á la guerra.
Y ya al hogar volver á mi regazo
yo bajo la techumbre de Peleo
nunca le habré de ver. Y mientras viva
y contemple del sol los esplendores,
congojas, sin poder yo remediarlo,
sobre él descargarán. Le arrebatara

el poderoso Atrida de las manos
la que le dieran en botín los hijos
de los Dánaos, doncella; por quien triste
llora su corazón. Hoy los Dardanios
á los de Acaya estrechan en las popas
de los navíos y doquiera cercan
con lazo diamantino. Los ancianos
de los Aqueos al Pelida humildes
con cien preclaras dádivas vinieron
á pedirle favor. Mas él nó quiso
del quebranto salvarlos ese día.
Pero vistió sus armas á Patroclo;
y con falange numerosa envióle
á la batalla. En las *esceas puertas
lidiaron todo el día; y derrocaran
entonces la ciudad, si entre los próceres
al Menecida intrépido que riza
hacía inmensa, no matara Febo,
y de gloria al Priamida coronara.
Por esto, yo á tus plantas aquí vengo:
si para mi hijo, pues su vida es nada,
me querrás dar broquel, morrión y grebas,
con broches guarnecidas, primorosas,
y peto. Su armadura el fiel amigo
perdió, cuando los Teucros le mataron.
De pena Aquiles se retuerce en tierra."

Y el forjador perínclito, potente:
"¡Ánimo! Ya abandona tal cuidado.
Ojalá de la muerte lamentosa,
cuando su signo aterrador le alcance,
pudiera yo tan lejos ocultarlo,
como tendrá armadura de primores,
á mil guerreros, si la ven, encanto."

Diciéndolo, dejóla y á las fraguas
se encaminó; y enderezó los fuelles,
los puso en movimiento, dirigidos
hacia los hornos; do á la vez soplaron
veinte con varia ráfaga sonora,
rauda ó lenta, cual él ó el arte quiere.
Y duro bronce, estaño, oro preciado

y argento al fuego puso, y en el tronco,
yunque grande; y cogió en la diestra mano
martillo enorme, en la otra las tenazas.
Primero fabricó un inmenso escudo,
firme, de graciosísimas labores.
Lo orló de tríplice, luciente cerco.
Lo suspendió de tahalí argentino
y de sus sobrepuestas cinco láminas
en la exterior grabó cien artificios.
Grabó la tierra, el cielo y el profundo,
del día el astro girador eterno;
la plena luna, las estrellas todas,
de la celeste bóveda diadema:
las Pléyadas, las Híadas, el brillo
del grande Orión, la Osa, también llamada
Carro; la que se mueve siempre fija
y á Orión siempre mirando; el astro sólo
que en el Océano jamás se baña.
Allí grabó dos de mortales hombres
pulcras villas: ésta en festín de boda.
Vírgenes desposadas, por las rúas
de flamantes antorchas á la lumbre,
van desde el tálamo nupcial guiadas.
Álzase sonoroso epitalamio.
Danzan mancebos; armoniosas suenan
flautas y cítaras: está asombrado
en las puertas mirando el mujerío.
Allá, la gente en la ágora se estrecha:
una riña estalló; dos hombres luchan
por la expiación que el uno al otro debe
de algún cognado, á quien la muerte diera.
Que todo lo pagó, grita éste al pueblo:
aquél lo niega. Al testimonio entrambos
apelan de testigos. Dividida
está la multitud; sendos vocean
favor se dé al varón á quien amparan.
Reprimen á las gentes los heraldos.
Sobre sillones de pulida piedra
en círculo divino[a] los ancianos

[a] Instituído por los dioses.

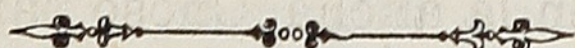
siéntanse, empuñan de los reyes de armas,
del aire hasta la altura atronadores,
los cetros; se levanta uno en pos de otro
y uno en pos de otro la sentencia dictan.
En medio de ellos dos talentos de oro,
para el del más prudente sentir, yacen.
La otra ciudad asedian refulgentes
en armas dos ejércitos; que ansían
ó derrocarla, ó cuantos atesora
la risueña ciudad bienes partirse.
Tal la amenazan. Pero todo en vano.
Arma celadas. Defensoras suben
las esposas amantes á los muros;
suben los tiernos niños, los ancianos.
Aquéllos van en pos de Marte y Palas:—
entrambos áureos y con áureas vestes,
en armas bellos, grandes, como dioses,
de majestad en torno revestidos.
Tras éstos van pequeñas las falanges.
Arriban al lugar de la emboscada;
en el margen fluvial, do abrevadero
las greyes todas han. Allí se sientan,
de fulguroso bronce protegidos.
De ovejas el venir y tardas vacas
en lontananza aguardan dos espías.
Luego la grey parece, y dos pastores
detrás de ella, tocando la zampoña,
de la asechanza ignaros. Venlo aquéllos:
vuelan, circundan y consigo llevan
las vacadas y ricas níveas greyes,
y á los pastores matan. El estruendo
de los rebaños oyen los que velan
de la ágora el lugar; saltan al punto
sobre las bigas de volante casco;
tras de aquéllos se arrojan; los alcanzan;
detiénense ambos bandós y pelean
del río en la ribera la batalla:
de todas partes éneos dardos vuelan.
Y en medio al batallar han acudido
la Discordia, el Tumulto, la cruel Muerte;

quien á un herido, aquí, la vida salva;
allá preserva de los dardos á otro;
acullá, entre la fiera pugna arrastra
á un muerto de los piés;—tinta la veste
de cruor, en torno al hombro, va la diva—.
Como en la lid los vivos, tal se embisten
y retiran sus muertos del combate.
Allí feraz campiña burilara:
tierra blanda, noval, de hasta tres mieses.
La cercan por doquiera los arados,
y cuantas veces de la linde torna
del prado, el arador, le brinda un hombre
por orden, taza de melifluo vino.
Al surco luego vuelven, anhelosos
por la meta tocar de la campiña;
que á lo lejos negrea, cual si arada,
con ser de oro: portento de su mano.
En el broquel luego entalló una vega
de opima miés cubierta.—En falce aguda
los segadores, vía recta, córtanla.
Unos tras otros densos los manojos
á tierra caen. Vienen en pos de ellos
tres ligadores, quien recogen y atan;
y niños, que solícitos coligen
y en brazadas les llevan las espigas.
De pié parece, en medio de los haces,
el báculo en la mano y silencioso,
alegre la alma, el dueño de las mieses.
Á un lado los heraldos, á la sombra
de una encina, previenen el banquete;
y oficiosos en torno á vaca grande
que han muerto, están. Preparan las mujeres
para la gente segadora gachas
al mediodía, y en las ollas vierten
alba, copiosa harina de cebada.
Cinceló allí también llanura extensa
de vides, que se inclinan de las uvas
al peso: viña primorosa, de oro;
negros racimos: las estacas todas
argénteas; foso obscuro que la ciñe;

de estaño el cerco, y una senda sóla,
do los vendimiadores van por ella.
Por ella van, alegres y floridos,
doncellas y mancebos, que conducen
el dulce fruto en delicadas cestas.
En sones vagos de amoroso anhelo
tañe la cítara vibrante un niño,
cantando endechas *línicas[a] hermosas.
Entre danzar y jubilosos gritos
y saltar todos síguenle apiñados.
Grabó después vacada de alta cuerna:
las reses, unas de oro, otras de estaño.
De la majada prontas van mugiendo
al prado, por las márgenes del río;
que entre cañaverales temblorosos
corre sonante. Guían el rebaño
cuatro pastores áureos, nueve canes,
de aladas plantas. Estruendoso brama
á la cabeza de la grey un toro:
dos leones tremebundos le han cogido;
le arrastran; ruge; lánzanse en pos de ellos
la muta y hombres: trozan ya las fieras
al poderoso mugidor; devoran
sus vísceras, la negra sangre beben.
En vano amedrentarlas los pastores,
á los veloces perros azuzando,
intentan; éstos á morderlas vuélvense,
acércanse ladrantes, mas huyéndolas.
Luego entallara el forjador insigne,
potente, una pradera, en val ameno,
de ovejas argentadas y alquerías
y de establos sembrada y pabellones.
En él también el dios de fuertes brazos,
perínclito una danza simulara,
cual la que en la ancha Cnoso para Ariadne,
de bellas trenzas, cincelara un hora
Dédalo. Jóvenes, doncellas, ricas
en donas de bovinas greyes, danzan

a De Lino.

allí, enlazadas entre sí las manos;
en delicado lino éllas vestidas;
en túnicas hermosas, y lucientes
con el suave fulgor del óleo, aquéllos:
las vírgenes en fúlgidas guirnaldas:
con dagas áureas en argénteos cintos,
los mancebos. Giróvaga, segura,
pulcra, vertiginosa va la danza;
como sentado, entre sus manos vuelve,
en rauda prueba un disco el alfarero.
Y más allá en volantes filas muévense.
Gran multitud circuye alborozada
el amable danzar. Un citarista,
cantor divino, tañe en medio de ellos,
y canta; do los giros imitando,
entonan el peán dos danzarines.
Allí, por fin, forjó del bello escudo
en orla, al rededor, la inmensa mole
de las ondas *oceánicas rodantes.
Hecho el pavés robusto, dilatado,
á Aquiles laboró cota, rielante
más que el fulmíneo resplandor del fuego;
labró celada justa, consistente;
filigranó y ornóla en airón de oro;
y blandas grebas le forjó de estaño.
Cuando las armas terminara todas
el claro artífice, de brazos válidos,
alzólas, y á la planta las llevara
de la madre de Aquiles. Cual milano
ella lanzóse del nevoso Olimpo
con la *vulcania rútila armadura.



CANTO XIX.

Reconciliación.


UCÍFERA á los númenes alzóse
y á los hombres mortales, y crocina
de las ondas *oceánicas la Aurora.
Y con el don *vulcanio á los navíos
vino Tetis; do hallara al hijo caro
postrado en tierra, entre sollozos graves
junto al muerto Patroclo; muchedumbre
de compañeros flébiles en torno.
La dea floridísima acercóse
por entre ellos á Aquiles, y la mano
le asió, diciéndole en sonantes voces:
"Á éste yacer dejemos, hijo mío;
y calle nuestro lloro: le postraron
los dioses. Tú ya las *vulcanias armas,
revístete, perínclitas, soberbias.
Jamás tales luciera mortal hombre."
Dijo, y depuso la armadura insigne
á las plantas de Aquiles. Resonara
la portentosa fábrica. Pasmáronse,
al verla, los guerreros *mirmidones;
tremieron todos; nadie osó mirarla.
Vióla el Pelida, y se inflamó su furia:
espantables, igníferos, rielantes
sus ojos so los párpados chispeaban.
La dádiva divina, fulgurosa,
gozoso levantó. Con alma leda
miraba sus primores, y á la madre
esta palabra alada dijo presto:
"De un dios son, madre mía, aquestas armas;
un inmortal las pudo hacer, no un hombre.

Al punto en ellas vístome. Mas temo
y á mi alma aflige que al pugnaz Patroclo,
en las profundas llagas se le alberguen
de gusanos engendradoras moscas;
inquinen su cadáver—toda vida
ya de él huyó—; y su carne se disuelva."
Y Tetis diva, de argentinas plantas:
"Desecha tal afán, ó prole mía;
yo intentaré apartar el fiero enjambre
de moscas, que devora á los caídos.
Y aunque por todo un año así yaciese,
quedara intacto, ó más que en vida hermoso.
Pero la flor del pueblo tú convoca,
por deponer ante ella tus rencores
contra el pastor del pueblo: hijo de Atreo.
Y vuela, y armas y pujanza viste."
Diciéndolo, infundióle fiero brío.
Y porque fuera incorruptible el muerto,
por la nariz vertió en él gota á gota
perlas ambrósicas y róseo néctar.
Y con gritar horrísono á la junta
llamando fué el espléndido Pelida
por la playa del mar á los campeones.
Y aún los guardianes de la armada fueron;
fueron los timoneles, los dadores
fueron del pan; porque á la cruenta pugna,
tras larga ausencia, retornaba Aquiles.
Con tardo pié, afianzados en la lanza,
de sus crueles heridas aun no sanos,
fueron los de Mavorte compañeros:
Diomedes brioso, Ulises refulgente.
Y en la primera fila se sentaron.
Tras ellos fué el caudillo de la hueste:
Agamenón, también herido en bronce
por Coón, de Antenor, en grave lucha.
Juntóse el pueblo; alzóse el raudo Aquiles:
"Atrida, dijo, ¿no era éste tu voto,
el voto mío, al contender furentes
en triste lid nosotros por la virgen?
¡Oh, si en las naos con su flecha Diana

la traspasara el día que, arrasando
Lirneso, la cogí! Tantos Aquivos,
por causa de mi furia, no mordieran
bajo enemiga mano, el suelo inmenso.
Ni Héctor ni Ilión gozaran. Los de Acaya
no olvidarán tan pronto nuestra lucha.
Mas duela al corazón cuanto le duela,
el flébil pecho reprimamos fuertes.
Lo que pasado está, pasado sea.
Mi ira calmé; no es bien que eterna dure.
Pero ya alienta y manda á la batalla
los Aquivos, de hermosa cabellera;
porque otra vez yo afronte á los Dardanios
y vea si en la armada dormir quieren.—
Muchos de ellos acaso recostaran
alegres la rodilla, si librasen
de nuestra lanza, en la contienda ruda."
  Dijo. Los Dánaos, de especiosas grebas,
el término escucharon de las iras
del Pelida magnánimo gozosos.
  Y Agamenón, caudillo de los hombres:[a]
"Ó amigos, ó campeones de la Acaya,
de Marte compañeros: al que arenga
no es dado interrumpir. Hasta al facundo
el ser interrumpido desazona.
¿Quién oír puede en medio á tal tumulto?
ni quién hablar? El orador más fuerte
sufriera vértigo.—Hablaré al Pelida
por reparar mi agravio. Atentos todos
oíd mi voz, Argivos, y entendedla.
Por mi contienda el pueblo muchas veces
con acres vituperios me increpara.
Mas el culpable no soy yo; lo es Jove;
lo son la parca y nubilosa Furia,
que inspiraron á mi alma, en el concilio,
crimen atroz, el día que arrancara
yo al Pelida el botín. ¿Qué emprende el hombre

---

a Sigue el verso adulterino: "allí levantándose del asiento, no en el medio."

qué no es obra de un dios? La Desventura
que á todos triste daña, es del Saturnio
la primogénita. De planta leve,
no anda en el suelo, por las testas anda,
que doquiera trastorna, de los hombres.
En otros tiempos, al que grande se alza
entre mortales é inmortales: Jove,
ella turbó. Y Saturnia, con ser hembra,
le burló con sus máquinas un hora,
cuando ya estaba la pujanza *hercúlea
para nacer de Alcmena, en Tebas fuerte.
Dijera ufano el Padre á los *olimpios:
"Oídme, dioses todos, deas todas;
de mi alma lo íntimo deciros quiero:
á un hombre ver hará la luz del día
hoy la atormentadora *ilitia, un hombre
que en los jayanes de mi sangre todos
ha de reinar hasta lejanas playas."
Dolosa replicó la augusta Juno:
"Engañas; no será lo que nos dices.
¡Ea! solemne júranos, Olimpio,
que á los campeones de tu sangre todos
ha de imperar hasta lejanas playas
quien de ellos hoy deje el materno seno."
Dijo. No reparó en el dolo Jove
y por su grave mal juró solemne.
Voló Saturnia de la *olimpia cima
á Argos de Acaya, do á la esposa excelsa
de Esténelo Persiada conocía;
que ya en el mes séptimo, un hijo caro
dentro de sí llevara. Prematuro
Juno le hizo nacer: el fruto *alcmenio
retardó y alejó de él las *ilitias.
Luego ella misma lo nunciara al Padre:
"Jove fulminador, mi voz escucha:
nacido ha quien reinar en Argos debe:
Euristeo, varón eximio, prole
de Esténelo Persiada, tu linaje.
No es él un soberano indigno de Argos."
Dijo. Pesar acerbo del Saturnio,

pesar desgarrador, apoderóse.
Al punto por las trenzas refulgentes
cogió á la Desventura, transportado
de dolor, y arrojóla de su alcázar.
Y juró formidable que al Olimpo
ni al estrellado cielo tornaría
jamás el numen dañador de todos.
Así juró, y vibrando despeñóla
del firmamento en astros coronado.
Vino ella luego en medio de los hombres.
Por su causa gimió sin fin Saturnio
de ver al hijo caro en las labores
y pugnas de Euristeo vergonzosas.—
Así, tampoco yo olvidar podía
el ciego crimen mío, mientras Héctor,
el paladín de yelmo centellante,
mataba entre las naves á los Dánaos.
Mas ya que delinquí; ya que la mente
Jove me perturbó, pedirte quiero
perdón y dar sinnúmero de dones.
Pero ¡á las armas! y los pueblos todos
alienta á batallar! Cuantos presentes
ayer á prometerte fué en tu tienda
Ulises rutilante, yo darélos.
Ó si te place, aguarda y ten tu brío;
yo mandaré á mi nao por las dádivas,
y tu dirás si bastan á aplacarte."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"Atrida gloriosísimo, del pueblo
ó ductor: darme, ó bien no darme, puedes,
cual te agrade, las dádivas debidas.
Hora en la lid pensemos sin tardanza;
ya no hay parlar, no hay diferir la lucha.
Por batallar graves batallas quedan." [a]
Y respondióle el ingenioso Ulises:
"No así, por grande que en empuje seas,

a Siguen los versos espurios: "porque otra vez alguien vea á Aquiles entre los primeros matar las falanges de los Troyanos con lanza broncínea. Así alguien de vosotros acuérdese de pelear con el hombre."

ó divinal Aquiles, tú los hijos
de los Dánaos á Ilión ayunos lances
contra los Teucros. No será la pugna,
entre el chocar de las falanges, breve,
cuando enardezca un dios entrambos pueblos.
Dispón que en los bajeles voladores,
de pan y vino, do la fuerza, audacia,
consisten, los guerreros se harten todos.
Sin pan no puede el hombre un día entero,
hasta caer la tarde, estar luchando.
Ardor le inflamará; mas lentamente,
de sed y de hambre víctima, sus miembros
se gravarán; lenta será su huella.
Empero si harto está de vino y vianda,
peleará esforzado largas horas,
entero el corazón, entero el cuerpo,
hasta que el último abandone el campo.
Dispersa, pues, al pueblo, porque coma.
Á la mitad de la ágora los dones
traiga y deponga el rey de los guerreros,
porque todos lo vean, y tú goces.
Y luego se alce y jure á los Aquivos
que nunca disfrutó de la doncella.[a]
Y tú serena dentro al pecho el alma.
Y para ti en su pabellón prevenga
rico festín, para colmar tu gloria.
Y tú de hoy más acrece tu justicia,
ó Atrida, con los tuyos: no deshonra
al rey agraviador que desagravie."
Y respondió el caudillo de los hombres:
"¡Vítor, ó prole de Laertes sabia.
Lo juro; anhela mi alma por jurarlo,
¡y vive un dios! que no hablaré mentido!
Aguarde Aquiles y sus bríos tenga
y todos aguardad aquí, los dones
á contemplar y nuestra alianza eterna.
Á ti te digo y mándote que elijas

a Sigue el verso espurio: "según es, ó caudillo, uso tanto de los hombres cuanto de las mujeres."

la flor de los campeones juveniles
de Acaya todos, que del pino mio
traigan cuantos presentes, cuantas vírgenes
yo prometiera ayer al de Peleo.
Vaya Taltibio, con alada planta,
á buscar por el vasto *heleno campo
un cerdo en sacrificio á Jove y Febo."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"Rey gloriosísimo del pueblo todo,
para otras horas tal faena quede;
para horas de respiro, cuando el pecho
tan furibundos bríos no me agiten.
Hora nadando en sangre tantos yacen,
que Héctor mató, exaltado por Saturnio.
¡Y vos pensáis en el comer! Llevara
los Dánaos á la lid yo deshambridos;
y gran festín, tras de apagarse el día,
tras lavar nuestra afrenta, yo les diera.
Antes no han de probar mis tristes fauces
ni agua ni pan; pues á la puerta mía,
en arma aguda desgarrado el socio
—en torno los llorosos compañeros—
tendido está. No piensa en nada mi alma
si no es en muerte, sangre, cruento estrago."
Y respondióle el ingenioso Ulises:
"Ó Aquiles, ó Pelida, honor de Acaya,
no poco en fuerza y en valor me excedes:
yo acaso en ciencia á ti: nací primero;
vi más que tú. Rinde á mi voz tu mente.
Presto de contender los hombres se hartan,
cuando ha vertido la segur las mieses,
y es corta la cosecha;—desque Jove,
de las batallas terrenales árbitro,
la balanza inclinó. Á los muertos no honra
hambre sufrir. Todos los días caen
unos tras otros; ciento, tras de ciento.
¿Quién respirar de las fatigas puede?
El alma: férrea; el muerto: á su sepulcro;
lloro de un día; beban, coman todos
cuantos la guerra perdonó inhumana.

Y con crecida, infatigable fuerza,
con no cansado bronce, á la batalla!
Nadie segunda voz de lid espere:
fatal será para el que aquí se tarde.
En apiñada hueste á mortal pugna
contra los Dárdanos aurigas vamos."
    Dijo, y los vástagos del claro Néstor,
á Meges, el Filida, y á Toante,
Meríones, y á Licomedes, hijo
de Creonte, á Melanipo, se asociara.
Y del Atrida al pabellón movieron
la leve huella. Cual la voz, tal la obra;
que, según su promesa, siete trípodes
de la tienda trajeron, y calderas
veinte fulgentes y bridones doce.
Siete mujeres sin tardar trajeron,
expertas en labores admirandas,
y la Briseida, de mejilla hermosa.
Los diez talentos de oro pesó Ulises
y trajo: y los donceles de los Dánaos
tras él con dádivas todos venían.
En medio de la junta depusiéronlas.
Alzóse Agamenón; se alzó Taltibio
igual en voz á un numen y en su mano
un cerdo avecinó al pastor de gentes;
el cual desenvainó presto la daga,
que á par de la cuchilla ingente siempre
del cinto le pendía. Y un manojo
de setas á la víctima cortara.
Levantadas las manos, oró á Jove.
—El pueblo, según rito, en torno todo
sentado estaba tácito, escuchando—.
Oró, en el ancho cielo la mirada:
    "¡Vive el excelso, el óptimo Saturnio!
¡Vive la Tierra; vive el Sol, las Furias,
que al perjuro atormentan en el orco!;
nunca jamás á la Briseida virgen
ni la mano extendí, ni gocé de ella,
ni su favor. Mi pabellón intacta
la guardó.—Y si palabra yo jurare

mentida, crueles hiéranme los divos,
como al perjuro criminoso suelen!"
Dijo el Atrida, y con el bronce impío
degolló el cerdo: lo giró y lanzólo
de los peces en pábulo Taltibio
á las honduras de la mar espúmea.
Alzóse Aquiles, y á sus briosos pueblos:
"¡Ó Jove, cómo tú á los hombres ciegas!
Sin ti jamás yo me encendiera tanto:
jamás el rey sin ti me arrebatara
la virgen desvariado. Tú querías
mil Aquivos matar.—Mas á las viandas
id ya, porque empeñemos el combate."
Clamó, y al punto disolvió la junta.
Dispersos, cada cual fué á su navío.
El magnánimo pueblo *mirmidonio
cogió y llevó del divinal Aquiles
á la nave los dones y las hembras:
todo á su pabellón. Y los corceles
por claros socios guiáronse al rebaño.
Cuando de heridas hondas á Patroclo
vió lacerado la Briseida virgen,
símil á la áurea Venus, gritó aguda,
se desplomó sobre él, y desgarróse
el pecho, la garganta delicada,
la hermosa faz. Y tal gimió la diva:
"Ó Patroclo, mi amigo caro y único.
¡Triste de mí! voy á la tienda, y vives;
retorno, y muerto estás, ductor de pueblos.
¡Cómo me llueven males sobre males!
Delante la ciudad en bronce agudo
destrozado miré al esposo mío,
que me dieran mi padre y madre augusta.
Y en día aciago tres hermanos míos
carísimos, de un mismo seno frutos,
perecieron. Mas tú no me dejabas,
llorar, no, cuando el raudo Aquiles
mató á mi esposo y arrasó los muros
de Mines, el divino: me dijeras
que conyugal lazada me uniría

al Pelida divino; que, á su patria
tornando por el piélago, en su pueblo
el banquete nupcial celebraría.—
Sin fin te lloro, ó siempre noble amigo."
Dijo entre sollozar; y las mujeres,
más por su propio mal que por Patroclo,
su llanto compartían. Agrupáronse
en derredor de Aquiles los ancianos
del pueblo y le rogaron que comiese.
Él no lo quiso, y respondió, gimiendo:
"Ó amigos caros, si me amáis, os pido
no me habléis todavía ni que en vianda
ni en vino el flébil corazón se sacie:
aflicción indecible me tortura.
Hasta que se hunda el sol, ayuno y pugno."
Así diciendo, despidió los reyes.
Mas quedaran con él los dos Atridas,
y Ulises fulguroso, y quedó Néstor
é Idomeneo y el auriga anciano
Fénix; y todos á porfía daban
solaz al luchador inconsolable.—
Tan sólo, al arrojarse en el abismo
de la sangrienta lid, respiró su alma—.
Rememoró, y entre gemidos hondos:

"Cuántas veces, ó amigo infortunado,
de todos el mejor, tú me sirvieras
en mi tienda solícito, oficioso
el sabrido manjar; cuando los Dánaos
en lacrimosa lucha á los Ilienses
acometían; y hoy dilacerado
yaces aquí! Tú faltas á mi pecho:
y de cuanta bebida y cuanta vianda
aderezada está, nada apetece.
Ningún dolor más fiero ya me aguarda
ni el por la muerte de mi padre mismo;
quien hoy en Ftía lágrimas ardientes
por ausencia de un hijo tal, derrama,
que contra Ilión, en términos lejanos,
pugna por causa de la atroz Helena;

ni si muriera el que en Esciro crece[a]:
mi hijo querido. Siempre yo soñara
dentro á mi corazón que moriría
yo sólo aquí en Dardania, lejos de Argos,
rica en bridones; pero tú á la patria,
retornarías por llevar á Esciro
mi prole en nao voladora, negra;
y allí mostrarle los tesoros míos,
mi servidumbre y vasto, excelso alcázar.
Pues, si no ha muerto ya Peleo, pienso
que muy en breve morirá: le agobian
triste vejez y la cuitada nueva
de mi muerte, que espera de hora en hora."
Dijo entre llanto; los caudillos todos
del hogar acordáronse, y lloraron.
Jove miró su lloro, y apiadóse
y en alada voz dijo luego á Palas:
"Hija mía, ¿del todo ya olvidaste
al protegido tuyo? ¿Nada importa
ya á tu alma Aquiles? Al amado amigo
éste delante los navíos altos
gimiendo está. Á comer han ido todos;
sólo él no quiso ni gustar bocado.
Ve y contra el hambre néctar en el pecho
destílale y suavísima ambrosía."
Diciéndolo, á Minerva, ya anhelosa
de ir, aguijó. La que, por entre el éter,
precipitóse del sublime polo,
cual azor, de anchas alas, grito agudo.
Armábanse en batalla presurosos
los Dánaos. Néctar y ambrosía dulce
en el pecho instiló de Aquiles, Palas:
porque no desmedrase sus rodillas
el hambre ingrata. Y al palacio excelso
retornó de su padre omnipotente.
Abalanzóse en agolpados haces,
desde las naos rápidas el pueblo.

---

a Sigue el verso espurio: "Si por ventura vive aún, Neoptólemo, de forma divina."

Bien como cuando densos desde Jove
copos de nieve gélidos revuelan,
al ímpetu del bóreas de la altura;
tal de la armada por doquier salían
morriones, de candor esplendoroso;
rodelas; cóncavos, fornidos petos;
lanzas fresnales. El fulgor alzóse
hasta los cielos; fuciló en contorno
la tierra toda en claro bronce leda.
Y so la planta retumbaba el suelo.
En medio al pueblo armóse el divo Aquiles.[a]
De bellas grebas con argénteos broches,
las suras se cubrió; cubrióse el pecho
en cota, y de los hombros la cuchilla
énea colgó, de argento tachonada.
Y embrazó el pavés ancho, poderoso;
que á lo lejos rielaba, cual la luna.
Como el claror, que en alta mar divisan,
de la hoguera los nautas, encendida
en majada de cumbre solitaria;—
de los amigos los arrastra lejos
el piélago piscífero alterado—;
así desde el broquel bello *aquileo,
de primores, se alzaba en medio el éter
la claridad. En la cabeza armóse
recia celada, fúlgida, como astro;
Vulcano coronárala en cimera,
de undívagas mil y mil áureas crines.
Y el divo Aquiles se ensayó en las armas,
por ver si justas y manuables eran:
eran como alas al pastor del pueblo,
que los floridos miembros le elevaran.
De la vaina tiró el asta paterna,
ingente, ponderosa, inquebrantable.

---

a Siguen los versos adulterinos: "De él también sonaba rechinar de dientes; y los ojos le brillaban, como si resplandor de fuego, y en él estaba sumergido el corazón en intolerable tristeza. Él, de consiguiente, deseoso de los Teucros, se cubrió con los dones del dios, los cuales le había fabricado el artífice Vulcano."

No la vibrara ningún otro *dánao,
la pica *pelia; que á su amado padre
hizo Quirón del Pelio en las alturas,
de campeones matadora impía.
Automedonte y Álcimo oficiosos
la biga uncieran: los tirantes bellos
pusiéronle y las bridas en la boca;
y hacia atrás, hacia el plaustro refornido
tiraron del rendaje. Saltó al carro,
su látigo lucífero cogiendo,
Automedonte. Aquiles en sus armas
tras él iba, radioso, deslumbrante,
cual del sublime Sol el centelleo.
Gritó terrible á la paterna biga:
“Xanto y Balio, linaje esclarecido
de Podarga: pensad cuál de las armas
incólume volver á vuestro auriga,
cuando de batallar hartos estemos.
No me dejéis yacer, como á Patroclo.”
Y desde la coyunda respondióle
el raudo Xanto, baja la cabeza,
suelta la crin, caída á flor del suelo;—
voz le prestó la en brazos nívea Juno—:
“Salvo te volveremos, fuerte Aquiles,
por hoy; mas ya de ti cercano viene
el funerario día. No nosotros
lo aproximamos, sino un grande numen
y el cruel destino. Ni robó las armas
el *dárdano á los hombros de Patroclo
porque tardía ó pigra se moviese
nuestra planta: matóle entre adalides
el hijo de Latona, en trenzas bella,
el dios excelso, y sublimó al Priamida.
Si place, volaremos, como ráfagas
del céfiro, el más raudo de los vientos.
Empero, signo tuyo es que sucumbas
á un dios, y á un hombre en hórrida batalla.”
Dijo; y la voz las Furias le anudaron.
Repuso rábido el veloce Aquiles:
“Xanto, ¿porqué la muerte presagiarme?

Calla; que yo también lo sé, lo veo:
mi suerte es perecer aquí, lejano
de mi padre querido y de mi madre.
Mas, antes de caer, yo los Dardanios
fatigaré, á través de cien batallas."
Dijo, y gritó y lanzó la fiera biga.

CANTO XX.

Batalla de los Dioses.


CERCA de los bajeles encorvados,
tal, ó de luchas insaciable Aquiles,
armábanse en tu torno los Argivos;
del llano en la colina, los Ilienses.
Mas Jove á Temis ordenó bajase
del fragoso, alto Olimpo y convocara
á junta las deidades. Fué doquiera
la diosa y del Saturnio á la morada
las convocó. Ningún numen de río
faltara, sino Océano; ni ninfa
de amena selva, de fluvial fontana,
prado herboso. Al hogar del Fulminante
arribados, sentáronse en los solios
de los que, grande artífice, hizo á Jove
propileos Vulcano, en tersa piedra.
Tal se juntaron dentro al *jovio alcázar.
Ni el movedor del orbe desoyera
á Temis; acudió del mar; sentóse
en la asamblea y preguntó al Saturnio:
"¿Á qué, Fulminador, has convocado
los númenes? De Teucros y de Aquivos
¿vas algo á decretar? Ya de su guerra
y batallar se enciende el fuego todo."
Y Jove, rey de tempestuosas nubes:
"Sabes, del orbe movedor, cuál pienso.

Porqué he llamado á junta tú adivinas:
lastímanme las víctimas del campo.
Aquí, en la cumbre *olímpica sentado,
gozaré el espectáculo guerrero;
mientras vosotros todos vais veloces
y acorréis á placer Teucros y Dánaos:
porque si á solas con Dardania lucha
el corredor Aquiles, no le afrontan.
Ya antes, al verle, trépidos huían,
y hora que frenesí por el amigo
le arrebata, recelo que los muros,
roto el decreto de fortuna, arrase."
Dijo, y tumulto bélico infinito
alzó. Precipitáronse los dioses,
unos en contra de otros, á la lucha:
Juno, Minerva, el movedor del orbe:
Neptuno, y el benéfico Mercurio,
grande en solercia, á los navíos fueron.
Y con ellos, en planta incierta y débil,
de pujanza radioso, fué Vulcano.
Voló el de yelmo rútilo Mavorte
á Ilión; volaron en contorno suyo
Apolo intonso y la flechera Diana,
Latona, el Xanto y la risueña Venus.
Mientras los inmortales se encontraron
lejanos aun de los mortales hombres,
el júbilo inundaba á los Aquivos;
que, de las tristes lides tan lejano,
á ellas el de Peleo retornaba.
Y al contemplar los Dárdanos rielante
al corredor Aquiles en sus armas,
igual á Marte cruento, entorpeciérales
los miembros trémula pavura á todos.
Llegando los *olimpios á los haces
de los hombres, alzóse la Discordia,
agitadora válida de pueblos.
Palas vociferaba, ya del foso,
en pié, fuera del muro, ya horrorífica
por la marina retronante playa.
Y allende, igual al huracán sombrío,

á la lucha encendía los Ilienses,
Mavorte ora corriendo las almenas
de Ilión, ora las márgenes del Símois
y de Calicolona las alturas.
Así los venturados inmortales,
asoladora furia despertando,
el choque de las huestes atizaban;
y el genitor de humanos y de divos
tronaba horrísono de la alta esfera;
y desde los abismos sacudía
los ámbitos inmensos de la tierra
y los montes altísimos Neptuno:
del fragoso Ida retemblara en lo hondo
el firmamento y las alturas todas.
Ilión tembló; tremió la armada *aquiva.
Plutón, de los infiernos soberano,
de la muerte en el reino, estremecióse,
saltó del solio; clamoreó tembloso
al movedor del òrbe, no rasgase
la bóveda terrestre y descubriera,
ante hombres y ante dioses eviternos
su pútrida mansión espantadora,
que, odiada, hasta á los númenes aterra.
Tal fragor resonó, cuando á batalla
las deidades lanzáronse. Al caudillo
Neptuno opúsose el fulgente Febo:
con sus flechas alígeras: á Marte
el luchador, la diosa de ojos fúlgidos:
á Juno, Diana, la con rueca de oro,
la estrepitosa dea cazadora,
flechera hermana del flechero Apolo:
á Latona, el benéfico Mercurio
potente, y á Vulcano, el grande río,
de profundas vorágines;—le llaman
Xanto los divos, Escamandro el mundo.
Tal númenes se alzaban contra númenes.
Ardía Aquiles por llegar hasta Héctor
y saciar con su sangre al fiero Marte.
Precipitó el agitador de pueblos,
tras de inspirarle furia insana,

á Eneas contra el hijo de Peleo.
Fingió la voz de Licaón Priamida
y su talante simuló el de Jove:
"O Eneas, de los Dárdanos caudillo,
¿dó la bravura está con que á los reyes
de Ilión, en los festines, prometieras
recibir férvido al Pelida Aquiles?"
Y Eneas respondió á la *jovia prole:
"Hijo de Príamo, ¿qué mandas cierre
yo mal mi grado al soberbioso Aquiles?
No fuera aquesta la primera lucha
en que arrostrara yo al veloz Pelida.
Ya en otros tiempos me ahuyentó su lanza
desde el *ideo monte, do él cogiera
nuestra vacada, tras derruír Lirneso
y Pédaso. Salvóme el de Saturno:
me infundió fuerza; aligeró mi planta.
Á manos yo de Aquiles sucumbiera
aquel día y de Palas; que marchaba
ante él, esplendorábale y movía
á exterminar en su broncínea lanza
los *léleges y *teucros. Ningún hombre,
así, esperar al de Peleo puede.
Cuando menos, un numen siempre se alza
á par de él en las horas del peligro.
Siempre su dardo vuela recto y rompe
la humana piel. Si igual un dios rigiese
la lid, él no ganara fácil triunfo;
bien que blasona de ser duro bronce."
Y Febo rey, progenie de Saturnio:
"Ora, campeón, á los eternos dioses
también tú. Es fama que por madre tienes
á la prole de Jove: tierna Venus.
Aquél nació de más humilde diosa:
vástago del anciano de los mares:
retoño del *olimpio Padre es ésta.
¡Sus! acométele en el fuerte bronce;
su audaz hablar desdeña y su amenaza."
Diciéndolo, inspiró al pastor de pueblos
ntrepidez sublime. Por los próceres

corrió relampagueante en su armadura.
No se ocultó á la diva de albos brazos
que Eneas traspasaba las escuadras,
recto contra el Pelida. Violo Juno,
llamó á los dioses todos y les dijo:
"Mirad y remirad lo que acontece,
Neptuno y Palas: fúlgido de bronce
Eneas viene allí contra el Pelida;
de Febo rútilo impulsado viene.
¡Ea! batamos luego al Anquisiada;
ó alguno de nosotros también se alce
á par de Aquiles y le llene en fuerza;
que vea le aman los más grandes dioses
y nada ya en los bélicos azares
pueden los númenes de Ilión fautores.
Hemos bajado del Olimpo todos
á la batalla, porque salvo sea
de los Ilienses él por hoy: mañana
tornará á padecer lo que fortuna
le hiló, cuando su madre á luz le diera.
Mas si una voz divina no mostrara
tal decreto al Pelida, cuando vea
venir sobre él una deidad armada,
tremerá: aterra un dios sin sombra visto."
Y respondió el sacudidor del orbe:
"Ten tus furores, Juno: te lo debes.
Yo no querría que entre sí chocaran [a]
los *olimpios. Las sendas de los hombres
huyamos y sentémonos, mirando
desde alguna atalaya. Abandonemos
á los mortales la labor guerrera.
Y si Mavorte, si el flagrante Febo
blanden las armas, ó al Pelida impiden
el combatir; nosotros al tumulto
de la batalla presto correremos;
y ellos veloces tornarán sin duda
del campo hacia el Olimpo entre los dioses:

---

[a] Sigue el verso espurio: "(que chocáramos) nosotros con los demás, porque somos mucho más fuertes."

los domaremos con fornidas manos."
   Lo dijo el dios de negra cabellera,
y ante ellos ascendió al vallado excelso
de Hércules divinal; que al héroe hicieran
los Dárdanos y Palas en baluarte
contra el marino monstruo y su asechanza.
Allí Neptuno y las deidades todas,
velado el hombro en nube impenetrable,
sentáronse. Y sentáronse los otros
en las cimas allá, en Calicolona,
al rededor de ti, flechero Febo,
y el destructor de las ciudades: Marte.
   Así deliberaron las dos bandas,
sin empeñar la dolorosa lucha:
desde los cielos atizóla Jove.
Llenóse por doquiera la llanura
en gente armada á pié y armada en plaustro;
fulguró el bronce y retembló la tierra
de los volantes pueblos so la planta.
Belígeros, la flor de los campeones,
se adelantaron, uno contra el otro,
ardientes dos guerreros: el de Anquises,
Eneas, y el Pelida fulgurante.
Aquél provocador avecinóse
el primero;—le ondeara en firme yelmo
la garzota. El broquel formidoloso
ante el pecho, giraba la énea lanza.
Sobre él viniera rápido el Pelida;
como un voraz león, á quien anhelan
matar los rústicos: un pueblo en masa;—
desdéñalos aquél y va tranquilo;
mas luego hiérelo pugnaz un joven;
encógese él; las fauces abre espúmeas;
le gime el corazón fiero en el pecho,
se azota las ijadas y costados
á diestra y á siniestra con la cola;
él mismo á la pelea se concita;
en derredor los ojos centellantes
vuelve; á matar ó á sucumbir se arroja—.
Así su empuje y ánimo atrevido

contra el audaz Eneas al Pelida
llevaba. Se acercaron: y el primero
habló el fulgente, corredor Aquiles:
“Eneas, ¿osas apartarte tanto
del pueblo por venir á contrastarme?
¿Esperas ser de los aurigas Teucros
el rey, en vez de Príamo? Tal honra,
aunque me mates, no pondrá en tus manos:
tiene hijos, y su mente está serena.
¿Te han prometido los de Ilión campiña
mayor que la de todos, hermoseada
con arboledos, pagos y praderas,
si la muerte me das? Arduo lo creo
yo para ti. Recuerdo que en mi pica
ya otra vez te ahuyenté. ¿Que te olvidaste
de cuando tu vacada solitario
guardabas?: tu descenso presuroso
del Ida; en pos de ti yo en rauda huella?
Mirar atrás no osabas en tu fuga.
Hasta Lirneso fúgido corriste.
Y yo, con el amparo de Minerva,
con el de Jove, derroqué sus muros
y sus mujeres apresé y la lumbre
del libre día les quité. El Saturnio
te protegió, y los otros inmortales.
Hoy también soñarás en su tutela,
mas no te escudarán. ¡Ea! te mando
huye á tu hueste; no me afrontes: ruína
te aguarda: sólo el necio es inconsulto.”
Eneas respondióle soberbioso:
“Pelida, no imagines con palabras,
cual á un infante tierno, amedrentarme:
voces de avilantez, voces de befa
decir también pudiera yo; que es fácil.
Nuestro linaje entrambos conocemos,
y nuestros padres conocemos ambos,
por viejas tradiciones que aprendimos
de los mortales hombres. Tú no viste
los míos; ni los tuyos, yo. La fama
cuenta que de Peleo, el intachable,

eres retoño; que tu madre es Tetis,
la de las bellas trenzas, la marina.
Mas yo la prole soy, gloriosa prole,
de Anquises, el magnánimo, y de Venus.
Habrán hoy de llorar al hijo caro
aquéllos ó bien éstos; nuestra lucha,
que ya empeñada está, no dejaremos
cierto por insensata vocería.
Pero, por si deseas nuestra casta
bien conocer;—conócenla cien pueblos:
á Dárdano engendró el tonante Jove,
al que fundó Dardania. Todavía
no se alzaba, ciudad de hombres mortales,
la sacra Ilión en medio á la llanura.
Aun morara su gente al pié del Ida,
rico en fontanas. Engendrara Dárdano
al rey, que fué el mortal más opulento:
Erictonio: pacían en sus prados
yeguas tres mil, ufanas de su cría,
que andaba en torno de ellas retozona.
Hasta el Bóreas prendóse de su garbo,
por la pradera viéndolas, y en forma
de corcel crininegro, á ellas juntárase,
y doce vástagos así nacieron.
Éstos, al retozar por la tierra alma,
sin quebrar las espigas, por sobre ellas
jugueteaban. Y al triscar del ponto
por la vasta llanura, las oleadas
rozaban leves, de la mar espúmea.
De Tros, ductor de la *troyana gente,
el padre fué Erictonio; y Tros fué padre
de tres hijos proceros: Ilo, Asáraco
y el divo Ganimedes, que naciera
de los mortales hombres flor hermosa.
Los númenes al mundo le robaron,
de su beldad prendados, porque, á Jove
escanciando, viviese en el Olimpo.
Ilo engendró al sin par Laomedonte;
y éste, á Titono, Príamo y á Lampo,
á Clicio, Hicetaón, prole de Marte.

Hijo de Asáraco fué Capis; fuélo
Anquises de éste; yo lo soy, de Anquises;
de Príamo lo es Héctor fulguroso.
Tan generosa es mi prosapia y sangre.
Jove alza, Jove humilla á los humanos.
Es ley su voluntad; él es el grande.
Pero ¡silencio! Cual parleros niños
no estemos en el campo de la lidia.
Decirnos bien podríamos baldones,
cuantos cargara un barco de cien remos.
La lengua del mortal es movediza.
Van y vienen palabras á millares
por la campiña de la voz humana.
Cual éste hablare, tal aquél responde.
Mas ¿qué en razones contenciosas acres
disputamos aquí, á manera de hembras,
que, rábidas, en furia desmandada,
van, y verdades y mentiras—dicta
el frenesí también calumnias—lánzanse
sin cuento al rostro en medio de la rúa?
No se rinde á las voces mi coraje,
antes de combatir en énea pica.
Mas ¡á las armas y á gozar del bronce!"
Dijo, y tiró la refornida lanza
al *aquileo horripilante escudo.
Sonó, vibró la magna adarga al bote.
El broquel sustentaba, en recia mano
de sí apartado, Aquiles, temeroso
de que lo traspasara luego á luego
del intrépido Eneas el gran dardo.
¡Estulto!: dentro el alma no veía
que armaduras donadas de los dioses,
períinclitas, por hombres de la tierra
ni se rompen ni doblan fácilmente.
Ni entonces destrozado fué su escudo
por la fuerte asta del guerrero Eneas:
El oro, don del numen, la detuvo.[a]

---

[a] Siguen los versos espurios: "pero dos láminas atravesó, Mas quedaban aún tres; pues cinco láminas fabricó el cojo:

Luego su larga pica lanzó Aquiles
é hirió del *dárdano el broquel rotundo,
en el borde, do el bronce era más débil,
más débil la bovina piel. Rompiólo
la *pelía lanza; rimbombó la adarga.
Eneas inclinárase, y medroso
la levantó. Sobre su espalda el dardo,
voló, llevándose uno y otro borde
de la del cuerpo todo cubridora
rodela, y se clavó violenta en tierra.
Se alzó, vitada la gigante lanza;
fija en el suelo cabe sí miróla,
y tembló y le nubló horror infinito
los ojos. Impetuoso acometióle,
desenvainando la cuchilla aguda,
entre terrífico vocear, Aquiles.
Cogió Eneas—empresa prodigiosa—
una piedra, cual hoy de cuantos hombres
viven mortales, dos no bastarían
á conducir. Él la vibrara á solas.
Y entonces del Pelida acometiente
al casco éste la peña disparara
ó al broquel, de una muerte lacrimosa
apartador; ó le alcanzara y muerte
le diera con la espada el de Peleo;
si con ojo avizor no los mirase
el que la tierra hace temblar: Neptuno.
Quien luego habló á los dioses inmortales:
"¡Ay dolor! Del magnánimo Anquisiada
siento piedad, que ya le oprime Aquiles,
ya baja al orco, porque oyó las voces
del flechador Apolo incitadoras.
¡Necio!: contra una muerte lamentable
el dios no le valdrá. ¿Porqué la pena
éste del ciego desvarío de otros
habría de pagar, sin ser culpado?
éste que siempre consagró á los dioses

---

dos broncíneas y adentro dos de estaño; mas una de oro; en ella se detuvo la lanza de fresno."

del ancho Olimpo dádivas placientes?
Pues bien, arrebatémosle nosotros
de la muerte; no sea que se enrabie
el Saturnio, si Aquiles á éste mata.
De la muerte evadirse todavía
acuérdale fortuna, porque entera,
sin retoño, la casta no perezca
de Dárdano; á quien Jove, entre sus hijos
nacidos de mujer mortal, prefiere;
pues ya execra de Príamo el linaje.
Imperarán en Troya la pujanza
de Eneas y los hijos de sus hijos."
Y Juno augusta, del mirar excelso:
"Sacudidor del mundo, ve tú mismo
si has de salvar ó abandonar á Eneas;[a]
que hemos jurado ante los dioses todos
yo y Minerva cien veces que el despeño
jamás apartaremos de Dardania;
bien que la abrasen los marciales Dánaos;
bien que arda toda entera envuelta en llamas."
Oyólo el movedor del orbe, y presto
fué por entre los dardos al conflicto;
do el Anquisiada y el glorioso Aquiles
reñían; y nubló de éste los ojos.
Luego arrancó la azcona bella en bronce
al escudo de Eneas, el magnánimo,
y á las plantas la puso del Pelida.
En alto levantó y lanzó al de Anquises,
por sobre muchas filas de campeones
y de corceles muchas, hasta el linde
de la afanosa lid; do los *caucones.
Á él se acercó el sacudidor del mundo
y prorrumpió en esta palabra alada:
"Eneas, ¿qué deidad, por tu desastre,
te dementó y mandó que pelearas
con el soberbio, prepotente Aquiles,
que en brío y célico favor te vence?

---

[a] Sigue el verso espurio: "para que, siendo valiente, sea domado por el Pelida Aquiles."

Si con él te encontrares, muda rumbo;
que no te tumbes contra el hado al orco.
Cuando el Pelida su destino apure,
respira, lucha en medio á los campeones;
que no te mata ningún otro *dánao."
Partió, dicho el arcano, y de los ojos
desvaneció de Aquiles sin tardanza
la niebla divinal. Vasto horizonte
vió dilatarse el adalid, y dijo
airado para su ánima sublime:
"¡Guay! qué portento con mis ojos miro!
Allí mi pica yace, mas el hombre
á quien yo, ansioso de matar, lanceara,
no parece. También á Eneas aman
cierto los inmortales. Al oírle
tal jactarse, creílo vanagloria.
¡Maldito sea! No tendrá ya aliento
de contender conmigo y venturado
se juzgará porque hoy salvó de nuevo.
Mas ¡ea! á los intrépidos Aquivos
animemos; *ideos embistamos!"
Dijo, voló, atizó doquier la lucha:
"No mano sobre mano estéis ahora,
lejos del enemigo, claros Dánaos.
Id y pugnad fogosos cuerpo á cuerpo.
Con ser alto mi empuje, es ardua empresa
para mi sólo acometer tal turba.
Ni Marte, un inmortal dios, ni Minerva
las fauces de tal monstruo desafiaran.
Hasta do con mi mano, con mi huella,
con mi fuerza, alcanzare, ni un instante
mando que me daré yo de reposo.
Á recorrer voy las falanges todas.
Y no se alegrará—yo lo aseguro—
ningún *teucro, si á mi asta se llegare."
Tal encendía al pueblo. Y clamoroso
roboraba los suyos Héctor fúlgido
y prometía desafiar á Aquiles:
"Dardanios arrogantes, el Pelida
no os amedrente: yo también luchara

en voces con los númenes eternos:
en pica fuera hazaña soberana.
Poderosas sin fin son las deidades.
No todo: la mitad de sus bravuras
cumplirá el de Peleo. Á contrastarle
yo voy; ya que sus manos fueran ígneas,
ígneas las manos; terso fierro, el brío."
Así los alentara: ellos alzaron
las lanzas; arrojáronse impetuosos;
resonó su clamor. Mas á Héctor vino
y tal le habló el esplendoroso Apolo:
"No afrontes, no, Priamida, al de Peleo:
te alanza ó te acuchilla; ve de herirle
entre la muchedumbre y el tumulto."
Dijo. Y Héctor de nuevo se ocultara
en medio á los armígeros varones,
temeroso, al oír la voz divina.
Arrebatado de furor Aquiles,
asaltó en grita horrenda á los de Troya.
Á Ifitión Otrintiada generoso,
y rey potente;—náyade su madre,
en Hida opima, al pié del Tmolo níveo;
demoledor de muros fué su padre—.
Recto venía sobre el claro Aquiles,
cuando éste la cabeza le alanzara
por la mitad y la partiera toda:
cayó; bronco sonó. Glorióse el fúlgido:
"Yace Otrintiada, ó tú, el hombre más fiero.
Aquí tu muerte fué; meció tu cuna
el lago de Gigea; do tu campo
paterno está, del Hilo piscirrico
y del voraginoso Hermo en las márgenes."
Lo dijo ufano. Y sombras envolvieran
de aquél los ojos. Destrozado fuera
su cuerpo de los plaustros rodadores
en la primer falange. Luego Aquiles
á Demoleón Antenorida recio,
baluarte de la lid, rompió las sienes.
Al bote de la pica furibundo
cedió la énea visera; saltó todo

el cerebro, murió del *frigio el ímpetu.
Fugitivo saltaba Hipodamante
del carro; hirióle por la espalda en bronce.
Aquél rindió el espíritu, bramando;
cual de Neptuno, el Heliconio, al ara
el toro por mancebos arrastrado,
ruge;—el Sacudidor se goza en ellos—.
Así, cuando los huesos su grande alma
abandonó, fremiera Hipodamante.
Luego al divo Priamida Polidoro
con gorguz embistió. Venir al campo
Príamo le impedía: de sus hijos
era el menor, del padre el más amado,
el más insigne corredor de todos.
Éste, alardeando con su planta alada,
en placer infantil, corría raudo
á través de los próceres; el alma
hasta dejar allí, alma infelice.
Del corredor Pelida esplendoroso
cerca voló; quien le envasó la pica
en mitad de la espalda, do se uniera
el ceñidor en áurea brochadura;
do le amparara dúplice loriga.
La punta atravesóle de la frámea
hasta asomar por el ombligo: á bruces
cayó, gimió, cubrióle nube negra;
recogió sus entrañas, al doblarse.
Cuando Héctor vió á su hermano Polidoro
en la tierra inclinado y sujetándose
las vísceras, sus ojos se nublaron.
No más sufrió estar lejos del Pelida;
sobre él se abalanzó; dardo afilado
vibró, y flama chispeante semejaba.
Vióle Aquiles, saltó y ufano dijo:
"¡Hélo, al varón que me tortura el alma;
que me oprimió al amigo predilecto!
Ya no hay vitarnos; no hay de efugio senda."
Dijo, y torvo miró al espléndido Héctor:
"¡Acá! al abismo de la rauda muerte!"
No amedrentó al de yelmo fulguroso:

"Pelida, con palabras azorarme,
cual á un niño, no esperes. Vituperios,
denuestos proferir ¿quién no lo sabe?
Sé que eres fuerte tú, yo ante ti, flaco.
Mas consiste en la mano de los dioses
que yo con mi azagaya, siendo el débil,
te mate, que es también la mía aguda."
Dijo, rodeó la lanza y arrojóla.
Mas respiró blandísima Minerva
y en su hálito, del rútilo Pelida
la devolvió, á los piés de Héctor luciente.
Clamando horrendo, y matador, y ciego,
aquél arremetió para el Priamida;
á quien con mano divinal ligera
arrebató y cubrió de densa nube
Febo. Desembrazó la énea azagaya
el corredor espléndido tres veces:
batió tres veces la profunda niebla.
Mas, cuando, poderoso, como un numen,
se irguió por cuarta vez, gritó aterrante,
conminador esta palabra alada:
"La perdición mortal huíste de nuevo,
ó perro, y ya prendido de ella estabas.
Te valió nuevamente el claro Febo.
Á él orarás, cuando al tumulto marchas
de los dardos. Mas si otra vez te encuentro
y si también un dios me patrocina,
te he de extinguir. Empero corro al campo
hora por derribar á quien cogiere."
Decíalo, y á Dríope, lanceada
entera la cerviz, postró á sus plantas.
Dejóle; y las rodillas de Demuco,
el denodado gran Filetorida,
hiriéndolas, detuvo en su carrera;
y rematóle con cuchilla ingente.
Violento derribó del plaustro en tierra
á Laógono y á Dárdano, Biantidas;
á éste mató en montante; en lanza, al otro.
Le abrazó las rodillas Tros, de Alástor:
porque, pues juveniles, cual los propios,

sus años eran, de él piedad hubiese,
la vida perdonando á su cautivo.
¡Estulto!: no sabía que los ruegos
son impotentes de aplacar un hombre
á lástimas ajeno y á blanduras;
á un hombre de iracundia poseído.
Aquél las plantas le estrechaba humilde:
éste en el hígado le hundió la espada:
el hígado cayó; de negra sangre
se hinchió del *teucro el seno. Con tinieblas
cubriéronse sus ojos; voló el alma.—
Y á Mulio con falárica broncínea
la testa atravesó de oreja á oreja.
Á Equeclo, de Agenor, en magna espada
por mitad le partió de la cabeza:
del cruor se calentara el arma toda;
los ojos le envolvió en muerte purpúrea
el crudo sino.—Á Deucalión rasgara
del antebrazo el nexo de tendones,
en la alabesa bróncea, junto al codo:
murió la triste mano; y vió la muerte
ante sí. La cerviz aquél tronchóle
con el acero; y la cabeza, armada
en el morrión, cayó y rodó por tierra;
de la dorsal espina saltó médula:
precípite él se derribó en el suelo.—
Voló á Rigmo, períclito Pirida,
en la glebosa Tracia soberano.
El vientre todo le enclavó en el bronce:
cayó del carro; y á su auriga Aréitoo,
quien el plaustro volviera, pasó el dorso,
y derrumbó: arrancaron las alfanas.
Como por altos valles, montes áridos
dilátase descomunal incendio
espantador;—profundas selvas arden;
retuerce el vendaval doquier los fuegos—;
tal él girara y cual un dios, la azcona
frenético blandía y carnicero:
la negra tierra se inundaba en sangre.
Bien como el que unce sus frontudos bueyes,

para trillar en era cimentada
el blanco trigo, que veloz se suelta
so el pié de los potentes mugidores;
así los del magnánimo Pelida
alígeros corceles por escudos
revueltos con cadáveres trotaran.
Desde la tierra el eje por entero
de sangre se empapó, el plaustro empapóse
por el cruor, que de callos y de ruedas
saltando, salpicábalos. Corría
así tras de la gloria el de Peleo,
ensangrentadas las tremendas manos.

CANTO XXI.

Batalla en las Márgenes del Río.

INIENDO al vado del de hermosas ondas,
voraginoso Xanto, cuyo numen
del inmortal Saturnio fué engendrado;—
allí el Pelida dividió á los Teucros,
y persiguió una parte hacia Dardania,
por la llanura; do la *aquiva hueste
medrosa huyó, la víspera, por Héctor,
el fúlgido, acuitada;—á loca fuga
se arrojaron; detúvolos, ante ellos
profunda, pícea niebla derramando,
Saturnia—. La otra parte fué estrechada
contra las argentinas, latas ondas
retorcidas del río. En él cayeron
con horroroso estruendo: sus honduras
restallaron, y entrambas sus riberas
largas repercutieron fragorosas.
En medio á las vorágines revueltos
entre clamor undívagos nadaban.

Como, al arder del fuego, las langostas
se levantan volantes fugitivas
y en las ondas de un río precipítanse,
ante las súbitas, voraces flamas;
tal delante el Pelida se llenaron
de bigas y hombres, en tropel confuso,
las corrientes del Xanto sonorosas
y sus hondas, innúmeras vorágines.
En la vera fluvial dejó la pica
el hijo del Saturnio, reclinada
en un taray; cogió la espada sóla
y con divino brío á la matanza,
hiriendo, acuchillando, rebanando,
precipitóse: de hombres sucumbientes
revolaron los hórridos gemidos;
de sangre purpuráronse las linfas.
Cual tímidos los peces todos huyen
ante el delfín monstruoso y en los senos
del apacible puerto se aglomeran;—
aquél salta y devora á los que prende—;
tal á través de las corrientes fieras
se ocultaban los Teucros so las ondas,
en pina playa. Y de matar el brazo
se cansó del Pelida, y doce jóvenes
eligió y vivos arrancó á las aguas,
para vengar en ellos á Patroclo.
Cual cervatos sacólos pavoridos;
por las espaldas les ató las manos
con los de sus lorigas bien malladas
cintos gentiles; y los dió á los suyos,
que á la velera flota los llevaran.
Y fué á seguir furente el cruento estrago.
Del Dardanida Príamo la prole
Licaón, quien huía desde el río,
cayó en sus manos.—Ya antes le cogiera
en intempesta noche, cuando el *teucro
en la arboleda patria en bronce agudo
de cabrahigo vástagos cortaba,
para antepecho de su plaustro: vínole
súbita, ineludible la desdicha:

el Pelida lucífero. Á venderle
lo envió por mar á la gallarda Lemnos.
Le compró el hijo de Jasón; y de éste
le mercó en precio excelso el Etionida
Imbrio, huésped del *teucro; libertóle
y le mandó á la esplendorosa Arisba;
de donde se fugó al hogar paterno.
Allí se solazó por once días
entre los suyos, al volver de Lemnos.
Mas al duodécimo de nuevo un numen
en manos le entregara del Pelida;
quien, por más duro que el partir le fuera,
partir le haría á la región *plutonia.
Cuando el fulgente Aquiles le mirara
venir desnudo de celada y pica
y de broquel:—lo depusiera todo:
de en medio de las ondas fugitivo,
le agobiara el sudor y fatigadas
las rodillas temblábanle—; dijera
airado para su ánimo sublime:
"¡Ay me! qué gran portento allí parece!
Los que maté magnánimos *dardanios,
resucitando, tornan ¡por mi vida!
de so las profundísimas tinieblas;
cual éste, quien á Lemnos sacrosanta
vendido fué, escapara al cruento día.
No le detuvo el piélago espumante;
que forzados detiene á tantos tristes.
Mas ¡ea! hagamos que también disfrute
él de la jabalina nuestra el filo.
Ver quiero yo si torna tal cual viene;
ó si la que encadena hasta los héroes
alma tierra también á él encadena."
Suspenso, tal dudaba el de Peleo.
Ansioso de estrecharle las rodillas
y desasirse de funesta muerte
y negra perdición, aquél llegóse
despavorido. El esplendente Aquiles
levantó para herir la luenga lanza
furioso. Mas el *teucro desalado

corrió, se echó á sus plantas, abrazólas:
por sobre el hombre se clavó en el suelo
la del humano cruor nunca harta pica.
Con una palma le estrechaba el *dárdano:
le asía fuerte en la otra el bronce agudo:[a]
"Postrado estoy, Pelida: tú perdóname;
apiádate de mí, tu suplicante,
á un dios confiado, ó vástago de Jove,
que aquí me ves: comiera en otros tiempos
dentro á tu hogar el fruto yo de Ceres,
el día que en mi fértil arbolado
cogiéndome, vendiste por cien bueyes,
lejano de mi padre y mis amigos,
en Lemnos sacrosanta. Mi rescate
será tres veces hoy más abundoso.
Há doce auroras que en Ilión tolero
aquí trabajos mil. Y cruel fortuna
hoy me pone en tus manos nuevamente.
Detéstame sin duda el padre Jove,
quien otra vez me entrega á ti. Me diera,
para fugaz vivir, á luz Laótoe,
de Altes longevo prole,—Altes, caudillo
de los pugnaces *léleges, de Pédaso,
la erguida, rey, bañada por el Sátniois.
Entre otras muchas, hija suya fuera
la consorte de Príamo. Nacimos
de ella dos vástagos; y tú los quieres
á entrambos degollar. En asta aguda
al divo Polidoro derribaste
en medio de los próceres peones;
y hora ya viene sobre mí el quebranto:
no espero—pues que un dios á ti me trae—
tus manos evadir. Mas oye atento,
y mi palabra estámpate en la mente:
perdóname la vida: no yo de Héctor,
quien te mató al amigo bondadoso,
el adalid, soy uterino hermano."

---

[a] Sigue el verso espurio: "y, llamándole, dijo las aladas palabras."

Así le suplicó el claro Priamida;
pero le respondió impiedoso acento:
"¡Estulto! de rescate no hables; calla.
Antes que el día de su sino viera
Patroclo, en perdonar yo á los *ilienses
gozaba y mil, para vender, prendía.
Mas hora ya no habrá quien de la muerte
pueda rehuír, si un dios, de Ilión en torno,
á mis manos le da,—ningún *troyano,
y los de Príamo cien veces menos.
Luego, muere también tú, amigo mío.
¿Á qué gemir así? Murió Patroclo,
muy más fuerte que tú. ¿No ves cuál me alzo
hombre sin tacha, de preclaro padre
y diosa vástago? El morir, con todo,
á mí ya se avecina y cruel destino.
Al alba, al tardecer, al mediodía
vendrá con lanza ó flecha quien me postre."
Dijo. De aquél se disolvió la planta;
faltóle el triste corazón: la pica
soltó; tendió al redor entrambas manos,
y se sentó. Desenvainara Aquiles
la cortante cuchilla de dos filos.
En su pecho la hundió por la garganta:
cayó de bruces y quedó tendido;
corrió negra su sangre á borbollones,
y la tierra empapó. De un pié el Pelida
le cogió y arrojó en medio del río,
entre voces de júbilo penígeras:
"Allá, en pescados circundado, yace,
que el cruor te lamerán de las heridas
placenteros. No te pondrá en el lecho,
para llorarte allí, tu flébil madre.
El Escamandrio en sus revueltas ondas
te arrastrará del ponto á los abismos,
y por saciarse en la grosura nívea
de Licaón, asomarán los peces,
de so el mar, á la trémula llanura
del negreante golfo triscadores.
Hasta que á la sagrada Ilión lleguemos,

pereced en la fuga: tras vosotros
iré, matándoos. Será impotente
á escudaros el río caudaloso,
de vórtices argénteos, cuyo numen
muchas veces con hostias numerosas
de bueyes fué implorado por vosotros;
y con raudos bridones, sepultados
vivos en sus honduras. ¡Vanas víctimas!
Sucumbís á fortuna malhadada,
hasta pagar la muerte de Patroclo
y el estrago de *dánaos que en las naves
matasteis voladoras, yo lejano."
Dijo, y el río se apenó furiente
y revolvió cómo apartar del campo
al fulgurante Aquiles, y de Troya
la destrucción. En tanto el de Peleo,
la luenga pica en mano, y sitibundo
de cruor, á Ásteropeo se arrojaba,
prole de Pelegón; á quien el Axio,
de anchurosas corrientes, engendrara
y Peribea, la hija primogénita
de Acesámeno, y cónyuge del numen
de Axio remolinante. Abalanzóse
el Pelida, y aquél desde la margen,
calados dos venablos, le hizo frente.
Empuje le infundiera el río Xanto,
airado por los hombres, que en sus ondas
mataba impío Aquiles. Se acercaron,
juntáronse, y el corredor lucífero:
"¿Quién, y de dónde tú, que á mí te atreves?
Hijo es de tristes padres quien tal osa."
Y respondió el luciente Asteropeo:
"Magnánimo Pelida, ¿qué preguntas
mi casta? De Peonia, la glebosa,
lejana, soy; de allí son mis asteros,
sus magnas frámeas. Desque vine á Troya
lucido han once auroras. Mi linaje
es de Axio el anchuroso;[a] cuyo numen

[a] Sigue el verso espurio: "del Axio, que vierte sobre la tierra agua bellísima."

engendró á Pelegón, lancero insigne;
de éste, según es fama, yo desciendo.
Mas ya luchemos, fulguroso Aquiles."
Dijo arrogante. Mas la *pelia lanza
levantaba el espléndido Pelida.
Asteropeo, que con ambas manos
campeón armas blandiera, disparóle
ambos venablos. Uno en la rodela,
sin traspasarla, se clavó: detúvolo
la chapa de oro, don del dios. Rozóle
la otra asta en el derecho codo, y negra
brotó la sangre. Se fijó la lanza,
no harta de cruor, por cima de él, en tierra.
Luego, sediento de matar, Aquiles
á Asteropeo la volante pica,
la impetuosa, tiró: tiróla en vago:
la fráxina asta, por la suma riba,
á la mitad del mango hundióse en tierra.
Desenvainó la cortadora espada
y saltó furibundo hacia el *iliense.
Quien se afanaba por sacar del suelo
con recia mano la *aquilea lanza.
Tres veces agitóla vehemente:
tres veces fatigáronse sus brazos.
Á la cuarta intentó doblar el fresno,
por quebrarlo. Mas antes en cuchilla
vino y el alma arrebatóle Aquiles.
Por el ombligo le rompiera el vientre;
y las vísceras todas en la tierra
se vertieron. Del *teucro estertoroso
los ojos anublara la calígine.
El pecho desarmóle con presura
el de Peleo y jubiloso dijo:
"¡Así yace! Difícil te es la lucha
con vástagos de Jove omnipotente,
bien que de fluvial numen procreado.
Hijo te dices tú del ancho río;
mi gloria es ser de Júpiter, el grande.
El poderoso rey de Mirmidonia,
Peleo, prole de Éaco, es mi padre;

Saturnio lo fué de él. Cuanto el Olimpio
á las del ponto tributarias ondas
excede, tanto excede la prosapia
del Padre á la prosapia de los ríos.
Y el tuyo á par de ti corre potente,
por si valerte pueda.—Contra Jove
no hay, empero, luchar. Con él no miden
las armas ni Aqueloyo arrebatado
ni el poderío del profundo Océano,
de quien los fluvios todos y las mares
nacen todas y cuanto arroyo mana
y honda cisterna. Mas, con ser Océano,
le espantan del Saturnio soberano
el fuego y el tronido formidable,
cuando de las alturas ronco brama."
Dijo, y sacó del suelo el éneo dardo.
Allí dejó yacer triste el cadáver,
por la arena, lamido en negras ondas.
De su grosura visceral ansiosos,
en redor de él serpeaban, se agolpaban
los peces, las anguilas. Corrió luego
á los hombres de Peonia en carro armados;
quien junto á las vorágines fluviales
temblaban todavía, desque vieron
caer en cruel pelea y destrozado
á su héroe por la espada del Pelida.
Al filo de ella sucumbió Tersíloco;
Midón y Astípilo, cayeron; Mneso
y Trasio, Enio, Ofelestes, á su filo.
Y el corredor postrara más *peonios
si, mortal semejando, el dios del río,
desde sus hondos vórtices no hablara:
"Ó Aquiles, entre todos hombre excelso:
entre todos los hombres criminoso:
siempre te asisten las deidades mismas.
Si el hijo de Saturno á los Troyanos
exterminar te dió, de aquí persíguelos,
destrózalos terrible en la llanura.
De muertos mis corrientes placenteras
plenas están. Verter al sacro ponto

por entre los cadáveres mis linfas
apenas puedo ya; y matando impío
prosigues tú. Mas déjame en reposo:
que atónito me tienes, rey de pueblos."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"Se hará: lo mandas tú, Escamandrio *jovio.
Pero en los altivísimos Dardanios
no dejaré de derramar la muerte,
en tanto á la ciudad no los arroje
y á Héctor yo desafíe á mortal pugna."
Diciéndolo, embistió, á modo de numen.
Y el río de hondos vórtices á Febo:
"¡Ay de nosotros! dios arquiargentino,
ó prole del Saturnio ¡cómo olvidas
lo que imperioso te ordenara Jove:
acorrer hasta el véspero á los Teucros,
hasta velarse en sombra la alma tierra!"
Dijo; y el ínclito Pelida astero
saltó de la ribera en medio al río:
el que, moviendo sus corrientes todas,
las revolvió, encrespó: lanzó bramante,
con furia, muchas víctimas de Aquiles,
que le llenaban; las lanzó á las ribas,
mugidor, como toro. Y á los vivos
salvó en sus bellas aguas y ocultólos
en sus profundos, vastos remolinos.
Alrededor subieron del Pelida
pavorosas las ondas agitadas,
y vehementes su broquel batieron:
no pudo ya posar la planta en tierra.
Aferróse de un olmo corpulento,
erguido: cayó el árbol; sus raíces
la fluvial margen toda desgarraron;
sus densas ramas la corriente bella
detuvieron; formó valar el olmo.
Saltó de entre los vórtices Aquiles;
saltó y voló con refornida planta
rauda por la llanura temeroso.
Y no amainó el gran dios; abalanzóse
tras él con ondas túrgidas, umbrías.

Quitar ansiaba del marcial empeño
al claro Aquiles y salvar los Frigios.
Á tiro de asta voló aquél, como águila,
la negra cazadora, la más recia,
más rápida de todos los volátiles.
Así saltó y en derredor del pecho
le rebombó medrosa la armadura.
Desvióse de las aguas fugitivo:
ellas con ruído horrísono siguiéronle.
Como el correr del manantial obscuro,
que, por entre las mieses y jardines,
desata el regador;—de la reguera
remueve su escardillo los estorbos;
la linfa precipítase de lo alto
impetuosa, sonora; torbellinos
de piedrecillas rueda; alcanza al hombre—
así llegaban sin cesar las olas
al de Peleo en su corrida fiera;
que puede más el numen que el humano.
Cuantas veces el corredor lustroso
tener firmes las huellas intentaba
por ver si todos los del ancho Olimpo
le perseguían, la turgente linfa
del *jovio río le azotaba el hombro.
Y él saltaba muy lejos, acorado.
El río fatigábale las plantas,
rozándolas furioso y arrastrando
de so los piés la arena. Gimió el héroe,
fijos los ojos en el vasto cielo:
"Ó padre Jove, ¿ningún numen viene
á librarme piadoso de este río?
Como de él salve, sufrirélo todo.
Ninguno de los dioses tan culpado,
cual mi querida madre, que dolosa
me dijo caería yo á las flechas
de Apolo voladoras, bajo el muro
de la *dardania lorigada gente.
¡Oh, si Héctor, su campeón, me derribase!
Adalid á adalid yo sucumbiera.
Mas hora es mi fortuna que arrastrado

del ancho río yo perezca triste,
como es envuelto en invernal torrente,
que pasar intentó, un porquericillo."
Dijo; y Neptuno y Palas al instante
vinieron á par de él en forma humana.
En voces solazosas le cogieron
la mano, y dijo el movedor del orbe:
"Pelida, así no tiembles ni así temas.
Por voluntad de Jove, te acorremos
dos deidades: yo y Palas, la lancera.
No es hado tuyo que te mate el río.
Pronto éste calmará; luego veráslo.
Mas oye dócil nuestra voz discreta:
no des de mano á la funesta lucha
antes que al pueblo *teucro que escapare,
cerques de Ilión dentro los claros muros.
Torna á los naos, cuando postres á Héctor.
Te damos que de gloria te corones."
Dijéronlo, y tornaron á los númenes.
Él, por el gran mandato de los dioses
confortado, corrió por la llanura;
por ella los cristales desatáronse,
hasta inundarla toda. Y armaduras
bellas y numerosas de guerreros
en la lid sucumbidos, y cadáveres
allí nadaron. Él contra las ondas
saltó recto, potente. Y no detuvo
el ancho río desbordado al héroe:
comunicábale potencia Palas.
No calmaba sus furias Escamandro,
sino más se encendía contra Aquiles.
Inmensas encrespó sus oleadas,
y gritó al Símois en sonantes voces:
"Ó caro hermano, entrambos refrenemos
de este hombre la pujanza; quien muy pronto
la ciudad populosa del rey Príamo
derrocará: los Teucros su coraje
no arrostrarán.—Mas tú sin mora acude;
hinche con las fontanas tus corrientes;
agita los arroyos; solevanta

el oleaje y arrastra troncos, piedras
atronador: porque al feroz *aquivo
que campa y ser dios quiere, domeñemos.
No le valdrá, á fe mía, ni arrogancia,
ni gentileza ni las armas bellas;
las que habrán de yacer en lo profundo
de la ciénaga en légamo cubiertas.
So arena y denso cúmulo de guijas
á él mismo velaré, tal que no puedan
jamás hallar sus huesos los de Acaya.
Lama sin fin cumularé sobre ellos:
allí será su signo funerario;
no habrán de alzarle túmulo los Dánaos."

Dijo, y se levantó revuelto, túmido,
y entre espumas rabioso murmurara,
entre sangre y cadáveres. Cual de ostro,
se irguió contra el Pelida y azotóle
ola descomunal del *jovio río.
Gritó estridente Juno, temerosa
de que el voraginoso, inmenso fluvio,
consigo lo arrastrase. Y á Vulcano,
vástago suyo caro al punto dijo:

"¡Sus! cojuelo, hijo mío! Desafía
tu poder en batalla—así lo vemos—
Xanto remolinante. Presto acude
y aparece de fuego en torbellino.
Yo iré y al ábrego y al raudo noto
desde la mar en hórrida procela
impeleré, porque ardan de los Teucros,
en voladora devorante llama,
cabezas y armaduras. Tú del Xanto
en las riberas árboles enciende
y fuego arroja en él. Ni sus halagos
ni amenazas un punto te detengan.
Tu furor no mitigues hasta que oigas
mi voz. Apaga entonces el cruel fuego."

Dijo, y Vulcano la espantosa flama
prendió; la que voló por la llanura;

los muertos abrasó;[a] los campos todos
arideció; detuvo al claro río.
Como el otoñal bóreas seca raudo
la huerta húmida, y goza el hortelano;
así tostóse la planicie toda;
y ardieron los cadáveres. El divo
luego llevó á las márgenes fluviales
el rutilante fuego: ardieron olmos,
mimbreras, tamarices; llameaban
el loto, grama y juncia lujuriantes,
de su cristal purísimo guirnalda.
Y los que por doquier su gentil onda
cruzaban y sus vórtices, anguilas
y peces, á las ráfagas quemantes
de Vulcano sagaz, defallecían.
Del río ardió la fuerza, y exclamara:
"Vulcano, ningún dios á ti se atreve;
ni yo, si en fuego abrasador combates.
Tente, y arroje el fulguroso Aquiles
de la ciudad los Dárdanos al punto.
¿Qué á mí la lid? qué á mí el prestar auxilio?"
Dijo abrasado; hervía el bello río.
Cual bulle, á vivas llamas, la caldera
y del florido cerdo la grosura
licueface;—borbolla sonorosa,
cercada de árida, encendida leña—;
así la bella linfa al fuego hirviera;
su curso detenía: lo gravaban,
parábanlo las ráfagas ignívomas
del numen sagacísimo, potente.
Aquél clamó en alada voz á Juno:
"Saturnia, ¿porqué á mí más que á los otros
acuíta el hijo tuyo? Menos culpa
que todos cuantos á Dardania acorren,
tengo yo. Mas desisto, si tú ordenas;
como él también desista de agobiarme.
Y todavía juraré que nunca

[a] Sigue el verso espurio: "muchos, que á través de ella estaban en abundancia, á quienes había muerto Aquiles."

la fatal hora apartaré de un *teucro;
bien que los Dánaos válidos abrasen
á Ilión entera con voraces llamas.
Lo oyó la diva Juno bracinívea,
y sin tardar dijo á la cara prole:
"Tente, períncIito Vulcano mío:
no ha de sufrir así un dios por los hombres."
Dijo, y aquél la flama temerosa
mató: rodaron plácidas las aguas.
Cayó el furor del Xanto: entrambos dioses
calmáronse, mas Juno mal su grado.
Gravísima, horrorosa, la discordia
de los *olimpios estalló: estrelláronse
entre sí con estrépito grandísono.
Ancha rugió la tierra y anchuroso
el vasto cielo. Júpiter sentado
en el Olimpo oyólo, y regocijo
se derramó en su corazón felice:
rió de ver á los númenes luchando.
La acometida no tardó. Mavorte,
el de broqueles rompedor, á Palas
luego embistió con bronce y dijo en befa:
"¿Qué vienes otra vez, canina mosca,
á levantar batalla entre los dioses
con tu valor atroz, tu loca rabia?
¿No acuerdas que á Diomedes de Tideo
contra mí suscitaste y que tú misma
á mí la lanza nítida apuntando,
el tierno cuerpo herísteme con ella?
Hoy de cumplido pago será el día."
Así diciendo, la égida percute,
la en borlas mil bordada, pavorosa,
que al rayo desafía del Tonante;
Mavorte sanguinario en luenga pica
la percutió. Desviárase Minerva
y en refornida palma alzó del llano
una negra, áspera, gigante peña,
linde rural de los antiguos tiempos.
Al cuello de Mavorte, el desalmado,
tirárala. Los miembros desatóle.

Cayó, siete yugadas[a] ocupando;
cubriérase de polvo su cabello;
sus armas en contorno rebombaron.
Rió Palas, y en alado acento ufana:
"Estólido, jamás imaginaste,
al conferir tus armas con las mías,
que yo, gloriosa, tanto en poderío
te pudiese exceder. Tú de esta suerte
las maldiciones pagas de tu madre,
la cual, contigo airada, tu mal urde;
que á los de Acaya abandonaste y prestas
favor á los Ilienses altaneros."
Dijo y desvió las refulgentes luces.
Asió la mano al dios Venus de Jove;
él profundos gemidos exhalando;
su ánima lentamente en sí volvía.
Á la Afrodite vió Juno bracialba,
y en este acento alado habló á Minerva:
"Ay dolor, hija del tonante Jove,
ó Invicta, ve cómo al sangriento Marte
lleva de en medio á la violenta lucha
esa de canes mosca. Mas tú síguela."
Dijo. De aquélla en pos corrió gozosa
Palas, la arremetió, le dió en el pecho
con la maciza mano una puñada.
De Venus las rodillas al instante
y el flébil corazón se disolvieron.
Ambos yacieran en la madre tierra.
Y Palas dijo alífera, alardosa:
"¡Sean así cuantos á Ilión acorren
y con los Dánaos lorigados pugnan!
¡Sean todos tan firmes y animosos
como Venus, de Marte amparadora,
y en la batalla mi rival: há tiempo
de Ilión la ciudad bella demoliéramos
y se ultimara la labor guerrera!"[b]

---

a Hipérbole.

b Sigue el verso espurio: "Así dijo, y sonrió la diosa, la de albos brazos, Juno."

Y el gran sacudidor del orbe á Febo:
"Ó Apolo, ¿porqué mano sobre mano
estar aquí tú y yo? Deshonra, mengua
fuese al Olimpo y al alcázar éneo
de Jove retornar, sin hacer armas;
ya que los otros hacen. Tú comienza;
eres más joven; no es bien yo principie
que en años te aventajo y experiencia.
¡Ó necio! cómo ciega el alma tienes!
¿Que no recuerdas cuánto padecimos
en Ilión solitarios ambos númenes,
por Jove al soberbioso Laomedonte
enviados por un año jornaleros,
de fijo galardón? Aquél mandaba:
yo la ciudad ceñí de los Dardanios
con ancha y hermosísima muralla,
que á Dardania cercase inexpugnable;
pastor tú, Febo, en las *ideas sierras,
de sus vacas cornígeras tardías.
Y defraudónos el jornal entero
Laomedonte feroz, y en despedida
nos conminó que en ínsulas lejanas,
de planta y mano atados, venderíanos;
y á más amenazó que las orejas
nos cortaría con el bronce á entrambos.
Afligidos, airados por el fraude,
volvimos.—¡Y los pueblos favoreces
de éste hora tú, y no acuerdas con nosotros
el derribo, exterminio de esos túmidos,
de su prole y esposas honorandas!"
Y el rey flechero Febo respondióle:
"Ó movedor del mundo, no creyeras
sana mi mente, si luchase en armas
por los mortales hombres yo contigo;
por los tristes, que nacen cual la fronda,
nutridos con el fruto de la tierra,
lozanos, y que muertos luego caen.
Sea presto la paz; ellos combatan."
Clamó y volvióse, batallar temiendo
contra el paterno hermano. Improperóle

su hermana, de alimañas fieras reina:[a]
"¿Huyes, ó Flechador, y el triunfo todo
das á Neptuno, y dasle en balde gloria?
Necio, ¿llevas el arco por juguete?"[b]
Dijo. No respondiera el Sagitario.
Mas la augusta mujer de Jove airada:[c]
"¿Y hora te atreves tú, perra impudente,
á hacerme rostro á mí? Duro te fuera,
bien que gran flechadora, á mi pujanza
resistir; bien que Jove te hizo leona
de mujeres: matar te dió de entre ellas
á placer.—Más te vale por el monte
fieras cazar y arrancadoras ciervas
que acometer los númenes excelsos.
Empero, si quisieres, contendamos;
ven y sabrás, verás, ya que provocas,
cuánto mayor es mi poder que el tuyo."
Dijo y entrambas manos con la izquierda
asióle, y con la diestra de los hombros
el arco le quitó; con él, sonriendo,
la vuelta faz le hirió por las orejas;
y del carcaj las viras se escaparon.
Llorosa huyó la dea; cual paloma,
que ante el milano vuela á refugiarse
en la abertura del peñón profunda;—
no quiso su fortuna la prendiesen—.
Así llorosa huyó y dejóle el arco.
Dijo á Latona el raudo Mensajero:
"Latona, yo contigo no combato;
pesada es la batalla con esposas
del Tronador. Gloríate, si place,
en medio á las deidades sempiternas,
de haberme superado en ígneo brío."

---

a Sigue el verso espurio: "la muy campestre (=cazadora) Diana y dijo injuriosas palabras."

b Vss. esp.: "De hoy más ya no te oiga en la casa del padre gloriarte, como antes, en medio de los dioses inmortales, de pelear, frente por frente, con Neptuno."

c Vs. esp.: "vituperó á la flechadora con palabras insultantes."

Mercurio dijo. Recogió Latona
acá y allá de entre el revuelto polvo
las viras y el flexible arco *dianeos,
y tornó con las armas de su prole.
Ésta vino al Olimpo, al éneo alcázar
de Jove, y flébil se sentó del padre
en el regazo: estremecióse leve
la ambrósica, virgínea vestimenta.
El padre Jove la estrechó en su pecho
y entre blando sonriso preguntóle:
"¿Qué dios así te maltrató, hija mía?" [a]
Y la flechera, de gentil corona:
"Tu esposa, padre: Juno bracinívea,
que á los del cielo engolfa en recias lides."
En tanto hablaban, fué el luciente Apolo
á la sagrada Ilión, porque los Dánaos
contra el sino aquel día no allanasen
de la ciudad hermosa las murallas.
Y las otras deidades sempiternas,
parte indignadas, jubilosas parte,
volvieron al Olimpo y se sentaron
á par de Jove, rey de las tormentas.
Guerreros y bridones voladores
mataba Aquiles en tropel revuelto.
Cual el humo que al ancho cielo sube
de una ciudad, por los airados dioses
envuelta en llamas;—el fumante fuego
á todos daña, á muchos cruel acora—.
Tal congojaba á los de Ilión el *dánao.
De pié en el sacro alcázar, contemplara
Príamo anciano al hórrido Pelida;
ante quien fugitivos los Dardanios
se aglomeraban. Salvación no había.
Entre gemidos descendió del muro
y alentó á los perínclitos porteros:
"Francas de par en par á las falanges,
que en fuga vienen, sujetad las puertas.

---

a Sigue el verso espurio: "osadamente, como si hubieses cometido un crimen público."

Acosadas Aquiles, ved, las trae.
El gran desastre temo. Así que salvos
dentro de Ilión estén, cerrad de nuevo
las puertas de firmísima factura.
Recelo el matador asalte el muro."
Dijo. Las trabes removidas fueron
y las puertas abriéronse:—á la hueste
nació la luz—. Corrió por ellas Febo
para salvar los Dárdanos; que á Troya
y sus erguidos muros se lanzaban,
abrasados de sed por la llanura
y de polvo cubiertos, fugitivos.
Con la pica seguíalos de cerca
el de Peleo: frenesí de sangre,
ansia de gloria el corazón le henchían.
Á Ilión, de puertas altas, conquistaran
entonces los Acayos, si el Flechero
al intachable Antenorida fuerte,
espléndido: Agenor, no levantara.
Le inspiraba denuedo y le asistía
por defenderle de las graves parcas,
en la haya reclinado, envuelto en niebla.
Aquél vió al *greco, arrasador de muros;
detúvose; fluctuaba grandemente
su corazón magnánimo y decía:
"¡Ay me! si ante el potente Aquiles huyo
por do aterrados los demás se arrojan,
él aun así me prende, me degüella,
cual á un menguado. Y si estrechar le dejo
al pueblo y por la *ilíaca llanura
corro lejos de Troya, hasta ocultarme
entre las frondas de la *idea sierra;—
tornar á Ilión al tardecer podría,
tras de bañarme en las fluviales ondas,
refrigerando el sudoroso cuerpo.
Mas ¿qué me dice mi ánima doliente?
No me vea correr por la planicie
y con la planta corredora alcance;
no habrá evitar entonces muerte y ruína:
es prepotente entre los hombres todos.

¿Y si le afronto?. . . El bronce agudo hiérele:
es vulnerable; tiene una alma sóla;
mortal le han dicho siempre los mortales." [a]
Lo dijo; recobróse y al Pelida
aguardó en corazón resuelto, rábido.
Cual de profunda selva el pardo sale
al cazador;—no treme, no se inmuta;
resuenan los ladridos; acomete;
si de cerca, de lejos, es herido,
si el dardo lo atraviesa, no desmaya:
ó mata al hombre, ó por el hombre es muerto—;
así el claro Agenor, de Antenor claro,
no tembló ante el Pelida acometiente.
La rodela en el brazo, le apuntara,
entre clamor sonable, con el dardo:
"Acaso en este día, Aquiles lúcido,
el pecho enardecido, te prometas
derruír la Ilión de los lanceros Teucros:
¡estólido! Vendrán por causa de ella
todavía desgracias incontables.
La defendemos hombres numerosos;
intrépidos varones defendemos
á los amados padres, las esposas,
la prole. Y tu consumarás, ó monstruo,
ó campeón, aquí el destino tuyo."
Dijo, y con mano válida, certera,
la jabalina aguda disparóle:
le hirió so la rodilla. Crujió horrenda
la greba de recién forjado estaño.
No quebrantó; retrocedió la lanza:
el *vulcanio presente la detuvo.
Luego sobre Agenor divino fuése
Aquiles. Gloria conquistar Apolo
no le dejó. De nieba impenetrable
á Agenor circundando, arrebatara;
le dió tornar placible de la lucha.
Y del campo sacó falaz á Aquiles:

---

a Sigue el verso espurio: "ser; pero el Saturnio Jove le da gloria."

á él, de Agenor en forma, aproximóse,
y al punto huyó: tras él corrió el Pelida.
Mientras volaba por tritíceas mieses,
hacia el voraginoso, hondo Escamandro,
tan sólo un punto aquél iba delante
—le dementaba el dios por la esperanza
de poderle alcanzar con rauda huella—;
gozosos acogíanse en la fuga
á la ciudad, llenándola, los Teucros.
Ninguno osó de la muralla fuera
aguardar á saber quién en la pugna
cayó, ni quién salvó; feliz corría
á Ilión el que penígero librara.

CANTO XXII.

Muerte de Héctor.

HUIDIZOS, cual cervatos, los Ilienses,
dentro de la ciudad y reclinados
en los del muro bellos contrafuertes,
el sudor y la sed refrigeraban.
Los Dánaos en el hombro los escudos
á la muralla *teucra avecináronse.
Á Héctor ligó la funeraria parca
y fuera le dejó, á la puerta *escea.
Y dijo Febo rútilo al Pelida:
"¿Qué me persigues, hijo de Peleo,
en veloz planta, un inmortal á un hombre?
Que un dios yo soy; tú acaso no lo sabes,
y en vano te fatigas. La batalla
de los por ti aterrorizados Teucros
ya nada á fe te importa: refugiáronse
dentro sus muros, y tú aquí viniste.
no me sueñes matar: yo soy sin hado."

Y en ira ardiendo, el corredor Aquiles:
"¡Cómo de mí te mofas, ó Flechero,
tú, el dios más cruel! Tú acá de Ilión aléjasme.
De no, el polvo cien otros morderían,
antes de haber salvado el *ilio limen.
¡Á mí robarme soberana gloria!
¡Á ellos salvar sin pena, sin temores
de ningún vengador! Si desquitarme
pudiese yo de ti, cuál te parara!"
Diciéndolo, partió con ígneo brío,
cual corre con el plaustro en curso leve
por el llano un bridón usado al triunfo.
Así el Pelida con alada planta.
Le vió el primero Príamo, el anciano,
volar entre esplendor por la llanura,
cual la autumnal estrella—el hombre llámala
Can de Orión—; clara, fulgurosa viene
en medio á las tinieblas nocturnales
entre mil y mil fúlgidos luceros;
centella, mas calores abrasantes
triste presagia á los mortales tristes—.
Así de aquél en la corrida el bronce
al rededor del pecho relumbrara.
Gimió el anciano y se golpeó la frente
con las palmas; alzólas gemebundo
y entre agudo clamor al hijo caro
suplicaba: quien fuera de la puerta
erguíase anheloso del combate
con el Pelida. Le tendió las manos
el viejo rey en miserandas voces:
"No esperes, Héctor, no, mi prole amada,
á ese hombre á solas tú, lejos del pueblo;
porque luego al Pelida no sucumbas:
quien es fuerte, muy más que tú. Los dioses
á ese varón aterrador tanto amen,
cuanto yo le amo! Derribado presto
comiéranle los perros y los buítres.
De su grave penar sanara mi alma.
Él muchos nobles hijos me ha robado,
matándolos ó en ínsulas lejanas

vendiéndolos. Ni puedo ver ahora
entre las gentes que á Dardania han vuelto
mis hijos Licaón y Polidoro,
nacidos de Laótoa potente.
Si el *dánao campo los reserva vivos,
rescatarémolos en bronce y oro:
—hay en mi alcázar—: dió tales preseas
á la hija muchas Altes, claro anciano.
Mas si en el reino de Plutón, ya muertos
están, los lloraremos yo y su madre.
Será del pueblo el llanto menos hondo,
con tal que á ti el Pelida no te mate.
Mas, ó hijo mío, de los muros dentro
entra, porque á los Teucros y las *teucras
salves y al de Peleo no sublimes,
ni pierdas tú la placentera vida.
Y de mí, triste como soy, apiádate,
mientras aliento al sin ventura quede;
á quien, de la vejez en los umbrales,
extingue con gravísima fortuna,
en contratiempos mil, el padre Jove:
mató mis hijos; arrancó mis hijas;
mis cámaras saqueó; estrelló por tierra
en cruel pelea, mis infantes tiernos;
llevó por mano cruda, hostil, mis nueras.
Y á mí, por fin, me arrastrarán los canes
en mi dintel voraces, muerto en dardo
ó asta aguda. Los perros que en mi alcázar
y mesa crié guardianes de mis puertas;
ésos, tras de lamer fieros mi sangre,
se tenderán delante mi morada.
Por lanza cortadora destrozado,
en el campo morir de la batalla;
en él yacer desnudo, ensalza al joven.
Mas la cana cabeza, la faz cana,
el pudòr, ultrajados por los perros
en el con bronce traspasado anciano;
es lo más flébil de la flébil tierra."
Dijo; y cabellos blancos arrancábase
de la cabeza: al hijo no ablandara.—

Y allá su madre, sollozante el seno
abriéndose, los pechos con la izquierda
alzó y llorosa habló en aladas voces:
"Héctor, éstos respeta, ó prole mía,
y duélete de mí, si solazosas
te presenté yo un hora estas mamilas.
Recuerda tu niñez, hijo del alma;
y aquí, dentro del muro, reta al hombre:
á solas, no. ¡Qué hombre más pavoroso!
Si te matara, ni en mortuorio lecho
llorarte yo podría, flor dilecta
de mis entrañas, ni tu noble esposa.
Muy lejos de nosotros, por la armada
veloces devorárante los canes."
Tal ellos entre lágrimas rogaban,
y entre clamor, al hijo idolatrado:
él no cedió, firme al ingente Aquiles.
Cual dentro la abertura de una roca
sierpe serrana, de veneno henchida,
aguarda al hombre rábida:—los ojos
revuelve aterradora y se retuerce;—
así de fuerza indómita agitado
no cejaba el Priamida, en el baluarte
apoyada la nítida rodela.
Airado hablaba á su ánima indomable:
"¡Triste de mí! si el limen atravieso,
me reñirá Polidamante al punto;
quien me intimó llevar á Ilión la hueste,
al tardecer de aquel día nefasto
que se alzara el lucífero Pelida.
Le desoí. ¡Quién nunca tal hiciera!
Hora, después que por mi audacia el pueblo
ha perecido, temo á los Dardanios,
las *teucras temo, de rastreras vestes,
que no me diga acaso algún menguado:
"Héctor, el temerario, perdió al pueblo."
Así talvez diríase; y mil veces
prefiero triunfador volver de Aquiles
ó por la patria sucumbir glorioso.—
Y si yo depusiese la rodela

y el robusto morrión; si en la muralla
reclinase la pica y al encuentro
del intachable Aquiles yo corriera,
y Helena y sus innúmeros tesoros,
todos cuantos en ancha nao Paris
á Ilión trajo, atizando la contienda,
volver le prometiese á los Atridas:
si los ancianos *dárdanos juraran
donar justos de todo cuanto encierra
Dardania, la mitad á los Aquivos...[a]
Empero ¿qué me dices, alma mía?
Ni yo voy, ni él me oyese ó perdonase;
al inerme matara, cual á un hembra.
Hablar con él de encinas y peñones[b]
no es hora dado. Así, doncel, doncella,
zagala con zagal,[c] tiernos departan.
Más vale rápidos ir á la lucha,
y ver á quién corona en gloria Jove."
Pensaba, y ya sobre él venía Aquiles,
como el mismo belígero Mavorte,
el del morrión centellador. Vibraba
en el hombro derecho el asta *pelia,
la espantadora; sus broncíneas armas
esplendían, cual flamas de una hoguera
ó del naciente sol. Le vió el Priamida
y se aterró: tener los piés no pudo;
dejó la puerta; huyó precipitado.
Tras él corrió impetuoso, raudo Aquiles.
Como el milano, rapidísima ave,
en la sierra, se arroja, se dispara
tras la paloma tímida; que tuerce
acá y allá el volido temblorosa;—
entre agudo chillar aquél la sigue;
alcánzala una y otra vez, y yérrala;
le va acuciando el ansia de apresarla—;
tal Aquiles corría siempre recto,

[a] Sigue el verso espurio: "los haberes, cuanto la ciudad agradables encierra dentro."
[b] Frase proverbial=árboles y piedras; es decir, naderías.
[c] El verso parece ser espurio.

ardoroso; y así corría alado
Héctor despavorido en cerco á Troya.
Entrambos sin cesar bajo los muros
por la vía volaban de los carros
delante la atalaya, el cabrahigo,
de ventoso follaje; y arribaron
á las fontanas dos, que bellas fluyen,
de donde los arroyos ricos manan
del Escamandro, en vórtices fecundo.
Vierte una linfas cálidas y en torno
brota el vapor, cual humo de entre el fuego:
la otra derrama frígidas corrientes
hasta en horas estivas: cual granizo,
ó nieve gélida ó cristal de hielo.
Á par de las fontanas se extendían
lavaderos lapídeos, vastos, bellos,
do lavaran sus lautas vestiduras
las mujeres de Ilión y hermosas hijas,
en los pasados tiempos de bonanza,
cuando aun lejos estaban los Argólicos.
El fugitivo, el seguidor volaron
por allí: el fugitivo, un hombre noble;
el seguidor, más noble todavía.
Y corrían frenéticos, que el lauro
no era una víctima ni piel de toro:
corona á la corrida de los hombres:
el alma lo era de Héctor cabalgante.
Como en redor se lanzan de la meta
corceles voladores, victoriosos;—
yace en los juegos fúnebres gran premio:
hermosa trípode ó mujer florida—;
así tres veces en carrera loca
de la ciudad *priamea en ruedo fueron.
Mirando estaban las deidades todas.
Y el genitor de humanos y de númenes:
"¡Ay pena! ven correr á un hombre amado
en derredor de la ciudad mis ojos.
Mi corazón se amarga, se lastima
de quien á mí siempre taurinos muslos
quemó: Héctor, ya en las cimas intrincadas

*ideas, ya en el *teucro alcázar. Y hora
en fugaz curso el rutilante Aquiles
al rededor persíguelo de Troya.
Pero mirad ya, ó dioses, y decidme
si salvamos al ínclito guerrero
ó consentimos que le mate Aquiles."
Y Palas, diva de radiantes luces:
"Ó padre, ó fulminante nubinegro,
¿qué dices? Á un mortal, como son todos,
tiempo há por la fortuna condenado
á morir, tú de la llorosa muerte
intentas deslazar? ¡Hazlo! Mas sabe
que no todos los dioses te aplaudimos."
Y respondióle el tronador Saturnio:
"No temas, hija mía, hija del éter:
de corazón no hablé; aplacerte quiero;
valga tu voluntad; nada te arredre."
Tal aguijó á Minerva, ya aguijada;
quien se lanzó de las *olimpias cumbres.
Á Héctor más estrechaba el raudo Aquiles.
Cual levantó de su guarida el perro
en el monte al cervato;—lo persigue
por valles y por breñas, y si á rastras
en la espesura aquél logró ocultarse,
husmea, y hasta hallarlo, corre arreo—;
así no se ocultó al Pelida el *dárdano.
Cuantas veces de Ilión la excelsa puerta
se esforzó por ganar y el firme muro,
por si de sus alturas con los dardos
se le amparaba; Aquiles otras tantas
desviábale del muro á la llanura,
venciéndole en correr; y aquél tornara.
Como quien corre en sueños tras de alguno,
ni le alcanza, ni el otro se le evade;
tal ni salvaba aquél, ni éste le asía.
Pero ¿cómo á las divas de la muerte
Héctor vitado hubiera sin Apolo,
el que, por la postrera vez de todas,
le acorrió, vigoró, movió la planta?
El claro Aquiles con la testa al pueblo

significara no matar en dardo
á aquél: temía el lauro le ganasen.
Pasaban cuarta vez por las fontanas,
cuando alzó el padre la balanza de oro:
de la muerte amarguísima dos hados:
el de Aquiles y el grande auriga *teucro,
en ella puso; suspendióla; el sino
de Héctor se fué inclinando hacia el averno:
Febo le abandonó. Vino al Pelida
la diosa de ojos fúlgidos, Minerva,
y á par de él dijo esta palabra alada:
"Ahora espero, fulgurante Aquiles,
caro al Saturnio, que á la *greca flota
llevemos prez sublime, dando muerte
á Héctor, que nunca se sació de guerra.
Ya no podrá escapar á nuestras manos,
por más que el Sagitario se retuerza
á las plantas de Júpiter tonante
y allí ruegue por él, por él se acore.
Detente ya y respira, mientras á Héctor
persuado yo afrontarte en la batalla."
Habló Minerva; obedeció el Pelida;
se alborozó; apoyóse en la énea lanza.
Ella partió; acercóse al nítido Héctor—
vestida de la faz y la voz férrea
de Déifobo—en alígera palabra:
"Mi caro hermano, ¡cómo te tortura
el corredor Aquiles, te fatiga
de Ilión en torno con alada planta!
Mas ¡ea! resistámosle animosos."
Y el grande Héctor, de yelmo centellante:
"Deífobo, tú siempre de entre todos
cuantos nacimos de Hécuba y de Príamo,
mi hermano habías sido predilecto.
Pero de hoy más, mi amor á ti en el alma
crecer yo sentiré: por mí tú osaste
de la ciudad salir, al ver mi cuita;
todos los otros dentro se quedaron."
Y Palas, diva de ojos rutilantes:
"Unos tras otros, mi querido hermano,

postráronse á mis plantas, suplicáronme:
padre, la augusta madre, cien amigos,
permaneciese allí: tanto temían,
temblaban todos: de dolor acerbo
moría triste yo.—Mas impetuosos
lidiemos; nuestras armas no descansen,
hasta ver si él nos mata y á las naos
lleva anchurosas los despojos cruentos;
ó si oprimido de tu dardo, cae."
Falaz lo dijo, y fué; marcharon ambos
hasta junto llegar al de Peleo,
y el gran Priamida yelmifulgurante:
"Ó Aquiles, me azorabas: no me azoras.
Seguísteme tres veces en contorno
de la ciudad *priamea dilatada
y en mi fuga no osé volver el rostro;
mas hora lo revuelvo denodado.
Contigo soy en la mortal pelea.
Llamemos ya á los dioses, que de pactos
son los testigos grandes y tutores:
que yo no trataré con ignominia
tu cuerpo, si me diere Jove el triunfo,
y te matare. Las preclaras armas
te quitaré, ó Pelida, y tu cadáver
entregaré á los tuyos. Tú haz lo mismo."
Miróle torvo el corredor Aquiles:
"Héctor, de tratos, ó maldito, no hables.
Entre leones y hombres no hay promesas,
no hay juramentos. Amistad no traban
lobos, corderos: arde eterno su odio.
Así jamás benevolencia alguna
entre yo y tú, ni juramento alguno
antes habrá que sacie, muerto en tierra,
de los dos uno con su sangre á Marte,
batallador, de inquebrantable escudo.
Llama tu ciencia, tu bravura toda;
lancero has hoy de ser, mal que te pese;
hoy has de ser combatidor osado.
Ya no hay cejar; te rinde á mi asta Palas.
Cuanto estrago tu lanza hizo en los míos,

todo á la vez lo expiarás ahora."
Dijo, vibró, arrojó la luenga pica.
Venirla vió el Priamida centellante;
doblóse, la vitó; voló por alto,
y en tierra se clavó el dardo broncíneo.
Minerva lo cogió y volvió al Pelida
—á Héctor, pastor de pueblos, ella oculta—.
Y al intachable Aquiles dijo el *teucro:
"Erraste; mi fortuna no has sabido
por Jove, no, ó Pelida deiforme;
cual tú decías, fraguador doloso
de falaces palabras, que, mi mente
amedrentando, mi vigor rompieran.
No por la espalda me hincarás el dardo,
mas por el pecho erguido y animoso;
si tal lo quiere un dios. Declina ahora
tú mi énea lanza.—¡Oh! si toda entera
se hundiese en ti! Tornárase más fácil
á los de Ilión, caído tú, la guerra;
que tú eres el mayor de sus pesares."
Dijo, rodeó, soltó la luenga pica;
y en la mitad hirió de la rodela
certero al de Peleo: la falárica
saltó lejos repulsa. Enfurecióse
Héctor porque voló el asta cortante
ociosa de su mano. Se detuvo,
bajó tristes los ojos: no tenía
ninguna frámea más. Y en grandes voces
llamó á Déifobo, de blanco escudo,
porque le diese poderosa lanza.
Lejano estaba Déifobo. En la mente
Héctor todo lo vió, y clamó, diciendo:
"¡Ay dolor! que los dioses á la muerte
me arrastran; yo lo veo; pues á Déifobo,
el adalid, creí tener al lado.
Y él dentro el muro está; burlóme Palas.
Cerca, muy cerca ya mi muerte viene,
luctuosa muerte. Efugio no hay. Tal quísolo
—no es de hoy su beneplácito—el Saturnio
y su hijo flechador; quien antes siempre

me escudaran benévolos. La parca
ya me alcanzó.—Pero ¡por vida mía!
no caeré sin pugna encarnizada;
no caeré sin gloria. Mis proezas
dilataránse eternas por el mundo."
Lo dijo, y desnudó la aguda espada,
que del cinto pendíale robusta,
ingente; y se dispuso á la embestida.
Cual águila sublime, que se arroja
sobre tierno cordero ó liebre tímida,
al llano desde nubes tenebrosas;
tal, el acero tajador vibrando,
Héctor cerró: cerró con él Aquiles;
truculento lanzóse, protegido
de la rodela primorosa el pecho.
La centellante, cuádrupla cimera
se agitaba, y ondeaban en contorno
las que para el airón forjó Vulcano
espesas, delicadas crines de oro.
Cual va por las tinieblas de la noche,
en medio de los astros, el lucero,
de la sidérea bóveda corona;
así de su afilada pica el lampo.
Con la diestra girábala el Pelida,
rábido, fijos en el fúlgido Héctor
los ojos, en su cuerpo hermoso fijos,
para ver dónde herirle. Lo cubrían
entero, las gentiles, éneas armas,
que arrebató á la fuerza de Patroclo,
cuando muerte le dió. Tan sólo nuda
de la garganta la raíz estaba;
do la herida es mortal. Allá su dardo
con furia despidió el fulgente Aquiles:
lo traspasó: asomó a la cerviz tierna
de la broncínea, ponderosa lanza
la punta; empero, no cortó sus fauces
enteras, ni la voz arrebatóle.
Héctor se derrumbó, cayó en el polvo.
Y gritó ufano el rútilo Pelida:
"Héctor, cuando á Patroclo derribaste,

pensabas por fortuna estar seguro,
de mí olvidado, que morara lejos.
¡Ó necio! lejos en las anchas naos
un vengador muy más fuerte él dejaba
en pos: á mí, quien hoy te he quebrantado
las rodillas. Harán en ti destrozos
de ignominia los perros y las aves:
harán á aquél los Dánaos pompa fúnebre."
Y en tenue voz el del rielante yelmo:
"Por tu alma, tus rodillas, por tus padres,
no dejes que en la flota me devoren
canes *helenos. Bronce, oro copiosos,
que te darán mi padre y madre amada,
acoge, porque abrasen en la pira
mi cuerpo los de Ilión y sus esposas."
Le miró torvo el corredor Aquiles:
"No me conjures, perro, por mi vida,
ni por mis padres. Fuerza yo quisiera
y corazón azás, para tu carne
cruda romper y devorar, por todo
cuanto me has congojado. Así ninguno
de tu cabeza alejará los canes;
bien que luego á mis plantas depusieran
precio diez, veinte veces infinito,
y más me prometiesen todavía.
Aunque intentase el Dardanida Príamo
comprarte en oro; la que te engendrara
madre excelsa, jamás te lloraría
recostado en el tálamo funéreo.
Devoraránte todo perros y aves."
Y moribundo el de flagrante yelmo:
"Bien ya lo sé; temíalo; no cías;
es férreo el corazón dentro á tu pecho.
Hora ve que los dioses no me venguen
el día que, con ser tu denodado,
Alejandro y Apolo fulguroso
daránte muerte en las *esceas puertas."
Decía, y del morir el fin velóle.
De sus miembros voló el alma al averno,
llorando su partir infortunado,

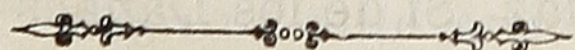
llorando ajada en flor su fuerza y vida.
Repuso al muerto el esplendente Aquiles:
"Muere. Vendrá mi parca, cuando mande
Jove y los otros númenes eternos."
Dijo. Del muerto retirara el bronce.
Depúsolo, y del hombro el arnés cruento
le arrebató. Los Dánaos de doquiera
acudieron, corriendo, y admiraron
las formas y belleza asombradoras
de Héctor. Mas nadie se acercó al cadáver,
sin herirle. Y así se hablaba entre ellos:
"¡Hola! que es de atentar más blando hoy día
Héctor que al abrasar nuestros bajeles."
Dijeran; y viniendo, maltratábanle.
El corredor, espléndido Pelida,
tras desarmarle, dijo, circundado
del pueblo *aquivo, esta palabra alada:
"Ó amigos, príncipes, ductores *dánaos:
pues que matar los númenes me dieron
al hombre funestísimo entre todos,
¡ea! ciñamos la ciudad en armas,
por conocer el ánimo del pueblo:
si dejan el alcázar, muerto aqueste;
ó si, á pesar de todo, firmes lidian.—
Empero ¿qué me dices, alma mía?
Muerto Patroclo en los bajeles yace,
sin lloro, sin funérea pompa el hombre
que nunca olvidaré mientras morare
yo entre los vivos, y éstas mis rodillas
se muevan. Y si olvidan los del orco,
yo en él me acordaré del caro amigo—.
Mas ya cantad el peán de la victoria,
mancebos de la Argólida, y llevemos
á los navíos anchurosos éste.
¡Gran gloria; que matamos á Héctor claro,
en quien Ilión como en un dios confiara!"
Dijo, y excogitó nefando crimen
contra Héctor esplendente. Perforóle
sobre los calcañales, tras los músculos,
las plantas y le ató en bovinas cuerdas

por ellas á su plaustro. Por el suelo
dejó arrastrar la testa del cadáver.
Subió en el carro; en él, las claras armas;
hostigó los indómitos bridones;
y ellos volaron. Nubes envolvieran
de polvo el cuerpo de Héctor,
deslazada al redor la corvina cabellera,
empolvorada la cabeza toda,
¡antes tan bella!—dió á los enemigos
en suelo patrio deformarla Jove—.
Pulverulenta así su testa entera,
arrancóse su madre los cabellos;
lanzó lejos de sí el velo fulgente
y sollozó con míseros sollozos,
mirando al hijo. Tristes ayes daba
el desdichado padre, y en contorno
gemía el pueblo: Ilión gemía toda.
Lloraban cual si la alta Troya entera
entre sus llamas derribase el fuego.
Apenas retuviera ya su gente
al anciano, que, en rábidos transportes,
salir quería por la puerta *dárdana.
En la sórdida tierra revolvíase
y á todos y cada uno suplicaba:
"Dejadme, amigos, duela lo que duela;
dejadme ir solitario á los bajeles
de los Aquivos: suplicar yo quiero
á este hombre sin entrañas, prepotente;
por si mi edad respeta y de mis canas
se lastima; que tal también Peleo,
su padre, está, quien le engendró, que envióle
para desdicha de los *teucros pueblos
y mía sobre todo: tantos hijos
en flor me arrebató. Mas todos ellos
el corazón no tanto me destrozan
como éste sólo, cuya flébil pérdida
me arrastrará al averno muy en breve:
Héctor. ¡Oh! si en mis brazos él muriera,
de llorar y gemir nos hartaríamos
la triste, que su madre fué, y yo mismo."

Dijo llorando, y los de Ilión gemían.
Hécuba entre las *teucras sollozaba:
"¡Hijo! triste de mí! ¿para qué vida
quiero ya, tras de tantas desventuras,
tras de verte morir? á ti, mi gloria
por doquiera, en el día y en la noche
mi orgullo y á los Teucros y las *teucras
en toda la ciudad, amparo y lumbre.
Á par de un dios te honraban; ufanábanse
de ti. Yaces hoy muerto en cruel fortuna."
Decía entre gemidos. Mas la esposa
de Héctor todo ignorara; ningún nuncio
dijérale que él batallando estaba
fuera de Ilión. En penetral recóndito
del alcázar soberbio veste doble,
purpúrea, de labores mil, tejía.
Y mandó á sus doncellas bien trenzadas
poner ingente trípode á la lumbre,
porque Héctor, al volver de la batalla,
aderezado hallase tibio baño.
¡Mísera! no sabía que muy lejos
de bañeras, á manos del Pelida,
Palas, de ojos fulgentes, le matara.
Oyó sonar desde el alcázar ayes,
oyó gemidos: retembló su cuerpo;
cayó la lanzadera de su mano;
dijo á las siervas, de trenzado hermoso:
"¡Ea! conmigo dos venid; ver quiero
qué sucediendo está. Á mi cara suegra
oigo gemir; del pecho á la garganta
sáltame el corazón; siento rigentes
mis plantas, mis rodillas: á los hijos
de Príamo ya alcanza desventura.
¡Que ella no suene nunca en mis oídos!
Tiemblo, con grande sobresalto temo
que á mi fortísimo Héctor solitario
del muro separara, persiguiera
por la llanura el esplendente Aquiles;
y sea ya su víctima, inmolada
por su propia luctuosa valentía,

que siempre le transporta, de la hueste
siempre le aparta, siempre le adelanta
muy lejos; que él no treme ante ninguno."
Diciéndolo, corrió por el alcázar;
corrió como frenética; estallábale
el corazón. Las siervas la seguían.
Llegó á la gente del baluarte inmensa;
paróse en la muralla y en contorno
miró: arrastrado vió delante el muro
á aquél por rápidos corceles; que iban
hacia las naos anchas placenteros.
Noche profunda le veló los ojos;
cayó de espaldas en mortal deliquio.
De su cabeza, desprendido, lejos
el ornato magnífico saltara:
la mitra, la diadema primorosas,
y el velo que le diera la áurea Venus,
el día que Héctor, de morrión rielante,
tras de colmarla en donas, la condujo
desde el hogar de Eción. La circuyeron
las hermanas y afines del esposo;
que en sus brazos cogieron á la triste,
como una exánime. Tornó el aliento,
por fin, y en sí volvió. Gimió anhelante
en medio de las *dárdanas, diciendo;
"Héctor: ¡pobre de mí! los dos nacimos
con la misma fortuna: tú en Dardania,
en la casa de Príamo; yo, en Tebas,
en la ladera del selvoso Placo,
en la casa de Eción; quien, lacerioso,
á mí, más laceriosa que él y pobre,
me crió... ¡Oh, si jamás él me engendrara!—
Y hora te vas tú al reino del averno,
de la tierra al abismo, y entregada
á congoja infinita á mí me dejas;
en el hogar me dejas solitaria;
¡y el niño aun tan tierno, el niño tuyo,
el mío, que nació en aciago día!
Tú no serás su gloria—tú ya no eres—
ni él será tu solaz. Si de los Dánaos

la desastrosa guerra por ventura
lo perdona, le aguardan para siempre
trabajos y pesares. Sus campiñas,
sus haberes le usurparán. Aleja
del niño pronto la orfandad los niños.
Flébil la faz inclina tristemente
el huérfano. Del hambre va acosado
á los amigos de su padre. Al uno
tira del manto, al otro de la túnica.
Alguien, que de él se apiada, algunas gotas
en su taza le brinda, que humedezcan
su labio, no la boca refrigeren.
Y acaso un hijo, cuyos padres viven,
opulentos, le arroja del banquete,
con la mano le hiere y tal le befa;
"¡Quita! no está en nuestro festín tu padre."
Y entre llorar viene á su madre viuda
el niño; viene Astíanax; quien antes
en el regazo de su padre siempre
con la flor se nutriera del cordero,
la flor de su grosura y de su carne.
Y fatigado de jugar, dormía
en su mullido lecho, entre los brazos
de la nutriz, henchido de ventura.
Ahora, sin padre amante, mil tormentos
padecerá mi Astíanax;—le llaman
así los Dárdanos, que tú sus puertas
y anchos muros, tú sólo defendías.
Hora, después que, en los navíos corvos
y lejos del hogar, en ti se sacien
los perros, te devora copia hirviente
de gusanos; y nudo tu cadáver!
Y vestes muchas, finas, delicadas,
bella labor de femeniles manos,
yacen aquí en tu hogar.—¡Al fuego todas!:
no son ya para ti; no en ellas duermes.
¡Al fuego ante *troyanos y *troyanas!
Abráselas la flama en honor tuyo."
Y lloraba, y gemían las mujeres.



CANTO XXIII.

Juegos fúnebres por Patroclo.

Así á través de la ciudad lloraban.
Arribaron los Dánaos á sus naves
del Helesponto; y fueron á las tiendas
todos dispersos. No dejó el Pelida
por el campo á los suyos derramarse,
diciendo tal á su esforzado pueblo:
"Mirmidones, de rápidos corceles,
ó amigos caros: las volantes bigas
aún no soltéis. Con ellas y los carros
á Patroclo cercad: le lloraremos:
merecen este honor los que sucumben.
De la congoja triste aligerado
el corazón, desataréis las bigas,
y prevendráse la comida á todos."
Dijo, y lloró; lloró su pueblo entero.
Gemebundos guiaron por tres veces
bridones, de clin bella, en torno al muerto.
Entre ellos excitaba ansia de lloro
Tetis, y las arenas se inundaron,
inundáronse en lágrimas sus armas:
tanto por el campeón formidoloso
suspiraban. Aquiles rompió en llanto
y sobre el pecho del amigo puso
las manos en la lid asoladoras:
"Salud, ó mi Patroclo, hasta en el reino
del orco, pues cumplido está ya todo
cuanto yo prometí: que arrastraría
á Héctor acá, do perros destrozaran
su cuerpo; y que mancebos nobles doce
de Ilión degollaría ante tu rogo,

en medrosa venganza de tu muerte."
    Dijo, y pensaba cómo al fúlgido Héctor
de ignominia colmar: tendióle á bruces
cabe el lecho funéreo de Patroclo;
en el polvo tendióle. Desnudáronse
aquéllos de sus armas centellantes.
Las soberbias, relinchadoras bigas
soltaron y sentáronse á millares
del corredor Pelida cabe el pino.
Abundoso banquete funerario
dispuso Aquiles. Muchos crasos bueyes
bramaron, al caer bajo el acero;
ovejas y balantes cabras muchas.
Cerdos muchos, de cándidos colmillos
y florida grosura, sobre el fuego
que abrasara sus setas, extendieran.
Al rededor del muerto, en largas ondas,
á torrentes la sangre difluía.
    El soberano, corredor Aquiles
los reyes de la Acaya al claro Atrida
apenas condujeron: tan doliente
su pecho estaba por el muerto amigo.
De Agamenón llegaron á la tienda;
y á los canoros pregoneros pronto
mandaron acercar trípode magna
al fuego, por si Aquiles, de Peleo,
lavar sus cruentos miembros consentía.
Rígido repugnáralo y jurara:
    "Por Jove, el dios excelso, el dios bondoso,
no ha de tocar la linfa mi cabeza
primero que en la pira yo á Patroclo
ponga; levante funerario signo;
el cabello me corte; que tal pena
nunca me volverá á partir el alma,
mientras entre los vivos yo morare.
Al lúgubre festín vamos ahora.
Ordena, Agamenón, rey de los pueblos:
al despuntar el día de mañana,
se traiga leña de la selva y todo
cuanto el muerto que parte á las tinieblas

del orco, ha menester; porque la llama
le arrebate voraz á nuestros ojos,
y el pueblo sus faenas reanude."
Dijo; se obedeció su voz al punto.
Aderezaron prestos la comida.
Comieron; nada en el común banquete
faltó á su anhelo de bebida y vianda.
Luego en sus tiendas á dormir se fueron.
Del ponto sonador en la ribera,
do de las ondas el romper limpiara
la playa, acostóse él, circundado
de *mirmidones, gemidor y triste.
El sueño, alivio al corazón cuidoso,
se avecinó y cercóle blandamente:
la carrera tras Héctor en contorno
de la ventosa Ilión, le fatigara
los claros miembros con mortal fatiga.
Dormía. Aproximósele en el sueño
el alma de Patroclo desdichado:
suya era la estatura, y bellos ojos,
y voz y vestimentas. Se detuvo
á su cabeza y de esta suerte hablóle:
"¿Duermes, ó Aquiles, sin de mí acordarte?
No olvidaras al vivo; al muerto olvidas.
Entiérrame prestísimo: las puertas
del orco pase; me coercen lejos,
y atravesar el río y con las almas
de allende congregarme no permiten
las sombras de los muertos animadas;
y vago de Plutón por la alta puerta.
Hora la mano dame: estoy penoso,
que nunca he de tornar ya del averno,
después que me abraséis en pira hermosa.
Jamás ya, cual lo hacíamos en vida,
á solas abrirémonos el pecho.
Arrebatóme la horrorosa parca,
destino mío, con que al mundo vine.
También el tuyo, Aquiles deiforme,
es sucumbir de los Ilienses nobles
bajo los muros. Oye otra palabra

y cúmplela, si place. No lejanos
de los tuyos mis huesos, ó Pelida,
guardes; juntos estén, tal como juntos
en vuestro hogar crecimos, desque, el día
de la matanza horrífica, me trajo
niño á la casa vuestra, desde Opunte,
Menecio; pues, jugando á los astrágalos
yo ¡miserable! airado, sin quererlo,
de Anfidamante al hijo di la muerte.
El auriga Peleo entre los suyos
me acogió, me educó, me amó y amigo
tuyo me hizo. Y así, nuestras cenizas
en la misma urna reservadas queden."[a]
Y respondióle el corredor Aquiles:
"¿Á qué venir tú, mi alma idolatrada?
á qué mandarme aquesto? Cual lo has dicho
todo, todo se hará, punto por punto.
Pero á mis brazos ven: las graves ansias,
bien que por un instante, mitiguemos."
Lo dijo, y le tendió las tristes manos.
Desvanecióse el alma y vaporosa
con ligero estridor se hundió en la tierra.
Atónito el Pelida, incorporándose,
batió las palmas y apenado dijo:
"¡Ay dolor! Algo es todavía el ánima,
algo la sombra, hasta en el reino umbrío;
mas de fuerza y espíritu carece;
que de Patroclo mísero la mente
toda la noche á par de mí llorosa
y gemebunda estuvo; suplicóme
lo que por ella hiciese; y era él mismo."
Dijo, y de todos acreció el lamento.
Lloraban. Del cadáver miserando
en torno difundíase la Aurora,
de róseos dedos. Y el potente Atrida
en todo el campo apresuró á los hombres
que con mulos por leña al bosque fueran.

---

[a] Sigue el verso espurio: "(urna) de oro, de dos asas, que te dió la poderosa madre."

Partió con ellos un ductor eximio:
Meríones, del brioso Idomeneo
amigo de armas. Hachas leñadoras
y cuerdas bien torcidas en las manos,
marcharon, precedidos de los mulos.
Al monte, al valle, á diestra y á siniestra
anduvieron larguísima jornada,
hasta del Ida acuoso á la alta sierra.
Allí con las segures afiladas
presurosos, ardientes derribaron
encumbradas encinas; que caían
con gran fragor. Partíanlas al punto
y cargaban los mulos; que, deseosos
de la llanura, hollaban y rompían
á través del ramaje denso, el suelo.
Los leñadores todos también iban
con leños; tal mandáralo Meríones.
del animoso Idomeneo amigo.
Á tierra sacudieron, cumulando,
los haces, donde el túmulo soberbio
alzar quería Aquiles á Patroclo
y á sí propio. Depuesta, amontonada
la inmensa selva toda, se sentaron
agolpados allí. Mas el Pelida
á sus gentes belígeras mandara
ceñirse el bronce y prevenir las bigas.
Armáronse veloces y á los carros
ascendieron aurigas y guerreros.
Delante iban los plaustros; en seguida,
infantes mil y mil, cual una nube.
Del haz en medio, el cuerpo de Patroclo
llevaban los amigos. Todo entero
los que cortados en su obsequio fueron
cabellos le cubrían. La cabeza,
detrás de él yendo, el lucidor Aquiles
le sostenía con pesar, que enviaba
hacia Plutón al intachable amigo.
Al paraje llegaron señalado
por el campeón. En él se detuvieron
y levantaron la crecida selva.

Mas otro pensamiento entró en el alma
del corredor brillante: de la pira
fué lejos y la blonda cabellera
floreciente, nutrida para el río
Esperqueo, cortóse y dijo en ira,
las anchas, rúbeas ondas contemplando:
"Esperqueo, mi padre te invocara
en vano; que él votó, si retornase
de aquí yo al suelo de la patria amado,
mi cabello ofrendarte y hecatombe
de cincuenta carneros, inmolada
cabe las fuentes do tu sacra silva
se alza, do fuman tus fragrantes aras.
Tal te rogó el anciano: desoíste
sus preces tú. Mas, pues tornar no debo
á mi patria querida, lleve al orco
Patroclo, el adalid, mi cabellera."
Así diciendo, púsola en las manos
del adorado amigo; y todo el pueblo
movióse á lágrimas. Y en medio al lloro
el sol su lumbre hundiera en el ocaso,
si al Atrida no fuese presto Aquiles:
"Agamenón, á ti más te obedecen
los pueblos—tiempo de llorar aun queda—
Dispérsalos de aquí; manda que coman:
ardamos, sus amigos, en la pira
al muerto, y con nosotros los ductores."
Oyólo el rey del pueblo y sin tardanza
los envió libres por la armada hermosa.
Allí también sepultadores hombres
quedaron, que con leña amontonada
la pira de cién piés por ambos lados
dispusieron y en lo alto de la hoguera
al muerto colocaron doloridos.
Muchas pingües ovejas, muchas vacas,
de tardos piés y poderosos cuernos,
sacrificaron, de la piel desnuda,
ante la pira. De las hostias todas
la grosura cogió el pujante Aquiles;
de la testa á la planta cubrió en ella

el cadáver; á torno de él las víctimas,
quitada ya la piel, acumularan.
Luego ánforas de miel y de olio puso
en el funéreo lecho reclinados.
Entre sollozos arrojó en el fuego
cuatro corceles, de cerviz altiva.
Arrojó en él dos canes—degolláralos
de entre los nueve que del rey guardaban
el hogar. Y los doce nobles vástagos
de los Teucros belígeros, en bronce
degolló fiero y arrojó á la pira,
y á ella lanzó la fuerza de las flamas,
la férrea, gemidor, y al claro amigo
"¡Salud, clamó, ó Patroclo, hasta en el reino
de Plutón; que cumplido está ya todo
cuanto yo te mandé; doce mancebos
nobles de los magnánimos Ilienses
á par de ti devorará la llama;
á Héctor Priamida, no, sino los perros."
Dijo amenazador. No le comieran:
los apartara día y noche Venus,
de Jove prole, y con divino aceite,
de rosas, odorífero, le ungía;
porque su piel, si le arrastrase Aquiles,
no se dañara. Nube tenebrosa
al llano desde el polo suspendía
el fulgurante Febo, en que velaba
el sitio todo do yaciera el muerto;
porque del sol la fuerza no tostase
prematura sus músculos, sus miembros,
del cuerpo en derredor la carne entera.
Mas no flameaba el fuego de la pira.
Y el centellante, corredor Aquiles
lo contempló, reflexionó, apartóse:
llamara al Bóreas y llamara al Ábrego;
sacrificios espléndidos votóles;
libárales ferviente en áurea taza;
les rogó ya soplaran, y la hoguera
con el muerto vivaces, impetuosas
las llamas consumiesen. Iris rauda

oyó sus ruegos y nuncia fué á los vientos.
Del Ábrego bramante en la morada
á torno del festín estaban todos.
Sobre el lapídeo limen se detuvo
Iris volante: viéranla, se alzaran
y cada cual llamárala á su lado:
Sentarse repugnó con estas voces:
"Hoy no; que á las oceánicas corrientes
torno y de los *etíopes al reino;
do hecatombes se inmolan á los dioses:
estar yo quiero en el banquete sacro.
Llama al Bóreas, al Céfiro sonante
el Pelida y les vota bellas hostias,
si la pira le inflaman donde yace
Patroclo; á quien el pueblo entero llora."
Dijo, y partió: se levantaron ambos
horrisonantes y ante sí lanzaran
las nubes. Por el piélago volaran
y en ráfagas silbantes conmoviéronlo.
Ya en la glebosa Ilión, sobre la pira
cayeron, y rugió de entrambos vientos
al ímpetu y fragor toda la noche
inmenso el fuego. Y el veloz Aquiles
la noche toda con la taza el vino
sacaba de áurea jarra y lo vertía,
rociando el suelo y sin cesar llamando
al alma de Patroclo sin ventura.
Como del hijo desposado el padre
llora, sus huesos al quemar, y triste
llora también su desgraciada madre;
así el Pelida, al abrasar los huesos
del amigo, lloraba; entre sollozos
al redor se arrastraba de la pira.
En la hora que, el lucífero, á la tierra
nacido, crece en pos de él sobre el mundo
la Aurora peplicrócea, los ardores
de la hoguera cayeron, y la flama.
Á su patria los vientos retornaron
por la mar *trace; que estalló turgente.
Se apartó laso Aquiles; recostóse,

rendido al sueño dulce.—Dispertara
al rumor de los suyos, que en contorno
de él se agrupaban; alto irguióse y dijo:
"Atrida y demás próceres *acaicos,
en fulguroso vino por doquiera
de la pira extinguid las ascuas todas.
Los huesos de Patroclo recojamos
atentos; se distinguen claramente;
que en la mitad quemóse de la hoguera;
revueltos los demás con los bridones
se incineraron por la orilla lejos.
Con doble tela de grosura envueltas
guardemos en urna áurea sus cenizas,
hasta que á mí también me vele el orco.
Mediana tumba levantad, no ingente:
quien en las de remeros ricas naos,
me sobrevivan, álcenla muy alta."
Dijo; y al corredor obedecieron.
En refulgente vino cuantas ascuas
de la hoguera quedaran, apagaron:
y descendió profunda la ceniza.
Llorando, del amigo bondadoso
la cándida osamenta recogieron;
y con dúplice velo de grosura,
y dentro el pabellón, en urna de oro,
entre cendal de lino depusiéronla.
Del monumento el círculo medido,
al rededor del fuego dispusieran
las bases; y con tierra amontonada
fué levantado el túmulo. Volvían.
Detuvo al pueblo Aquiles y mandóle
cercarse á la redonda en ancho cerco.
Y juegos fúnebres previno y trajo
de sus naves, por premios de la lucha,
calderas, trípodes, corceles, mulos,
bueyes ingentes, albicante fierro,
doncellas de gallarda ceñidura.
Al más veloz de los aurigas puso
por galardón una mujer sin tacha,
y bella y de labores sabedora;

y trípode[a] de veintidós medidas.
Al segundo una yegua de seis años,
aun no domada, y grávida de mulo.
Para el tercero una caldera bella,
no usada al fuego, de medidas cuatro:
un ascua de oro. Para el otro puso
talentos áureos dos; y para el quinto,
urna doble, de flamas no tocada.
Paróse Aquiles y á los pueblos dijo:
"Atridas y demás, de claras grebas,
hombres de Acaya: colocados tengo
en la arena los premios de los plaustros.
Si el muerto á quien los juegos funerales
honran, fuese otro, yo á mi tienda el precio
primero me llevara. Mis bridones,
vosotros lo sabéis, rival no tienen:
son inmortales. Los donó Neptuno
á Peleo, mi padre; él á mí diómelos.
Aquí con mis corceles yo me quedo;
la gloria del auriga ellos perdieran:
del hombre blando, que en la crin vertióles
tantas veces aceite liquidable,
tras de bañarlos en las puras ondas.
Le lloran y deslizan á la tierra
las crines, de congoja traspasados.
Prevengan la corrida cuantos fíen
de sus bridones y robustos carros."
Aquiles dijo. Aurigas voladores
se levantaron. Levantóse á la hora
de Admeto el caro vástago, rey de hombres:
Eumelo, el gran cabalgador auriga.
Tras él, Diomedes, el Tidida fuerte,
los *dárdanos bridones que quitara
á Eneas—quien salvado fué por Febo—
unció. Y unció los suyos corredores:
Ete, de Agamenón yegua, y Podargo,
su corcel propio, el blondo *jovio Atrida
Menelao. Donada fuera aquélla

a Caldera de tres piés.

al rey por Equepolo, hijo de Anquises,
por no venir con él á Ilión ventosa;
—gozar quería la riqueza inmensa,
que en Sición, la anchurosa, le dió Jove—.
Apenas fué la indómita, fogosa
atada al yugo. Unció el cuarto su biga
de hermosa crin, Antíloco fulgente,
prole de Néstor, el Nelida anciano,
el pujante campeón. *Pilios corceles,
alígeros, el plaustro le arrastraban.
Vino aquél y sagaz al sagaz dijo:
"Á pesar de tu tierna edad, Antíloco,
Jove y Neptuno amantes te enseñaron
el arte todo de regir bridones.
Así talvez no has menester maestro.
Volar en torno de la meta sabes.
La biga tuya, empero, es la más tarda.
Ella me hace temer por tu victoria.
Los otros en destreza no te exceden;
pero ellos van en bigas voladoras.
Oye, pues, hijo mío, mi consejo;
medítalo muy bien, porque no pierdas
el premio, que cercano ves. Más puede,
y mucho más, el leñador experto
que el fuerte. Por el piélago purpúreo
con la prudencia rige el leve pino,
batido de los vientos, el piloto.
Con la prudencia el plaustro al plaustro vence.
Quien, fiado en sus bridones y su carro,
se arroja y precipita por la arena,
le lleva ciega errática la biga.
El prudente á quien más tardíos llevan
los bridones, la meta siempre mira
y siempre recto va, fijos los ojos;
los taurinos tirantes no relaja;
y al delantero sin cesar atisba.
Verásla bien; es la señal muy clara:
leño árido de encina ó bien de abeto
una brazada sobre el suelo elévase,
incorruptible; dos brillantes peñas

á entrambos lados yacen: do las vías
se cruzan y se allana la carrera.
Ó es signo funeral de antiguo muerto;
ó acaso meta de la edad pasada.
Hora por tal la señaló el Pelida,
el corredor fulgente. Cuanto puedas,
cercano al leño, apronta carro y biga
á correr y reclínate á siniestra
suavemente en el plaustro bien tejido,
y al bridón de la diestra hostiga, y grítale
y suéltale algún tanto los tirantes:
vuelve el siniestro en torno de la meta,
hasta casi rozarla con el cubo
de la fornida rueda. Pero teme
tocar la piedra, por no herir la biga,
y el carro destrozar: la fisga fueras
de los demás, cubierto de ignominia.
Sé previsor, prudente sé, hijo mío.
Si, la meta al doblar, te adelantares,
no habrá ya quién la palma te dispute;
ya que tras ti aguijara el corcel raudo
de Adrasto: Arión magnífico, divino,
ó los de Laomedonte, flores *ilias."
Así Néstor al hijo apercibiera
y de nuevo sentárase. Meríones
sus trotones, de crin hermosa, el quinto
aparejó. Se alzaran á los plaustros.
Sortearon. El Pelida echó las suertes.
Moviólas. La de Antíloco saltara,
saltara la de Eumelo poderoso,
la del claro lancero Menelao,
la de Meríones; por fin, la suerte
del Tidida Diomedes, el pujante.
En fila colocáranse, y Aquiles
el término fijó de la carrera,
en la lisa planicie, en lontananza.
Por juzgador nombró de la corrida
al amigo paterno: divo Fénix.
Alzaron todos á la vez los látigos;
y hostigaron las bigas clamorosos,

ardientes. Y volaron por el llano,
desalados, muy lejos de las naves,
los bridones. Brotó bajo sus pechos
espeso y alto el polvo, como nubes,
ó como torbellino. Y á las ráfagas
de los vientos la crin volaba suelta.
Ya tocaban los plaustros la tierra alma,
ya por el aire alígeros rompían.
Erguíanse en sus carros los ductores;
violento el corazón les palpitaba,
ansiosos de victoria. Sus corceles
cada cual entre gritos aguijara;
los que con frenesí por la llanura
corrían y elevaban polvo inmenso.
Mas cuando los caballos voladores
al fin de la corrida se acercaban,
retornando hacia el piélago espumante;
entonces el valor de los aurigas
se vió brillar en la fugaz carrera.
Adelante venían las de Eumelo
rápidas yeguas; las alfanas *ilias
*diomedeas en pos, á par; el carro
de aquél ya ya saltaban. Las de Eumelo
anchurosas espaldas y anchos hombros
su hálito ardiente calentó; y volantes
sobre él ya las cervices extendían.
Y venciera Diomedes; ó vencido,
el triunfo disputárale, si Apolo
no le arrojara airado de la mano
el látigo fulgente. De sus ojos
dos lágrimas de indignación rodaron:
las yeguas alejarse, y sus trotones,
sin aguijón, menos correr veía.
El dolo *apolinar contra Diomedes
no se ocultó á Minerva; quien sin mora
corrió tras el pastor del pueblo, y dióle
un látigo y vertió fuerza en su biga.
Colérica alcanzó al hijo de Admeto;
el yugo le quebró; cayó la lanza;
las yeguas arrancaron de la vía:

se despeñó cabe la rueda en tierra,
y se rompió la piel de codos, boca,
nariz; se hirió la frente por las cejas.
Se arrasaron en lágrimas sus ojos;
su voz potente se embargó. El Tidida
á todos con sus rápidos bridones
muy largo espacio adelantóse: Palas
esforzó sus bridones y de gloria
le revistió. Seguíale el Atrida,
el blondo Menelao. Mas Antíloco
gritó á los de su padre palafrenes:
"¡Sus! también vos dejad atrás los vientos.
Que con aquéllos: del Tidida fuerte,
compitáis yo no os pido, que Minerva
alas hora les da, y prez á Diomedes.
Alcanzad—no os quedéis atrás—la biga
de Menelao rápidos. No os colme
de vergüenza Ete, que no es más que yegua.
¿Porqué tan tardos vais, bridones míos?
Oíd: lo que yo os diga, cumpliráse.
No os cuidará ya el hijo de Neleo,
pastor de gentes; el agudo bronce
al punto os matará, si desidiosos
premio menor tan sólo conquistamos.
Seguid, corred, volad á par del viento.
Veré, me ingeniaré para á su lado
escurrirme en lo estrecho de la vía."
Lo dijo. De la grita temerosos
del guía, enardeciéronse en su curso
un breve trecho. Antíloco esforzado
vió pronto del camino la estrechura;
cavado estaba el suelo, do la senda
rompieran y ahondaran anchurosa
de la lluvia hiberniza los torrentes.
Hacia esta hondura, por vitar el choque
de los plaustros, torció el hijo de Atreo;
y Antíloco alejó su rauda biga
de la senda y al lado deslizóse
del Atrida; quien pávido gritaba:
"Antíloco, insensata es tu carrera.

Refrena tus trotones, que es angosta
la vía. Adelantarte á mí por la ancha
pronto podrás. No estrelles contra el mío
tu carro; que uno y otro destrozaras."
Dijo; y cual si no oyera, el Nestorida
aguijó con violencia redoblada.
Todo el espacio que recorre el disco
por juveniles manos, que sus fuerzas
ensayan, despedido, altos los brazos;
tanto corrió, se adelantó. Seguían
los bridones de aquél y rezagábanse.
Él mismo de su grado refrenólos,
porque en la senda las volantes bigas
entre sí no chocaran, ni rompieran
los bien tejidos plaustros, y ellos mismos
en medio al polvo, por triunfar, rodaran.
Vituperóle el blondo Menelao:
"Antíloco, más ruín que tú ninguno.
¡Mal hayas! ¡Y discreto te decíamos!
Mas ¡por mi vida! el precio del certamen
no te lo has de llevar sin juramento."
Dijo y gritó estridente á sus caballos:
"No os rezaguéis; no os detengáis penosos.
Los piés y las rodillas rendiránse
de aquesos pronto, y antes que los vuestros;
pues ya han pasado de la edad florida."
Calló. Por su clamor amedrentados,
volaran y á los otros acercáranse.
En círculo sentados los Helenos,
miraban el correr: cuál ya volvían
aquéllos por el llano polvorosos.
Idomeneo, rey de los *cretenses,
el primero las bigas vió, de un alto;
donde, fuera del cerco, se sentara.
Clamor lejano oyó; conoció el grito
y conoció el bridón, que ya visible
se destacaba: rojo purpurino
el cuerpo entero, mácula nevada
en la frente, cual disco de la luna.
Paróse el rey de Creta y dijo al pueblo:

"Ó amigos, príncipes y reyes *dánaos:
¿veo yo sólo, ó veis también vosotros
las bigas? Otras me parecen hora
las delanteras; los ductores, otros.
Acaso se dañaran en el curso
las que, al partir de aquí, primeras fueron:[a]
ó el rendaje escurriósele al amigo,
ó no supo doblar diestro la meta.
Por ventura él cayó; rompióse el plaustro:
atónitas huyéronse las yeguas.
Paraos y mirad también vosotros.
No puedo claro ver; mas me parece
*étolo aquel varón y rey: la prole
del auriga Tideo, el gran Diomedes."
Áyax Oilida, el rápido, befóle:
"Idomeneo, ¡cuán en necio parlas!
Lejos, muy lejos, por el llano vuelan
penígeras las bigas. No el más joven
eres por cierto tú, de los Aquivos;
ni los luceros más agudos traes
en el rostro. Mas nunca el labio calla;
no es honra para ti.[b] La misma biga,
de Eumelo guiada, delantera viene."
Airado el rey de Creta respondióle:
"Áyax, gran reñidor, hombre maligno,
de triste corazón, cedes á todos
en lo demás. Pero ya venga un trípode
ó una caldera, que la apuesta selle.
Decida Agamenón quién delantero
viene, porque lo sepas y escarmientes."
Lo dijo. Mas el raudo Áyax, de Oileo,
á proseguir la rifa se parara
colérico. Y la lucha enardeciérase,
si no se levantara Aquiles mismo:

---

[a] Siguen los versos espurios: "pues á la verdad primeramente las vi lanzadas en torno del límite; pero ahora no las puedo ver; y á todas partes mirando, atisban mis ojos, á través de la llanura teucra."

[b] Vs. esp.: "ser charlatán, pues hay aquí también otros mejores."

"No haya contienda, no, de fuertes voces,
Áyax é Idomeneo; que es deshonra.
Vosotros mismos, si altercar miraseis,
os indignarais. Ved sentados hora
en el circo las bigas; que, del triunfo
ganosas, tornarán presto volantes;
sabréis quién es primero, quién postrero."
Dijo. Se avecinaba ya Diomedes,
llegaba ya, hostigando en alta diestra
arreo los bridones; que se alzaban,
que el aire hendían, que de grueso polvo
cercaban al ductor; y ya sobre ellos
el plaustro, nítido de estaño y de oro,
venía y arrojábase. La huella
apenas se imprimía de los calces
en la movible arena: tal volaban.
Vino al medio del circo y se detuvo.
Á los corceles de cerviz y pecho
el sudor les brotaba, les corría,
hasta la tierra. Del luciente carro
saltó el ductor al suelo y en el yugo
su látigo apoyó. No se tardara
Esténelo membrudo en ir al premio
y entregar á los socios prepotentes
doncella y trípode; y soltó la biga.
Llegó tras él Antíloco, que en maña,
no en rapidez, venciera á Menelao.
Mas, aun así, muy cerca de él venía
el Atrida en sus rápidos trotones.
Cuanto el bridón que corre con el plaustro
por la llanura, dista de la rueda;—
en su volar tendido toca siempre
los calces en las crines de su cola—;
tanto del intachable Nestorida
distaba Menelao. Separárale
primero de él un trecho cual tirada
de disco. Empero le alcanzó sin mora;
que el brío de la yegua, en crines bella,
Ete, de Agamenón, siempre crecía.
Y si más lata la corrida fuera,

ó de él triunfara ó le igualara al menos.
Atrás quedóse del glorioso Atrida
á tiro de asta el compañero insigne
de Idomeneo. Los más tardos eran
sus de la crin espléndida bridones.
Ni él era auriga usado á la carrera.
Vino, por fin, el vástago de Admeto;
tiraba de su plaustro primoroso;
sus yeguas conducía antecogidas.
Le vió, de él lastimóse el claro Aquiles,
el corredor; y en voz alada al pueblo:
"Postrero viene el hombre animosísimo
con su volante biga. Cual es justo,
démosle la segunda recompensa;
la primera á la prole de Tideo."
Dijo. Los Dánaos aplaudieron todos:
movido del aplauso, le donara
el corcel, si de Néstor soberbioso
el hijo no se alzara y repusiera:
"Ó Atrida, si tal haces, tu enemigo
soy yo. Del premio mío despojarme
quieres, porque, siendo él tan noble auriga,
el carro y los penígeros corceles
le detuvieron. Invocar los dioses
debió, y así, no el último llegara.
Si tú te dueles de él, si le amas tanto,
mucho oro guardas en tu tienda, y bronce,
y ovejas; y también esclavas tienes
y rápidos bridones. Dale un premio
aún mayor, y si te place, al punto;
porque te alabe el pueblo. Yo mi yegua
no doy. Si alguien la quiere, aquí le espero."
Calló; y el raudo, fulgurante Aquiles
sonrióse y orgulloso del amigo,
esta palabra alada respondióle:
"Antíloco, si quieres, de mi tienda
lleve otro don Eumelo; aqueste voto
tuyo también se cumplirá. Daréle
un éneo peto, orlado en terso estaño;
peto que yo gané, de Esteropeo.

Eumelo acogerálo alborozado.”
Dijo, y al caro amigo Automedonte
mandó: del pabellón éste lo trajo.[a]
Furioso contra Antíloco paróse
Menelao. Le puso el pregonero
en las manos el cetro y á las gentes
acalló. Y el Atrida deiforme:
“Antíloco, hasta ayer no más discreto,
¿qué hiciste? di. ¿Ajar mi honor? mi biga
mañoso detener y adelantarte
con tus bridones, mucho más tardíos?
¡Ea! reyes y príncipes *helenos,
justicia haced severa; porque nadie
de entre los Dánaos lorigados diga:
“Menelao, por ser más fuerte y grande,
á Antíloco quitó la yegua en dolo;
que eran muy menos raudos sus corceles.”
Pero yo mismo juzgaré. Ninguno,
creo, me reñirá por mi dictamen;
pues recto yo seré. Ven, *jovia prole,
Antíloco, delante de la biga,
delante el carro, cual el uso manda.
Párate y coge el látigo flexible
en que hostigabas los bridones, tócalos
con él y por el dios que agita el orbe
y lo circuye, jura que doloso
mi carro no estorbaste en su carrera.”
Y respondióle Antíloco prudente:
“Repórtate: yo soy mucho más joven,
ó Atrida rey, que en años y que en fuerza
me vences. Tú lo sabes: qué de audacias
la juventud consuma y cuán violento
su pecho es y cuán frívola su mente.
Depón tus iras. Te daré de grado
lo que yo arrebatara: aquesa yegua.
Y si algo más precioso de lo mío
ahora me pidieses, yo al instante

a Sigue el verso espurio: “y á Eumelo en las manos púsolo, y él lo recibió gozoso.”

dártelo prefiriera á no por siempre
sufrir tu desamor, prole de Jove,
y ser ante los númenes culpado."
Así el retoño del sublime Néstor,
y condujo el bridón á Menelao.
Se lo entregó: y el alma del Atrida
refrigeróse, cual las densas mieses
en estivales horas de rocío;
así tu corazón, ó Menelao.—
Y esta palabra alígera le hablara:
"Antíloco, mis iras disipáronse.
Ni altanero ni necio antes de ahora
jamás habías sido. Devaneo
fué de la juventud. En adelante
á excelsos hombres iludir evita.
No me calmara otro varón tan presto.
Mas tú, y tu padre y el hermano tuyo
por mí tantos trabajos endurástedes.
Así de corazón yo te complazco.
Y te daré el bridón, éste que es mío.
Quiero conozcan todos que mi mente
jamás fué ni violenta ni implacable."
Dijo y á Noemón, socio de Antíloco,
la yegua dió, y alzó su recompensa:
la límpida caldera. Asió Meríones,
sus dos talentos de oro: premio cuarto.
Restaba solo el quinto: la urna doble.
En medio la llevó de los Helenos
Aquiles hacia Néstor y le dijo:
"Ó anciano, ves aquí el presente tuyo,
recuerdo de los juegos funerales
por Patroclo—á quien nunca entre los Dánaos
volverás á mirar. Te doy de mío
este don; que ya tú ni púgil puedes
contender, ni gimnasta, ni lancero,
ni corredor: agóbiante los años."
Dijo, y se lo entregó: tomólo ledo
aquél, hablando esta palabra alada:
"Todo es cual tú lo dices, hijo mío.
Ya los miembros flaquéanme, las plantas,

amigo; flexibles ya los brazos,
ni válidos se mueven, desde el hombro.
¡Oh! si yo fuera joven todavía!
si íntegra mi pujanza conservase;
como cuando en Buprasio los de Epea
á Amarinceo funeral hacían;
y los hijos del rey fijaron premios.
Ninguno allí, cual yo, se levantara,
ni entre la gente *epea, ni la *pilia,
ni entre los de la Etolia valerosos.
Al púgil Enopida Clitomedes,
púgil yo superé; vencí gimnasta
á Anceo, oriundo de Pleurón. Á Ificlo,
el corredor, gané yo en la carrera;
en la lanza á Fileo y Polidoro.
Fuí tan sólo vencido como auriga
por los que un mismo plaustro gobernaban
gemelos, de Actorión.[a] Uno la biga
soberbio, potentísimo rigiera;
el otro la hostigaba clamoroso.
Tal fuí yo alguna vez. Tal haced ahora,
ó jóvenes. La senectud umbría
hora me rinde; fuí campeón un tiempo.
Mas ve ya y luchas fúnebres celebra
en honor del amigo. Yo tu dádiva
recibo grato y con alegre pecho,
porque de mí, tu amigo, no te olvidas
y me honras, cual honrarme el pueblo debe.
Muníficos los númenes te paguen."
Dijo. Y el de Peleo, los loores
oídos del Nelida, atravesara
la *graya muchedumbre y dispusiera
del pugilato aterrador los premios:
trajo al circo y ató un fornido mulo,
de seis años, indómito, indomable;
y destinó al vencido taza dúplice.

---

a Siguen los versos espurios: "en número yendo adelante, locamente ansiosos del triunfo; pues allí quedaban todavía los más grandes premios."

Y en medio al pueblo se paró y le dijo:
"Atridas, Dánaos, de gallardas grebas:
dos varones, los púgiles más nobles,
á brazo alzado lidien por los premios.
El que de Febo la victoria alcance
por todos los Aquivos conocida,
llévese al pabellón el recio mulo;
la doble taza del vencido sea."
Dijo. Y un hombre hermoso, refornido,
púgil eximio: el Panopida Epeo,
saltó y tocando el mulo poderoso,
"Venga, vociferó, quien ganar quiera
la taza. Cuanto al mulo, se me antoja
que ningún *dánao púgil me lo quita
á mí, que rey de púgiles me llamo.
¿O no es bastante el ser mi mano imbele?
No puede en todo descollar un hombre.
Oíd: lo que os diré, veréis cumplido:
cuerpo, huesos, quebrántolo yo todo.
Ningún sepulturero ya se vaya;
que llevaréis á quien mis brazos domen."
Dijo. Todos callaron taciturnos.
El sólo Euríalo deiforme alzóse,
el hijo del ductor Talaonida:
Mecisteo que á Tebas fuera un hora
á la pompa funérea del que triste
cayó con gran fragor: el rey Edipo.
Allí triunfó de los *cadmeos todos.—
Ansioso de que Euríalo venciera,
el astero Diomedes le dispuso
á la contienda y alentó, y ciñóle
el cinturón; le dió de buey campestre
los bien cortados cestos. Ya ceñidos,
por la palestra adelantáronse ambos.
Alzaron á la vez los brazos recios;
acometiéronse y las graves manos
chocaron entre sí. De las mandíbulas
sonó crujir medroso: de los miembros
doquier sudor brotó. Mientras Euríalo
los ojos apartara, en la mejilla

le hirió veloz el divinal Epeo:
de aquél se desplomó el cuerpo fulgente.
Cual de la mar, por bóreas encrespada,
salta azorado el pez á playa algosa
y luego se hunde en la sombría linfa;
tal saltó, á la puñada; mas alzóle
luego en sus manos el sublime Epeo.
Los caros compañeros le cercaron;
lleváronle del circo: entrambas plantas
arrastraba; corría de su boca
espeso cruor; caíase su testa.
Al aturdido en tierra depusieron:
otros la doble taza recogieran.
Presto el Pelida de tercera lucha
los premios ostentó: de cruel palestra:
una trípode magna, al fuego pronta,
tasada en doce bueyes por los Dánaos.
Al vencedor la trípode: al vencido
una mujer, que en medio al circo puso:
labrandera, preciada en cuatro bueyes.
Paróse y tal habló á la gente *helena:
"¡Ea! también luchad por este premio."
Dijo. Se levantó el gran Telamonio,
Áyax; y Ulises, el sagaz y artero,
se levantó. Ciñéronse y marcharon
entrambos hasta el medio de la liza.
En los membrudos brazos estrecháronse;
cual vigas, por artífice sublime
de alcázar levantado bien trabadas:
antemural contra iracundos vientos.
Oprimidas crujían las espaldas
so los rigentes, vigorosos brazos;
por ellas el sudor corriera al suelo.
Acá y allá, doquier aparecían
por hombros, por costados, cardenales
en sangre purpurinos. Inflamábalos
del poderoso trípode el anhelo.
Ni Ulises á Áyax derribar podía
ni mover, ni éste la pujante fuerza
de aquél. Ya murmuraban los Aqueos,

de bellas grebas. Y el grande Áyax dijo:
"Ó de Laertes y de Jove prole,
sagaz Ulises! álzame, ó yo te alce.
Disponga, cual le plazca, el de Saturno."
Dijo, y lo levantó. Mas de sus mañas
Ulises no olvidado, los jarretes
batióle: disolvió sus miembros, y Áyax
cayó de espaldas, y sobre él Ulises.
Mirábanlos atónitas las gentes.
Ulises, el espléndido, constante,
en nueva lid le alzó; mas sólo un punto,
no en vilo, y se doblaron sus rodillas.
Ambos cayeron dentro al polvo juntos.
Y por tercera vez hora lucharan,
si no los detuviera Aquiles mismo:
"Parad; no os fatiguéis en la contienda.
De entrambos es el triunfo. Iguales premios
tendréis; porque también otros combatan."
Dijo. Le oyeron dóciles. El polvo
limpiáronse y las túnicas vistieron.
Otros premios fijó de ligereza
Aquiles: una argéntea hermosa jarra
de seis medidas; que las urnas todas
eclipsaba del mundo. Fabricáranla
artífices *sidonios admirandos,
con gran primor;—al puerto fué traída
á través de los mares azulados
por *fenices, que á Toante la donaran;
la dió á Patroclo el Jasonida Eveno:
con ella á Licaón, hijo de Príamo,
rescatara—. Ofrecióla el de Peleo
en honra del amigo; recompensa
al que en plantas alígeras venciese.
Un grande, craso buey fijó al segundo;
medio talento de oro al postrimero.
Y levantóse y dijo á los Aquivos:
"Alzad, ganad también aqueste premio."
Dijo. Se alzara al punto el rápido Áyax
Oilida; alzóse el ingenioso Ulises;
alzóse Antíloco, de Néstor prole:

Antíloco, el primero en la carrera
de entre los jóvenes *aquivos todos.
En fila puestos, la señal dió Aquiles.
De la meta lanzáronse. El Oilida
iba primero, y el fulgente Ulises
muy cerca de él, casi á la par; distaba
lo que la lanzadera va distante
del pecho, cuando rápida la arroja
una mujer de hermosa ceñidura;—
lleva el hilo á lo largo de la urdimbre,
vuela recta, cercana siempre al seno—.
Tal le seguía Ulises fulguroso.
Y en la incesante, fúgida carrera,
las huellas oprimíale su planta,
antes que de la arena se cubriesen,
y el hálito por la cabeza enviábale.
Al ver sus ansias de victoria locas,
le enardecía á voces todo el pueblo.
Mas, tocando ya al fin de la corrida,
oró entre sí á Minerva, de ojos fúlgidos:
"Benigna, ó dea, en el correr acúdeme."
Así rogó: escuchóle la Lancera.[a]
Á punto ya de arrebatar el premio,
la planta de Áyax tropezó: estorbárala
Palas, do de mugientes recios bueyes,
que el corredor mató por el amigo,
la majada en acervo levantábase.
Allí cayera: se inquinó la boca
y la nariz. Venció, llevóse la urna
el claro, adamantino Laerciada:
Áyax fulgente el buey; le asió los cuernos;
escupió el fimo y tal habló á los Dánaos:
"¡Ay dolor! me dañó los piés la diosa
que maternal á Ulises siempre acorre."
Dijo. De él plácidos todos se rieran.
El postrer premio recogió sonriente
Antíloco y volvióse al pueblo, hablándole:

---

[a] Sigue el verso espurio: "é hizo flexibles sus miembros los piés y manos desde abajo."

"Todos sabéislo, amigos: que los númenes
aun hoy la edad ensalzan. El Oilida,
poco antes de nacer yo, vino al mundo:
aquél es de anterior prosapia y sangre.
El tiempo, dícese, no le marchita.
Le vence en el correr tan sólo Aquiles."
Dijo, al raudo Pelida sublimando;
quien así respondiera á sus loores:
"Antíloco, no pierdes tu alabanza;
que otro medio talento te doy de oro."
Dijo y lo dió. Cogiólo ledo el joven.
Trajo también al circo el de Peleo
una gran lanza, y un broquel y almete:
armas á Sarpedón arrebatadas
por Patroclo. Paróse y dijo al pueblo:
"Lidien por estas prendas los campeones.
Armados pugnen con cortantes armas,
prueben sus fuerzas ante el pueblo todo.
Quien al través hiriere de armadura
y negro cruor, la floreciente carne,
tendrá este acero bel de Asteropeo,
arma en argento claveteada, *tracia,
que yo le arrebaté: las *sarpedonias
promedien, y daréles festín rico."
Habló; y el prócer Áyax Telamonio
se alzó; se alzó Diomedes, el pujante.
Entre la multitud y separados
se armaron, se arrojaron al combate,
con hórrido mirar: al pueblo entero
dominó el estupor. Se acometieran
tres veces y tres veces rechazáranse.
Luego el de Telamón por la rodela
de Diomedes hundió su lanza en vano;
que el peto no pasó. Pero el Tidida
de aquél sobre la tarja poderosa
al cuello sin cesar el terso dardo
apuntaba. Los Dánaos, temerosos
por Áyax, que la lucha terminara
pidieron, é igual premio para entrambos.
Al de Tideo dió la grande espada,

y vaina y bello tahalí el Pelida.
Quien trajo nuevo don á la palestra:
un disco no pulido, que arrojara
un día la de Eción soberbia fuerza;—
matóle el raudo, fulguroso Aquiles
y á aquél con el botín llevó en su nao—.
Y levantóse en medio al pueblo y dijo:
"Alzad, los anhelosos de esta lidia.
Aun al de pingües, dilatados campos,
el disco bastará por cinco estíos:
no irán de hierro en busca sus pastores
á la ciudad, ni los que el suelo le aren."
Dijo. Y el belicoso Polipetes
se irguió; se irguió la potestad grandiosa
de Leonteo divinal; irguióse
Áyax de Telamón y Epeo claro.
En hilera pusiéronse. Cogiendo
Epeo fúlgido vibrara el disco.
Lo arrojó: de él rió[a] la gente toda.
Segundo lo arrojó de Marte el vástago
Leonteo; luego el grande Telamonio,
con refornida mano, y las señales
de todos traspasó. Tiró postrero
Polipetes belígero, y lanzólo
el espacio que tira entre las reses
su cayado el pastor;—vibrada vuela
lejos la vara—. Vocearon todos.
Paráranse y del fuerte Polipetes
los compañeros á las anchas naves
el premio condujeran del caudillo.
Á más, premios fijó á los sagitarios:
violáceo fierro. Diez dobles segures,
y diez hachas depuso en medio al circo.
Y muy lejano levantó de nave
con negra prora el mástil en la arena.
Y de él ató una tímida paloma
de un pié en tenue lazada, y convidólos
á flechar: "Quien la hiera, las segures;

[a] Por el esfuerzo que hacía para arrojar la mole.

quien yerre y corte, menos diestro arquero,
el lazo, ése las hachas llevaráse."
Dijo; y del soberano Teucro alzóse
la potencia: Meríones alzóse,
de Idomeneo el compañero eximio.
Y agitaron las suertes y arrojáronlas
del broncíneo morrión. Saltó primero
la de Teucro; quien rápido su flecha
y con vigor tiró. Mas al rey Febo
no votó de sus greyes la primicia
en ínclita hecatombe: y la paloma
erró: con él airado estaba Apolo.
Del ave, empero, hiriera la lazada;
cortóla á par del pié la aguda flecha:
al cielo la paloma remontóse;
bajó el lazo: gritaron los Aquivos.
Veloz quitó Meríones el arco
á Teucro; prevenida ya mucho antes
traía la saeta. Votó presto
á Febo flechador lauta hecatombe
de corderos primales. En la altura
la fúgida paloma por las nubes
volar, girar miró. Tiró y el ala
le traspasó. Volvió á sus piés la flecha
y en tierra se clavó. Paróse el ave
en el alzado mástil; dobló el cuello;
soltó, tendió las alas; y su vida
al punto huyó; cayó lejos del árbol.
Asombrados miraban los Aquivos.
Meríones alzó las diez segures;
las hachas, Teucro y fué á las anchas naos.
Y al circo trajo Aquiles nuevos premios:
una asta ingente; una caldera, inmune
aun de la llama, y esmaltada en flores
y preciada en un buey. Los lanzadores
de dardos levantáronse: el Atrida
Agamenón excelso, levantóse,
y el amigo gentil de Idomeneo:
Meríones. Y el raudo, claro Aquiles:
"Atrida, dijo, cuánto tú descuellas

sabemos, y cuán fuerte eres y astero.
Lleva este don á los bajeles vastos.
Y demos—yo lo pienso; si te place—
al adalid Meríones la frámea."
Calló, y el rey del puebló obedecióle.
Y dió el Pelida la broncínea lanza;
y á Taltibio, su heraldo, dió el de Atreo,
para llevar, la primorosa ofrenda.

CANTO XXIV.

Rescate de Héctor.

E disolvió la junta. Dispersáronse
por las veleras naves, anhelosos
de la cena y descanso placentero.
En tanto Aquiles al amado amigo
llorara. Conciliar no pudo el sueño,
el sueño, vencedor de todo y todos.
Mas del un lado al otro se volviera,[a]
ya de bruces, de espaldas, en el lecho.
Luego dejólo; y de aflicción marchito,
por la playa del piélago vagara.
Y vió romper la aurora sobre el ponto,
por sobre la marina; y á su plaustro
uncidos los corceles voladores,
á Héctor ató tras de él, y en torno al túmulo
de Patroclo arrastróle por tres veces.
Á descansar volvió dentro su tienda,
y el muerto dejó á bruces en el polvo.

---

a Siguen los versos espurios: "deseando la virilidad y bella fuerza de Patroclo y cuantos trabajos había soportado y padecido con él, probando las guerras de los hombres y las dolorosas olas. Acordándose de esto, derramaba gruesas lágrimas."

Compadecido Febo todavía
del *teucro, le amparara en el arrastre
contra toda ignominia piel y cuerpo:
con la égida áurea le cubriera todo.
Tal aquél se ensañaba en el claro Héctor:
los venturosos dioses contemplábanlo
con lástima. Y al raudo Mensajero[a]
atisbador enviaron: que sin mora
substrajese el cadáver del Priamida.
Así todos; empero no Saturnia,
ni Neptuno, ni Palas ojinítida;
quien odiaban, por Paris delincuente,[b]
á la sagrada Ilión, su rey, su pueblo,
como el día del crimen, implacables.
Lució por vez duodécima la aurora,
y entonces Febo habló á los inmortales:
"Hórridos sois, ó dioses, y funestos.
¿Qué? nunca os ofreciera en holocausto
Héctor muslos de toro y lauta cabra?
Y hora ni á su cadáver dais amparo,
porque le vean su mujer, su madre,
la prole, el padre Príamo, los pueblos;
y le abrasen veloces en la pira
y honores funerarios le consagren.
Gozáis en escudar al fiero Aquiles,
ó númenes, al hombre en cuya mente
no anida la equidad y á quien no late
corazón dentro al pecho levantado;
hombre feroz, cual león de fuerza henchido,
de empuje soberano, quien, famélico,
de los mortales el ovil asalta.
Tanto es impío y sin rubor[c] Aquiles.
Otros á más queridos muertos lloran:
á un hermano carnal ó bien á un hijo,

---

a Mercurio.

b Siguen los versos espurios: "el que ultrajó á las diosas cuando vinieron á su majada y alabó á la que le dió el doloroso libertinaje."

c Sigue el vs. esp.: "(ni el rubor) le nace, el cual grandemente daña ó aprovecha á los hombres."

y fin á su tristeza y lloro ponen;
que alma paciente al hombre dió la parca.
Mas éste, tras robar la dulce vida
á Héctor flamante, le ata á sus bridones
y de la tumba en derredor le arrastra
del caro amigo. ¡Espléndido despique!
noble furor! Será terco su brío;
mas de nosotros la venganza tema:
ciego profana el mudo[a] polvo de Héctor."
Y dijo airada la de níveos brazos:
"Sea cual dices, numen de arco argénteo,
si merecen igual honor entrambos.
Mujer amamantó al mortal Priamida;
Aquiles ha nacido de una dea,
á quien nutrí solícita yo misma.
Con Peleo, delicia de los dioses,
la desposé. Los del Olimpo todos
al banquete vinisteis de sus nupcias;
entre ellos tú, y la cítara tañendo,—
tú, ó gran felón y amigo de malvados."
Y Jove, rey de tormentosas nubes:
"No te enfurezcas fiera con los divos,
ó Juno: desiguales los honores
de ambos serán. Aunque es Héctor, el héroe
también de las deidades muy amado,
entre los hombres de Dardania todos,
cual lo es á mí; que nunca él me negara
bellas ofrendas, de mi altar honores:
común festín, libamen, hostia fúmida.
Su cadáver robar, á hurto de Aquiles,
no es dado: Tetis día y noche vélalo.
Si algún dios la llamara, le diría
que, discreta, al Pelida persuadiese
dar por dones á Príamo el cadáver."
Lo dijo; y arrojóse mensajera
Iris, de planta rauda cual los vientos,
por entre Samos é Imbros escarpada,
al negro mar: sonaron sus cristales;

a Insensible.

en el abismo hundióse, cual el plomo,
á la defensa [a] del anzuelo córnea,
dura, bovina unido;—vase á fondo
para perder los deshambridos peces—.
Halló á Tetis en antro dilatado,
sentadas las marinas deas todas
en su redor. De la intachable prole
lloraba la desdicha: le debía
ver sucumbir en la glebosa Troya,
lejano de la patria. Aproximóse
Iris, de planta alada, hasta á par de ella:
"Ven, Tetis, á la voz del rey eterno."
Y el numen de las plantas argentinas:
"¿Qué me quiere el gran dios? Me ruborizo
de ir á los inmortales; cruel congoja
desgárrame. Mas voy: su voz impera."
    Diciéndolo la flor de las deidades,
cubrióse en veste negra, de negrura
sin par. Y fué voloz. La precedía
Iris, de planta, cual los vientos rauda.
Delante de ella las marinas ondas
se abrían, retirábanse; ascendieron
del piélago y volaron al Olimpo.
Allí encontraran al tonante Jove;
en torno de él sentados, todos juntos,
los ventureros númenes eternos.
Á par sentóse del Saturnio padre
Tetis: cedióle Palas; dióle Juno
bello, áureo póculo, entre blandas voces.
La dea lo aceptó, bebió. Y les dijo
el padre de los hombres y los dioses;
    "Venido has al Olimpo, diva Tetis;
bien que devoras amargura inmensa;
yo lo sabía; te llamé, con todo,
para decirte que los dioses rifan
ya días nueve por el cuerpo de Héctor
y por Aquiles, de ciudades ruína.
Al atisbante, raudo Mensajero

---

[a] Contra la mordedura de los peces, al tragar el anzuelo.

apresurar querían, que el cadáver
celara. Pero dejo yo al Pelida
la gloria de entregarlo; se la dejo
por ti, de mi inmutable amor en prenda.
Al campo vuela; al hijo tuyo anuncia
que están con él airadas las deidades,
y más que todos, yo, porque retiene
con insano furor el cuerpo de Héctor
en los corvos bajeles y rescate
por él no coge. Dile que me tema
y por precio lo dé. Al excelso Príamo
Iris por mí mandada irá, que ordene
vaya él mismo á las naves *aquileas
por redimir del hijo caro el cuerpo,
y doblegue munífico al Pelida."
Dijo y la diosa de argentina planta
no desoyó su voz. Precipitóse
de las *olimpias cimas y á la tienda
voló del hijo; á quien halló entregado
á su dolor. En torno los amigos
la comida afanosos prevenían.
Grande oveja lanígera mataban,
dentro del pabellón. Á par sentóse
de él su alta madre, acaricióle alada:
"¿Hasta cuándo laceras, hijo mío,
tu corazón en ansia despiadada,
y de tu pan te olvidas y del lecho?
¿Porqué ya de tu tálamo no gozas?
Muy poco vivirás; impío sino
te aguarda y muerte próxima, volante.
De Jove nuncia presurosa vengo:
que están contigo airadas las deidades
y más que todos él, porque retienes
con insano furor el cuerpo de Héctor
en los corvos bajeles y rescate
por él no coges. Dalo; acepta el precio."
Y respondióle el corredor Aquiles:
"Sea. Quien lo rescate, lleve al muerto,
si imperioso lo manda Jove mismo."
Tal en medio las naos departieran,

en alados acentos, hijo y madre.
Á la sagrada Ilión envió el Saturnio:
"Ve, Iris alígera; tu vuelo tiende
hacia Dardania, porque al grande Príamo
nuncies vaya á las naves *aquileas,
por rescatar del hijo caro el cuerpo,
y doblegue munífico al Pelida;
que parta sólo, sin ningún *iliense;
vaya con él un pregonero anciano,
que los mulos y el leve carro guíe
y al muerto por el claro Aquiles, traiga."[a]
Dijo; y la diva, rauda, cual los vientos,
á Príamo llegó. Doquier sonara
llanto y gemir. Los hijos en el atrio
sentados en redor del padre estaban,
húmidas por las lágrimas sus vestes.
Del manto envuelto con estrechos pliegues,
cubierta en tierra inmunda la cabeza,
cubierta la cerviz—él las llenara
por sus manos, al retorcerse en tierra—;
así sentado estaba allí el anciano.
Las hijas sollozaban y las nueras
á través del alcázar, recordando
á tantos héroes, que yacían muertos,
arrebatados por la mano *helena.
Del Saturnio la enviada, á par de Príamo
detúvose y hablóle en voces tenues
—el cuerpo todo le tembló al anciano—:
"Ó Dardanida Príamo, no temas.
¡Ánimo! Yo no traigo fatal nuncio;
vengo benévola, de Jove enviada.
Bien que de ti lejano, él se lastima

[a] Siguen los versos espurios: "Y que en su alma no se acuíte por la muerte ni por algún temor; pues bastante grande compañero le daremos: al raudo mensajero (Mercurio); quien le llevará hasta que, conduciéndole, lo acerque á Aquiles. Y cuando le haya introducido en la tienda de Aquiles, ni él mismo le matará, y detendrá á todos los demás. Pues ni loco es, ni ciego, ni criminal, sino que muy cordialmente respetará al varón suplicante."

de tus males, angústiase por ellos.
Él manda que rescates á Héctor divo
y doblegues munífico al Pelida;
que partas sólo, sin ningún *iliense,
vaya contigo un pregonero anciano,
que los mulos y el leve carro guíe
y al muerto por el claro Aquiles, traiga." [a]
Dijo Iris, la de planta voladora,
y partió. Príamo ordenó á sus hijos
el móvil plaustro aderezar de mulas,
afianzado el arcón en él por lazos.
Él mismo fué á su tálamo fragante,
alto, cedrino, de preseas lleno.
Á la esposa Hécuba llamó y le dijo:
"Ó mísera, de Jove un nuncio viene:
él me manda ir á las *aquivas naos,
por rescatar del hijo caro el cuerpo;
me manda plaque en dones al Pelida.
Di ¿plácete el mandado? Mueve á mi alma
anhelo de ir al vasto *argivo campo."
Repuso la mujer entre sollozos:
"¡Triste de mí! ¿dó está la que las gentes
extranjeras y propias celebraban
prudencia tuya? ¿Qué? osas solitario
avecinarte á las *helenas naves,
á vista del varón que tantos hijos
y tan intrépidos te arrebató? ¿Que tienes
de hierro el corazón? Si te mirare
en su poder ese hombre sanguinario,
fementido, no esperes que se duela
de ti ni te respete. Aquí sentados
en el hogar, de lejos lloraremosle.
Tal, cuando á luz le di, la cruda parca
su destino hilaría: que, lejano
de sus padres, los perros corredores
saturase, á la faz del hombre fiero;—
á quien yo el corazón despedazara

---

a Siguen los versos espurios de la pág. 513: "y que en su alma" etc.

con los dientes, entero, vengadora
del hijo mío justa; que no ha muerto,
cual ruín, sino en defensa de los Dárdanos
y *dárdanas, de seno floreciente,
sin temblar, sin llamar en su socorro."
Le respondió el anciano deiforme:
"No me detengas; ir yo quiero; guárdate
de ser ave fatídica en mi casa
tú misma. No te cedo. Si algún hombre
me lo mandara: algún augur, arúspice
ó sacerdote, engaño le llamáramos
con gran desdén. Mas hora hablóme un numen;
por mis ojos la vi; parto: no hay dolo.
Y si de los con bronce armados Dánaos
en las naves morir es mi fortuna,
¡sea! Máteme al punto el de Peleo,
con mi hijo yo abrazado, harto de lloro."
Tal habló, y levantó de los arcones
las pulcras tapas: de ellos doce peplos
primorosos alzó, clámides parvas
doce, doce tapetes, ricas togas
doce, otras tantas túnicas. Alzara,
pesando, diez talentos de oro enteros;
trípodes tersas dos, calderas cuatro
y un póculo radioso; que la Tracia,
cuando allá mensajero fué el anciano,
le consagrara: dádiva sublime.—
De redimir la amada prole ansioso,
no perdonó esta joya de su alcázar—.
Y los Teucros lanzó del Atrio todos
con voces de amenaza vehementes:
"¡Alto, lejos de aquí, plebe villana!
En vuestro hogar ¿no hay lástimas bastantes
que vos también venís á darme angustia?
¿Poco os parece que el Saturnio Jove
me torture, quien perecer dejara
al mejor de mis hijos? Mas vosotros
también lo palparéis: que los de Acaya
faltando aquél, os matarán más fáciles.
Empero, antes de ver á Ilión derruída

y escombros hecha, parta yo al averno."
Lo dijo, y con el cetro dispersólos:
retiróse del pórtico la turba,
ante el mandar premioso del anciano.
Quien con voces llamó vituperiosas
á Heleno, Paris, Agatón fulgente,
Pamón, Antífono, al radioso Dío,
á Hipótoo, Deífobo, Polites,
el gran voceador de las batallas.
Á estos sus hijos increpó el anciano:
"¡Prontos ahora, malhadada prole,
mi deshonor! ¡Oh, si vosotros todos
en la velera flota de los Dánaos
cayerais en vez de Héctor! Hijos héroes
¡triste de mí, sin par desventurado!
engendré yo en Dardania dilatada:
todos ellos no son. El divo Méstor
cayó; cayó el auriga osado, Troilo;
Héctor cayó; que, un dios, se levantara,
cual si retoño de deidad, no de hombre.
Mavorte los mató. Les sobreviven
todos estos menguados, burladores,
saltarines, lumbreras de la danza,
ladrones intestinos de corderos
y de cabritos. ¡Qué! ¿ni el carro y todo
para partir me prevendréis á la hora?"
Dijo; y medrosos del clamor paterno,
alzaron desde el pórtico los hijos
el plaustro nuevo, rápido, de mulas,
vistoso. El arca atada en él, bajaron
de la sobina el mular yugo búxeo,[a]
de aros firmes, y á par de él descolgaran
el correón, largo de nueve codos.
Del pértigo pulido en la virola
diligentes pusiéranlo y juntaran
con la clavija el aro; ataron éste
por los del yugo anillos superiores
tres veces de ambos lados, y tiraron

---

[a] De boj.

de la atadura, y en estrecho nudo
sus puntos religaron. Desde el tálamo
al carro hermoso el incontable precio
del *hectóreo cadáver allegaran.
Y las volantes, tiradoras mulas—
espléndido presente que los *misios
en otro tiempo á Príamo donaran—
uncieron. Y la biga que nutriera
en gentil cuadra el rey, al plaustro ataron.
El heraldo la ató y atóla Príamo:
los dos varones, alma de las juntas;
en el sublime alcázar la ligaron.
Cuitado el corazón, la taza de oro,
llena de vino alegrador del pecho,
Hécuba les traía en la derecha,
para, antes de partir, libar á Jove.
Frente á la biga se detuvo y dijo:
"Coge la taza y al Saturnio ofrenda,
y ruégale que á Ilión él te retorne
de entre los enemigos; ya que ansías
ir, mal mi grado, á las *helenas naves.
Invoca á Jove tonador *ideo,
que mira la Dardania toda, y pídele
que, en presagio feliz, envíe el ave,
su mensajero rápido; á quien ama
sobre las aves todas, que campea
entre ellas poderosa; porque vayas,
por su vista, confiado en él, al campo
de los Dánaos, alígeros aurigas.
Empero si su nuncio no mandare
el dios grandísono, ir al campo *grayo
jamás te dejaré, bien que lo anheles."
Y respondióle Príamo deiforme:
"No desoiré, ó mujer, tu voz: es bello
de piedad en demanda orar á Jove."
Dijo el anciano, y porque puras linfas
en sus manos vertiese, á la doncella
guardiana del hogar llamó; quien vino,
la aljofaina y el cántaro en las manos.
Purificóse y recibió la copa

que la consorte le brindaba; al medio
del atrio fué, libó la taza y dijo,
mirando al cielo, en suplicantes voces:
"Ó Jove, ó dios de gloria y de grandeza,
*ideo soberano, da que gracia
y compasión encuentre ante el Pelida.
Envíame tu raudo nuncio: el ave
tuya, entre los volátiles dilecta,
entre todas potente. Haz que la mire
próspera nuncia, porque vaya impávido
de los aurigas Dánaos yo á las naves."
Así clamó, y Saturnio soberano
sus ruegos escuchó: mandóle al punto
un águila real, rapaz obscura:
la negra. Todo cuanto se abre vasta
de un alto tálamo la firme puerta,
en el hogar de un hombre poderoso;
tanto sus alas dilataba aquélla.
Á la diestra cernerse en arduo vuelo
la vieron sobre Troya: se alegraron
y el corazón se solazó de todos.
El anciano saltó en el terso plaustro;
voló á través del atrio resonante;
por la puerta voló. Le precedían
las mulas con el carro tetraciclo,
del belicoso Ideo conducidas.
Hostigaba el anciano sus corceles
por en medio de Ilión. Tras él corrían
doquiera sollozantes los amigos;
cual si le vieran ir hacia la muerte.
Atravesaron la ciudad: vinieron
al llano; y retornó la amiga turba:
hijos, yernos. Mas Jove altitonante
de ellos, que recorrieran la llanura,
no se olvidó. Dolióse del anciano,
y al caro hijo Mercurio en prestas voces:
"Hermes, en conducir á los mortales
y su ruego escuchar tu alma se goza:
ve presuroso y á los anchos leños
de la Hélada en tal suerte guía á Príamo,

que, antes que llegue al hijo de Peleo,
ni le vea ni sienta ningún *dánao."
Dijo, y dócil el raudo Mensajero
so las plantas atóse con presura
bellas, áureas, ambrósicas sandalias:
que por sobre los piélagos le llevan
y por sobre la tierra desmedida,
volador, cual las ráfagas del viento.
Y cogió el caduceo, en que fascina
de los mortales á placer los ojos;
los adormece y los despierta luego.
Llevábalo en las manos y volaba
el rápido, potente Mensajero.
Á Ilión llegó veloz y al Helesponto.
Y en forma de mancebo pubescente,
regio, flor delicada, encaminóse.
Cuando aquéllos pasaron en su curso
de Ilo el ingente túmulo, las mulas
y la biga en las márgenes del río,
porque su onda bebieran, detuvieron;—
ya la tierra velaban las tinieblas.
Descubrió al dios de cerca el pregonero
y voces dió, volviéndose al anciano:
"Ve, Dardanida; es menester prudencia:
á ese hombre mira; creo que la muerte
nos viene á dar. Huyamos en el plaustro;
ó á sus plantas piedad le demandemos."
Dijo. Aterróse el alma del anciano;
retembló, se erizó, se heló su cuerpo.
Paróse pavorido. Aproximárase
el dios benéfico; su mano asiera;
"¿Dó vas, le preguntó, con esta biga,
con estas mulas, padre, en altas horas,
á través de la noche perfumada,
en que reposan los demás mortales?
¿No temes tú á los impetuosos Dánaos
que cerca están de ti enemigos crueles?
Si alguien de ellos te viera con tesoros
tantos entre las sombras pavorosas,
¿qué sentirías tú? Ya no eres joven,

y anciano es ése que contigo traes!
¿Cuál defenderos de adversarios hombres?
Yo ningún mal te haré; seré tu amparo;
que á mi padre querido te asemejas."
Le respondió el anciano deiforme:
"Es verdad, hijo mío, lo que dices.
La mano me protege todavía
de un dios que augurio tan feliz me manda:
un compañero como tú, prodigio
de esbeltez, discreción y de hermosura,
ó vástago de padres venturosos!"
Y respondióle el raudo Mensajero:
"Cumplidas son, anciano, tus razones.
Mas dime—nada celes—¿fuera llevas
y salvas tus más ricas joyas todas?
¿Ó ya abandona temeroso el pueblo
á la sagrada Ilión? Pues su baluarte
cayó, la prole tuya, el victorioso."
Y Príamo, el anciano deiforme:
"¿Quién eres, ó mi amigo? quién tus padres?
que de la muerte infortunada me hablas
del hijo triste en tan hermosas voces?"
Y el rápido, fulgente Mensajero:
"Por el espléndido Héctor me preguntas,
anciano; tú me sondas. Yo le viera
muchas y muchas veces por mis ojos
en la batalla, gloria de los hombres.
Le vi cuando arrojaba á los navíos
las gentes de la Acaya en bronce agudo
entre sangriento, aterrador estrago.
Atónitos mirábamos nosotros;
que batallar no nos dejaba Aquiles,
airado contra el rey. Soy del Pelida
yo compañero; un mismo fuerte leño
nos trajo; *mirmidón soy; es mi padre
Políctor, opulento y de tus años.
Soy de sus hijos siete yo el postrero.
En suerte me tocó venir á Troya.
Hora me adelanté por la llanura:
pues trabarán la lid de Ilión en torno

los Aquivos, de rútila mirada,
al romper de la aurora. El ocio cánsalos;
sus bríos ya frenar no puede el cetro."
Y Príamo, el anciano deiforme:
"Si eres amigo del Pelida Aquiles,
¡oh! dime toda la verdad: ¿el cuerpo
del hijo mío todavía existe?
ó lo arrojó á los perros destrozado?"
Y el rápido, luciente Mensajero:
"Ó anciano, ni los perros ni las aves
lo han devorado; yace junto al pino
de Aquiles, en la tienda; yace entero,
há doce auroras, é íntegra su carne
está; ni le devoran los gusanos,
que en los muertos ensañan de la guerra.
Del caro amigo en torno de la tumba
todos los días sin piedad le arrastra,
al despuntar de la esplendente aurora;
mas no le ultraja. Te asombrara verlo
yacer, cual flor cubierta de rocío;
sin mácula de polvo ni de sangre;
cicatrizadas las heridas todas,
cuantas el bronce le infirió profundas.
Tal, aun después de muerto, el hijo tuyo
guardado es de los númenes felices,
que velaron en vida sobre él tiernos."
Dijo: alegróse y respondió el anciano:
"¡Cuán bueno es, ó mi amigo, dar ofrendas
como los inmortales las merecen!
Jamás el hijo mío—¡si fué un día!...—
se olvidó en su mansión de los *olimpios.
Así, también se acuerdan de él los dioses
hasta en el infortunio de la muerte.
Mas ¡ea! toma aqueste bello póculo,
porque me escudes, guíes, con los divos,
hasta la tienda del Pelida Aquiles."
Y el ángel volador de las deidades:
"En balde, cual á joven, tú me tientas,
ó anciano, con presentes, á hurtadillas
del Pelida. Y yo temo, mi alma tiembla

de su venganza, si sus dones mermo.
Tu guía yo seré;—te condujera
hasta Argos, la famosa, cuidadoso
ya por bajel velero, ya por tierra;
y nadie al lado mío te dañara."
Dijo el numen benéfico y al plaustro
se alzó veloz, veloz cogió el azote,
cogió el rendaje y derramó en la biga
y en las mulas empuje soberano.
Cuando al muro llegaron de las naves
y al foso, disponían ya la cena
los centinelas. Infundióles sueño
el raudo Nuncio á todos, y la puerta
descerrajó. Pasó por ella á Príamo,
pasó el carro de dones fulgurosos.
Á la tienda vinieron del Pelida,
la excelsa; que de abeto fabricaran
los *mirmidones á su rey. El techo
de cálamo palúdico, velloso
hicieron y en redor un atrio vasto
de robusta, densísima estacada.
Era defensa sóla de la puerta
una trabe de abeto gigantina,
que tres hombres *helenos gobernaran,
ó el sólo Aquiles. Hermes, el benéfico,
la abrió al anciano y los lucientes dones
del corredor, y saltó en tierra y dijo:
"Ó anciano, un inmortal es quien te ha guiado:
soy Hermes; envióme á ti mi padre:
á él vuelvo. Presentarme ante el Pelida
no quiero: un dios amar á los mortales
no debe tan visible. Tú á las plantas
de Aquiles ve á postrarte, y por su padre,
la madre, excelsa en trenzas, por su niño
suplícale y ablanda así su pecho."
Dijo Mercurio, y tornó al alto Olimpo.
Á tierra Príamo saltó del carro.
Con bridones y mulas quedó Ideo,
frenándolos. Y recto fué el anciano
al pabellón do reposaba Aquiles,

predilecto de Jove. Allí sentados
estaban lejos de él los compañeros.
El campeón Automedonte y Álcimo,
de Mavorte retoño, sólos ellos,
servíanle, y solícitos. Á la hora
de terminar la cena entró el anciano:
ya no comía el héroe ni bebía;
aún permaneciera ante él la tabla.
Nadie vió entrar á Príamo sublime;
quien se acercó al Pelida y abrazóle
las rodillas, besándole las manos;
las manos aterrantes, matadoras,
que á tantos hijos suyos muerte dieran.
Cual á un hombre manchado con un crimen
de sangre, cuando viene, fugitivo
de su patria, al hogar de un potentado,
estupefactos le contemplan todos;
así mirara á Príamo deiforme
Aquiles asombrado. Y asombrados
los demás le miraban y mirábanse.
Y suplicante díjole el anciano:
"Ó divinal Pelida, de tu padre
acuérdate, que huella el triste limen,
cual yo, de la vejez. Pueblos vecinos
también le angustian por ventura, y nadie
ni á vindicarle, ni á salvarle se alza.
Pero si aquél oyere que tú vives,
gozará su alma, ansiosa día y noche
de ver tornar al hijo predilecto.
Empero yo, mil veces infelice,
hijos campeones engendré en Dardania,
la anchurosa, y ninguno ya me queda.
Eran cincuenta, al arribar los Dánaos.
Nacieron diecinueve de una madre;
y los otros, de regias concubinas.
Á muchos de ellos Marte furibundo
quebrantó las rodillas. Uno sólo
quedábame: el baluarte de su pueblo,
y baluarte de Ilión; á quien, há poco,
mataras, escudando él á su patria:

Héctor! Por él vengo á la flota *helena,
de tu poder á redimirle en dones
de precio inmenso. Á las deidades teme,
y compadécete de mí, ó Pelida;
Rememora á tu padre. Soy más mísero
yo, que sufro una pena, acaso nunca
de otro mortal sentida en este mundo:
besar la mano que mató mis hijos."
Lo habló; y movió en el alma del Pelida
lágrimas por su padre. Del anciano
asió las palmas blandamente Aquiles
y le apartó de sí. Lloraban ambos
entre sollozos: Príamo á las plantas
de aquél se retorcía, sollozando
por Héctor, el terror de la batalla:
mas por el padre y por Patroclo Aquiles.
Sonó á través del pabellón su lloro.
Saciado de lamento el héroe fúlgido,[a]
del trono se paró; cogió la mano
de Príamo; le alzó; compadecióse
de sus canos cabellos, cana barba,
y tal le habló en palabra voladora:
"¡Ah, malaventurado, mil dolores
el corazón te agobian! ¿Cuál osaste
venir á nuestras naves solitario,
á la presencia del varón que muchos,
que esclarecidos hijos te matara?
Tienes de fierro el pecho. Pero siéntate
en ese trono, y nuestras cuítas todas
olvidemos: vana es la triste pena.
Á vida de dolor han condenado
los dioses á los flébiles mortales;
mientras viven dichosos ellos mismos.
En el umbral de Jove hay dos toneles
de los dones que dan: uno de males,
de bienes otro. Aquel á quien los mezcla
Saturnio tronador, ése ora cae,

---

a Sigue el verso espurio: "y desde el diafragma le fué el deseo (de llorar) y desde los miembros."

ora prospera. Mas si coge el numen
un signo humano del tonel funesto,
el hombre á quien lo da, vive en afrenta.
Miseria horrífica á través le arroja
de la tierra sagrada. Va errabundo
sin que le honren ni dioses ni mortales.
Así, á Peleo dádivas fulgentes
desde la cuna dieran. Descollaba
próspero, rico, entre los hombres todos,
rey de los *mirmidones. Á una dea,
siendo él mortal, los númenes le unieron.
Pero también le mandó el dios desdicha:
herederos de alcázar y grandezas
no tuvo, sino un hijo, destinado
á prematura muerte. Así, no puedo
en su vejez por él velar; y en Troya,
lejano, muy lejano de la patria,
vago para tu mal y el de tus hijos.
Que tú también dichoso fuíste un día
es fama, anciano, y que de bienes rico
y de prole, excediste á cuantos moran
dentro á los anchos límites de Lesbos,
isla de Mácar, y las *frigias lindes
y cuanto, inmenso, el Helesponto baña.
Mas desque los *olímpicos te enviaron
este infortunio, miras sólo lides
en torno á la ciudad, y sólo muertos.
¡Paciencia, anciano! Á la aflicción no rindas
tu pecho. Nada te aprovecha el llanto
por tu hijo, que á la vida no le vuelves;
antes bien tus pesares acrecientas."
Y respondió el anciano deiforme:
"No me mandes, ó prole del Saturnio,
sentar, mientras yace Héctor en tu tienda
insepulto. Devuélvelo al instante,
porque yo con mis ojos lo contemple.
Acepta el que te traigo gran rescate.
Gózalo, y pues de mí te has apiadado,[a]

[a] Sigue el verso espurio: "(dejaste) que yo viviera y mirara la luz del sol."

al patrio suelo con ventura tornes."
Torvo miróle el corredor Aquiles:
"No más ya enciendas mi furor, ó anciano;
de mío te entregara yo el cadáver;
que mensajera desde Jove vino
del viejo rey de piélagos la prole:
mi madre misma. Y sé también, ó Príamo,
todo lo sé: que un dios te ha conducido
á las veleras naos de la Acaya.
Pues ningún hombre, ni el más férreo mozo,
venir osara al campo; ni burlara
las guardias, ni la trabe de mis puertas
fácilmente moviera. Así, no irrites
aun más en medio á su dolor mi mente.
No sea que yo en ti las manos ponga,
con ser tú de mi hogar un suplicante,
y del Saturnio los mandatos rompa."
Lo dijo; y el anciano obedecióle
medroso. Por la puerta de la tienda
saltó, como león, el de Peleo;
no sólo, que con él fueron dos socios:
el adalid Automedonte y Álcimo,
sus más queridos compañeros de armas,
después del Menecida, ya cadáver.
La biga y mulas desuncieran ellos.
Al heraldo canoro del anciano
á la tienda llevaran y sentáranle.
Y de la testa *hectórea el precio inmenso
trajeron desde el plaustro primoroso.
Para envolver al muerto y conducirle,
dejaron una túnica preciosa
y togas dos. Aquél llamó las siervas
y el cuerpo de Héctor les mandó lavaran
y lo ungieran, lejanas de la tienda,
sin que al hijo ver Príamo pudiese;
porque el pesar su furia no inflamara,
y al corazón doliente del Pelida
ella irritase, hasta dar, criminoso
contra el Saturnio, á Príamo la muerte.
Laváronle y ungieron las doncellas

en óleo; con la clámide gallarda
y túnica veláronle: lo puso
Aquiles mismo en funerario lecho,
y en él lo alzaron al bruñido plaustro.
Gimió el Pelida por su caro amigo:
"Contra mí no te encones, ó Patroclo,
si en la región supieres del averno
que yo, por honrosísimos presentes,
di al padre amante el cuerpo de Héctor claro.
Contigo noblemente partirélos."
Dijo; tornó á la tienda el divo Aquiles:
volvió á su solio, de labores ricas,
en el opuesto muro, y dijo á Príamo:
"Está, cual lo deseas, rescatada
tu prole, anciano, y en mortuorio lecho
yace. Veráslo y llevarás contigo,
del alba al despuntar. Hora cenemos;
que también se acordó de comer Niobe,
el día que en su alcázar perecieron
sus vástagos: seis hijas y seis hijos,
en la flor de los años. Derribara
á éstos, airado contra Niobe, Apolo,
en arco argénteo; y la flechera Diana,
á aquéllas, porque igual ser á Latona,
bella en mejillas, pretendió la reina:
llamó á la dea, de dos hijos madre:
y á sí misma, de muchos. Mas los muchos
por los dos fueron derribados todos.
En su sangre nadantes insepultos
yacieron nueve días: que á los pueblos
petrificara[a] el hijo de Saturno.
Los dioses del Olimpo al día décimo
ardiéronlos. Pero del pan aquélla
se acordó, tras del fatigoso llanto.[b]

---

a Hipérbole.

b Siguen los versos espurios: "y ahora allá en las peñas, en los montes solitarios, en Sípilo, donde dicen estar los lechos de las diosas ninfas, quienes saltaban al rededor del Aqueloyo; allí, aunque convertida en piedra, devora los pesares (enviados) de los dioses."

Pensemos, pues, en pan también nosotros,
ó anciano refulgente. Al hijo caro
después gemir podrás, cuando le lleves
á Ilión; raudal te arrancará de lloro."
Dijo el veloz Pelida; alzóse presto
y degolló nevada, argéntea oveja;
la despojaron de la piel los suyos;
la destrozaron pulcros, diligentes,
y diligentes, pulcros, puesta al fuego
en asadores, bien la asaron toda;
y de llamas y fierro desprendiéronla.
El pan Automedonte por la mesa
fué repartiendo, en canastillo hermoso;
la carne, Aquiles: de la grata cena
anhelosos gozaron. De manjares
y vino saturados, admiraba
al de Peleo el Dardanida Príamo:
su majestad, belleza divinales;
y á Príamo, de Dárdano, el Pelida,
fijos los ojos en su faz augusta,
atento á su palabra embelesado.
Mientras así gozosos se miraban,
á hablar rompió el anciano deiforme:
"Dispón presurosísimo mi lecho,
ó prole del Saturnio; el sueño dulce
también ya disfrutemos. Desde el día
en que mi prole sucumbió á tus manos,
no se cierran mis párpados un punto.
He gemido sin fin y devorado
mil amarguras, dentro al atrio mío
en la sórdida tierra retorciéndome.
Hoy por primera vez de nuevo como
y la garganta en fulguroso vino
refrigero; bocado no gustaba."
Lo dijo; y mandó Aquiles á los suyos
y á las doncellas colocar dos lechos
con hermosos, purpúreos cobertores,
dentro del pórtico, y poner tapetes
y gruesas, blandas clámides sobre ellos.
Salieron del alcázar las doncellas,

con teas encendidas en las manos.
Prestas, solícitas, entrambos lechos
aderezaron. Y en festivas voces
habló el Pelida corredor á Príamo:
  "Afuera dormirás, querido anciano,
para estorbar la entrada á los caudillos;
que, por deliberar sobre milicia,
mi pabellón frecuentan. Si te viese
alguno en medio á las nocturnas sombras,
terríficas, aladas, al Atrida,
pastor del pueblo, al punto lo nunciara,
y acaso retardárase el rescate.
Hora di la verdad; nada me celes:
¿cuántos días honores funerales
rendir deseas al espléndido Héctor,
porque en tanto reposen nuestras armas?"
  Le respondió el anciano deiforme:
"Si tiempo dar de funeraria pompa
en honra quieres al lucífero Héctor,
mi corazón solazarás, Aquiles.[a]
Días nueve en la casa le lloráramos;
al décimo encendiéramos la pira,
convite fúnebre tendría el pueblo;
al undécimo hiciéramos la tumba;
tornara al duodécimo la guerra,
si su tornar el hado dispusiese."
  Y el rutilante, corredor Aquiles:
"Sea también así, ó anciano Príamo:
el tiempo que pediste, no habrá lucha."
  Exclamó y á raíz cogió la diestra
de aquél, porque su fe no vacilase.
Príamo y el heraldo discretísimos
en el vestíbulo durmieron ambos:
en lo interior del pabellón hermoso,
Aquiles y la rútila Briseida.
  Dioses y hombres guerreros reposaron,

---

[a] Siguen los versos espurios: "pues sabes cómo en la ciudad estamos estrechados, y lejos está la leña, que traer del monte; y mucho temen los Teucros."

dados toda la noche al blando sueño.
Á él no se doblegó el benéfico Hermes:
pensaba dentro el alma y reflejaba
cómo reconducir al soberano
por entre los bajeles, eludiendo
á las sagradas guardias. Acercóse
del rey á la cabeza y tal le dijo:
"Ó anciano ¿tú no temes, que placible
duermes entre enemigos, tras dejarte
con vida Aquiles? En ingente precio
al hijo amado rescatar pudiste.
Mas, si supiere Agamenón Atrida
que estás aquí tú y lo supiere el pueblo,
te cogerán y habrán de dar tus hijos
por ti tres veces más crecido precio."
Dijo. Temió el anciano y al heraldo
despertó: unció la biga, unció las mulas
el dios y raudo por el campo guiólos:
nadie los vió. Del río en ondas bello [a]
arribaran al vado. Remontóse
allí Mercurio al encumbrado Olimpo.
Y fulguró por el inmenso mundo
la aurora de oro. Á la ciudad venían
entre ayes y sollozos en el carro;
el muerto, en el de mulas. Nadie viólos,
ni varón, ni mujer noble, ceñida,
venir, sino Casandra: una áurea Venus.
Vió desde las *pergámicas alturas
al caro padre erguido sobre el plaustro;
vió al de Troya canoro pregonero.
Y divisó en el carro de las mulas
á aquél yacer, en funerario lecho.
Por toda la ciudad gimió clamando:
"Venid á ver, ó Teucros, ó *troyanas;
si alguna vez, al retornar del campo,
él os llenó de gozo; que él de Troya
era y del pueblo todo prez y júbilo."

---

a Sigue el verso espurio: "del Xanto remolinante, á quien engendró el inmortal Júpiter."

Así decía; y en Ilión entera
ni hombre quedóse ni mujer alguna
dentro al hogar. Congoja inenarrable
á todos agitó. Cabe la puerta
se reunieron al ductor del muerto.
Delante todos, su consorte amada,
su alta madre, arrancábanse el cabello:
se abalanzaron sobre el carro hermoso,
y la cabeza de Héctor estrecharon;
estaba en torno la llorosa turba.
Y lloraran, gimieran todo el día
hasta el caer del sol, si desde el carro
el anciano á los Dárdanos no hablara:
"Dejad pasen las mulas. Cuando llegue
á mi morada, os hartaréis de lloro."
Así dijo. Se abrieran; pasó el carro.
Cuando vinieron al insigne alcázar,
en lecho colocaron primoroso
el cadáver y á par de él los cantores,
que trenos entonaran. Prorrumpieron
en flébiles endechas los cantantes,
y á la vez en lamentos las mujeres.
Estrechada en su seno la cabeza
de Héctor terrífico, rompió en sollozos
la esposa Andrómaca, de brazos níveos:
"¡Ó mi consorte, en flor segado, viuda
me dejas en tu hogar! ¡Y nuestro niño,
el tuyo, el mío ¡pobres de nosotros!
tan tierno todavía!—Y yo no creo
que llegará á la juventud. Escombros
esta ciudad antes será: cayera
su providencia, y defensor y arrimo
de sus tiernas esposas, niños tiernos.
Pronto las llevarán en anchas naos;
á mí, con ellas. Y tú irás conmigo,
infante, esclavo de amo sin entrañas;
á la labor irás, á la ignominia.
Ó bien, de un brazo asiéndote un *aquivo,
á muerte horrenda desde la alta torre
te arrojará colérico en venganza

de algún hermano, padre ó de algún hijo,
muertos por Héctor; quien postró mil Dánaos
y el polvo de la tierra inmensurable
morder los hizo; que tu padre no era
perdonador en la feroz batalla.
Por esto llórale Dardania toda.
Indecible aflicción, llanto indecible
eres para tus padres, Héctor; lo eres
más para mí, á quien dejas entregada
á infinito pesar. Tú no estrechaste
desde el lecho mi mano moribundo,
ni palabra preciosa me dijiste,
que eternamente memorar de día,
de noche memorar, deshecha en llanto."
Tal lloraba, y lloraban las mujeres.
Y Hécuba sollozaba lastimera:
"Héctor, delicia mía ¡cuál te amaban
los númenes en vida, cuando muerto
velan aún por ti! Los otros hijos,
que me cogiera el corredor Pelida,
los vendió allende el solitario ponto
en Samos, Imbros, Lemnos nebulosa:
á ti, tras de matarte en bronce agudo,
te arrastró con violencia y muchas veces
en torno al monumento de su amigo,
Patroclo, á quien mataste—á quien no pudo
ni así resucitar—. Tú yaces hora
delante mí, cual un reciente muerto
ó planta humedecida de rocío,
como hombre á quien mató con suave flecha
súbitamente Apolo, de arco argénteo."
Así gemía; y excitó en contorno
guaya sin fin. Y sollozara Helena:
"Héctor, tú mi más caro agnado fuiste
—soy hora esposa del deiforme Paris;
él me trajo á Dardania. ¡Oh, si yo antes
muriera...!—Desque vine de mi patria
á Ilión, se han deslizado ya veinte años;
y nunca yo te oí decirme acento
ni afrentoso, ni duro. Si un hermano

una hermana, una agnada en peplo bella,
ó la madre—tu padre siempre blando,
cual padre, me trató—; si me increpaban,
tú con tu suavidad y mansas voces
desarmabas su cólera. Te lloro;
me lloro á mí; el rigor de mi fortuna.
Que ya no tengo en Troya, la anchurosa,
solaz ni amigo; todos me abominan."
Decía gemidora; pueblo innúmero
al par gemía. Y Príamo á las gentes:
"Traed á la ciudad leña, Dardanios.
No temáis asechanzas traidoras
de los Argivos: prometióme Aquiles,
al retornar yo de las negras naos,
suspender once auroras la batalla."
Dijo. Aquéllos uncieron á los plaustros
bueyes y mulas. De los muros fuera
juntáronse y trajeron selva enorme
los nueve días. Relució en el décimo
el alba á los mortales. Y llorosos
sacaran de su hogar á Héctor belígero
y en la sublime pira le pusieran.
Á ella lanzaron inflamado fuego.
Al romper de la aurora, la temprana,
de róseos dedos, á la hoguera en torno
del ínclito Héctor se juntó la turba.[a]
Las ascuas todas, en fulgente vino,
doquier que fuerza se extendió de fuego,
apagaron. La cándida osamenta
los hermanos y amigos recogieron,
entre gemir, de lágrimas bañados.
En urna de oro, con purpúreos velos
delicados cubierta, la guardaran.
Y la urna en honda fosa depusieran.
Con grandes peñas la cubrieran toda,
y las piedras, con tierra, apresurados.
Atalayas pusieron en contorno,

[a] Sigue el verso espurio: "y cuando ya se juntaron é hicieron estrechos."

porque los Dánaos, de fornidas grebas,
no los acometieran entretanto.
Cumulada la tierra de la tumba,
tornaron al hogar. Y congregáronse
de nuevo en orden bello, al gran convite,
en los regios alcázares suntuosos
de Príamo, prosapia del Saturnio."
Así fué sepultado Héctor auriga.

FIN DE LA ILÍADA.



APÉNDICE[a]

CATÁLOGO DE LAS NAVES.

Ahora decidme, musas moradoras
de olímpicos alcázares—deidades
vosotras sois: sabeislo y veislo todo:
nosotros lo ignoramos; sólo oímos
la fama. Quiénes eran los ductores
de los Dánaos, decid, y quién los reyes.
Contar las multitudes yo no puedo,
ni nombrar, aunque lenguas diez tuviese,
y diez bocas, y voz inextinguible
y dentro al pecho corazón de bronce;
si no me recordáis, vosotras, musas,
habitadoras del Olimpo y prole
de Jove tronador, cuantos partieron
á Ilión.—Voy a decir ya los caudillos
de los navíos y las naves todas.
  Á los *beocios Peneleo y Leito
acaudillaban, Clonio, Arcesilao
y Protoenor. Los que Aulis pedregosa
y Esqueno y los que Eteono, en selvas rico,
y Escolo y los que la Hiria, y la Tespea,
y Graya, y Micaleso dilatado,
y las comarcas de Harmo, Elesio, Eritras
habitaban; los de Hile moradores,
de Eleón, y Peteón y de Ocalea
y los de Medeón, ciudad hermosa,
de Copas, Tisbe, de palomas rica;
y los de Eutresis y la herbosa Haliarto,
y los de Coronea y de Platea,
de Hipotebas, la bella, los de Glisa

---

a Véase la pág. 39, v. 694.

y Onquesto, sacra, esplendorosa selva
de Neptuno; los de Arne, en uvas rica,
los moradores de Antedón lejana
y la sagrada Nisa: aquestos pueblos
cincuenta naves á la mar lanzaran,
que sendas conducían ciento veinte
selectos adalides de Beocia.
Los de Aspledón y Orcómeno *minieo
eran acaudillados por Ascálafo
y Yálmeno, retoño de Mavorte,
de Astíoque, doncella pudorosa,
engendrados y Marte poderoso,
de Actor Acida en el hogar.—Aquélla
subió al terrado un día: el dios furtivo
con ella holgó—. Se dieron á la vela
éstos con treinta naves espaciosas.
Epístrofo y Esquedio, ambos de Ífito,
Naubolida magnánimo, mandaban
á los *focenses. Los de Pito estéril,
de Cipariso y la sagradu Crisa;
los de la Panopea y los de Yámpolis,
y los *anemoreos, y *daulenses,
y los que las riberas habitaban
del Cefiso luciente y la Lilea,
donde el Cefiso brota: negras naves
cuarenta conducíanlos. Las filas
de los *focenses ordenando, en torno
solícitos andaban; y se armaron
de la *beocia gente á la siniestra.
Era ductor de los *locrenses Áyax,
de Oileo vástago—Áyax Telamonio
le aventajaba en talla grandemente.
Pequeño era; de lino su coraza.
Sobrepujaba, empero, á los Aquivos
y á los Helenos todos en la pica.
Y los que Cino, Opunte, Besa, Escarfe
y la risueña Augías habitaban;
los de Calíano, de Tarfe, Tronio,
y los de las riberas del Boagrio:
éstos seguían á Áyax en bajeles
negros cuarenta, del *locrense pueblo,

que allende la sagrada Eubea mora.
Y los habitadores de la Eubea,
los invictos *abantes, los de Cálquide,
Eretria, los de Histiea, en vides rica,
los de Cerinto, por la mar bañada,
y los de la áspera ciudad de Jove;
los de la Estira habitantes y Caristo:
á éstos Elefenor, prole de Marte
é hijo de Calcodonte, acaudillaba,
Elefenor, ductor de los *abantes.
Los *abantes magnánimos, ligeros,
de larga cabellera, le seguían,
sus luengas, fuertes lanzas enristrando,
para romper corazas enemigas.
Seguíanle cuarenta negras naves.
Los moradores de la hermosa Atenas,
ciudad de Erecteón, magno y pujaute,
de la alma tierra prole.—Un día Palas
progenie del Saturnio, tras nutrirle,
expúsolo en su templo bello, opimo,
*ateneo; do implora sus favores,
sacrificando toros y carneros,
al expirar el término del año,
la juventud de Atenas: los mandaba
Menesteo Petida, incomparable
en ordenar los carros y guerreros,
armados de broquel: tan sólo Néstor,
porque era más anciano, le igualaba.
Cincuenta negros barcos le seguían.
Áyax, el Telamonio, doce naves
á Dardania llevó de Salamina.[a]
Los de Argos y Tirinte, de altos muros,
de Hermíone, los de Asine, bañada
por hondo golfo, y los de Eyón y Treza,
y los de la Epidauro, en vides rica.
la juventud *aquiva, moradora
de Egina y Mases: á éstos conducían
el gran voceador de las batallas,

---

[a] Sigue el verso espurio: "y las llevó y colocó en donde estaban las falanges atenienses."

Diomedes, con Esténelo, hijo caro
del alto Capaneo: iba con ellos
Eurialo, á los dioses comparable,
hijo de Mecisteo, Talaonida,
ductor del pueblo: obedecían todos
al gran voceador de las batallas,
y ochenta negras naves les seguían.
Y los habitadores de Micenas,
ciudad hermosa, y de Corinto opima,
y los de Orme y Cleone, de altos muros,
y Aretira risueña y de Sicione;
do el primer soberano fuera Adrasto;
y los de la escarpada Gonoesa,
los de Hiperesia, de Pelene y Egio,
y los que todo Egíalo habitaban
y de Hélice anchurosa las regiones:
de éstos las naves ciento acaudillaba
Agamenón, Atrida poderoso.
Inmensa muchedumbre y belicosa,
cual ningún otro pueblo, le seguía.
Y el rey entre los héroes descollaba,
armado en esplendente bronce, ufano
de su denuedo incomparable y fuerza,
y ufano de su ejército incontable.
Los de Lacedemonia, la escarpada,
y lo̊s de Esparta, Faris, los de Mese,
rica en palomas, los de Amicle y Helos,
bañada de la mar, los de Brisea
y la risueña Augías, los de Laas,
y de Étilo: su hermano Menelao,
voceador de la batalla, á éstos
acaudillaba, y sus sesenta naves.
—Se armaron solitarios, conducidos
por el caudillo, en su valor confiados—.
Y ardía, cual ninguno, las congojas
de Helena por vengar, y sus gemidos.
Y los de Pilos y risueña Arene,
y los de Trión, puerto del río Alfeo,
los de Epi, la gentil, y Cipariso,
y Anfigenía, y de Helos y Pteleo
y Dorio; do las musas encontraran

á Támiris, el *trace, que venía
con Éurito Ecaleo, desde Ecalia,
y se gloriaba de vencer en canto
las musas mismas, del tonante Jove.
Ellas, empero, airadas, le cegaron,
y su arte de cantar enmudecieron;
el canto divinal arrebatáronle
y de la cítara la ciencia toda:
Néstor Gerenio, esclarecido auriga,
á estos acaudillaba; le siguieran
á Ilión noventa cóncavos bajeles.
Y los que cerca de la *epitia tumba
y escarpada montaña de Cilene
habitaban, la Arcadia belicosa,
y los de Orcómenos, en greyes rico;
los moraderes de Feneo y Ripe,
de Enispe tempestuosa y de la Estracia,
Tegea y la risueña Mantinea,
de Estínfalo y Parrasia: los mandara
y sus sesenta naos el Anquida
Agapenor potente; los *arcadios,
expertos en la lucha, los llenaban.
De los guerreros el caudillo mismo,
Agamenón, aquestas fuertes naves,
del piélago purpúreo surcadoras,
les diera; que á la mar extraños eran.
Los de Buprasio y Élida esplendente;
y cuantos en los límites de Hirmine
y Mírsine lejana y peña *olenia
y Alisio comprendidos, habitaran,
mandados iban por ductores cuatro;
quien sendos diez veleros barcos, llenos
de *epea muchedumbre, comandaban.
Anfímaco, de Ctéato, con Talpio,
de Éurito, Actoridas, conducíanlos
y el animoso Amarincida Diores.
Era el cuarto caudillo Polixeno
del soberano Agástenes Augida;
Polixeno á los dioses comparable.
A los habitadores de Duliquio
y las sagradas ínsulas Equinadas,

allende el mar y frente á frente de Élida,
acaudillara Meges, el Felida,
á Marte símil;—le engendró Fileo,
predilecto de Jove, fuerte auriga;
en otro tiempo, airado contra el padre,
se desterrara Meges á Duliquio—:
seguíanle cuarenta negras naos.
Eran acaudillados por Ulises
los *cefalenios, de Ítaca, pujantes,
y Nérito selvosa; los de Egílipe,
de peñones sembrada, y Crocilea,
los de Zacinto y la región de Samos,
y el continente y las opuestas playas:
Ulises, comparable en la prudencia
con el Saturnio Jove, los guiaba;
doce rojos navíos le seguían.
Toante Andremonida acaudillaba
á los Etolios de Ólene y Pilene,
Pleurón y Cálquide, del mar bañada,
y pedregosa Calidón—los hijos
del impetuoso Eneo no existían,
ni él mismo ya existia, ni Meleagro,
de blonda cabellera—: á los *etolios,
faltos de su caudillo, conducía
Toante, con cuarenta negras naves.
Idomeneo, célebre lancero,
acaudillaba á los de Creta y Cnoso,
y Gortis, de altos muros, los de Licto,
y Licasto gredosa, y de Mileto
y los de Festo y Ritio, populosas,
y á todos los de Creta moradores,
y sus ciudades ciento, acaudillaban
el lancero perínclito y Meriones,
al sanguinario Marte comparable.
Ochenta negras naves les seguían.
Y nueve barcos de esforzados *rodios,
Tlepólemo, Heraclida, grande y bello,
desde Rodas trajera. Á los de Lindo;
y Camiro gredosa y los de Yéliso
y á todas las tres huestes de los *rodios
acaudillaba el célebre lancero

Tlepólemo, engendrado de Astioquea
y de Hércules potente; quien la virgen
desde Éfiro condujo prisionera;
desde el río Seléis la condujo,
tras demoler ciudades numerosas,
por vástagos de Jove levantadas.
Aquél creció en alcázar esplendente
y muerte luego dió á Licimnio caro,
ya encanecido, tío de su padre,
y retoño de Marte. Presuroso
fabricó naves y cogió del pueblo
gran muchedumbre, y fugitivo al ponto
lanzóse, por los hijos y los nietos
de la pujanza hercúlea [a] amenazado.
Errante y de pesares afligido,
á Rodas arribó; donde sus gentes,
en tribus tres, vivieran, predilectas
de Jove, que á los hombres y los dioses
gobierna. De riquezas divinales
colmáralos el hijo de Saturno.
Nireo, del rey Crápato y de Aglaya
prole, tres bellas naos, desde Sima
llevó; Nireo, que en belleza á todos
cuantos á Ilión vinieran, excedía;—
sólo el Pelida Aquiles intachable
era más bello que él. Pero Nireo
no acaudillara numerosa gente
ni fuera en la batalla poderoso.
Y los que Caso y Crápato habitaban
y Cos, ciudad de Eurípilo, Nisiro,
y los de las Calidnas: los mandaban
Fidipo y Ántifo, de Tésalo hijos,
del *heraclida rey. Obedecían
á ellos treinta navíos espaciosos.
Cuantos la Argos *pelásgica habitaban,
los de Alope, de Ftía, de Alo, Trequis,
y la Hélada, en mujeres bellas rica,
—*helenos se llamaban, *mirmidonios
y *aquivos—: el Pelida conducíalos

a Del pujante Hércules.

en cincuenta navíos. Olvidados,
empero, del fragor de la batalla,
estaban, y sus filas sin caudillo.
El esplendente, corredor Aquiles
permanecía inerte en sus navíos,
llorando airado á la Briseida virgen,
de hermosas trenzas. De Lirneso presa
llevóla, al arrasar, tras grandes cuitas,
á Lirneso y de Tebas las murallas,
victorioso de Epístrofo y de Mines,
fuertes lanceros, hijos del caudillo
Eveno, de Selepio. Congojado
por la doncella estaba inerte. El sino
luego otra vez le lanzaría al campo.
Los de Fílaca y Piraso florida,
vergel de Ceres, los de Itón, en greyes
rica, y los de Antrón, del mar bañada;
los de la herbosa Ptéleo moradores:
á éstos Protesilao belicoso,
mientras vivió, condujo: le cubría
entonces ya la tierra con tinieblas.
Abandonada en Fílaca su esposa,
vivía en solitario hogar, el rostro
con dolorida mano desgarrado.
Cuando, antes que los suyos, el esposo
saltara de su nave en *teucra tierra,
un *iliense guerrero, dióle muerte
Pero no estaba sin ductor su pueblo
—que por él suspirara—: conducíalo
Podarces, vástago de Marte y prole
de Ificlo Filacida, en greyes rico;
y de Protesilao irresistible
el hermano menor: mayor en años
era y pujanza el héroe valeroso
Protesilao. Al pueblo no faltaba
caudillo; mas faltábale su jefe.
Cuarenta negras naves le siguieran.
Y los que á orillas del *bebeida lago
en Feras, Bebe y Gláfira moraban
y la hermosa Yaolco; obedecían
á Eumelo, caro vástago de Admeto

y la divina Alcestis, de las hijas
de Pelias la más bella; acaudillaba
Admeto al pueblo y sus navíos once.
Y los habitadores de Metona,
Olizón pedregosa y Melibea,
y los de la Taumacia conducía
el soberano arquero Filoctetes,
con siete naves, y cincuenta remos
cada cual. Los remeros, luchadores
potentes eran y en el arco insignes.
Pero de cruel dolor atormentado,
aquél yacía en Lemnos, isla sacra;
do víctima de llaga dolorosa
por sierpe atroz causada, le dejaron
los Aquivos. Allí triste yacía.
Mas á los Dánaos, en el campo, luego
fortuna acordaría del caudillo.
Pero no estaba sin ductor el pueblo
—que por él suspirara—: lo mandaba
Medonte, noto vástago de Rene
y Oileo, destructor de las ciudades.
Y los de Trica é Itoma peñascosa
y los de Ecalia, de Éurito *ecaleo
ciudad: acaudillados ellos eran
de Macaón y Podalirio, entrambos
prole *esculapia, médicos insignes.
Treinta vastos navíos les seguían.
A los de Ormenio, la *hiperea fuente,
y Asterio y cimas fúlgidas de Titano
mandaba el rutilante Evemonida
Eurípilo en cuarenta negras naos.
Los moradores de Girtona y Orta,
de Argisa, Helona, Oloosón brillante
acaudillaba el fuerte Polipetes,
de Piritoo, vástago de Jove,
el inmortal.—Naciera de Hipodamia,
de fama ilustre. y Piritoo; un día
cuando velludos monstruos derribando,
desde Pelio siguiólos hasta Etica—.
No era ductor él solo, mas Leonteo
lo era también; Leonteo, de Mavorte

prosapia, y engendrado por Corono,
grande en pujanza, de Ceneo prole.
Seguíanle cuarenta negras naves.
Y veintidós navíos conducía
Guneo, desde Cifo, y los *enienos
seguíanle, y *perabos aguerridos
y los que en las regiones tormentosas
de Dodona fijaran sus hogares;
y los que las riberas cultivaban
del bello Titaresio, cuyas ondas
al Peneo se vierten apacibles;
mas sin mezclarse á las argénteas linfas
del rápido Peneo. Sobrenada,
cual óleo, y se desliza, pues procede
de la laguna *estigia; que es testigo
de los aterradores juramentos.
Guiara el hijo de Tentrodón, Protoo
á los magnates del selvoso Pelio
y del Peneo moradores. De ellos
era caudillo el rápido Protoo.
Cuarenta negras naves le seguían.
Tales eran los príncipes y jefes.
Ahora, ó musa, nómbrame los héroes
del pueblo que siguiera á los Atridas;
y dime qué bridones descollaban.
Eran incomparables los corceles
del Feretida Eumelo; que, veloces,
volaban, cual las aves: yeguas fueran,
de una edad, apeladas, de igual lomo,
cual si medidas. En Perea criáralas
el flechador Apolo, de arco argénteo,
para mover á fuga en la batalla.
Áyax, el Telamonio, entre los hombres,
en ausencia de Aquiles, descollaba.
Aquél era el más grande, y los bridones
del intachable Aquiles los primeros.
Mas, contra Agamenón, de Atreo prole,
pastor del pueblo, estaba enfurecido,
inerme en sus veloces, curvas naos.
Con discos, arcos, dardos sus guerreros
jugaban de la mar por la ribera

cabe las olas plácidos. Comían,
junto á su plaustro cada cual atada,
loto y apio palúdico las bigas.
De los reyes los carros, en las tiendas,
yacieran, de cubiertas amparados.
Faltaba á los guerreros el caudillo,
de lid sediento, y por doquier vagaban,
por el real, de la batalla lejos.
El gran Héctor de yelmo centellante,
Priamida, acaudillaba á los Troyanos.
Inmensa multitud y valerosa,
cual ningún otro pueblo, le seguía,
en la lanza pujantes y ardorosos.
Á los Dardanios conducía Eneas,
prole gentil de Anquises, á quien Venus,
la refulgente, en las *ideas sierras,
concibió de un mortal. No fuera él sólo
su ductor: de Antenor también lo fueran
los dos hijos: Arquéloco, Acamante;
ambos á todas lides avezados.
Y á los habitadores de Zelea
opulentos, del Ida en los confines,
quien las sombrías ondas del Esepo
bebieran; Pándaro, la cara prole
de Licaón, los guiaba. Apolo mismo
el arco dióle y de flechar el arte.
Á los habitadores de Adrestea,
de Apeso y los de la áspera montaña
de Tirea y Pitiea, Adrasto y Anfio,
lorigado de lino, conducían;
hijos ambos de Mérope Percosio,
el más excelso augur; quien no dejara
partir sus hijos á la triste guerra.
Ellos no obedecieron: arrastrábanlos
de la sombría muerte las deidades.
Á los habitadores de Percota
y Praccio, Abidos, Sesto y clara Arisbe
el ductor de los hombres, Asio, de Hírtaco,
llevado por ingentes alazanes,
guiaba desde Arisbe y el Seléis.
Hipotoo las tribus dirigía

de las *pelásgicas lanceras gentes,
de Lárisa feraz habitadoras.
Á éstas Pileo, de Mavorte prole,
é Hipótoo mandaban, ambos hijos
del Teutamida Leto, de Pelasgia.
Acamante y Piroo denodado
á los de Tracia todos, ribereños
del límpido Helesponto, acaudillaban.
Eufemo, de Trezeno, hijo de Ceas,
quien fuera de la sangre del Saturnio,
á los lanceros *cícones mandaba.
Y de Amidón lejana, desde el Axio,
Pirecmes los *peonios conducía;
del Axio, que anchuroso por la tierra
en cristalinas ondas se derrama.
Pilámenes, de pecho incontrastable,
á los de Paflagonia, desde Enesia,
do los salvajes mulos se criaran,
condujo; y á Dardania le siguieran
los de Citoro, y Sésamo, y Egíalo
y aquellos que en alcázares moraban
en las riberas del *partenio río,
y los de Cromne y Eritinas alta.
Desde Áliba lejana, del argento
patria, los *halizones, conducidos
por Odio y por Epístrofo, partieran.
Cromis y el augur Énomo, caudillos
eran del mismo pueblo. Pero á Cromis
la tenebrosa muerte los augurios
no evitaron: cayó bajo las manos
del Eacida corredor, Aquiles,
en las ondas del río; do matara
también otros *ilienses el Pelida.
Forcis y Ascanio, símil á los dioses,
desde Ascania lejana condujeran
á los *frigios, ansiosos de batalla.
Los hijos de Telámenes y el lago [a]
de Giges: Mestles y Ántifo, mandaban
á los de Meonia y los *meonios *tmolios.

a De la ninfa del lago.

Acaudillaba Nastes á los *carios,
de lengua bárbara, que el monte Ftiro,
abundoso de selvas, habitaran;
y acaudillaba á los de la alta sierra
de Mícale y las márgenes del Meandro.
Á éstos Nastes y Anfímaco mandaban;
Nastes y Anfímaco, brillante prole
de Nomión, que á la guerra, cual doncella,
ornado—¡necio!—de oro fué; que el oro
su desastrosa ruína no detuvo.
En las ondas del río sucumbiera,
del corredor Pelida derribado:
llevóse el oro el belicoso Aquiles.
Glauco intachable y Sarpedón los *licios
de la lejana Licia y desde el Xanto,
abundoso en vorágines, llevaran.



ÍNDICE.

CANTO I.

PESTE — IRA.

II.

SUEÑOS. — PRUEBA.

diendo de las suyas (447-495). Lleva Príamo al otro día tal respuesta á los Griegos y les pide un armisticio para enterrar los cadáveres (495-565). Inhúmalos, y los Aquivos rodean su campamento de un muro y foso; obra que no sin indignación contempla Neptuno. Sigue á la cena una noche tempestuosa (565-653).

VIII.

COMBATE INDECISO.

Prohibe Júpiter á los dioses amparar los contendientes y va al Ida (1-51). Primero se pelea en indecisa lucha; más tarde inclina Jove la balanza en favor de los Troyanos (51-86). Rechazan éstos al enemigo hasta el muro. Anima Agamenón á los suyos; que se recobran y rebaten á los Ilienses. Teucro hace estragos, pero es herido por Héctor (86-434). De nuevo ceden los Aquivos. Juno y Palas apréstanse á socorrer los Troyanos. Júpiter las ve; las hace detener (434-565); vuelve al Olimpo, las reprende acremente y amenaza á los Griégos con mayores estragos para el día siguiente (565-621). Victoriosos los Teucros apostan centinelas y por evitar el embarco del enemigo ó celadas suyas, encienden por todas partes hogueras (621-720).

IX.

EMBAJADA Á AQUILES.—REPARACIÓN.

Aterrados los Griegos, aconseja Agamenón á los próceres la fuga (1-43). Diomedes y Néstor le disuaden. Pónense centinelas. Cénase en la tienda de Agamenón. Más tarde se trata de aplacar á Aquiles, devolviéndole la Briseida y haciéndole grandes presentes (43-253). Va á él Fénix, su ayo, con Áyax y Ulises. Recíbelos amigablemente, pero no se ablanda, y retiene consigo á Fénix (253-931). Tornan y anuncian la triste nueva Áyax y Ulises. Anima á los próceres Diomedes (931-1008).

X.

LA DOLONEA.

Agamenón y Menelao, insomnes, despiertan á Néstor y demás príncipes y velan con ellos (1-315). Envían á Diomedes y Ulises como espías al campo troyano (315-382). Una ave les agüera felicidad. Encuéntranse con Dolón, espía teucro, que viene al campamento teucro, y le cogen (382-518). Éste les descubre todo el campo dárdano. Luego le matan (518-615). Van á Reso cuyos magníficos caballos les ha ponderado Dolón, y que prenden, después de dar muerte á Reso (615-694). Palas los apresura á que vuelvan. Tornan ilesos (694-793).

XI.

HAZAÑAS DE AGAMENÓN.

De mañana lleva Agamenón sus tropas á la batalla; Héctor las suyas (1-115). Agamenón, trasportado de ardor bélico, destroza á los Troyanos. Héctor, repelido hasta los muros de Troya, evita, por mandato de Júpiter, á Agamenón, hasta que éste abandona, herido, el campo. Vuelve Héctor al combate é inflama á los suyos (115-384). Diomedes, Ulises y Áyax sostienen á los Griegos. Los dos primeros son luego heridos (384-668); y heridos Macaón y Eurípilo (668-818). Ve pasar Aquiles á aquél, herido, sin conocerle, y envía á Patroclo para saber quién es (818-891). A éste refiere Néstor todo el desastre de los Griegos y le suplica que, si no logra conmover á Aquiles y hacer que vuelva á combatir, le pida al menos sus armas, á fin de aterrar con ellas al enemigo (891-1098). Volviendo Patroclo, se encuentra con Eurípilo y le cura (1098-1157).

XII.

COMBATE DEL MURO.

Los Aquivos, estrechados dentro del muro (obra odiada por los dioses y por eso destruída por ellos luego des-

pués de la guerra), ven ya á los Teucros atacar las naves; venlos traspasar el foso. Difícil es atravesarlo; Polidamante aconseja hacerlo á pié. Así lo hacen (1-153). Asio, que se atreve á embestir una puerta, es repulsado con enormes pérdidas por los dos Lápitas (153-266). El adverso augurio, interpretado por Polidamante, no intimida á Héctor, que persigue los Griegos (266-342); quienes, no obstante un viento tempestuoso contrario, propugnan valerosamente sus obras de defensa, sobre todo los dos Ayaces (342-400). En otro punto acométenlas Sarpedón y Glauco; propúgnanlas Menesteo, y Áyax Telamonio y Teucro, llamados por éste (400-523). Hieren: Áyax al socio de Sarpedón, Epicles; Teucro, á Glauco. Sarpedón derriba, por fin, la almena del muro (523-557). Rompen ya éste los licios; mas defiéndenlo tenazmente todavía los Aquivos. Héctor quebranta con una ingente piedra la puerta mural. Por ella se precipitan él y los Teucros (557-658).

XIII.

COMBATE POR LAS NAVES.

Hacen los Troyanos estrago en los Griegos. Apiádase de éstos Neptuno: quien ocultamente acude á favorecerlos (1-70); anima á los Ayaces y demás príncipes (70-182); los cuales apartan á Héctor de las naves (182-345). Idomeneo, exhortado de Neptuno, socorre con Meriones el flanco izquierdo (345-463) Enardécese horrible la batalla: Jove ampara á los de Troya y Neptuno á los Helenos: entre ellos se distingue Idomeneo, el que hace gran matanza (463-959). Estrechan los Ayaces á Héctor, que ya cede; pero que, amonestado por Polidamante, ataca con nuevo vigor (959-1062). Áyax también renueva ardoroso la batalla (1062-1189).

XIV.

JÚPITER ENGAÑADO.

Aterrorizado por el clamor del combate, sale Néstor de su tienda para ver lo que en el campo ocurre: vienen á su encuentro los heridos: Agamenón, Ulises, Diomedes, lle-

vados del mismo deseo. El rey piensa en la fuga (1-112). Imprueba tal determinación Ulises; y Diomedes invita á todos á que, heridos como están, vuelvan al combate para alentar con su presencia y palabra á los combatientes. Consuela al Atrida y esfuerza al ejército Neptuno (112-199). Ínterin Saturnia se apresta á entretener con mujeriles hechizos á Júpiter, por apartarle de favorecer á los Dárdanos; pide á Venus su cinturón; llama al Sueño para que adormezca al dios y va á Júpiter (199-439). Mientras tanto, auxilia Neptuno á los Aqueos (439-511). De una pedrada hiere Áyax á Héctor, que desfallece y es llevado del campo y curado por sus socios (511-557). Propulsan de los navíos los Dánaos á los Dardanios; persiguen, sobre todo Áyax de Oileo, á los fugitivos (557-665).

XV.

RETORNO DESDE LAS NAVES.

Despierta Júpiter; ve á Neptuno socorrer á los Griegos; reprende duramente á Juno y mándala llamar del Olimpo á Iris y Febo para enviarlos en auxilio de los Troyanos (1-89). Va Juno al senado de los dioses y allí anuncia á Marte que ha caído su hijo Ascálafo. El numen se enfurece y quiere arrojarse al campo; reprímele Minerva (89-189). Apolo é Iris vienen á Jove: la diosa es mandada á conminar á Neptuno y hacerle salir del combate. Mal su grado obedece el dios (189-283). Apolo es enviado y sana á Héctor, le enardece y le envía nuevamente á la batalla; donde, precedido de la deidad, que destruye el muro, hace inmensa carnicería (283-535). La ve Patroclo, vuelve á Aquiles para rogarle coja las armas. En tanto defienden sus naves tenacísimos los Aquivos, é impide Áyax á Héctor incendiar el bajel de Protesilao (535-1027).

XVI.

LA PATROCLEA.

Cede Aquiles á los ruegos de Patroclo y le permite vestir sus armas y llevar al combate sus tropas (1-116). Áyax,

rendido de luchar, no puede ya impedir se abrase la nave (116-150). Mírala arder Aquiles, apresura al amigo, arma y exhorta su hueste y liba á Júpiter (150-325). Cree el enemigo ver combatiendo á Aquiles: consténase; y Patroclo apaga la nave incendiada (325-383). Trábase la batalla, y Patroclo arroja de la escuadra, hasta el muro y el campo abierto los Teucros (383-560). Mata á Sarpedón (560-693). Héctor y los suyos propugnan su cadáver; el que, por voluntad de Jove, es amparado, lavado, ungido, de Apolo para ser conducido á Licia (693-933). Por esto enfurécese Patroclo y persigue á los Troyanos hasta Ilión, é intenta escalar su muro; del cual es despedido por Apolo (933-968). Afronta, con todo, denodadamente á Héctor; á cuyo auriga, Cebriones, mata y despoja (968-1064). Derriba luego mucho pueblo; hasta que, aterrado y desarmado por Febo, le vulnera Euforbo y postra Héctor; quien persigue á Automedonte (1064-1165.).

XVII.

TIMBRES DE AGAMENÓN.

Menelao mata á Euforbo, mientras éste despoja á Patroclo. Héctor vuelve de perseguir á Automedonte y arranca á Patroclo la armadura. Menelao llama en su socorro al Telamonio (1-177). Cede Héctor á Ayax; ríñelo por ello Glauco. Torna soberbio el Priamida y llama á su lado los mayores campeones. Otro tanto hace Menelao (177-349). Empéñase, al rededor del cadáver de Patroclo y por él, una pugna reñidísima y con muy varia fortuna (349-569). Devuelve Júpiter su vigor á los caballos de Aquiles, tristes por la muerte de Patroclo; y retórnalos á la lid Automedonte (569-645). Acometen al instante el carro, deseosos de arrebatar los bridones, Héctor, Eneas y otros; pero son recibidos bravamente por los Dánaos, que, confortados de de Palas, escudan el cadáver. Á Héctor fortalece Apolo y protege el Saturnio (645-790). Los Aquivos ceden; Áyax mismo tiembla, y hace que Menelao mande la nueva de la muerte de Patroclo á Aquiles (790-927). El mismo Menelao y Meriones, á favor de los Ayaces, llevan el cadáver hacia los barcos (927-1004).

XVIII.

FÁBRICA DE ARMAS.

Oida la fatal nueva, entrégase á su dolor Aquiles (1-81). Acude Tetis, con un coro de Nereidas, á consolarle. Contiene su furor hasta el otro día, en que su madre le traerá la armadura, que se promete le fabricará Vulcano (81-184). Retornan al hogar las Nereidas, y va Tetis al Olimpo; mientras que se continúa la contienda por el cuerpo de Patroclo; del cual se apoderaran los Teucros, si por mandato de Saturnia, no hubiese aterrado Aquiles, con su aspecto y su grita, desde el foso, á los Teucros y los hubiese lanzado fugitivos á la ciudad (184-297). Salvan los Aquivos el cadáver y lo guardan en la tienda de Aquiles. Tumultuaria junta celebran los Troyanos, á quienes exhorta Polidamante á resguardarse dentro de los muros y á no arrostrar temerariamente á Aquiles. Este prudente consejo desagrada á Héctor y los suyos (297-405). Velan armados los Ilienses; lloran á Patroclo el Pelida y los Dánaos, curan su cadáver y lo ponen en el lecho mortuorio (405-467). En la misma noche va Tetis á Vulcano, que la acoge amistoso y le fabrica sin tardar una excelente armadura (467-795).

XIX.

RECONCILIACIÓN.

Al amanecer trae Tetis á Aquiles las armas vulcanias y le excita á combatir. Unge y hace incorruptible, hasta la cremación, el cuerpo de Patroclo. Convoca el Pelida la junta, depone en ella sus iras y quiere lidiar sin tardanza (1-91). Agamenón confiesa su culpa y le ofrece los dones, que, ya antes, por intermedio de Ulises, le ha prometido. Pero él sólo piensa en vengarse y lidiar (91-267). Consiente, al fin, que coman primero las tropas. Tráensele los presentes y la Briseida; la cual se le restituye intacta. Júralo así Agamenón (267-315). Llévanse los dones á su tienda; endonde las mujeres lloran á Patroclo. Llórale nuevamente el Pelida y se niega á comer. Viene Minerva y le consuela

XX.

BATALLA DE LOS DIOSES.

XXI.

BATALLA EN LAS MÁRGENES DEL RÍO.

XXII.

MUERTE DE HÉCTOR.

Sólo Héctor queda fuera de los muros. Insensible á las súplicas de sus padres, pretende luchar con Aquiles. Queda, pero temblando; y al ver venir al Pelida, huye al rededor de la ciudad, y le persigue aquél (1-207). Júpiter le quiere salvar; mas, pesando en su balanza los hados, se inclina el de Héctor. Apolo le abandona; Minerva le insta con dolo porque luche (207-450). Cae después de pugnar heroicamente. Aquiles le desarma y arrastra su cadáver hasta la armada (450-504). Lamentan á Héctor sus padres, toda la ciudad, su esposa; que ignorante de su muerte, acude la última (504-652).

XXIII.

JUEGOS FÚNEBRES POR PATROCLO.

Hacen á Patroclo los honores militares los mirmidones, precedidos de Aquiles; que les da un banquete fúnebre; él mismo cena con Agamenón (1-83). Durante el sueño se le aparece en la noche la sombra de Patroclo, pidiendo juegos funerarios (83-142). Traen el cadáver; recogen leña; levantan la pira; ponen en ella al muerto, inmolan por él muchas víctimas y los doce mancebos troyanos; encienden la hoguera; inflámanla el bóreas y el céfiro; mientras el cuerpo de Héctor es curado por Venus y Apolo (142-301). Al siguiente día se guardan en una urna las cenizas de Patroclo y se le hace el túmulo. En honor del muerto dispone Aquiles varios juegos fúnebres; en los que descuellan y ganan premios los próceres: en el carro, Diomedes, Antíloco, Menelao, Meriones, Eumelo (301-806); en el pugilato, Epeo y Euríalo (806-866); en la lucha, Áyax Telamonio y Ulises (866-913); en la carrera, Ulises, Áyax Oilida, Antíloco (913-981); en las armas, Diomedes y Áyax Telamonio (981-1011); en el disco, Polipetes (1011-1040); en el arco, Meriones, Teucro (1040-1079); en el tiro de la lanza, Agamenón, Meriones (1079-1095).

XXIV.

RESCATE DE HÉCTOR.

Terminados los juegos, se dan al sueño los Aquivos. Aquiles pasa la noche en vela. Al amanecer, arrastra el cadáver de Héctor en torno del túmulo. Continúa por varios días, haciendo la misma afrenta al muerto; hasta que Apolo, quien ha conservado íntegro el cadáver, se queja de ello acerbamente (1-83). Envia Júpiter á Tetis, llamada por Iris, para que mande á Aquiles desistir de su crueldad y entregar rescatado el cuerpo (83-179). Va Iris al propio tiempo, enviada por el mismo Jove, y exhorta á Príamo á que redima el cadáver. El anciano no se deja detener por Hécuba ni los demás; carga de dones preciosos un carro, que ha de conducir Ideo; liba; recibe próspero augurio, y parte (179-376). Mandado por Júpiter, sale á su encuentro y le guia Mercurio; que adormece á los centinelas y le lleva hasta la tienda de Aquiles (376-554). Éste accede fácilmente á las súplicas de Príamo; cena benévolo con él; hace curar el cuerpo de Héctor; concede un armisticio de once días, y le prepara honroso lecho, en que dormir esa noche (554-821). Alboreando el día siguiente, despierta Mercurio al anciano; quien, guiado por él, conduce el cadáver á la ciudad. Vienen á su encuentro, llorando á Héctor, los Troyanos; llóranle, en particular, Andrómaca, Hécuba, Helena (821-846). Levántasele la pira; celébranse sus funerales y el festín (846-981).



